



SERGIO GARCIA

*El*  
**LUTHIER**  
*de*  
**SALAMANCA**

*Una lección de música, pero sobre todo de vida*

# **El Luthier de Salamanca**

**Sergio García Rodrigo**

Título original: *El lutier de Salamanca*

© Sergio García, 2014.

© Imagen de la portada, Matthieu Deltour, 2014

ISBN: 9788461732005

Terminar *El luthier de Salamanca* no ha sido una tarea fácil, en absoluto. Fabricar una historia como esta, protagonizada por personajes creíbles, y plasmarla sobre un puñado de folios es una labor que, en mi caso, sólo puede llevarse a cabo con mucha ilusión y en numerosas ocasiones acariciando la medianoche. En cambio, durante las horas de luz preciso de todas esas personas sin las cuales esta historia estaría inacabada.

Así, en primer lugar, quisiera dar gracias a mi amigo el historiador y colaborador de *La Gaceta de Salamanca*, José María Hernández Pérez, por contestar a las decenas de correos electrónicos con los que le he asañado durante cerca de dos años, los cuales siempre han llegado de vuelta con valiosos datos. En segundo lugar, a José Ángel de Juanes, mi otro padrino, el cual ha sabido dirigirme por el camino correcto hasta conseguir aquello que yo pretendía y mostrarme una Salamanca totalmente desconocida para mí.

No quiero dejar de agradecer a personas entrañables como los luthiers Ander Arroitauregi y Eduardo Francés Bruno, que con su pasión por este arte y la corrección de algunos capítulos me han demostrado el amor que sienten por sus instrumentos. Debo también reconocer al director de la Escuela de luthería situada en el Conservatorio de Música Juan Crisóstomo de Arriaga en Bilbao, Javier Guraya, su tiempo y dedicación al mostrarme sus impagables conocimientos durante una de mis visitas al taller donde imparte sus clases. A Borja Bernabeu, importante luthier instalado en Cremona, por aportarme información sobre dicha localidad y sobre todo a Francisco José Álvarez García, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca por hacerme llegar su tesis doctoral sobre la actividad musical de Salamanca a través de la prensa local (1900–1910).

Para finalizar, aunque no por ello menos importante, a Hugo Miguel Pereña, por corregirme con mimo, pero de manera inflexible y rigurosa, los muchos errores que mis despistes han provocado.

A todos aquellos que consiguieron concluir mi primera

novela, lo siento.

Por suerte, los errores son tremendamente útiles para

aprender

## *La Gaceta de Salamanca*

*Salamanca, 16 de enero de 1947*

*Hoy mismo se ha tenido noticia de que investigadores al servicio de nuestro caudillo han descubierto una partitura musical al parecer inédita hasta la fecha. Dicho libreto, incompleto pero aún en condiciones legibles, ha aparecido en los sótanos de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, situada en la plaza San Boal, según confirmó hoy el Ayuntamiento de la ciudad.*

*Dicho trabajo manuscrito es de escaso tamaño y se divide en dos partes bien diferenciadas. La primera consta de una docena de páginas y está dividida en dos piezas. En una de ellas aparecen una veintena de compases de cuatro tiempos en re menor, que constituyen un credo, es decir, un episodio religioso. La segunda pieza, que es la más interesante, probablemente forme parte de una obra musical, con ciertos toques italianos, según explicó al periódico La Gaceta Regional la célebre pianista salmantina, Elena Greiner, que ha tenido acceso a la partitura. Elena aseguró también, tras haber interpretado las notas al piano, que posee una escritura y unos ritmos que no se utilizan actualmente. “Un mestizaje de notas”, fueron sus palabras.*

*La segunda parte de los documentos descubiertos es “mucho más difícil de descifrar”, porque hay “anotaciones y tachones por todas partes, como si se tratase de un borrador”, siendo ilegible en un primer golpe de vista. La pianista afirmó que es posible que se trate de un boceto de la misma obra, aunque reconoció que muchas notas están suprimidas, lo que obliga a adivinarlas, “como si estuvieran escritas en una servilleta. De lo que no cabe duda es de que el autor no pudo concluir su obra.*

*Según ha podido comunicarnos la ilustre pianista, podría tratarse de una obra perdida del enigmático violinista y compositor italiano Giacomo*

*Viani: Habrá que esperar a nuevos análisis para llegar a tal conclusión. Lo que es innegable es la calidad de la obra.*

*Hasta el momento se desconoce cómo llegó este tesoro musical a los fondos de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, perteneciente al Palacio de Arias Corvelle.*

PRIMERA PARTE

**OBERTURA**

*Le origini miserabili*

*Salamanca, 18 de diciembre de 1899*

**1**

La primera vez que mi tío Froilán, bajo su respetada experiencia de empleado municipal, dispuso que ya iba siendo hora de que mi educación fuese adornada por notas de solfeo me lo hizo saber una plomiza tarde invernal de finales de 1899.

Por entonces, mi único entretenimiento, dejando a un lado el colegio, era recorrerme las vías del ferrocarril en busca de los trozos de carbonilla que a su paso dejaban caer los escasos trenes que llegaban a la ciudad. Junto a mi buen amigo Marcos, pasaba las horas entre el apeadero de Sánchez Ruano y la estación de ferrocarriles, en busca de nuestra oportunidad. Digo oportunidad porque nunca había creído en la suerte. Esa era una palabra concebida para los agraciados que podían adquirir comida fresca todos los días y comprarse sus carísimas ropas en la sastrería *La Madrileña* de la Plaza Mayor o en la no menos prestigiosa *Modelo* de la plaza del Corriño. Eso sí era suerte; lo demás tan sólo subsistencia.

Durante mi corta existencia jamás había salido de Salamanca. Cuando recorría el centro me empapaba de sus monumentos y de su jovialidad universitaria, e imaginaba ser hijo de aquellas personas tan bien vestidas que paseaban con la cabeza bien alta por la Plaza y por la calle Zamora. Pero el espejismo duraba poco. Al regresar a mi barrio, llamado *Los Milagros*, la cruda realidad me demostraba que, por desgracia, no todos somos iguales. El



panorama era desolador. Multitud de casuchas se agolpaban alrededor de una alberca que partía el barrio y arrastraba todos los desechos de la ciudad, conformando un triste hervidero de enfermedades. Aquella deficiente sanidad con la que teníamos que lidiar provocaba decenas de muertos al año, sin distinguir entre hombres, mujeres o niños. Cuando el médico de la patente recetaba a un vecino del barrio que bebiese todas las mañanas un buen tazón de sangre de toro recién sacrificado, el resto de la familia comenzaba a preparar el sepelio del pobre infeliz, seguido de sus correspondientes hachones.

Aquel final de siglo estaba resultando especialmente duro, según me había contado mi tío, y raro era el día en el que, con matemática asesina, las campanas de la Catedral no tocaban a muerto. El duro invierno se cobraba sus víctimas de manera mecánica debido a las neumonías, mientras que el verano era la estación preferida por todo tipo de virus y bacterias, desde la tuberculosis o el cólera hasta la viruela.

Por si fuera poco, a Marcos y a mí también nos tocaba esquivar esa muerte sorteando máquinas de vapor. Pasar la tarde impregnados con un hollín que se adhería a las ropas y a las fosas nasales era por tanto nuestra suerte diaria. Al menos, aunque tuviésemos que aguantar aquella humareda espesa y pegadiza, conseguíamos unos preciados trozos de carbón con los que pasar el invierno y rehuir tan letal estadística.

–Germán, ¿qué es lo que sabes de música? –me preguntó mi tío Froilán a mi llegada a casa.

Aquella consulta me pilló despistado.

–¿Música?

–Sí, música.

–¿Se refiere a lo que suele tararear usted mientras se pasa la cuchilla de afeitar? ¿A lo que suena dentro del organillo del hombre que lo hace girar en la Plaza Mayor?

Mi tío sonrió con su perenne mueca.

–*La Traviata*. Lo que suena en el organillo de ese hombre es la *Traviata* de Verdi. Pero yo me refiero a la música de verdad, a la que suena interpretada por violines, chelos, fagots, pianos y otros instrumentos celestiales.

Supongo que debió percibir la cara de circunstancia que puse, pues aquellas palabras me sonaban más bien lejanas. Apenas conocía ningún instrumento de los mencionados. En cambio, la guitarra, las castañuelas o la zambomba me eran más conocidos.

–Nada, no sé nada –contesté resignado.

–Aséate un poco y ponte esta ropa. Te voy a mostrar algo.

Me entregó una bolsa de tela con ropa limpia en su interior.

–¿Y esto?

–Cortesía de don Felicísimo, el administrador de fincas.

Era un traje de su hijo. Anda, pónitelo y baja cuanto antes. Voy a ir preparando la cena.

Subí a mi habitación y me desplomé sobre la cama. Estaba cansado y hambriento.

*¿Música?*

Recordé entonces los extraños sonidos que de un tiempo a esta parte solía quedarme a escuchar en la casa de las hiedras situada en la avenida Canals, camino de la estación de trenes. Surgían, armoniosos, de aquel solitario edificio medio en ruinas. Aquel rumor a cántaros me hipnotizaba. Me quedaba minutos escuchándolo detrás de la verja que rodeaba la casa, sin saber qué era ni de dónde provenía. Supuse que esos ecos con ritmo pausado era a lo que mi tío quería referirse.

*Música.*

–¡Germán! – se oyó desde las escaleras.

–¡Enseguida bajo, tío!

Brinqué de la cama y abrí la bolsa de tela que me había dado. Ante mí aparecieron una camisa blanca de dril y un pantalón corto de un paño muy suave que no supe identificar. Eran ropas que jamás nos podríamos permitir. De gente con suerte. Del tonto del hijo de Don Felicísimo.

Me quité el jersey y lo deposité sobre la cama. Estaba negro, del hollín, y tenía agujeros por todas partes, igual que mis pantalones. Me vestí con las ropas nuevas, que parecían de mi talla aunque no de mi gusto. Una vez puesta la camisa, comprobé que las mangas quedaban muy por encima de mis huesudas muñecas y que intentar abrocharme el último botón bajo la solapa hubiese sido un ejercicio arriesgado. Cuando el reflejo del espejo me devolvió mi figura, me entró la risa.

Parecía una muñeca de porcelana, un señorito de buen parecer de los que vivían junto a la plaza del Corrillo, de esos a los que no les hacía falta romperse los cuernos recogiendo nada por las calles para llevarse a la boca o para calentarse. Sonreí de nuevo para mis adentros.

Me desvestí de nuevo y volví a enfundarme mi viejo y trillado uniforme. Metí de nuevo la ropa que me había dado mi tío en la bolsa de tela y la lancé sobre el armario.

–¡Germán!

Volé sobre las escaleras, impregnándome del olor a boniatos que provenía de la cocina. Cuando aparecí bajo el umbral de la puerta, mi tío deslizó su mirada sobre mi figura con cierta desaprobación.

–¡Ya decía yo que no era tu talla! –acertó a decir mientras volvía su vista hacia el puchero–. El hijo de don Felicísimo es mucho más alto que tú. Incluso más ancho de espaldas.

Aquello me sentó como un tiro.

–Escuche, ese..., el hijo de don Feli... Al contrario, tío, la camisa me queda peque...

Antes de terminar la frase, mi tío Froilán ya estaba de nuevo esculpiendo una sonrisa de cera en su rostro.

–No tienes que excusarte, Germán. Seguro que estabas precioso con tu ropa nueva –acertó a decir entre una carcajada–. Entiende que tengo que aceptar sus regalos. Don Felicísimo se porta muy bien conmigo.

–Lo sé, tío, lo sé. Y le agradezco el regalo, pero..., es que no me gusta nada.

Froilán asintió con la cabeza y me revolvió el pelo.

El aroma que provenía del fuego me estaba haciendo trizas el estómago. Mi tío había conseguido un poco de tocino entreverado y lo estaba derritiendo en un puchero al que había añadido unos boniatos asados. Un poco de laurel, sal a discreción y medio vaso de aguardiente completaron el ritual. A su vez, en otro puchero se terminaban de cocer unas sopas de ajo que quitaban el hipo. Al cabo de cinco minutos, el primer plato estaba servido sobre la mesa.

–Bueno, dejemos la moda para otro rato y llenemos el estómago con algo caliente. Hoy ha habido suerte, tenemos algo de carne.

No contesté. Me limité a engullir la sopa sin darme cuenta de que me estaba abrasando el gaznate.

–Está buenísimo, tío –agradecí entre sorbo y sorbo.

–Dudo que saborees nada, todavía está hirviendo –asintió con un meneo de cuello.

Comimos el primer plato sin hablar. Los únicos sonidos que rompían el silencio eran nuestros maleducados sorbos y el crepitar de la chimenea. Mi tío se levantó a por el segundo plato y trajo unas hogazas de pan fritas empapadas en aceite de oliva. Rellenó los dos vasos con agua y sirvió.

Cuando terminamos de cenar, recogimos y nos sentamos de nuevo en la mesa, él con un culín de aguardiente y yo con un vaso de leche que oportunamente nos había regalado nuestra vecina doña Lucía.

–Tío, ¿a qué venía lo de la música?

Me miró con unos ojos inundados de capilares. Los párpados, a medio abrir cubriéndole gran parte de las órbitas, se movían a cámara lenta. Tardó unos segundos en responderme, justo el tiempo que utilizó para sorber un poco de aguardiente.

–Hasta ahora no he tenido tiempo de ocuparme como es debido de ti.

–Al contrario, tío. Le estoy muy agradecido por todo lo que usted está haciendo conmigo...

Alzó la mano para evitar que siguiese hablando. La palma de su mano era un mapa de arrugas profundas.

–No, únicamente me he limitado a alimentarte y a darte un techo, que aunque no es poco con los tiempos que corren, sigue siendo insuficiente para lo que quiero para ti.

–Estoy muy a gusto así –le interrumpí.

–Me alegro, pero yo no lo estoy, y a partir de ahora voy a darte la educación que toda persona debería tener.

Asentí sin responder, como él quería que lo hiciese. Esperé a que continuase, con la certeza de saber que todo lo que hiciera por mí lo habría meditado con el rigor de su perfeccionismo. Tomé un poco de leche y continué escuchando lo mucho que tenía que contarme.

–Aprenderás a leer y a escribir.

Aquello me extrañó.

–Tío, yo ya sé leer y escribir –aseguré orgulloso.

La luz de la chimenea matizó su rostro y me permitió observar en él un nuevo guiño de complicidad. Se frotó las manos y las cruzó encima de la mesa, hincando los codos sobre la mesa desgastada.

–Ya lo sé, Germán, sé que sabes leer y escribir, pero quiero ir más allá. Quiero que leas entre líneas y escribas para tus adentros. Quiero que sientas primero la literatura de la vida, para que después puedas sentir su ritmo y trasladarlo al papel.

–¿Qué papel? Si ya está escrito no necesito hacerlo de nuevo.

–Me refiero a la música.

Esperé a que siguiese.

–Quiero apartarte de la miseria en la que vivimos. Te sacaré de la calle. Quiero que seas una persona de provecho y que aprendas un oficio. Quiero que la música sea la savia de tu vida, la que te alimente el alma y el cuerpo. Que vivas por y para ella.

Hubo un silencio. Mi tío Froilán se levantó y salió de la cocina arrastrando sus pies. Pensé que el aguardiente podría tener algo que ver en lo que había escuchado, pero lo desestimé. Mi tío nunca pronunciaba una palabra de más, y menos aun cuando hincaba sus codos sobre la mesa. Todavía recordaba la primera vez que lo hizo.

Correría el año 1896. Yo apenas sumaba seis años. Por entonces acababa de aterrizar en su casa, y mi apostura de retoño incontrolable provocó que tirase un pocillo de aceite por todo el suelo de la cocina. En ese momento llamó a la puerta Nicolás, nuestro estricto arrendador, y vio todo el circo que había montado allí mismo. La cara que puso fue un poema, pero mucho más agradable que la de mi tía Elisa después de deshacerse en ruegos y disculpas. Toda esa tarde y la mañana siguiente no fueron suficientes para quitar los restos de aceite de las baldosas de la cocina. Por espacio de semanas, un olor a encina rancia nos acompañó, envolviendo con un ambiente untuoso las horas de las comidas.

Pero eso no fue lo que más molestó a mi tío. Lo que le fastidió de veras fue cocinar durante todo el invierno con manteca.

–¡Germán, tengo que hablar contigo! –me dijo la tarde siguiente, sentándome en una silla y clavando sus codos contra la mesa.

Aquella conversación se grabó a fuego sobre mi conciencia, al ver que asomaba el genio por su semblante. Se deslizó sobre mi orgullo al igual que el aceite entre las rendijas de las losetas. Sólo articuló una docena de frases, las suficientes, acompañadas con una mirada que derretía el acero más duro.

Aquel día sentí por primera vez respeto.

A veces echaba la vista atrás intentando recordar anécdotas del mismo tipo, pero la memoria me jugaba malas pasadas, difuminando aquellas evocaciones con saltos de imágenes, olores y situaciones.

Todavía recordaba el primer día que llegué a esta casa. Fue una mañana de enero. El cielo estaba forrado de gris y de él se descolgaban como plumas de ganso unos gráciles copos de nieve que iban cubriendo la calle en la que vivían mis tíos. Llegué temprano, cuando todavía aquella capa tímida de nieve permanecía virgen.

El carro, tirado por Pelusa, frenó bruscamente, haciendo crujir la madera de sus ejes.

–Bueno Germán, hemos llegado. Éste será tu nuevo hogar –dijo Agustín con un tono de despedida.

Me miró dominando una lágrima, con la certeza de saber que nunca más sabría de mí y con la seguridad de que me dejaba en las mejores manos. Me sostuvo la mirada sabiendo que me abandonaba. Vi un atisbo de desolación en sus ojos y casi un arrepentimiento. Él sabía muy bien que era lo mejor que me podía pasar, aunque ello supusiera un traspaso de cuidados. Ahora serían mis tíos los que tutelarían mi vida.

–Estarás bien. Froilán y Elisa se encargarán de ti.

No le contesté, esperando a que me contase algo más o me diese el abrazo que estaba seguro que estaba deseando darme. Pero no lo hizo.

–Estarás bien –repitió de nuevo mientras la gota contenida se desbordaba a través de su mejilla, estrellándose en la manga de mi abrigo.

–¡Venga, bájate ya! Tengo prisa – mintió.

Lo hice no porque me lo mandase, sino por no verle sufrir de aquella manera.

Agustín lo había sido todo para mí durante todos esos años que había permanecido en el hospicio de la calle Fonseca. Me había dado lo poco que tenía, su comida, su calor, su tiempo y, sobre todo, su viejo corazón. Según me había contado, al poco de nacer mostré claros síntomas de haber contraído la peste. Mis padres no podían ocuparse de mí y me abandonaron, y el resto del mundo también me había repudiado. Agustín fue el único que se preocupó por mí, procurándome un matasanos en ciernes que vegetaba en la cuesta de la Raqueta. Aquel medicucho, proclive al anís y a las entrepiernas de las putas del arrabal, insistía en que no era la peste lo que yo tenía, sino una especie de alergia provocada por el tejido de las ropas con las que me abrigaron a mi llegada a la casa de acogida. Nadie le creyó, pero el tiempo le dio la razón. La evidencia era que yo, Germán Etura, seguía vivo.

–Hasta siempre, muchacho –sentenció arreando la mula.

El carro inició un movimiento lento, de paso fúnebre, mientras la nieve nos seguía acompañando en aquella dolorosa despedida. Agustín azuzó las estriberas dejando sus nudillos blancos, con más rabia que ímpetu, como queriendo echar la culpa de todo aquello a la pobre Pelusa, que a duras penas conseguía tirar de él.

Corrí tras ellos. Tropecé y caí al suelo un par de veces, me levanté y seguí corriendo, trastabillando, mientras los copos de nieve golpeaban contra mis pupilas, volviendo mi vista cada vez más borrosa. Llegué hasta su altura, y cuando Agustín me vio de soslayo frenó de nuevo al jamelgo.

–¡Germán El Invencible! –me agasajó.

Con un gran esfuerzo brinqué hasta el pescante y apreté a Agustín como nunca lo había hecho y como nunca lo volvería a hacer. Si aquella sensación



era lo que se sentía al abrazar a un padre, entonces él era mi padre. No me hubiese importado estar horas y horas fundido con él. Por su réplica, deduje que él también me sentía como su hijo.

La nieve y la silueta ocre y difusa de las monumentales torres en la lejanía continuaban adornando todo aquello como en una escena de Jeromín. Ojalá aquel mágico abrazo nunca se hubiese acabado, pero, como en todos los cuentos, siempre desemboca en un final.

Bajé del carro y me quedé quieto, vacilante. Agustín me dibujó un triste adiós con el rabillo de sus ojos. Inició la marcha, atravesando la cortina de nieve que comenzaba a acrecentarse, y desapareció dejando un rastro de ruedas, pisadas y, sobre todo, tristeza.

*¿Qué narices quería mí tío de mí?*

Las pocas veces que habíamos podido dialogar tranquilamente, cosa inusual debido al escaso tiempo que le dejaba su trabajo en el ayuntamiento, siempre había tenido que darle la razón. No porque yo quisiese, sino porque realmente la tenía y aplicaba una labia impositiva para que así se reflejase. No daba pie a réplicas vacías, y, en caso de hacerlo, con un sosiego sempiterno me avisaba de la misma manera: *palabras sin cabeza, hombre sin certeza*.

Tras el ruido de unos pasos perezosos apareció de nuevo con una carpeta bajo el brazo, como si se tratara de una continuación de su cuerpo. Avanzó hasta la mesa y se sentó con cuidado.

–Me tiene en ascuas, tío.

–La intriga te mantiene vivo –apuntilló extinguiendo un tosido.

Plantó la carpeta sobre la mesa e inició la maniobra de abrirla con la misma parsimonia con la que había llegado. Dentro había un manual y unas hojas. Cogió el libro y me lo puso delante, abierto por las primeras páginas. Apartó la carpeta y el resto de hojas a un lado de la mesa, donde no estorbaran, se levantó y trajo un candil de aceite para alumbrar mejor todo aquello.

–¿Sabes qué es esto? – preguntó alumbrado por sombras oscilantes.

Me imaginé que tenía algo que ver con el tema de la música. Durante el

tiempo que me dio para poder repasarlo, presté atención de manera fugaz a una especie de garabatos escritos sobre unas líneas que atravesaban a lo ancho las caras interiores. Moví las hojas y me centré en unos párrafos escritos con buena caligrafía. Comencé a leer las primeras frases, pero no entendí nada. Mi tío me observaba expectante, casi inquisitivo.

–Está escrito en italiano, así que no te esfuerces en entenderlo.

–¿Como la *Traviata*?

Sonrió ante mi desparpajo y supongo que mi incultura.

Volví a mirar aquel manual indescifrable, pudiendo vislumbrar algunas anotaciones, realizadas con una letra caligráfica de maestro y con algunos borrones invadiendo parte de los garabatos. Mi tío Froilán depositó las otras hojas sobre el manual para que las viese.

–Son partituras, mapas de sonidos y melodías. Música atrapada en un papel. ¿Entiendes ahora lo que te quería decir antes?

En cierto modo, y con dichas explicaciones, no era complicado entenderlo. Al menos la síntesis, porque aquellos trazos, los cogiese por donde los cogiese, eran inmasticable. Para no irme por las ramas, volé bajo y fui al fondo de la cuestión.

–¿Adónde quiere llegar, tío?

–A donde nadie en esta ciudad ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta partitura, queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.

Definitivamente, mi tío, aquel al que siempre había tenido en la cúspide de la inteligencia y de la serenidad, había bebido más orujo de la cuenta. Seguramente, bagazo traído de Campo de Argañán.

Le mostré las manos, y con ellas mis uñas llenas de mugre y restos de carbón.

–¿Usted cree que con estas manos yo puedo hacer música?

–Vamos a comprobarlo.

Se incorporó y desapareció de nuevo de la cocina, dejándome con la pregunta en el aire. Mientras llegaba, eché un nuevo vistazo a los folios y al manual. Inicié la lectura en la primera hoja del tríptico. Comenzaba con una especie de dedicatoria de tres líneas, seguida de un párrafo que ocupaba medio folio. Terminaba con una fuma. De las primeras frases no entendí ni jota. Definitivamente, el italiano era un idioma para los italianos. Probé a darle la vuelta y leerlo al revés, y curiosamente me sonaba mejor. En todo caso, lo único que pude descifrar, después de alumbrarme con la mortecina luz del farol, fue el nombre que aparecía en la fuma:

*Giacomo Viani*

Mi tío resurgió de la penumbra del pasillo con una caja del tamaño de un cesto de naranjas, envuelta en un paño aterciopelado de color rojo. Venía contento, creo que incluso satisfecho, de estar teniendo esa conversación conmigo. Parecía haber estado esperando este momento toda su vida.

Cuando quitó la funda escarlata, apareció ante mis ojos una caja de madera lacada como los bancos de la Catedral Vieja. Tenía unas bisagras y un cierre de color oro que parecían tener vida propia al brillar ante el candil. Ignoraba qué contendría, pero sólo la caja valdría lo que todo un mes acarreando carbonilla.

Afiné la vista sobre su tapa superior y observé un grabado en un chapeado que deduje sería la marca del chisme que se encontraba dentro:

*Made by Holm Viertel*

## *Aix-La-Chapelle An 1846*

La misteriosa caja, con aquellas frases impronunciables y ajenas, podría haber contenido tanto un arcabuz como un juego de petancas, pero en vez de aparecer una de esas dos cosas mi tío extrajo, con la minuciosidad de una bolillera, una variedad de guitarra enana. Por el tamaño parecía haber sido hecha para mi estatura. Constaba principalmente de una parte central fabricada con dos chapas de madera enfrentadas, de exiguas formas ergonómicas y con dos estrechuras cerca del centro. Tenía un par de filigranas parecidas a la letra efe, desafiantes y caladas sobre la tapa, y sobre la zona más ancha una especie de palangana de madera.

–¡Vaya bandurria! –me salió del alma–. Pero si le faltan cuerdas.

Mi tío omitió mi gansada y continuó con lo suyo. Desembaló de una funda blanca otro aparato que también se me antojó raro. Era una especie de varilla que tenía atada una cuerda en sus extremos. Parecía un arco sin tensar. Esta vez cerré la boca y esperé su exposición; fue una gran decisión.

–No es una guitarra, Germán, sino un violín –aclaró mostrándomelo.

Me fijé de nuevo en el conjunto de madera y cuerdas. Si mi tío pretendía que hiciese tintinear aquel artilugio del demonio, creo que desvariaba.

Vi que pescaba el violín y encajaba la palangana entre la barbilla y el hombro, como una escopeta de perdigones. Hizo varios gestos hasta que se la acomodó a su gusto, en una posición imposible. Tras esto, asió el arco con la punta de los dedos índice y pulgar, como si quemase. Lo apoyó sobre una de las cuerdas, aspiró profundamente y cerró los ojos.

–Tan sólo siente la composición –matizó antes de comenzar.

Aquella mandolina de aspecto quebradizo, que yo había crucificado

momentos antes, comenzó a silbar con un eco suave y sereno. La melodía encharcó la cocina con una cadencia de notas embriagadoras, casi místicas. Mi tío Froilán continuó moviendo la varilla a través de las cuerdas, arrancando sonidos cada vez más conjuntados y rítmicos, mientras su mano izquierda iba bailando sobre el cordaje con tacto de mujer. Me quedé embelesado viendo cómo del violín de nombre caucásico emanaba aquella composición que me paralizaba la boca, dejándola a medio abrir. Notaba que mi corazón blandía latidos de emoción y que mis ojos se secaban por no quitar la vista de aquel instrumento. Comencé a sentir algo que nunca había sentido, una especie de placidez que entraba por mis tímpanos y descendía por todo mi cuerpo. Continué extasiado al son de unas notas cada vez más altas, hasta que la melodía culminó con una nota final que fue cayendo en intensidad y terminó enmudeciendo de una forma suave y relajada.

Un silencio mágico se adueñó de la cocina, y una mortaja de emoción invisible me tapó la boca. Aquello había sido increíble, casi divino.

Mi tío abrió los ojos y dejó el violín encima de la mesa, sobre la tela escarlata. Miró hacia la lumbre, que se estaba consumiendo, como queriendo buscar algún recuerdo o quizá hablar entre miradas con mi tía Elisa o con mis padres para pedirles que volviesen con nosotros.

Se levantó irresoluto hacia la chimenea y lanzó un tronco de olivo. El fuego se avivó e iluminó su cara de un tono bergamota. En pocos segundos notamos la calidez del fuego en nuestros cuerpos.

—¿Qué has sentido?

No tuve palabras para contestarle.

Si le hubiese dicho que había estado en el paraíso y regresado a esta cocina me habría quedado corto. Era una sensación extraña, y más para mí, que con diez años recién cumplidos se me amontonaban detrás de la lengua los términos y las nuevas emociones. Dichos sonidos eran muy parecidos a los que provenían del interior de la casa de la avenida Canals.

—¿Agitación? —logré articular.

Él se mostró satisfecho.

–Lo sabía –resolvió–. Sabía que te gustaría.

–¿Qué ha tocado?

–Es el *Aria sobre la cuerda de sol* de Johann Sebastian Bach  
–describió–. Ahora te toca a ti.

Mi mirada no pudo evitar chocar contra el violín y sentir miedo. Miedo al fracaso o a cualquier otra cosa que no fuese agradar a mi tío.

–Se está burlando de mí.

Pero sabía que no lo hacía. Él nunca bromeaba.

Se remangó las mangas de la camisa hasta la mitad de los brazos, mostrando una fina capa de vello dorado y unas venas difusas. Volvió a coger el violín y me lo entregó.

–Siéntate en esta silla.

Obedecí y me colocó la palangana de madera por debajo de la barbilla y por encima del hombro. Todavía estaba caliente de haber sido usada hacía unos minutos.

–Esto se llama mentonera. Es muy importante que la apoyes correctamente.

Tras unos minutos y diversos ajustes de columna, brazos, muñecas y sobre todo hombros, la posición quedó a su gusto. El arco quedó en la misma posición que cuando mi tío había iniciado su melodía, en la misma cuerda. Se separó unos metros y se sentó al calor de la chimenea.

–Ahora, Germán, cierra los ojos y toca.

–¿El qué?

–Lo que sientas. Mueve el arco sobre las cuerdas. Déjate llevar, baja a lo más profundo de tu alma y libera tu ser. Transmítelo a las cuerdas de esta

maravilla de instrumento. Él hará el resto.

Así lo hice. Cerré los ojos y con la muñeca derecha comencé a deslizar suavemente el arco sobre la cuerda. Tras colocarme aquel cacharro en la posición correcta un par de veces más, comencé mi penosa actuación. Percibí un leve siseo a la altura de mi mentón, como si el violín pretendiese señalarme la siguiente cuerda que debiese acariciar. El sonido comenzó a encharcar la cocina de nuevo. Las notas, más bien estridentes y descompasadas, iban llenando la melodía que estaba sintiendo, y comencé a sentirme más disoluto y cómodo a pesar de lo mal que sonaba. En pocos segundos me había familiarizado con aquel aparejo musical hasta tal punto que ya formaba parte de mi cuerpo. Mis sentimientos iban aflorando, y a través de mis yemas los exteriorizaba en forma de altibajos que chirriaban o largos desafines que se acrecentaban para luego descender de nuevo. Al cabo de unos minutos de sentirme alucinado y pleno, fui descendiendo el ritmo de lo que yo pensaba que era música, hasta ir culminando en una nota de despedida que fue lo más parecido a escuchar a un gato al que le estuvieran arrancando los intestinos.

Cuando mi conciencia regresó de nuevo a aquella cocina observé a mi tío Froilán deshaciéndose en una sonrisa, aunque no estaba seguro de si era de gozo o de mofa. Noté los hombros cansados y le devolví el violín. Mi tío lo metió de nuevo en la caja lacada, con mi vista pegada a él.

–Germán, creo que has encontrado tu sitio –sentenció bajo el repiqueteo de la lumbre mientras unas sombras de manteca se diluían entre sus arrugas.

–Pero si lo he hecho fatal.

–Lo has hecho como lo tenías que hacer.

No lo entendí. Levanté mis manos a la altura del pecho, con el dorso hacia arriba, y observé unas uñas atizonadas de carbón e inmundicia.

–Bueno, por hoy creo que es suficiente. Vamos a descansar –me dijo tras uno de sus ataques de tos–. Creo que he cogido frío y no me encuentro demasiado bien, pero te prometo que a partir de mañana seguiré enseñándote los secretos de este instrumento.



Cada noche, después de cenar, avanzaremos una pizca más. ¿Te parece bien?

—Claro, tío.

Aquella noche me costó conciliar el sueño, repasando en mi mente el sonido y el tacto del violín. Deseaba que llegara ya la noche siguiente para poder sentirlos de nuevo.

### 3

Subí las escaleras hacia mi habitación con la intención de acostarme. Estaba nervioso. Por la mañana acudiría a aquel lugar que me tenía inquieto desde hacía semanas.

Los cuarterones golpeaban contra las ventanas, empujados por un gélido viento que arrastraba briosas ráfagas cargadas de agua. La lluvia golpeaba en los cristales, pidiendo entrar y así escapar de esa inhóspita noche, oscura como la boca de un animal salvaje. Apenas se dibujaba la cordillera de monumentos que destacaban entre los edificios de la ciudad, aunque más allá algunos relámpagos quebraban la lobreguez de la llanura.

Abrí la ventana. En la calle, un parduzco torrente de agua bajaba arrastrando lo que encontraba a su paso. El señor Marcelo, el sereno, embutido en un traje que se mimetizaba con el paisaje, se protegía del aguacero bajo los balcones de la casa de nuestra vecina doña Lucía. Con un esfuerzo titánico, así los dos cuarterones y los cerré.

Me levanté al alba, cuando todavía la luz pugnaba por ganarle la batalla a la noche. Era sábado y no tenía colegio. Me cambié en silencio y me deslicé escaleras abajo evitando despertar a mi tío.

Las secuelas de la tormenta aún se sentían en la calle. Una neblina de cuento tamizaba el empedrado. Me enrosqué la bufanda en el cuello y salí en dirección a la avenida Canals.

Marcos y yo pasábamos por esa calle muchos días, en dirección a las vías del tren. De hecho, la mayoría de los salmantinos seguían llamándola

Paseo de la Estación, aunque el ayuntamiento se empeñara en ponerle el nombre del ingeniero Canals, que había participado en la construcción de la nueva Plaza de Toros y que al parecer estaba elaborando los planos para realizar un puente de hierro sobre el Tormes. Según se comentaba, dicho puente pretendía ser un referente de modernidad para la ciudad, y permitiría descansar al maltrecho Puente Romano, único paso a la ciudad por el río durante casi dos mil años.

A la altura del parque de la Alamedilla las hojas se arremolinaban en torno a los bancos y los charcos dibujaban un cielo casi desierto de nubes. Aceleré el paso, y antes de llegar al puente metálico por el que circulaban los trenes frené frente a la casa de las hiedras.

Dentro del espacioso patio que se extendía alrededor de la casa había una fuente, presidida por una figura de mármol que sujetaba un cántaro intentando imitar a un dios griego. Un deteriorado jardín colmado de pensamientos, caléndulas y alhelíos alicaídos se mostraba ante mí, y un enjambre de arbustos mal cuidados y desiguales apenas si dejaba entrever el camino, realizado con unas losetas descuadradas que llevaban hasta la puerta de la entrada. En la parte trasera había otro gran patio donde se situaban las casetas para almacenar los aparejos de labranza, una enorme despensa donde guardar fruta fresca en invierno y la caseta de un perro que, por sus medidas, debía ser como un caballo de grande.

La mansión estaba construida con una indefinible amalgama de estilos, fruto de desacertadas reformas realizadas años atrás. Se elevaba tres alturas y quedaba coronada por una especie de alcoba abuhardillada con una ventana redonda. La piedra de Villamayor de toda la fachada presentaba claros síntomas de descuido y humedad, pero a pesar de ello el edificio se mantenía erguido, demostrando su digno papel de palacio de alguna importante familia rural. Sus dos costados eran abrazados por una telaraña de hiedras que forraban casi la totalidad de las paredes.

Una verja con una pintura verde que se desprendía a jirones bordeaba el recinto, queriendo proteger sin lograrlo algo que en su día debió valer una fortuna, pero que ahora se esforzaba por subsistir.

Entonces comenzó a sonar aquel dulce rumor que otras veces había escuchado y que me tenía embelesado. Lejano y tímido, inundó el jardín abonando todas las plantas que allí germinaban. Me pregunté si aquellos arbustos mal cuidados sobrevivían gracias a aquel sonido.

Bordeé su lado derecho hasta que me di de bruces con una puerta lateral que daba acceso a la parte trasera del edificio, junto a la caseta donde se guardaban los aperos para arreglar el jardín. Inútiles, pensé, viendo el estado en el que se encontraba éste.

La puerta estaba entreabierta, invitándome a hacer algo que no debía. La melodía continuaba atándome de brazos y piernas, como una soga que quisiese arrastrarme hasta el interior de la casa y descubrir de dónde venía aquella resonancia.

La puerta se quejó al abrirla, chirriando de dolor. Avancé con cuidado, pero sin poder evitar que las hojas caducas crujieran ante mis pasos. Un halo de misterio presidía la casa. Parecía embrujada, surgida de algún cuento de fantasía o de terror. Llegué sin ser visto por nadie, o eso creí, hasta una puerta lateral que daba a la cocina de la casa. Ésta, al igual que la de la verja, estaba abierta.

Dentro, las paredes de azulejos pequeños y blancos sujetaban unos muebles en los que reinaba un desorden de días. Sobre el fregadero de piedra se amontonaban cacerolas, platos y cubiertos con restos de comida pegada, formando una frágil torre. Avancé hasta la puerta que daba al pasillo, dejando a mi derecha una chimenea que aún rezumaba algo de calor. Antes de salir noté un tufillo a muerto que provenía de un cubo de metal apostado al lado de la puerta.

Ya en el pasillo la melodía se hizo más nítida y clara, en consonancia con los latidos de mi corazón. Un sudor frío y traicionero me recorrió la espina dorsal partiéndomela en dos.

—¡Hola! —grité al aire.

Seguí por el pasadizo, dejando a ambos lados algunas habitaciones

vacías y cuadros en sepia anclados en las paredes, hasta que llegué al inicio de unas escaleras que ascendían al segundo piso. Miré a mi alrededor y comencé a subir.

–¿Hay alguien?

Mis palabras se perdieron escalones abajo, como el orgullo de aquella mansión.

El último peldaño daba a otro pasillo, casi de idénticas dimensiones que el inferior y empapelado con los mismos motivos florales. Había otras dos habitaciones situadas a ambos lados con las puertas cerradas. No intenté abrirlas.

Pensé en volverme atrás, pero la melodía cada vez envolvía más mis sentidos, incitándome a continuar sin recular. Al fondo se vislumbraba un foco de luz velada. Llegué hasta él y comprobé que provenía de una escalera que seguramente ascendía hacia la habitación de la ventana circular que había visto desde el exterior de la verja. Sin lugar a dudas, el sonido provenía de aquel cuarto.

Remonté los escalones con cuidado, apoyándome en la barandilla que los sujetaba.

–¡Ayyy! –aullé.

Un dolor agudo me traspasó la palma de la mano. Sentí un calor húmedo y me la acerqué a los ojos. Una astilla de madera se hundía en medio de ella. Por suerte, aún quedaba un trozo sin incrustar. Sin pensarlo, la agarré con la otra mano y me la saqué con un tirón seco que hizo que aflorase de mi gaznate otro quejido, esta vez mudo, de dolor. Saqué un pañuelo de mi bolsillo y lo anudé alrededor de la herida.

Sentí alivio.

La composición había dejado de sonar, lo cual me hizo pensar que, como poco, me habían descubierto. Dudé si progresar a través de las escaleras o desandar mis pasos y volver a la calle. Esperé inmóvil un par de minutos,

presa del miedo y de la duda, deseando que no saliese nadie de aquel cuarto.

Por cabezonería o por desconocimiento, o por ambas cosas a la vez, decidí continuar. La curiosidad me estaba haciendo añicos los nervios y los dientes me empezaron a castañear. A pesar de ello, llegué hasta la puerta de aquel cuarto.

Estaba entreabierta. Miré hacia el interior y un halo de humedad me abofeteó en plena cara. Se trataba de una estancia de pequeñas dimensiones, poco más grande que mi cuarto, y sus paredes estaban desvestidas de cuadros, encaladas y con alguna grieta violentando su superficie. En la pared del fondo estaba situada la ventana redonda, por la que entraba un manantial de luz tamizada que dibujaba vagas sombras en el suelo de madera. En ella se recortaba la figura de un mueble de abeto de color negro lacado, poco más bajo que yo, con una forma un tanto rara y tres patas estilizadas sobre las que se apoyaba con elegancia. Tenía una tapa cubierta de polvo, sujeta por un tirante, y delante una fila de rectángulos blancos intercalados con otros negros.

Un piano.

Lo custodiaba, sin mucho entusiasmo, un taburete de terciopelo verde, sobado y deshilachado en su parte superior.

Entré y avancé hasta la altura del mueble. Encima de éste había unas hojas con unas líneas parecidas a las del manual que me había enseñado mi tío la noche anterior.

*Son partituras, mapas de sonidos y melodías. Música atrapada en un papel*

Pasé un par de hojas y las líneas continuaban dibujándose en cada cara. Miré hacia atrás por si alguien me observaba. No había nadie. Me senté en la banqueta y me fijé en el nombre grabado en oro frente a mí, adornado por una especie de esquejes:

*J. B. Streicher.*

## *Sohn in Wien*

Apoyé mis manos sobre los rectángulos de color marfil y éstos se hundieron, haciendo vibrar el mueble con un eco grave y sostenido. Sin duda alguna, aquel sonido, que yo comparaba con el de unos cántaros, provenía de aquel mueble de dulce silueta y bella estampa. Continué aporreando las teclas, evadiendo por completo mi compromiso de alerta. Pude sentir cómo cada tecla tenía su propia personalidad, su propio nombre.

En mi faena estaba cuando, a mi espalda, me pareció oír lo que me pareció un ladrido. Giré el cuello y lo vi de frente, desafiante.

Sus ojos brillaban como dos monedas en el fondo de una fuente, aunque no menos que sus colmillos. Se mantenía bajo las jambas de la puerta, inmóvil, mirándome mientras su cuello se tensaba con cada ladrido. Era negro y sobre todo enorme, un mastín o algo parecido. Me levanté lentamente del asiento, sin realizar ningún movimiento brusco que se le antojase ofensivo. Obligué a mis pies a avanzar con suavidad hacia el lado derecho de la habitación, pegado a la pared. El perrazo me seguía con la mirada, torciendo su pescuezo a cada paso que yo daba.

Ante aquella fiera pensé en mi muerte, tal vez porque la creí próxima. Comprobé que era cierto eso que dicen de que en estos momentos se hace memoria del momento más dulce que cada uno ha tenido en la vida, y me pregunté si la noche anterior, junto a aquel violín de mi tío, habría sido el mío.

La bestia continuaba registrando mis movimientos con detenimiento, sin bajar la guardia con sus ladridos. Me metí las manos en los bolsillos, intentando buscar algo con lo que entretenerlo, pero lo único que encontraron mis dedos fueron un par de agujeros. Entonces se me ocurrió.

Me acerqué más a él, casi retándole a una lucha en la que mi inferioridad era patente. Cuando estuve a escasos centímetros de sus fauces me quité despacio el vendaje provisional que cubría la herida de mi mano. La

sangre seca hizo que tuviese que tirar más de lo debido, brotando un nuevo hilo de sangre. Zarandé el pañuelo ante su hocico para que lo oliese y vi que surtía el efecto que deseaba, pues el chucho del infierno empezó a olisquearlo con minuciosidad. Lo lancé a un lado y fue en su busca, dejando la puerta de la entrada libre para que yo, aprovechando la coyuntura, pusiese pies en polvorosa, como un gallina, en dirección al piso inferior.

Cuando quise darme cuenta ya había descendido hasta la desastrosa cocina, y estaba volando de nuevo sobre las hojas caducas del patio con el claro objetivo de llegar hasta la verja del exterior. Los ladridos llegaban ya lejanos y mudos. Cerré la puerta y me apoyé sobre mis rodillas para coger aire. Tras unos minutos, miré de nuevo a través del enrejado en dirección a aquella habitación recóndita y misteriosa que se elevaba por encima del tejado.

Unas nubes de acero ceñían de nuevo el cielo, cargadas de agua, y un viento frío las empujaba contra la ciudad.

Miré de nuevo hacia la ventana redonda y reparé en una silueta que aparecía entre las sombras. Se trataba de una mujer de cabello corto que tenía a su lado a un animal que reconocí al instante: el mastín negro.

De repente, otra figura puso un brazo en el hombro de la mujer y, con suavidad, la condujo hacia el interior de la estancia.



Avancé sin rumbo fijo, tan sólo guiado por el diseño de aquella arteria en dirección al centro de la ciudad y de la tormenta. Unos álamos enfilados al cielo me secundaron con su siseo, mientras sentía cómo la temperatura del aire descendía bruscamente. Los charcos de la noche anterior comenzaban a desdibujar las imágenes reflejadas y la hojarasca caída se despertó a ritmo de danza entre mis pies.

Tras pasé la Puerta de Toro en dirección a la casa de Marcos, ubicada en la calle de Tavira, ya casi en la esquina con Libreros. La calle Toro comenzaba a llenarse de gente. Los comerciantes iniciaban su ritual matutino abriendo sus establecimientos y apostando sus productos a ambos lados de la entrada. No eran pocos los que miraban hacia la plomiza nube que cubría Salamanca y meneaban la cabeza en señal de reproche. Hoy no sería un buen día de venta.

Los sábados por la mañana me seducía atravesar las calles del centro. Tenían una especie de atractivo primitivo, de décadas. La gente zigzagueaba entre las callejuelas, disfrutando de la arquitectura de sus casas nobles y su curtido pavimento sin el agobio de los días de labor ni como antaño, cuando los herreros copaban la calle. Desgraciadamente, con todo lo que llevaba en la cabeza, esa mañana pasé de largo sin deleitarme con aquel hechizo.

Aceleré el paso y llegué a la Plaza Mayor. Bajo los soportales, giré la cabeza ante una discusión acalorada entre dos hombres. Ambos estaban sentados en una pequeña mesa del Café Pasaje, dispuesta a resguardo de la lluvia, ante dos cafés aún calientes a juzgar por el humo que aleteaba encima.

Uno de ellos tenía una cara poderosa, de rasgos tallados con una gubia. El bajorrelieve de sus pómulos manifestaba rudeza, y su barba, de pelos alambrados y blanquecinos, ratificaba dicha sensación. Su nariz vigorosa se metía en el aire con decisión, y su pelo, desordenado y del mismo color que la barba, le daba cierto aire de bohemio. Vestía de negro y se mantenía inalterable al frío, retándolo sin ningún tipo de abrigo o chaqueta.

Su contrincante dialéctico tenía sin embargo unos rasgos más bondadosos. Estaba orondo, aunque la mayor parte de su peso estaba concentrada a la altura de su cintura. Sus ojos eran pequeños e inexpresivos. Encima de ellos, sus cejas, unidas en el puente de una nariz ancha y esponjosa, delineaban la forma de una gaviota al vuelo. Tenía una expresión huidiza, pero había algo en él que delataba un carácter conciliador y amable. Se envolvía con un abrigo de paño de perfecto corte y llevaba enroscada en el cuello una bufanda de moher.

Durante el poco tiempo que tardé en pasar a su lado pude intuir por dónde iban los tiros de la conversación. El hombre sombrío despotricaba sobre el gobierno de turno, haciendo hincapié, con un lenguaje totalitario, en el libertinaje reinante por todas las esquinas de la ciudad, mientras que el otro absorbía su retahíla con la misma indiferencia que su café.

Los dejé enfrascados en su enfrentamiento político y crucé en diagonal el ágora, saliendo a la plaza del Corriño, repleta en esos momentos de puestos destartalados en los que se vendían conejos ajusticiados. Me introduje en el empedrado de la Rúa Mayor cuando comenzaron a caer las primeras gotas. En pocos segundos, a la altura de la Casa de las Conchas, un aguacero y un aire que seccionaba la cara comenzaron a ensañarse conmigo y con los que me rodeaban. Corrí todo lo que daban mis pies, atravesando y brincando sobre charcos y adoquines, pero sin poder evitar calarme hasta los huesos. A la altura de la Catedral Vieja giré hacia la derecha y, en un último esfuerzo que me pareció inhumano, llegué hasta la puerta de la casa de Marcos.

–Nunca espabilas –me saludó invitándome a entrar.

En la casa hacía mejor temperatura que fuera. Crucé el pasillo y me introduje en la salita que se situaba al lado derecho, buscando la chimenea.

Ésta emitía un calor agradable, pero todavía insuficiente para el frío que tenía aferrado a mi cuerpo.

—Anda, ¡quítate la ropa y ponte esto por encima! —ordenó tendiéndome una manta.

Obedecí sin rechistar. Marcos puso un par de sillas frente al fuego. Tendió la ropa en una de ellas, para que se secase, y la otra me la brindó con una sonrisa. Se fue hacia la cocina y me trajo un vaso de leche de cabra bien caliente.

—¿A qué se debe esta visita un sábado por la mañana? Hoy tenías vía libre para repartirte tú solo todo el carbón.

No supe contestar de inmediato, consiguiendo únicamente articular un par de palabras sin sentido y un tímido estornudo.

—¿Qué te pasa? ¿Te has dado algún golpe en la cabeza?

—He descubierto algo que no sabía que tenía dentro —salió de mi boca.

Marcos se echó una carcajada y arqueó las cejas.

—No, no es eso, imbécil.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿Es que quieres ser el nuevo mariquelo?

Aunque no me hubiese importado serlo, lo cierto es que no iba conmigo aquel riesgo difícilmente entendible e innecesario que se remontaba a un tiempo pasado.

Pocos sabían la verdadera historia de por qué el tan admirado mariquelo trepaba hasta el cupulín de la torre de la Catedral Nueva para tocar las campanas.

Al parecer, y según nos había contado nuestro maestro don Mateo una de esas tardes nostálgicas de tantas que solía tener, en el siglo XVIII hubo un

terremoto que devastó Lisboa, llegando sus efectos a sentirse con fuerza en Salamanca. Una de las consecuencias de aquel movimiento de tierra fue la inclinación de la torre de la Catedral Nueva. Por suerte no hubo daños personales, debido a que la gente corrió a refugiarse bajo sus bóvedas. En agradecimiento al cielo por su protección, el cabildo catedralicio instituyó un antecedente que luego se convirtió en tradición, y que consistía en que en el aniversario del día del gran temblor, la víspera de Todos los Santos, alguien coronase, a la vista de todos, la cúpula más alta de la catedral para tocar la campana y dar gracias al cielo por no haber ocurrido más desgracias.

Lo cierto es que el consejo religioso, avispado como pocos, había adornado aquel paradójico ritual para que el hombre que coronase aquella cúpula todos los años también midiese la inclinación de la torre y asegurase, al menos con datos, su divina integridad.

En el interior de la Catedral Vieja, anexa a la nueva, vivía una familia encargada de tocar las campanas y de otras faenas relacionadas con el mantenimiento del templo. Aprovechando la coyuntura y su imparcial servilismo, fueron ellos los elegidos para consumir el edicto. Todo el mundo en Salamanca los llamaba con el mismo apodo: los mariquelos.

–No fastidies. Todavía no estoy tan loco.

–¿Entonces?

Antes de que perdiese la paciencia, comencé a contarle lo que me ocurría.

–He descubierto la música, Marcos. Es algo asombroso. Quiero aprender a tocar algún instrumento, y resulta que mi tío tiene un violín.

Me miró sin saber cómo hacerlo, si con pena, gracia o indolente desgana, y arqueó las cejas para que continuase largando.

–Ayer por la tarde, cuando regresé de la estación, mi tío Froilán tenía preparada una sorpresa para mí. Me preguntó si sabía qué era la música.

Marcos se quedó en silencio, como pensando qué decirme o qué hacer. Por un segundo pensé en que se le desencajaría la mandíbula de la risa, y viendo las pintas de pelele mojado que yo tenía creo que no lo hubiera tenido difícil.

–¿Y qué le contestaste?

–Pues qué le iba a contestar, que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Entonces tocó para mí una pieza con un violín que no sabía ni que existía.

–¿Qué estilo de música? ¿Clásica?

–Extranjera –se me ocurrió.

–Me refiero a si te he enseñado la canción del burro de Villarino y a bailar la rosca y tocar el tamboril, o si te ha mostrado partituras con música clásica de algún compositor.

Cogí al vuelo la ironía, la cual disculpé ante su justa paciencia. Parecía que Marcos sabía algo más que yo al respecto.

–De algún compositor. No sé si flamenco o algo así –aseguré sin ninguna decisión ni sentido.

–Flamenco, cazurro. De Flandes, al lado de los Países Bajos.

No quise preguntar dónde estaba ese país de enanos. Decidí no continuar, porque Marcos me estaba dando palos por todos los lados. Y eso, especialmente viniendo de él, me fastidiaba bastante.

–A mí también me gusta la música. De hecho, a veces me cuelo en la Escuela de San Eloy, la de la Plaza San Boal, para escuchar cómo tocan.

–¿Te refieres a la que tiene la fachada como un tablero de ajedrez?

–Exacto.

–¿Ahí se estudia música? –pregunté sorprendido.

–Por lo menos la enseñan.

–¿No es ahí donde suele ir Elena Greiner? Creí que era una escuela de coro.

Marcos calló y puso una cara de limón que me la tuve que tragar sin saliva.

Elena Greiner era probablemente la chica más hermosa de todo Salamanca. Yo la conocía tan sólo de vista, pero Marcos había hablado con ella en un par de ocasiones, gracias a que su padrastro había realizado algunos trabajos de ebanistería para el padre de Elena, un catalán llamado Lorenzo Greiner.

El señor Greiner era un hombre de sobra conocido en la ciudad. Al parecer había sido un estupendo pianista, ahora reconvertido en ávido comerciante, que se dedicaba, entre otras cosas, a la fabricación de guantes de piel que él mismo trataba. Había adquirido numerosos inmuebles, procedentes en su día de la desamortización eclesiástica, y riqueza y fama no le faltaban. Encajaba sin holgura en la burguesía local y se hacía notar allí donde iba, con una verborrea grasienta que algunos catalogaban como execrable e insufrible. Tenía una sola hija, Elena, con Lourdes Bellido, una señora de los pies a la cabeza que poco o nada tenía que ver con el cabeza de familia. Según nos había contado doña Lucía, por toda Salamanca se comentaba que la señora Greiner, harta de los derroteros nocturnos de su marido y hastiada de una Salamanca machista, un día hizo las maletas y nunca más se supo de ella.

Ante el mutismo corroborativo de Marcos, juzgué que aquella muchacha inalcanzable era el centro de sus pasiones de pubertad. Decidí dejar el tema, para ver si podía entrar más tarde por otro flanco y sacarle algo en claro.

–Bueno, creo que ya tienes la ropa seca –me cortó recogiendo las dos sillas y tendiéndome la ropa–. Y hablando de música, si quieres escuchar algo

especial, acompáñame. Tengo que llevarle un recado a don Nemesio.

–¿Y tu padraastro?

–Por eso se lo llevo yo. Está apañando aceitunas; ha ido a ayudar a mis tíos a Las Arribes.

Me terminé de un sorbo la leche que quedaba en el fondo del vaso y me vestí de nuevo con la ropa que había traído. Todavía estaba algo húmeda, pero el calor de la chimenea al menos había devorado parte del agua con la que había llegado.

Salimos a la calle sin mirar hacia el cielo. No hacía falta, pues la espesa iluminación que incidía en el empedrado reflejaba el telón oscuro que se aposentaba sobre la ciudad. Aquella negrura arreciaba agua de manera contundente. Dos capas nos hicieron de parapeto hasta llegar a la plazuela del Obispo, frente a la Catedral Vieja.

Bordeamos la entrada principal y llegamos a la puerta de los Carros, por donde salían los universitarios suspensos. Por lo que había oído, hasta 1843 la Universidad de Salamanca impartía clases en la Catedral y los exámenes de graduación se realizaban en capilla de Santa Bárbara. Si el alumno aprobaba, salía por la puerta principal de la Catedral. En cambio, si suspendía, lo hacía por la puerta de atrás o de los Carros.

Marcos abrió dicha puerta con decisión y con una maniobra no demasiado decorosa. En el interior de la panda me golpeó un fuerte olor a madera encerada, humedad y cerramientos. Un silencio espeso reinaba, tan sólo atravesado por el lejano tañido de las campanas, casi imperceptibles pero patentes. Me extrañó no ver a nadie por allí.

Giramos hacia la derecha hasta torcer de nuevo por el siguiente corredor. A través de las rejas observé los descuidados jardines del claustro, en cuyas esquinas se agazapaba una montonera de hojas pardas. En el centro, un pozo desafiaba a las cuatro paredes que lo rodeaban.

Nos introdujimos en la Catedral Vieja. Marcos me guiaba sin preocuparse de mirar atrás para comprobar si le seguía. Avanzaba como por su

casa. Yo, en cambio, me sentía incómodo y desorientado en aquel lugar y progresaba a trompicones, queriendo pasar lo más desapercibido posible. Antes de introducirnos en la torre de las campanas giré la cabeza en dirección al altar mayor, que quedaba a nuestra derecha, para disfrutar por un segundo del retablo principal y del fresco superior del Juicio Final. Sin ningún miembro catedralicio que infligiese su respeto despótico y barato, la Catedral Vieja, vista desde la retaguardia y con aquella extraña luz que se filtraba por sus vidrieras, parecía perfecta.

Atravesamos toda la nave, haciendo una reverencia rápida e incompleta mientras éramos observados por los presentes, que ya comenzaban a tomar asiento. Apenas ocupaban los lustrosos bancos de la catedral una veintena de personas, curiosamente dispersas entre sí en cuerpo y pensamiento.

Su planta basilical, en cruz latina y con tres naves, nada tenía que envidiar a la de la Catedral Nueva. A pesar de la opresión que suponía tenerla adosada, la antigua seo poseía el encanto de su longeva vida, y aunque había sido modificada hasta la extenuación después de tantas desgracias, mantenía la lindeza y elegancia que debió poseer en su día toda la construcción. Su cimborrio se elevaba sobre el crucero, descansando en cuatro portentosas pechinas, y se apoyaba a su vez en un tambor con dieciséis columnas en el interior y una treintena de ventanas intercaladas entre ellas, que marcaban con su luminosidad los nervios de la parte central de la bóveda.

A mí particularmente me recordaba a una naranja abierta por la mitad.

Subimos por un laberinto de escaleras, sin más sonido próximo que el de nuestros pasos y nuestra forzada respiración. A lo lejos resonaban las primeras voces del coro entonando la letanía. Marcos continuaba sin decir ni pío, seguramente pensando en Elena y sin preocuparse de mí. Caminamos a través de unos pasillos cavernarios, inundados de un aire tan espeso que casi costaba franquearlo, hasta que llegamos a una puerta de madera.

El frío era dueño de aquel barullo de piedra y soledad.

—Aquí es donde vive don Nemesio. ¡Haz el favor de no abrir la boca!  
—me señaló girando un poco la cabeza y clavándome sus cristalinos—. Lleva



demasiado tiempo aquí metido y el ruido de las campanas lo tiene un poco aturrido, aunque en realidad creo que ése no es su problema.

Asentí inclinando la cabeza hacia delante. Marcos tocó un par de veces la puerta. Al cabo de un instante, al ver que no contestaba nadie al otro lado, la abrió de un empujón y lo llamó con tono refrenado:

–¡Nemesio!

Yo me limité a quedarme fuera de la estancia.

Marcos avanzó, repitiendo su nombre cada vez más fuerte. Después de unos segundos, me llamó para que entrase. Miré a ambos lados del corredor para ver si venía alguien y me introduje en el interior.

La estancia era una habitación de reducidas dimensiones, de apenas cinco varas de largo por tres de ancho y con un par de óculos por donde sorprendentemente entraba más luz de la que podría sospecharse. Sus paredes, de piedra virgen, sujetaban un par de estanterías con algún que otro libro saturado de polvo y diversos utensilios de higiene. Un camastro deshecho de herrumbrosa forja, con un colchón de lana que dejaba entrever sus tripas, se hallaba en el lado izquierdo, mientras que en el derecho había una cocina de leña causante del ennegrecido de la pared en la que se apoyaba. De frente, entre las dos ventanas, había un aparato de madera, unido a un asiento con una forma un tanto rara, del que salían un par de cadenas por el techo. De no ser porque estábamos en otros tiempos, hubiese pensado que aquel tenebroso aparato bien podría haber pertenecido a Torquemada y a su Santísima Inquisición. El decorado lo completaba un pequeño armario, una mesa y una silla con un cajón a su lado lleno de zarrios, así como un botijo y una aceitera tirados por el suelo.

–Parece que no está –afirmó Marcos pillándome in fraganti observando el aparato de madera.

Un armazón con tres patas, de una altura próxima a mi estatura, sujetaba algo parecido a un par de timones de barco en los que estaban enroscadas como serpientes las cadenas que bajaban desde el techo. Debajo había una

especie de pedales, también de madera, y a su lado sendos cubos de chapa perforados. Otra aceitera reposaba en la parte superior de la peana. Justo enfrente había un cuadro con una serie de frases y puntos y aparte.

–Sirve para tocar las campanas desde esta habitación –me aclaró Marcos–. Cuando llama a coro no le hace falta ni subir al campanario.

Suspiré para mis adentros y recorrí con la mirada la dirección de las cadenas, colocándome debajo del orificio de salida. Un ápice de luz y aire fresco se colaban a través de él.

–¿Puedo? –le pregunté señalando el asiento.

Marcos resopló un poco pero cedió.

–Pero no toques nada. En un momento llegará don Nemesio.

Aunque Marcos había accedido a mi petición, descarté hacerlo. Me limité a observar de nuevo aquella humilde sala y a preguntarme cómo la persona que se suponía regía el ritmo de vida de la ciudad, por medio de sus campanas, podía vivir en aquel cuchitril frío y desangelado.

Una vida de recogimiento, pensé.

Marcos había dejado la comida de don Nemesio en la cocina de leña y se había sentado sobre la cama, descansando la vista sobre sus zapatos mientras éstos taconeaban el suelo. Estaba callado y ausente, siguiendo el movimiento de los cordones.

–Marcos, antes no he pretendido decir nada que te ofendiese.

El taconeo cesó y su cuello se estiró hasta que su mirada se encontró con la mía.

–No es culpa tuya –me respondió ya un poco más sosegado.

–Bueno, puede que sí lo sea, pero si no sé de qué se trata puede que vuelva a meter la pata de nuevo.

Yo sabía perfectamente que Elena Greiner estaba enquistada en la cabeza de Marcos. Sin él pretenderlo, aquella chica de rizos eternos y tez de ángel había llegado al corazón de mi amigo. Aquellas dos veces que habían charlado habían bastado para que Marcos perdiese la cabeza por ella, aunque ésta tampoco le había dado motivos. Es más, se había mostrado más bien reticente a dialogar con él, pero su marcada educación quizá le hizo decir un par de frases más de la cuenta, que mi amigo había interpretado de una manera nada correcta.

–Creo que no he dicho nada para que te hayas enfadado de esa manera  
–me reiteraré.

–No, Germán. Son cosas mías.

– Lo que no puede ser es que cada vez que oigas el nombre de Elena te pongas así.

– Lo sé, pero es superior a mí.

–¿Ha pasado algo más?

–¿A qué te refieres?

–A si os habéis visto de nuevo en alguna de esas charlas que mantienen vuestros padres.

–No –contestó escuetamente volviendo a mirar hacia sus zapatos.

No continué. Los dolores del corazón no se podían curar con un par de frases rápidas. Aquel no era ni el momento ni el lugar para hurgar más en los sentimientos de mi amigo. En cualquier momento aparecería don Nemesio y tendríamos que dar por zanjada una conversación que quedaría amputada y con Marcos peor de lo que ahora se encontraba.

El campanero no tardó en llegar. Apareció por la puerta con una paloma en su mano derecha y un par de huevos en la izquierda.

Nemesio Mesonero García era un hombre alto y encorvado. Los muros de la catedral habían modelado su físico hasta llenarlo de años y de arrugas. Su edad era indefinible, como aquel campanario, y la piel de su cara se mantenía blanca, cavernaria. Le quedaba poco pelo, y el que a duras penas se conseguía mantener sobre su cráneo lo hacía detrás de las orejas, como sujetándose a éstas. Sus ojos eran vidriosos y bondadosos, y estaban acompañados por una nariz clemente de la cual salían media docena de pelos erizados que se topaban con unos labios descarnados. Nada más abrir su boca, me di cuenta de que le faltaban un par de piezas dentales, lo que le daba un aspecto aún más deshonesto.

–¡Mirad, hoy me han dejado una ofrenda! –indicó mostrándonos los huevos después de corroborar que las dos personas que se encontraban dentro de su morada eran de confianza.

La paloma que traía en su otra mano intentó zafarse sin conseguirlo. Hizo un par de intentos más y cesó en su empeño.

–Tranquila Mauricia, tranquila.

Con paso rápido fue hasta la mesa y abrió el cajón que había debajo. Sacó una madeja de hilo de esparto y una pequeña cuchara de madera, la cual se llevó a la boca mientras seguía sujetando la paloma con sus enormes dedos. Ante nuestra mirada entablilló el ala derecha al cuerpo del ave, dejando libre

la otra. Anudó la cuchara con la cuerda, ayudándose de los dientes, y la dejó encima de la mesa. Buscó de nuevo en el cajón y sacó una lata que rellenoó con un poco de agua del botijo que descansaba en el suelo.

–¡Bebe, Mauricia! Tienes que recuperarte.

La paloma parecía entender las órdenes de aquel hombre, pues arrastró como pudo su cuello hasta que su pico hizo contacto con el agua. El campanero sonrió y fue entonces cuando se giró para hacernos caso.

A mí me dirigió una mirada desangelada. Estiró la comisura de su labio para que me diese cuenta que le había caído en gracia y se acercó a Marcos mirando sus manos. La paloma parecía seguirle con la mirada.

–¿No te habrás comido mi almuerzo?

–No, hombre. Lo tiene ahí, encima de la cocina –respondió Marcos.

–Tengo tanta hambre que devoraría un ternero –masculló mientras rebuscaba en la bolsa y mostraba los huecos de sus incisivos.

–¿No te ha dado tu padrastro nada más para mí?

Marcos se sorprendió ante la pregunta y encogió los hombros.

–Da lo mismo –dijo llevándose un trozo de farinato grasiento a la boca.

Lo observábamos sin movernos. Aquel grandullón parecía no haber comido en siglos. Sus gruesas manos envolvían el fiambre como si temiese que se escapase. Dio un par de dentelladas más antes de abrir de nuevo la boca.

–¿No eres tú el sobrino de Froilán? –preguntó sin girarse mientras la paloma iniciaba otro nuevo intento de huida.

Contesté con una respuesta que requería de otra pregunta.

–Sí.

–¿Qué tal está el viejo?

Intuí que apenas le conocía y que aquella era una pregunta de manual, por lo que respondí con otra del mismo formato.

–Como todos los mayores, supongo.

Mi contestación no le debió convencer, puesto que desvió la mirada hacia Marcos sin llegar a mirarme.

Marcos me había hablado largo y tendido sobre don Nemesio. Se trataba de un hombrecillo soltero, con una triste historia a sus espaldas, y que daba su vida por y para la catedral. Al parecer, su destino había estado unido a un origen indecoroso. Sin padre reconocido, se había criado con su madre, hermana del anterior mariquelo, en una casa herrumbrosa cercana a los aledaños de la catedral. Algunas lenguas ponzoñosas rumoreaban que había sido fruto de una noche desbocada en la que un calenturiento capellán de coro había dado rienda suelta a la imaginación de sus bajos fondos y había encontrado en la entrepierna de la madre de don Nemesio su pecado carnal. Sabido esto por la curia en relato de confesión, se había procurado que ese hijo sacrílego estuviera siempre unido, de una manera o de otra, a la catedral, para así acallar ese secreto a voces. Siendo sobrino del mariquelo tampoco resultó algo complicado.

Primero había ejercido como monaguillo, y después, una vez pasada la pubertad y la vergüenza, de chico para todo. Arreglaba desde los bancos de las catedrales hasta los jardines del claustro, pasando por la limpieza de las letrinas donde los obispos depositaban sus santas moñigas. Había aprendido incluso el oficio de cantero, lo que le había proporcionado cierto respeto, llegándose muchos a olvidar de los rumores de su indecorosa procedencia. Manos no le faltaban, desde luego, tanto por arte como por tamaño, pero había algo a lo que nunca había podido aspirar: a ser campanero.

Su tío había muerto sin descendencia, de modo que su puesto había quedado vacante y dispuesto para la persona más apropiada para ello. ¿Quién mejor que don Nemesio para ocuparlo, que desde recién nacido había mamado el olor de aquellas catedrales y los secretos de aquella curiosa profesión de

campanero?

*Nemesio, ¿qué tal se te da tocar las campanas?*, le habían ofrecido el día de San Blas hacía ya doce años.

Desde entonces, las campanas se habían convertido en su pasión y la torre donde se alojaban en su hogar. Su nuevo cargo lo había aupado a una escala moral que era todo lo contrario a lo que había vivido hasta aquel momento.

Durante este tiempo don Nemesio se había convertido en un músico versado. No en vano, era socio de la Compañía de san José, experto fagotista y cantor en el registro de bajo en el coro catedralicio, consumado artista en las representaciones teatrales de san Benito, e incluso director de escena y alma del cuadro artístico en bastantes ocasiones.

Cada día, la catedral se despertaba con el sonido metálico de sus campanas. Nemesio dirigía el ritmo de la ciudad desde su atalaya, desafiando vientos, nieblas, granizos y lluvias, y agradeciendo e inhalando la frescura de las primeras horas estivales. Era lo más parecido a un farero tierra adentro. Cuando subía a lo más alto parecía detenerse el tiempo. Era entonces cuando Salamanca se desplegaba silenciosa ante sus ojos, esperando recibir la orden de empezar a latir. Respiraba profundamente e iniciaba el ritual matutino con el primer toque del ángelus, abrazándose con la manta sonora de sus campanas. Ese toque era su preferido. Lo realizaba sin prisa, viendo cómo los primeros rayos matutinos rebotaban contra la piedra de la torre y la teñían con un velo de cobre que se desparramaba oblicuo hacia los tejados de la urbe.

Todas las campanas tenían su propio nombre: Ferial mayor, Ferial menor, Santa Bárbara, San Diego, Niebla, María de la O, Jumera, Holgazana... Así las había bautizado don Nemesio para unirse más si cabe a ellas. Realizaba todo su mantenimiento con la precisión de un maestro de esgrima y con la sutileza de un orfebre engarzando una gema. Don Nemesio era feliz entre aquellos sonidos.

El campanero retiró los restos de grasa de la comisura de sus labios con el dorso de la mano. Rebuscó de nuevo en el interior de la bolsa que le había llevado Marcos y, con un gesto desazonado, se la devolvió vacía.

–Tengo que subir al campanario a tocar –dijo mientras se hurgaba con la uña entre los dientes, queriendo liberar un trozo de comida incrustado en ellos–. ¿Queréis ver las campanas de cerca?

Marcos negó con la cabeza.

–Yo ya las he visto y además tenemos prisa. No queremos molestarle –recalcó Marcos sin mirarme.

–Yo no las he visto. Si a usted no le importa, a mí me encantaría –añadí yo.

Don Nemesio esculpió sobre su tez de piedra una sonrisa, dejando entrever su maltrecha dentadura.

–No es molestia –aclaró mientras comenzaba a desfilarse hacia la puerta–. Marcos, si quieres vete tranquilo. Yo le enseñaré a Germán la torre.

Me alegré para mis adentros. En cambio, a Marcos aquello le sentó como un garbanzo en la suela del zapato, y así lo reflejó apretando sus labios. Desde luego aquel sábado no era precisamente uno de sus mejores días.

–Nos vemos el lunes en el colegio –añadí en forma de despedida siguiendo a don Nemesio.

Dejé a Marcos en el pasillo que daba a la estancia del campanero, hundiéndome en la espalda su mirada resentida. Pero aquella oportunidad que me había brindado don Nemesio no la iba a desaprovechar sólo por complacer uno de los muchos berrenchines de mi amigo. Además, así tendría tiempo de pensar en casa y a solas sobre sus sentimientos por Elena.

Por cada paso que daba don Nemesio yo necesitaba tres de los míos. Me las veía y deseaba para poder ir tras él a través de las arterias de la catedral.

–Ten cuidado con ese escalón –me advirtió–. Cuando algún día tenga un



momento, lo arreglaré.

Observé el destrozo del peldaño y continué jadeando para poder seguirle. Tras subir lo que me parecieron mil peldaños en forma de escalera de caracol, arribamos a una puerta de madera por la que se filtraba algo de luz y un frío del caraja. Con una llave como mi brazo de grande hizo girar el gozne de la puerta. Los postigos crujieron a nuestro paso, y un estornudo de viento y agua nos saludó cuando entramos en la torre.

Aquel lugar contemplativo, que yo había imaginado en mis recuerdos, distaba mucho de la imagen yerma y abandonada que se presentaba ante mis ojos. El rectángulo que componía la sala de las campanas estaba rebozado de excrementos de ave y con seguridad la escoba jamás había acariciado aquel suelo. Un moho de un verde tan oscuro como la mugre que se acumulaba en mis uñas tapaba cada una de las paredes. Entre el follaje esmeralda todavía se entreveía una especie de grafitos realizados en las paredes. Algunos parecían estar escritos con el aceite con el que se ungían los yugos y los badajos, mientras que otros con almagra, sobre todo los nombres de las campanas, varios rezos para la protección, apodos de campaneros y diversos acontecimientos señalados. Todo un resumen de siglos esquematizado en aquellas cuatro paredes, tan a la vista de todo el mundo y a la vez tan escondido.

En uno de los laterales, justo a la derecha de la puerta por la que habíamos accedido al rectángulo, colgado de una herrumbrosa alcajata se encontraba un papel forrado con los toques de las campanas. En letras borrosas, rezaba esto:

ORDEN QVE HA DE GVARDAR EN EL TAnER A LAS HORAS, Y OFICIOS.

*Divino, el Campanero de la Santa Iglesia de Salamanca, conforme à los Estatutos della, la qual mando el Cabildo cumplir à los Senores Canonigo Don Diego Manrique, y Racioneros Antonio Rodriguez, y Francisco Freyre de Zamora, para gloria de Dios y servicio de sus Santos.*

*En veinte y tres de Mayo de mil seiscientos y treze.*

Lo siguiente era un interminable manual de toques de campana escritos en un castellano inaccesible, que a mí me costaba leer y más entender. Los observé con detenimiento, pensando en cuántos campaneros podrían haber repasado aquella tablilla en busca de un lenguaje con la eternidad.

El metálico tañido de las campanas me hizo brincar. Don Nemesio hacía bailar una de ellas mediante una soga enrollada al yugo y apoyada en un madero. La campana giraba, y cada dos vueltas se mantenía de pino unos segundos, hasta que retornaba su baile seráfico. El suelo retumbaba, y yo, muerto de miedo y expectación, lo contemplaba todo, absorto, en un intento de acaparar aquel momento con todos mis sentidos, o al menos con el del oído, para podérmelo llevar allí donde quisiese.

La campana seguía con su movimiento de vaivén, expulsando gotas de lluvia, mientras don Nemesio continuaba tirando de la cuerda. Tras cinco minutos que me parecieron segundos, cesó en su esfuerzo y el carillón fue recobrando poco a poco su posición inicial, hasta que el badajo ya no pudo llegar a uno de sus bordes.

Una ráfaga de viento colándose por los agujeros de mi corrompida ropa me advirtió que estaba escarchado. Sin darme cuenta, a través de una de las oquedades ojivales escarbadas en la pared de la entrada la lluvia había topado conmigo por segunda vez en el día. Me di la vuelta para otear el mapa de tejados cubiertos por el agua y el serpenteo tranquilo del Termes camino de Lusitania. Una cortina de viento y agua me masajó la cara de nuevo, borrándome la perspectiva de la ciudad.

–Parece que aquí desaparecen los problemas, ¿verdad?

–Sólo se difuminan –contestó el campanero de forma amigable.

Sin duda alguna, aquella era una manera diferente de vivir la vida, totalmente contraria al resto de los humanos. Allí arriba todo era esplendoroso y sufrible, como si no agobiara el peso del hambre, de las enfermedades, de

las envidias y de las desigualdades entre clases sociales que devastaban Salamanca.

Se trataba de otra realidad, su realidad.

Volví mi mirada de nuevo sobre la ciudad y recordé las palabras que me había dicho mi tío la noche anterior:

*Quiero que llegues a donde nadie en esta ciudad ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta carpeta queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.*

## 6

Don Nemesio me había acompañado hasta la plaza de Anaya. En el breve trayecto habíamos dialogado sobre las edades de los carillones, de sus fundidores, de los grafitos inscritos en ellas y, sobre todo, de lo que significaban para él, que después de haberse recorrido toda la catedral con mil y un oficios por fin había encontrado su sitio. Se había deshecho en comentarios queriéndome revelar el jeroglífico de los toques de campana que colgaban de la pared, llevándonos hasta las dos de la tarde.

Frente a las escalinatas y las cuatro columnas del Palacio de Anaya nos habíamos despedido con un apretón de manos y con un par de sonrisas que indicaban, sin duda alguna, que nos volveríamos a encontrar.

–Ya ves, Germán, soy el compositor que más público tiene en toda la ciudad y apenas si sé tocar un ruinoso fagot –había concluido.

Puede que fuese coincidencia, destino o simple curiosidad, pero algo había dentro de mí que había despertado el instinto de saber cada vez más sobre música y todo lo que le rodeaba. Aunque todavía era un chaval, con diez años recién cumplidos todo empezaba ya a tener un sentido o un sinsentido, y aquella sacudida tan emotiva se me había adherido a las paredes del corazón, siendo incapaz de quitármela de encima. Mi cabeza daba vueltas tratando de buscar cada vez más información sobre el tema y, ante todo, deseando llegar a casa para volver a acariciar el violín de mi tío. Sin embargo, y contra toda lógica, mis pies se encaminaron en dirección opuesta.

La calle del Tostado se desplegaba cuesta abajo, desierta y velada por

una capa de fina humedad. Dejé a mi izquierda la Escuela Normal de Maestros y, tras avanzar a paso rápido, enfilé la calle San Pablo.

La lluvia había cesado y se había convertido en una brizna de humedad que flotaba en el aire. Atravesé de nuevo la Plaza Mayor y avancé por la calle Zamora. Mi estómago me estaba indicando que la hora de comer se me estaba echando encima, por lo que aumenté mis zancadas. Aun así, mi curiosidad me llevó hasta la plaza de San Boal.

La academia de música estaba en un edificio de discutido gusto. Con un elaborado esgrafiado, desentonaba con el clasicismo de la plaza y con los dos edificios contiguos.

Me vino a la cabeza la imagen de Elena Greiner.

Fui acercándome con paso lento, oyendo los charcos borbotear bajo mis zapatos. Miré a ambos lados, no porque fuera a hacer algo malo, sino por instinto. La puerta estaba cerrada y no se oía nada que llegase desde el interior. No había nadie.

Volví sobre mis pasos y miré de nuevo la fachada.

*Volveré*, repetí para mis adentros.

Un trueno que quebró el cielo me anunció que ahora sí que debía salir corriendo hacia casa. En menos de quince minutos había doblado la esquina de la calle Empedrada, que era donde vivíamos. Al acercarme, vi de reojo a la señora Lucía, que abría la portilla superior de su casa.

–¡Ahí lo tienes de nuevo! –me susurró mientras pasaba frente a su altura–. ¡Mal rayo le parta al muy miserable!

Nuestra vecina no había encontrado mejor nido donde fijar sus conversaciones que en los oídos de mi tío y los míos. Éramos como una familia que vivía en dos casas diferentes. Enviudada de Paulina hacía un par de años, el día de su santo, parecía que sus ojos estaban poco a poco recuperando el centelleo. Había criado a seis hijos y dejado en el cementerio a un par de ellos más llevados por la tisis. Una vez que su marido hubo largado

a todos sus vástagos de casa e incluso de la ciudad, la miserable vida de la señora Lucía en los últimos años había sido la de someterse a él. Cuidaba de la casa, cocinaba, fruncía y realizaba una lista inagotable de tareas para salir adelante con el escaso dinero que raras veces caía en casa. Sometida a los deseos sexuales de su marido a su llegada del trabajo, previa parada en la tasca, no le quedaba más remedio que pasar por las horcas caudinas y pensar en sus hijos para no derrumbarse. De joven debía haber sido hermosa, pero la mezquina vida que le había tocado, como a muchas otras mujeres, la había sepultado de arrugas y cincelado una mirada de esclava. Ahora, después de enterrar a su celador, parecía volver a recobrar esa fortaleza que de joven seguro tuvo.

Le lancé una sonrisa y miré hacia nuestra casa.

Bajo los postigos, llamando con efusividad desmedida, se encontraba la figura inconfundible de Nicolás. Nuestro arrendador era un hombre abatido en vida y lleno de avaricia. De pecho hundido, flácida barriga y tobillos mirando hacia el exterior, su carácter no difería de la descripción de su físico. Maleducado a más no poder, vestía haciendo gala de ropaje de buen género, obtenido en el mercado del río y proveniente de destinos nada honestos, algo que creía no sabíamos, pero que doña Lucía nos había contado una noche al fresco. Se ganaba la vida haciendo de correveidile de don Luciano Sánchez, el dueño de las tres casas contiguas donde vivíamos, amén de resolverle diversos temas económicos, tales como los cobros de los alquileres, cosa que a veces conseguía y otras no.

Hice un amago de tosido para que se diese la vuelta.

Nicolás se giró mientras se rascaba el bulto de la entrepierna y me miró con las dos canicas negras que llevaba por ojos.

—¡Hombre, rapaz! —exclamó—. Llevo cinco minutos llamando a la puerta esperando cobrar mi mensualidad. Tu tío me debe hasta los calzones.

Desoí lo que cada sábado venía a pedirnos y que desde hacía dos meses no recaudaba. Me extrañó que mi tío no le hubiese abierto. No tendríamos ni una perra gorda, pero en educación no nos ganaba nadie en el barrio . Además,

este sábado le íbamos a pagar, pues durante las últimas semanas habíamos podido ahorrar lo debido a costa de pasar un poco de hambre.

–No le habrá escuchado, señor Nicolás.

Oído el requiebro que le había lanzado al llamarle señor, vislumbré una leve relajación en su rostro.

–¿Me permite?

Logré alcanzar la llave de mi bolsillo derecho y la introduje en la cerradura. Empujé hasta abrirla de par en par y grité el nombre de mi tío mientras me dirigía hacia la caja donde teníamos el dinero.

Mi voz se perdió por el pasillo.

La casa estaba en penumbras, aunque al fondo, casi imperceptible, asomaba una difusa y amarillenta luz que provenía de la cocina. Esto me relajó, aunque no del todo. Nicolás se había quedado fuera, intentando encenderse un cigarro con la yesca de su mechero. A medida que me iba acercando noté el calor y el olor de la chimenea. Sombras anaranjadas y tímidas bailaban al son de la escasa llama que aún se mantenía sobre una vieja cepa en la chimenea.

Eché un vistazo rápido a la estancia, pero no había ni rastro de mi tío.

–¡Tío! –grité.

Salí de la cocina. Justo al lado derecho del inicio de las escaleras asomaba un zapato tendido en el suelo.

–¡Tío! –grité con un hilo de voz.

Me tiré hacia él.

Su cuerpo yacía de forma fetal, con las manos cruzadas y pegadas a su pecho. A duras penas conseguía sofocar unos tosidos. Junto a su rodilla izquierda se encontraba caído el violín. Estaba astillado y tenía una cuerda rota.

Lo trinqué como pude por las axilas, mientras Nicolás, que al oír mi grito había entrado, seguía mis movimientos sin hacer nada excepto observar el violín y preguntarse qué carajo sería aquello. Incorporé a mi tío contra la pared del pasillo y observé unas salpicaduras de sangre en las solapas de su camisa. Estaba empalidecido, ardiendo y sus dientes castañeaban.

—¡Ay, Dios mío! —oí al fondo.

Doña Lucía se dirigía hacia nosotros haciendo aspavientos y arrastrando las alpargatas y la voz a través del pasillo. Pasó por delante del señor Nicolás, dándole un empujón. Éste la miró con desaire.

—¿Qué le ha sucedido? —logró articular la buena mujer.

Yo estaba muy asustado, no sé si por la estampa de mi tío en el suelo, por los gritos o por el destrozo del violín.

Últimamente mi tío tosía más de la cuenta. Pensé que simplemente sería un catarro invernal, pero vistas las consecuencias esto iba más allá de un mero resfriado.

—No lo sé, doña Lucía. Me lo he encontrado así al entrar en casa.

Me apartó para llegar hasta él. Le observó los ojos y las manchas de la camisa, y puso su mano en la frente. Meneó un par de veces la cabeza y me dirigió una honda mirada.

—Es la tuberculosis —articuló sin ningún género de duda.

No discutí su reflexión. Haber enterrado a dos de sus hijos por esa misma enfermedad le otorgaba el mismo crédito que si se tratara de un dictamen médico.

Miró a Nicolás con furia.

—¡Y usted, apague ese maldito cigarro! —le gritó—. No le viene nada bien al señor Froilán.

Nicolás se mantenía inmóvil ante la escena y no reaccionó hasta el grito



de nuestra vecina. Asintió incómodo y mecánicamente, apagando el cigarro en la suela de su alpargata.

–¿Qué hago ahora, doña Lucía?

–Vamos a llevarlo a la cama y darle de beber –indicó mientras se plantaba delante de la mirada de Nicolás para que nos ayudase.

–¡Olvídelo! No pienso tocar a un tuberculoso –dijo Nicolás mientras daba pasos hacia atrás en dirección a la puerta de entrada.

–¡Pues entonces lárguese de aquí! –gruñó doña Lucía mientras le arrojaba su desdén.

–¡Algún día me las pagará, señora! –vociferó-. ¡Y tú, enano, vendré otro día a por la renta!

La puerta de la entrada se cerró con un golpe lleno de saña.

Doña Lucía y yo nos quedamos a solas con mi tío.

Nuestra vecina tenía una fuerza interior extraordinaria. Apenas tuve que ayudarla para poder llevar a mi tío hasta la cama. Éste a duras penas conseguía abrir los ojos. Tenía un color cerúleo para nada halagüeño y reprimía como podía algún leve tosido.

–Trae un poco de agua y unos paños limpios.

Me alegré mucho de tener a doña Lucía en aquel momento. De hecho, sin ella no sabría qué haber hecho con mi tío.

Mojó los paños en la palangana que le llevé y los dispuso en su frente. Comenzó a quitarle la camisa y los pantalones, dejándole en calzones encima de la cama sin ningún pudor. Tan sólo lo cubrió con la sábana. Después le obligó a beber un poco de agua.

Mientras tanto, yo guardé el violín en su caja y eché otro leño a la chimenea para quitar la humedad de la casa, que en estas fechas ya comenzaba a filtrarse por todos los rincones.

–Con esto no bastará. Hay que buscar medicinas para bajar la fiebre.  
¿Conoces algún médico que no te pida un ojo por ellas?

Reconozco que me asusté. El único médico que yo conocía es el que me atendió a mi llegada al orfanato, y al que únicamente había vuelto a ver en un par de ocasiones que me había puesto enfermo en la casa de acogida.

–¿Don Atilano? –musité.

–¿Ese pelavainas?

Dudé en llevarle la contraria, pero no me quedaba otra.

–No conozco otro. Será lo que usted quiera, pero yo estoy vivo gracias a él.

Doña Lucía tornó los ojos hacia arriba con desaire mientras mi tío volvía a escupir otro borbotón de saliva sanguinolenta.

Cuando traspasé el umbral de la puerta miré al cielo esperando que no lloviese. La tarde estaba clareando. De hecho, no era muy normal la cantidad de agua que estaba cayendo aquel otoño. Tuve suerte, y las nubes me dieron un respiro hasta llegar a la cuesta de la Raqueta, ya cerca de Sancti–Espíritus, que era donde vivía el doctor.

Rondarían las cinco de la tarde cuando alcancé el número tres. Machaqué la puerta hasta hacerme daño en los nudillos. El corazón me latía con fuerza y cada segundo corría en contra de mi tío.

Dejé pasar un minuto, pero allí no contestó nadie. Miré hacia ambos lados de la calle y volví a aporrear la vetusta puerta que cerraba la estancia.

–¡Vamos, mozo, no ves que no hay ni Dios! Deja de tocar las narices.

Una voz de ultratumba recorrió mis tímpanos. Un espanto en forma de cara estaba asomado en una casa lindante, y por la perla de frase que me había lanzado, los pelos y sobre todo los ojos llenos de pitañas, supuse que le había despertado de su letargo.

–¡Lo siento, señor! –me disculpé–. ¿Sabe usted dónde se encuentra el doctor don Atilano?

–Menuda consideración, ¿doctor dices? Ahí no vive ningún doctor, si acaso un matasanos borracho y arrogante.

Desoí su patochada y volví a preguntarle. Total, la opinión que tenía sobre mí después de haberle despertado de la siesta ya estaba formada.

–No le entiendo, ¿no vive aquí don Atilano?

–Sí, sí, claro que vive ahí –asintió con desaire ante mi insistencia–. Pero seguramente lo encontrarás echando la partida en el bar Americano. Anda, corre y déjanos dormir la siesta en paz.

Así lo hice, y en menos de diez minutos estaba en la esquina de Pozo Amarillo.

El bar Americano estaba en la Escalerilla de Pinto, una de las salidas de la Plaza Mayor hacia la plaza del Mercado. Era un bar muy concurrido, donde una peña taurina se juntaba semanalmente a departir sobre eventos taurinos. Fotos de numerosas faenas atiborraban sus paredes, y en su parte superior disponía de media docena de habitaciones en renta. Perteneecía a un matrimonio formado por Federico y Elisa. Económicamente estaban bien acomodados, pero no se mostraban para nada ostentosos y parecían ser buenas personas. Tenían una hija, llamada Laura, que les ayudaba en la cocina y en el servicio de las habitaciones. A su vez, tenían tres criadas que servían las comidas y las cenas.

Según decía mi tío, en ningún otro lugar de Salamanca se comía un cocido tan rico como en los fogones de doña Elisa. Evidentemente no escatimaba en condimento, reclamo en tiempos difíciles que atraía masas, amén de ofrecer un trato exquisito. Era uno de los lugares preferidos por las gentes de los pueblos de la provincia cuando se acercaban a la ciudad.

Entré traspasando una cortina mezcla de sudor y humo. Las voces se mezclaban con los golpes de nudillos y fichas de dominó. Había unas cinco mesas. En cada una se apostaba una media docena de hombres, de los sólo

algunos jugaban a las cartas. Lancé una mirada rápida en busca de una cara que me fuese conocida, aunque realmente apenas recordaba cómo era la de don Atilano. Noté algunas miradas posarse sobre mis hombros, pero sin amedrentarme avancé hasta el mostrador.

Tras el bloque de madera, doña Elisa estaba sacándole brillo a un par de vasos. Era una mujer de piel suave, sin arrugas y de aspecto agradable. Llevaba un moño al uso, y su vestimenta, en tonos grises, estaba abrazada por un mandil ocre con restos de suciedad. De joven debía haber sido muy bella.

Levantó los ojos y dejó la tarea esperando a que yo abriese el pico.

–Perdone, estoy buscando a don Atilano.

Me miró con cara de asentimiento o de pena, no supe descifrarlo. En todo caso, me contestó de modo encantador.

–Está frente a mi marido. Es el que tiene la camisa desabrochada hasta el esternón.

Miré hacia donde me estaba indicando la dueña. Bajo una nube de humo, en la mesa se encontraban dos jugadores, rodeados por otros que observaban las apuestas con recelo. Don Atilano lanzaba las cartas pegando fuertes golpes contra la mesa.

Era un mero esqueleto en vida. Su camisa dejaba al descubierto una telaraña de huesos, tapizados por una piel amarillenta que insinuaba una cirrosis avanzada. Meneaba de lado a lado un pitillo entre los labios. El humo le obligaba a entrecerrar los ojos mientras manejaba las cartas con una mano y un vaso de anís con la otra. Sus cejas estaban muy pobladas, y la cuchilla de afeitar no había rasurado aquella cara hacía al menos una semana. Aquello era un cuerpo y una tez retenidos por una vida de tasca y desvelos.

Opté por cortar la partida para hablar con don Atilano, pero viendo la efusividad con la que se jugaba al tute en aquella mesa decidí aguardar a que finalizase. Federico no me quitaba ojo.

Esperé otro par de minutos, pero la imagen de mi tío me golpeó de

frente. No podía perder más tiempo. Su vida estaba en juego.

–Don Atilano, perdone, pero tengo que hablar con usted.

Cesaron los golpes sobre la mesa y veinte ojos me asietaron.

–Es importante. Se trata de mi tío Froilán.

Don Atilano apenas giró la cabeza para comerme con la vista y darse cuenta de que no me conocía de nada. Su mirada habló por él y giró de nuevo la cabeza.

–Continuemos –indicó al resto del grupo sorbiendo un buen trago de anís–. Tengo buena mano.

Así lo hicieron, continuando donde lo habían dejado.

No me despegué de su lado, a pesar de alguna que otra mirada inquisitoria. Doña Elisa, que había visto la escena, se acercó a paso ligero moviendo las caderas y frotándose las manos en el mandil.

–Vamos, el rapaz quiere hablar contigo. Deja un momento la partida y hazle caso. Yo me ocupo.

Hizo levantar a don Atilano, que, refunfuñando, trastabilló al intentar moverse. La posadera se sentó en su lugar y le hurtó las cartas de un zarpazo. Don Atilano se plantó delante de mí con un rictus de enfado, los párpados a medio abrir y el cigarro a punto de quemarle los labios.

Un aliento avinagrado y fétido, que parecía salirle de lo más hondo de su ser, me abofeteó en plena cara. Hice por disimularlo, pero no pude. Aun así, en medio de una arcada logré articular algunas palabras.

–Se trata de mi tío Froilán. Tiene mucha fiebre y al toser escupe algo de sangre. Necesito su ayuda.

–No conozco a ningún Froilán – musitó con voz aguada echando el humo por sus fosas nasales.

Hubiese hecho cualquier cosa para que se tapara el pecho. Era un panorama desolador.

–Claro que lo conoce, y a mí también –le espeté–. Agustín lo hizo llamar para salvarme cuando apenas era un recién nacido. Fue en el hospicio. Me llamo Germán, Germán Etura.

Se quedó juzgándome unos segundos, quizá buscando en mi cara algún recuerdo o revolviendo entre su mente intentando encontrar la imagen de su viejo amigo Agustín. El caso es que reaccionó al cabo de un minuto.

Yo comenzaba a perder la paciencia. El tiempo corría en mi contra, por lo que insistí nervioso.

–Por favor, Don Atilano. La señora Lucía dice que mi tío está muy mal, y que necesita medicinas para bajar la fiebre.

–¿Agustín?

–Sí, Agustín González. Era celador en la Casa Hospicio de San José. Todos creían que yo tenía la peste, pero usted defendió que era una alergia. ¿No lo recuerda?

Verle pensar de nuevo me estaba crispando los dientes.

–Ya recuerdo –concluyó al fin aplastando la colilla con su pie derecho.

El lunes pude volver al colegio, dejando el delicado cuerpo de mi tío en las competentes manos de doña Lucía. Don Atilano había confirmado lo que ya sabíamos: era tuberculosis.

–Ya sabéis que para esto, aparte de un milagro, poco podemos hacer –argumentó mientras le exploraba–. Buenos alimentos y aire sano. Claro que esto mismo sirve para todo. ¿Quién narices enferma comiendo ternera y cordero todos los días? Ya lo dice el refrán: al que bien come y mejor bebe, no se le atreve la muerte.

Nos había aconsejado seguir con los paños de agua fría, colocarle unos calcetines empapados en alcohol y darle de beber cada cuarto de hora. En un par de horas la fiebre había bajado y solamente era un reflejo sobre un cuerpo agotado. Froilán permanecía con los ojos entreabiertos y casi no había articulado palabra. Doña Lucía obedecía mordiéndose la lengua, y yo me había limitado a hacer cuanto estaba en mi mano para ayudarla. Apenas había controlado la situación, don Atilano sacó de su maletín un par de pastillas y empezó a recoger su escaso instrumental.

–Está muy débil, tiene una anemia de caballo. Necesita más que nunca de vosotros, buena comida y aire puro. ¿Tenéis algún familiar cerca de la Sierra de Béjar?

–No lo sé.

–Allí el aire es puro. En todo caso, en esta casa no se recuperará. Haz por sacarlo de aquí. Ganarás algo de tiempo.

–¿Cómo?

–No le queda mucho. Está en la última fase.

Bajé la cabeza, resignando mi dolor. Las lágrimas se estaban agolpando en mis párpados.

–Lo siento, no se puede hacer más.

Asentí con la cabeza, aunque no con el corazón.

–¿Qué le debo, don Atilano? –pregunté con un hilo de voz.

–Una buena mano, rapaz, hoy tenía la partida la ganada –musitó saliendo por la puerta–. Lo siento de veras, muchacho.

Al verle marchar, me armé de valor para preguntárselo.

–¿Cuánto tiempo?

Se paró sin girar la cabeza.

–Medio año a lo sumo, nueve meses si os vais –sentenció.

La Escuela Municipal de la Compañía era una robusta construcción de una sola planta situada en la Audiencia, junto con varios organismos oficiales, que cubría con limitadas estrecheces las necesidades escolares de la zona. Se vertebraba sobre una puerta escoltada por dos ventanas a cada lado, y en sus extremos dos triángulos de cantería terrosa enfilaban al cielo.

Don Mateo, el maestro, monárquico hasta la pleura, se enorgullecía de haber estrechado allí mismo la mano de un noble allegado a la casa real en la inauguración del curso académico. Nadie supo jamás de quién se trataba, pero eso, cierto o no, era algo que había que saber al dedillo, incluso antes que la conjugación del verbo ser.

A través de los cristales observaba el cielo raso que esmaltaba Salamanca, perdiéndome en mente y cuerpo. Apenas estaba prestando



atención a la lección de geografía con la que esa mañana nos estaba deleitando don Mateo.

–Señor Etura, ¿está usted en clase o en la Peña de Francia?

No fue la frase del profesor lo que me despertó, sino las risas del resto de la clase. Me sentí molesto, que era justo lo que don Mateo pretendía.

–Estábamos enumerando las cordilleras españolas. Si es tan amable, ¿le puede indicar a sus compañeros dónde se encuentra la cordillera Carpetana?

–Claro, don Mateo. Separa a León y Castilla la Vieja de Extremadura y Castilla la Nueva.

Su sonrisa sibilina se convirtió en una mueca de irritación y arrebato. Lo percibí tan claro que fui con el estoque directo a matar.

–Su pico más notable es Plaza del Moro Almanzor, con 2.660 metros de altura.

Hubo un silencio en el aula. Pude ver cómo sus nudillos se quedaban blancos al apretar en exceso los puños por la rabia. El resto de la clase esperaba su intervención.

–Es suficiente, señor Etura. Es suficiente.

La mañana se me estaba haciendo muy cuesta arriba, y deseaba que acabaran las clases para ir de nuevo junto a mi tío. No podía dejar de pensar en qué podía hacer para ayudarlo.

–¿Te gustó la torre? –me preguntó Marcos al salir de la escuela.

Enfilamos por la calle Meléndez bajo un sol que a duras penas conseguía hacer subir la temperatura.

–¿Cómo?

–La torre de las campanas de la catedral. El sábado subiste con Don Nemesio.

–¡Ah! Sí, sí, me gustó mucho –contesté sin mucho entusiasmo.

No tenía ganas de hablar, pero la presencia de Marcos a mi lado era un hombro en el que apoyarse.

–¿Y tú qué tal? –le pregunté por compromiso.

–¿Yo?

–Por lo de Elena, me refiero.

–Bueno.

–¿Qué es bueno? ¿Que ya se lo has dicho?

–¿Estás loco?

–Pues yo se lo diría.

–Así estoy bien.

–¿Bien? Yo no te veo muy bien cuando hablamos sobre ella. Te enfadas cada vez que la nombro.

Los mofletes de Marcos se pusieron rojos como brasas ante mi afirmación. Al menos esta vez había admitido aquella evidencia.

–Si te gusta, ¿por qué no se lo dices?

–Ni loco.

–No tienes nada que perder.

–Ni nada que ganar.

–Eso depende de ti. No soy yo el que está enamorado. No sé cuál es el fin. De hecho, ni siquiera sé lo que se siente.

A Marcos le costaba sincerarse, pero cuando lo hacía no tenía freno.

–Es parecido a la música. ¿Te acuerdas cuando viniste el sábado

emocionado por lo que habías descubierto?

Reconozco que aquella metáfora me sorprendió.

–Es estar pensando todo el rato en lo mismo. Desear a cada momento volver a verlo, o escucharlo en tu caso. El corazón te late y no puedes controlarlo, la tensión se desboca y estás en un estado de agitación continuo. Eso es estar enamorado.

–¡Joder, Marcos! Parece que lo has sacado de un fragmento de Jorge Manrique.

Marcos se abochornó.

–Lo siento –me disculpé–. He querido que me lo contases y lo has hecho. Te lo agradezco. En cierta manera eso es lo que yo sentí tocando el violín.

–¿Has seguido aprendiendo? –se interesó.

–No. Espero que mi tío me siga enseñando esta semana –mentí por no dar explicaciones.

Avanzamos unos metros sin hablar.

A Marcos lo había conocido en la misma aula en la que actualmente don Mateo nos intentaba dar una educación acorde a los tiempos que corrían, que no eran fáciles. Ambos éramos tímidos y volátiles, presas fáciles, por lo que pronto hicimos piña para protegernos de los depredadores de la última fila. A menudo le observaba llegar a clase con algunos moratones en los brazos, los ojos rojos e incluso alguna vez cojeando. Su mirada nada tenía que ver que la inocencia de un chico de su edad, y sí mucho con el problema que guardaba en el alma una vez que salía de su casa. Quise interesarme por su estado, pero nunca abría la boca respecto a ese tema. Todo un curso tardó en abrirse a las conversaciones que yo intentaba tener con él. Fue en las inmediaciones del apeadero de Sánchez Ruano, buscando carbonilla, donde me confesó que a su madre se la había llevado la escarlatina tres años antes y que vivía con su padrastro, un individuo en cuya mollera no cabían ideas más

allá de una vida animal ni otra paz que la de apagar su sed con licores, y que le hacía pagar caro la ausencia de su madre. Fuerte y animal como él solo, de entendimiento doblegado a una incultura total, solía golpear a Marcos con sus manos de ebanista, brutalmente y sin vacilación. Era un castigador de medio pelo que conocía tan a fondo las viñas de la prostitución como las habitaciones de su casa.

Marcos había aprendido a volar solo. Con el tiempo, como decía mi tío Froilán, había desarrollado una gran capacidad para transformar todo el odio que sentía en fuerza para seguir adelante. Los golpes no eran golpes, sino pequeñas victorias que su padrastro se obcecaba en no ver y que Marcos atribuía a ataques de envidia por ver sus progresos en la escuela. Don Mateo, que siempre estaba de vuelta, permanecía al tanto de la desgracia de mi amigo, pero nunca había iniciado una conversación al respecto. Le ayudaba a superarse y le pasaba viejos libros de la biblioteca municipal para que al menos dejase volar la imaginación o, dado el caso, poder defenderse con ellos. Marcos se lo agradecía, aunque casi nunca se los quedaba por temor a que su padrastro se los encontrase.

Era yo quien se los cuidaba.

—Don Mateo me ha dado esto para ti —le dije al detenernos en una esquina de la Casa de las Conchas, que era donde nos solíamos separar.

Marcos miró con cautela el libro que le estaba ofreciendo.

Al leer el título sonrió.

—Al fin lo ha conseguido.

Cogió el libro, le echó un rápido vistazo y lo guardó en su cartera.

—¿Nos vemos esta tarde?

—Me temo que no. Tengo cosas que hacer —le aclaré mientras él ponía una mueca de sorpresa—. Ya te contaré.

Asintió sin preguntar y se despidió.

Le vi perderse camino de su infierno, con la cabeza alta, el orgullo intacto y asumiendo un día más con naturalidad innata los problemas de su padrastro. Yo, en cambio, me dirigí al mío propio, el mismo que aquel húmedo sábado de diciembre se me había presentado en casa sin avisar y dispuesto a quedarse para siempre.

Entré en casa sin hacer mucho ruido e intuí que doña Lucía aún se encontraba en su interior. La puerta de la habitación donde descansaba mi tío estaba entreabierta. Permanecía dormido y le costaba respirar, tal y como lo dejé cuando marché a clase. No quise molestarlo y enfilé hacia la cocina.

Doña Lucía estaba haciendo la comida. La miré sin que se diese cuenta, pensando en lo afortunado que era teniendo a mi lado a aquella buena mujer que tanto me estaba ayudando de modo desinteresado. La pobre nos había limpiado la cocina y parte de la vana despensa que poseíamos. Había reunido media docena de patatas, un par de zanahorias y un puerro para prepararnos un puré. Le agradecí el trabajo mientras ponía la mesa.

–Pon sólo para nosotros dos. Tu tío no quiere probar la comida.

Nos sentamos ante aquella comida insulsa y casi transparente.

–Como siga sin comer nada, en dos semanas le damos sepultura.

–No creo que nosotros tardemos mucho más que él, doña Lucía –asentí mostrándole el plato.

–Son malos tiempos, Germán. La comida vale un ojo y parte de un riñón. Puedes agradecer que al menos puedas llevarte esto a la boca. Es lo último que nos queda.

Asentí con un desaire.

–¿Qué tal ha pasado mi tío la mañana?

–Sufriendo, hijito mío. Me hace recordar a mis pequeños. Ha tenido algo de fiebre, pero al menos ya no ha tosido tanto. Se queja mucho del pecho.

Sabía que las palabras de doña Lucía eran sentidas. Mucho más de lo

que yo pensaba.

–¿Y eso qué significa? –pregunté esperando la misma respuesta que me había dado don Atilano.

Me miró queriéndome decir la verdad a bocajarro, pero supongo que vio la pena reflejada en mi rostro. Tras unos segundos de doloroso silencio, suspiró y comenzó a hablar.

–Significa que en esta vida estamos de paso y que tu tío Froilán tiene la puerta de su final ya entreabierta. Apenas le queda trecho que caminar hacia ella. Tendremos que esperar a que eso ocurra. Será duro, Germán, muy duro, pero yo te ayudaré. Me gustaría rezar a Dios, pero hace tiempo que perdí toda esperanza. La vida me ha dado la espalda tantas veces que ya no podría contarlas.

Doña Lucía me había respondido con el corazón.

Se levantó sin apenas probar bocado, seguramente arrepintiéndose de haber dicho aquello a un crío de mi edad.

–Gracias, se lo agradezco –le respondí tras una pausa.

Se giró extrañada por la respuesta.

–¿Por qué?

– Por quedarse a mi lado. Usted es lo más parecido que he tenido a una madre.

Su sonrisa inundó la estancia. Sumergida en una rutina sin ternura y sin más regocijo que las saturadas obligaciones de un ama de casa ya extenuada, doña Lucía también había encontrado en nuestra familia el apego robado. Tantos años de humillaciones habían cavado un surco demasiado hondo en su corazón.

Avanzó hacia mí y me abrazó, frotándose la cabeza con su mano cuarteada.



## 8

En los siguientes días el estado de mi tío apenas mejoró.

A duras penas bebía algo de agua, y la comida tan sólo la admitía con la llegada de la noche. Tosía flemáticamente y se empecinaba en articular un par de frases, conminándonos a que saliésemos de la habitación para no contagiarnos nosotros mismos.

–¡Como os contagie no voy a poder ir a vuestro entierro! –repetía al aire.

Nos habíamos trasladado a la casa de doña Lucía.

Don Luciano Sánchez, enterado de la enfermedad de mi tío, no tardó más de una semana en enviar de nuevo a Nicolás, junto con dos carabineros, esta vez para desahuciarlos de la casa. La situación había sido caótica. Doña Lucía se enteró de madrugada y preparó la invasión del enemigo. Apenas lo vislumbró a la vuelta de la esquina que marcaba la calle, comenzó a increpado como una Cabrera. A gritar no había quien le ganase, por lo que no fueron pocas las cabezas que empezaron a asomar de ventanas y cuerdas. Nicolás había puesto a los dos oficiales de parapeto y se mantenía a una prudente distancia. Una vez que llegaron hasta la puerta, tuvieron que agarrar a doña Lucía entre los dos agentes para que no le atizase con una cepa mientras continuaba lanzándole todo tipo de escarnios. Calmada la situación, tras media hora extenuante, consiguieron explicarnos que don Luciano nos perdonaba el retraso económico a cambio de que nos fuésemos aquel mismo día.

Así lo hicimos.



Doña Lucía no tardó en ofrecernos su humilde casa, y los dos carabineros nos ayudaron a trasladar a mi tío a una habitación que quedaba en el interior de la estancia. En menos de un par de horas habíamos recogido nuestros enseres, instalándonos en la casa donde, en seis meses a lo sumo, mi tío nos dejaría para siempre.

–No hay mal que por bien no venga –le dije a doña Lucía mostrándole el bote con el dinero que teníamos guardado para el alquiler.

Doña Lucía lo miró con desinterés.

–Germán, deja ese dinero para cuando realmente lo necesites. Por ahora, con lo que yo gano zurciendo nos llega al menos para comer.

–Quiero ayudarla, me siento en la obligación de hacerlo.

–Ya lo estás haciendo. He rejuvenecido al menos diez años en una semana.

No me había percatado, pero ahora que lo decía sí que la notaba diferente, aunque no sabía por qué. La miré de nuevo sin saber bien qué buscaba ni en qué fijarme. Simplemente, algo era distinto.

–Es el luto –musitó al aire–. Ya no lo llevo.

La rutina se había metido en nuestras vidas a paso ligero.

Cuando me levantaba por las mañanas para ir al colegio, doña Lucía ya llevaba una hora con la espalda encorvada y los ojos clavados en agujas e hilos. Solía tenerme preparado un vaso de leche para desayunar, y la ropa remendada y doblada en una silla al lado de la chimenea. Mientras me engullía la leche, me daba los consejos y recomendaciones que una madre le da a su chiquillo, pero que a mí se me antojaban innecesarios. Los aguantaba sólo por ver a doña Lucía hacer de madre. A ella le encantaba, y la verdad es que a mí, en cierta manera, también.

Con el paso de las semanas, aquella relación se había ido formalizando hacia algo más. Cada vez nos gustaba más estar juntos. A la vuelta del colegio

yo le contaba la lección que habíamos dado y ella me enseñaba a coger la aguja y el dedal y a iniciarme en el arte de la cocina. Cosa fácil, pues apenas teníamos con qué cocinar. Me contaba historias que nada tenían que ver con aquel barrio donde vivíamos. Historias de aristócratas y empresarios a los que el dinero les sobraba. A pesar de ser una bocinera, doña Lucía tenía un corazón que no le cabía entre las costillas. A veces me preguntaba cómo demonios había llegado a casarse con Paulina.

–Cosas de mozos –me contestó una vez–. El amor inmaduro es imperfecto, Germán, recuérdalo. Sólo madura si se riega y abona.

Mi tío se mantenía igual. Seguía encamado, y se negaba a comer alegando que prefería dejarlo para nosotros. Poco a poco su maltrecho cuerpo había empezado a bajar de peso, y unas ojeras oscuras como el hollín se habían instalado bajo sus ojos. A pesar de ello, a veces se incorporaba para recobrar un poco el equilibrio tanto físico como emocional.

Después de calibrar el avanzado estado de su enfermedad, decidimos instalarlo en la habitación más alejada de la casa. Estaba cerca del corral trasero, y la única fuente de luz provenía de una pequeña ventana situada encima de su cama.

Doña Lucía me advertía del peligro de contagio que existía, y cada día así me lo hacía saber. Yo, por mi lado, actuaba en consecuencia, aunque mis ganas de estar con mi tío eran ajenas a este peligro.

Froilán había tenido la inmensa suerte de haberse casado con una mujer buena, y la inmensurable desgracia de perderla hacía unos años. Esto había mermado mucho sus ganas de seguir luchando. A menudo me sentaba en su cama cuando creía que estaba dormido y le leía un par de hojas de *Misericordia*, de Benito Pérez Galdós. Era mi manera de contribuir a su bienestar, o al menos intentarlo. En mis lecturas observaba cómo repiqueteaban sus párpados, por lo que intuía que me estaba escuchando, aunque no podía estar seguro. Era entonces cuando entonaba con más fuerza y vigorizaba las palabras para hacer volar a mi tío fuera de aquel pequeño cuarto en el que se estaba consumiendo.

El frío invernal de principios de año ya era amigo inseparable de la meseta. Las lluvias habían cesado, y el sol, aunque tímido, nos saludaba cada mañana disipando las imperturbables heladas de las primeras horas. Rondarían los últimos días de enero cuando me acordé de nuevo del violín. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar de nuevo en acariciarlo y hacerlo sonar. Con la enfermedad de mi tío me había olvidado completamente de él, hasta tal punto que tuve que preguntarle a doña Lucía dónde se encontraba.

–¿Te refieres a una caja de madera rectangular? –me preguntó sin apartar la vista de unos guantes de piel que estaba cosiendo.

–Sí –asentí conciso.

–Creo que se encuentra en el desván de arriba. Como la casa es pequeña, lo subí allí para que no entorpeciese por aquí.

Subí las escaleras hacia la buhardilla antes de que doña Lucía acabase la frase. Había dos puertas. La de la derecha estaba cerrada, por lo que opté por entrar por la izquierda. Con un leve envite, cedió para dejarme paso a la jungla de trastos viejos que allí habitaban entre años de polvo acumulado e imponentes telarañas. Apenas un chorro de luz se colaba entre los travesaños del tejado, creando una atmósfera de misterio y frío.

Doña Lucía guardaba allí toda una vida, o mejor dicho varias: la suya, la de sus hijos, la de su marido y quién sabe cuál más. Antiguas máquinas de coser, viejos peroles de cocinar, una plancha e incluso una bicicleta desangelada eran los moradores de aquel altillo. Apilada sobre una cama supletoria desmoronada distinguí la caja del violín. El polvo aún no se había instalado sobre su barniz.

Tropecé un par de veces antes de llegar hasta su altura. Al retirarme, la curiosidad llamó a mi puerta. Junto a la cama supletoria había una caja de hojalata, fotos y cartas antiguas. Cogí una instantánea al azar y soplé para retirar la polvareda. Era una foto de estudio, de esas en las que todo el mundo tiene la misma expresión de frivolidad ante el artilugio que los inmortaliza. Había un hombre sentado vestido de uniforme y una mujer de pie con ropa elegante a la cual distinguí desde un inicio: doña Lucía. La fecha marcada en

el reverso hacía referencia a 1878.

Continué rebuscando entre un extenso y antiguo material fotográfico, con los negativos de cristal. Deduje que habían sido posesiones de un fotógrafo, pues también había cuatro cámaras de pie y toda una colección pictórica. Los dejé a un lado y mi vista se clavó en una carpeta de color añil. Miré hacia atrás para ver si venía doña Lucía, pero en el instante que iba a abrirla me detuve. La curiosidad casi había podido con mi orgullo, por lo que la volví a dejar donde la había encontrado. Di media vuelta y bajé de nuevo a la cocina.

—¿No lo has encontrado?

—¿El qué?

—¿Qué demonios va a ser? Lo que has subido a buscar, el violín.

Con la distracción de la carpeta y las fotos me había olvidado completamente del instrumento.

—Sí, sí —respondí entre dudas—. Ahora se lo enseño.

En un par de minutos estaba de nuevo en el piso inferior con la caja bajo mi axila.

—¿Y tú sabes tocar eso?

—Bueno..., antes de todo esto mi tío me enseñó un poco, —exageré.

Me miró a los ojos, como queriéndome decir algo.

—A ver, toca un poco para mí.

—Ni hablar —repuse.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza... Aún me queda todo por aprender y además está roto.

–Yo te diré si te queda mucho.

–¿Usted?

Se produjo un silencio incómodo. Después, doña Lucía asintió, bajando levemente la cabeza y moldeando una sonrisa con la comisura de los labios.

–¡Baja la carpeta, anda!

–¿Qué carpeta?

–La que has estado husmeando mientras buscabas el violín.

No dije nada, pero me puse rojo como un rescoldo de lumbre. Obedecí y tiré de nuevo hacia arriba.

–¡Baja también la caja de hojalata! –gritó mientras yo rebuscaba.

A duras penas pude bajar todo.

–Déjalo sobre la mesa –ordenó mientras guardaba manecillas e hilos.

Doña Lucía observó lo que había sobre la mesa, como queriendo hablar entre miradas con todo ello, y seguramente añorando un tiempo pasado. A veces, al margen de sus groserías y su inequívoco tono de voz, en sus gestos distinguía cierta sutileza que ninguna de las señoras del barrio poseía. Su manera de andar, la rigidez de su espalda al sentarse, el orden marcial de las comidas, la extrema limpieza de sus uñas..., pequeños detalles que a veces la delataban. Incluso las numerosas conversaciones que había tenido con ella, como sus interminables historias, la situaban en un nivel cultural superior al resto de sus vecinas.

–Germán, hubo un tiempo en el que yo fui joven.

–Supongo –fue lo único que se me ocurrió decir.

–Sí, aunque no te lo creas del todo y pienses que los viejos hemos nacido así. Lo que ocurre es que la vida no me ha tratado muy bien. Tuve una infancia dura y cruel, así como lo oyes.

–Bueno, la mía no difiere mucho a la de usted. No conocí a mis padres, murieron con la peste.

Asintió con las pestañas, creando cierta duda que me incomodó.

–Te aseguro que lo que te voy a contar ahora es mucho peor que no haberlos conocido.

Doña Lucía se levantó y avivó la chimenea. Trajo a la mesa un par de vasos y los llenó hasta arriba de agua. Se retiró los restos de la comisura de los labios con una servilleta y comenzó el relato de su vida, entre el crepitar de la lumbre y unas sombras aterciopeladas acopladas en su rostro.

–Apenas tenía minutos de vida cuando mi madre me dejó para siempre. Nací no querida, Germán, y así creo que moriré. Mi madre, según me fueron contando, fue una chica triste y analfabeta que se había quedado huérfana a los siete años y que se enamoró perdidamente de Alfonso, mi padre. Ambos eran muy jóvenes e inmaduros, así que yo no tardé en ser engendrada. Por entonces mi madre, que se llamaba Agustina, únicamente tenía quince años. Nací en una de esas cabañas de piedra que tienen los pastores para pasar el invierno, con la única compañía de mi madre y una famélica perra a la que ella tenía mucho aprecio. Fue un parto rápido pero complicado, hasta tal punto que mi madre tuvo una hemorragia por la que se le fue la vida en cuestión de minutos. Aquella perra fue la que me salvó. Fue hasta casa de los padres de mi supuesto padre y consiguieron encontrarme al cabo de un par de horas. Cuando llegaron, aún respiraba. Una tía de mi padre me amamantó hasta que empecé a ganar peso. Mis padres no se habían llegado a casar, por lo que era difícil asegurar mi procedencia. Eran tiempos de hambruna y nadie quería una boca más que alimentar. Mi abuelo paterno, Felicísimo, le preguntó a mi padre si realmente yo era su hija, a lo que Alfonso afirmó tímido. *Entonces, no te preocupes, nosotros la cuidaremos*, le dijo.

A partir de ese día aquel hombre se deshizo en cuidados conmigo. Se dedicó a trabajar como un mulo y fueron años en los que no me faltó de nada. Vivíamos en Aldeadávila, a unos cien kilómetros de aquí. A medida que iba

pasando el tiempo, la falta de trabajo, y sobre todo la obsesión de mi padre por salir de aquel pueblo enclavado en las Arribes, hicieron que tomásemos el coche de línea hasta Salamanca, y de ahí, en un viaje a través de una España incomunicada y llena de peligros, alcanzamos Ribadesella. Aquel paraje era totalmente diferente al áspero campo de nuestra tierra.

*Te voy a enseñar una cosa que jamás olvidarás en tu vida,* me indicó a los dos días de nuestra llegada.

Tenía razón. Aquella imagen que mis retinas immortalizaron y guardaron en un rincón de mi mente jamás se me ha olvidado. Un mar tan azul como cualquier cielo se extendía ante nuestros ojos. Dudo el tiempo que permanecí observando el romper de las olas y escuchando su sonido. Quedé tan impactada ante tal fenómeno de la naturaleza que todos los días tenía la necesidad de verlo y sentirlo. Recorría el largo puente de madera que unía el pueblo y la playa de Santa Marina para sentarme sobre la arena, meter mis pies entre ella hasta enterrarlos, cerrar los ojos y decirme para mí misma lo feliz que allí era. Estaba eufórica. Casi todas las tardes caminaba por la orilla, me daba largos baños, jugaba con el agua y disfrutaba de la brisa. Apenas había gente, por lo que la sensación de libertad era indescriptible. Al poco tiempo de llegar comenzaron a construir las primeras edificaciones cerca de la arena, lo cual quebró mi tranquilidad. Mi padre no tardó en encontrar trabajo, primero como mozo en un barco de pesca que se caía a pedazos y luego como chófer de un carro tirado por un caballo para un importante comerciante naval que había ubicado su casa justo donde a mí más me había incomodado. Pronto nos fuimos a vivir a aquella casa de ensueño, en la que él comenzó a moverse con soltura. A mí me encomendaban trabajos como el de ayudar a la cocinera; pelaba patatas, iba a por agua, ayudaba a traer el pescado de la lonja..., un sinnúmero de trabajos banales que odiaba. Para colmo, sabía que no le caía demasiado bien a Isabel, la cocinera. En la escuela no se me daba mal; es más, destacaba por encima de la media.

Mi padre era un hombre bien parecido, y enseguida comenzó a tener éxito entre las mujeres de aquel pueblo pesquero. No tardó en entablar una relación con una chica de Tazones, una localidad a unos quince kilómetros de distancia. Por entonces yo ya había cumplido los quince años y comenzaba a

darme cuenta de que no duraría mucho tiempo allí. Mi padre se fue distanciando de mí, y tras varias relaciones, a los tres años se casó con una muchacha hija de un joyero de la zona. Éste murió a los pocos meses y la joyería, situada en la calle Comercio, quedó en manos de mi padre y de su mujer. Fueron años de bonanza en los que la playa de Santa Marina, junto a su balneario, comenzaba a llenarse de la alta clase social y de aristócratas a los que siempre les gustaba llevar alguna piedra preciosa sobre ellos. Su negocio prosperó de manera notoria y mi padre pasaba cada vez más horas en la joyería. Al año exacto tuvieron su primer vástago y, por ende, mi hermanastro. Mi madrastra, alejada de la joyería y agobiada por su primer retoño y por la prolongada ausencia de su marido, me obligaba a trabajar todo el día y me impedía ir a la playa a disfrutar lo que yo más quería. Mi padre comenzó a codearse con la alta clase social y todo nuestro trato pasaba por mantener un par de frases al día. Mi madrastra apenas me daba de comer y yo pasaba un hambre atroz. Me insultaba y me maldecía, echándome la culpa de no saber llevar el cuidado de un bebé al que seguramente no quería. Recuerdo que fue un día de principios de marzo cuando me vio beber de una caldereta de leche destinada al bebé. Yo no había probado bocado el día anterior y estaba que me mareaba. Ella me vio y en ese instante sus ojos centellearon furiosos. Pude ver todo el odio que sentía hacia mí en aquel centro de ira en forma de cristalinós. Su frase lo resumió todo: *No toques la leche de mi hijo o algún día te mataré.* Esas fueron las últimas palabras que oí de aquella mujer. Cerré la puerta de la casa situada al lado del Hotel la Marina y me dirigí directamente a la playa.

Doña Lucía necesitaba tomar aliento. Le ofrecí un vaso de agua, que bebió de un trago, y alargó la mano hasta la caja de hojalata. La abrió y pude comprobar que contenía arena. La olfateó aspirando con fuerza.

–Y usted cogió esta arena de aquella playa –añadí yo.

–Sólo pude llevarme esta que ves aquí –asintió condescendiente–. Sólo ésta.



Volvió a coger aire de nuevo, un nuevo impulso para que su mente siguiese recordando aquellas vivencias acaecidas medio siglo atrás.

–Después de huir de aquella casa con lo mínimo que podía llevarme, anduve durante noche y día sin dirección alguna –continuó levantando la vista–, con el deseo de salir de allí cuanto antes y con el único resquemor de no haberme despedido ni siquiera con un mísero adiós de mi padre. Llovía a mares y caminaba por el arcén de la carretera esperando a que parase algún carronato que me pudiese llevar lo más lejos posible de aquel lugar. Al día siguiente unas rozaduras terribles en los pies me obligaron a detenerme justo en el preciso momento en el que un chatarrero paró a mi lado. Accedió a llevarme hasta Pravia, y allí aparecí con un zurrón lleno con una lata de arena, algo de ropa y un cenicero de oro que hurté en mi huida y que probablemente mi padre nunca echaría en falta.

El primer lugar al que me dirigí fue a la iglesia, esperando que me diesen un techo donde dormir aquella noche. El cura que me recibió me miró de arriba abajo, extrañado por la petición o quizá para cerciorarse de que no portaba ninguna enfermedad. Aquel pastor de almas me acompañó hasta un convento cercano y pidió a una de las hermanas que me diese asilo al menos por esa noche. No fue la única. Se ve que les di lástima y decidieron darme algunas faenas domésticas a cambio de un par de comidas al día y un jergón de lana donde dormir, seguramente con la intención de que siguiera su mismo camino y me dedicara de lleno al Santísimo. Tengo que reconocer que me aproveché de la situación y de esas monjas de corazón humilde y bondadoso, dado que sabía perfectamente que mi futuro no estaba allí. Nunca me

preguntaron de dónde provenía, ni yo escatimé esfuerzos en ayudarlas.

Pasados unos meses conocí a la persona que más ha influido en mi vida: Alfonso Muñiz. Este chico apareció una calurosa tarde de julio en la que yo estaba ayudando a la hermana Antonia a recoger sandías de un huerto que tenían detrás. Alfonso era hijo de un ebanista del pueblo que en ocasiones hacía trabajos para la iglesia e incluso se había atrevido con la reparación de ciertas piezas del órgano. Aquel día había acompañado a su padre, y en medio de su faena me había acercado a ellos para ofrecerles agua con limón. Rondaría mi edad, por lo que nuestras miradas se cruzaron más veces de las necesarias. Poco a poco iniciamos una relación de amistad. Para mí era una vía de escape. Durante un tiempo estuvimos viéndonos y yo cada vez me...  
¿Germán?

Abrí los ojos al oír mi nombre. Sin querer, me estaba quedando suspendido en una ligera duermevela sobre la mesa.

–Lo siento, doña Lucía –me disculpé frotándome los ojos.

–No lo sientas. Lo cierto es que son cuentos de una vieja que a nadie le interesan, y menos a un muchacho de tu edad.

Me sentí atravesado al oír aquellas palabras. Por nada del mundo hubiese querido hacer daño a doña Lucía.

–De verdad que la estaba escuchando... *Bueno*, más o menos. Decía algo de un tal Alfonso..., Alfonso Muñiz, creo. ¿Fueron novios?

–Ya te resumiré la historia en otro momento –añadió recogiendo la lata y la carpeta, guardándolas en un cajón de la alacena–. Ahora vete a echar la siesta, que lo necesitas.

Asentí sin rechistar y en cierta manera dolido. Cogí el violín de nuevo y me dirigí a mi cuarto con la intención de echar una cabezadita. Antes de ello pasé a echar un vistazo a mi tío para ver qué tal se encontraba. Tenía los ojos entrecerrados y las manos cruzadas sobre el vientre, en una posición de teórica

relajación. Los últimos días había sufrido varias recaídas, con algunos episodios de tos y fiebre muy alta. Durante las noches segregaba mares de sudor, por lo que oreábamos la habitación más a menudo y cambiábamos las sábanas una vez por semana. Don Atilano, con acertado criterio, nos había recomendado distanciarnos aún más y tomar algunas medidas preventivas para evitar así el contagio. Aun así, le pedimos que no contase a nadie lo de la enfermedad, dado que recibir aquel diagnóstico era similar a una condena de muerte, estigmatizando a toda la familia. Por desgracia, el pregón había corrido a cargo del bellaco de Nicolás, que, lenguaraz, lo había promulgado por toda la ciudad.

Froilán se mantenía con apenas dos vasos de leche y un cuenco de sopa aguada al día, y únicamente nos acercábamos a él para cubrir sus necesidades básicas y poco más. A pesar de la advertencia del médico, yo no podía refrenar el impulso de pasar prolongados ratos detrás de la puerta, con ganas de sentarme a su lado y dialogar como lo hacíamos antes de la enfermedad. Algunas noches, y sin que lo supiese doña Lucía, me colaba en su cuarto, con un pañuelo atado a la nuca, y me pasaba unos minutos haciéndole compañía, sopesando si algún día todo sería igual o me dejaría para siempre al amparo de una vida ruinosa y sin futuro. Me quedaba la dicha de saber que al menos siempre tendría el hombro de doña Luda para apoyarme.

Me asomé con sigilo para no despertarlo. Mi tío, sin abrir los ojos, hizo un ademán con la mano instando a que pasase. Metí mi mano en el bolsillo, saqué un pañuelo y me lo puse en la boca, acercándome hasta la cabecera de la cama.

Un tímido rayo de sol dibujaba unas sombras veladas en una cara tan pálida como el encalado de la pared.

—¿Cómo es que está usted despierto? —le pregunté mientras me aproximaba acercando la oreja.

—No te acerques más, Germán —farfulló con esfuerzo—. Estoy aburrido de dormir. Tan sólo descansaba. No tengo otra cosa que hacer.

—¿Qué tal se encuentra?

–No te voy a mentir. Cada vez peor.

Levantó los párpados con un esfuerzo hercúleo y giró el cuello hacia la puerta.

–¿Y la señora Lucía?

–Está cosiendo; ya sabe, a lo suyo. Acaba de contarme una de sus historias.

–No te aburrirás de oírlas, no tienen desperdicio.

–Se está portando muy bien con nosotros.

–También ella nos necesita –resolvió extinguiendo un estornudo–. Escúchala y déjate asesorar por ella. Esta vida no la ha tratado nada bien, y a ti especialmente te tiene un gran aprecio. No lo desaproveches.

–Yo también tengo gran estima por ella –respondí con el corazón.

–¿Y tus estudios?

–¡Bien, bien! Ahí ando con don Mateo, luchando por aprender cada día algo más; pero bueno, nunca se da por satisfecho.

–Si nada cambia, ese será tu futuro, Germán. No lo olvides. Don Mateo te dará cultura y doña Lucía lecciones de vida. Ya ves que no nos sobra de nada, así que lo que lleves en esa cabeza será tu herramienta más preciada.

–El que no tiene cabeza, tiene piernas.

–Así es. Veo que algo de lo que te digo te queda grabado.

Consiguió regalarme una sonrisa, aunque sus ojos delataban dolor.

–¡Tápate bien la boca y ayúdame a incorporarme, anda!

Como pude tiré de su axila izquierda y coloqué el almohadón en una posición lo más cómoda para él. Emitió un leve gruñido de impotencia.

–Quiero que sigamos con la conversación que dejamos hace tiempo  
–expuso con una frase que le costó finalizar.

–No hace falta, tío. Tranquilo. Usted descanse.

–Eso es lo que hago durante todo el puñetero día y ya conoces mi destino. Nunca me levantaré de esta cama.

–No diga eso tío. Son bobadas –intenté suavizar.

Me miró con condescendencia, más de la que me pudiese regalar.

–Bueno, ya hablaremos de eso. Ahora quiero hablarte de la conversación que dejamos aquella noche en la que te enseñé por primera vez el violín. Por desgracia también fue la última. ¿Has pensado en él?

–Mucho, tío, pero no me he atrevido a decirle nada. Estoy deseando que me enseñe de nuevo cuando se recupere.

–¡No sigas diciendo bobadas! Sabes perfectamente que se trata de un viaje sin retorno. Moriré en esta cama –me cortó con aire forzado de solemnidad o de tristeza–. Es algo que tenemos que ir asumiendo. Sólo espero que no te contagies y te tengan que enterrar a mi lado. Te repito que no vamos a hablar más sobre eso. Quiero hablar de tu futuro, porque el mío ya es pasado.

–¿Pasado?

–¡Basta! Hablemos de tu formación, que es de lo que te tienes que valer. Hoy por hoy es difícil que puedas tener un oficio digno con los medios que tenemos, Germán. Somos pobres, pero no mancos. Tenemos en nuestras manos las peores cartas, pero nadie nos va a decir cómo debemos jugarlas. ¿Me entiendes?

La entonación de sus palabras era débil. Con deleznable fuerza conseguía arrancar de su garganta aquellas palabras que, sin duda, había estado dando vueltas y forma en su cabeza durante todo aquel letargo. Mi tío se caracterizaba por medir sus palabras, de modo que nunca decía nada que no

superase al silencio y siempre buscaba el momento oportuno para exponer lo que quería decir.

–Claro que le entiendo –afirmé dubitativo.

–Después de que acabes la escuela hay dos maneras de valerte por ti mismo: acabar una carrera o empezar a trabajar. Para nuestra desdicha, no tenemos dinero para pagar los estudios superiores de una carrera en esta prolífica ciudad, por lo que si deseas hacerlo deberías ingresar en el sacerdocio. Aquí tienes donde elegir, pues si por algo destaca Salamanca es por eso, por iglesias e imprentas.

–No quiero ser cura, usted ya lo sabe –aseveré sin dejar un resquicio de duda.

Por la comisura del labio de mi tío corrió una sonrisa que acabó en rictus de dolor.

–Tampoco te veo yo de negro, ¡ni de torero! En eso estoy contigo.

–¿Entonces?

–Entonces debes aprender un oficio.

–¿No cree que soy demasiado joven?

–Nadie es demasiado joven para meterse en los trasfondos musicales.

*¡Y dale con la música!, pensé.*

–Vamos, que quiere que sea músico.

Tardó en responder. Miró al techo que sería testigo de su muerte e intentó sofocar un tosido que no llegó a tapar.

–¿Recuerdas lo que te dije aquella noche en la que te enseñé el violín?

–¿Cómo no me voy a acordar? Me dijo que tenía que llegar a donde nadie en esta ciudad había llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con mis manos, interpretaría lo que durante tantos años había

estado escondido dentro de esa carpeta que me mostró.

–Veo que a memoria me ganas, Germán. Quizá aquellas fueron las palabras, pero no su significado.

–No le entiendo.

–Dentro de esa carpeta no hay partituras ni manuales de música. Dentro está en cerrado el conocimiento pleno de cómo realizar un instrumento, cómo fabricarlo.

–¿Se refiere a fabricar un violín?

Su cara reflejó satisfacción.

–Exacto.

Me quedé perplejo.

–¿Quiere que sea una especie de carpintero de violines?

–Sí, quiero que seas un luthier.

–¿Lu... qué?

–Luthier –repitió–. Es la persona que arregla y fabrica instrumentos de cuerda frotada.

Mi tío Froilán me dejó descentrado y a la vez un poco frustrado. Sinceramente, había pensado que me tenía preparado un futuro como artista y que me enseñaría todos los secretos de aquel privativo oficio. Pero no era así, desgraciadamente pretendía que fuera un vulgar carpintero de guitarrillas y mandolinas.

–Germán, parece que no te ha hecho mucha ilusión –me dijo debiendo ver el poema de cara que yo había puesto.

–Bueno, no es lo que me esperaba. Pensé que querría que fuese un buen violinista o pianista.

–No me importaría, pero para llegar hasta ahí debes tener talento, y tú, desgraciadamente, lo tienes en las manos, no en los dedos –afirmó sin dejar ningún género de duda–. Sé que estás pensando que no sirves para nada, Germán, pero no es así.

El oficio de luthier es tan honorable y venerado como el del mejor de los compositores. Ningún músico arranca notas decentes si no ha habido un luthier por detrás que le haya fabricado o arreglado su preciado instrumento. ¿Deduces por qué son tan necesarios?

–Es evidente.

–Tan evidente es, que en España se podrían contar con los dedos de una mano –aseguró haciendo una larga pausa y terminando en una sucesión de flemáticos tosidos.

Sus ojos se oscurecieron con un matiz rojizo a causa del esfuerzo. Cuando los espasmos cesaron y puso delante de la cara la palma de su mano, sólo pudo cerrar los ojos al revelarse el avance de la enfermedad. Le tendí un pañuelo para que se limpiase.

–¿Se encuentra bien? ¿Le traigo agua?

Asintió moviendo la cabeza con desgana. En las semanas que había estado convaleciente no habíamos hablado ni una cuarta parte de lo de ahora. Se había envalentonado y me había soltado todo aquello por dos motivos: porque veía que le quedaba poco tiempo y porque, si se lo llevaba a la tumba, moriría dos veces.

Salí corriendo de la habitación y cogí una jarra y un vaso de la alacena de la cocina.

–¿Aún no te has dormido? –oí cuando enfilaba hacia la habitación de mi tío.

–Me está costando, tengo muchas cosas en la cabeza.

–Sí, demasiadas... –ratificó doña Lucía sin levantar la vista de su



faena—. Pues a buen sueño, no hay mala cama.

—Eso me gustaría, doña Lucía, tener sueño —confirmé.

Apenas habría tardado un minuto en volver de nuevo a la habitación de mi tío, pero fue suficiente para encontrármelo adormilado y roncando como un lechón. Le dejé el vaso de agua encima de la mesita y me fui a mi cuarto.

Me tendí sobre la cama más afligido que nunca, cerrando los ojos y deseando que cuando los abriese de nuevo se acabara aquella pesadilla que ese gris diciembre nos había traído, arrollándonos sin darnos cuenta. Comencé a llorar. Habíamos perdido nuestro hogar, y ahora aquella mísera enfermedad de menesterosos se estaba facturando al único familiar que me quedaba. Pronto le daríamos sepultura en el cementerio y todo se acabaría, como un sueño. Un sueño que había durado apenas cuatro años, durante los cuales había enterrado también a mi tía Elisa, llevada por la difteria. La vida era desalmada. Era una contrariedad, pero así lo creía desde mi inmaduro punto de vista. Simplemente estamos de paso. Esquivamos la muerte, pero la tenemos al lado; escapamos de ella, pero el fantasma de su sombra está en la habitación contigua. Primero fueron mis padres, luego mi tía Elisa y ahora le tocaba el turno a mi tío. Me preguntaba si el siguiente sería yo, o si el destino me tenía preparado algo aún peor.

La vida no tenía alma.

Rompí a sollozar con más rabia e impotencia, hasta conseguir que me rechinaran los dientes.

Me mantuve así cerca de un cuarto de hora. Mis ojos estaban hinchados y mis labios les seguían de cerca. El gimoteo fue poco a poco cesando y acabó convertido en un tímido hipo.

Me quedé adormilado apenas cinco minutos. Cuando abrí los ojos miré al techo. En las tablillas apolilladas de la cubierta había una enorme mancha de humedad que desde que llegué a aquella casa me recordaba a Italia. Pensé en sus playas y, por asociación, en doña Lucía. Supuse cómo era aquella playa en la que ella había estado allá en Asturias y me la imaginé olfateando su bote

de arena, deleitándose con su dulce aroma, mientras la brisa atravesaba su figura sin detenerse siquiera. Me la imaginaba ahora, en Salamanca, a cientos de kilómetros, haciendo lo mismo en su cuarto, queriendo ser niña otra vez, o quizá no. Me juré visitar alguna vez el mar, al igual que ella. Juré tener un sueño, una meta. Juré que saldría de aquella miseria en la que vivíamos y perjuré que mi vida tendría alma.

Quizá era el momento de empezar por los cimientos, de preguntarme quién era yo realmente. Hasta ahora no le había dado la mínima importancia. Mi conformismo pasaba por tener un poco de comida caliente, un techo y una cama en la que descansar. Nunca me había preocupado mucho por saber quiénes habían sido mis padres, aquellos que me habían dejado en el hospicio. Nunca había buscado mi pasado, porque si ellos no buscaron mi futuro era de suponer que no era necesario saber nada más. Ni siquiera sabía si mi tío, con el que yo compartía apellido, era hermano de mi padre o de mi madre. Respecto a mi nombre, siempre había supuesto que me lo pondría Agustín. ¿Dónde se encontraría aquel hombre? A él sí que lo he echado de menos todos estos años.

Nunca había tenido queja de mis tíos. Es más, lo poco que tenían siempre lo habían compartido conmigo, incluso su buen hacer. Las referencias a mis progenitores se habían limitado a una escueta conversación anual en la que mis tíos les disculpaban alegando que me dejaron en el hospicio para poder salir adelante, al no tener ellos recursos para proporcionarme las medicinas ni el cuidado necesarios, y que más tarde habían muerto enfermos. Poco más se hablaba al respecto.

Paradójicamente, nunca había culpado a mis padres por desentenderse de mí. Si habían actuado así, a pesar del dolor que supone abandonar a un hijo, qué menos que yo les perdonase, aunque fuera a costa de ignorarles.

Salté de la cama y enfilé hacia la cocina.

*... Tras la firma del Tratado de París y la compra por parte de Estados Unidos de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas por 20 millones de dólares, se ha*

*recibido en el Congreso y se discutirá el proyecto de cesión a Alemania de los archipiélagos de Palaos, Marianas y Carolinas. Se culpa del desastre a Práxedes Mateo Sagasta, que se ha visto obligado a dimitir como Presidente del Gobierno...*

*... Emigración al estado de Pará en Brasil con pasajes gratis pagados por el Gobierno. Además se facilitan pasajes de pago para los puertos de Brasil, Buenos Aires, Montevideo, Chile, Perú, Méjico, Puerto Rico y Habana...*

*... En relación con el paro que aflige a la ciudad, siempre se distinguió Salamanca por sus impulsos generosos y caritativos, por sus humanitarios, nobles y elevados sentimientos. En toda ocasión, cuando se acude a la canda de sus hijos, responden con verdadero entusiasmo, con esplendidez consoladora a remediar las desgracias que llaman a sus puertas, a confortar y socorrer al desdichado que demanda su amparo...*

*... Seguramente que no habrá otra población en España en que con más libertad se ejerza la mendicidad que en Salamanca, adonde diariamente llegan pobres de diferentes regiones, tomando carta de naturaleza entre nosotros...*

Doña Lucía recitaba entre dientes los titulares de un diario que había caído entre sus manos, moviendo la cabeza de derecha a izquierda mientras continuaba con su mortífera faena bordando guantes y remendando calcetines.

–Pues sí que tienes sed –soltó sin levantar la vista.

Me quedé enfrente de ella, mirándola y pensando cómo entablar la conversación.

–¿Sí?

–Querría preguntarle algo –inicié con timidez.

Fue entonces cuando estiró el cuello y vio la rojez de mis ojos.

–Ven, siéntate a mi lado –incitó dejando el diario a un lado.

Así lo hice.

–Supongo que esta conversación estaba por llegar –dijo ella.

Arqueeé los ojos, lo cual confirmó lo que ella ya intuía.

–¿Cómo sabe usted lo que le voy a preguntar?

Con su sonrisa me contestó. Cogió mi mano derecha y me la apretó entre sus dos manos.

–He oído a tu tío toser y después tus pasos. Supongo que ahora te harás más preguntas que nunca. No es fácil encarar la muerte de frente.

–Estoy un poco confuso.

–Te estás situando.

–Eso creo.

–Pregunta lo que quieras –añadió ejerciendo una nueva presión sobre la palma de mi mano.

–Mi tío quiere asegurarse de que tenga un porvenir, un futuro. No sé..., me anima a que aprenda a fabricar violines. Quiere que sea un lumer.

–Luthier, querrás decir.

–Eso mismo –afirmé con cierta desgana.

Doña Lucía me miró de frente.

–Y no te apetece...

–Tal vez soy demasiado pequeño para elegir lo que quiero ser de mayor.

–Si pudiésemos elegir desde pequeños lo que queremos ser al llegar a mayores, nunca seríamos niños.

–Pero es que eso es precisamente lo que soy, doña Lucía –respondí evitando que resbalase por mi mejilla lágrima alguna–. Por desgracia, en mi corta vida he visto demasiado sufrimiento y dolor.

–Tienes razón, no te lo voy a negar. Es evidente que tu tío te quiere ayudar. Él sabe que tienes talento y que saldrás adelante, quiere guiarte para que tengas una mejor calidad de vida y que no te críes entre la pobreza, donde no contraer enfermedad alguna es un milagro.

Me quedé pensando en la frase. Todo estaba bastante bien planteado, pero había algo que fallaba.

–¿Y por qué no puedo ser herrero o zapatero? –alegué–. Son profesiones más fáciles de aprender.

Doña Lucía sopesó la respuesta. Hizo una tregua y, tras un suspiro, contestó:

–Porque tú vales para algo más que eso, Germán. Eres una persona con mucha voluntad y gran predisposición para aprender. Con eso se nace, y si te colocamos en una buena trayectoria no habrá nada que no puedas lograr. ¿Sabes lo mejor de todo?

Me encogí de hombros.

–No.

–Que tienes la capacidad de hacerte preguntas.

–¿Y eso para qué sirve?

–Para no estancarte, para tirar hacia delante. Te darás muchos coscorriones, pero aguantarás.

Me quedé pensativo. Quizá toda aquella arenga repleta de halagos no era sino una manera de darme ánimos para no derrumbarme esperando el fallecimiento de mi tío Froilán. A primera vista, daba la impresión de que los dos habían acordado decirme lo mismo. Es decir, que mi futuro estaba en la música y que ese futuro pasaba por aprender la profesión de lintier o como

carajas se llamase. Después de un rato así se lo hice saber.

–No acabo de comprender todo esto. Hace unos días ni siquiera sabía nada de música y ahora todo gira en torno a ella. Todo está relacionado. Parece que las personas que conozco han estado esperando este momento para decirme que mi destino está en algo que desconozco. Que lo llevo escrito en la frente.

Me miró con su amplia y franca sonrisa.

–Es que así es.

Me parecía increíble. Sinceramente, me esperaba otro tipo de respuesta. Un *será casualidad* o un *no había caído*. Pero no, la respuesta había sonado como lo más natural del mundo.

–Sigo sin entender nada –dije en tono irónico soltándome de sus manos.

–Lo sabrás a su debido tiempo.

–¡No! –grité exasperado–. ¡Díganme ya lo que tengan que decirme! No aguanto más este misterio.

Entendió mi enfado, cogiéndome de nuevo las manos en un intento de tranquilizarme.

–Lo sabrás mañana –sentenció suavemente.

–¿Mañana?

–Sí, mañana.

–¿Y por qué no hoy?

Suspiró.

Doña Lucía me iba a responder justo en el momento que escuchamos un gorjeo ronco y flemático.

Nos miramos y echamos a correr hacia la habitación de mi tío. Doña

Lucía me agarró del hombro antes de entrar.

–¡Ponte el pañuelo! –ordenó categórica.

Así lo hice. Después, entramos los dos a la vez.

Mi tío tenía la cabeza echada hacia atrás en una posición de relativa relajación. Mantenía la boca a medio cerrar y tenía el brazo izquierdo colgando por el costado de la cama. Sus ojos miraban al techo y tenía un rictus de placidez en la cara, como si sus músculos faciales se hubiesen relajado.

Doña Lucía y yo nos quedamos mirándolo un momento, sin decir nada. El único sonido provenía de la ventana. El ligero murmullo de la ciudad entraba con cuidado, como pidiendo permiso.

–¡Haga algo, por favor! –fue lo único que mi boca pudo pronunciar.

–No, Germán, ya no podemos hacer nada –alegó apretando mi cabeza contra su pecho.

Mi tío Froilán se había ido de este mundo un soleado 28 de enero de 1900. Fue un día duro, no sólo por la desgracia que se había instalado en aquella habitación aislada y oscura, sino por el intenso diluvio que había caído durante toda la mañana y que parecía empezar a menguar. Sonó un trueno que rebotó sobre los tejados de Salamanca. Después un relámpago quebró el cielo y las nubes comenzaron a verter de nuevo una intensa lluvia. Desde la ventana del desván, taciturno y abstraído, observaba las gotas estrellarse contra el cristal. Los regueros de barro corrían calle abajo, y la alberca, como consuelo, al menos se estaba saneando un poco.

Mi tío había tenido una muerte digna, en casa, rodeado de los que él consideraba su familia, y con una mínima intervención de los médicos. Pero la muerte es muerte de todos modos, y a pesar de haber tenido una infortunada y no tan larga vida, aquélla se lo había llevado sin darle opción a luchar por salvarse. Estaba conmocionado. Tan sólo quería hablar y llorar, pero no conseguía arrancar palabras a mi garganta ni lágrimas a mis ojos. El momento había llegado, cortando seguramente la lección más importante de mi vida. Mi tío intuyó que apenas le quedaba tiempo y había gastado su último cartucho en una conversación conmigo que ni siquiera había podido finalizar. Era una impresión extraña la que tenía.

Por difícil que parezca, me sentía liberado. Liberado en la medida de que ya no tenía esa sensación de no saber cuándo iba a llegar el fatídico momento. Es curioso cómo la mente nos protege del daño exterior cuando sabe que no hay marcha atrás. Mi tío no tenía salvación alguna, y menos en la miseria en la que vivíamos. Quizá hubiese tenido alguna posibilidad con algo



de plata, nunca se sabe. El caso es que, a pesar de una gran tristeza, no me encontraba tan abatido. Apenas había llorado. Me consolaba sabiendo que de esa manera mi tío ya no sufriría. Ahora descansaría, confiado de que aquello que me quería contar lo averiguase por mí mismo.

Doña Lucía no intentaba compadecerse de mí ni había buscado ninguna justificación a su muerte. Cualquiera otra persona hubiese recurrido a frases hechas ante la incomodidad que nos mueve el enfrentarnos a un cadáver. Ella había preferido evitarlas. A cambio, me hizo recordar cómo era mi tío antes de su enfermedad, sin distraerme con otros temas para evitar nombrarlo. Supongo que me sirvió de consuelo. Repetir y evocar los recuerdos era parte del camino que tenía que recorrer para asumir su pérdida.

Al dolor por ésta se le sumaba el haber recibido tan sólo unas pocas condolencias, apenas las de un par de vecinas de las casas de aliado y la de don Atilano. La tuberculosis era la peor de las aduanas, pues respeto y miedo iban juntas de la mano. A visado por Adela, una de las vecinas, el doctor llegó sin prisa alguna. No le esperaba. Esta vez no iba a visitar a ningún enfermo, sino únicamente a un cadáver al cual había visto en vida y dictado sentencia. Se presentó en casa de doña Lucía más aseado que la última vez, incluso con la tez rasurada y la camisa abrochada hasta el penúltimo botón, lo cual nos sorprendió.

–Lo siento –susurró bajando la cabeza y quitándose la boina.

Hicimos un gesto de agradecimiento con la cabeza. Él cruzó sus manos en los riñones y se dirigió a la habitación de mi tío, refrendó su muerte y volvió a la cocina pasados unos minutos.

–El juez de paz no tardará en llegar –añadió sin tono, quedándose bajo el umbral de la puerta.

Invitamos al doctor a sentarse.

–¿Un café?

–No se moleste.

Doña Lucía hizo caso omiso y puso delante de él una taza de hojalata humeante. Don Atilano dio buena cuenta del café aguado y se quedó tamborileando la mesa con su mano derecha. El silencio se había pegado a nosotros.

–¿Y ustedes qué tal están? –dijo tras un incómodo silencio.

–Pues como cualquiera en estos casos –contestó doña Lucía retirando la taza.

–Me refiero a vuestra salud. Si no os importa, me gustaría venir mañana a examinaros por si habéis contraído la enfermedad.

–Estamos bien –añadí yo.

–Perfecto, pero aun así quiero comprobarlo.

Alguien tocó a la puerta, y doña Lucía, con calma, se dirigió hacia la entrada.

–Debe ser el juez –aseguró don Atilano.

No me apetecía ver cómo alguien certificaba otra vez lo evidente, por lo que me fui escaleras arriba para estar solo.

–Lo siento, Germán, mañana nos vemos –invocó el doctor intentando dar unos ánimos de manual.

–De acuerdo –contesté.

En mi ascenso me paré en seco. Un hombre asomó entre las sombras del pasillo acompañado de doña Lucía. La primera impresión que me causó fue sorpresa y curiosidad.

Vestía con ropajes de otra época, con algunos remiendos en las partes más desgastadas, como los codos de la americana o la zona de los bolsillos de sus pantalones. Sus zapatos no sabría describirlos, pues poco o nada tenían que ver con el calzado que gastaban los salmantinos. Tenía media melena y comenzaba a peinar canas bajo un sombrero de fieltro que dominaba su

imagen, y que encajaba en un rostro de huesos bien definidos que perfilaban la barba y las facciones de su cara con gran maestría. Sus ojos eran pequeños y se movían con lentitud.

Doña Lucía parecía conocerle, pues ambos se dieron un abrazo. Sonrieron con una mueca de cortesía y se pusieron a asentir con la cabeza. Tiraron hacia la habitación donde descansaba mi tío y se detuvieron en silencio ante el cadáver. El hombre se quitó el sombrero por respeto. Tras unos minutos sin decir nada, volvieron sobre sus pasos y se metieron en la cocina, donde aún estaba don Atilano, que, ajeno a la visita, se sorprendió al ver al huésped.

El doctor se levantó, le tendió la mano y ambos se palmearon los hombros con efusividad. Parecía que también se conocían.

–¡Germán! –gritó doña Lucía a media voz.

–¿Sí?

–¡Baja a la cocina! –ordenó con sutileza.

No me apetecía nada. Aunque había seguido la escena y la curiosidad había llamado a mi puerta, me desagradaba hablar con el juez de paz. Lo que me apetecía era subir de nuevo y colocarme frente a la ventana, y dejar pasar así las horas hasta el momento del entierro, recordando viejos momentos con mi tío, honrándole así a mi manera el día de su muerte.

Llegué a la cocina mostrando un gesto a medio camino entre lánguido y molesto.

–Te quiero presentar a una persona –me informó nada más entrar.

Tanto don Atilano como aquel hombre me miraban de forma extraña. No supe descifrar aquellas miradas.

–Este señor es Danilo Pavesi. Es italiano.

Me quedé con la misma disposición huraña. No entendía a qué se debía aquella presentación.

–¿El juez de paz?

–No –negó doña Lucía acariciándome la nuca–. No es el juez de paz.

–¿Entonces?

Doña Lucía miró al italiano y le indicó con un gesto de cuello que le daba permiso para hablar. Éste, con un gesto ensayado, se quitó de nuevo el sombrero de fieltro y, con cierta cautela, me volvió a sorprender por segunda vez.

–Germán, yo...

–¿Sí?

–Tú...

Al italiano se le notaba nervioso, con un punto de humillación en su voz. Doña Lucía colocó la palma de su mano en el hombro derecho de Danilo Pavesi y lo oprimió con delicadeza.

–Germán –inició de nuevo entre un tartamudeo–. He venido a conocerte.

Supongo que nadie monta aquella escenita, y menos el día en el que un familiar ha fallecido, a menos que tenga algo muy importante que decir. Y en este caso, esperaba que ese señor me dijese algo con envidia, porque de lo contrario me iba a cabrear de lo lindo.

–He venido a conocerte –repitió–. Hace mucho que te vi la última vez. Soy..., soy tu padre.

Podría haber obrado de mil maneras diferentes, y supongo que reaccioné con la que menos se esperaban ellos: me quedé indiferente. Quizá aquel hombre y doña Lucía esperaban que me echase a sus brazos, que llorase, que lo negase, que me ilusionase... No sé, cualquier otra cosa menos la que hice. Parecía que las palabras me habían atravesado sin más, como si mi oído y mi cerebro las hubiesen ignorado. El caso es que estaba delante de ellos dos, con don Atilano como privilegiado asistente, inerte como una gárgola de la

catedral.

–He visto estatuas con más expresividad –espetó doña Lucía con desacierto.

Supongo que mi cabeza estaba intentando ordenar fechas, situaciones e incluso emociones. El italiano no continuó, limitándose a mirarme a los ojos y pronosticar alguna reacción por mi parte. Yo, en cambio, decidí esperar a que él hablase.

–¿Estás sordo? –me preguntó al tiempo doña Lucía.

Me di la vuelta y volví sobre mis pasos sin decir nada.

–Espera, Germán, lo siento –se disculpó doña Lucía saliendo detrás de mí.

El italiano la sujetó, evitando que llegara hasta mi altura.

–Deja que se vaya –dijo resignado.

Subí las escaleras y me senté de nuevo frente a la ventana del desván, acompañado de viejos trastos, polvo y una sensación de humillación enorme. No sé el tiempo que me mantuve en aquella posición.

*¿Mi padre?*

Doña Lucía no intentó convencerme para que bajase. Tras un buen rato, un tenue murmullo a modo de siseo me indicaba que la conversación del extraño trío aún continuaba.

Con gusto en ese momento habría cogido del cuello al italiano y lo hubiese degollado. Aquel hombre me había arruinado el día. Me había quitado las pocas ganas que tenía de llorar a mi tío y sobre todo me había robado mi pasado, aquel que había fabricado con mi imaginación y mi fantasía de imberbe mozuelo. Me harté de mirar por la ventana, así que descendí por las escaleras, entré en mi habitación, me enfundé la chaqueta y salí a la calle sin que se diesen cuenta.

Quería hablar con alguien, y no precisamente con ellos. Supuse que Marcos estaría estudiando y Salvador de Andrés a sus quehaceres como ayudante en el periódico, por lo que fui en busca de una conversación neutra y un lugar donde las penas se derritiesen.

El cielo seguía gris. Las calles estaban intransitables, pues la falta de alcantarillado y la intensa lluvia habían llenado de charcos y barrizales toda la ciudad. En mi camino ayudé a un organillero a empujar su carro, el cual se había quedado atrapado en un bache. Después de andar un cuarto de hora llegué a la calle Tentenecio y toqué a la puerta. Había un perro cerca de la fachada que me miró de forma alegre mientras agitaba la cola y estiraba su hocico. Se levantó sobre sus patas traseras, bailoteando en un intento de hacerme reír. Rasqué mis bolsillos en busca de algo para ofrecerle pero no encontré nada, ni siquiera unas migas de pan. Toqué de nuevo. Pasados unos segundos oí deslizarse la cerradura.

Un presbítero me abrió y me miró de arriba abajo con sorpresa y cara circunspecta.

–¿Sí?

–Buenas, ¿está don Nemesio?

La pregunta le extrañó. El campanero nunca recibía visitas.

–¿En nombre de?

–Soy Germán, Germán Etura –dije con dudas sobre mi propio nombre.

–¿Etura? Extraño apellido, y sin embargo es la segunda vez que lo oigo esta mañana. Casualmente hoy ha fallecido un hombre apellidado así.

–Era mi tío, ha muerto de tuberculosis –afirmé obligado.

Dio un respingo hacia atrás de forma innata.

–Que Dios lo acoja en su reino. ¿Qué haces que no estás en casa velando su pérdida?

–Necesito recogimiento, padre –mentí para que me dejase entrar y terminar así la conversación.

–Pasa, pasa. Yo ya me iba, estaba de visita. Nemesio está arriba, en su cuarto. ¿Sabes dónde se encuentra?

–Sí padre, gracias.

Intenté recordar el camino hasta la habitación de don Nemesio. Subí las mismas escaleras de piedra y, por suerte, di con la puerta de su habitación. Toqué un par de veces y retrocedí un paso. No sabía muy bien a qué había ido allí, pero por alguna extraña razón necesitaba de nuevo subir a aquella torre.

Don Nemesio estaba terminando de almorzar y, al igual que el sacerdote, se sorprendió de mi visita.

–¡Por los clavos de Jesucristo! ¡Cuántas veces he pensado en ti hoy, rapaz!

Reconocí su sinceridad.

–¡Entra, entra, que te vas a quedar helado!

Dentro, la chimenea caldeaba la habitación, lo cual agradecí. Don Nemesio cogió una hogaza de pan, echó un chorro de aceite y me la tendió. Guardé un trozo sin untar en el bolsillo.

–Gracias.

–Es lo mínimo que puedo hacer por ti, eso y tocar las campanas a duelo.

A pesar de no tener hambre, el pan entró solo. Era cierto el dicho de que las penas con el estómago lleno se pasan mejor.

–¿Qué tal estás?

–Bueno...

Don Nemesio evitó distraerme y me miró con gesto apenado. Esperó a que le contase para qué había ido hasta allí, pero incluso yo desconocía la

respuesta. Lo único que sabía es que me apetecía ir a algún lado alejado de la casa de doña Lucía, y así evadirme del dolor por la muerte de mi tío y de la sorprendente buena nueva.

–Supongo que necesitaba tomar aire.

El campanero suspiró con tristeza.

–Ven. Aunque no es buen día para subir a la torre, lo haremos. Yo no soy bueno dando consejos, pero en fin; aquí los oigo por todos los lados, de modo que algo se me habrá pegado.

Sus palabras sonaban tranquilizadoras.

–¡Abrígate más! –exclamó lanzándome una capa de escasa factura–. Arriba podemos quedarnos como témpanos.

Recorrimos el mismo camino que la otra vez, a través de las escaleras infinitas, hasta llegar a la torre de las campanas. Al abrir la puerta pude ver cómo unos claros comenzaban a avanzar desde el norte, trayendo consigo un gélido aire. Cruzamos la puerta y me puse en uno de los huecos que daba a la calle de la Rúa. Los transeúntes que cruzaban las calles parecían muñecos de guiñol. Unos cuantos metros hacían de aislante frente al murmullo de la ciudad. Una extraña claridad iluminaba Salamanca, mi dorada y adorada ciudad. Inspiré profundamente, guardando todo el aire que pude en mis pulmones hasta llenarme de él. Lo fui soltando levemente y repetí la operación unas cuantas veces más.

Don Nemesio me agarró del hombro.

–¿Mejor?

Asentí con una media sonrisa.

–También yo subo muchas veces aquí para matar el tiempo y a la vez gozar de esta vista, sobre todo en los atardeceres. La otra vez que subimos te dije que aquí se diluían los problemas, y en cierta manera así es. Todo depende de uno.



Pensé en contarle lo de Danilo Pavesi, pero callé. Permanecimos unos minutos en completo silencio. Al cabo de un rato don Nemesio volvió a colocar su mano en mi hombro.

–Voy a tomarme la licencia de contarte un viejo relato para distraerte un rato –inició mientras nos sentábamos en el suelo bajo la reina del campanario, la campana María de la O–. Trata sobre palomas. Igual sacas algo de provecho.

–Usted dirá.

–Presta atención. Cierta día, hace unos años, una vieja paloma mensajera que llevaba consigo un importante encargo, por culpa de una corriente de aire se golpeó con una de las campanas de una torre parecida a ésta –inició mientras sacaba un librito de Rey de Espadas y empezaba a liar un cigarrillo de picadura–. Una de sus alas se dañó y se rompió una pata. En su afán por cumplir su misión y llevar a buen puerto el mensaje continuó volando como pudo, pero a medida que pasaba el tiempo sus fuerzas se iban reduciendo. Como no podía posarse a causa de su maltrecha pata, comenzó a volar más y más bajo, entendiendo así que cuando le fallasen las fuerzas no se haría tanto daño en la caída. Según iban pasando las horas descendía más y más, y el cansancio mermaba seriamente su vuelo. Casi había llegado a su destino cuando cayó exhausta en medio de la plaza de un pueblo. La recogió un empleado del ayuntamiento de dicho municipio, vio que llevaba un mensaje y decidió abrirlo. Después de leer lo que ponía la nota, la guardó y nunca más se supo de ella. Llevó la paloma a su casa, la curó y le dio de comer. Cuando la paloma estuvo en condiciones de volver a su lugar de origen, la soltó para que así lo hiciera.

Me quedé pensando. Había muchas preguntas en el aire que hacer sobre aquella historia.

–¿La has entendido?

–A medias. Estoy intrigado acerca del contenido de la nota.

–¿Y no te preguntas quién era aquel hombre y por qué cuidó la paloma?

–No –respondí sincero–. Supongo que yo hubiese hecho lo mismo.

Don Nemesio apoyó mi respuesta asintiendo con la cabeza y exhalando humo por la nariz.

–En la nota no ponía nada.

La respuesta me sorprendió.

–Entonces, la paloma había hecho todo aquello en balde.

–Por nada no –matizó–. Lo hizo porque era su deber, Germán. Ella no sabía qué es lo que ponía en la nota. Su dueño la puso a prueba.

–¿Quiere decir con todo esto que yo estoy en la misma situación que la paloma, que esto son zancadillas que me pone la vida y que mi deber es seguir adelante?

–Efectivamente, Germán. La vida es así de cruel, pero si tenemos en mente cuál es nuestro destino nada evitará que lleguemos hasta donde queremos.

–¿Y cuál es mi destino, don Nemesio?

–Eso sólo lo puedes saber tú.

Me quedé pensando la respuesta.

–La paloma no llegó –incidí.

–La paloma regresó donde su dueño y volvió a hacer el mismo viaje meses después. Esta vez la nota sí llevaba algo escrito..., aunque ella tampoco lo sabía cuando inició su segundo viaje.

Nos quedamos riendo mientras una nueva nube comenzaba a romper.

–Sabía que volverías. Vi cómo se te iluminaba el rostro la primera vez que subiste. La verdad es que Marcos y tú no os parecéis en nada.

–Por eso nos llevamos tan bien. Pero lo cierto es que Marcos tiene sus

problemas; seguramente por eso no está muy centrado.

–¿Marcos?

–¿No lo sabe?

–¿El qué?

Dudé en decírselo. Si Marcos no había abierto el pico, yo no era nadie para expandirlo a los cuatro vientos.

–Ya se lo contará él –intenté esquivar.

Don Nemesio no siguió disimulando.

–¡Algún día ese hijo de perra le va a dar un mal golpe!

Entendí que don Nemesio estaba al corriente de los quehaceres diarios del padrastro de Marcos, por el tono enfadado que usó. Sin embargo, seguía recibiendo sus comidas.

–Debemos ayudarle, don Nemesio. Tengo miedo de que le pase algo.

Consintió de buena gana hacerse con un cómplice como yo.

–¿Cómo puedes pensar en Marcos con todo lo que tienes en casa?

–Supongo que mi sufrimiento pasará en unos días, pero el de Marcos no.

Apretó de nuevo mi clavícula con su manaza grande como un garrote, haciéndome ver las estrellas.

–¡Don Nemesio! –dije con suavidad–. ¿Le importa si me quedo solo unos minutos aquí arriba?

–Para nada. Estoy abajo para cuando ya no puedas soportar el frío.

Don Nemesio se levantó, agotó la colilla y la aplastó de un taconazo. Después inició el descenso por las escaleras de caracol.

Me quedé de nuevo mirando los tejados de la ciudad. La calma era absoluta y mi mente se estaba empezando a refrescar. Pensé en Danilo Pavesi, y en por qué doña Lucía y mi tío nunca me habían hablado de su existencia. Sus razones tendrían, y seguramente la explicación vendría después del funeral.

Me mantuve un rato más, resguardado para evitar que la lluvia me mojase. Una vez que mi cabeza se hubo despejado y enfriado, como había pronosticado don Nemesio, me levanté en el mismo momento en que una paloma entraba en el rectángulo. Se posó para sacudirse su húmedo plumaje y me miró intimidada. No la asusté, sino que me quedé quieto y observé sus patas en busca de un mensaje que no logré encontrar.

Después de despedirme del campanero con un fuerte apretón de manos en el que me cruzieron todas las falanges, y con el breve consejo aún en mi mente, salí a la calle. El perro seguía al lado de la puerta y repitió la misma cabriola, recibiendo esta vez su recompensa. Saqué de mi bolsillo el pedazo de pan que había guardado y se lo tendí. Lo devoró en un instante.

A paso lento y dudoso regresé de nuevo a casa.

Había llegado la funeraria y alrededor de la casa se concentraba una docena de personas con hachones encendidos. Era costumbre en Salamanca que acompañasen al difunto un grupo de pobres, gente como nosotros, con antorchas ardiendo. Al funeral de mi tío habían acudido una docena de ellos, entre los cuales se encontraban algunos de nuestros vecinos. Las funerarias les pagaban a real por cabeza y cortejo. Si el difunto vivía más allá del barrio de los Milagros, siendo entonces una persona de clase alta, la cantidad de hachones podía triplicarse, pagándose a peseta la carrera.

Doña Lucía me vio nada más llegar y abrió los ojos de par en par. Llegó hasta mi altura y me abrazó. Me preguntó si estaba bien y optó por no preguntarme dónde había estado las dos horas que me había esfumado de casa. Don Atilano y Danilo Pavesi se encontraban dialogando en tono de vela frente al difunto, con pose erguida en respeto a mi tío. Me acerqué a ellos y me

abrieron paso para que velase por última vez el cuerpo de Froilán. Danilo se acercó, queriéndome revelar allí mismo con la mirada toda la historia de su inesperada llegada. No me salían las oraciones. Tampoco a mi tío le habían gustado mucho; aunque católico, nunca fue fiel a su religión. Esa labor estaba encomendada a mi tía Elisa, aunque las labores religiosas en el hogar se resumían en un par de oraciones a la hora de las comidas y una plegaria antes de dormir. Las rogativas no estaban en mi orden del día, pero cada dos domingos, junto con Marcos y Salvador de Andrés, asistía a la misa en la iglesia de San Benito de la calle Compañía, más en busca de una limosna que de encontrarme con el santísimo.

Marcos, Salvador de Andrés y don Mateo se acercaron lentamente hasta mi altura. Cada uno de ellos me rindió un abrazo, que agradecí de corazón mientras lograba de nuevo romper a llorar.

–Vamos, Germán, los caballeros no lloran –resaltó don Mateo–. Arriba ese ánimo. La vida sigue.

Don Nemesio también nos amparó aquel triste día. Era un acompañante asiduo en todas las honras fúnebres de tronío que tenían lugar en la ciudad, siguiendo la estela de las carrozas mortuorias de empenachados caballos, tocando su fagot con los sonos fúnebres hasta la despedida del duelo en el sitio de costumbre, que era la Puerta de San Bernardo. En nuestro caso, y en el de muchos desgraciados como nosotros, las carrozas mortuorias y los caballos engalanados brillaron por su ausencia.

Alguien dio la orden de que ya era hora de dirigirnos al camposanto. Entre cuatro personas de la funeraria levantaron el ataúd. Con paso marcial fuimos caminando en dirección al cementerio. La columna la componíamos una veintena de personas en total.

La ceremonia fue breve, lo cual fue un consuelo. En los altos de San Bernardo el cura del cementerio dio su responso de carrerilla. Había repetido tantas veces la plegaria aquel siniestro año que apenas torcía el gesto. Lo enterramos en un hueco cerca de un ciprés. El operario del cementerio, con el chicote pegado en su labio inferior, arrojó la arena en el interior de la fosa sin deferencia alguna, queriendo finiquitar cuanto antes la faena. Con toda

seguridad, cinco años más tarde los restos de mi tío acabarían en una fosa común, al no poseer dinero para pagarnos una sepultura. Por desgracia, ese era nuestro final: sortear numerosas enfermedades para acabar en un agujero grande y oscuro junto a otros desgraciados como nosotros.

Después de despedir a mi tío Froilán para siempre, salimos de allí y nos desperdigamos. Marcos, Salvador de Andrés y don Mateo se despidieron tímidamente. Don Atilano enfiló hacia su casa, y los antorcheros corrieron en busca de la siguiente víctima que la muerte se había cobrado. Doña Lucía, con buen criterio y no tan mala excusa, resolvió ir al ayuntamiento para solventar los trámites administrativos.

Cuando me quise dar cuenta, estaba delante de Danilo Pavesi con el cementerio a mi espalda. No tenía escapatoria y él lo sabía.

–Siento que me hayas tenido que conocer en estas circunstancias –inició con un tono de voz de disculpa.

–Más lo siento yo por no haberlo sabido antes.

–Eso ha sido culpa mía. Ellos quisieron decírtelo hace años. Fui yo quien se lo impidió. Bueno, más que yo, tu madre.

–¿Mi madre? Sorpréndame otra vez.

Se me notaba arisco, y no era para menos. Él encajó mi enfado como suyo y se propuso medir aún más sus palabras para hacerme el mínimo daño.

–Tu madre quiso que supieses de nosotros a la muerte de tus tíos, no antes. No se sentía bien consigo misma después de haberte dejado en el hospicio. Esa carga la llevó el resto de su vida, consumiéndola hasta su muerte hace tres años. Nunca superó dejarte allí. Todas las noches lloraba y te nombraba a voces, hasta que un día dejó de hablar y le cambió la mirada. En cuestión de dos semanas la enterramos en una fosa parecida a la de Froilán. Murió de pena, Germán.

Escuché la breve reseña de mi madre con cierto escepticismo, graduando mi reacción.

–Entonces..., mi madre era hermana de Froilán.

–Así es.

La pregunta de rigor estaba por llegar, así que no esperé más. Sin duda tendría preparada la respuesta, pues había tenido mucho tiempo para cimentada.

–¿Por qué me abandonaron ustedes?

Danilo fue al encuentro de ella.

–Para que te salvases. Simplemente para que vivieses. Ambos habíamos contraído la tuberculosis mientras estabas dentro de tu madre. No fue una decisión fácil. La única posibilidad que vimos de salvarnos todos fue la que nos aconsejó Don Atilano. Un comerciante de telas amigo *mío*, que solía venir cada año a Salamanca, aceptó llevarnos en su carromato y se comprometió a cuidarnos. Estuvimos inconscientes varias semanas. Nos llevó hasta Italia, a la comarca de Lombardía, que es de donde yo desciendo.

Escuchaba reteniendo todo lo que podía. Ya habría tiempo para entrar en detalles. Dejé que Danilo Pavesi se explayase, ya que si no lo hacía se consumiría, y yo con él.

–Quería morir en mi tierra. Esa fue la razón de irnos lejos de aquí. Tu madre aceptó, con la condición de que Agustín se encargase de ti. Sólo con esa premisa. No te quedaste en casa de Froilán y Elisa por miedo a que ellos se contagiasen. Era una enfermedad horrible, casi siempre mortal, y en las condiciones en las que vivíamos se propagaba muy rápidamente. Increíblemente, los tres sobrevivimos. Como sabrás, a ti te curó don Atilano, confabulándose con Agustín para ocultar tu dolencia. Dijeron que era una alergia para que te aceptasen en el hospicio y así lo hicieron. En el fondo creo que hicieron la vista gorda por tratarse de Agustín. En un principio deberías haber salido antes, pero Agustín te cogió tal cariño que se quedó contigo más tiempo, hasta que vio que te iba a dejar solo en el hospicio de San José y te llevó a casa de tus tíos.

–¿Y por qué me iba a dejar solo?

–Por desgracia, Agustín también se puso enfermo. Contrajo la tisis y lo echaron del hospicio. No quiso dejarte allí sin ser tu ángel de la guarda. Aquel invierno, seguro que te acuerdas, te dejó él mismo en casa de tus tíos. Murió un par de días después. La burra que tiraba de su carro estuvo andando sin rumbo tres días seguidos. La pararon un par de jornaleros de Calvarrasa y se pusieron a hablar con Agustín sin obtener respuesta. Había muerto congelado en el pescante.

Se produjo un denso silencio.

–No conocía su final –dije con los ojos empañados.

Danilo Pavesi había hecho mella en mi delicada moral, sumando un nuevo cadáver, que, aunque ya tenía como asumido, no era algo seguro ni conocía los detalles. Aquel hombre no gastaba saliva de más, y con su sutil acento italiano y su discurso me estaba empezando a encandilar, no por sus penosas noticias, sino por la nitidez con las que las presentaba. Poco a poco empezaba a no ser un desconocido, puesto que sabía más de lo que yo pensaba. Me rendí a la evidencia y comencé a asumir esa tardía paternidad.

–Hábleme de mi madre.

El italiano cambió de semblante y una sonrisa resbaló por su cara. Entendió entonces que me había empezado a ganar como hijo.

–Se llamaba Cecilia, Cecilia Etura. Tu madre fue una mujer maravillosa, Germán. Tenía el pelo moreno y unos ojos miel que me enamoraron desde el primer día que la vi. Nos habíamos conocido por medio del comerciante que te he comentado que nos llevó hasta Italia. Ella tendría unos catorce o quince años y trabajaba de aprendiz de modistilla en un establecimiento de la calle de la Rúa. En uno de los viajes que mi amigo realizó para traerle telas a este sastre desde Italia, me embarqué con él para estudiar clases de música en la cátedra de la Universidad de Salamanca. Fue un flechazo, y con la excusa del comerciante de telas me hice pasar por su ayudante para poder conocerla. Era muy tímida y rehuía de mí. Me costó un par de meses convencerla para que pudiese acompañarla a casa. Así nos conocimos. Era muy buena gente y la quise mucho. Aunque humilde, no



escatimaba en ofrecer todo lo que tenía. Lo nuestro fue una historia de amor que acabó de la peor manera.

Era agradable poder oír aquellas palabras sobre mi madre, y sobre todo viniendo de mi padre. Sentí paz interior al oírle; curiosamente, una sensación muy parecida a la de escuchar el sonido del violín o de las campanas.

Comenzamos a andar en silencio, viendo cómo se acercaba otro cortejo idéntico al nuestro, con los mismos pobres sosteniendo los hachones encendidos en una muestra de cruel indigencia. El cura tenía ya preparado el responso para lanzarlo nada más llegasen. Lo vi resoplar y cincelar una rutinaria cara de pena.

Danilo Pavesi me rodeó con su brazo y me apretó contra su lateral.

–*Mio figlio!* –dijo con naturalidad.

–¿Qué?

–Significa hijo mío en italiano.

Reí ante la traducción.

–Gracias, padre –contesté acercándome más aún a él, casi con un tímido abrazo.

–Padre suena demasiado serio. Los españoles ejercéis ese respeto reverencial hacia el progenitor como si fuese una autoridad capitular.

Arqueé los hombros.

–Prefiero que me llames Danilo o papá.

–Intentaré llamarle papá. Deme tiempo.

–De ahora en adelante nos tutearemos, ¿entendido?

–Lo intentaré.



La noche había sido eterna. Demasiadas emociones juntas. El dolor por la pérdida de mi tío se mezclaba con la alegría por la llegada de aquel italiano, *mi padre*, como si esta última eclipsase el luto. Seguramente mi tío había dejado ya de sufrir, cosa importante porque a nosotros no nos esperaba una vida mejor. La escena de la tarde anterior en el camposanto era un fiel reflejo de lo que nos sucedería Dios sabía cuándo, y eso sinceramente me preocupaba a futuro.

La mañana siguiente al deceso de mi tío continuaba lloviendo a mares, como si el cielo todavía prolongase su luto. Después de un inicio de año bastante frío y seco, con el habitual sol meseteño, el final de mes había anegado las calles de Salamanca. Pese al barrizal que se formaba, aquella agua era siempre bienvenida en el barrio para evacuar los no pocos desechos fecales que nos llegaban de toda la ciudad a través de la alberca.

Doña Lucía había desmantelado la habitación en la que había estado mi tío. El colchón y las sábanas habían sido quemados en la corrala y el suelo de toda la habitación se había frotado varias veces con sosa, destruyendo cualquier minúsculo ser que pudiese infectarnos.

Me levanté tiritando. La bolsa de lentejas calientes que había metido bajo mis pies al acostarme se había quedado helada, y ya avanzada la mañana se había convertido en una fuente de humedad que me condenaría el resto de la mañana. Me cambié de un salto y llegué hasta la cocina.

Doña Lucía había salido de casa en busca de materia prima para coser

nuevos guantes, y Danilo Pavesi estaba ordenando a su manera el desmadre que habíamos dejado el día anterior.

–Buenos días, Germán.

–Igualmente –contesté retirando los últimos restos de legañas.

–¿Leche?

–Sí, gracias.

Tenía hambre, pues con el tema del entierro no había probado nada la noche anterior, y di buena cuenta del tazón en menos de diez segundos.

–¿Más?

–¡Oh, no! –respondí–. No nos lo podemos permitir. Con uno al día es suficiente.

Se mantuvo dubitativo, queriendo rellenar el cuenco, pero se contuvo. Los compases diarios de aquella casa los establecía doña Lucía, y él no era quién para quebrantarlos.

–¿Hoy no tienes clase?

–No, don Mateo me ha dado el día libre.

–Bien, entonces me gustará que hagas de guía y me enseñes Salamanca. Quiero ver cuánto ha cambiado.

–¿Con este tiempo? –le indiqué señalando el torrente de agua que se entreveía a través de la ventana.

–Hace un día maravilloso, ¿no crees?

Encogí los hombros.

Salimos con un par de capuces sobre los hombros con la intención de dar un paseo, aunque sabía que era un pretexto para charlar conmigo. Atravesamos la calle de los Milagros, salvamos el barrio chino y no fue hasta

la altura de la Casa de las Conchas cuando Danilo comenzó a hablar mientras miraba a lo alto de ella.

–¿Qué tal te va en el colegio? ¿Te gusta aprender?

–Gustarme sí me gusta, pero no sé para qué me va a servir –dijo con un ligero tono de socarronería–. No me cabe duda de que acabaré como mi tío. La esperanza de vida en el barrio es escasa.

Me miró torciendo el gesto y señaló el edificio.

–¿Sabes cuántas conchas tiene?

Con la cantidad de veces que había pasado por allí, la verdad es que nunca me había hecho esa pregunta.

–Trescientas setenta y tres exactamente, casi la misma cantidad de escalones que hay hasta llegar a la torre de las campanas de la Catedral. Según parece, su dueño, el Doctor Rodrigo Arias, hizo decorar así el edificio hace cinco siglos por el amor que le profesaba a una mujer, en honor al escudo de la familia de ésta, aunque siendo él caballero de Santiago no sería de extrañar que lo hiciese por añoranza a sus raíces.

–No entiendo.

–Los peregrinos que regresan a sus casas después de realizar el camino de Santiago suelen llevar colgada una vieira, que es una especie de concha muy típica de Galicia. Por eso se asocia la concha a la ciudad de Santiago.

–¿Tiene mar?

Danilo Pavesi arqueó los ojos.

–Creía que en el colegio te habrían enseñado que Galicia está bordeada por el mar por dos de sus lados.

–Galicia sí, pero no sé si Santiago lo está.

–Entiendo –dijo en tono de disculpa–. No, no tiene mar.

–¿Está cerca de Asturias?

–Pegando, ¿por qué?

–Nada, por curiosidad. Doña Lucía estuvo de joven en Asturias.

–Ya –resolvió–. ¿Te gustaría conocerlo?

–¿Santiago?

–No, el mar.

–Por supuesto.

–Perfecto.

Comenzamos a andar y torcimos hacia la Rúa. Ésta, a pesar de la climatología reinante, estaba en pleno apogeo. Multitud de tienduchas llenaban sus laterales, mientras el griterío de los tenderos y de algunos muchachos formaba una algarabía considerable. Varias criadas platicaban mientras realizaban sus compras matinales, siendo sorteadas por bestias cargadas de mercancías en dirección a la plaza de la Verdura. La lluvia había cesado, y por encima de los tejados llegaban con timidez unos claros que nos proporcionarían una tregua para poder continuar el paseo.

–Respecto a tu respuesta de antes sobre tu futuro en el barrio, discrepo un poco.

–No te voy a contar nada que no sepas. Tú mismo enfermaste aquí.

–No te lo voy a negar –mantuvo mientras nos parábamos delante de un establecimiento–. Creo que es cuestión de equilibrios.

–¿Equilibrios?

–Sí, depende de dónde distribuyas las fuerzas.

–¿Qué fuerzas?

–Las que tengas para sobrevivir. Todo depende del camino que elijas, y

tú, Germán, eres de los que puede elegir. Por eso estoy aquí.

Cada frase era un misterio. Mi futuro estaba últimamente en boca de todos, pero ninguno se decidía a decirme nada claro. Pensé en contarle el cuento de la paloma.

—¿Sabes? —contesté algo azorado—. Creo que estoy un poco harto de tanto misterio. Tanto doña Lucía como mi difunto tío últimamente me han metido en la cabeza el puñetero tema de la música. Sinceramente, creo que bastante tenemos con ir a buscar carbón a la vía para calentarnos y esquivar la mierda que nos echa la ciudad a través de la alberca. Eso de la música es para gente que no tiene que preocuparse de intentar saber qué se va a llevar a la boca un par de horas después.

Danilo esperó un poco para responder, pero no retrasó su línea de defensa.

—Supongo que es una respuesta que yo también manifestaría viendo de continuo este panorama. Al margen de estas condiciones de vida, ¿realmente te gusta el tema de la música? Es una pregunta importante, por lo que espero que me contestes desde el corazón; si no, de poco me sirve.

Sopesé la pregunta y me tomé un momento para responderla.

—Sí, me gusta —contesté sin tono.

—¿Estás seguro?

—Por lo poco que he podido oír, sí.

—¡Ajá! Bien, bien. Creo que es hora de que te explique para qué he venido.

—¿No ha sido para conocerme? —solté con un deje de picardía.

—Claro, claro que he venido para conocerte —reconoció—. Para conocerte y para llevarte conmigo. Sigamos andando, que te cuento.

—¿Para llevarme dónde? —dije sin moverme.

–A Cremona.

–¿Dónde?

–¿No querías conocer el mar? Italia lo tiene, y mucho. Está casi rodeada.

Esto me pilló completamente desprevenido.

–Pero...

–Cremona es la ciudad de la cual provengo. Es la cuna de los mejores fabricantes de violines del mundo. Pero vamos, paseemos, porque de lo contrario nos vamos a quedar congelados.

Iniciamos de nuevo la marcha.

–Creo que tu tío te comenzó a contar algo sobre el tema de los violines ¿No es así?

–Sí, aunque lo mínimo. Su enfermedad se lo impidió.

Danilo se estaba haciendo con las riendas de la conversación, y su cara expresaba relajación ante mis respuestas. Apenas cubrimos unos metros cuando se detuvo de nuevo en seco. A la derecha, encajada entre dos portezuelas, se encontraba una vidriera con unos trajes de caballero expuestos en su interior. La pereza o el escaso tiempo de su dueño había hecho mella en la madera del escaparate, dejando que se instalase allí un regimiento de termitas. El letrero languidecía oxidado, pero aún con las letras legibles: *Sastrería Ricardo*. En un cartel pegado al escaparate describía claramente el género y costo de sus artículos: “Trajes de caballero de dril a doce pesetas o lanilla a veinticinco, americanas de alpaca desde siete y trajes para niños a medida”.

Destacaba un lema escrito en letras más grandes, que rezaba: “Gran surtido en lanillas, gergas, vicuñas, patenes y estambres para la confección de trajes. Cortadura de forros y fabricación irreprochable, garantizado.”

Danilo Pavesi se acercó al cristal y miró en su interior.



–¿No me querrás comprar un traje?

–No, hombre –exclamó riendo con ganas–. Te quiero presentar a don Ricardo, un viejo amigo. En este establecimiento nos conocimos tu madre y yo.

Nos introdujimos en la sastrería, provocando el tintinear de una campanilla que colgaba del techo. Dentro no había nadie, aunque de la trastienda provenía el inconfundible ruido de un par de máquinas de coser. El local consistía en un pequeño rectángulo, con varias estanterías detrás del mostrador atiborradas de rollos de telas y paños en tonos oscuros. En el lado derecho se hacinaban patrones y recortes en una vitrina sin mucho orden. El sitio estaba bastante limpio, aunque en algunos rincones no faltaban algunos hilos sin barrer.

De la trastienda salió un hombre de avanzada edad pero de espalda erguida. Marcaba su escasa cabellera con una raya hacia la izquierda y tenía una barba canosa. Nos miró con cierto desconcierto, evaluando la vestimenta de Danilo. Después fijó su vista en mi persona curvando el gesto.

–¿En qué puedo ayudarle? –ofreció amistoso volviendo sus ojos hacia mi progenitor.

–Hola, Ricardo. Soy Danilo, Danilo Pavesi. ¿Te acuerdas de mí?

Sus ojos se tornaron hacia atrás como un resorte y un gesto de felicidad asomó en su semblante.

–¡Por Dios, Danilo! –gritó con júbilo–. ¡Te creía criando malvas!

El ruido de las máquinas de coser se detuvieron y el perfil equino de una mujer asomó por la cortina de forma tímida.

–Continúe, Petra, continúe. Es un viejo amigo.

–Vamos, no os quedéis ahí como pasmarotes. Pasad dentro y hablemos.

Tras la tela que cubría la entrada a la trastienda aparecieron cinco mujeres jóvenes, con un par de mandiles cada una. Dos estaban dale que te

pego con las máquinas de coser, otra marcaba con una piedra un generoso trozo de piel curtida al sol y las otras dos planchaban dos trajes de dril. Del fondo del cuarto surgió una chica de tez morena y frente sudorosa, sujetando un cubo con brasas para las planchadoras. Por la rapidez con la que andaba se veía que le urgía el recado.

Danilo Pavesi se fijó en ella y la siguió con los ojos.

–Vaya, veo que hay cosas que no cambian –afirmó don Ricardo.

–Tienes razón, pero es que me ha recordado a Cecilia. La primera vez que entré a esta trastienda la vi con el mismo cubo de brasas.

–Son malos tiempos, Danilo. Ese cubo tiene que durar todavía mucho. ¿Y ella...?

–Ella ya no está, Ricardo.

Cuando cruzamos el taller, las trabajadoras nos saludaron sumisas y continuaron con su faena. Pasamos a otra estancia situada al fondo, en la que don Ricardo tenía instalada una mesa con un par de sillas.

–Sentaos que ahora vengo –expuso dándole un par de palmadas a Danilo.

Miré el cuarto sin decir nada.

–Este hombre se portó muy bien con tu madre, Germán. Gracias a él nunca nos faltó de comer. Incluso cuando nos tuvimos que ir nos metió algo de dinero en uno de los bolsillos.

Don Ricardo apareció con una pipa en la boca y una cinta de metro en la otra.

–¡Levántate, rapaz! –me espetó.

Miré a Danilo.

–Haz lo que te dice –me aconsejó él serenamente.

Obedecí. El sastre comenzó a tomarme medidas por todas partes con su metro, desde la espalda hasta los tobillos. Cuando se puso frente a mí, el humo de su pipa me hizo estornudar.

–Lo siento –me excusé.

–Nada, nada, chiquillo. Supongo que tú eres Germán, ¿no?

–Sí, así es, señor.

Aspiró con fuerza y vi un rescoldo brillante en el fondo de la pipa.

–Eso de señor es para apoderados y ganaderos, aquí con don Ricardo vas servido.

–Así lo haré –resolví.

–Te pareces a tu madre. Tienes sus mismos ojos. En cambio, tienes las mismas orejotas que tu padre.

Danilo Pavesi y don Ricardo rieron al unísono.

–Bueno –inició mientras terminaba de anotar las medidas en un trozo de papel amarillento–. Dentro de un par de días os pasáis a por el traje. Con suerte, tendré un par de zapatos de tu número.

–¡Oh no, por favor! –protesté–. No tenemos dinero para pagarle esto.

Don Ricardo aspiró de nuevo con fuerza y escupió al suelo una hebra que se le había quedado pegada en el labio.

–Dale las gracias a tu madre, que en gloria esté. Esto es un detalle de la casa, joven. Los hijos de mis antiguas empleadas, cuanto menos pena den, mejor. Una cosa es ser pobre y otra muy distinta parecerlo –concluyó–. ¡Ah!, y no vuelvas a tratarme de usted si no quieres que te pegue un estirón de orejas y te las haga más grandes todavía.

Danilo se mantenía al tanto, sin decir nada por si también recibía lo suyo, lo cual no tardó en pasar.

–Bueno, *spaghetti*: ¿y qué ha sido de ti? –preguntó guiñándome un ojo y frotándome la cabeza.

–Bueno, pues hemos ido tirando. Conseguimos esquivar la enfermedad y salimos adelante. Pero es una historia penosa.

Cecilia no pudo superar dejar a Germán en España.

–Me hago cargo. Lo siento.

–Gracias, Ricardo. Así que nada, que ya era hora de regresar. He venido a conocerlo y, si él quiere, llevármelo a Italia una temporada. En eso ando.

Don Ricardo arqueó los ojos y volvió a aspirar de la pipa.

La conversación siguió por derroteros banales como la política, las guerras de ultramar y un largo etcétera, durante el cual yo me esfumé mentalmente, limitándome a asentir de vez en cuando. El traqueteo de las máquinas de coser continuaba martilleando el ambiente, y las carcajadas entre don Ricardo y Danilo Pavesi cada vez iban a más. Se les veía en una posición de cómoda camaradería. Viendo que la cosa iba para largo, pedí permiso para levantarme y traspasé la cortina para ver el taller de costura. Me di una vuelta ante la atenta mirada de las artesanas y salí a la calle para tomar el aire.

La Rúa era un continuo transitar de mercaderes y curas. Un viejo organillero vociferaba a los cuatro vientos su nueva cantinela.

Danilo salió al cabo de un buen rato, justo en el momento que las campanas marcaban la hora del ángelus. Se acercó a mi lado.

–¿Continuamos?

Asentí.

Al cabo de unos metros volvió a hablar.

–¿Qué te ha parecido?

–Un hombre bondadoso –comenté.

–Sin duda –afirmó mientras se quitaba la capa–. Don Ricardo tiene el cielo ganado. Todas sus empleadas son de barrios humildes. Una vez que han aprendido el oficio, les consigue trabajo en otras sastrerías. Nadie se queda con él. Todas las modistas, oficiales y planchadores están de paso.

–¿Y eso?

–Siempre ha dicho que Dios ha puesto su sastrería para vestir a los pobres con el dinero de los ricos. Él se crió en el cerro de San Vicente, como tú, y tras mucho esfuerzo para montar el negocio dice que Dios le ha otorgado el don de la perfección para llevarlo a cabo. Es una sastrería muy importante, Germán. ¿Te vale de ejemplo?

Volvimos sobre nuestros pasos.

–¿Y ahora?

–Ahora vamos a conocer a otra persona.

–¿Otro sastre?

Danilo Pavesi sonrió sin pudor.

–Tienes la misma ironía que tu madre.

–Ojalá lo hubiese podido comprobar.

Su mirada se volvió nostálgica.

–¿Sabes? Tu madre siempre pensó que probablemente habría otras circunstancias desesperadas antes que darte en adopción, pero en aquel momento no las vimos. Nada me hubiese gustado más que regresar aquí con tu madre, pero desgraciadamente no ha podido ser. Lo único que puedo hacer es intentar transmitirme y describirte cómo era ella. No lo conseguiré en una tarde, desde luego. Tardaré meses, incluso años, porque su amor hacia ti y su fuerza interior siempre fueron admirables. Procuraré hacerlo lo mejor que pueda.

–Hazlo, por favor.

–No lo dudes, Germán. Para eso he venido. Espero que no haya sido demasiado tarde.

–Tenemos todas las tardes del mundo.

–Todas, hijo –repitió frotándose la cabeza.

Continuamos andando hacia la Plaza Mayor, mientras Danilo Pavesi hacía un pequeño esbozo de lo que fueron los primeros años de vida de mi madre. El relato retrocedía hasta 1850, cuando, como mucha gente de los pueblos de la provincia, los padres de mi madre, un jornalero y un ama de casa que bastante tenía con cuidar de sus ocho hijos, se tuvieron que trasladar a la capital ante las malas cosechas y la ausencia de trabajo. Se instalaron en lo que comenzaba a ser el barrio de los Milagros, una zona de casuchas que se iban construyendo sin orden ni concierto con los restos de la Guerra de la Independencia.

Por lo visto, mi abuela era una mujer de profunda fe cristiana que se enfrentaba a las situaciones de crisis con la convicción de que Dios nunca le daría más de lo que pudiese manejar. Con esta premisa sobre los hombros sacó adelante a sus ocho hijos con un marido alcohólico, aunque amante de sus vástagos.

Pasada la mayoría de edad, mi madre, que era la primogénita, se había convertido en la piedra angular de la casa, y no sólo por ser la mayor, sino por tener la capacidad de tomarse las cosas con calma y saber tratar a sus hermanos de forma suave y serena, lo cual ellos agradecían desde el respeto. Combinaba ese compromiso familiar con la devoción por la costura, labor que le permitió empezar a trabajar como planchadora en la sastrería de don Ricardo.

Danilo detuvo la conversación y el paso delante del teatro del Liceo. Se quedó mirándolo lentamente, de arriba abajo y de izquierda a derecha.

–¿Éste no lo hizo un asturiano?, pregunté yo torpemente.

–No, Germán –aseguró con un mohín alegre–. No te voy a dar una lección de música ahora, aunque sí te diré que en Salamanca, aunque no sea la

meca de la música, sí que hay muchos instrumentistas buenos, y el Liceo, aun no siendo el de Barcelona, es toda una institución en la ciudad. Aquí tocaba un viejo amigo mío.

–¿De veras? Sorpréndeme.

–Bueno, en realidad tocaba fuera –matizó señalando una esquina junto a la puerta de entrada al teatro.

–¿Fuera?

–Sí. Era un mendigo que se ganaba la vida tocando el violín, pero tenía la peculiaridad de no pedir nunca una limosna, sino que tocaba a cambio de algo de comida y un jergón de paja cada noche. De esa manera, todos los charros que pasaban por aquí podían disfrutar a diario y gratis de un concierto al aire libre. Te aseguro que no eran pocos los que se acercaban a escucharle. Según don Hilario Goyenechea, un gran músico y maestro mío, aquel no era un vagabundo cualquiera, sino un malogrado virtuoso.

–¿Un virtuoso?

–Sí. Virtuoso es la persona que en música llega a la perfección. Hay muy pocos que puedan llegar a serlo, pues hacen falta unas cualidades que se dan muy pocas veces.

–¿Cuánto hace de aquello?

Danilo se quedó pensando la respuesta.

–Hará unos cuatro años.

–Pero... Por ese entonces, tú ya no estabas aquí, ¿no?

–No, no. Me contaron que lo habían visto estando yo en Cremona.

–¿Qué ha sido de él?

–Un día no apareció más –dijo encogiéndose de hombros–. Simplemente desapareció.

Volvimos la vista sobre el edificio, cada uno con sus pensamientos. Yo intentando ordenar toda la información recibida los últimos días, y Danilo Pavesi dibujando en su mente recuerdos de un pasado ya enterrado. No sabría decir si mejor o peor, simplemente pasado.

–¿Y tú dónde encajabas en todo este recorrido? –se me ocurrió soltarle–. Según me has dicho, llegaste con el comerciante de telas para intentar estudiar música en la universidad.

La pregunta le pilló descuidado.

–En efecto, a eso vine. Empecé a estudiar en la universidad, pero lo cierto es que no resultó ser lo que quería aprender. Yo quería profesores de corazón, mientras que en la universidad sólo los había de manual. A la única persona que conocí con verdadero sentimiento y amor por la música fue a Hilario Goyenechea, al que te he mencionado hace un momento.

–Sigo sin entenderlo. Dime que soy tonto si quieres, pero un italiano de Cremana, ¿qué tiene que aprender en Salamanca de música?

–Cremona –me corrigió–. La ciudad se llama Cremona.

–Pues eso, Cremona. Me has dicho que allí también hay muchos músicos.

–Lo cierto es que tampoco sabía muy bien a qué venía. Salamanca siempre ha sido famosa por sus universidades y por todo su patrimonio arquitectónico; incluso le llaman la Roma chica. Quizá su fama le precedió, y yo, guiado por una curiosidad y hastiado como aprendiz de un famoso luthier de allí, me embarqué en la empresa. Mi sueño habría sido montar aquí un taller de luthería.

–Esa sí es una respuesta. Viniste a montar un negocio aquí, pero en cambio te enamoraste, enfermaste y te tuviste que ir de nuevo –resumí sin derrochar mucha saliva–. Y ahora has vuelto para conocerme, llevarme a Cremona, que aprenda el oficio y regresar de nuevo para establecer ese negocio. ¿No es así?



–Más o menos.

–Y al parecer, mi tío y doña Lucía compartían ese mismo pensamiento. ¿O acaso es idea tuya?

Danilo Pavesi asintió con la cabeza, sin decir nada, y yo aproveché para liberar todos mis pensamientos.

–Conozco la calle lo suficiente como para saber que nadie regala nada, y menos un futuro, en los años que corren. Me imagino que no me estarás mintiendo ni engañando. Lo más sensato sería aceptar. Sería de idiotas no aprovechar esta oportunidad para aprender un oficio y salir de donde vivo, pero quizá no te hayas planteado qué es lo que pienso yo de todo esto.

–Germán, en esta vida hay dos formas de salir del barro: o empujar con más fuerza o esperar a que se seque.

–Quizá quiera esperar, aunque me quede en el sitio. No en vano es lo que he conocido siempre.

Danilo no movió un músculo de su cara.

–Entiendo tu postura. Lo cierto es que apenas hace veinticuatro horas que me conoces. Por ello, aceptaré tu decisión, sea la que sea.

Nos quedamos pensativos, midiéndonos con la mirada hasta que la desviamos. Ninguno de los dos queríamos hacernos daño, por lo que no continuamos con la conversación.

–Necesito pensármelo. Me voy un rato a casa de mi amigo Marcos, y esta noche te daré una respuesta, ¿de acuerdo?

–Me parece bien.

Nos separamos allí mismo. Yo giré mis talones y enfilé de nuevo por la calle Toro hacia la Plaza Mayor, mientras que Danilo hizo amago de entrar en el Teatro del Liceo.

Pasaban ya las cuatro de la tarde cuando llegué a la casa de Marcos.

Decidí no ser egoísta y centrarme en las preocupaciones de mi amigo. Al fin y al cabo, mis problemas se evaporarían con el tiempo; sin embargo, los de Marcos tardarían más en diluirse. Toqué a su puerta, la cual se abrió rápidamente. La persona que apareció no era la que iba buscando. Su padrastro apareció apoyándose en la jamba de la puerta, con la camisa desabrochada, descubriendo un pecho tétrico y velludo y sosteniendo en su mano izquierda una botella barata de vino de mesa. Tenía un aspecto desaliñado y sucio, con una barba de varios días sobre una tez demasiado curtida al sol.

Instintivamente di un respingo hacia atrás.

–¿Sí? –farfulló mientras daba un trago.

–Buenas, vengo a ver a Marcos. ¿Está en casa?

Tras dar otro lingotazo al vinacho me mostró una sonrisa de reptil que no pude soportar, y me contestó con un gesto desganado retándome con la mirada.

–Ese desgraciado está holgazaneando dentro. No sabe hacer otra cosa. Es como una mujer, vive de mi jornal y siempre está quejándose de todo. Encima no me lo puedo follar. Si al menos fuese una hembra...

El padrastro de Marcos era sin duda era la persona más abominable y con peores modales que hubiese podido conocer, amén de hacerle la vida imposible a mi amigo, algo que jamás le perdonaría. Tragándome la arcada que me dio el tener que hablar con él, y haciendo como que no había oído sus asquerosas palabras, le pregunté:

–¿Puedo verle?

Siguió en la misma postura, mientras repetía una y otra vez su monserga flemática y barriobajera. Su gesto de eterno borracho seguía acompañándole. Al fin se debió aburrir y me contestó, mirándome con desprecio:

–Ahora le digo que salga, si es que ha acabado sus tareas. Veremos cómo tiene la cocina.

Entró para dentro tambaleándose como un péndulo. Su camisa colgaba arrugada por la parte trasera y sus pasos arrastraban los pies con pereza. Se oyó un ruido fuerte en el interior que me hizo dudar si debía entrar. Tras unos minutos, que se me hicieron eternos, Marcos apareció por la puerta con mansedumbre. Respiré aliviado.

Cerró la puerta tras él y comenzamos a andar en dirección a la calle Libreros. Cuando se sintió a salvo, miró hacia su casa y se dirigió a mí con voz tímida.

–Siento no haberme podido quedar ayer más tiempo contigo en el entierro de tu tío.

Tenía los ojos húmedos, y las palabras salieron con una franqueza que se podía palpar entre los dedos. Entre Marcos y yo a menudo sobran las explicaciones. Ambos sabíamos su realidad, una realidad que nos hacía enmudecer y respetarnos desde el silencio, como si compartiésemos la mente.

–¿Vamos a dar un paseo?

–Perfecto –asintió sin más.

Mientras caminábamos, no oculté lo que me había acontecido en las últimas horas. Le expliqué con pelos y señales toda la conversación que había tenido con Danilo Pavesi, tanto respecto al pasado como a mi presente más cercano, del que a su vez dependía mi futuro.

Se quedó pensativo mientras nos quedamos sentados en uno de los bancos del parque de San Francisco.

–Creo que son demasiadas –acertó a decir.

Me pilló descolocado.

–¿Demasiadas qué?

–Pues qué va a ser, conchas –acertó a decir riendo—. Me parecen muchas trescientas setenta y tres. ¿Vamos a contarlas?

–Vaya, Marcos. Te estoy diciendo que mi padre, al que acabo de conocer, me quiere llevar a Italia, por lo que igual no nos vemos en varios años o tal vez nunca, y me sales con eso –contesté algo enfadado–.

Siguió riendo, algo que no me encajaba viendo su panorama.

–Anda, vamos, contemos esas conchas.

Me levanté enfurruñado, viendo su sonrisa grabada en la cara.

–Me alegro mucho por ti, Germán. Ojalá yo tuviese la misma suerte y mi padrastro hiciese una décima parte de lo que está haciendo tu padre en unas pocas horas. Será bueno que aprendas un oficio, sobre todo ese que me comentas. De hecho, siempre me he preguntado dónde fabrican y arreglan todos esos instrumentos que se tocan en Salamanca.

Por primera vez me sentí mal agradeciendo mi suerte.

–¿Y tú?

–¿Yo qué?

–¿Qué piensas hacer con tu situación? –intenté preguntarle con la mayor sutileza que pude mostrar.

–No lo sé, Germán. Supongo que aguantaré carros y carretas, y cuando vea la situación apropiada me marcharé de esa casa. Aunque, ¿quién sabe? Igual tengo suerte y algún día de éstos aparece con los intestinos rajados en algún tugurio de la calle de la Esgrima.

–Vente conmigo –solté sin pensarlo.

Me miró con cara desangelada, como pidiendo perdón por lo que habría de decir.

–Sabes que no puedo hacerlo. Mi destino está escrito aquí. Nací aquí y moriré aquí.

–Yo también pienso morirme aquí. Volveré a esta ciudad.

–¡Ojalá lo vean mis ojos!

Caminamos mientras un grupo de nuevos novicios se cruzaron en nuestro camino en dirección al colegio de los irlandeses. Marcos iba masticando en su cabeza mi proposición, y yo, en caso de que asintiese, la manera de convencer a Danilo para que lo llevase a él también. La idea, aunque precipitada, me ilusionaba. Podría salir de aquí acompañado por mi mejor amigo, y eso cambiaba sustancialmente las cosas. El hecho de tener la compañía de Marcos me embriagaba, pero no sólo por mí, sino por ayudarlo a él también y que se alejase de su pequeño gran infierno.

–Intentaré convencer a mi padre –le dije.

–Cómo, ¿pero es que esta propuesta ya estaba en el aire?

Intenté mentir y colocar la mejor de mis caras.

–Bueno..., algo le he dejado caer.

Me miró con las cejas arqueadas.

–No, no es cierto –reulé–. No le he comentado nada.

Seguimos caminando en silencio. Cuando nos quisimos dar cuenta, ya estábamos delante de la Casa de las Conchas.

Nos miramos.

–Tú empieza por la derecha y yo empezaré por la izquierda.

Abordamos la ardua tarea de contar las vieiras. Marcos empezó por la fachada que daba a la calle Compañía y yo por la que daba a la Rúa. La muchedumbre que paseaba a aquellas horas nos miraba con cierta curiosidad, como si estuviésemos para encerrar. Tras un cuarto de hora nos juntamos en el vértice, y ambos cantamos en voz alta el número de conchas que habíamos contado.

–Tu padre tenía razón, Germán. Hay trescientas setenta y tres.



Las dos semanas que transcurrieron hasta nuestra partida se me pasaron volando. Un halo de entusiasmo y nerviosismo se palpaba en el ambiente. Danilo Pavesi se pasaba las noches en vela y salía de madrugada a pasear por la ciudad, alegando que quería aprovechar el tiempo que le quedaba para llenarse del oxígeno salmantino y a la vez disfrutar de sus fríos amaneceres. Poco a poco me iba describiendo, muy a grandes rasgos, el arte de la luthería. Aprovechaba las horas de las comidas para hacerlo. No me había costado convencerle de que llevase a Marcos con nosotros después de relatarle su situación familiar.

–¡Salvemos dos almas! – había contestado sin pensárselo.

Mientras preparábamos nuestro camino hacia tierras italianas, doña Lucía no paraba de animarme y de reclamar mi presencia, sobre todo después de las cenas, para darme consejos que ni ella misma había aplicado a su vida. Durante aquellas dos semanas, la hora de las comidas y las cenas, y sus correspondientes sobremesas, se habían convertido en lecciones de vida y trabajo, llegando hasta el punto de convertirse en una verdadera tortura.

–Espero que todas las comidas no sean así en el futuro, porque le veo solo delante de plato –le advertí un día que me había levantado con el pie izquierdo.

Danilo se había empezado a reír a mandíbula batiente.

–Sabes, eres igual de temperamental que tu madre. El genio y el ingenio lo lleváis en la sangre.

Mientras dedicaba las mañanas a apurar las clases con don Mateo, por las tardes generalmente me reunía con Marcos y con Salvador de Andrés, e íbamos confeccionando el viaje. Salvador se mantenía bastante al margen, escuchando nuestros proyectos en tierras extranjeras.

—Cuando regreséis, no os olvidéis de mí. Os estaré esperando —nos dijo uno de los últimos días.

Anotábamos nuestras dudas en una libreta que nos había ofrecido él mismo. Estas incertidumbres iban desde la misma curiosidad sobre cómo se traducían al italiano algunas palabras, a qué haríamos cuando volviésemos. A aquella libreta la habíamos puesto el título de *Lejos de los Milagros*. En la primera hoja aparecían nuestros dos nombres y nuestra firma, y un poco más abajo la fecha en la que la empezamos a escribir: 3 de febrero de 1900.

Las siguientes hojas estaban repartidas de la siguiente manera: en la cara de la izquierda solíamos anotar nuestras dudas o nuestros temores, y en la de la derecha nuestras sensaciones e intenciones. A menudo nos ayudaba don Mateo, con su buen hacer.

—¿Sabéis una cosa, rufianes? Os voy a echar de menos. No hace falta que os diga que sois dos de mis mejores alumnos. Me quedo apenado, pero con la satisfacción de que por lo menos vais a tener la oportunidad que os merecéis. Aunque sea un precio bastante caro a pagar, creo que merece la pena. Con gusto me iría con vosotros para conocer Florencia, Milán o la imperecedera Venecia. Me conformo con saber que estaréis juntos, y sobre todo me alegro por ti, Marcos —exclamó el maestro lanzándole un guiño de complicidad un día a nuestra salida del colegio—. ¿De quién ha sido la idea de la libreta?

—De Salvador de Andrés —contesté con recelo.

De Andrés se encogió de hombros.

—Me parece perfecto. Un rapaz muy metódico, sin duda. Tiene madera de reportero —apuró a decir mientras le frotaba la coronilla—. Es una buena idea. Así recordaréis algún día que empezasteis desde cero. Esta libreta os



mostrará vuestro progreso. Al principio estará llena de dudas e interrogaciones, pero a medida que pase el tiempo llegará un momento en el que apenas tengáis nada que escribir, aunque también es cierto que en esta vida no acabamos nunca de preguntarnos cosas.

Los dos asentimos mientras nos mostraba un pequeño libro, con algunas anotaciones en castellano y pliegues en diferentes hojas.

–Tomad, llevad esta pequeña guía. Está en italiano, pero es un idioma parecido al castellano. En apenas un año seguro que lo habláis a la perfección.

La cogimos, y tras echarle un vistazo rápido la guardamos junto a nuestra libreta.

Apenas nos quedaba una semana para nuestra partida y habíamos entrado de lleno en los carnavales. Las sensaciones de melancolía y de excitación iban de la mano. Dediqué aquellos últimos siete días a terminar de despedirme de mi querida ciudad. Marcos, a su vez, preparó una dudosa maniobra para acercarse a Elena Greiner.

–¿Cómo? ¿Que te vas a presentar con un ramo de flores en la plaza de San Boal?

Marcos se quedó patidifuso. En ese momento pensé que me había equivocado.

–Bueno, igual no es tan mala idea –corregí.

–O igual sí lo es.

–Me refiero..., bueno –titubeé–. A que me has sorprendido.

–¿Cómo lo ves?

Sin duda debido a la excitación del viaje, su arrojo y su retraimiento se habían alterado hasta el punto de idear algo que podría acabar en un plantón como la copa de un pino. Como amigo suyo, me vi en la obligación de abrirle

los ojos, aunque midiendo mis palabras para que no sonasen imprudentes.

–Valiente. Lo veo valiente por tu parte.

–¿Valiente?

–Creo que hay que tener mucho arrojo para presentarte allí con un ramo de flores. Las posibilidades de entablar una conversación son muy altas. No sé cuál será el resultado, pero desde luego es algo elogiabile. Para bien o para mal, es un buen paso.

–Veremos...

–Aunque salga mal, ella conocerá así tus sentimientos.

–Igual ni hace falta que sepa de ellos. Quedaré como un bobo, seguro.

Para no desalentarlo, le di un pequeño empujoncito.

–Ni se te ocurra dar marcha atrás. Ya has dado el paso más difícil: decidirte.

El delicado momento sería dentro de un par de días. Marcos me había pedido que le ayudase y yo me había ofrecido con gusto.

–¿Sabes de dónde puedo sacar unas flores bonitas?

Me quedé rumiando la respuesta.

–Sí, creo que conozco un sitio.

Los días previos al domingo gordo de carnaval ya se empezaba a oler la alegría y el desenfreno por toda la villa. Comparsas, murgas y charangas llenaban los rincones de la ciudad del Termes interpretando sus tradicionales pasacalles, con la vista puesta en el día grande. La ciudad entera se disfrazaba y mostraba sus tradiciones más cohibidas bajo máscaras y trajes acordes a sus posibilidades económicas. El alboroto reinaba en cada callejuela y no eran pocos a los que les sobraba alguna copa de más.

La tarde se exhibía desierta de nubes, con ligeras ráfagas de viento que obligaban a no descuidar nuestros cuellos. Había quedado con Marcos en la Puerta de Toro a las cinco, pero me había adelantado a la cita. Mientras le esperaba, vi cómo un par de chiquillos de mi edad revoloteaban por ella mirando en todas direcciones. Entre los viandantes, cruzó la calle un hombre elegantemente vestido y porte acaudalado que iba fumando un cigarrillo de importación. Los chavales siguieron su estela. Pensé que iba a ser testigo de un atraco o algo parecido, pero lejos de esta presunción los chavales se lanzaron en busca de la colilla que había dejado caer el potentado. Éste, al verlos, les lanzó una sonrisa pringosa y machacó la colilla con la puntera de su brillante zapato delante de sus narices. Los chavales se quedaron parados y atónitos, y después se indignaron, aunque no dijeron nada. El hombre subrayó su maleducada acción con un desaire y se giró para seguir con su marcha como si no hubiese pasado nada. Los muchachos se dieron media vuelta resignados y fueron en busca de una nueva limosna.

Éste era el pan diario de la Salamanca de principios de siglo: una continua lucha de supervivencia entre las clases menos favorecidas y la fanfarronería de aquéllos a los cuales les había caído algo de parné en sus bolsillos, estirados como el pergamino que exponían su superioridad a todo el que se acercase.

Cuando el individuo pasó a mi lado ni siquiera me digné a regalarle una mirada, aunque con el rabillo del ojo me pareció ver cómo me dedicaba una odiosa cara de socarronería. Después siguió su camino diario con la vanidad intacta.

Marcos no tardó en llegar.

—Perdona la tardanza, pero últimamente mi padrastro empieza a sospechar algo y tengo su aliento encima en todo momento. Tengo que andar con mil ojos. Además, atravesar la ciudad con este alboroto es un horror.

—¿Todo bien?

—Salvo estos pequeños contratiempos, bien —contestó sincero—. Parece que llevo una buena época. Estoy preparando la estrategia a llevar para mi

salida de casa.

–¿Se lo vas a contar?

–No, ni loco –respondió–. Esperaré a que decidamos el día exacto, prepararé las maletas y me iré. Total, no creo que me eche mucho de menos. Se librará de su carga más pesada.

Echamos a andar hacia la avenida Canals. Los muchachos de antes se fueron detrás de otro sujeto en busca de unos céntimos o de otra colilla.

–Y bien, ¿animado?

–Bueno, un poco nervioso.

–Tranquilo, Elena no habrá visto flores más espléndidas.

–Perfecto, así podré esconderme tras ellas –respondió riéndonos al unísono.

Unos minutos después llegamos a la casa de las hiedras. Bordeamos la verja y nos plantamos en la parte trasera, justo donde crecían unas caléndulas de vigorosos colores, al lado de la pequeña caseta cuya pintura se caía a jirones y se guardaban los utensilios para cuidar el jardín.

–¿Las ves? –señalé en la parte central de un pequeño rectángulo.

–Sí, son preciosas.

Miré a ambos lados de la calle. La suerte estaba de mi lado, ya que no había ni un alma. Me cercioré de que dentro del recinto no se encontraba el perro y salté la valla. Unas ramas crujieron en mi aterrizaje. Me quedé de cuclillas mientras observaba si había algún movimiento en la casa. Un olor a ramas húmedas inundó mis fosas nasales. Cuando estuve seguro de que todo seguía en calma, me fui acercando con paso lento a las flores. Saqué una navaja que había pedido prestada a doña Lucía y procedí a cortar media docena de ellas. Las corté de diferentes zonas, para que no se notase el desperfecto. Marcos me observaba nervioso tras los barrotes. Volví sobre mis pasos y le entregué el ramo de caléndulas.

Marcos esbozó una sonrisa.

–Espérame aquí. Ahora vuelvo.

–¿Pero dónde vas? –preguntó sorprendido.

–Ahora vuelvo.

La curiosidad había llamado a mi puerta.

Dejando a Marcos con la palabra en la boca, y con el mismo cuidado con el que había saltado la verja, avancé con paso corto hasta la vivienda. En la puerta que daba acceso a la cocina me agaché y miré por la cerradura en busca de algún movimiento en el interior.

Nada parecía indicar que hubiese alguien.

De un empujón, la puerta cedió y traspasé el umbral. La cocina estaba más ordenada que la vez anterior. Las cazuelas estaban colocadas por tamaño en unas baldas encima de la pila de piedra y el suelo estaba limpio. La chimenea apenas tenía unos restos de sarmiento. Dejé a mi derecha el fogón y tiré hacia el pasillo que conducía a las demás estancias. La casa estaba llena de luz, y un olor a madera encerada provenía de las escaleras. Sin duda aquel cuidado les había venido muy bien, recomponiéndolas y devolviéndoles su noble aspecto. Se apreciaba que a toda la casa le habían dado un repaso. Ya no olía a cerrado y las paredes habían sido pintadas, acrecentando la sensación de amplitud. Incluso los cristales rotos de algunas ventanas habían sido repuestos. Subí hacia la habitación donde se encontraba el piano, sintiendo a cada paso la presencia de su dueña y sobre todo la de aquel demonio de perro.

–¿Hay alguien? –grité.

Mi frase se perdió entre los pasillos.

Continué escalando peldaños hasta que me planté bajo el umbral de la estancia donde se encontraba el instrumento musical.

Como un fantasma inanimado, la silueta de una persona se recortaba sentada frente al piano. Estaba inmóvil, y lo único que evidenciaba que estaba

viva era el ligero movimiento de su tórax. Sus manos, atravesadas por venas cerúleas en su dorso, permanecían a escasos milímetros del teclado, dispuestas a aporreado.

El mastín descansaba a su lado con los ojos entrecerrados, y ni siquiera levantó la cabeza al verme.

–¿Te vale con media docena? –me preguntó sin girarse.

Tonto de mí, había creído que nadie me había visto arrancar las flores.

Su voz sonaba tranquilizadora, sin resquemor.

–Lo siento. La verdad es que no son para mí, sino para mi amigo Marcos. Se las va a regalar a una chica.

–No te he preguntado para quién son; lo que quiero es saber en qué número de caléndulas está tasado el cariño de la persona a la que van destinadas.

Esa frase me descolocó.

–Pues no me he hecho esa pregunta. Simplemente he arrancado las justas para que no se notase su desaparición en el jardín.

–Según algunas civilizaciones persas, el número de flores indicaba la estima que se tenía hacia la persona a la que iban dirigidas: más de dos flores significaba que la ofrenda era por compromiso. En la abundancia no está el apego.

Me quedé escuchándola. Lejos de estar enfadada por el robo, me estaba dando una lección de civismo.

–¿Por qué no ha saltado él?

Enmudecí mientras arrastraba mis pasos, pegado a la pared de la derecha, hasta ponerme casi enfrente de ella.

–Entiendo –comprendió mi silencio–. Espero que no seas tú también el

mensajero de esas flores. Sería muy descortés por su parte.

–No, no –respondí con voz neutra.

Una vez que pude verle la cara me llevé una extraña impresión. La mujer no tendría más de cuarenta años, aunque era difícil calcularlo con exactitud. Sus ojos estaban blanquecinos, sin apenas pupilas. Llevaba un pañuelo anudado en la nuca y su piel parecía frágil, de un tono tan blanquecino que parecía transparente. Miraba al frente, hacia la ventana redonda por la que entraba gran cantidad de luz.

–No te asustes, no soy un fantasma.

Observé que no tenía cejas, tan sólo una docena de pelos rubios encima de cada ojo.

Inclinó su cuello hacia abajo y comenzó a mover las falanges sobre las teclas de marfil de modo suave, casi imperceptible. El mastín cerró los ojos.

–Es la segunda vez que entras en esta casa sin pedir permiso –aseguró con un tono manso sin dejar de tocar.

–Su música me atrae –respondí inseguro y totalmente indefenso.

–¿Mi música o la curiosidad de fisgar en esta casa? Está llena de leyendas

–¿Leyendas?

Continuó tocando un rato más sin subir el tono de sus acordes, como si tocase para ella sola y no tuviese prisa en contestar.

–Serás la única persona de esta ciudad que desconozca las mentiras que se vierten sobre este lugar. Pero prefiero que sigas así. La ingenuidad que tienes es un valor que no debes olvidar, pues te hace humano y exhibe tu sinceridad.

–La inocencia me la arrancaron de cuajo hace años.

La mujer paró de tocar de modo suave, provocando un silencio delator.

–Me llamo Lourdes –dijo mirándome por primera vez–. Y él es Jano.

Sentí un escalofrío que me partió el espinazo.

–Yo soy Germán, Germán Etura.

–Encantada, Germán. ¿Quieres un vaso de leche? Es la hora de mi merienda.

Asentí no porque tuviese hambre, sino por seguir unos minutos más con aquella mujer.

Lourdes se levantó, despertando al can. Sus movimientos eran lentos para tratarse de una persona de su edad. Podría incluso afirmar que estaba enferma. Bajamos las escaleras y entramos en la cocina. Echó un par de troncos en la chimenea y puso un perola para calentar un poco la leche. Sacó un bote de hojalata de la despensa, y cuando la leche estuvo caliente la sirvió en sirvió en dos vasos, acompañándola con rosquillas de anís y un par de floretas.

Jano se arrebujó junto al calor que desprendía la chimenea.

–Los atardeceres son fríos y esta casa es grande para calentarla entera.

Tomamos la leche y los dulces en un santiamén. Después tomó un vaso de agua, mezcló unas gotas de un líquido amarillento y lo engulló de seguido, mostrando una mueca agria.

No dije nada.

–Bueno, cuéntame qué te ha traído hasta aquí –me incitó mientras recogía platos y vasos–, porque no me creo lo de las flores. En el parque de la Alamedilla tienes decenas de ellas, y está aquí al lado.

–Ha sido por su música –me expliqué torpemente–. Este es un sitio por el cual paso a menudo hacia la estación del tren, y la forma en la toca usted el piano siempre me hace detener el paso.



–Siempre no, será de un tiempo para acá.

De poco me servía mentirle a aquella mujer. Estaba en todo.

–Cierto –suspiré–. Mi tío me descubrió la música hace poco.

–¿Es músico?

–No lo era profesionalmente, pero por lo visto le encantaba tocar el violín.

–El violín es de los instrumentos más difíciles de tocar, Germán. Hace falta ser un experto para atreverse con él–añadió–. Pero todavía no me has dicho por qué has saltado la valla y has subido hasta aquí.

Realmente tampoco yo lo sabía. La llamada de lo inexplorado o de lo oculto tal vez. ¿Quién sabe?

Me encogí de hombros.

–¿Sabes que esto que has hecho es motivo para dar parte a la Benemérita?

–No creí que fuese para tanto, lo siento –me disculpé levantándome de la silla–. Ahora mismo me voy.

–Siéntate de nuevo –ordenó con sutileza–. No voy a denunciarte ni nada por el estilo. Sólo quiero que entiendas que no puedes entrar así como así donde quieras.

Ratifiqué con la cabeza compungido.

–Bien, una vez dicho esto, por favor piensa qué es lo que te ha llevado a visitar esta casa.

Me hubiera gustado salir de aquella emboscada con una respuesta lo suficientemente válida como para convencerla, pero carecía de ella. Enmudecí.

–Bien, ahora ve con tu amigo Marcos y piensa la respuesta. Cuando la

tengas, puedes regresar.

Salí de aquel recinto con la cabeza hundida en el pecho. Marcos me esperaba andando calle arriba y calle abajo, nervioso, casi a punto de llorar. Cuando me vio, corrió hacia mí.

–¿Se puede saber dónde narices has estado? Casi me da un telele.

–He estado explorando la casa. Siempre me ha atraído.

Tras tranquilizarse, volvió a coger las flores, que había dejado en un escaño de la calle, e iniciamos el regreso a casa.

–Por cierto, he oído música que provenía de su interior.

–Sí, de un piano. Lo toca una señora que se llama Lourdes.

–¿Has conocido a su dueña? Creía que esa casa estaba abandonada.

–Pues ya ves que no. ¿Quién te crees que cuida las flores que vas a regalarle a Elena? La habita esa mujer, y tiene un perro que se llama Jano.

–¡Vaya!

Apenas terciamos un par de palabras más hasta llegar a casa. Nos separamos en la plaza del Corrillo entre una espesura de disfraces y risas desbocadas.

–Bien –dije–. El lunes nos vemos entonces a las cinco en la plaza San Boal. No faltes. Y mete las flores en agua para que no se estropeen.

–Claro. Y tranquilo, que no faltaré.

Al entrar en casa, un olor a sopa de ajos inundaba la estancia. Danilo Pavesi estaba hojeando unos papeles, a los que apenas presté atención, y doña Lucía estaba terminando de colocar la mesa. Saludé a ambos y tiré hacia mi habitación para cambiarme de ropa. Tras cinco minutos, me reuní con ellos.

– ¿Cómo está la ciudad? –preguntó doña Lucía–. Los carnavales ya no son lo que eran, ¿eh, Danilo?

Él sonrió y leyó en alto:

*–A medida que el tiempo pasa y los años se suceden, observamos que el carnaval salmantino vive muriendo y que sólo conserva pequeños vestigios de lo que en algún tiempo fue. Poco a poco va decayendo, como si la alegría y el buen humor de este pueblo se fuera acabando también, y sólo penas y estrecheces tuviera que mostrar. Bien es verdad que hasta el tiempo le da de lado, y contado es el año que el cielo no nos manda torrentes de agua que deslucen y desaniman los atractivos de esta tradicional fiesta de carnestolendas. Ayer, primer día de carnaval, fue soso, aburrido y monótono.*

–Ya lo decía yo –corroboró doña Lucía.

–Nada que ver con los de Venecia –terció Danilo sin quitar la vista de *El Adelanto*, un periódico local.

Ante mi desconocimiento de los carnavales de tiempos pasados, callé. Mi impresión es que Salamanca entera, con garbo y desenfreno ibérico, seguía sucumbiendo al misterio de ocultarse tras los disfraces más dispares. También sabía que el domingo por la tarde acudiríamos al paseo de coches y carrozas en la calle Zamora, festejo que por alguna extraña razón no encajaba dentro de mis gustos jaraneros. Personalmente, prefería mantenerme al margen de congregaciones y bullicios.

–Este año no estamos para muchos carnavales –maticé mientras me sentaba a la mesa.

Danilo levantó la vista por primera vez.

–Vamos, Germán, tenemos que mirar y caminar hacia delante.

–Eso hago –respondí.

–Yo iré contigo –te enseñaré el verdadero origen de los carnavales– Serán tus últimos carnavales en varios años, así que disfrutemos juntos de éste.

Suspiré y un escalofrío me recorrió la columna.

–Venga, todos a comer –anunció doña Lucía llevando el puchero humeante a la mesa.

Danilo dejó el periódico a un lado y sirvió las raciones. Comenzamos a sorber la sopa con fruición. Nadie abrió la boca hasta que los platos quedaron limpios. Doña Lucía retiró los platos y trajo algo de fruta madura.

En la sobremesa siguieron hablando de las noticias locales.

*–Por la calle de Zamora vimos lo de siempre: mozalbetes ineducados, zarrapastrosos, ataviados con repugnantes disfraces; criadas vestidas con las prendas de sus señoras, hombres con antediluvianos gabanes y napoleónicas chisteras, doctores y sacamuelas..., todos en completa algarabía* –leía Danilo.

–¡Vamos, ni que tuviésemos que ir de próceres con ropas ostentosas! –sostuvo doña Lucía–. Los carnavales serán para todos, entiendo yo.

–Algo de razón no le falta a la noticia. Algunos hay que verlos cómo van, que parece que llevan de fiesta desde nochevieja –contestó entre risas Danilo.

La luz del candil oscilaba, llenando de sombras nuestras caras. Me quedé absorto mirando el centro de la llama y abandonando la conversación.

–Hoy he estado en la casa de las hiedras –solté sin más un poco después.

Danilo Pavesi ni se inmutó. Sin embargo, doña Lucía torció el gesto.

–¿La que está en la avenida Canals?

–Exacto.

–¿Y qué has ido a hacer allí? Esa casa está abandonada. Se oyen multitud de leyendas sobre ella.

–No, no lo está –ratifiqué–. He ido a coger unas flores para Marcos. Allí vive una mujer que se llama Lourdes.

Danilo giró el cuello y miró a doña Lucía.

–¿Lourdes?

–Sí, eso me ha dicho.

Se quedó pensativa.

–Esa casa, según creía, llevaba abandonada dos décadas.

La habitaba un matrimonio dueño de una carbonería. Tenían una hija, pero no me acuerdo de su nombre. Quizá sea ella la que está residiendo ahí.

–La está remozando un poco por dentro. Ha hecho algunos cambios, y ahora está más habitable.

–O sea que no es la primera vez que entras –intervino Danilo.

Me sentí intimidado, pero tampoco tenía nada que esconder.

–Bueno, la segunda. La primera fue hace unas semanas, cuando me empezó a interesar la música.

–¿Qué tiene que ver la música con todo esto?

–Lourdes toca el piano. Al ir en busca de carbonilla a las vías me quedé escuchándola, y un día decidí entrar.

–Curioso –soltó Danilo.

–¿Por qué?

–Creía que Salamanca era una ciudad vetada a mujeres melómanas, y que sólo las cupletistas tenían cabida.

–Pues ya ves que no –dijo como un resorte doña Lucía abanderando su sexo.

–No se lo tome a mal. Hoy en día una formación de tal calibre para una mujer está supeditada a familias muy pudientes.

–Esa sin duda alguna lo era –matizó doña Lucía.

–Sí, claro –afirmó Danilo.

El chisporroteo de la lumbre de la chimenea hizo que mirásemos hacia allí. Algunas brasas habían caído al suelo. Me levanté y recompuse el fuego añadiendo un tronco bastante grueso. Doña Lucía aprovechó el momento para terminar de recoger la mesa y liarse a remendar otro par de guantes. Danilo Pavesi abrió de nuevo el periódico en busca de algún artículo interesante.

Viendo que la conversación había llegado a vía muerta y que estaba agotado, decidí irme a mi habitación. Me despedí de ellos y remonté las escaleras. Me enfundé el pijama y puse el quinqué sobre la mesita que tenía al lado de la cama. Abrí la libreta que teníamos Marcos y yo y escribí una nueva frase.

*¿La música nos hace compañía o nos aísla del mundo donde vivimos?*

Apenas pisé los carnavales. Tras el domingo gordo, en el que al final no acudí a la cabalgata de coches y carrozas pese a la insistencia de Danilo, venía el lunes de carnaval, día señalado por su importancia en el calendario de Marcos. El festejo carnavalesco se alargaba aún varios días más. Al día siguiente le seguía el martes de carnaval, y cinco días después el tradicional Baile de Piñata, con el que se ponía fin a la temporada de representaciones de manera oficial. Algunas sociedades y círculos, compuestos en su mayoría por jóvenes, solían dilatar el festejo incluso un par de semanas más, guardando en el ropero máscaras y disfraces pero sin dejar bajo llave el acicate de un buen licor.

La gente de Salamanca se iba repartiendo en base a su escala social. Así, potentados y distinguidos empresarios se reunían en el célebre Casino de Salamanca, famoso por la calidad de sus orquestas y secciones de banda. El Teatro del Liceo también servía de nido para artesanos y obreros de posición acomodada, que organizaban bailes públicos, y el Teatro Bretón era un hervidero de gente en el que trabajadores y artífices de clase media–baja se daban cita en las diferentes representaciones de carnaval. Éste era el establecimiento del pueblo llano, el único al que nosotros podíamos acceder y casi pidiendo permiso.

Apenas quedaban un par de horas para la cita con Marcos y su encuentro con Elena Greiner. Doña Lucía me había encomendado llevar un morral de calcetines y guantes que ya había recosido para cobrar el encargo realizado. El taller para el que trabajaba se encontraba en la Ribera de los Curtidores, frente al Puente *Romano*, y pertenecía casualmente al padre de

Elena: Lorenzo Greiner.

No tardé en atravesar la ciudad. En las calles se arremolinaban los restos de serpentinas y confetis de diferentes colores. En los callejones más estrechos el olor a orín y vómitos se entremezclaba con el de las defecaciones, fetidez que sin embargo quedaba a años luz de la que desprendía la alberca que partía nuestro barrio.

Toqué un portón de madera recién teñido. Encima, sobre una tabla enorme, estaba escrito en letras blanquecinas el nombre de la sociedad: *Curtidos Greiner*. El portón se abrió y apareció un hombre tosco y con perfil caballuno. De su labio inferior colgaba un palillo. No tenía precisamente el porte de un empresario.

–Venía a traerle un paquete de parte de Lucía Montijo.

El hombre me miró de arriba abajo. Asió el morral y contó los guantes y calcetines que había remendados.

–Bien –espetó mostrando algún hueco en su dentadura–. Espera aquí, muchacho.

Se introdujo en el interior y cerró la puerta. Al cabo de un par de minutos salió de nuevo con el morral lleno y el puño de la mano derecha cerrado.

–Esto es para que no se aburra esta semana –dijo tendiéndome la bolsa–, y esto para que se lo des en mano. ¡No te lo gastes en chocolate, bribón!

Abrí las manos y únicamente cayeron un par de monedas.

El hombre vio la cara de sorpresa que expuse.

–¿No pretenderéis haceros ricos zurciendo guantes, verdad? –adujo entre una carcajada mientras cerraba la puerta en mis narices.

*Imbécil*, pensé en voz alta.



Una semana de trabajo dejándose la vista y doblando la chepa para un par de reales. Mísera vida.

Volví con el tiempo justo para dejar la bolsa en casa e ir a mi encuentro con Marcos en la plaza de los Bandos. Cuando llegué, él ya estaba allí esperándome. Me entró la risa al verle, pero la encubrí llevándome la mano a la cara e imitando un tosido.

Marcos se había ataviado con las ropas que yo le había prestado, procedentes del hijo de don Felicísimo y que en su día me había dado mi tío Froilán. Llevaba la raya en el pelo atusada con zumo de limón y escondía como podía el ramo de caléndulas. Se le veía hecho un ovillo mirando en todas direcciones, con la cabeza gacha y los pies con los dedos gordos hacia dentro.

–¡Buenos días tenga su realeza! –bromeé cuando llegué a su altura.

–¡Muy gracioso! –respondió mosqueado–. ¡Pero que muy gracioso! No sé cómo narices te he hecho caso con lo del disfraz éste. La próxima vez te mando a la mierda a ti y a tus ideas.

Se le notaba realmente enfadado.

–Vamos –tercié palmeándole el hombro–. Que no es para tanto. Además, como estamos en carnavales pasas totalmente desapercibido.

–¡No me calientes más las orejas que ya las tengo rojas!

¡Menos coña, Germán!

–¡Vale, vale!, sólo era una broma –me excusé–. ¿Preparado?

Marcos se encogió de hombros.

Antes de que dijese nada lo trinqué del codo y me lo llevé hacia la plaza San Boal. Casi podía notar los latidos de su corazón. Nos clavamos frente a la puerta de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, escuchando desde el exterior los diferentes instrumentos musicales que allí se tocaban.

–¿Preparado? –volví a repetir por si había alguna duda.

–No.

–Vamos, Marcos, que lo más difícil está hecho.

–¿Tú crees?

–Será mejor que llamemos y salga ella sola. ¿O prefieres esperar a que acaben las clases?

Sus ojos se volvieron enormes.

–Ni loco, saldrá mucha gente.

–Bien –concluí girándome.

Toqué a la puerta suavemente, para no entorpecer las labores educativas que estaban impartiendo. Tras unos segundos apareció un hombre de gesto nervioso, entrado en canas y delgado en extremo. Me pregunté qué pensaría al ver el cuadro que tenía enfrente.

–Buenas, señor, estamos buscando a la señorita Elena Greiner.

–Ahora mismo está acabando su clase de armonía –contestó educadamente–. ¿Es urgente?

–¿Urgente? Bueno, no mucho, pero querríamos hablar con ella antes de que acabasen las clases.

–Bien, veré si puede salir –acertó a decir sin preguntar el motivo.

Según intuí, a continuación podían pasar dos cosas bien diferentes: que Elena se lo tomase a bien, o que resultase ser una niña rica maleducada que realmente disfrutase humillando a mi amigo Marcos. Aunque no era muy ducho en plegarias, invoqué al Todopoderoso por mi amigo. Llevaba mucho tiempo bajo el manto de la vergüenza.

Elena salió con cara de escepticismo, y no era para menos si el señor que nos había abierto la puerta le había descrito la situación. Al vernos, su

reacción fue una risotada sin malicia que sonó en todo el hall.

–¿Tú?

Marcos sintió su tez arder como una ampolla de color bermellón. Intentó esconder la cara, y por un momento creí que le iba a dar allí mismo un ataque de ansiedad.

–Perdona Marcos, pero... –se disculpó–. Es que no me esperaba que tú...

Ambos se quedaron callados, mirándose. Con gusto mi amigo se hubiese ocultado en ese momento tras las flores, como me había dicho días antes, pero estaba allí por propia iniciativa y navegaba a contracorriente. Los dos estaban sin saber qué decir, sobre todo Marcos. Intervine para salvar la situación.

–Hola, soy Germán. He venido a acompañar a Marcos porque te quiere regalar estas flores. Me ha contado que eres la chica más guapa de todo Salamanca..., y veo que no mentía.

Entreví que la había cagado nada más acabar la frase. Marcos me miró con los ojos como brasas, aumentando la rojez de sus carrillos. Sin duda, le había rematado. Elena Greiner mantuvo la compostura.

–¡Gracias por lo que me toca! –contestó con voz suave–. ¿De verdad son para mí?

Marcos miró las caléndulas, de las que ni se acordaba en esos momentos.

–Sí, claro –contestó casi tartamudeando–. Son para ti.

Le tendió el ramo.

Elena Greiner lo tomó entre sus manos y le dio a mi amigo un beso en la mejilla. Con lo rojo que estaba, ella podría haberse achicharrado los labios. Marcos no sabía dónde enterrarse. Si hubiese podido, hubiese provocado un terremoto en ese momento para dejar de ser el protagonista.

Parecía que se había detenido el tiempo. Las miradas entre ellos se podían haber cortado con una navaja.

–Gracias –agradeció Elena–. Las meteré en un jarrón.

Marcos se envalentonó y fue directo a matar, sin pasar por la faena de la muleta.

–¿Quieres que te espere a que salgas?

Ni a mi amigo ni a mí nos dio tiempo a asimilar esa repentina pregunta cuando Elena ya contestaba en un tono más seco:

–No puedo, mi padre me lo tiene prohibido.

La respuesta le cayó como una losa, dejándolo hecho trizas. Había pasado de un extremo a otro en un instante.

–Lo siento –se disculpó mientras le devolvía las flores y se introducía de nuevo en el conservatorio.

El golpe de la puerta endureció la respuesta.

Marcos y yo nos quedamos de piedra sin saber qué decir. Mi amigo lanzó las flores junto al rellano de la puerta y se dio media vuelta enfilando hacia la plaza de los Bandos.

Al menos Elena Greiner había sido educada, inteligente y bastante directa, lo cual agradecí por el bien de mi amigo. Hay otras chicas que van soltando excusas repetidas y excesivamente usadas, supongo que para no hacer daño al pretendiente, pero al final consiguen lo contrario, pues provocan que el postulante se machaque los sesos, se angustie y termine tonto perdido. En el fondo me alegraba, porque con aquella sinceridad con la que había actuado Elena, Marcos pasaría del disgusto a la resignación más rápidamente.

Eché a correr tras él recogiendo las flores. Cuando llegué a su altura, me miró con una sonrisa.

–¿Has visto la cara del profesor? –me dijo.

Vio el desconcierto en mi cara.

–¿Qué habrá pensado al vernos allí mismo? –continuó rompiendo a reír y señalando el ramo de flores–. ¡Vaya par de bobos! ¿Y las caléndulas? Pero si son feas de narices.

Marcos se revolvió el pelo para quitarse la raya que se había labrado. Se le veía entero, al menos en apariencia. La incertidumbre le había estado mermando durante las últimas semanas, y el saber que Elena Greiner por fin conocía sus sentimientos le permitía al menos quitarse aquel deber de encima. Pasé mi brazo por sus hombros y lo apreté contra mi costado.

–Ese es mi Marcos.

Me regaló un mohín en forma de sonrisa, sin abrir los labios y forzado en exceso. Tenía los ojos empañados, a punto de desbordarse.

–Vamos, por lo menos lo has intentado. Además, siempre nos quedará Italia.

–Siempre –repitió–. Por cierto, ¿cómo se dice calabaza en italiano?

–No lo sé, pero lo apuntaremos en la libreta.

Nos desternillamos al unísono, mientras una corriente de gente tras una tuna universitaria nos engullía.

Marcos no pudo más y rompió a llorar entre el jolgorio.

El día anterior a nuestra partida me fui a despedir de don Nemesio, el campanero. Me hizo saber su alegría por nuestra marcha y la oportunidad que suponía, especialmente para Marcos. Había accedido a hacer de cómplice al día siguiente para que su padrastro no sospechase nada.

El plan sería el siguiente. Don Nemesio acudiría a casa de Marcos diciendo que necesitaba de la ayuda de éste para poder bajar un badajo de la torre de las campanas. Para entonces, Marcos ya tendría la maleta en el

aposento de don Nemesio. Ese tiempo nos daría holgura para que su padraastro no sospechase nada antes de irse a trabajar.

–¿Y qué explicaciones dará usted a su padraastro cuando se dé cuenta de que Marcos se ha ido?

–Diré que me ayudó y que se fue al colegio. Don Mateo está al tanto y también intervendrá. Él asegurará que, tras las clases, Marcos se fue hacia su casa, como todos los días, y que no sabe más. Ya sabes que la palabra de un maestro casi vale tanto como la de un cura.

Ese mismo día también me despedí de don Mateo y de algunos vecinos del barrio. Era un día triste, incómodo. Nunca había salido de Salamanca, y el hecho de despedirme de alguien me resultaba tremendamente extraño. Aquel día, justo antes de ir a cenar, regresé a la casa de las !hiedras de la avenida Canals.

Pese al frío del atardecer, Lourdes estaba sentada en las escaleras de la puerta principal, en la parte delantera del jardín, con las piernas tapadas con una manta y leyendo un libro mientras acariciaba a su perro Jano. La maleza cubría su cuerpo. Desde el exterior, apenas era una sombra.

La entrada rezumaba humedad y muchas de las losetas estaban cubiertas de moho. La fuente seguía teniendo un agua de tono verduzco y numerosas hojas continuaban flotando en su superficie.

Golpeé un poco la puerta para llamar la atención. Lourdes alzó la cabeza y me hizo una mueca para que entrase. Empujé la manilla, que cedió tras empujar con fuerza. Arrastré unas cuantas ramas rotas con el portón y lo cerré tras de mí. Me senté a escasos centímetros de ella.

–Buenas, Germán –saludó.

–Hola.

Lourdes dejó el libro que estaba ojeando en el regazo de sus piernas.

–¿Ya tienes la respuesta?

–Quizá –contesté.

–Adelante.

Sus movimientos eran lentos. Los dedos de sus manos estaban curvados hacia la palma, como si tuviese problemas para estirar sus músculos. Vio que me fijaba en ese detalle.

–Es una enfermedad que apenas me deja mover los dedos de las manos. Por suerte, todavía mantengo la virtud de poder seguir componiendo algunas cositas e interpretarlas de modo aceptable. No me puedo quejar.

Jano salió corriendo en busca de un gorrión que había osado posarse en la fuente. Echó a correr tras él y se perdió por la parte trasera de la casa.

–Bueno, cuéntame.

–Pues la verdad es que no sé cómo empezar. Quizá salté la valla por curiosidad.

–Eso es evidente, pero la curiosidad es alimentada por algo, sea por desconocimiento o por simple alcahueteo.

–Supongo que me interesan su música. Muchos días, antes de ir hacia casa después de venir de la estación suelo escucharla desde fuera.

–Bien –asintió llevándose la mano a la frente–. No es normal que un niño de tu edad se interese por la música de esa manera, y menos uno como tú. Es una pena que en esta ciudad la iglesia tenga vetado este arte a algunos sectores. ¿De quién eres?

–Buena pregunta.

–¿Equivocada?

–¡Oh, no! Equivocada no, simplemente es una pregunta que ni yo puedo contestársela. Estoy intentando encontrar mi sitio.

Lourdes hizo silencio, acomodándose a la situación y deshaciendo sus

pasos.

–Venía a despedirme de usted y de esta casa. En una larga temporada no estaré en Salamanca. Mañana Marcos y yo partimos hacia Italia.

Me sorprendió que no me preguntase a qué narices íbamos dos críos a Italia, aunque lo agradecí, porque ya estaba harto de contar la misma historia a los cuatro vientos y recibir risas, gestos de estupor e incluso alguna cara encrespada.

–¿Entonces, no tienes una respuesta adecuada a lo que te pregunté?

–Creo que no.

–Bien, pues cuando la tengas vuelve. Te seguiré esperando.

Cuando salí de nuevo a la calle el sol comenzaba a caer y las sombras se estiraban sobre los tejados y monumentos de la ciudad, dando comienzo a otra imperturbable noche. El frío comenzaba de nuevo a apoderarse de las travesías de la capital charra, lo que obligaba a no descuidar ninguna parte del cuerpo. Avancé por inercia, perdido en el discurrir de mis pensamientos, hasta que una sacudida me recorrió la médula al mirar hacia el cielo.

Aquel sería el último atardecer salmantino que vería en mucho tiempo.

Cuando llegué a casa encontré a doña Lucía junto al fuego. Ya nos tenía empaquetado todo lo necesario para el viaje. También había comprado pan y había cocinado farinato, panceta y chichas adobadas, preparando con todo ello unos bocadillos de quitar el hipo. Comprobé que tenía los ojos húmedos mientras terminaba de meter en una bolsa algo de fruta. Me acerqué a ella por detrás y le agarré la mano.

Rompió a llorar.

– Lo siento –dijo entre un sollozo.

–Yo también le voy a echar de menos –le contesté sincero.

Doña Lucía se limpió las manos en su delantal y me abrazó entre su



pecho. Un fuerte olor a cebolla la acompañaba. Tras unos segundos se separó y frotó sus ojos con las manos, dando lugar a una nueva llorera, esta vez provocada por las emanaciones de la hortaliza.

–¿Y Danilo? –pregunté.

–Está en la buhardilla.

Subí al desván saltando los peldaños de dos en dos.

Fuera todo era oscuridad. La noche se había echado encima como un manto espeso, mientras los serenos habían comenzado sus interminables rondas nocturnas. Danilo Pavesi se encontraba a la luz del quinqué frente a la ventana. Tenía puestas unas gafas de estrecha montura y ojeaba lo que me pareció la carpeta que en su día me había enseñado mi tío Froilán. A su lado estaba la caja del violín abierta con el instrumento roto.

Se quitó las gafas con un gesto ensayado, despacio, con sutileza.

–Siéntate, Germán –me ofreció sitio echándose a un lado–. ¿Cómo ha ido el día?

–Triste, muy triste.

–Es normal. Una partida siempre tiene dos sabores, el de la despedida y el de la intriga. Estás en el primer punto, y más tú, que nunca has salido de aquí.

Asentí sin más.

–¿Qué haces?

–Ojeo una vieja carpeta que tenía por aquí tu tío. Era mía.

–¿En serio?

–Se nos olvidó antes de nuestra partida. Veo que no ha perdido el tiempo con ella.

–¿Por qué lo dices?

–Porque está repleta de anotaciones.

–Hace unos meses me la enseñó. Fue la primera vez que oí hablar de violines.

–Yo le enseñé a tocar.

–¿De verdad?

–Le enseñé nociones básicas; fue un autodidacta. A pesar de no tener medios, conseguimos un buen violín alemán en el mercado de segunda mano en Madrid. Con él, durante el tiempo que estuve aquí en Salamanca alcanzó un nivel más que aceptable. Se le daba muy bien, tenía mano para ello. Ahora te toca a ti.

–Tengo dudas.

–Es normal, Germán. No habrá día en tu vida que no las tengas, pero estoy convencido de que es una buena oportunidad para ti. Viajar te abrirá la mente y ampliará tu conocimiento. Los españoles no son muy dados a viajar. Sus fronteras están cercanas a su lugar de nacimiento. No hay más que ver la red de ferrocarriles y carreteras que hay en este país. Con este viaje cultivarás tu mente y te abrirás a otras experiencias. No te arrepentirás, te lo prometo.

–Tengo que preguntarte algo.

–Dispara.

–Mi tío Froilán y tú estabais compinchados para enseñarme todo esto, ¿verdad?

Danilo Pavesi se quedó pensativo, mirando por la ventana para hacer tiempo y así mascar la respuesta.

–Sí –contestó frotándose la cabeza–. Tu tío me escribió contándome lo de su enfermedad hace ahora unos meses, y decidimos que era hora de mostrarte un futuro. En un principio, mi llegada debería de haberse realizado antes, pero no pudo ser. Y a tu tío no le quedó tiempo para...

–O sea que él sabía perfectamente que estaba enfermo –le interrumpí.

–Sí, Germán.

–El día que me enseñó esta carpeta me dijo exactamente: *Quiero que llegues a donde nadie en esta ciudad ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta carpeta queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.* Todavía no lo he entendido.

Danilo dejó los papeles sobre la mesa, meciéndolos. Se le notaba relajado, como si estuviese preparado para contestar a todas estas cuestiones que le estaba lanzando, lo cual era lógico. Las sombras que proyectaba la luz del quinqué acentuaban esta serenidad.

–Básicamente el plan era el que ya sabes: darte un futuro y que aprendieras un oficio. La ambición de tu tío iba más allá, aunque yo también la comparto: que seas el primer luthier que tenga Salamanca, que todos los instrumentos de cuerda frotada de la ciudad pasen por tus manos. Es una apuesta arriesgada, pero creo que te la mereces. No nos queda otra, Germán. O la mendicidad, o esto que te estoy ofreciendo.

–¿Qué pensaba mi madre?

Cerró la carpeta y la introdujo en el interior de la funda del violín. Se bajó las mangas de la camisa y puso las palmas de sus manos en los laterales de mis hombros. Me sentí arropado.

–Germán –comenzó mirándome con condescendencia–. Cecilia y yo éramos muy diferentes, aunque en esto no tuvimos dudas. Ella era más como tú: enérgica, valerosa, osada e incluso un poco cabeza loca, de las que no se echan nunca hacia atrás. Sin embargo, yo era todo lo contrario: tranquilo, más racional...; creo que ser así forma parte de mi trabajo. Pero si ambos coincidíamos en algo era en darte todo nuestro cariño. Por desgracia, ella ya no podrá cumplir esa ilusión. En sus últimos días me rogó que valorase qué era lo mejor para ti, costase lo que costase. Se lo prometí en su lecho de muerte. Ambos convenimos lo que haríamos con tu futuro, así que al poco de

morir tu madre mandé una carta a tu tío y éste hizo de espoleta para ganar el tiempo suficiente hasta que pudiese llegar yo. Tardé un poco más de la cuenta en reunir el dinero para volver a buscarte. Son tiempos muy malos allá en Cremona, y eso que no me puedo quejar. El negocio me va bien.

—¿Tienes un negocio?

—Sí, un pequeño taller de luthería.

—¿Cómo es?

—Ya lo verás. Y ahora, vamos, hay que madrugar mucho.

Será mejor que nos recojamos bien pronto hoy. El día de mañana será realmente largo y duro —concluyó la conversación mientras se levantaba y cogía la carpeta y el violín con su funda.

—Si no te importa, me voy a quedar un poco aquí.

—Bien —consintió dejando el quinqué donde estaba—. Hasta mañana, Germán.

Danilo Pavesi comenzó a andar hacia la puerta, pero antes de que desapareciese lo llamé.

—Gracias.

Giró la cabeza.

—¿Yeso?

—Por lo que estás haciendo, sobre todo por Marcos. Quiero darte las gracias de parte de él.

—Tu madre hubiese hecho lo mismo, te lo aseguro.

Me regaló una sonrisa cómplice y desapareció por el hueco de las escaleras.

Esa fría noche cubrió de hielo tejados y calles. Los carámbanos caían como adornos bajo los aleros de los tejados, y los charcos y zonas húmedas al lado de la alberca refulgían como espejos. Todavía no había despuntado la mañana cuando me desperté sobresaltado. Apenas había dormido un par de horas, a lo sumo tres. Estaba tiritando. Con tanta ida y venida en la cama me había quedado destapado, quedando a merced de la humedad que se filtraba a primera hora por resquicios y oquedades. Miré hacia arriba y observé la mancha de humedad instalada en el techo.

Italia, pensé.

Cogí la manta y me la eché sobre los hombros. Di un salto y bajé de la cama con intención de dirigirme a la cocina y calentarme al calor de las últimas brasas de la chimenea. En el camino, vi que la luz de un farolillo estaba encendida en el cuarto donde dormía Danilo. Tenía la puerta entreabierta, así que eché un vistazo al interior y lo encontré mirando por la ventana. Entré sin llamar.

—¿Tú tampoco duermes?

Danilo Pavesi se dio la vuelta.

—Me cuesta conciliar el sueño los días en los que tengo que viajar. Es un ritual un poco fatigoso.

—Vaya.

—No me acordaba de lo frías que eran las mañanas en la meseta —afirmó señalando los carámbanos que colgaban de la cornisa de la ventana—. Además, no me canso de mirar. Estoy esperando a que empiece a clarear. Observar estos amaneceres es algo impagable.

—Mucho.

—Bueno, Germán, pues hoy es el día. ¿Tienes todo recogido?

—Casi todo, espero no dejarme nada.

—Bien, será mejor que te acuestes otro rato, ya te he dicho que será un

día duro. Descansa un poco más.

–Voy a calentarme un rato en la chimenea y luego me acuesto.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de salir me giré.

–¿Cuánto tiempo estaremos lejos de Salamanca?

Danilo Pavesi evitó darme una respuesta fácil. Volvió a mirar por la ventana para no perderse nada del alba.

–El tiempo que necesites, Germán. Ya lo veremos.

–Alguna estimación tendrás, digo yo.

–No creo que sea menos de cinco años.

El corazón me dio un brinco.

–¿Cinco años? –gruñí sin querer.

Él no torció el gesto; ni tan siquiera giró la cabeza.

–Ya veremos –repitió acariciándose el puente de la nariz.

No continué. Me di la vuelta y me senté al fuego de las brasas. Las removí un poco notando el calor en mis mejillas. Cinco años, me repetí para intentar asumirlo, cinco. Las brasas no consiguieron que entrase en calor.

Teníamos que estar en la estación de tren a las doce y media de la mañana. A medida que iban avanzando los minutos más nervioso me iba poniendo. Dentro de casa todo era un no parar. Danilo y doña Lucía se habían sentado para tomar algo antes de nuestra partida. Yo no tenía hambre y deambulaba alrededor de ellos.

–¿Quieres sentarte?, ¡me estás poniendo nerviosa! –exclamó doña Lucía al tiempo que me agarraba y me hacía sentar en una silla.

–Marcos está tardando demasiado –añadí.

Danilo Pavesi miró su reloj de pulsera.

–Todavía faltan diez minutos para que salgamos de casa.

–Es muy raro –repetí de nuevo volviéndome a levantar y dirigiéndome hacia la calle.

En la calle apenas había un alma. El frío hacía que los pocos parroquianos que no trabajaban se recogiesen en sus casas al abrigo de unas buenas brasas. Arriba, frente a la casa del señor Bernardo, un par de críos que no pasarían de los cuatro años jugaban a las tabas sobre un charco helado, y unos metros más arriba una anciana, sin previo aviso, arrojaba sus aguas menores al centro de la calle. Tras unos minutos volví a entrar.

Doña Lucía se había levantado y removía sus dedos entre los cacharros de la alacena.

–Toma –me dijo–. No te olvides esto, es tuyo.

En las manos tenía la vieja lata de mi tío. En su interior se encontraban los exiguos ahorros de mi tío Froilán, aquellos que guardábamos para dárselos a Nicolás y que don Luciano nos perdonó en su día. Sentí cierto reparo en cogerlos, como si aquel dinero todavía fuese un salvoconducto para encontrarme de nuevo con mi tío.

–No es mucho, pero de algo te servirá.

–Quédeselo usted, doña Lucía. Allá donde vamos este dinero no vale nada.

Torció el gesto desaprobando mi propuesta.

–No –negó–, lo guardaré para cuando vuelvas.

–Como usted quiera –cedí.

Alguien tocó a la puerta de casa. Salí raudo, pero cuando abrí se me cayó el mundo encima.

Marcos y don Mateo se presentaron ante mi vista. La cara de Marcos era desoladora. Tenía un ojo cerrado por la hinchazón y varios moratones en la frente, y su labio inferior era una mezcla de carne y sangre. Miraba hacia abajo, no sé si abatido o muerto de vergüenza. Don Mateo, que lo consolaba con una mano en el hombro, le había ayudado a llevar los bártulos.

Solamente pude articular una burrada al ver el lamentable estado de su cara.

—¡Hijo de puta!

Don Mateo me miró desautorizando mi basto léxico, aunque en el fondo compartiésemos la misma opinión respecto a la mala bestia que había hecho eso a mi amigo.

Lo único que se me ocurrió en ese momento fue darle un fuerte abrazo.

—¡Ay! —gimió al estrecharle entre mis brazos.

—Tiene una costilla rota —apostilló don Mateo.

Mengüé la fuerza del saludo y les hice pasar a la cocina. Danilo Pavesi y doña Lucía pusieron la misma cara que había puesto yo momentos antes y contuvieron su rabia. Se acercaron a Marcos y le dieron ánimos, junto con un vaso de leche. Doña Lucía puso a calentar agua y sacó unos paños limpios, comenzando a limpiarle las heridas.

Todos los que estábamos en aquella cocina hubiésemos rajado en canal al padrastro de Marcos de haberlo tenido delante.

—¿Cuánto queda para que salga el tren?

Danilo miró de nuevo su reloj.

—Una hora —contestó.

—Ahora vengo.

—No lo hagas —me pidió Marcos entre un esputo—. Ya es tarde



Me paré en seco y giré la cabeza.

–Me da tiempo.

Danilo, doña Lucía y don Mateo dirigieron sus miradas hacia Marcos, el cual bajó la cabeza.

–Ya lo he hecho yo.

Todos abrimos los ojos. Me quedé estupefacto.

–¿Qué es exactamente lo que ha pasado? –le pregunté mirándole al fondo de los ojos.

La cara de Marcos era toda una estampa de irritación cobarde y miserable.

–Ya no me pondrá las manos encima nunca más.

Todos abrimos los ojos de par en par. Todos menos don Mateo.

–Vamos –dijo el maestro–. Debéis iros.

–Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

–Marcos os lo contará en el trayecto –continuó–. Es necesario que os vayáis pero ya. Por nada del mundo podéis perder ese tren.

No hay nada más amargo que una despedida.

Decirle adiós a doña Lucía fue muy duro. Saliendo de aquella casa de la calle Empedrada vi cómo se alejaba una parte de mi vida, un episodio pasado, el de mi niñez. En un abrazo común se mezclaron muchas emociones y, salvo Danilo Pavesi, todos nos fuimos de aquel barrio con lágrimas en los ojos. Sentí una ligera sensación de abandono hacia doña Lucía, como si la dejásemos en manos del azar.

–Germán, la razón por la que duele tanto esta separación es porque nuestras almas están unidas –me explicó doña Lucía acariciándome las mejillas–. Sé que en el futuro nos reuniremos de nuevo. Por eso esta despedida es agridulce; siento que os vayáis, pero creo que es lo mejor para vosotros dos.

Cinco años sin doña Lucía era un tiempo demasiado largo, y eso provocaba que mi corazón se contrajese de dolor y las lágrimas me brotasen sin control.

–Vamos, Germán, arriba ese ánimo –me alentó–. En Italia verás muchas cosas que te harán más llevadera esta ausencia.

Nos despedimos con un brioso abrazo y le hice la promesa de que volvería a Salamanca antes de que fuese demasiado tarde.

–¿Sabe? Italia está casi rodeada de mar. Le traeré arena de allí.

Con gran dolor, y entre una espesa niebla, fuimos andando hasta la

estación de tren. Entre Danilo y yo llevamos los bártulos de Marcos, mientras él, con paso cansado, nos seguía un par de metros por detrás, junto a don Mateo y Salvador de Andrés, que también se había acercado a despedirse.

Al pasar por delante de la casa de las hiedras busqué con la mirada, esperando encontrarme en algún rincón de aquel enjambre de plantas con la mirada de su moradora.

No había ni rastro de ella ni de su mastín Jano. Sentí cierta pena.

La estación era una edificación pequeña, muy sucia, desangelada y gris en medio de un descampado al final de la arboleda de la avenida Canals. De guindas a brevas pasaba por aquí algún que otro ómnibus con pasajeros, aunque no fue el caso. Había pocas personas en el interior de la estación. Una dama muy elegante, con un ramo de alhelíes, tomaba de la mano a un niño con el cual conversaba alegremente. Al otro lado, un anciano miraba el reloj impaciente, mientras otras personas descansaban en los bancos del andén hablando de política y de la suerte de los prisioneros de Filipinas. Danilo Pavesi se acercó a la ventanilla moviendo entre los dedos unas cuantas monedas y sacó los billetes.

En el andén, la niebla apenas dejaba entrever las vías. *Chiflos*, como lo llamábamos Marcos y yo, con su gorra y su silbato, frotaba sus manos para entrar en calor mientras nos observaba extrañado. Su verdadero nombre era José Antonio. Era un individuo que estaba al borde de la jubilación, de mediana estatura, ojos saltones y con unas canas amarillentas que salían como sarmientos por encima de sus orejas. Habíamos compartido muchas tardes en su compañía y, arriesgando su exiguo sueldo, a veces nos había dado unos trozos de carbón que no provenían precisamente de lo que se les caía a las locomotoras. Incluso alguna vez nos había dejado montar en alguna propulsora desde la estación hasta el apeadero de Sánchez Ruano.

Nos miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—Nos vamos —le dije antes de que él lo preguntase.

José Antonio no dijo nada.

–A Italia –completó Marcos.

–¡Pues os vais a hastiar de tren! –rió mientras estornudaba–. ¡Perdón!

–Salud –soltó don Mateo.

A lo lejos, la llegada de un tren hizo palpar los raíles. Parecía un gigante cansado. A medida que se acercaba, la cabecita del interventor y de algunos viajeros se asomaron por las ventanas para saludar a la capital charra o para buscar entre miradas a las familias que los esperaban. El vagón que iba tras la locomotora estaba lleno de sacos de cartas, que fueron arrojados nada más detenerse ante nosotros.

Por mi cabeza pasaban raudas imágenes de aquellas tardes de sopor estival en las que nos sentábamos con *Chiflos* a descansar, y cómo me gustaba ver bajar del tren a aquellas mujeres encopetadas con grandes sombreros. No eran muchas, pero, cuando se daba el caso, me parecían princesas salidas de alguna leyenda. Luego el mozo de estación hacía acopio del equipaje con un oxidado carrito de hierro, y desaparecían por la avenida Canals en el viejo ómnibus. Por las mañanas era bien diferente, pues únicamente llegaba el tren de carga o mercancías. Jóvenes con unas espaldas como tablas cargaban todo tipo de género procedente de Medina del Campo o de Madrid.

Recorrí toda la estación con la mirada y pensé en la cantidad de recuerdos y sensaciones que dejaba en aquel andén.

Una nueva despedida, esta vez de don Mateo y de nuestro amigo Salvador de Andrés, acabó por secar del todo mis ojos. El maestro le propinó a Marcos un abrazo sincero y le deseó toda la suerte del mundo con una mirada que me pareció de complicidad.

–¡Que tengáis buena suerte, pareja! Sé de buena tinta que os dejo en buenas manos. Sacad provecho a este viaje, porque son pocas las personas que tienen una oportunidad como la que se os ha brindado a vosotros.

Don Mateo tuvo que parar para inspirar aire. El afecto que nos había cogido estos años era palpable, al igual que el nuestro.

No me salieron las palabras, y a Marcos tampoco.

–¡Etura! –dijo retirándose varias lágrimas de los ojos.

–¿Sí?

–Cuida de Marcos. Te va a necesitar más que nunca.

–¡Como si fuese un hermano! –contesté sin dudarlo.

–Como si fuese un hermano –repitió don Mateo palmeándome el cuello–. Adiós, Danilo. No los desaproveches, porque tienen tan buena madera como la mejor de tus violines.

–Así lo haré –asintió con la cabeza mientras le daba un abrazo–. Y usted cuide de don Nemesio.

Don Mateo asintió guiñando su ojo izquierdo.

–¿Lleváis la libreta? –preguntó Salvador de Andrés mientras nos abrazaba.

–Pues claro –asentí mostrándosela.

–Quiero verla llena cuando regreséis.

–Así lo haremos, amigo.

El tren salió de la estación a la una y cuarto pasadas, con casi tres cuartos de hora de retraso respecto a la hora prevista. Una vez cargada con agua, la locomotora exhaló vapor por sus laterales, y con un silbido arrancó de un golpe brusco. En ese preciso instante todos mis miedos se apoderaron de mi alma... Ya no había retorno.

Salimos de la ciudad, camino de Medina del Campo, dejando a don Mateo y a Salvador de Andrés agitando sus brazos de un lado a otro. Según me había indicado Danilo, en Medina cambiaríamos de tren dirección a Madrid. En los alrededores de la vía fuimos viendo, encima de tapias y cercados,

el interior de algunas corralas, en las que leña, estiércol y aperos de labranza convivían con gallinas, conejos e incluso alguna que otra higuera. Una vez que la ciudad quedó atrás, y tras acomodarnos en nuestros asientos, abordé a Marcos.

–¿Te encuentras mejor?

Mi amigo miraba a través del cristal las últimas casuchas, no queriéndose perder detalle del paisaje. No contestó.

–¿Nos puedes explicar qué ha pasado?

Marcos quitó la vista de la ventana y, tras pensar unos segundos y asegurarse de que ninguna otra persona estaba escuchando, comenzó a explicarnos atropelladamente lo sucedido. Sin duda, quería compartir su dolor con nosotros.

Danilo Pavesi y yo procuramos no perdernos detalle.

–Creo que mi padrastro intuyó algo, pues llevaba días comportándose de manera más amable, como intentado acercarse más a mí. Tal y como quedamos, cuando don Nemesio vino a casa a pedirme ayuda, mi padrastro se ofreció él mismo a ayudarme, argumentando que yo no me podía ausentar del colegio. ¡Valiente canalla, cuando nunca se ha preocupado por ello! –inició tocándose la herida del labio y haciendo un mohín de dolor–. El caso es que no había podido llevar antes la maleta al cuarto de don Nemesio, y la tenía apoyada junto a la puerta de casa, por fuera, con tan mala suerte que cuando salió se topó con ella, cayendo de bruces. Todo lo que había en su interior se desparramó. Al ver que eran todos mis enseres, se enojó hasta tal punto que empezó a pegarme allí mismo, cosa que siempre se había cuidado de hacer en público. Profería insultos contra mí y mi difunta madre, y no paraba de decir cosas sin sentido mientras continuaba atizándome. Don Nemesio reaccionó de inmediato para evitar que siguiese, pero estaba poseído. Empezó a darme más y más golpes hasta que caí al suelo. Allí siguió pateándome el estómago y continuó vociferando entre insultos el nombre de mi madre. Nemesio consiguió agarrarlo para que no siguiese y, con gran esfuerzo, lo metió en casa. Yo me quedé tendido en el suelo de la calle. Apenas podía abrir un ojo y

sentía unos fuertes dolores en el estómago y bajo mi axila.

Marcos arrancó de nuevo a llorar y volvió su cabeza.

Los últimos campos de Salamanca corrían delante de la ventana. La neblina había desaparecido completamente, y un cielo abierto con un sol resplandeciente brillaba ante nuestros ojos. Una gran planicie de campos verdesos y recién arados se extendía hasta un horizonte que quedaba lejano.

–Tranquilo –lo apaciguó Danilo Pavesi–. Ya nadie te hará daño. Tu infierno ha terminado. Tu padrastro quedó ya en Salamanca.

Yo le apreté el hombro. Marcos mostró una señal de afectividad.

– Lo siento más que nada por don Nemesio –continuó restregándose las últimas gotas de las mejillas–. Cuando pude levantarme, entré en casa. Nemesio tenía agarrado a mi padrastro del cuello y lo apretaba contra una pared. Éste intentaba zafarse de él, pero no lo lograba. Poco a poco sus fuerzas iban mermando, hasta tal punto que apenas podía levantar los brazos. Sus ojos estaban enrojecidos por la falta de oxígeno. Grité a don Nemesio para que parase, porque pensé que lo iba a matar allí mismo. No es que me disgustase la idea, pero me asusté sólo de pensarlo. Don Nemesio debió escucharme, porque lo soltó y mi padrastro cayó como un fardo al suelo. Al menos estaba vivo. Nemesio me examinó, tomó agua de la palangana y comenzó a limpiarme las heridas mientras maldecía en voz baja. En eso andábamos cuando mi padrastro consiguió incorporarse y vino como un toro en mi busca. Don Nemesio pudo reaccionar como pudo y paró su embestida, cayendo ambos al suelo. Forcejearon, pero mi padrastro ganó esta vez la partida, quedando encima de don Nemesio. Tenía las rodillas encima de sus codos y sujetaba sus manos mientras comenzaba a darle cabezazos en la cara. Don Nemesio había perdido el conocimiento, mientras mi padrastro, fuera de sí y con la frente ensangrentada, continuó machacando su nariz. No me lo pensé. Agarré lo primero que tuve a mano y comencé a sacudirle en la cabeza. Al cuarto o quinto golpe cayó al suelo. Seguí golpeándole con todas mis fuerzas hasta que dejó de moverse. Cuando paré, fui en busca de don Nemesio, me aseguré de que aún respiraba y lo incorporé. Tenía la cara ensangrentada y la nariz rota.

Danilo y yo no perdíamos detalle.

–¿Y luego?

–Vino don Mateo. Preocupado por mi ausencia, había decidido venir a buscarme a casa. Perplejo, aunque no conmocionado, examinó a don Nemesio primero y después a mi padrastro, confirmando la muerte de este último. Lo había matado con mis propias manos.

Abrí los ojos de par en par.

–¿Has matado a tu padrastro? –solté sin querer.

–No fue mi intención. Quise separarlo de don Nemesio, estaba obcecado con él.

–¿Qué hicisteis con el cadáver? –inquirió Danilo Pavesi, que parecía no haberse sorprendido con la noticia.

–Don Mateo sugirió, con buen criterio, que debíamos irnos –prolongó Marcos cogiendo aliento–. Le pregunté qué pasaría con mi padrastro, y me dijo que él y don Nemesio lo arreglarían, pero que yo no podía perder este tren. Don Mateo llevó como pudo a don Nemesio a la Catedral y allí explicó que se había caído. Yo me quedé en casa, dolorido, esperando y recomponiendo mi maleta como pude. Al rato don Mateo volvió y miró en toda la estancia. Recogimos los desperfectos causados por la pelea y agarró por las axilas a mi padrastro. No sin esfuerzo, lo subió escaleras arriba y desde lo alto lo dejó caer, quedando tendido en el rellano en una posición imposible. Buscó en la cocina y trajo una botella de orujo que vació en sus ropas. Después, la estrelló a escasos centímetros del cuerpo inerte de mi padrastro. Cerramos la puerta y nos fuimos sin que nadie nos viese.

Los tres permanecimos en silencio. Fue Danilo el que lo rompió a los pocos minutos.

–Don Mateo obró correctamente. Nadie saldrá perjudicado.

–Eso espero –puso en tela de juicio Marcos–. Jamás me perdonaría que



algo les pudiese pasar por mi culpa a don Nemesio y a don Mateo.

–Sabrán defenderse –argumenté–. Todo el mundo conoce las correrías de tu padrastro. A nadie le extrañará que se haya caído por las escaleras estando borracho.

Marcos dibujó por primera vez una sonrisa en su cara.

No volvimos a hablar en media hora. Los tres nos quedamos con los ojos clavados en las últimas dehesas de la planicie charra. Numerosos toros, plantados a ambos lados de la vía, miraban al tren con más desafío que espanto. Danilo se levantó a verlos.

–¿Sabíais que cuando se abrió la línea de Madrid a Aranjuez, a orillas del Jarama, los toros embestían a las locomotoras?

Marcos y yo negamos con la cabeza. Vino a mi mente la bestia del padrastro de Marcos, ahora tumbado en ese pasillo y empapado de orujo. Aquel morlaco ya no embestiría a mi amigo Marcos.

Danilo Pavesi se sentó y entrecerró los ojos.

–¿Con qué le atizaste? –pregunté al rato.

–Con un trozo de madera que traía como recuerdo para este viaje. Quería tallarlo en Italia.

Danilo abrió los ojos sorprendido.

Observé fugaz el campo a través del cristal, hasta que me quedé adormilado con el traqueteo. La tarde se estaba comiendo lentamente el campo con sus rayos moribundos, provocando sombras oblicuas al paso del tren. Los numerosos recuerdos de mi barrio chocaron en mi memoria y me despertaron del trance. Entreabrí un poco más los ojos, pero el peso de los párpados ganó la partida. Me quedé de nuevo mecido en un sueño del que no me apetecía despertar.

En Medina del Campo tuvimos que esperar cerca de dos horas. Nos metimos en la cantina que había en la estación y tomamos unos vasos de

leche, acompañándolos con un trozo de pastel que doña Lucía nos había preparado. El jefe de estación entró en el establecimiento, invitándonos a subir a los nuevos vagones en dirección a Madrid. El que habíamos dejado llegaría hasta las Vascongadas, a un pueblo fronterizo con Francia que, según Danilo, se llamaba Irún.

Nuestro nuevo vagón era algo más confortable. Se notaba más limpio y los asientos carecían de manchas del uso, aunque la madera se notaba apolillada. En nuestro compartimento también viajaba un señor con bigote prusiano, raya a un lado y traje de dril cortado a medida. Tenía unos modales exquisitos y nos saludó a nuestra llegada. Correspondimos y nos acomodamos junto con nuestros enseres.

Alcanzamos la capital tras diez horas de viaje, durante las cuales aquel hombre, de educación ejemplar, había examinado a Marcos sin preguntar nada más de lo estrictamente necesario. Era médico y acudía a una formación a Madrid. Por suerte, nos indicó que la hinchazón bajaría en unos días, que la costilla tardaría un mes en dejarle de doler, y que apenas quedarían marcas de la trifulca en la cara. Se lo agradecemos tanto por su atención como por su hermetismo.

La estación de Madrid era un ir y venir de gentes de diferentes tipos. El ajetreo de los mozos de estación se mezclaba con el vaivén de transeúntes, limpiabotas, mercaderes y rufianes en busca de su rapiña. Era una composición de gentes rara y heterogénea que ni Marcos ni yo habíamos visto nunca. Los dos rayábamos la estampa del paleta de provincia. Danilo nos llevaba una abismal ventaja, y se movía como si hubiese vivido allí toda la vida. Nos hubiese gustado estar un par de días en Madrid, pero no pudo ser. Tras dos horas en aquella estación, tomamos otro ferrocarril en dirección a Francia.

Cuando nos quisimos dar cuenta habíamos atravesado Guadalajara, Zaragoza, Lérida, Barcelona y Gerona, y nos habíamos adentrado en el país galo tras haber hecho otro transbordo en el puesto fronterizo de Port-Bou, donde tuvimos que enseñar nuestros pasaportes a los guardias fronterizos. En el camino, Danilo Pavesi nos iba recitando singularidades, costumbres y

leyendas de los diferentes lugares por los que el tren atravesaba. Marcos y yo nos quedamos impresionados por el paisaje de los Pirineos. Para nosotros, que el montículo más alto que habíamos visto había sido el cerro de San Vicente, aquellos gigantes de piedra, vegetación y nieve eran auténticos colosos inaccesibles.

Tantas horas en un cubículo tan pequeño estaba haciendo que nos uniésemos cada vez más. Marcos se sentía cada vez más relajado y hablábamos distendidamente de todo tipo de temas. Cada poco teníamos que sacar nuestra libreta para anotar todo lo que íbamos aprendiendo. Aquellas páginas eran como un diario del conocimiento, una especie de almanaque en el que emociones y nuevas experiencias quedarían grabadas para nuestro disfrute personal en un futuro.

Vimos pasar, como atropelladas exhalaciones, capitales importantes, ciudades históricas, centenares de pueblos de mucha consideración y más de mil pueblos y aldeas diseminados a los dos lados de la vía. Marcos y yo permanecíamos en constante asombro y continua admiración. Los extensos campos de Francia parecían jardines cortados a navaja. Sus valles, de un verde esmeralda, se cubrían de frondosas alamedas, y dispersas por todos lados había acequias, presas y balsas para mantener aquel verdor tan intenso. Pero lo que más nos había llamado la atención era el mar. ¡Cuánta cantidad de agua junta! Cuando Danilo me dijo que no se podía beber no le creí. ¿Quién narices había llenado de sal todo aquel agua? Habrían hecho falta miles de sacos. En ese momento me acordé de doña Lucía, de su tarro de arena y de lo prendada que había quedado de aquel paisaje.

No era para menos.

–Los franceses son hombres de talento, lógicos y utilitarios. Os daréis cuenta enseguida. Muestran cualquier tipo de belleza al exterior –nos explicaba Danilo Pavesi–. Cuando lleguemos a Italia os daréis cuenta de lo diferente que son franceses e italianos.

Después de pasar medio día en la estación de Montpellier, cogimos otro expreso con dirección a Marsella. Esta vez no tuvimos tanta suerte con nuestro compañero de viaje. Se nos acopló un mayorista de Grenoble que sin duda

alguna estaba fresco y poco cansado. Nosotros, que llevábamos ya tres días de viaje, con sus correspondientes noches, no estábamos tan receptivos a sus pertinaces comentarios y desacertadas coletillas. Aun siendo un hombre de mundo, era curiosa la frágil idea que tenía de los españoles, creyendo que curas y toreros eran los únicos moradores de la península, que íbamos en alazanes, y que pasábamos el día tocando la guitarra, echándonos la siesta y bebiendo de un botijo. Lo cierto es que en mi opinión tampoco iba tan desacertado, pero Danilo le contradijo antes de que el francesito se extendiese en sus exagerados tópicos.

Tras un largo rato de inútil conversación, Danilo se rindió y decidió contestarle a todo que sí, hasta que al final se quedó dormido.

Pasamos el túnel de Nerthe, una obra de ingeniería de casi cinco kilómetros de longitud, de la que Pascal, que así se llamaba el comerciante, se estaba vanagloriando desde veinte kilómetros antes. Marcos y yo nos agarramos la mano intentando sobrellevar como podíamos aquella sensación de ahogo y zozobra.

–*Calmez–vous les gars, ce travail d'ingénieur français a vingt puits de ventilation* –pronunció el mayorista sin que le entendiésemos.

–*Vingt a quatre* –contestó Danilo abriendo los ojos y sin darle casi tiempo a terminar la frase, haciéndome sospechar que se había hecho el dormido.

Salir de aquella madriguera fue como respirar de nuevo. Marcos y yo exhalamos cuando el vagón se inundó de nuevo de luz. Habían sido casi diez angustiosos minutos en los que sentimos algo parecido a estar metidos en un ataúd.

Volvimos a dar otra cabezadita. Cuando nos despertamos, no había ni rastro de Pascal. Seguramente se habría apeado en Arles.

–¿Qué es lo que dijo antes del túnel? –preguntó Marcos restregándose los ojos.

–Que el túnel tenía veinte pozos de ventilación, y yo le corregí que

veinticuatro. ¡Menudo figura el gabacho!

–¿Cómo sabes tantas cosas? –se interesó mi amigo.

–La pregunta debería ser que por qué no sé más cosas, Marcos. Toda sabiduría es poca. Entiende que la vida es muy corta, que estamos a merced de las enfermedades y no tenemos tiempo que perder. Me gusta fijarme en todos los detalles, por pequeños que sean. En mi trabajo es indispensable. El pequeño detalle es vital para la realización de un buen instrumento, al igual que las medidas y la relación entre ellas. Si hay veinticuatro pozos en ese túnel es porque tiene que tener exactamente esos, al igual que la longitud y la inclinación de las vías en su interior deben ser las justas. Es preciso que haya un perfecto equilibrio, pues de lo contrario todo se iría al traste.

Los dos atendíamos sin darnos todavía cuenta del verdadero sentido de sus palabras. Tardaríamos años en entender el trasfondo de todo aquello. Y aunque prestábamos atención a las pocas frases, porque eran más bien exiguas, que pronunciaba Danilo, siempre se nos colaba algo que necesariamente escribíamos en nuestra libreta. Para nosotros, que nunca habíamos viajado y poseíamos una educación algo justa para comprender sus enunciados, Danilo Pavesi era como nuestro segundo profesor, si cabe algo más avezado en la rutina diaria y más universal que el purista de don Mateo.

Las horas en el tren se convirtieron en rutina: comíamos algo, dentro o en alguna estación cuando tocaba apearese, realizábamos nuestro aseo diario, charlábamos de temas varios y, cuando nos entraba en gana, dormíamos sin pudor. Atrás habían quedado nuestras penurias salmantinas. Mi amigo parecía una persona nueva; sonreía más alegremente y eso me satisfacía. No dejábamos de escribir notas y apuntes, aunque generalmente Marcos era el escribano. La verdad es que el trío que formábamos debía resultar cómico a ojos de nuestros agregados de camarote.

En una de las estaciones en las que habíamos parado, y a cuyo nombre no había prestado atención, había subido nuestra nueva acompañante. Era una chica que apenas nos sacaría un par de años y un palmo de altura a Marcos y a mí. Iba bien vestida, sus modales eran educados y olía a jabón de lavanda.

Atrás habían quedado la costa marsellesa y Toulon, y nos acercábamos cada vez más a la exótica ciudad de Niza; al menos así nos la había descrito Danilo. Pasaban ante nuestros ojos castillos de ensueño, puentes colgantes y un sinfín de edificaciones ilustres. Me hubiese gustado haberme detenido en cada uno de esos sitios, pero el ferrocarril es una serpiente que no se detiene, para lo bueno y para lo malo. Me daba rabia perderme todo aquello sin ni siquiera tener la posibilidad de deleitarme algunos segundos más.

Era de noche cuando me desvelé con el traqueteo del vagón.

–Danilo, ¿estás dormido?

Silencio.

–¡Danilo!

–No, ya no duermo.

–Bien. Es que quería hacerte una pregunta.

–No son horas, Germán.

–Lo son si la intriga no me deja dormir.

–Dispara –masculló resignado.

–¿Por qué te gustan tanto los amaneceres de Salamanca?

Danilo Pavesi enderezó el cuello. En el compartimento apenas había luz, aunque su cara se iluminaba a trazos con los farolillos de algunos pueblos que quedaban lejanos.

–Por su color –me contestó con un siseo.

–¿Su color?

– Sí, por su color. Estaba buscando esos tonos que sólo había encontrado en mi anterior viaje. Necesitaba retenerlos en mi retina de nuevo.

–¿Para qué?

–Para hacer un barniz. Quiero que la mejor de mis obras tenga ese color, el del amanecer de Salamanca. Cuando estos días me he levantado, mirando hacia el este podía observar un tono amarillo, pero en cuestión de minutos se volvía cada vez más intenso, casi anaranjado. En ese preciso momento era cuando cerraba los ojos e intentaba grabar esa tonalidad, esa transición de colores pajizos y bergamota. Apenas dura *eso*, unos minutos, pues el color va cambiando después a un azul claro que va ganando terreno al añil. Quiero conseguir ese color para un barniz con el que teñiremos un violín que me vas a ayudar a realizar.

–¿Qué tiene de especial ese violín para ser la mejor de tus obras?

–Que será el último que haga –respondió con gesto serio en voz baja, casi inaudible–. Pero, sobre todo, que lo realizaré junto a ti. He reservado maderas del bosque suizo de Davos, he mandado curar las mejores cuerdas y he comprado los mejores útiles para su realización. Llevo años en busca de las medidas perfectas, de los espesores adecuados y de la mejor fórmula para ensamblarlo. La proporción perfecta. Casi la he logrado.

Algo en su interior había encendido un brillo en sus ojos. Hablar sobre ese violín tensaba sus músculos, y el sueño parecía había desaparecido de su tez.

–¿Por qué va a ser el último que hagas?

Marcos y la muchacha que nos acompañaba hicieron un amago de abrir los ojos. Giraron sus cabezas en busca de una posición más cómoda y continuaron dormitando.

–Te lo contaré a su debido tiempo.

–¿No me vas a contar nada más?

–Me has despertado para hacerme una pregunta y ya te he respondido. No son horas para hablar de esto. Además, vamos a despertar a los demás. ¡Duérmete!

Danilo Pavesi me había dejado con la palabra en la boca.

–Una última cuestión –dije al poco rato.

–Dale...

–El violín de mi tío.

–Dime.

–Lo hemos dejado en Salamanca, junto con la carpeta.

Él entreabrió su ojo derecho.

–Mejor. Así, cuando regreses no tendrás problema alguno para arreglarlo.

–¿Y la carpeta?

–Lo mismo. Entenderás todas y cada una de las frases que están escritas en sus hojas.

Se hizo un nuevo silencio.

–¡Danilo!

–¡Ya vale, duérmete! –exclamó azorado.

–El traje de don Ricardo.

Esta vez abrió los dos ojos.

–Ese dudo mucho que puedas aprovecharlo –rió mientras se retrepaba sobre su asiento buscando una posición cómoda para volverse a dormir.

Las tenues y azuladas luces de algunas farolas continuaban recorriendo el compartimento del tren como fugaces fiases. El rodar de las pesadas ruedas por las juntas de las vías provocaba una melodía metálica, continua y adormecedora. Decidí que era mejor hacer caso a Danilo y dormirme.

Me pareció percibir en la penumbra del camarote que nuestra nueva



acompañante entrecerraba sus ojos.

Los rayos del sol me despertaron bien pronto por la mañana. Abrí los ojos no sin pereza y clavé mi vista en el amanecer. Discurrieron unos segundos, durante los cuales intenté fijarme en los colores con los que el sol cincelaba tanto la montaña como el litoral. A mi parecer, el amarillo era amarillo, y el naranja tal cual.

Danilo Pavesi me observó.

–No eres capaz de distinguirlos, ¿verdad?

Me dio vergüenza contestarle un no. Con mi silencio otorgué.

–El barniz es muy importante en la finalización de un buen trabajo. Es el toque final. Al margen de sus efectos acústicos, el violín tiene que tener un acabado propio de un producto de calidad, el sello de su constructor. Para poder darle la tonalidad que uno quiere hay que sentirse un poco alquimista. Llevo años en busca de esa receta y del pigmento que logre igualar esa tonalidad anaranjada del amanecer salmantino.

Las palabras que salían de su boca tenían un agradable poder de seducción, hasta tal punto que ya tenía ganas de llegar a Italia para comenzar a aprender más y más sobre los violines.

–En este amanecer no está ese color, ¿verdad?

Él miró al horizonte. En lontananza se dibujaban unas brumas encima del Mediterráneo.

–No, no lo está. Y es difícil describírtelo con palabras. Pero tranquilo, lograré reproducirlo en el taller y te lo mostraré.

Marcos se despertó en ese momento. Nuestra acompañante había salido al pasillo a estirar un poco las piernas. Un leve frenazo hizo tambalearnos. Estábamos entrando en una nueva ciudad.

–¡Génova! –resolvió Danilo Pavesi.

Marcos y yo volvimos el cuello hacia la ventana. Diseminadas por un monte que se alzaba a nuestra derecha había numerosas casas de vivaces colores. Cada poco pasábamos por túneles abiertos sobre los que se divisaban también algunos palacetes. Jardines y barrancos convivían cercados por las orillas del mar. Aunque se notaba que hacía frío fuera, había mucha luminosidad.

–El gran puerto del Mediterráneo –oímos a nuestras espaldas–, y cuna de uno de vuestros ilustres paisanos: Cristóbal Colón.

La chica que nos acompañaba entró desde el pasillo.

–Efectivamente. Génova *La Soberbia*, orgullo de los Apeninos, cuna del comercio naval y también de los Doria, Grimaldi, Dux, Fregoso y de Simón Boccanegra –respondió Danilo para nuestro asombro.

–¿El que descubrió América? –saltó Marcos.

–Así es –afirmó la chica con un más que aceptable castellano–. Me presento, soy Gioconda di Luca.

–Encantado –respondió Danilo–. Este es mi hijo Germán, su amigo Marcos, y yo soy Danilo Pavesi, para servirla.

Saludamos dándole la mano. Tenía una piel de seda.

–Veo que domina usted la lengua española.

Gioconda di Luca sonrió, sin mostrar sus dientes, mientras se sentaba en su butaca.

–No tanto como quisiera, pero me defiendo. ¿Adónde se dirigen, si no es indiscreción?

–A Cremona. Venimos desde Salamanca.

–He oído hablar de Salamanca. Dicen que es hermosa, con mucha piedra y suciedad a partes iguales. Como leí una vez en algún artículo, *Una bella dama a la que le huelen los pies*.

Se veía que aquella muchacha no se andaba por las ramas. Sus rasgos eran firmes y sus gestos espartanos. Lucía una larga melena castaña que le caía encima de los hombros, y todo parecía indicar que era de buena cuna. Sus ojos eran claros, una mezcla entre esmeralda y añil, y su tez lucía un tono oliváceo. Su apariencia y su modo de mover los brazos hacían que no pasase desapercibida.

–No le voy a contradecir, así es. Va en los genes de los españoles –subrayó Danilo al mismo tiempo que nos sentábamos los tres–. Pero vamos, que aquí en Italia también llevamos ese apellido.

–Ya me he dado cuenta de que usted es italiano.

–Cremonés, para más detalle, pero por favor tutéeme.

El tren estaba frenando poco a poco mientras recorría una amplia curva, y un fuerte silbido señaló que estaba entrando en la estación.

–La auténtica vista de Génova se goza cuando se llega por mar –siguió la muchacha–, aunque nunca lo he comprobado.

–Pues es cierto. El puerto de Génova es digno de ver, con su gran espigón y el enorme bullicio. ¿Está usted de paso?

–Si me has pedido que te tutee, prefiero que juguemos con las mismas reglas. Llámame Gio.

Marcos y yo nos manteníamos al tanto de la conversación. A mí particularmente, aquella muchacha que no rozaría los quince años me estaba empezando a caer bien. No sé si era por la apostura o por el salero que gastaba, pero lo cierto era que había encontrado en Danilo Pavesi una persona intelectualmente equitativa a su estilo de lenguaje.

–Está bien, Gio, ¿y tú hacia dónde vas?

–A Bari.

–¿Sola?

–Sí, allí me esperan mis padres.

–Nunca he tenido el placer de visitar Bari.

–Tampoco te pierdes nada. Es tan sólo una ciudad más, como otra cualquiera.

Danilo Pavesi miró de nuevo por la ventana. Los andenes de la estación de ferrocarril de Génova aparecieron tras el cristal.

–Bueno, muchachos, aquí finaliza nuestro viaje en tren. Es hora de apearnos.

–¿Ya?

–¿Es que no os habéis hartado ya de tren? –preguntó con todos los bártulos en la mano–. Ahora esperaremos un par de horas y cogeremos una diligencia hasta Cremona. Os adelanto que echareis de menos estos asientos. Bueno, Gio, siento que hayamos iniciado esta conversación a pocos minutos de nuestra despedida. Supongo que tú tirarás hacia Parma.

–Así es, esperaré un tiempo en la estación y montaré en el siguiente tren–correo.

–Pues nada, Gio, hasta otra –se despidió Danilo–. Ha sido un breve placer.

–*Ciao.*

Marcos y yo nos despedimos con sendos saludos. Al pasar frente a ella, Gioconda di Luca compuso una sugestiva mirada, provocándome un escalofrío en la columna. Por mirarla como un bobo trastabillé, golpeándome contra la espalda del pobre Marcos, que se quejó dolorido.

Tras un par de minutos, el tren acabó parando entre una nube de vapor y silbidos. Decenas de personas bajaron de los vagones delante de nosotros. Una vivísima luz cegó nuestros ojos, unida de no poca humedad. Familiares y amigos de los viajeros se echaron a los andenes para dar la bienvenida a los recién llegados. Comerciantes, amas de casa, soldados, clérigos y otras

personas varias se unieron en un abrazo en medio del estrecho apeadero. Me pregunté de cuántas historias habría sido testigo aquel techo de cristal y acero que se alzaba encima de nuestras cabezas.

Como teníamos por delante un par de horas, aprovechamos para salir de la estación. Génova parecía una escalera excavada en la montaña, donde los suntuosos palacios convivían con humildes viviendas. Sus callejuelas de estilo morisco eran oscuras, acumulándose y superponiéndose como si formasen un anfiteatro. Las fachadas estaban pintadas de vivos colores: azules intensos, rojos pasionales, amarillos relucientes... Las había con hermosos frescos y el mármol abundaba en todas ellas, en bello contraste con gran cantidad de jardines, setos y arboledas. Según nos contó Danilo, la proximidad de Carrara hacía que toda la ciudad estuviese llena de su famoso mármol blanco.

Génova *La Soberbia* era sin duda alguna la antítesis de nuestra ciudad de origen, donde el único color en las casas era el ocre del adobe y el dorado de la piedra de Villamayor.

Las gentes también diferían en carácter y aspecto a las de Salamanca, pues los genoveses eran alegres y se les veía muy entusiastas. Algo que me llamó la atención era el aspecto de las mujeres. Tenían un andar gracioso, esbelto talle y lucían morenos descoloridos; todas miraban de una forma seductora y movían su cuerpo con saleroso garbo.

Todas esas sensaciones, junto a un cielo azul y una suave brisa, hacían que Marcos y yo nos sintiéramos tremendamente relajados.

Gioconda di Luca, después de haber dudado un momento, se había unido a nosotros arrastrando una vieja maleta en nuestro breve recorrido por las arterias genovesas. Su tren saldría en apenas cuarenta minutos con dirección a Parma.

Nos acercamos a la parada de las caballerizas para comprar unos billetes en dirección a Cremona y luego nos acercamos a una posada cercana a llenar nuestros estómagos.

Nos acomodamos y Danilo pidió unas sodas y algo de comer.

En la fonda se oía un gran bullicio. Eso me hacía pensar que italianos y españoles no diferían en su manera de expresar sus emociones, tal y como nos había comentado Danilo. El posadero no daba abasto, mientras su mujer recorría la barra recogiendo los vasos y los restos de comida depositados en ella. A pesar de la abundante clientela, el establecimiento se veía limpio y ordenado, con mesas y sillas recién enceradas y cristales bien pulidos. Estábamos sentados al fondo de la posada, justo donde el ruido se amortiguaba algo más.

Gioconda di Luca parecía distinta, más distraída y manteniéndose en silencio, muy al contrario que en el compartimento del tren. Apenas probó bocado.

—Ansiaba comer una *focaccia* genovesa —comentó Danilo al aire mientras le endiñaba un buen bocado.

La focaccia era una especialidad típica de la cocina de la Liguria, región cuya capital era Génova. Se trataba de un apetitoso pan plano, suave y esponjoso, aderezado con aceite de oliva y sal marina. En la parte superior tenía incrustadas varias aceitunas.

—¿Qué te parece la focaccia, Gio? Está buena, ¿no?

La muchacha contestó encogiendo los hombros.

—Prefiero la original, sin las olivas.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté abiertamente—. No has dicho nada desde que hemos salido del vagón.

—En realidad me da vergüenza decirlo —acertó a decir en tono bajo, como pidiendo disculpas—. He perdido la cartera, y no tengo dinero para el siguiente tren.

Danilo Pavesi clavó los ojos en ella y, lejos de mostrarse bondadoso, contestó de modo algo rudo.

—¿En serio?, ¿dónde?

–No lo sé, supongo que en la estación, entre el bullicio. ¿Quién sabe?

Marcos y yo nos miramos y esperamos la siguiente intervención de Danilo.

–¿No será ésta? Preguntó enseñando una cartera de cuero marrón deteriorada por el uso.

Gioconda di Luca se puso como una brasa. Incluso más que Marcos cuando le entregó el ramo de flores a Elena Greiner en la plaza San Boal.

–¿Tienes algo que contarnos? –le recriminó Danilo Pavesi.

Gio bajó la cabeza y se puso a llorar. Marcos y yo no entendíamos nada de aquello.

–Y ahora devuélveme la mía –ordenó mientras le tiraba la cartera encima de la mesa–. ¡Por favor, acaba eso si quieres y vete!

Gioconda di Luca dejó la cartera de Danilo sobre la mesa, se levantó resignada e hizo un gesto para decir algo, aunque no salió sonido alguno de su boca. Con paso perezoso, atravesó la algarabía que había estallado en la posada con la llegada de un grupo de marineros, y justo antes de salir de local se giró para echarnos un último vistazo.

–¿Se puede saber que ha pasado aquí?

–Me había robado la cartera. Y yo le he devuelto el golpe haciendo lo mismo con la suya.

Marcos y yo abrimos los ojos de par en par.

–¿Cómo sabías que vendría con nosotros? –le pregunté.

–Mi cartera no tenía dinero, porque lo suelo llevar escondido en otro lugar. Sin embargo, en la suya algo quedaba –resolvió–. Sin dinero y en un lugar como éste, yo era la única opción que le quedaba. No tenía escapatoria. No sé si no habréis aprendido la lección, pero creo que ha sido bastante gráfica.

Marcos y yo nos llevamos instintivamente las manos a nuestros bolsos. Todo estaba en su sitio.

Terminamos de dar buena cuenta de lo que teníamos encima de la mesa, pagamos y salimos de la posada. La atmósfera del local era cada vez más densa y el alboroto llevaba el mismo camino. Fue una buena decisión salir de allí.

Fuera, sentada sobre un pequeño barril, estaba Gioconda di Luca. Sus ojos estaban enrojecidos y sus labios brillaban a la luz del día. Danilo pasó sin decirle nada, ignorándola por completo. En cambio, yo me detuve frente a ella.

–¿Por qué lo has hecho? –le pregunté.

Bajó la cabeza avergonzada.

–Ha sido un acto ruin –añadió Marcos en un tono neutro.

–No tengo dinero para continuar mi viaje, y lo necesito para llegar a Parma. Supongo que al ver la cartera de tu padre tan a mano no he podido contenerme. Ahora me arrepiento, pero no de robar, sino de haberos engañado. Sois buena gente.

–Demasiado buena –arremetió Marcos.

Le di un codazo sin disimulo.

–¿Qué piensas hacer ahora?

Gioconda di Luca encogió los hombros y soltó el aire de sus pulmones al dejarlos caer.

–De alguna manera conseguiré liras para comprar el billete.

Marcos y yo nos miramos hablándonos con la mirada.

Marcos entendió mis intenciones y corrió en busca de Danilo Pavesi. Al cabo de un par de minutos regresó negando con el cuello.



– Lo siento, Gio. Le he intentado convencer para que te ayudase, pero ha sido en balde. No se fía de ti.

– Lo entiendo, yo tampoco lo haría.

Con un poco de tristeza nos fuimos alejando de la posada, dejando a Gioconda di Luca sentada sobre aquel barril. Danilo nos esperaba escrutando un escaparate de un comercio de ultramarinos con cara de hastío. A nuestra llegada nos miró a los ojos mientras se retiraba algunas gotas de sudor del entrecejo.

–No hace falta que os diga nada. Lo habéis visto todo con vuestros propios ojos. Como dice el refrán, al ladrón le propicia la ocasión. Así que ojo con enseñar vuestros enseres, porque aquí en Italia, al igual que en España, manilargos y charangueros los hay a centenares.

Asentimos con la cabeza gacha.

–Vámonos. Todavía queda tiempo para que os enseñe la fachada de la Iglesia de L'Annunziata. Tiene mármol como para amasar una montaña y parece un tablero de ajedrez. Seguro que os gusta.

Comenzamos a andar por una calle oscura cuando vimos parar en seco a Danilo, quien torció el cuello hacia arriba como queriendo capturar algún sonido. Dio media vuelta y retrocedió sobre sus pasos. Nosotros le seguimos sin abrir los labios.

–¡Corred! –nos gritó señalando hacia las caballerizas–. Dejaremos L'Annunziata para otro momento. Creo que se la hora de salida de nuestra diligencia se ha adelantado.

Obedecimos poniendo pies en polvorosa tras sus pasos. Llegamos jadeando hasta la escalinata del carruaje y nos acomodamos junto a otras dos personas. El mozo de la empresa de diligencias, con gesto rabioso, subió nuestras maletas sobre el techo y nos pidió los billetes. Estábamos chorreando sudor, así que nos libramos de alguna prenda de más que llevábamos puesta y, mirándonos los tres, rompimos a reír.

–Por los pelos...

Me coloqué sentado en el sentido de la marcha. Las imágenes pasaban raudas, sin apenas detenerse, como si hojeáramos un ejemplar de litografías. Recorrimos las calles de Génova, y en apenas unos minutos estábamos ya en las afueras, camino de Cremona. Atrás había quedado Gioconda di Luca. En cierta medida, a pesar de su desacertado comportamiento, me había dado algo de pena haberla dejado en aquella situación. En el fondo, la chica me había caído bien. En silencio, le deseé la mejor de las suertes.

Cuando Danilo dijo que nos acordaríamos de los asientos del ferrocarril, nunca pensé que sería para tanto. Tal y como había vaticinado, el viaje hasta Cremona fue una verdadera tortura. A la imperiosa necesidad de agarrarse durante todo el trayecto a los asideros del carruaje para no golpearnos contra el techo, se unían las ganas de vomitar ante tantas sacudidas.

Al individuo que conducía aquel carro le importaba un bledo que fuésemos personas y no gallinas las que viajábamos dentro. Incluso en algunos momentos creí ver nuestro medio de transporte a dos ruedas. Para más inri, una fuerte tormenta nos obligó a apearnos tras haber quedado encallados en una gran rodera. Pasajeros y postillones, con picos, azadas y sogas, nos transformamos bajo aquel diluvio en improvisados pontoneros.

Todo este circo sobre ruedas estaba comandado por un conductor mugriento y asequible al soborno, que era el que decidía las horas de parada. Éstas dependían del adelanto o retraso de la diligencia o, como en este caso, del estado del camino, pues todo el tiempo que se perdía por unas u otras causas se ganaba restándose al descanso. El mejor momento llegaba por la noche. Dormíamos en cualquier sitio, sin quejarnos por las precarias condiciones de salubridad que ofrecían los locales. No había mejor almohada que nuestro propio cansancio.

–Ya os dije que echaríais de menos los confortables asientos del tren –apostilló Danilo Pavesi a escasos kilómetros de nuestra llegada a Cremona.

–Lo que no sé es a quién se le ocurrió la brillante idea de construir este medio de transporte antes que los caminos –soltó uno de nuestros opulentos

acompañantes emitiendo un bufido.

Una cosa estaba clara, y era que las diligencias habían conseguido que personas de distintas clases y estamentos sociales, que antes usaban medios diferentes, se encerrasen durante muchas horas y días en el mismo cubículo, soportando las mismas embestidas y las mismas miserias del trayecto.

Marcos estaba terminando de dibujar en nuestro cuaderno una hermosa diligencia en carboncillo. Sobre el papel, parecía bastante más idílica que la que nos estaba transportando. Al menos su cochero sonreía al viento.

Le pregunté cuál sería la siguiente parada de aquella diligencia de papel.

–Cualquier sitio, menos el número siete de la calle Tavira –me contestó sonriendo.

Aquella vez fue la primera de muchas en las que Danilo Pavesi aferró a Marcos estrechándolo contra su costado.

Marcos se emocionó y rompió a llorar. Yo le seguí. Definitivamente, había escapado de su infierno.

**SEGUNDA PARTE**

**RECITATIVO**

*Lasciando il fango*

*Cremona, 11 de marzo de 1900*

**15**

El día que llegamos a Cremona diluviaba, al igual que la tarde en la que mi tío Froilán me dejó tocar por primera vez su violín. Eso me trajo varios recuerdos agridulces a la cabeza.

*La pena siempre acaba por ocultarse, pensé.*

Cuando bajé de la diligencia lo primero que hice fue respirar con todas mis fuerzas, como si acabaran de quitarme de encima una montaña de plomo. Estaba entumecido y hastiado de aquel eterno viaje. Había atardecido, y entre la oscuridad reinante y el cansancio acumulado por el arduo trayecto apenas presté atención a las calles por las que discurríamos en dirección a la casa de Danilo Pavesi. Marcos y yo le seguimos, intentando esquivar los numerosos charcos que poblaban las calles, hasta que llegamos a una vivienda en un callejón estrecho y empedrado. Disponía de dos puertas, una de acceso a la vivienda y otra que daba al taller. Encima de esta última estaba labrado a fuego el nombre del establecimiento, sobre una lustrosa tabla con forma de violín:

*Danilo Pavesi*

*Liutaio*

–¡Así que de aquí es de donde salen tus creaciones! –exclamé a media sonrisa.

–En efecto, Germán.

La modesta vivienda tenía como entrada unas escaleras empinadas que desembocaban en un amplio recibidor. Olía a cerrado y a algún producto químico que no supe identificar.

–Dejad los bártulos sobre esa pared, mañana los desharemos. Ahora es hora de dormir sobre algo cómodo.

Nos adecentó un par de camas improvisadas en un cuarto distinto al suyo y nos dio las buenas noches. Marcos y yo dormimos de un tirón, mientras la lluvia seguía su martilleo incesante sobre el tejado de aquella casa italiana.

Por la mañana siguiente nadie nos despertó. El primero en hacerlo fui yo. Fisgué un poco por la ventana, comprobando que daba a un callejón sin salida en el que una bicicleta oxidada y un barril mojados se amontonaban en una esquina llena de charcos. Salí de la habitación con cuidado para no despertar a Marcos. Olía a café, lo cual hizo reaccionar mi estómago. Fui hasta la cocina pero no había nadie, así que decidí servirme el desayuno por mi cuenta.

Después de un largo rato oí ruidos de pasos en la escalera y me asomé. Danilo Pavesi alcanzó el último escalón portando una sonrisa que le llenaba la cara. Llevaba puesto un mandil de cuero con serrín adherido y venía alzándose las mangas de la camisa.

–¿Has descansado?

–Mucho.

–¿Y Marcos?

–Duerme todavía.

–Dejémosle descansar mientras desayunamos. Más tarde iremos a comprar viandas, y al regresar comenzaremos con vuestro aprendizaje. Parece que hoy va a ser un día soleado. Tendremos buena luz en el taller.

Mostró una ligera mueca de felicidad cuando terminó aquellas palabras cargadas de emoción y firmeza.

–¿Qué tal estás?

–Bien –contesté.

–Me alegro. Escucha, Germán, no dudes en hablar conmigo siempre que sientas necesidad. Salamanca queda muy lejos y quizá necesites expresar en algún momento todo lo que sientes.

–Te lo agradezco. No dudes de que lo haré.

–Tomo nota.

Marcos apareció al cabo de un rato con paso fatigoso, frotándose la espalda. Le hicimos tomarse la leche de un trago mientras se quitaba las legañas, y fuimos a asearnos mientras Danilo terminaba de recoger la mesa.

–¿Listos? –preguntó mientras comenzaba a descender las escaleras, obligándonos a seguirle.

La temperatura en la calle era fría. Un viento racheado se filtraba entre las callejuelas, silbando en algún que otro saliente. El clima era más cercano a un crudo día de invierno que a un día casi primaveral de marzo. Con cierta cautela, nos abrigamos bien para no acatarrarnos y seguimos a Danilo a paso resuelto por diversas calles de Cremona. Estaba esperando que comenzase a darnos algunos datos de interés sobre la ciudad, pero no abrió la boca hasta que llegamos a una plaza en la que se amontonaban puestos de comida y diversos establecimientos en los que aprovisionarse.

–Compraremos algo para pasar un par de días, y de cara al fin de semana ya veremos cómo nos arreglamos. Después del viaje ando un poco

justo de dinero. Estoy pendiente de recibir unas liras por un trabajo que entregué antes de irme a Salamanca.

–Yo te puedo ayudar, tengo algo de dinero –respondí acordándome del dinero del alquiler.

–Gracias, pero dudo mucho que esta buena gente acepte tus pesetas –explicó agradecido–. Ya sabes que aquí no sirven para nada.

El murmullo de los pregoneros causaba más de una discusión entre ellos. A su llamada, la gente se acercaba a curiosear los productos expuestos. El paso atropellado de unas reses quedaba solapado por semejante alboroto, e incluso los cánticos de su dueño, un campesino achaparrado, quedaban igualmente invisibles a nuestros oídos. Los vendedores se frotaban las manos para desentumecerse dedos y muñecas, y algún que otro chiquillo miraba de derecha a izquierda para aprovechar la ocasión y llevarse algo al bolsillo sin pedir permiso a su dueño. Danilo Pavesi comenzó a esquivar a los parroquianos que se agolpaban frente a los puestos y se paró a comprar algo de carne y una docena de huevos. Siguió, y eligiendo con la mirada el puesto apropiado consiguió algo de verdura y fruta fresca.

–Este es el mercado de la Piazza Fiume –nos dijo mientras contaba unas monedas y se las lanzaba a una joven frutera–. Aquí hay que venir bien pronto, o de lo contrario sólo te llevas lo que nadie quiere.

Aquel mercado no difería mucho de los que se instalaban en Salamanca. Sus gentes también se asemejaban a los habitantes de la capital charra, aunque nos sorprendió bastante la forma que tenían de gesticular, algo que ya habíamos comprobado desde Génova. Sus manos se movían al compás de las sílabas como si fuesen batutas. Apostaría a que algunos de ellos se les podría entender aunque no hablasen.

Una vez abastecidos, volvimos sobre nuestros pasos hacia la casa de Danilo.

–Vuestro aprendizaje debe ser lento, a base de ensayo y error –inició situándonos frente a la puerta cerrada del taller–. Romperéis mucha madera



hasta que el trabajo sea perfecto, pero todo se andará. Os digo esto, antes de que traspaséis esta puerta, para que estéis seguros de lo que os aguarda. Es algo que os tenéis que grabar a fuego dentro de vuestra mente. ¿Alguna pregunta antes de entrar?

En ese momento se me ocurrieron cientos de ellas, pero ninguna que debiese exponerse en ese momento. Marcos y yo nos miramos con cara de intriga y cierto enardecimiento. No en vano, quizá nuestro futuro estuviese detrás de aquella puerta.

El taller de luthería de Danilo Pavesi se encontraba en la Vía Sicardo y ocupaba toda la planta baja del edificio, unos treinta metros cuadrados. Tenía un amplio mirador por el que entraba gran cantidad de luz, que envolvía el ambiente y creaba una atmósfera de polvo y embrujo. El suelo, desgastado y desigual, lo formaban unas tablas viejas que crujían a cada paso. En el centro de la habitación había colocada una estufa de leña oxidada, y apilada por todas partes podía verse madera vieja y nueva. Decenas de herramientas colgaban de un panel situado junto a la mesa de trabajo, frente a las ventanas polvorientas y llenas de telarañas. En un rincón oscuro había un lavabo de escritorio con una jarra, y a su lado, en unas estanterías de pino, latas de pegamento y barniz, tanto utilizadas como nuevas, así como otros materiales para la construcción de violines. Muchos instrumentos estaban a medio terminar, y un par de ellos, ya barnizados, colgaban de una cuerda de estraza.

Danilo observó cómo escrutábamos el taller sin perder detalle de todo lo que se encontraba allí.

–La orientación de la casa es norte–sur –comenzó a decir–. Eso permite que entre luz en abundancia y que se pueda aprovechar el taller durante casi todo el año.

Una luminosidad mortecina bañaba con un halo arcano aquellas palabras.

–Parece que está todo un poco desordenado –abordó Marcos sin pelos en la lengua.

Pensé que a Danilo le sentarían mal esas palabras, pero me equivoqué totalmente.

–Tienes razón, Marcos, pero es que los luthiers tenemos el original defecto de tener todo a mano. Extraño es el que tiene todo ordenado, y si hay alguno seguramente tenga pocos violines por encargo. ¿Qué os parece?

Nos encogimos de hombros.

–Bueno, pues si no hay ninguna objeción más, creo que podemos empezar la primera lección. No hay tiempo que perder.

Danilo nos indicó que nos sentásemos en un par de taburetes, cogió un violín al azar y comenzó su exposición sin dar pie a ningún tipo de vacilación por nuestra parte. Con palabras sosegadas y una gran paciencia abordó la primera lección, nombrando las diferentes piezas que componían el violín a la vez que las señalaba con el dedo. De todas las que nos mostró, tan sólo que quedé con un nombre: mástil.

–Os enseñaré mi método de trabajar, mi manera de hacer los instrumentos –continuó–. Por supuesto, no es el único método, ni el mejor probablemente, pero es el que a mí me funciona. Vosotros tendréis después que encontrar uno a vuestra medida.

–Prestad atención –continuó–. Construir violines requiere una precisión de relojería. Aunque no lo creáis, en el ensamblaje de las casi setenta piezas que lleva cada instrumento se pueden tardar hasta seis meses, sin contar con el laborioso barnizado. Después de varios siglos, el oficio ha pasado a ser un arte que puede rozar la perfección.

Desde la selección de las maderas hasta el último patinado, todo el proceso se efectúa mediante una depurada técnica y con mucha paciencia. Los luthiers somos herederos de una ciencia constructiva perfecta. ¿Alguna pregunta?

Ambos meneamos la cabeza. Marcos sacó nuestra libreta y comenzó a tomar apuntes.

–Perfecto. Hoy comenzaremos por lo más básico: la madera –siguió relatando–. Para la construcción de un buen violín es fundamental la materia prima. Nunca un buen instrumento rozará la perfección si no está construido con una buena madera. No ya por su calidad, sino por su maduración. El árbol tiene que ser cortado cuando esté inactivo, es decir, cuando su savia esté abajo. Los expertos son capaces de saber cuándo es el día adecuado para esta tala, siendo algo fundamental para que sus cualidades acústicas sean las mejores. Después vendría su secado, el cual debe hacerse de manera totalmente natural, al aire, alejando la madera del sol y de la humedad.

La luz iluminaba por detrás a Danilo Pavesi, como si la realidad quedase detrás de aquellas vidrieras sucias y un escenario de cuento inundase aquella estancia polvorienta.

–¿Cuánto tiempo hay que dejarlo secar?

–Diez años, incluso más –contestó sin dudar.

–¡Ufff! –resopló Marcos–. O sea, ¿que hasta dentro de diez años no comenzaremos a fabricar un violín?

Danilo lanzó una risotada por todo el taller.

–No, querido Marcos. Comenzareis vuestro aprendizaje con maderas corrientes, apenas secadas, hasta que le cojáis la mano, el truco, como decís vosotros. ¿Ves aquellas tablas de allí?

Ambos giramos nuestra mirada hacia una estantería en la que se apilaban unos tacos de madera alargados y de forma triangular. Tenían más polvo que cualquier otro rincón del obrador.

–Llevan allí más de quince años. Un luthier siempre tiene preparada madera para la fabricación de violines, que habrá ido adquiriendo poco a poco con la intención de utilizarla años después. Yo mismo la elijo en un almacén. En cada uno de los troncos está marcado el año en que entró en este taller.

–De modo que aunque hoy compraras madera, no la podrías utilizar hasta dentro de mínimo diez años –afirmé levantándome.

–*Esatto.*

–¿Cómo?

–Exacto en castellano. Por cierto, hoy he mandado llamar a Lea. Es una amiga que os ayudará a aprender a hablar italiano, o al menos a defenderos con la lengua. También os dará clases de matemáticas, historia y otras muchas cosas trascendentales e importantes en la vida.

Ambos tornamos los ojos hacia atrás.

Danilo obvió nuestro gesto.

Su amiga llegó a media tarde. Hasta esa hora, había profundizado más en el tema de la madera y sus diferentes reacciones frente al sonido. Puso mucho hincapié en la importancia de elegirla bien, cuestión que por lo visto era y seguía siendo centro de muchas leyendas. Iba nombrando cada pieza del violín varias veces para que no se nos escapase ninguna, hasta que al final conseguí retener bastantes de ellas en mi mente. Nos explicó que hay maderas mejores para unas piezas que para otras. Así, el abeto era utilizado para la tapa, la barra armónica y el alma. El arce europeo para el fondo, los aros, el mango y el puente. El ébano para el diapasón y las cejillas. Los contra-aros y los taquillas podían hacerse de abeto, álamo, sauce o cualquier otra madera ligera, y, por último, clavijas y cordal podían hacerse de ébano o en su caso palosanto.

–Además de algunos troncos talados por mí mismo en una región cercana, ocasionalmente suelo utilizar alguna de las ochenta piezas de madera para instrumentos que se talaron en el año 1884 en Davos. Estas piezas las reservo para clientes adinerados y con oído fino, dado que no están al alcance de todos los bolsillos. Su sonido sereno y acampanado proviene del legado de una famosa familia suiza de constructores de violines –dijo terminando su exposición y dando por concluida nuestra primera lección.

–¿Qué os parece?

–Que tenemos un largo recorrido por delante.

–Más del que os podéis imaginar. Estas primeras semanas os limitaréis a mirar lo que hago, sin tocar nada pero no perdiendo detalle. Yo os iré describiendo lo mejor que pueda todo el procedimiento, hasta que os duela la cabeza. Después ya veremos.

Danilo Pavesi había puesto en la estufa un cazo con agua para hacernos una infusión cuando tocaron a la puerta. Marcos se lanzó a abrirla mientras nosotros nos quedamos sentados en los taburetes al abrigo de las brasas.

–*¡Ciao, ragazzo!*—escuché a una mujer.

–¡Hola! —contestó Marcos mientras la dejaba pasar, recibiendo una caricia en la mejilla.

Una mujer franqueó la puerta del taller y se acercó hasta plantarse frente a nosotros. Llevaba un pañuelo atado bajo la mandíbula, que ocultaba la totalidad de su cabello. Dudé cuál sería su edad, pero rondaría la de Danilo, según deduje de las graciosas arrugas que circundaban sus grandes ojos negros. No era ni muy alta ni muy baja, delgada en extremo y con un color de cara que indicaba que se dedicaba a alguna labor al aire libre.

–Ciao, Lea —saludó Danilo levantándose y dándole un beso en la mejilla.

–Ciao, querido. Veo que esto sigue igual que cuando te fuiste —dijo resuelta y con un castellano casi perfecto mirando en derredor.

–Ya sabes, manía de autor.

–Yo lo llamaría despreocupación, pero en fin; tú y yo sabemos que este tema suele terminar en vía muerta. Preséntame a estas dos monadas.

Lea se quitó la ropa de abrigo que llevaba encima y la colgó cerca de la estufa.

–Estos son Germán y Marcos, mis nuevos aprendices. Ella es Lea Mezzogiorno.

La mujer nos examinó detalladamente.

–Bueno, chicos, de modo que vais a seguir la tradición cremonesa y vais a convertirlos en unos luthiers de renombre.

–Eso intentaremos –dijo Marcos.

–Bueno, no es un mal oficio, al menos aquí en Cremona. Esta ciudad está plagada de músicos en ciernes que no han sabido dedicarse a la ebanistería –dijo de modo soez, dándole un ligero codazo a Danilo–. Otra cosa no habrá en Cremona, pero violines..., los hay a patadas.

–Bueno, bueno... Tampoco tantos –contestó el italiano con simpatía.

Lea comenzó a andar por el taller a sus anchas, como si estuviese en su casa. En su paseo iba pasando el dedo a varios muebles y herramientas de trabajo, mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo. De vez en cuando se paraba y continuaba con su repaso. Parecía que iba en busca de algo, o de nada, quién sabe. Su mirada se detuvo lentamente en una viola recién terminada, perfecta como una diosa.

–Chicos, habréis de saber que este señor fue uno de los mejores luthiers que ha tenido Cremona.

–¡Lea, por favor!

–¿Aún no se lo has contado?

–¡No sigas, Lea, déjalo! –dijo Danilo, esta vez bastante más serio.

Marcos y yo cruzarnos una mirada.

La mujer comenzó a andar hacia la esquina opuesta del obrador y alzó una tapa de violín aún sin barnizar, golpeándola con los nudillos para escuchar su sonido. Un estornudo de polvo amarillento inundó su cara.

Guardó silencio.

Danilo se sintió incómodo y levantó una cortina de humo en torno al terna, en un intento de desviar la conversación.

–Será mejor que empecéis con la lección de italiano.

Arriba, en la cocina, estaréis más cómodos. Yo tengo que salir a hacer un encargo.

–*Capito...* – dijo Lea–. ¡Vamos, chicos! Iremos arriba a engrasar vuestra lengua.

La tarde en la cocina se pasó como un suspiro. Encendimos la chimenea, y entre el crepitar de la lumbre Lea Mezzogiorno comenzó a enseñarnos nuestras primeras palabras en italiano: los saludos, los números y los utensilios más comunes que se utilizaban a diario, mientras nosotros lo anotábamos todo en nuestra libreta y en nuestra mente.

La opinión que me había creado de ella fue cambiando rápidamente. Si al principio su tono me había parecido algo brusco, ahora lo encontraba totalmente neutro y pausado. Se la veía a gusto con nosotros, como si aquella lección de italiano la hubiese repetido millones de veces a un público muy parecido al nuestro.

Habían pasado tres horas desde la marcha de Danilo Pavesi cuando oímos de nuevo la puerta de abajo. Era él. Lea hacía media hora que se había marchado.

La cena discurrió tranquila. El luthier no estaba demasiado hablador, y antes de las diez de la noche Marcos y yo ya estábamos cada uno en su catre.

Tras esperar un tiempo prudencial a que Marcos se durmiese, opté por levantarme. Mis sospechas encontraron su respuesta en el ruido que provenía de abajo. Descendí las escaleras a la luz del quinqué y accedí por la puerta lateral.

Al entrar en el taller, mi vista, siguiendo una vieja ley escondida, patinó sobre un violín en construcción y se posó sobre las manos de Danilo. Éstas estaban sobre su cara, cubriéndola totalmente en un estado de clara meditación. La única fuente de luz provenía de unas cuantas velas puestas en hilera sobre la mesa de trabajo que iluminaban su apenada silueta, proyectando unas luces oblicuas sobre las paredes contiguas.

Cerré la puerta, dando un golpe para hacerme notar. Danilo Pavesi se giró dando un brinco y se secó rápidamente algunas lágrimas que colgaban de sus párpados. Me hizo un ademán para que llegase hasta su altura.

–¿No tienes ganas de dormir? –me preguntó forzando un ligero mohín en su cara.

–Veo que no soy el único.

–Demasiadas experiencias en un día, ¿no?

–Sí –afirmé arrastrando un taburete y sentándome a su altura–. Pero todas positivas, al menos para mí.

Él cazó al vuelo mi indirecta y me devolvió la respuesta que quería oír.

–Quería contarte esto dentro de unos meses, pero me va a ser imposible. No me queda demasiado tiempo.

Por un momento se me cayó el mundo de nuevo al suelo. *¡Mi padre no, por favor!* Mi cara de preocupación se acentuó debido a las luces oscilantes de las velas.

–Tranquilo, Germán. No me voy a ir todavía de este mundo, pero sí que tengo algo importante que decirte: es sobre mi vista.

Opté por no decir nada y esperar a que él mismo se desahogase a su ritmo, después del mal rato que había pasado.

–Para un luthier la vista lo es todo. Oído y tacto juegan un papel crucial, pero ninguno de estos dos sentidos, incluso juntos, supera al de la vista. Por desgracia, me estoy quedando ciego –dijo guardando un poco de silencio y bajando los ojos–. Creía que podría ver unos diez años más, pero el doctor Andreattini, la persona a la que he visitado esta tarde, lo ha descartado. Como mucho, trabajando con la luz del día, podré enseñarte durante tres años.

Tenía el corazón en un puño. A pesar de ser una noticia pésima, egoístamente me sentía feliz. Feliz de saber que no me dejaría solo, al menos dentro de poco, y aunque comprendí que todo por lo que había luchado se iría



al garete en no mucho tiempo, quise animarle en un intento de provocar en él algo positivo.

–No sé qué decir –inicié–. Podría decirte que me das lástima, pero no lo voy a hacer. Supongo que para ti todo se ha acabado, pero tienes que pensar en lo que realmente tienes delante de ti. Tienes mucha suerte de tenerme. Mi madre no llegó a tener esa misma estrella.

Se sorprendió ante mi respuesta. Se retiró unos pelos húmedos que tenía pegados por el sudor en la frente y los orientó detrás de la oreja con un ademán mil veces repetido. Después se levantó y se sacudió el mandil de lona.

–Germán, a pesar de tus diez años creo que te he infravalorado. Eres ya una persona capaz de calibrar las cosas importantes de la vida, al igual que lo hacía tu madre. Perdóname por no saber apreciar en este momento lo que realmente tengo, que eres precisamente tú.

Por primera vez desde que había conocido a Danilo Pavesi me entraron ganas de darle un verdadero abrazo. Me acerqué a él y le abracé todo lo fuerte que pude. Él se quedó extrañado, con los brazos abiertos de par en par delante de mí, sin saber cómo reaccionar. Finalmente me imitó y comenzó gradualmente a apretarme.

Podría describir aquel momento de mil maneras, pero mis sentimientos se agolparon detrás de la lengua, anudándola de emociones. Durante aquel instante se me cayó el mundo al suelo. Todo lo fuerte que había podido llegar a ser después de la desaparición de mi tío y mi éxodo hacia tierras italianas se estaba diluyendo en un solo acto. Noté su calor en medio de un olor a madera, y permanecimos así un par de minutos. Al final, los dos rompimos a llorar.

Después de habernos desahogado dialogamos durante más de media hora, sentados de nuevo sobre la mesa de trabajo. Iluminados bajo aquellas velas, pude fijarme más en su frágil figura, en la extrema palidez de su tez y en las avanzadas arrugas que bordeaban sus ojos. En ese momento perdí la vergüenza de entablar cualquier tema con él sin el temor a encontrarme fuera de sitio.

Sin embargo, aquella aparente fragilidad que mostraba Danilo Pavesi, en concordancia con los delicados violines que se alzaban sobre su cabeza, parecía irreal al oír la rotundidad de sus tenaces convicciones relativas a mi enseñanza.

–Los oficiales enseñan a los aprendices lo más elemental, Germán: a cepillar, a lijar y pegar las maderas, a desbastar la cabeza, a dar los primeros golpes de gubia... Muchos luthiers se limitan a transmitir las enseñanzas más elementales, las que están escritas en cualquier manual. Al principio vuestro trabajo se reduce a lo puramente mecánico, ya que no trabajáis las maderas más selectas, como te comenté esta tarde. Todos estos pasos han de ser meramente artesanales, para así coger soltura tanto con los materiales como con las herramientas. Esta circunstancia influirá decisivamente en tu evolución para ser un buen luthier.

Hasta ahí todo quedaba claro: infinitas horas de taller, serrín y callos en las manos hasta sangrar, resumiéndolo brevemente.

–Pero ahora todo ha cambiado –repuso colocándose frente a mí–. Mi

enfermedad visual da un giro considerable a las circunstancias. Sólo dispongo de tres años, a lo sumo, para enseñarte todos mis conocimientos, al menos para los que sea precisa la vista, y eso significa sacrificar algo.

–¿El qué?

–La enseñanza a dos personas me ralentizaría. No tengo tiempo material para poder enseñaros a los dos juntos todas mis enseñanzas, por lo que me veo en la tesitura de decirle a Marcos que no puedo enseñarle el oficio como yo quisiera. Podrá estar con nosotros, pero no podré dedicarle mucho tiempo. Me centraré únicamente en ti.

Aquello no me sentó nada bien, más bien fatal. Marcos, al igual que yo, y de hecho empujado por mí, había decidido dejarlo todo precisamente por aquello, por aprender un oficio.

–No estoy de acuerdo –le dije mostrando mi disconformidad.

–Tienes que entenderlo, a veces las cosas no salen como uno quiere. Date cuenta que esto lo cambia todo.

–No cambia nada –repliqué–. Aprenderé menos.

–¡No puedes! –dijo alzando la voz.

Me quedé extrañado por el tono empleado.

–Lo siento –se disculpó.

No quise darle mayor importancia, achacando su irritabilidad a los lógicos nervios tras la pésima noticia que había recibido.

–No pasa nada.

–Germán, quiero que entiendas una cosa y que te quede bien clara. Mis sospechas confirman que parte del conocimiento adquirido por los maestros luthiers a lo largo de los siglos es empírico. Me explico. Por mucho que yo te enseñe, tú acabarás aportando algo de tu propia cosecha. Cuando el conocimiento transmitido por mí se reavive con tus propias experiencias

florecerá algo especial y auténtico, tu propio estilo. Pero para que ello se dé tengo que emplearme a fondo durante estos tres años. A Marcos podrías enseñarle tú después de que yo deje de ver.

Me quedé pensativo un momento. Poco rato, dado que continuó casi de inmediato.

—Tú decides. Podemos tener dos buenos luthiers..., o dos mediocres.

A gusto le hubiese contestado que prefería lo segundo, pero opté por una respuesta menos tajante, contestándole con otra pregunta.

—¿Hay alguna otra alternativa?

Danilo meneó la cabeza de izquierda a derecha.

—Me temo que no. Mira, Germán. Yo no suelo hablar sin haber pensado antes las cosas, y estoy convencido de que esta es la única manera de que podamos lograr algo positivo.

Fuera, una neblina impenetrable se iba aposentando sobre las calles de Cremona. Una corriente de viento helada intentaba entrometerse en nuestra conversación a través de la puerta mal ajustada que separaba aquel taller de sueños de la realidad del mundo.

Se levantó de la banqueta de trabajo, cogió el quinqué y deambuló por el taller en busca de algo. Sinceramente creo que lo hizo para que a mí me diese tiempo a digerir lo que él ya tenía decidido. Comprendí que no tenía vuelta de hoja. Tras un par de minutos llegó hasta mi altura con un par de pedazos de madera en la mano. Estaban llenos de polvo, mucho más que el resto de los tacos que se distribuían por las estanterías.

—Mira esto —me dijo—. Estas maderas las empezarás a trabajar dentro de dos o tres años. Justo cuando tus manos puedan trabajar a la perfección cualquier trozo de madera.

—¿En qué se diferencian del resto?

Cogió un trapo de la estantería y limpió toda la suciedad acoplada a

aquella madera por el paso de los años. Escrito en carboncillo apareció un número bastante legible: 1884.

–No hay en toda Cremona ni en toda la región de Lombardía mejor madera que ésta, Germán. Lleva secándose y madurando durante 16 años.

Cogió el taco y lo golpeó con los nudillos acercándose al oído. Su cara mostró satisfacción.

–Con esta madera algún día lograrás realizar uno de los mejores violines de Cremona. Y ahora a dormir.

Al día siguiente, tras nuestra clase matutina de italiano, Lea Mezzogiorno nos ayudó en el taller. Era domingo y habíamos decidido postergar el inicio de mi formación para el lunes, malgastando el día del Todopoderoso para la ingrata tarea de ordenar el taller y limpiarlo, haciendo así más cómoda y práctica su utilización. Habíamos llenado un carro entero de cosas inservibles que Danilo Pavesi, a regañadientes y con cara de pocos amigos, había accedido a tirar ante la obstinación de Lea.

–Algún día hasta las polillas van a comer a tu mesa –le recriminaba ella.

Esta tarea nos llevó casi hasta la hora de la comida. Después de almorzar y echarnos un poco la siesta, los cuatro salimos a dar un breve paseo por la ciudad.

El centro de la vida religiosa, social y comercial de Cremona era la Piazza del Comune o del Duomo. Se trataba del epicentro de la ciudad, a imagen y semejanza, y siempre salvando las diferencias de estilo, de la Plaza Mayor de Salamanca. Apenas quedaba a escasos trescientos metros del taller, lo cual me hizo recapacitar sobre el alto nivel adquisitivo del que habría disfrutado Danilo en algún tiempo, ya que semejante edificio en una zona tan céntrica de la ciudad debía haberle costado un riñón y parte del hígado.

Para mí, que creía que tan sólo la Catedral de Burgos, descrita con vehemencia por nuestro buen maestro don Mateo, competía en grandiosidad

con la de Salamanca, fue sorprendente descubrir que estaba en un claro error. El Duerno, como llaman los italianos a su seo, presidía aquella plaza, imponiendo su porte lombardo. Según nos explicaron Lea y Danilo, estaba construido con ladrillo rojo de la zona, aunque toda la fachada estaba disfrazada de mármol. Un gran atrio porticado comunicaba visualmente varios torreones con el pórtico de entrada. En medio de todo el conjunto se situaba un enorme y antiguo rosetón.

Una enorme torre que se erguía a su lado hacía las veces de campanario, algo que al parecer era típico en aquel país. Alcé la vista, e inevitablemente acudió a mi mente la imagen de don Nemesio, el campanero de Salamanca. Marcos imitó mi gesto, seguramente pensando en lo mismo que yo.

–¿Te imaginas a don Nemesio aquí, Germán?

–No se creería que está hecha de ladrillo –contesté sonriendo.

–¿Estará bien? –preguntó con una extraña mueca.

–Seguro que sí, Marcos. Don Mateo sabrá cuidar de él –le reconforté agarrándole del hombro.

Danilo Pavesi se acercó sin que nos diésemos cuenta.

–Es el *campanile* más alto de toda Italia. Tiene 112 metros de altura, ni más ni menos. Nosotros lo llamamos Torrazzo –afirmó rotundo cortando nuestra conversación mientras señalaba con su dedo índice hacia un reloj–. Ese enorme reloj es del siglo XVI, y está decorado con signos zodiacales.

–Y peldaños, ¿cuántos tiene? –le preguntó Marcos no sin cierta picardía.

Danilo le miró con otra media sonrisa.

–502 escalones.

–La proporción perfecta. Su justa medida, ¿verdad? –apostillé.

–Así es, Germán. Veo que por lo menos algo de lo que os voy contando

se os queda grabado.

Le enseñé la libreta donde apuntábamos todo y le señalé con el dedo un dibujo hecho por Marcos en el que aparecía un túnel con veinticuatro pozos de ventilación: el túnel de Nerthe.

Lea se quedó mirándonos a la par que agarraba del brazo a Danilo Pavesi.

–Podrías limitarte a ser más gráfico y no tan objetivo, querido. Sólo tienen diez años. Por favor, apiádate de ellos.

Él se encogió de hombros y torció el labio.

–No lo puedo remediar... Anda, vamos granujas, que os invito a una horchata. Yo necesito un café.

En Italia, al parecer, había numerosas ciudades semejantes a Cremona en monumentalidad. Todas estaban repletas de iglesias y de palacios renacentistas en torno a su correspondiente Duomo. Según nos siguió explicando Danilo, a nuestra llegada Cremona contaba con unas cincuenta y cinco mil almas, cifra que me sorprendió, todo he de decir. Era el doble que la de Salamanca. No sé qué tanto por ciento de sus habitantes estaría en esos momentos en la Piazza del Duomo, pero a buen seguro sería un porcentaje bastante elevado. Caballeros de elegante talle, mujeres engalanadas de acuerdo al tiempo reinante y chiquillos como yo paseaban sin prisa por toda la plaza. Al igual que la Plaza Mayor charra, aquel ágora servía de centro de chismes y cotilleos a aquellos italianos, cuyas costumbres no parecían diferir mucho de las de mi tierra.

A medida que íbamos avanzando se repetían los saludos de numerosos viandantes a Danilo. Él correspondía siempre de la misma manera, ladeando un poco el cuello para la izquierda y hacia abajo y pellizcándose el alero del sombrero en un ejercicio ensayado. Sin duda alguna, era una persona popular y respetable en la ciudad.

–Entraremos en el café Portici Del Comune. Os tengo que presentar a una persona.

Nos hicimos paso bajo los pórticos entre una marabunta de gente y nos internamos en un establecimiento que rezumaba música y olor a tabaco a partes iguales. Estar allí dentro era lo más parecido a pasear por los infiernos. La temperatura era muy elevada, al igual que el tono en el que hablaban sus parroquianos. La barra se alargaba en el lado izquierdo hasta desaparecer, a la par que unos veladores por los que entraba abundante luz. Nada más entrar escuchamos las notas que provenían de un piano, situado en un altillo y aporreado por un larguirucho y quebradizo muchacho de nariz aguileña. Por las gotas de sudor que perlaban su frente y el flequillo empapado deduje que llevaría allí un buen rato. Cuando pasamos a su altura saludó a Danilo Pavesi y a Lea alzando levemente la barbilla, y continuó zarandeando las teclas. Proseguimos caminando sobre un suelo que crujía bajo nuestros pies hasta el fondo del café y llegamos a una mesa en la que cabeceaba un señor de corta estatura y algo fornido pero bien vestido en tonos oscuros. En su mesa, junto a una taza de café reseco y a un sombrero de fieltro marrón, un cigarrillo se extinguía sobre un cenicero de metal.

–¿Te aburre la música? –le dijo Danilo en castellano golpeándole en el codo sobre el que apuntalaba su cabeza.

El hombre abrió los ojos con desgana y sonrió abiertamente al ver a Danilo. Luego recorrió alternativamente la mirada sobre nosotros y volvió sobre él.

–Después de haber escuchado a Bach lo raro es que no me haya quedado dormido antes –dijo resuelto con un mediocre y gracioso español de cantarín acento.

–No nos engañes. Seguro que esta música te vuelve loco.

–¡Si hay que confesarse, uno se confiesa, qué narices! Yo el San Mateo no me lo trago, pero tengo debilidad por Haendel.

Los dos rieron a la vez.

–Sentaos aquí. Pediremos algo –nos pidió Danilo.

Marcos, Lea y yo nos acomodamos frente a la mesa de mármol



travertino.

El hombre al que habíamos ido a conocer rondaría los cincuenta años, aunque la ausencia de arrugas en su cara bien podía llevar al despiste. Sus ojos apenas se distinguían sobre unos párpados casi cerrados y su cara rotunda irradiaba simpatía.

–Este es Renato Pisani. Es mi oído.

Marcos y yo nos alzamos para saludarlo sin entender la frase.

–O sea que uno de estos chiquillos es tu hijo... Déjame adivinar.

Se quedó pensando un par de segundos mientras nos escrutaba por encima. Luego señaló a Marcos.

–¡Ay, Renato! Siempre te he dicho que tienes mejor oído que vista. Erraste –compuso Danilo mientras alzaba la mano llamando al camarero–. Te presento a Germán, y éste es su amigo Marcos.

–Encantado –añadió mientras se volvía sobre Danilo–. ¿Qué tal por tierras hispanas?

–Un entierro nunca es algo agradable, pero al margen de la desgracia el viaje ha merecido la pena. De hecho, aquí delante tienes la prueba. Y tú, ¿cómo vas?

–Pues secándome como las tripas de un cochino al sol –aseguró algo serio, aunque para mi entender de un modo muy cómico.

–Vamos, no será para tanto –afirmó Lea con sorna.

El hombre suspiró y contrajo los morros.

Un decidido camarero nos interrumpió en plena conversación. Pedimos nuestras consumiciones y se largó a paso ligero.

–No lo veo claro, Lea. Sinceramente.

A partir de aquí la conversación continuó en italiano.

Marcos y yo nos esforzábamos en entender aunque fuera alguna frase, pero con el ruido de fondo era misión imposible. Si no llega a ser porque Lea nos fue traduciendo abundantes fragmentos, nos habiéramos ido de allí sin enterarnos prácticamente de nada.

Durante más de una hora de conversación, varias consumiciones sobre la mesa y un cenicero repleto de colillas, pudimos comprobar que Renato Pisani era un defensor inagotable de los derechos fundamentales del hombre y enemigo acérrimo de la guerra y las calamidades del reinado actual, estado al que odiaba a muerte. Él proponía la unidad entre países, sin fronteras, abriéndole camino al individuo como eje de todo. Creía en Filippo Turati, un diputado del Partido Socialista italiano, en Brahms y, por difícil que pareciese, en la Madonna delle Lacrime, una virgen de Lezzeno, el pueblo de donde procedía, que por lo visto estaba cercano a un precioso lago llamado Como. Todo esto lo fuimos descubriendo a lo largo de una hora y media de conversación, varias consumiciones sobre la mesa y un cenicero lleno de colillas.

–Romedio Muncher te está haciendo pupa, Danilo –dijo Pisani cambiando el gesto por uno bastante más serio.

Danilo Pavesi también puso un rictus de preocupación, amparado en una postura inclinada hacia delante.

–Tiene ya cuatro aprendices y, según se rumorea, otros dos en camino. Ha ampliado las instalaciones que tiene en la Vía Lanaioli y ha contactado con Alessandro Beltrami, que como sabes es el primer violín de la Orquesta de la Scala de Milán. También está realizando instrumentos de cierto grado para vender a través de la firma *Bottali Roth & Pelitti*.

Danilo recapacitó antes de comentar nada.

–Simplemente son cifras, Renato. Sabes perfectamente que ninguno de sus violines es comparable a los míos.

–Eso es cierto, pero el director del teatro ya sabes quién es: Arturo Toscanini, considerado por muchos críticos, colegas y público en general

como el mejor director de orquesta de toda Italia. Yo trabajé con él y sé de qué te hablo. Es como si tuviese una varita mágica, pues todo lo que toca lo convierte en oro. Es célebre por su intensidad, su continuo perfeccionismo y su prodigioso oído. Si Alessandro Beltrami está con él, será porque es muy bueno con el violín. Yo le he oído tocar y puedo corroborarlo.

Lea intervino por primera vez en la conversación que habían mantenido entre ellos.

–Danilo, tienes que olvidarte de vuestra rivalidad y centrarte en lo que realmente te tiene que preocupar en este momento. Debes hacer lo que mejor sabes, que es construir ese maldito violín que te está mermando. Sabes que necesitas el dinero.

Renato Pisani afirmó con el cuello mientras encendía otro cigarrillo, soltando volutas de humo al aire.

Danilo Pavesi sostuvo un silencio incómodo.

–He de deciros algo –inició frotándose un ojo–. Cada vez tengo más problemas para agudizar la vista. Concentrarme me cuesta horrores y me produce dolores de cabeza. El viernes dediqué la tarde a visitar al doctor Andreattini, al cual conocéis de sobra. Lo cierto es que me dijo que..., que perderé la vista en tres años como mucho.

No hizo falta que Lea me tradujera esa frase. La entendí perfectamente, y pude comprobar cómo Renato Pisani y ella misma se quedaban completamente mudos. Marcos me miraba sin entender nada. El alboroto se había esfumado hacía rato del local y tan sólo se escuchaba la música del piano, que seguía siendo interpretado por el escuálido joven. La voz de Lea fue la primera en oírse después de aquel embarazoso mutismo.

–Danilo, los humanos también nos equivocamos. Quizá el doctor esté en un error.

Él la miró muy serio, por lo que ella decidió cambiar su discurso.

–¿Cómo va a evolucionar?

–No se sabe a ciencia cierta. Me imagino que será gradual..., hasta que algún día todo se vuelva negro.

Renato le sacudió el hombro, más por compasión que por ánimo. Parecía que en aquel momento Danilo se iba a poner a llorar. Yo preferí no intervenir, y me dediqué a explicárselo a Marcos en voz baja, obviando las consecuencias que para mi amigo se derivaban de aquella noticia.

–Danilo, siempre te quedará saber que algunos de tus violines, violas y violonchelos se han confirmado como instrumentos de la mejor calidad en las manos de renombrados solistas y maestros concertistas –soltó Renato para animarle–. Y no sólo en Lombardía, sino en toda Europa.

–¿Como el de Giacomo Viani? –soltó con sorna Danilo.

Renato y Lea se miraron y bajaron los ojos.

Aquel nombre había puesto la coletilla final a la interesante tertulia del café.

Había pasado una semana desde nuestra llegada. Siete días realmente duros en los que habíamos incorporado en nuestra rutina diaria la educación, tanto musical como del idioma, como si fuese una función de alguno de nuestros órganos vitales. Nos levantábamos a primera hora de la mañana, cuando aún era de noche, para que Danilo Pavesi nos guiase en la manera de desbastar las primeras tapas. Aún con legañas en los ojos seguíamos con nuestra clase de italiano, y después de comer continuábamos en el taller hasta cerca del anochecer. Cuando ya no había luz suficiente y las fuerzas empezaban a menguar, nos dedicábamos a aprender cómo coger el violín y a hacer sonar algunas notas.

–No pretendo que sepáis tocar como lo hacía Paganini, pero sí que conozcáis al menos los acordes mínimos para saber cómo suena lo que vais a fabricar. Ya habrá tiempo de que toquéis adagios.

Nos acostábamos realmente extenuados, aunque antes de dormirnos

Marcos y yo charlábamos un poco y apuntábamos nuestros progresos en la libreta. El viernes por la noche, aunque estábamos derrotados, decidí que no podía pasar más tiempo sin comentarle a mi amigo la idea de Danilo respecto a su formación.

–Me parece correcto –respondió él sin un atisbo de duda–. Viendo la situación por la que está pasando, es mejor que únicamente te enseñe a ti. No en vano tú eres su hijo. Además, a ti se te da mejor. Yo seré tu ayudante.

–¿De verdad que no te molesta?

–¿Molestarme? –dijo alegre–. Germán, esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. ¡Mira de dónde he salido y dónde estoy! Para mí esto es el paraíso, la liberación. Es lógico que tu padre se centre en ti y que pretenda que sigas sus pasos.

–Me alegra mucho que te lo tomes así, Marcos. Me quitas un gran peso de encima. De verdad que no sabía cómo decírtelo; de hecho, me ha costado horrores encontrar este momento.

–Parece mentira que no me conozcas.

Le sonreí.

–¿Un abrazo? –le incité mientras abría con todas mis fuerzas los brazos.

–Venga.

Marcos y yo nos fundimos en un gran apretón. Un abrazo en el que sacamos toda la tensión acumulada esa semana y en el que nos dijimos todo sin decirnos apenas nada.

A la mañana siguiente Lea vino antes de lo previsto. Entró en el taller cargada con algo de comida. Aquella aparición me hizo pensar en doña Lucía y en esa inquebrantable dedicación que tienen las mujeres con las comidas. Lo cierto es que ambas no eran demasiado diferentes, salvo por la década de edad que doña Lucía debía sacarle, y si acaso porque la italiana era un pelín más

tosca en sus ademanes, aunque quizá un poco más cultivada. Durante nuestras clases nunca dudaba en entremezclar la historia de su ciudad natal con la conjugación de los verbos.

–¿Dónde aprendiste a hablar así el castellano? –le pregunté un día en clase.

Ella me refirió sus años de adolescente, cuando su padre, Bruno Mezzogiorno, un famoso luthier instalado en Cremona y maestro de Danilo, comenzó a tratar con clientes españoles. A pesar de su corta edad, debido a la necesidad de arrimar el hombro en casa Lea solía envolver y preparar los paquetes de los violines que la alta burguesía española y algún que otro miembro de la familia real le encargaban a su padre. También solía escribir las direcciones en un libro de contabilidad para futuras ventas, e incluso iba añadiendo un punto de tinta en un viejo mapa de España que había encontrado en una de las bibliotecas de la ciudad. Aquel fue el inicio de su interés por el castellano.

Danilo Pavesi, junto a otro aprendiz del que no me dijo el nombre, pasaban muchas horas cada día en el taller de su padre, y pronto Lea se hizo amiga de ellos, especialmente de Danilo, siempre bajo la estricta supervisión del maestro. Comenzaron a compartir tiempo y conversaciones, y entre ellos comenzó a surgir una estrecha relación, aunque tampoco quiso entrar en detalles. España y sus costumbres era uno de sus nexos de unión, y a ello dedicaban los pequeños ratos de ocio que les dejaba el intenso trabajo en el taller. Leían libros y gacetillas en castellano, e incluso algún que otro periódico atrasado traído por algún proveedor, que les servía para ampliar sus conocimientos sobre el país amén de perfeccionar el castellano, lengua que no se les daba especialmente mal dada la similitud con el italiano.

–De modo que tu padre fue el maestro de Danilo.

–Fue mucho más que eso.

La respuesta me hizo entender que su padre había fallecido.

–Lo acogió cuando los padres de Danilo murieron con la peste.

–Vaya. Pues parece que yo sigo el mismo destino –afirmé.

–No digas eso, Germán –respondió dubitativa–. Tu padre aún vive, y le quedan muchos años.

–Tienes razón. A veces me dejo llevar por el pesimismo.

Continuó contándome que, en una ocasión, su padre la encargó ir a Madrid, acompañada por Danilo y otro amigo violinista, para entregar un violín a un rico comerciante, permitiéndoles de paso cumplir uno de los sueños de ambos: conocer la colección de Stradivarius de la Casa Real española.

Después de dejar las viandas en la cocina, Lea bajó de nuevo al taller. Danilo y Marcos habían salido en busca de resina para un barniz, mientras que a mí me habían dejado descarnándome los nudillos con una gubia.

–No se te da mal –me dijo acercándose a mi lado–. Pero tienes que inclinar más la herramienta para que no se te quede trabada. Mira, así.

Lea cogió el instrumento y comenzó a desbastar la madera. Las virutas salían como mantequilla, en largas laminillas rizadas, no como las mías. Me quedé mirándola y aprendiendo a usar el útil.

–Ahora sigue tú –me pidió echándose a un lado.

Inicié de nuevo el trabajo, intentando hacerlo como me había indicado ella. Tras un rato aproveché la ocasión para preguntarle algunas cuestiones que me rondaban la cabeza.

–¿Qué quiso decir mi padre el domingo pasado diciendo que Renato era su *oído*?

Lea me agarró por las muñecas para corregir la dirección del útil. Sentí un extraño escalofrío. Sus manos estaban heladas.

–Hay luthiers que, además de construir un violín, saben tocarlo muy bien, mientras que otros sólo son capaces de tocar los acordes mínimos para poder afinarlo. Cuando se arregla un instrumento la labor se complica aún más, dado que interviene la práctica y sobre todo la experiencia de pasarse horas y horas frotando sus cuerdas. Hay violines que incluso están cansados de tanto uso, mientras que por el contrario hay otros que no se han tocado en mucho tiempo y necesitan que se les despierte para conseguir arrancarles las mejores notas.

Renato es uno de los mejores violinistas de toda Italia y sabe muy bien cómo despertar un instrumento. Antes colaboraba con mi padre y ahora se ha convertido en la mano derecha de Danilo, ayudándole de modo altruista con los instrumentos más preciados que pasan por sus manos.

–Parece una buena persona.

– Lo es, no lo dudes.

Poco a poco, aquel trozo de madera estaba adquiriendo forma de tapa de violín. Lea seguía aferrada a mis muñecas y yo a su historia. Viendo la elocuencia de aquella mujer, decidí tirar del hilo.

–¿Y qué pasa con el tal Remedio Muncher?

Ella paró en seco.

–Llevabas tiempo esperando este momento, ¿no es verdad?

–Sí –afirmé tras unos instantes–. Tengo ganas de saber toda la historia.

–Todo a su debido tiempo, Germán, igual que el aprendizaje del oficio. No quieras saber todo de golpe.

Lea se me quedó mirando. Sus grandes ojos negros permanecían pegados a los míos a escasos centímetros, seguramente intentando escrutar mis pensamientos a través de las retinas. Sentí un nuevo escalofrío y cierta incomodidad. Apretó mis muñecas levemente sin pestañear y comenzó a acercarse cada vez más. Nervioso, intenté zafarme de sus manos. Ella, al ver



mi reacción, aflojó sus falanges.

En un arrebato de ira controlada, Danilo Pavesi agarró una pieza que yo acababa de terminar y la arrojó al fuego de la estufa.

–¡Un violín sólo será perfecto si se hace con el corazón, Germán! –soltó después de sosegar un poco—. Todo lo demás es madera para leña.

Permanecí un poco frustrado mientras miraba dos semanas completas de mi trabajo consumirse bajo el avivado fuego.

–Un proceso tan creativo y artesanal como es la profesión del luthier no consiste sólo en tallar y barnizar. Hay que interpretar cada uno de los violines como un atributo a la belleza, individual y admirable en su arquitectura. No entiendo su construcción como la fabricación de un producto en serie. Cada uno de los violines que sale de mis manos es un ejemplar único y tiene vida propia, un carácter y acento exclusivos. Ninguno está duplicado, porque intento crear algo novedoso con cada uno de ellos. Por otro lado, el timbre sonoro de un buen instrumento sólo puede ser resultado de una intuición viva y de una inspiración atenta. Resulta inadmisibles entender la luthería sin estos dos factores. ¿Me sigues? Y no te tomes lo que acabo de hacer como una ofensa. Ten por seguro que dentro de unos años me lo agradecerás.

–¿Inspiración?

–Sí, inspiración, Germán –afirmó rotundo mientras cerraba los ojos—. Esto no es un trabajo de ebanistería. No estamos haciendo ni alacenas ni mesas. Estamos creando instrumentos vivos que deben durar muchos años, incluso siglos. Pero sólo podrán sobrevivir los que mejor se hayan realizado.

Al margen de utilizar las mejores maderas y ser perfeccionista con las medidas y con un excelente acabado, hay algo que debes aprender por ti mismo. Ese algo es la inspiración, un estado al que únicamente se llega sabiendo amar estos instrumentos y obligándote a vivir por y para ellos.

–¿Y cuándo me vendrá esa inspiración?

–Cuando domines a la perfección la técnica de la construcción y eso deje de restar capacidad a tu mente. Te darás cuenta que tienes que ir un poco más allá, obsesionarte con sus sonidos para buscar y ambicionar la perfección. La experiencia hará que te encuentres con la realidad de este delicado oficio. Somos artesanos con alma de artistas. Escuchamos en nuestro interior una llamada, la de un arte convertido en disciplina que nos obliga a realizar cada violín con un ritmo diferente, a dedicarle las cerca de trescientas horas que se necesitan para que quede como queremos, como lo hacía Stradivari hace dos siglos y medio.

–No es la primera vez que escucho ese nombre. ¿Quién era?

Su gesto cambió, pasando de un macilento aspecto a una expresión más alegre.

–Antonio Stradivari es probablemente el luthier más famoso del mundo.

–¿Más que ese tal Remedio Muncher?

Danilo rió con ganas.

–Mucho más, Germán. Mucho más.

Dejó el bote de barniz que tenía entre las manos sobre la mesa de trabajo y se puso cómodo. Sacudió las manos sobre el mandil y comenzó a relatarme la historia del famoso luthier.

Al parecer, Antonio Stradivari había nacido en Cremona en el año 1644. Con tan sólo trece años, y empeñado por aprender el oficio que tanta fama había dado a la ciudad, logró entrar como aprendiz de luthier en el taller de Nicola Amati, hasta entonces el mejor luthier de Italia y del mundo. Su

maestro enseguida se dio cuenta de las cualidades y del talento en bruto de aquel escuálido chiquillo, por lo que decidió esmerarse en enseñarle todo lo que sabía. Amati no le escondió ninguno de sus conocimientos, incluyendo los secretos más valiosos que había recibido de sus antepasados, tales como la receta para conseguir la mezcla adecuada del barniz, que es el toque de gracia con el que el luthier se la juega al todo o nada. Pronto Stradivari consiguió mejorar las medidas y la sonoridad de los violines de su maestro, consiguiendo eclipsarle a él y al resto de los artesanos de la época. El Stradivarius más antiguo data de 1666, cuando Antonio tenía 22 años, aunque se cree que durante esa primera etapa lo que hacía era ayudar a terminar algunas de las últimas obras de su maestro. Años más tarde había consiguió encontrar su originalidad y confeccionar sus propios diseños, rozando la perfección.

Oímos un ruido en la puerta de la entrada que interrumpió el relato. Era Renato Pisani, que con no pocas dificultades y con cierto garbo iba apartando trastos y utensilios hasta llegar hasta nuestra altura. Se quitó el abrigo lleno de gotas y lo dejó cerca de la estufa.

—Todavía no me explico cómo eres capaz de fabricar instrumentos tan hermosos con este desorden—, vino a decir sin pudor con su danzarín castellano.

Danilo Pavesi no se mordió la lengua.

—¿Quién te manda? ¿Lea?

Renato le palmeó el hombro y resbaló una sonrisa por su cara.

—Dios me libre, amigo, en esta casa sólo manda un capitán. Desordenado, pero capitán al fin y al cabo.

El violinista se nos quedó mirando al ver que ninguno de los dos sonreíamos.

—¿Interrumpo algo?

—Ya sabes que en esta casa nunca interrumpes, algo de aquí te pertenece

–matizó Danilo mientras abría una de las ventanas del taller y miraba por ella.

Fuera llovía a mares, y un cielo encapotado de grises difuminados caminaba lentamente empujado por el gélido viento del norte. Tan sólo algunos resquicios de luz se colaban a duras penas a través de los nubarrones.

–Parece que hoy no veremos el sol –afirmó cerrando de nuevo la cristalera–. De hecho, me temo que todavía nos quedan unos cuantos días de lluvia.

Renato afirmó condescendiente, moviendo la cabeza arriba y abajo mientras se encendía un cigarrillo.

–Le estaba relatando a Germán la historia de Stradivari.

–¡O rey Stradivari! –dijo sin mucho entusiasmo y cierta sorna.

–No empieces, Renato. Ya sé que, para ti, donde esté un Guarnerius que se quiten los Strad.

Esa frase bastó para engrasar la lengua del violinista y que comenzara a decirme lo que sentía por los instrumentos de Giuseppe Guarneri.

–Germán, un auténtico Guarnerius se sabe de una estirpe superior, casi del mismo linaje que el Stradivarius, pero sin mostrar soberbia como hace el Strad. Es un violín de carácter templado, sereno, maduro, mientras que el Stradivarius se siente superior, mostrando un carácter duro, altivo y envidioso, y exhibiendo una arrogancia inmensa y agobiante.

–Como ves Germán, Renato es un enamorado de los Guarnerius. Bueno, no es un mal violín. De hecho, ambos son de la misma escuela.

–¿Que no es un mal violín? –soltó escupiendo una hebra de tabaco y un tosido mal disimulado.

Estaba claro que esa conversación salía a flote día sí y día también entre los dos. Me mantuve expectante, no perdiendo detalle. Me pareció encontrar cierta contradicción entre lo que oía y sus caracteres, dado que Danilo, hombre tranquilo y comedido en sus palabras, prefería el Stradivarius, que según

comentaban era un violín impulsivo y con carácter; en cambio, Renato Pisani, que parecía ser su antítesis, prefería un violín más equilibrado.

–Danilo, querido amigo, el Guarnerius tiene sus orígenes en la inspiración y las manos de un Dios, bajo los paradigmas de una perfección no humana.

–¿Y acaso los Strad no? –lanzó Danilo no sin cierta ironía, atajando el envite de su amigo.

Renato se sintió sin ganas de continuar una conversación que sabía estaba en vía muerta. Dio una furiosa calada, aspirando con rotundidad el humo, y trató de dar un giro a la conversación.

–Bueno, Germán, otro día, cuando tu padre no esté por medio, te hablaré de los Guarnerius y te mostraré su sonido, para que sepas cómo debes aprender a fabricar los violines.

Danilo Pavesi dio un abatido suspiro y entornó los ojos hacia atrás.

–Bueno, venga. Enséñame la sorpresa que me tenías preparada, que para eso he venido –continuó Renato Pisani restando importancia al ademán de su amigo.

Danilo se levantó del taburete y nos dejó junto a la estufa. Al cabo de un minuto regresó con un estuche muy parecido al que había visto por primera vez en manos de mi tío Froilán aquella tarde en la que cambió mi vida. Lo dejó sobre la mesa de trabajo. Era de color marrón oscuro, desgastado en los bordes y con dos cierres de color oro que refulgían a la luz del mortecino día que se aposentaba sobre Cremona. Lo abrió con cuidado, haciendo chasquear lentamente los cierres y añadiendo más misterio a la escena. Con somero cuidado, quitó una tela de seda que lo cubría y mostró un violín con algunos conciertos a sus espaldas.

Renato Pisani, con un ademán controlado, machacó la colilla contra la suela de su zapato y la tiró a la estufa. Se levantó y se arrimó a la mesa de trabajo. Cogió el violín y le dio varias vueltas en silencio. Fijó su vista en la voluta, luego en el puente, y miró a través de las aberturas de la tapa para

asegurarse de quién era el constructor. Sosteniendo el violín entre sus manos, miró a Danilo Pavesi con cierto enardecimiento y no poco escepticismo.

A partir de aquí la conversación pasó a ser en italiano, al igual que ocurriera en el café. Sin embargo, mi enorme interés, el silencio del taller y la característica expresividad italiana me ayudaron a seguir a duras penas el hilo de la conversación, que debió transcurrir más o menos en estos términos.

–¡Hacía mucho tiempo que no veía esta joya!

Por la cara de Danilo Pavesi corrió una sonrisa de innegable satisfacción y entendible regocijo.

–Estoy convencido de que esta joya también te ha echado de menos.

–Seguro que sí –dijo Pisani exaltado mientras le seguía dando vueltas a aquel misterioso instrumento.

Danilo guardó silencio. Un silencio que podría interpretarse como una tregua en aquel diálogo casi secreto entre ambos.

El violinista siguió meneando el instrumento y sacó del estuche el arco que lo acompañaba. Se alejó un par de metros de la mesa de trabajo y encajó la mentonera del violín bajo su mandíbula, en un gesto ensayado millones de veces. La afinación del instrumento apenas duró un par de minutos.

La etérea luz que entraba por los ventanales incidía en el barniz del violín, rebotando sobre las arrugas de Renato Pisani. Éste cerró los ojos, y las cuerdas del violín comenzaron a vibrar bajo las crines de caballo mongol de aquel arco.

Si meses antes las cuerdas del violín de mi tío Froilán me habían hecho palpar y descubrir una nueva forma de ver la vida, ahora, con la melodía que estaba arrancando aquel italiano sobre aquel misterioso violín, me parecía estar alcanzando un auténtico estado de levitación. Apenas entendía de música, pero la diferencia entre su forma de interpretar y la de mi tío era evidente. Quizá se debía a que las melodías eran totalmente distintas, pero el caso es que la que ahora inundaba aquel taller lleno de polvo parecía haber

sido escrita por la pluma de una diosa e interpretada por un ángel alado. Renato Pisani, sin abrir los ojos, subía y bajaba el arco con suaves movimientos, como si fuese una prolongación de su cuerpo, y dejaba resbalar los dedos de su mano izquierda por las cuerdas, haciendo que éstas se estremeciesen como si hubiesen tomado vida propia. Danilo Pavesi seguía sus movimientos, duplicándolos a golpe de barbilla y mirándome disimuladamente con el rabillo del ojo más veces de las que yo querría. Tras unos minutos más en el mismo estado, Renato concluyó su pequeño concierto con un vanidoso suspiro. No pude evitar dar un par de aplausos cuando hubo cumplido.

–¿Qué tienes que decirme al respecto? –le preguntó Danilo.

–Sublime. Quizá esté un poco dormido, pero intentaremos despertarlo de nuevo.

Danilo frunció el ceño.

–¿Qué pasa? –preguntó con temor Renato, anticipando una respuesta que no iba a ser de su agrado.

–Lo voy a desmontar.

Renato Pisani se llevó el violín al pecho, como queriendo proteger a aquel instrumento de una muerte segura.

–¿Estás loco?

–Tengo que descubrir su método de construcción, sus medidas, los espesores, su modo de pegarlo, todo.

El violinista movió la cabeza de un lado para otro, como si aquello que estaba escuchando fuese su propia sentencia de muerte.

–Podrías venderlo y vivir de por vida con lo que ganases con él. ¡Es una obra de arte!



El tono de la conversación iba subiendo en proporción al enfado de Renato. Sin embargo, Danilo se mantenía inquebrantable, como si hubiese ensayado aquel diálogo miles de veces.

—Renato, conoces perfectamente lo que opino sobre el dinero. Nunca he vendido este violín y no lo voy a hacer ahora. Llevamos muchos años en esto y sabes lo que he buscado toda mi vida. Creo que tengo una mínima posibilidad de conseguirlo, nada me lo va a impedir. Espero poder hacerlo con tu ayuda y con la de Germán.

Me pregunté de qué maldita manera podría yo ayudarle, si apenas sabía de qué demonios iba aquella conversación.

El violinista se sintió vencido, quizá porque conocía al dedillo el carácter de su amigo o quizá porque, al menos en una parte muy pequeña, sabía que Danilo tenía razón. Con todo el dolor de su alma, sin quitar la vista del violín, lo dejó en el estuche y lo tapó con la misma tela de seda con la que había venido cubierto.

—Gracias —correspondió Danilo cerrando con los dos cierres la tapa del estuche—. Sabes que lo recompondré y que volverá a sonar como ahora, e incluso mejor.

—Lo sé. Por eso te ayudo a ti y no a Romedio.

—Vaya, creía que lo hacías porque éramos amigos...

—Eso me lo voy a replantear a partir de hoy —soltó mientras volvía a acariciar el ajado estuche.

El taller se cubrió durante un minuto con un silencio lleno de dudas. Renato pensaría en cómo demonios quedaría aquel violín una vez desmontado; Danilo en cómo sacaría las medidas, espesores y el método de elaboración del instrumento, pero sin duda era mi cabeza la que soportaba el mayor número de inquietudes. Por un lado, de quién era y cómo había llegado hasta allí aquel instrumento celestial; por otro, de qué manera podría yo ayudar en una tarea tan específica como aquella. Sin embargo, lo que más llenaba mi mente era aquel sonido celestial que Renato Pisani había sabido

interpretar como nadie.

–¿Qué es lo que ha tocado? –me atreví a decir, rompiendo la espesa calma.

Pisani apartó la vista del estuche, se deshizo de sus pensamientos y me contestó tan cortés como siempre y ya en castellano.

–Es el Canon de Pachelbel. Música de cámara, barroca. Esta pieza es una de mis preferidas. ¿Te ha gustado?

–Mucho más que eso –contesté sin pensármelo dos veces.

–Esta misma obra, ejecutada con la solemnidad de la cámara donde debe interpretarse, con un acompañamiento acorde a su calidad y con la disposición anímica e intelectual necesaria, es lo más parecido a estar en el paraíso.

–Creo que yo acabo de regresar de ese edén.

–No exageres, todavía te queda mucho que oír. Yo ya soy un violinista al final de su carrera, cerrado a las innovaciones, que no tiene más fin ni justificación que un destierro en esta ciudad en compañía de alguien que quiera ocuparse de mis necesidades más básicas.

–Tú sí que eres un exagerado, Renato –se mofó Danilo–. Siempre lo has sido.

El violinista se encogió de hombros, haciendo que no le había escuchado.

Renato Pisani ya se había marchado hacía rato y Danilo y yo nos habíamos decidido a salir del taller, cancelando momentáneamente mi instrucción en el arte de la luthería y aplicando algo de cultura general al arte de la vida. En cuanto a esta última, él había sido franco conmigo desde el

principio, algo que yo le agradecía de corazón. Tal y como hiciésemos en Salamanca, salimos a pasear bajo el velo de lluvia que encapotaba Cremona.

–Germán, la vida es multicolor. No todo es blanco y negro –dijo parándose frente a mí–. El que ve en blanco y negro no es que sea ciego, pero le falta mucho para percibir la realidad tal cual se presenta. Lo difícil es empezar con todos los colores antes de saber distinguir bien el blanco y el negro, ya que puede llegar a un laberinto sin salida por no haber empezado por pasos más pequeños. Te digo esto por lo que acabas de ver.

–¿Y qué es lo que he visto?

Comenzamos a andar por la calle Giuseppe Verdi, subiendo una pequeña rampa de adoquines y charcos e intentando esquivar algunas roderas excavadas en el centro de la calle.

–El violín que has visto es un auténtico Guarnerius. Fue fabricado en 1738 y nadie más tiene constancia de su existencia. Venga, vamos, te voy a llevar al Teatro della Concordia, y allí te explicaré todo.

El tramo que había desde donde estábamos hasta la calle Corso Vittorio Emanuele II, donde se encontraba el Teatro, se me antojó eterno. Apenas nos cruzamos con ningún viandante, seguramente a causa de la lluvia y el frío. El vaho que salía de nuestras bocas anunciaba la caída de la tarde, precediendo una noche que se esperaba hosca e intratable.

Llegamos ante una fachada de piedra mohosa de estilo neoclásico soportada por cuatro columnas jónicas llenas de excrementos de paloma. En la parte superior rezaba lo siguiente:

SOCIORVM-CONCORDIA-EREXT-A-MDCCCVII.

–Es uno de los teatros más antiguos de Italia –argumentó a nuestra llegada–. La estructura original se remonta a 1747, pero fue destruido por un incendio en 1806. Al año siguiente se reconstruyó, aunque tiempo más tarde sufrió la misma suerte.

–Debe de ser horrible desaparecer víctima del fuego –maticé.

Con la popularidad y la oratoria de Danilo como carta de presentación, pudimos acceder al recinto por una de las puertas laterales, no sin antes lanzar al aire un par de monedas. El treintañero que nos dio paso, y que se suponía era responsable de la seguridad del teatro, las enganchó al vuelo mirando en derredor, sabiéndose culpable pero con la tranquilidad de pensar que sus hijos podrían llevarse a la boca una onza de chocolate esa misma noche.

–Malos tiempos corren, Germán. Antes ni con diez monedas éramos capaces de entrar en este recinto.

Una vez dentro comenzamos a andar sobre un suelo de mármol que dibujaba un laberinto y en el que las luces inclinadas del atardecer cincelaban un brillo satinado. Nuestros pasos resonaban amortiguados en aquellos pasillos cavernosos, y tratamos de no hablar para evitar ser descubiertos, aunque me daba la sensación de que estábamos solos en aquella catedral del sonido. Para atenuar la oscuridad reinante Danilo sacó una vela del bolsillo y la encendió.

Llegamos al anfiteatro en un par de minutos. Una tenue luz entraba desde el exterior. Tenía forma de herradura y tres órdenes de palcos, y poseía una delicada decoración realizada con un acertado estuco dorado y marfil.

–Elige un sitio. Todas las butacas están hoy libres para ti.

Me costó decidirme, pero al fin opté por un sitio que siempre me había llamado la atención; no por su situación, sino por el tipo de gente que lo solía ocupar. Señalé uno de los palcos, precisamente el más cercano al escenario y que quedaba a su derecha.

–Así sea.

Una vez instalados en aquellas butacas de ensueño, Danilo no se hizo de rogar y comenzó a relatarme en primera instancia los orígenes de aquel violín que tanto había llamado la atención a Renato Pisani.

Giuseppe Guarneri había dado sus primeros gruñidos en la Cremona de

1698, medio siglo después que Stradivari, aunque de su infancia no hay muchos datos. Su abuelo también había sido discípulo de Nicola Amati, igual que su tío y su padre, Giuseppe *filius Andreae*, que habían continuado con el oficio. Sin embargo, el muchacho pronto dio muestras de una gran originalidad, e incluso hay quien afirma que sus violines se acercan más a la Escuela de Brescia que a la Cremonesa. Como todo genio, Giuseppe tenía su punto débil: la bebida, que era causa de extraños comportamientos e incluso de violentos ataques de cólera. Alternaba esta adicción con el no menos atrayente hábito de levantarse cada mañana con una mujer diferente, provocando rumores en todos los ámbitos de la ciudad italiana. Su trabajo se tornaba entonces irregular, aunque no falto de calidad. Era evidente que las diferencias que había entre los dos genios eran abismales. Stradivarius era metódico, escrupuloso y ordenado, mientras que Guarnerius era irregular, trabajaba a deshoras y buscaba más la felicidad fuera que dentro del taller.

Cierta noche, la suerte del libertino Giuseppe cambió de golpe. En una taberna inundada de vino se encontró de bruces con una pelea en la que abofeteó a un hombre, con tan mala suerte que éste cayó de espaldas, golpeándose el cráneo y muriendo allí mismo. Como consecuencia, Guarneri fue acusado de asesinato y dio con sus huesos durante unos años en la cárcel.

Yo escuchaba sin pestañear en aquel ambiente de ensueño y misterio. El tono en forma de siseo de Danilo Pavesi al relatar la historia, para asegurarse de que nadie nos pudiera oír incluso estando en soledad, aplicaba si cabe más enigma a aquella Cremona del siglo XVIII.

—La historia que te voy a contar ahora, según parece, es del todo cierta —continuó acercándose más a mí—. Cuentan que un día, una joven que rondaría los catorce años se presentó ante el cansado Stradivari, proponiéndole la adquisición de un violín. Siendo él el fabricante de los mejores instrumentos de la época, aquello no le resultó mínimamente interesante, pero, tras reflexionar sobre la almohada, esa misma noche hizo llamar de nuevo a la adolescente, la cual le mostró el instrumento. Era un violín chocante, fabricado en madera muy normal y con un barniz de muy baja calidad, aunque el trabajo global era importante y la voluta del mástil extraordinariamente admirable. Stradivari enseguida comprendió que se trataba de una obra de

Guarneri. El luthier obligó a la joven a contarle toda la verdad. Ésta, entonces, le explicó que Guarneri acababa de salir de la cárcel y estaba arruinado, hasta tal punto que ni siquiera tenía herramientas para trabajar ni sitio donde caerse muerto. Aquel violín lo había fabricado estando preso, con los utensilios y materiales que había podido encontrar, y le urgía venderlo para poder adquirir lo necesario y así poder reiniciar su labor de luthier. Stradivari, en un gesto ciertamente admirable, contó lo sucedido al gremio de constructores de Cremona, y todos prestaron en la medida de lo posible ayuda a su desafortunado compañero. Fue éste el origen de una partida de violines conocidos como “*Violini della serva*”, cuya madera era de unas características poco apropiadas, el trabajo no muy cuidadoso y el barniz ciertamente defectuoso. A pesar de ello, el timbre de estos violines era dulce e increíblemente melancólico, como el contexto de la vida de Guarneri en el que fueron fabricados.

–Y ese violín que tú tienes pertenece a dicha época –completé anudando cabos.

–Más que eso. Germán, ese violín es el que Guarneri realizó en la cárcel, el mismo que aquella joven llevó a Stradivari. Se trata de un violín realizado con una madera muy básica. Sin embargo, su construcción roza la perfección, como si la carencia en la calidad del material hubiera sido suplida con unas ganas y un esmero divinos. Ese violín supuso el regreso del buen constructor que fue Guarneri. Después de aquello comenzó a construir los mejores violines que nunca salieron de sus manos.

–¿Es tuyo?

Danilo Pavesi centró su vista en el anfiteatro, pensativo, como queriendo buscar entre las docenas de butacas la respuesta apropiada.

–En cierta manera.

–¿En cierta manera? Me estás hablando de un violín que según Renato te puede jubilar.

–Está bien... No es exactamente mío, pero lleva mucho tiempo en mi

poder y te aseguro que nadie lo reclamará.

Abrí los ojos de par en par, para que él escupiese todo de un golpe. No en vano por algo me había llevado hasta allí.

–Me explicaré –asintió apoyando los antebrazos en la barandilla del palco–. Este violín pertenecía a un acaudalado comerciante catalán. Dicho individuo, amén de ser un portento con el piano, era un amante de obras de arte e instrumentos musicales antiguos que tuviesen una historia peculiar y no fuesen hechos de manera cotidiana. Poseía una colección muy selecta de violines y violonchelos, de constructores tan afamados como Vuillaume, un luthier francés. Era un tipo bien posicionado, rodeado de buenos contactos en sociedades de subastas y amigo de su intimidad, a pesar de tener algunos vicios mundanos. Tenía un gran piso en la calle Serrano de Madrid, que solía utilizar durante las largas temporadas de conciertos en el Teatro Real y quedar con virtuosos violinistas que le diesen su opinión sobre sus nuevas adquisiciones.

La luz del exterior se estaba extinguiendo y dentro del recinto apenas se oían ya las gotas de lluvia sobre la cúpula. Danilo continuó explicándome el relato en una vaporosa penumbra que iba avanzando con pies de misterio.

–Bruno Mezzogiorno, mi maestro y padre de Lea, nos envió a Madrid a entregar personalmente uno de los violines que había construido para esta persona. Cuando le conocimos resultó ser una persona llana, espléndida y sin ningún tipo de asperezas, y que no tenía mayor interés por el dinero que para ampliar lo que más quería en esta vida, que era su codiciada colección de instrumentos. Nos recibió como si fuésemos el propio Stradivari, ofreciéndonos todas las comodidades y facilidades a su alcance para que nuestra estancia fuese lo más placentera posible. Hablamos de violines, maderas, barnices y modos de construcción. Era una persona cultivada en todo tipo de cuestiones y acariciaba todas las ramas; podía hablar de política, del progreso, de la industrialización, de repúblicas o de literatura, pasando de un tema a otro sin apenas inmutarse. Lea y yo congeniamos bien con él.

Lea, yo mismo y un amigo violinista que nos acompañó estuvimos en Madrid una semana, durante la cual apenas nos separamos de aquel hombre.

La última tarde de nuestra estancia el comerciante me hizo pasar a mí solo a una de las salas de su residencia. Parecía nervioso, por lo que intuí que algo importante tenía que contarme. En menos de dos minutos me estaba enseñando el Guarnerius que has visto hace un rato en el taller. La insistencia de Bruno en mandarme a Madrid para entregar un violín sólo podía estar justificada por la petición que me habría de hacer el dueño de aquel instrumento. Con tono tranquilo me indicó cómo había adquirido el instrumento y detalló el estado en el que estaba. Yo examiné el violín y le di mi opinión: aunque pudiésemos repararlo, nunca sonaría como lo había hecho en su origen. La tapa estaba aplastada, por lo que una reparación de aquel calibre, además del tiempo que supondría, no serviría para devolverle el sonido melancólico que el comerciante deseaba escuchar de aquel violín.

Si a veces leer un libro era como embutirse en una atmósfera de volátil enigma, escuchar hablar a Danilo era como si te lo estuviese recitando al oído.

—Dicho violín lo había conseguido a precio de saldo en uno de sus viajes de negocios, en una tienda de trastos viejos de Milán junto a la Piazza del Duomo, gracias a su buen ojo y al desconocimiento del dependiente, quien quedó encantado porque recibió más dinero del que pedía por lo que él creía un cachivache. De ese modo, Bruno salió de Italia con una obra a la que quizá algunos no diesen demasiada importancia, pero que para él era claramente un tesoro. Tenía en su poder un violín realizado en las peores condiciones del mundo. Su constructor estaba encarcelado, aprisionado de manos y sentimientos, y los materiales podrían encontrarse en la trastienda de cualquier serrería; sin embargo, había sabido transmitir a aquel instrumento lo que realmente sentía en aquel momento, haciendo que su sonido hablara por él.

—Es una historia un tanto paradójica —dije curvando el morro—. ¿Cómo es que nadie se había fijado antes en ese violín?

—Pues como toda causalidad, se trata de un conjunto de factores que se unen. No es la primera vez que sucede algo parecido. En 1864 el luthier francés Jean Baptiste Vuillaume, el que te he comentado antes, recibió en su propio taller un Stradivarius sin usar, metido en su correspondiente estuche. Era un instrumento que en su día Stradivari realizó para una persona de la



realiza española, pero que a la muerte del autor fue dejado olvidado en el ático de su casa durante un siglo. El luthier francés reconoció enseguida la perfección de aquel trabajo y sobre todo la firma de su constructor. El barniz aún brillaba como el primer día. Vuillaume era en aquella época profesor de música de muchas personas importantes de la jerarquía inglesa, y entre ellas destacaba una: la aristócrata inglesa Anne Blunt. Aquella chica, nieta de Lord Byron, amén de ser una exploradora y criadora de caballos árabes en Oriente Medio, era una excelente violinista. No hubo mejor nombre para bautizar a aquel violín que Stradivarius Lady Blunt.

—¡Madre mía! —solté al aire.

—¿Quieres preguntarme algo?

—Sí. Entonces, ¿el padre de Lea te mandó para que arreglases un auténtico Guarneri?

—Así es, pero Lea no lo debía saber. Desconozco el motivo.

—¿Y cómo llegó a tus manos?

—Pues... —continuó ya con la boca seca—, lo cierto es que tampoco tuve que hacer mucho. Me hizo jurar que me llevaría el violín a Italia para hacerlo sonar de nuevo. Viendo que Bruno estaba compinchado con el comerciante, decidí hacerle caso y regresar a Cremona con el violín oculto entre mi equipaje. Mi trabajo pendía de un hilo si no aceptaba. Pocas semanas después de llegar al taller, Bruno, apenado y muy triste, me comunicó que el comerciante había muerto de sífilis, y que en sus últimas voluntades le había mandado una carta indicándole que por favor consiguiéramos arrancar a ese violín las notas que llevaba dentro.

El silencio llenó de público aquel palacio de fantasía, en el que apenas nos distinguíamos entre sombras. Danilo Pavesi tuvo que coger aire después de su exposición, aunque poco después empezó a hablar de nuevo.

—¿Sabes por qué te he traído aquí?

—No —contesté sincero.

–Hace unos años el violín que has visto esta tarde comenzó a tocar aquí de nuevo. En la misma ciudad donde fue construido y bajo las manos de Renato.

–Pero... ¿y qué pasó después? ¿Por qué lo guardaste?

–Se hace de noche, Germán. Será mejor que nos vayamos ya.

Habían transcurrido más de cuatro años desde que llegué a Cremona.

Durante este tiempo, los acontecimientos se iban sucediendo a grandes zancadas en aquella casa-taller de la Vía Sicardo. Danilo Pavesi enseguida había comenzado a desmontar con sumo cuidado el Guarneri, registrando en hojas sueltas bocetos, espesores, números y anotaciones de todo tipo. Muy celoso de evitar que nadie le viese mientras realizaba dichas tareas, había acondicionado un rincón al fondo del taller que no quedaba a la vista de cualquiera que entrase al establecimiento. Allí había colocado una mesa muy simple, forrándola con terciopelo para no dañar ninguna de las piezas. Una pequeña ventana le proporcionaba luz suficiente para percibir todos los detalles a pesar de su enfermedad. A ese rincón le dedicaba la mayor parte de su tiempo y de su vista, aunque sin desatender mi formación. Poco a poco iba entrando cada vez más trabajo. Danilo había dirigido la trayectoria de su negocio hacia la construcción de instrumentos nuevos, dejando en la cuneta las reparaciones, dado que le restarían un preciado tiempo a emplear en su ambicioso propósito.

Yo seguía evolucionando a golpe de gubia y maza, mientras Marcos se dedicaba a temas más banales como el abastecimiento de nuestras materias primas o encargos diversos. Lea venía todos los días a enseñarnos nuestra clase diaria de italiano, pero también de historia, de matemáticas y de violín. Renato, conocedor de que Danilo estaba desguazando el Guarneri, cada vez pasaba más tiempo con nosotros.

De la fabricación de las plantillas pasé más tarde a la elaboración del

fondo del violín. Con maderas básicas, a veces de arce, y con los obligatorios consejos de Danilo, iba dando forma a las piezas a golpe de formón y dando los últimos retoques con el cepillo pequeño.

El aprendizaje era lento, a base de ensayo y error, sabiendo que debía romper mucha madera hasta que el trabajo fuese perfecto, pero que todo se iría. Poco a poco iba avanzando un poquito más. Respecto a la obligada ciencia del barnizado, tan sólo había tenido algún contacto introductorio. Su esencia estaba todavía en manos de Danilo, que me había obligado a aparcarse dicha técnica para más adelante.

–Tiene que quedar como el culito de un niño, suave como el talco –me dijo mientras me miraba el pulgar y el índice–. Todavía no tienes ninguna ampolla, así que sigue desbastando hasta que llegues al espesor adecuado. Tus dedos arderán al desbastar, pero ya verás cómo esa dulce sensación te llena de satisfacción.

Danilo cogía el fondo que yo estaba realizando y se lo colocaba al lado del oído mientras lo golpeaba con el dedo corazón en diferentes zonas. Me indicaba en qué zonas debía dejarlo más fino para llegar al sonido adecuado, y sólo cuando él me demostraba que el sonido era el correcto yo paraba de trabajar y me tomaba un respiro. Ahora no recuerdo cuántos fondos realizaría durante aquel tiempo, pero a mi parecer fueron millares.

–Aunque nos guiamos por un patrón de espesores, nunca una madera se comporta como la siguiente. Por eso el oído y nuestra experiencia nos marcan de dónde tenemos que quitar y de dónde no. Es lo que te comenté al principio sobre el instinto, Germán.

Cada vez me sentía más a gusto en aquel taller, soterrado de gubias y recortes de serrín. Los secretos en la utilización de las herramientas ya no eran tales para mí, y notaba cómo Danilo Pavesi iba confiando en mi hacer, colocando sobre mis hombros la perpetuidad de su negocio. Cada día me instruía en algo nuevo, y yo había pasado de estar mirando simples trozos de madera a conseguir distinguir un sonido determinado. Estaba descubriendo nuevas sensaciones e incluso comenzaba a hablar con aquellos fragmentos de madera, a mimarlos, acariciarlos y darles la forma adecuada, con la única

filosofía que me estaba impartiendo Danilo: el amor hacia la luthería.

Me levantaba cada vez más temprano y no era rara la ocasión en la que me acostaba pasada la media noche. Apenas dormía una media de cinco horas diarias. Definitivamente, había comprendido que todo aquello era mi futuro, y cada vez le dedicaba más tiempo y con más ganas. Danilo Pavesi supo apreciar mis progresos y me lo demostraba avanzando con sus enseñanzas. Su vista, por suerte, se iba manteniendo, y ya no le quedaba mucho para terminar de redactar su particular memorándum relativo al Guarnerius.

Cierta mañana que yo estaba solo en el taller, durante el verano de 1904, apareció un hombre un tanto extraño. Yo estaba terminando de pegar un mástil y él entró mirando en derredor, buscando con la mirada algo que no conseguía encontrar, o al menos eso pensé yo. Dejé lo que estaba haciendo, me sacudí el mandil y me acerqué hasta él.

Medía diez palmos más que yo, no rozaría la cuarentena y su mirada era huidiza. Sus ojos se movían a intervalos, con pequeños golpes de vista, enfatizando esa esquiva personalidad que transmitía. Iba limpio, todo de negro, con una camisa aparentemente muy cara y unos pantalones de pinzas correctamente planchados; arreglado, pero sin pecar de presuntuoso. Para su desgracia, su cabello atusado de fijador dejaba entrever unas incipientes entradas.

No es que tuviese por costumbre hacer juicios de valor sobre las personas antes de conocerlas, pero a veces pequeños detalles me provocaban una opinión desfavorable, y aquella persona había logrado muchos enteros para ganarse mi desaprobación. Nunca me imaginé su verdadera profesión.

–*Buonasera*.

–*Buonasera* –repetí.

–¿El dueño del local? –preguntó consiguiendo mantener un par de segundos mi mirada.

–Mi padre ahora mismo no se encuentra aquí, ha salido –le contesté con un italiano aún no perfeccionado.

Su cara apenas sufrió indiferencia ante mi léxico.

–¿Tardará mucho?

Encogí los hombros.

El extraño personaje dirigió la mirada de nuevo por todo el taller. Pasó a mi lado removiendo mi pelo a modo de saludo y se puso delante de mi mesa de trabajo. Clavó los dos brazos encima de ella y miró a través de los ventanales que daban al exterior. Sus nudillos se pusieron blancos como la leche.

–Parece que no tardará mucho en despejar la niebla.

No dije nada, intentando averiguar hacia dónde iba a encaminarse aquella conversación.

–Soy Andrea Visconti. Seguro que mi nombre no te dice nada, pero soy un viejo amigo de tu padre.

–Soy Germán Etura. El hijo de Danilo.

–Curioso apellido el tuyo. No sabía que tenía un hijo. ¿Español?

Ratifiqué con la cabeza. Lo cierto es que me había preguntado miles de veces por qué llevaba el apellido materno y no el paterno, pero jamás se la había preguntado a Danilo. Siempre había supuesto que me lo habían dejado para que quedase algo de mi madre en la faz de la tierra, o para llevar el mismo apellido que mi tío. Quizá incluso así lo habría decidido Agustín en el orfanato.

Aquel hombre de negro continuó deambulando por el taller, mirando cada vez más inquisitivamente todos los materiales que había en el obrador. Se fue acercando hacia el rincón donde Danilo exploraba su Guarnerius.

–¿Puedo ayudarle en algo? –me apresuré a preguntar.

Andrea Visconti giró el cuello rápidamente, como una serpiente asustada, y clavó su mirada furtiva sobre mí. Para relajar la tensión, dibujó una sonrisa de mal vendedor, falsa y forzada. Al menos conseguí que volviera sobre sus pasos. Al llegar junto a mí repitió el mismo gesto de moverme el flequillo.

–Tranquilo, chico.

Con un movimiento escenificado, fue hacia la puerta y la abrió. Un látigo de luz azotó su cara, marcando sus facciones.

–Dile a tu padre que Andrea Visconti ha venido a verle.

–Bien –asentí mientras me dirigí aliviado hacia la puerta, agarrando el picaporte para darle a entender que aquella visita había concluido.

–No lo olvides. Andrea Visconti –repitió con voz sibilina.

Aquel misterioso hombre metió su mano izquierda en el bolsillo de su pantalón y sacó una pieza de madera. La hizo girar sobre sus dedos como si fuese una moneda y con el pulgar la lanzó al aire. El fragmento voló en el estrecho espacio que había entre nosotros y calló delante de mis pies.

Era el puente de un violín.

–Dale eso. Seguro que lo reconocerá.

–Así lo haré. No se preocupe –le contesté a la vez que empujaba levemente la puerta. Me regaló otra de sus pomposas sonrisas, y desapareció por la calle como un espectro en vida.

Cerré, cogí el puente y regresé de nuevo al quehacer diario. Al rato sentí que alguien se acercaba a la puerta. Pensé que era de nuevo aquel curioso personaje, así que me dirigí raudo hacia ella y empujé para evitar que se abriese de nuevo.

–¿Qué demonios? –se oyó detrás de la puerta.

Reconocí al instante la voz y me aparté. Entraron en el taller Danilo

Pavesi, Lea y Marcos.

–Perdonad. Es que creí que era de nuevo ese hombre que ha venido hace un rato.

–¿Qué hombre? –preguntó Danilo dejando los bultos a un lado—. ¿Te dijo su nombre?

Lea y Marcos se hicieron a un lado. Traían algo de comida, aceite para el quinqué y unas ganas terribles de sentarse.

–Andrea Visconti –le contesté esperando ver alguna reacción en su cara.

Lea giró bruscamente la cabeza.

Danilo arrugó el ceño, casi en un acto innato al escucharme. Me pareció que intentaba controlarse, y de hecho se tomó un tiempo para proseguir. Lea se puso a mi lado para no perder detalle.

–¿Te dijo qué es lo que quería?

–No, le contesté. Simplemente me preguntó por ti y dio un rodeo al taller.

Maquinalmente, Danilo miró a su rincón y encaminó su cuerpo en aquella dirección con no muy buena cara.

–Tranquilo, no le dejé llegar hasta allí –le solté a medio camino.

Él frenó su trayectoria, pero aun así avanzó para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Una vez comprobado regresó hasta donde estábamos.

–Los viejos fantasmas... –objetó Lea sin dejar de mirarle.

–No empieces de nuevo, Lea.

–Vamos, Danilo. Algún día tendrás que enfrentarte de nuevo a ello.

–Eso intento, Lea. Eso intento. Dame mi tiempo.



Me acordé del puente que me había dado nuestro visitante. Lo saqué del bolsillo y se lo tendí a Danilo. Él lo miró sin decir nada, le dio un par de vueltas ante nuestra atenta mirada y pasó la yema de su dedo por su parte superior, con un gesto habitual, esperando que aquel trozo de madera le proporcionase un vínculo físico con el violín que lo había portado. Pasados unos segundos, lo guardó en su pantalón.

–¿Quién es Andrea Visconti?

–Eso, adelante Danilo, cuéntale quién es Visconti a Germán.

Danilo Pavesi la atravesó con la mirada.

–Andrea Visconti fue el director del Teatro al que fuimos hace unos meses.

Lea resopló hacia arriba.

–Menudo resumen. No creo que Germán quiera saber de dónde provenían los ingresos de ese tipejo...

–¡Lea, creo que es suficiente por hoy! –le recriminó Danilo marchando hacia la puerta de la entrada–. Si no os importa, ¿podéis dejarme a solas con Germán? Tengo que hablar con él.

Lea agarró a Marcos y desaparecieron tras la puerta.

–Aséate un poco, vamos a salir –ordenó mientras sacaba de nuevo el puente y lo ponía a contraluz para ver su acabado.

Tras la niebla había aparecido un día luminoso, un argumento insignificante para cambiar el humor que calzaba Danilo tras contarle la visita de aquel misterioso personaje. La temperatura era cálida y había mucha gente por las calles. Atravesamos Giuseppe Verdi con un paso más que ligero. Él había evitado hablar durante el recorrido y caminábamos a una velocidad endiablada. Recorrimos una serie de calles por las cuales nunca había transitado y nos plantamos delante de una fachada que parecía haber sido la de un antiguo convento.

Danilo Pavesi golpeó con sus nudillos la portezuela de madera y suspiró profundamente.

–Este es el taller de Romedio Muncher –apuntó solemne.

Al cabo de unos segundos la puerta se abrió. Un hombre inundado en serrín apareció de la relativa oscuridad que ahogaba la estancia. Al darse cuenta de quién había llamado a la puerta dio un disimulado respingo.

–¡Señor Pavesi! –articuló tartamudeando.

–Buenas, Fabio. ¿Cómo te va?

–Bien, bien...

Se produjo un incómodo silencio, aunque breve, ya que Danilo lo deshizo al momento.

–¿Está Romedio?

El hombre no supo contestar, con lo cual dedujimos que se encontraba en el interior.

–Por favor, dile que salga.

–Ahora mismo –respondió como disculpándose con la mirada.

Sentí que aquel tal Fabio tenía en estima a Danilo. No en vano, al abrir la puerta noté cierta dicha, a la par que cierto temor reverencial, en el rabillo de sus ojos.

–Este edificio se construyó para ser un antiguo convento destinado a estar al servicio del Todopoderoso, pero el propósito cayó en desgracia o se extinguió el presupuesto, nunca se supo. Lejos de terminarse, acabó en manos de unos cuantos mecenas, y al final Romedio Muncher se hizo con unas ruinas a precio de saldo y lo adaptó a sus necesidades.

–¿A qué hemos venido?

–Pronto lo sabrás.

La figura del luthier que nos recibió se recortó en la penumbra bajo las jambas de la puerta. Quizá yo, influido por el misterio sobre la persona que tenía delante, debido la evidente discreción de Lea y Danilo, esperaba encontrarme a una persona codiciosa y prepotente. Pero lejos de ser así, el artesano que nos recibió fue todo amabilidad.

Era una persona al borde de los sesenta años, que conseguía mantener su espalda recta pero que no ocultaba su pasión por la comida, encarnada en un estómago que no se podía disimular bajo su mandil de trabajo. A primera vista me impresionó su gran altura, no muy normal para la gente de su edad. Lucía unos pelos ensortijados y canos que le daban esa especie de áurea bohemia que sólo algunas personas poseen, y sus ojos grises apenas destacaban sobre una cara colmada de arrugas.

—Por todos los demonios, Danilo. ¿Cómo tú por aquí? —saludó el anciano de modo sincero, mirándole al él primero y después fijando sus pequeños ojos en mi persona—. Este debe ser tu hijo. He oído hablar de él.

—Así es, Romedio. Te presento a Germán.

—Encantado. Espero que aprendas todo lo que tu padre te tiene que enseñar, que no es poco.

—¿Podemos entrar?

—Por supuesto, Danilo, adelante.

Con la idea preconcebida de que había cierta rivalidad entre los dos artesanos, me llevé una sorpresa mayúscula al comprobar el aparente respeto profesional y la notable cordialidad que los unía.

Una vez dentro, me di cuenta que poco o nada tenía que ver aquel taller con el nuestro. Con parsimonia y a paso lento, Romedio Muncher nos invitó a recorrer su lugar de trabajo.

En un primer golpe de vista, pude calcular que aquella nave tendría el triple de espacio que nuestro taller. Unas cristaleras emplomadas al lado izquierdo eran las encargadas de arrojar abundante luz sobre seis mesas de

trabajo que se distribuían en una hilera a sus pies. Sobre éstas, cuatro personas trabajaban con la cabeza enterrada en diferentes fases de la construcción de violines, seguramente aquellos *Bottali Roth & Pelitti* a los que se había referido Renato. Al lado contrario había instaladas numerosas estanterías para acumular materiales, herramientas y diversos violines a medio terminar. Si algo caracterizaba aquel taller era su celosa limpieza, que delataba un quehacer escrupuloso y metódico.

Fabio, la persona que nos había abierto, se puso a trabajar de nuevo en una de las mesas vacías, y Romedio Muncher empezó a vanagloriarse de su taller pero sin pecar de presuntuoso.

–Ya ves, Danilo. Esto es lo que tengo entre manos ahora. Estoy en plena transición del viejo taller de la Vía Ceresole –dijo de carrerilla–. Pero supongo que no has venido aquí para comprobar cómo me va la vida.

–En efecto, Romedio. Aun así, me alegra que te vaya viento en popa. Es más, ya me gustaría a mí tener todo este espacio para trabajar. Este edificio es una maravilla, y está muy bien orientado.

Romedio se alegró de que Danilo se hubiese dado cuenta de ese detalle.

–He venido porque Andrea Visconti... –introdujo sin miramientos, aunque bajando el tono– ha ido a visitarme.

El viejo luthier arqueó la ceja derecha un tanto sorprendido.

–Creía que estaba bajo tierra.

–Eso mismo pensaba yo.

Romedio miró en derredor. Comprobó que todos sus aprendices estaban dejándose el alma en su trabajo y nos ofreció pasar a su trastienda.

Ese cubículo nada tenía que ver con el resto del taller, sino que era lo más parecido al obrador de un alquimista. En vez de albergar maderas y herramientas, los anaqueles estaban forrados de libros, carpetas y cajas de cartón. Sobre su escritorio se amontonaban gran cantidad de diseños con

bocetos de diferentes partes de violines, esbozos trazados con mano resuelta, repletos de circunferencias, operaciones matemáticas y borrones. Romedio Muncher no se dio ninguna prisa en guardar nada de aquello. Supuse que si nos había invitado a entrar allí era porque no le importaba que viésemos todo aquello.

Danilo Pavesi echó una rápida ojeada, pero no se detuvo en nada en concreto. Antes de que ninguno de los dos empezase a hablar, sacó del bolsillo el puente que me había dado Andrea Visconti y se lo mostró a Muncher.

Éste lo movió sobre sus manos, haciendo idéntico movimiento que Danilo cuando se lo entregué en nuestro taller.

–¿Sabes a qué violín pertenece, verdad?

–Creo que esa pregunta sobra, Danilo –respondió Romedio sin dejar de mirar el puente.

–¿Tú sabes cómo ha podido llegar hasta él?

El viejo luthier se encogió de hombros.

–¿Ha venido por aquí?

–No. No ha venido a este taller. Demasiadas interrogantes para pocas respuestas, aunque tengo una leve suposición.

Yo me había mantenido al margen de aquella conversación, aunque sin perder un detalle y observando cada movimiento y cada gesto de los dos luthiers. No pretendía molestar, pero necesitaba saber por dónde iban los derroteros y qué misterio escondía aquel puente de violín. Levanté la mano para poder hablar.

Danilo y Muncher pararon su conversación y me miraron algo sorprendidos.

–¿Sí?

–Perdonad que interrumpa –me disculpé con cierto miedo–. Pero me

gustaría saber la historia.

–Será mejor que escuches y te mantengas al tanto –objetó Danilo sin subir el tono.

–Déjale, hombre. Si lo has traído hasta aquí es para que se entere de toda la historia; de lo contrario lo hubieses dejado en la entrada de este taller. ¿No es así?

Danilo Pavesi quiso rebatir algo, pero se contuvo ante el peso de las palabras de Romedio. Con respeto hacia Muncher, asintió con la cabeza.

–Déjame a mí –indicó Muncher a Danilo–. A ver, muchacho, la historia es un poco surrealista, pero la entenderás enseguida. Seguro que sabes que tu padre y yo estudiamos juntos en la escuela de Bruno Mezzogiorno. Bruno era un hombre de la escuela clásica, adorador de las técnicas constructivas y con una comprensión profunda de los clásicos italianos. Un hombre que si no estaba realizando su oficio se encontraba como pez fuera del agua. Desde un punto de vista constructivo, se caracterizaba por la elegancia de las curvas de nivel, la calidad de las maderas utilizadas, el corte de los ángulos, la armonía de las bóvedas, el diseño de los orificios de F, la talla de la voluta y el esplendor del barniz de color amarillo–oro. En sí, construía unos buenos violines, pero les faltaba algo, algo en lo que tu padre y yo no paramos de investigar hasta dar con ello. Aquí en Cremona era fácil tener todo esto en la palma de la mano: luthiers a mansalva, buenas maderas, cordajes adecuados... Todo al alcance de todos, aunque por ello mismo también resulta difícil destacar sobre los demás constructores de la ciudad. En nuestro empeño por conseguir la exquisitez y llegar a saber elaborar violines como los que hacían Stradivari y Guarneri, en nuestro tiempo libre, que no era mucho, comenzamos a hacernos preguntas acerca de cuáles eran los secretos de estos instrumentos.

–Supongo que todo luthier ha tenido esas mismas preguntas, es obvio.

–Así es, pero una cosa es planteárselas y otra muy diferente es lograr responderlas.

–¿Y vosotros tenéis esas respuestas?

–Las teníamos –intervino Danilo.

Remedio Muncher, con la frente perlada en sudor debido al calor que hacía en aquella sala, levantó la palma de la mano deteniendo a Danilo.

–Conseguimos sintetizar el trabajo de Stradivari en tres grandes pilares. La materia prima, sus expertas manos y por último su barniz. En cuanto al primer punto –siguió relatando–, comenzamos a investigar el tema de la madera. Según pudimos comprobar por unos manuscritos que el padre Bernardo, prelado de la Iglesia de San Segismundo, nos dejó ojear, en la época en la que Stradivari trabajó hubo un período bastante extenso con unos inviernos terriblemente fríos y veranos tan sólo templados. Una de nuestras hipótesis para explicar la maravillosa calidad sonora de sus violines es que la madera que usaba Stradivari, al haberse desarrollado en ese clima tan frío, poseía unas cualidades de baja densidad y alta rigidez que la convertían en extraordinaria. De hecho, yo mismo he comprobado en uno de sus violines que la madera provenía de árboles que habían desarrollado anillos anuales menores que los normales, lo que reflejaba su crecimiento en una época extremadamente fría. En el lado poético, algunos sostienen la teoría del árbol de Stradivari, la cual suponía que el famoso luthier había encontrado un enorme árbol dentro de un río, y que del gran tronco de este árbol creó algunos de sus más renombrados instrumentos. La vieja leyenda asegura que aquel tronco adquirió la vibración del río, lo que le da una sonoridad única e irrepetible. Desestimando esto último, tu padre y yo llegamos a la conclusión de que el tema de la materia prima posee una importancia vital, lo cual no nos extrañó en absoluto. Por ello, decidimos empezar a buscar una madera que se asemejase a la de Stradivari.

–Parece imposible –maticé realizando un rápido cálculo mental–. Aunque consiguieseis la misma madera de la misma época, tendría cerca de doscientos años. ¿No estaría demasiado seca?

–¿Acaso están demasiado secos los violines que han sobrevivido hasta ahora? De hecho, conseguimos encontrar una madera de características parecidas. Para no aburrirte, ya te relataré los detalles en otro momento.

Me quedé meditando la respuesta y Romedio Muncher interpretó mi silencio como un permiso para continuar hablando.

–Bien, el siguiente paso es del que podemos tener más constancia, dado que se ve a simple vista, especialmente a través de unos ojos expertos como los nuestros. La precisión en la fabricación de los violines tanto de Stradivari como de Guarneri roza la perfección. Los detalles de los violines Stradivarius se distinguen por sus finísimos acabados, por su madera de extrema belleza tornasolada y por su sonido único. Son piezas únicas, y cada instrumento posee unas privativas cualidades. De los 1.200 instrumentos que fabricó aproximadamente, se estima que sólo quedan la mitad, unos 600. Guarneri está al mismo nivel de excelencia respecto al acabado, pero no en cuanto a materiales; aun así, sus violines tienen una personalidad única.

Danilo Pavese había tomado asiento y se limitaba a asentir con la cabeza mientras Remedio Muncher me ponía al corriente de sus investigaciones.

–Por último, y para nosotros el pilar más importante –prosiguió mirando a Danilo mientras éste le guiñaba un ojo–, estudiamos el barnizado. Durante estos dos siglos, la mayoría de los luthiers nos hemos limitado a copiar a estos dos grandes genios de la construcción de violines, tanto en las medidas de los instrumentos como en su sistema de elaboración. En cuanto a Guarneri, sabemos que su barniz era más bien pobre, de mal acabado, aunque el color rojizo que le aplicó a sus últimas creaciones mejoró sustancialmente la calidad del conjunto. Respecto a Stradivari y su barniz, pues ha sido como el santo grial de los violines. No pocos luthiers han intentado dar con la composición de sus ingredientes, pero sin resultado alguno. Unos dicen que era el mismo barniz que se aplicaba al resto de los muebles en toda Cremona y otros dicen que se lo preparaba el boticario del pueblo. Al margen de estas dos suposiciones, lo que está claro es que el barniz que utilizaba tenía unas propiedades magníficas para reproducir el sonido.

–¿Tanto tiene que ver? –pregunté.

–Más de lo que pensábamos –añadió Danilo. El barniz no es un simple adorno, Germán. Sirve para tapar los poros de la madera, lo cual influye decisivamente tanto en el sonido como en la duración del instrumento.



Romedio Muncher le apoyó asintiendo.

–Hicimos mil fórmulas, combinaciones y mezclas para lograr lo que Stradivari logró con sus violines, pero no lo conseguimos. Empezamos a juzgar la popular creencia de que la fórmula del barniz estaba hecha a base de resinas y un ingrediente secreto. Investigando en viejos manuales y diversas anotaciones que fueron cayendo en nuestras manos, llegamos a intuir, e incluso aseverar, que el ingrediente desconocido era en realidad la llamada *sangre de dragón*, una sustancia densa y roja que se obtiene de las palmeras malayas y cuya receta Stradivari tenía celosamente registrada en la tapa de una Biblia desgraciadamente desaparecida.

–A ver si me queda claro –pensé en alto–. ¿Lo que vosotros pretendíais era juntar las genialidades de Guarneri y de Stradivari, y construir un violín que reuniera lo mejor de ambos?

Los dos sonrieron a la vez.

–Así es –contestó Danilo Pavesi–. Queríamos mezclar lo mejor de las dos técnicas de construcción y elaborar uno de los mejores violines que se hubiera hecho nunca en esta ciudad.

–Pero supongo que no seréis los primeros en intentar realizar ese experimento.

Ambos se encogieron de hombros.

Me quedé sorprendido. No sólo por la ambiciosa empresa en la que se habían embarcado los dos, sino porque asumía la abrumadora creencia de que no se podía mejorar un Guarnerius, y aún menos un Stradivarius.

–¿Cuánto lleváis con el tema?

–Cerca de treinta años.

Solté un bufido y sacudí la muñeca al viento.

–Sí, es mucho tiempo, pero hemos conseguido serios avances. Lograr tener un Stradivarius entre las manos es algo difícil de conseguir.

Generalmente los tienen reputados solistas y asociaciones que los guardan con sumo cuidado. Si no eres el luthier de uno de sus dueños es prácticamente imposible acceder a uno de ellos. Sin embargo, tuvimos la ocasión de tener en nuestras manos un Guarneri. No era el mejor violín realizado por él, desde luego. Su madera no era de calidad y su barniz era deficiente y mal aplicado, pero el sistema de construcción nos abrió los ojos a la hora de construir las tapas y los fondos de nuestro proyecto.

—¿Es el mismo que me has enseñado hoy?

Remedio Muncher abrió los ojos de par en par.

—A eso he venido, Remedio. Tranquilo, no pensaba irme de aquí sin hablarte de lo que pretendo. Es más, tengo muchas más cosas que contarte.

Aquellas palabras parecieron persuadir algo a Remedio Muncher, que con la mosca detrás de la oreja prosiguió.

—Se me está echando la hora encima, por lo que te resumiré el tema, Germán —dijo mirando el reloj—. Hace unos veinte años pudimos hacernos con unas preciadas maderas de Davos, que supongo ya te ha enseñado tu padre. Ésta será nuestra materia prima. En segundo lugar, del Guarnerius que pudimos tener entre nuestras manos sacamos toda la información que pudimos, para imitar exactamente tanto su proceso constructivo como las medidas exactas. Pero lo que realmente obtuvimos y que no hemos podido anotar, aunque lo llevamos grabado en la cabeza, es cómo suenan las tapas y el fondo cuando se golpean con las yemas de los dedos. Es algo volátil, y tengo miedo de que se nos pueda ir olvidando con el paso del tiempo. Ahora que Danilo parece que se dispone a desempolvar el Guarnerius —dijo con un tono algo sarcástico— va a ser más fácil obtener esos sonidos. Y por último, y lo que es aún mucho más importante, es que tenemos la receta del barniz de Stradivarius.

—¿La que tenía anotada en la Biblia?

Ambos luthiers se miraron. Estaba claro que ambos estaban totalmente de acuerdo en exponerme todos sus secretos, pero lo que no me quedaba claro

es dónde encajaba exactamente yo en todo aquel puzle.

–Así es, tenemos la conocida receta de Stradivarius. Prefiero relatarte en otra ocasión qué es lo que tuvimos que hacer para obtenerla –resaltó Danilo.

–Hay algo que no me encaja.

–Suéltalo –exclamó Remedio Muncher dejándose caer sobre una silla.

–Si teníais las maderas, los bocetos de Guarnerius y la receta del barniz, ¿por qué ese violín no está aún construido?

–Lo hicimos –escupió Remedio mientras encendía un cigarrillo–. Exactamente hace nueve años.

Oímos un ruido en la puerta. La cabeza del hombrecillo que nos había abierto momentos antes apareció con timidez. Al verle, Remedio Muncher se levantó de la silla, apagó con irritación su cigarrillo sobre un cenicero y se dirigió hacia la puerta. El oficial le entregó algo, intercalaron unas cuantas frases y se despidió de él. Supuse que para haber interrumpido nuestra conversación debía tratarse de algo muy importante. Después de cerrar la puerta, advertimos que venía con algo envuelto entre las manos. Se acercó a nosotros y sobre la mesa atestada de bocetos dejó el paquete.

–Este era el violín que construimos –espetó mirándonos.

Quitó el paño, y ante nuestras expectantes caras aparecieron los restos de un violín destrozado por completo.

–No sabía que lo tenías tú, Remedio. Difícil arreglo tiene ese amasijo de astillas.

–Sabes perfectamente que no estaba en mi poder, Danilo. Lo acaba de traer Andrea Visconti.

–¿Sabes, Marcos? Dicen que la perfección de los instrumentos realizados por Stradivari radicaba en el barniz usado. Este barniz, de un tono más intenso que el utilizado por Amati, conseguía proteger al instrumento y reforzar sus cualidades sonoras. Aunque Stradivari dejó instrucciones sobre su composición, nadie ha conseguido elaborar nunca un barniz similar.

–Pues si dejó instrucciones, tampoco sería tan difícil repetirlo, al menos para sus discípulos –objetó.

–Es que no se las dejó a ellos. Únicamente las anotó en la tapa de su Biblia, la cual desapareció.

–Y se supone que ahora la tienen tu padre y el señor Muncher...

–No exactamente.

–¡Vaya!

–¿Vaya? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme sobre este interesante descubrimiento? Marcos, aún no soy un erudito en el tema de los violines, pero estoy convencido de que habría gente que mataría por esto.

–A ver, Germán. Uno de los secretos mejor guardados de todos los tiempos te ha sido revelado, ¿verdad? Pues menuda suerte, eminencia. Yo no estoy tan involucrado en esto como tú. No pretendas que dé saltos de alegría. Me limito a ayudaros en todo lo que puedo, pero no profundizo en el tema. Eso lo dejo para vosotros, los versados en el arte de la luthería.

Marcos tenía razón. Durante todo este tiempo me había metido tan de lleno en mi instrucción que había dejado de lado a mi amigo, quien además estaba en Italia por mí. Abandoné lo que estaba haciendo y le propuse dar un paseo por Cremona.

A Marcos se le iluminó la cara, sobre todo cuando le perjuré que no tocaríamos el tema de los violines.

Estábamos a principios de septiembre y un viento templado barría las calles, arrastrando polvo sobre el empedrado de las vías. El sol comenzaba a desfallecer, perfilando los contornos de los edificios de la ciudad, y en especial del Duomo y de su Torrazzo. Sintiéndonos con la necesidad mutua de estar un momento solos, nos fuimos hacia las afueras, por un camino vecinal por el que llegaban varios fatigados labriegos de sus labores del campo. Ilevábamos más de cuatro años en Italia, durante los cuales apenas si habíamos hablado a solas más de una hora seguida, cuando en Salamanca pasábamos horas y horas dialogando distendidamente. Esta falta de costumbre hizo que nos costara coger ritmo en la conversación.

–Perdóname, Marcos.

–¿Por qué?

–¡Por qué va a ser! Por no haberte hecho demasiado caso durante todo este tiempo.

–No te preocupes, es por una buena causa –asintió dándome un empellón.

–¿Tú crees? A veces lo dudo. Puede que haya perdido la perspectiva.

–¿Estás loco? Estar aquí es lo mejor que nos podía pasar.

–Gracias.

Marcos asintió como el que asiente ante un cumplido sin ingenio. No en vano todo lo que le estaba pasando era maravilloso, incluso más que para mí. Para una persona como él, que desde pequeño había vivido encadenado a

continuas vejaciones de un padrastro abrazado a una botella de anís, quizá aquella etapa que estaba viviendo actualmente compensaba en gran medida sus años de azotes y continuas amenazas. Seguramente estuviera gozando de un merecido paréntesis para olvidar aquella parte de su vida e incluso pudiera disfrutar de los últimos coletazos de su infancia; en un lejano lugar separado de sus raíces, cierto, pero atesorando en su corazón una ligera luz a la cual dirigirse. Sus ojos tenían otro brillo y su cara mortecina había quedado relegada por un rictus de satisfacción. Atrás habían quedado las noches en las que los sobresaltos eran el padrenuestro de todos los días. También aquellas mañanas en las que aplicaba más tiempo del debido en tapar sin éxito los escarmientos de su padrastro, pero que difícilmente pasaban desapercibidos a ojos de don Mateo y a los míos.

El nuevo Marcos caminaba ya con la espalda como un poste, enfilando al cielo y con la mirada fija hacia un futuro incierto pero a buen seguro infinitamente mejor que lo vivido. Lea había sido su gran apoyo en mi ausencia. Con ella había compartido miles de momentos que yo hubiese querido atrapar, y con ella había comenzado a conocer en serio una ciudad totalmente desconocida para mí. Sus ojos se avivaban cada vez que Lea venía a darnos nuestras clases de italiano.

—De nada, compañero.

—¿Y tú? ¿Echas de menos aquello?

Marcos abrió los ojos de par en par y perfiló una sonrisa que le llenó la cara.

—Germán, pero si no he estado mejor en mi vida. Si por algo estoy preocupado, es por don Nemesio.

Desde que habíamos llegado a Italia apenas habíamos tenido noticias de doña Lucía, y menos de don Nemesio y don Mateo. Un par de cartas, a lo sumo tres, eran las que habíamos intercambiado todo este tiempo. Las misivas tardaban una eternidad en llegar a Salamanca y la respuesta se demoraba más de lo deseado.

–Seguro que no les ha pasado nada –añadí con inseguridad–. De lo contrario, ya nos hubiésemos enterado.

Marcos encogió los hombros apoyando mi respuesta.

Atravesamos un regato en el que navegaban hojas aún verdes y alguna que otra rana intentando sin éxito subirse a ellas. Seguimos caminando sin decirnos nada y disfrutando del paseo con el silencio como acompañante. Tras un cuarto de hora mudos, le expuse en voz alta lo que rondaba por mi cabeza.

–Se te ve muy a gusto con Lea.

Marcos ladeó la cabeza lentamente, a la misma velocidad con la que estaba encauzando su respuesta.

–¿Adónde quieres llegar?

–A ningún lado.

Se me quedó mirando con cierta extrañeza.

–Pues sí, tienes razón. Me siento muy cómodo con ella. ¿Pasa algo?

–Nada, nada. No pasa nada.

–¿Entonces?

–No sé, son cosas mías.

–¿Qué cosas? Lea es simplemente una persona que nos está ayudando desinteresadamente y con la cual he entablado una muy buena relación. En algo tengo que ocupar mis horas, pues no conozco a nadie más aquí en Cremona. Diría incluso que es mi vía de escape.

Dudé si contarle las extrañas sensaciones que había tenido aquel día en el que nos quedamos Lea y yo a solas en el taller. Todavía tenía grabada en mi cabeza la extraña mirada que se interpuso entre nosotros y la destemplada caricia que prosiguió después. Con toda probabilidad, cualquier otra persona no le hubiese dado mayor importancia, pero había algo que se me escapaba.

–Es algo que tiene que ver con Lea y que me está taladrando.

Marcos arqueó las cejas y me insinuó con los ojos que continuase.

–Quizá sea una tontería –inicié–. Fue hace tiempo, al poco de que llegáramos aquí. Mi padre y tú os habíais ido a hacer un recado, y yo estaba terminando de tallar una tapa cuando Lea se acercó a ayudarme. Me indicó una mejor manera de coger y manejar la gubia, lo cual agradecí. El problema vino a continuación. Lea me miró de una manera muy rara, como si quisiera decirme algo o que yo le contestase a algo importante. No sé exactamente cómo describirlo.

Marcos permanecía escuchándome mientras tomábamos asiento a las faldas de un alicaído ciprés situado al lado del camino.

–¿Has tenido tú esa misma sensación con ella?

–No. Nunca he sentido que me mirase de una manera rara.

–Quizá sean cosas mías. Intentaré olvidarlo.

–Me gustaría comprenderte. Dame más pistas –añadió.

–Fue una mirada demasiado intensa, directa, como si Lea quisiera meterse dentro de mis ojos e intentar ver qué es lo que yo estaba pensando, como si esperase alguna respuesta por mi parte.

–¿Respuesta de qué?

–Pues eso es lo que no sé. ¿Qué respuesta le puedo dar yo?

Marcos tiraba unas piedrecillas para ver si le daba a una amapola que se mantenía al lado de la carretera.

–¿Tú crees que tu padre y Lea alguna vez...? Ya sabes... –soltó sin mirarme.

–No te entiendo.

–Pues eso... –se repitió Marcos sin dejar de tirar piedras–, que si alguna



vez se habrán liado.

No había caído en ese detalle. Desde luego, habían compartido mucho tiempo y experiencias juntos.

–No lo sé.

–Quizá te miró así por algo relacionado con eso.

–¿Qué estas insinuando?

–No insinúo nada, Germán. Sólo son conjeturas.

En temas relacionados con el corazón, Marcos siempre había sido más avezado que yo. Sabía mirar con unos ojos que la naturaleza a mí me había privado, y por lo general no solía equivocarse, salvo en el caso de Elena Greiner.

–Estás un poco raro, ¿no? –prosiguió mientras la pobre amapola quedaba desnuda de pétalos tras la lapidación–. Se suponía que íbamos a dar un paseo para relajarnos y hablar de nuestras cosas.

–Pues eso mismo estamos haciendo. Tampoco tengo mucho más para contarte, lo siento. Creo que tanto serrín me está nublando el sentido.

–Anda, vamos de vuelta al taller a ver si lo recobras.

Nos levantamos y deshicimos nuestros pasos de vuelta hacia Cremona. Aunque había sido una breve y extraña conversación, me había gustado volver a estar a solas con Marcos. En el fondo necesitaba estar con él. Era mi nexo de unión con Salamanca, y seguramente el principal motivo por el que estaba tan a gusto durante las largas y duras horas de trabajo en el taller. De alguna manera, sentía que Marcos siempre estaría a mi lado.

–¿Te acuerdas de Gioconda di Luca?

–¿La chica que intentó robarle a tu padre?

–*Essato.*

–Pues claro que me acuerdo de ella.

–Es que no me la quito de la cabeza.

Marcos giró la cabeza sin dejar de andar y arqueó las cejas.

–¿En qué sentido?

–Pues que todos los días pienso en ella. Recuerdo sus gestos, incluso su olor –confesé un poco ruborizado.

Marcos sonrió.

–¿Enamorado?

–¿Es eso exactamente lo que se siente?

–Bueno, más o menos. Pero lo tuyo parece bastante extraño, la verdad. Ya han pasado cuatro años y apenas la conociste un par de días.

–Eso es lo malo, que apenas me acuerdo de su cara.

Marcos arqueó las cejas y alargó su brazo para tirarme contra él.

–¿Recuerdas sus gestos y su olor, pero no su cara? ¡Germán, eso es amor! Raro, pero amor –pronunció con un hilo de voz en mi oído.

–¿Tú crees?

–Bueno, así son los primeros síntomas –inició–. Pero vamos, que en tu caso difícil solución tienes. Quizá no vuelvas a verla en tu vida. A saber dónde andará.

–Lo sé, pero yo no he elegido tener esta sensación. Supongo que el tiempo la irá disipando.

–Tranquilo, ten por seguro que vendrán otras y otras más. No te preocupes. Eso sí, tendrás que salir de la cueva de serrín en la que estás metido para abrir los ojos al mundo. En Cremona hay unas chicas preciosas, te lo aseguro.

–¿En serio?

–Te lo prometo –aseguró sin ningún género de duda–. Vamos, que te las muestro. Hay una chica que atiende un puesto de fruta en el mercado del Fiume que es lo más parecido a un Guarrinieri de esos.

–¿Guarrinieri?

–¿No se dice así? –preguntó con inocencia.

Reímos a carcajada limpia y nos introdujimos por una de las calles que daban hacia el este, en una Cremona desconocida para mí, aunque al parecer no para mi amigo Marcos. Allí, en aquel camino vecinal, me di cuenta de que estaba dejando atrás mi niñez y me adentraba en el desconocido mundo de la adolescencia.

Al día siguiente me propuse indagar más sobre la extraña relación que mantenían Romedio Muncher y Danilo Pavesi. Viendo la predisposición de Lea para contarme la verdadera historia, decidí tomar esa vía tan directa para obtener la información cuanto antes, dado que Danilo no había vuelto a tratar el tema después de nuestra visita al taller de Romedio.

Durante mi labor matinal fui sintetizando en mi cabeza todas las dudas que tenía, y esperé a que acabase nuestra clase de italiano para quedarme a solas con ella.

–Lea, ¿te importaría explicarme de nuevo esto último? –le pregunté al acabar la clase.

–Ando con un poco de prisa, pero bueno –asintió volviéndose a sentar de nuevo–. ¿Qué es lo que no has entendido?

Marcos recogió en silencio sus papeles y al salir de la habitación me guiñó su ojo izquierdo.

No me anduve con rodeos y enfilé la conversación de cara.

–No es de la clase de italiano de lo que quiero hablar Lea, sino de Romedio, de Andrea Visconti y de mi padre.

Lea dejó caer una ligera sonrisa en la comisura de sus labios. Se levantó, miró tras la puerta de la cocina y, tras asegurarse de que Marcos ya se hubiera ido y Danilo no estuviese cerca, me dijo:

–Has tardado mucho en preguntar.

–No me he visto en la necesidad.

–La verdad es que no eres nada entrometido ¿Y qué es lo que ha despertado tu curiosidad?

–Hace unos días estuve en el taller de Remedio Muncher con mi padre, aunque creo que eso ya lo sabes.

Ella asintió y se volvió a sentar frente a mí. Su olor me embriagó, pero no me puse nervioso.

–Quiero saber toda la historia.

–¿Desde dónde y hasta dónde?

–Toda.

Lea se quedó un poco pensativa, y tras un par de segundos contestó.

–Vete preguntando. Contestaré lo que pueda.

La respuesta no fue la esperada, pero al menos Lea estaba dispuesta a responder a mis preguntas. Para darle un poco de forma a todas las dudas que tenía en la cabeza, comencé mi interrogatorio por una cuestión elemental que se me había quedado en el tintero.

–¿Quién es Andrea Visconti?

–Ya sabes quién es. Andrea Visconti era el director del Teatro della Concordia.

–¡Caray! Hace unos días recriminaste a mi padre por darme esa misma contestación.

–Tienes razón, intentaré resumirte todo esto de manera esquemática. Así evitaré que andemos con rodeos.

–Me parece correcto.

–Vamos allá. Para que no pierdas detalle, si hay algo que no entiendes no dudes en pararme y preguntar –afirmó bajando el tono–. Germán, hubo un tiempo en esta ciudad en el que la rivalidad entre luthieres se podía palpar con las manos. Desde la desaparición de Antonio Stradivari, Andrea Guarneri y Carlo Bergonzi, Cremona no ha vuelto a tener unos luthieres tan excelentes. En la búsqueda de la perfección han estado todos y cada uno de los que han abierto después un taller de luthería. Pero los que más han deseado ese propósito ya sabes quiénes son: Danilo Pavesi y Remedio Muncher. Ambos fueron discípulos de mi padre y comenzaron a tu misma edad. Se llevaban como hermanos. De hecho, en cierta manera Marcos y tú me recordáis mucho a ellos. Yo crecí a su lado. Ambos adoraban su trabajo y no escatimaban esfuerzo y horas para realizar la pieza perfecta. Puedo decirte que, cuando concluyeron su aprendizaje, sus trabajos eran impecables, comenzando a ser reconocidos por selectos solistas, sobre todo por el exquisito acabado de las volutas. Con el tiempo, la llama de mi padre se fue apagando y poco a poco comenzó a dejar de lado el taller. Unos tremendos dolores de cuello y de cabeza hicieron que el taller quedase en mis manos, mayormente con el tema administrativo, al menos hasta que Danilo y Remedio echasen a volar por sí mismos. Durante varios años, el noventa por ciento del trabajo de luthería en esta ciudad se lo repartieron ambos.

Al mismo tiempo se embarcaron en la difícil tarea de crear un violín especial, uno de los mejores jamás fabricados, alentados por una visita que realizaron en 1881 al Conservatorio de Música de Milán, para ver una Exposición de instrumentos musicales antiguos, entre los que se encontraba una colección de Stradivarius. Después de aquella visita todo cambió. Tras la dura tarea diaria empezaron a sacar tiempo para investigar, buscar, anotar y empezar a crear el violín perfecto.

–Cuando estuve en el taller de Remedio me contaron esa historia, lo del Guarnerius, lo de las maderas de Davos y lo de la tapa de la Biblia de Stradivari.

–Mejor, así avanzaremos más rápido –asintió poniéndose más cómoda sobre la silla.

–El caso es que lo consiguieron. No me preguntes cómo lo hicieron, pero construyeron uno de los mejores violines que han existido después de la época de Guarneri y de los Stradivarius. Era una obra bellísima, de impecable factura.

–Debería costar una fortuna...

–Lo cierto es que ese fue el problema. Danilo no le daba importancia a ese tema; para él era algo insignificante, secundario. Valoraba mucho más haber colmado su ego que todo el dinero que hubiesen podido darle por aquella obra. En cambio, Remedio era diferente. Quería fama, dinero y sobre todo popularidad.

–Difícil situación.

–Sobre todo porque aquel violín no se podía repartir entre dos.

–¿Y qué hicieron?

–Un violín, al fin y al cabo, vale lo que los reputados solistas y expertos musicólogos opinen sobre él. Ningún luthier se hace célebre por alguno de sus instrumentos sin que un famoso violinista le arranque unas notas y lo muestre al mundo en los mejores conservatorios de Europa. Aquel violín que construyeron estaba aún mudo.

–Algo tiene que ver entonces el teatro ese, ¿verdad?...

–Efectivamente –asintió Lea cruzando los dedos de las manos sobre la mesa–. El rumor de que se había logrado realizar un violín siguiendo los patrones de Guarneri, el barnizado de un Stradivarius y con unas de las mejores maderas del mundo se expandió como la pólvora. Los rumores

traspasaron las fronteras de Italia e incluso llegaron hasta América. Reputados compositores, solistas, directores de orquesta e incluso luthiers consagrados se interesaron por la noticia. Poco a poco la presión por enseñar aquel instrumento se hizo ineludible, y Danilo, a pesar de sus reticencias, cedió a enseñarlo al mundo. Sólo hubo una condición.

Yo me mantenía con los ojos abiertos y no paraba de escribir en la libreta que Marcos y yo compartíamos.

–Supongo que de Danilo.

–Exacto.

–¿Cuál?–pregunté ansioso.

–Que el violín no saldría de Cremona. Se expondría al mundo en la cuna de los violines. Bueno, en realidad la condición era triple, pues también exigió que el solista que lo expusiese ante tan increíble público fuese yo, y con una partitura elegida por él.

–Menudo honor...

–Danilo puso demasiada responsabilidad sobre mis hombros.

–¿Por qué? Deberías sentirte orgullosa de ello. Por algo lo haría, digo yo.

–Lo hizo sabiendo que yo no era la persona adecuada.

–No te entiendo.

Lea suspiró.

–Eso te lo explicaré en otro momento.

Ambos nos tomamos un descanso en forma de silencio. Lea hizo crujir sus nudillos y yo aproveché para terminar de anotar todo en mi diario. Al levantar la vista noté de nuevo esa extraña y perturbadora mirada que había referido a Marcos. Me hubiese gustado que él estuviese presente para juzgar

aquel gesto. Intenté dejar la mente en blanco y continué con mi interrogatorio.

–¿Qué pasó durante la actuación?

–De todo –soltó en medio de un suspiro tamborileando los dedos–. En primer lugar se empezó a cuestionar el violín, por lo que al informar a Andrea Visconti de que presentaríamos la pieza al mundo en su teatro adujo que para provocar más la atención de todos los entendidos deberíamos cotejarlo con otro violín famoso. Romedio Muncher entonces habló demasiado. Le contó que teníamos en nuestro poder el Guarnerius y que podíamos utilizarlo. A Andrea Visconti se le encendieron los ojos. Supuso que vio la oportunidad de su vida para consagrarse como director. Propuso un concierto en sintonía con la ocasión, contratando al primer violinista de la Scala de Milán, Alessandro Beltrami, para que tocara el Guarnerius. Tu padre se opuso a ello, añadiendo una nueva condición: Renato Pisani debería ser el encargado de tocar tal joya. No en vano había ayudado mucho a Romedio y a Danilo en la elaboración y puesta a punto de su violín. Le debían mucho y se lo quiso compensar de esa manera. Romedio Muncher accedió condescendiente y Andrea Visconti vio desplomarse su propósito.

Lea se levantó y dio un rodeo a la mesa desentumeciéndose la espalda. Fue hasta la pila de lavar, cogió un vaso y se sirvió agua de la jofaina.

–¿Quieres?

–No gracias.

–Bien –siguió tras apurar el vaso–. Cuando al fin llegó el día de la actuación, yo estaba hecha un mar de nervios. Andrea Visconti había preparado una velada por todo lo alto. Finalmente había contactado con Alessandro Beltrami, que abriría el concierto con un violín propio interpretando la *Obertura de Guillermo Tell*, de Gioachino Rossini; en segundo lugar tocaría Renato el *Concierto para violín en Re Mayor Op. 77* de Johannes Brahms, su compositor fetiche, y yo culminaría la función con la partitura que había elegido Danilo para la ocasión.

Todo empezó mal. El público se impacientó porque Alessandro



Beltrami inició su actuación con media hora de retraso, y su actuación resultó insulsa e insultantemente larga. Evidentemente, la gente lo que quería escuchar era el sonido del violín elaborado por Danilo y Romedio, y cotejar su sonido con el del Guarnerius para comprobar si estaba a la altura. Así pues, el acto que había preparado Andrea Visconti para la primera parte de la velada resultó un fracaso, y el público así se lo hizo saber en forma de silbas y abucheos. El virtuoso Alessandro Beltrami tuvo que dejar de tocar en medio de una algarabía poco respetable, que no hizo sino ponerme aún más nerviosa.

Pasados unos minutos, la gente se fue calmando y le tocó el turno a Renato. Hubo una gran ovación nada más salir. Después la gente guardó silencio y Renato hizo lo que mejor sabe hacer en esta vida: tocar el violín. Fue todo un acontecimiento. Los aplausos resonaban sin parar. Para dar gracias a tan agradecido público, Renato decidió poner la guinda final a su actuación tocando la que es para mí la obra más difícil de interpretar con un violín: la *Partita No. 2 BWV 1004*., con la que el público se terminó de derretir. Para tocar perfectamente esta partitura hay que tener un dominio absoluto sobre el violín y conocer todos sus entresijos; sin duda alguna, es una obra compuesta exclusivamente para virtuosos, por lo que muy pocos violinistas se atreven a incluirla en su repertorio. Se trata de la cuarta de las seis sonatas y partitas que compuso Bach, y está dividida en cinco movimientos: *Allemanda*, *Corrente*, *Sarabanda*, *Giga* y *Ciaccona*. Este último movimiento tiene una duración de casi un cuarto de hora y representa un esfuerzo demoledor para cualquier músico que se atreva a ejecutarlo.

–Debió ser algo apoteósico –indiqué anotando las obras que había tocado Renato en aquella velada–. Por eso diría Renato cuando le conocí que no se tragaba a Bach...

Lea rió.

–Fue maravilloso, quizá demasiado.

–¿Por qué?

–Pues porque la siguiente en tocar era yo, y aunque había ensayado mil veces la obra, nunca lo había hecho delante de tan importante público.

–Pero si tú has tocado en las mejores salas de conciertos de toda Italia, ¿no?

Lea asintió resignada.

–Pero eso había sucedido hacía tiempo. En la fecha de este concierto yo ya había dejado los escenarios hacía cinco años, y eso se notaba. Aunque hay quien asegura que los violinistas estamos hechos de otra pasta, siempre tenemos miedo de equivocarnos y decepcionar al público.

–Creo que eso es humano.

–Cierto, es humano, pero el público parece que no lo es. Nunca te perdonará un error. Si lo defraudas una vez, aunque sea un público incondicional, todo cambiará. Dejarás de tener un sitio en el escalafón musical y te desterrarán al olvido. Un fallo y se acabó. Es el final.

–Y tú fallaste en aquella velada...

Vislumbré en los ojos de Lea pena y desasosiego. Su gesto se tornó triste, un cambio que no logré entender.

–Si quieres, lo dejamos para otro momento –añadí al ver aquella cara de derrota.

–No, sigamos. Debes saberlo todo. Este es tan buen momento como otro cualquiera.

–¿Estás segura?

Lea asintió.

–Después de quince minutos de ovación hacia Renato, el silencio se apoderó de toda la sala. Un mutismo casi sacramental. El público ambicionaba deleitarse con el sonido de la obra de Remedio y Danilo. Ambos estaban situados en la primera fila, cruzando los dedos por debajo de la butaca. Salí al escenario en medio de un aplauso ensordecedor. La gente estaba ansiosa por ver el violín, e incluso no fueron pocos los que se levantaron de sus butacas para poder verlo mejor. Saludé al público y, tras otro efusivo aplauso, todo

quedó de nuevo en total silencio. Di la orden al director de orquesta para que iniciase la obra y comencé a tocar ante un público que sabía que no perdonaría ningún error. Entonces..., yo...

Lea se estaba poniendo pálida y sus manos comenzaron a temblar.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–Tenías razón, Germán. Es mejor que lo dejemos para otro momento.

No podía dormir. Aquel había sido un día terriblemente duro, y me había acostado aún con la tensión del trabajo. Por muchas vueltas que di en la cama me resultaba imposible conciliar el sueño, por lo que opté por bajar al taller con la libreta para anotar la historia que Lea me había contado, aunque no hubiera podido terminarla.

Bajé las escaleras con cuidado, iluminado por la luna llena que se alzaba sobre Cremona. Antes de entrar en el taller opté por sentarme un rato fuera, al lado de la puerta de entrada, para tomar un poco el fresco.

La noche era cálida y un cielo despejado permitía contemplar un firmamento plagado de estrellas. Me senté a la luz de un farol y cerré un momento los ojos, deleitándome y grabando en mi retina aquella imagen tan placentera.

Aspiré profundamente.

Vinieron a mi cabeza aquellas noches frescas de ver año en las que mi tío Froilán, doña Lucía y yo nos sentábamos en sillas de enea a la entrada de casa, a veces en compañía de otros vecinos. Durante horas los mayores se entregaban sin descanso a darle a la lengua. Para mí era un verdadero deleite escuchar sus historias, sus dolientes vivencias y sus sabios consejos, de los que yo aprendí el significado de términos como trabajo, decencia, humildad y el no menos importante generosidad. No callábamos hasta medianoche, mientras doña Lucía terminaba de zurcir los últimos calcetines del día. Echaba de menos el olor característico de la arqueta que atravesaba el barrio, aquel

olor que lo calaba todo y que nos diferenciaba de modo burlón del resto de la gente de la ciudad. Por suerte, mi vida había cambiado. Había salido de aquella desdicha y estaba aprendiendo un trabajo. No uno cualquiera, sino uno que me enorgullecía y que estaba muy bien valorado en aquella ciudad italiana. Pensé en cómo me gustaría que doña Lucía estuviese allí para comprobarlo y que me diese un abrazo como el que me dio en nuestra despedida, para darme fuerzas y sobre todo afecto. Me pregunté qué estaría haciendo ahora mismo allá en Salamanca. Quizá estuviese haciendo lo mismo que yo, mirando aquellas mismas estrellas.

Ojala fuera así.

Pensando en aquellas productivas noches estaba cuando oí un chillido desgarrador que provenía del interior de la casa.

Salté como un resorte y eché a correr hacia las escaleras, subiendo de tres en tres los peldaños hasta que llegué al piso superior jadeando como un perro. Todo permanecía a oscuras, así que miré a ambos lados esperando alguna pista hacia la cual dirigirme.

Un nuevo grito, acompañado de un golpe, hizo dirigir mis pasos entre penumbras hacia la habitación de Danilo, nervioso y atento a cualquier imprevisto. En el trayecto me hice acopio de un bastón y lo levanté a media altura antes de entrar. Cualquiera que osase enfrentarse a mí recibiría algo que no le iba a gustar.

Cuando llegué al cuarto Danilo estaba fuera de sí. Entre penumbras, distinguí cómo deambulaba sin sentido por toda la habitación, tirando todo aquello que se ponía a su paso. Intentaba orientarse, sin éxito, palpando lo que tenía frente a él, y gritaba de un modo agitado. Un fuerte olor a orín ahogaba el aire de la estancia.

Dejé el bastón a un lado y me puse frente a él.

—¡Tranquilo! —le grité para que supiese que era yo, aferrándolo de los hombros.

Danilo me zarandó la cabeza, la cara, los hombros, todo lo que sus

manos, con rápidos movimientos, podían palpar. Sólo cuando estuvo seguro de que realmente era yo el que se encontraba delante de él se sosegó un poco y dejó de gritar como un poseso.

–Vamos, siéntate encima de la cama –le ordené sin subir el tono de mi VOZ.

Se dejó orientar, y con calma logré que se sentase sobre el colchón.

–¡Germán, no puedo ver! –me gritó agarrándome fuertemente de los codos–. ¡No veo nada, todo está oscuro! ¡Me he quedado ciego!

En un intento de tranquilizarlo, le froté la espalda con suaves movimientos circulares mientras asía el dorso de su otra mano.

–¡Sólo ha sido una pesadilla! –le indiqué–. Es normal que no veas nada. Estás asustado y además todo está oscuro. Voy a ir a por un candil a la cocina.

La idea pareció tranquilizarle, pues empezó a respirar más despacio. Sólo cuando estuve seguro de que ya estaba más calmado fui hasta la cocina a por alguna fuente de luz.

Cuando regresé, Marcos estaba clavado frente a la puerta de la habitación de Danilo. Me llevé un susto de muerte al verle iluminado con las sombras de la llama.

–¿Qué ha pasado? –me preguntó encogiendo los hombros.

–Nada, Marcos. Vete de nuevo a la cama, ha sido una pesadilla.

Marcos arqueó una ceja.

–Por favor, Marcos. Vuelve a la cama, quiero estar con él a solas.

–Entiendo.

Marcos arrastró sus pasos hacia su habitación aún medio dormido.

–Mañana nos vemos –le dije a sus espaldas.

Pude comprobar que la habitación estaba patas arriba. Numerosos cuadros colgaban torcidos, e incluso alguno no había logrado resistir la embestida y yacía roto en el suelo. Varios libros estaban caídos sobre la cama, junto a numerosas hojas sueltas repletas de bocetos de violines. Su ropa estaba desparramada por toda la habitación e incluso el orinal descansaba boca abajo, con todo su contenido empapando el suelo. Parecía que había pasado un huracán por allí dentro. Retiré un par de sillas y me senté a su lado.

Dejé el candil en la mesita que descansaba al lado de la cama. Sus facciones se marcaron ante la luz fluctuante de la vela, mostrando una decadente tristeza. Unos enormes lagrimones empantanaban sus mejillas, y sus ojos estaban vidriosos y rojos por la llorera. Era la primera vez que veía llorar a Danilo. Todo lo que en persona conseguía y lograba aparentar, se difuminaba ante aquella figura frágil que estaba sentada encima de la cama. Tras el ataque de histeria apenas quedaba en su cuerpo una camiseta, remangada de un modo imposible, y unos calzones a media altura por debajo de sus partes.

–¿Ya estás más tranquilo? –le pregunté mientras lo adecentaba un poco.

Danilo respiró hondo, quitándole peso al suceso.

–Sí –contestó con hilo de voz.

–Mejor, ¿ves cómo ha sido sólo una pesadilla?

–Gracias, Germán. Siento que me hayas visto en estas condiciones.

–No es nada, para eso estamos. No tienes de qué preocuparte.

–Si no te importa, me quedaré más tranquilo cuando vayas a por el quinqué y pueda verte –resolvió.

Me quedé desolado, escrutando sus ojos mientras la tímida llama iluminaba nuestras caras.

Dos cosas pude interpretar a raíz de la visita de Fabio Andreattini. La primera, la estrecha relación que mantenía con Danilo, y la segunda, que ante una enfermedad degenerativa lamentablemente pocos consejos valen.

Tras un momento de vacilación osé decirle a Danilo que ya tenía el farol en el cuarto, lo que le provocó un nuevo ataque de histeria. Notablemente perturbado, volvió a levantarse de la cama y a poner patas arriba toda la habitación. Saqué de allí el quinqué para evitar un accidente mayor y pedí a gritos ayuda a Marcos para que me echase un capote con el fin de calmarlo. Danilo, totalmente descontrolado, fuera de sí, daba manotazos al aire, se arrancaba la ropa que momentos antes le había con seguido colocar, gruñía, chillaba, pataleaba y golpeaba las paredes hasta lastimar se los nudillos de las manos. Al intentar acercarme a él recibí un manotazo en la mejilla derecha que me hizo caer.

–¡Tranquilo, Danilo! –gritó Marcos entrando en la habitación y agarrándome de la axila para incorporarme de nuevo.

Poco a poco fuimos acercándonos, esta vez uno por cada lado. Teníamos la mezquina ventaja de que no nos podía ver, por lo que con movimientos sigilosos nos fuimos acercando hasta su altura.

–¡Ahora! –grité.

Ambos nos abalanzamos contra Danilo como dos guepardos,

trincándolo a la altura de los muslos. Él se revolvió, intentando zafarse de nosotros dos, pero fue en vano. Lo sujetábamos como dos mordazas, ejerciendo todo nuestro peso sobre su cuerpo. Danilo, abatido, se dejó caer, dando de bruces sobre todo el orín derramado por el suelo. Después de permanecer un par de minutos en esa posición, y tras acceder a que le ayudásemos, lo aupamos hasta la cama. Yo me quedé a su lado y Marcos fue hasta la cocina a por unos paños limpios con los que asear aquel maltrecho cuerpo. En poco más de media hora habíamos rehecho de nuevo la habitación, cambiado de ropa a Danilo y adecentado si cabe un poco su autoestima.

Tras el desagradable incidente, y una vez restablecida la calma, Marcos fue en busca del doctor. Tardaron poco en regresar, dado que su residencia estaba apenas a un par de calles. Don Fabio Andreattini apareció tras Marcos, todavía con legañas en los ojos, el pelo ensortijado y vestido con lo primero que había cogido al salir corriendo. Dio un rápido vistazo a la habitación, se atusó un poco el pelo y avanzó hasta colocarse a la altura de Danilo. Dejó su maletín encima de la mesita de noche y bajó la cabeza.

Danilo permanecía recostado sobre el cabecero de la cama mirando hacia el frente, con los ojos abiertos y sin decir nada. Desde que se había calmado había permanecido en esa posición, con el mismo rictus, con la vista clavada en la pared de enfrente y con la misma cara de desolación que ahora mostraba.

–Vamos, viejo amigo, sé perfectamente que me has oído. Cambia esa cara, que sabías que esto iba a llegar –inició colocándose a su altura.

Danilo no cambió el gesto. Se mostraba pétreo, inaccesible.

El doctor Andreattini pasó su mano izquierda por delante de sus ojos siguiendo movimientos circulares. Primero ante su ojo derecho y después ante el izquierdo. Danilo ni se inmutó, no hubo ningún acto reflejo en su cara.

Andreattini negó ligeramente con la cabeza, levantó después los párpados de Danilo y miró en su interior ayudado de un utensilio que sacó de su maletín.



–Danilo –dijo con mesura–, ahora voy a pasar el candil delante de tu ojo derecho. Es muy importante que estés atento y que me digas si ves algo, lo que sea.

Marcos y yo nos manteníamos a una prudente distancia no perdiendo detalle.

El doctor cogió el candil, lo pasó lentamente delante del ojo derecho de Danilo y fijó su mirada en la retina con una especie de lupa.

–¿Ves alguna luz?

Danilo negó con un leve giro de cuello.

–De acuerdo. Ahora lo voy a pasar por el izquierdo. Voy a realizar la misma operación. Dime si ves algo.

El doctor volvió a repetir la misma operación con el otro ojo.

–Dime ahora si ves alguna luz con tu ojo izquierdo.

Danilo se mantuvo mudo. Hubiese dado cualquier cosa de este mundo porque su respuesta hubiera sido que veía un hilo de luz, algo a lo que aferrarse, algo para que no se hundiese y pudiese cambiar ese gesto que ahora cincelaba su cara. Desde el tiempo que llevaba en Italia nunca lo había visto de aquella manera. Parecía una marioneta sin cuerdas, un ser al que le habían arrancado el corazón.

–¿Ves algo, Danilo? ¿Alguna sombra, algún color, algún punto?

Nos contestó sin decir ni una sola palabra. Una lágrima calló recorriendo su mejilla izquierda, atravesando la comisura de su boca y yéndose a estrellar en la camiseta, justo a la altura de su corazón. Como si fuese la savia de un árbol que bajara hasta sus raíces sabiendo que lo van a talar.

–Por favor. Dejados solos un momento, he de hablar con Danilo  
–sentenció el doctor descendiendo nuevamente la cabeza.

Marcos y yo salimos de la habitación obedeciendo las órdenes de Fabio Andreattini. Intuí que al margen de ejercer su labor como médico, lo que sucediese detrás de aquella puerta en ese momento nada tenía que ver con el honorable trabajo de la medicina, y sí mucho con una amistad labrada durante años. Estaba claro que el momento que tanto estaba temiendo Danilo había llegado aquella noche calurosa de 1904. Él confiaba en que sus ojos aguantarían al menos un año más, pero el destino le tenía preparada una inesperada zancadilla.

—¿Salimos fuera? —abordó Marcos.

—Sí, por favor. Necesito un poco de aire.

Bajé por segunda vez aquella noche a sentarme al lado de la puerta de casa, esta vez acompañado de Marcos. Nos sentamos en el suelo y apoyamos nuestras espaldas sobre la piedra de la fachada. Miré de nuevo al firmamento y cerré los ojos intentando aislar la imagen de Danilo. Marcos me imitó.

No había nada de qué hablar y sí mucho en qué pensar, así que eso fue lo que hicimos durante al menos un par de minutos.

—Es igual que el de Salamanca.

—¿Cómo?

—El cielo —respondió poniéndome la palma de la mano en el hombro—. Digo que el cielo, así de raso, es como el que solíamos contemplar en Salamanca.

—Es el mismo —añadí no sin desidia.

—Sólo que visto desde diferente ángulo.

—Y con diferente ánimo.

—Vamos, Germán, arriba ese arrojito. Saldremos adelante. Verás como todo se arregla.

—No lo creo. Esto ha sido demasiado repentino, lo cambia todo. Sabía

que iba a pasar, pero no pensé que fuera así, de un momento a otro. Creo que tengo que ordenar mis ideas.

–Tu padre no se ha ido de este mundo, Germán. Sólo ha perdido la condición de observarlo.

–¡Y de seguirme enseñando, Marcos! Sólo he construido un par de violines enteros –añadí egoístamente.

Marcos guardó silencio unos segundos, cogió unas piedrecillas del suelo y comenzó a lanzarlas como tanto le gustaba.

–¿Y qué tal suenan?

–¿Cómo?

–Esos dos violines, ¿que qué tal suenan? ¿Cuál ha sido la opinión de Danilo?

Me encogí de hombros.

Mi inestimable amigo supo leer mis respuestas y acertó a callar un par de minutos más.

–¿De qué crees que estarán hablando? –inició de nuevo al rato.

–Seguramente Don Fabio le esté explicando cómo va a ser el resto de su vida. Ya sabes, oscuridad absoluta. Para mi padre va a ser como si le amputaran las manos.

–Me gustaría encontrar las palabras correctas que os pudieran consolar, a ti y a tu padre, pero supongo que todo lo que se diga en estos primeros momentos está de sobra.

–Gracias de todos modos, Marcos. Te lo agradezco de corazón. Perdona si digo algo que no debo, pero es que todavía tengo que asimilar este golpe –ratifiqué pasando mi brazo por encima de su hombro mirándole con franqueza.

Comenzaba a refrescar un poco, señal de que el amanecer no tardaría en llegar. De hecho, a lo lejos el cielo comenzaba a teñirse de azul oscuro, preludio de un día raso y soleado. Un gato cruzó a paso lento ante nosotros en busca de su almuerzo y nos miró desconfiado. Cuando Marcos le tiró una de las piedrecillas salió corriendo calle abajo, desapareciendo entre las sombras.

–Habrá que decírselo a Lea.

–Sí –contesté–. Y a Renato. Será un duro golpe para ellos.

–Bueno, supongo que es algo que esperaban. Y tú... ¿qué vas a hacer ahora?

–No lo sé. Veremos cómo transcurre el día, y cuando pueda le consultaré a Danilo cómo planteamos el futuro del taller. Espero que Lea nos ayude a encaminarlo. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que dirige un taller de luthería.

–¿En serio? –se sorprendió.

–Así es. Cuando murió su padre, ella se hizo cargo del taller por un tiempo –le expliqué–. Me lo contó ayer, cuando nos dejaste a solas tras la clase de italiano.

Marcos se quedó meditabundo. Sabía que tenía ganas de preguntarme por esa conversación con Lea, pero se aguantó las ganas y lo pospuso para otra ocasión mejor, cuando tuviéramos menos tensión sobre nuestros hombros.

Oímos unos pasos que provenían de las escaleras de la casa. Asomé la cabeza y que el doctor bajaba a paso lento entre la penumbra. Se paró ante nosotros y se acuclilló sobre su maletín. Tenía los ojos cansados, seguía con el pelo ensortijado y su cara era el fiel reflejo de la decepción.

–Se está bien aquí abajo –inició con una media sonrisa a duras penas forjada.

–¿Cómo se encuentra, doctor? –interrogué ansioso por saber el estado de Danilo.

Fabio Andreattini bajó un poco el cuello y pude ver que sus ojos estaban llenos de capilares de color escarlata.

–Germán –dijo mirándome a los ojos para que supiese que las siguientes palabras que iba a decir eran tan sinceras como la amistad que sentía por Danilo–. Tu padre ha perdido la vista por completo. Pocas explicaciones más puedo darte ante una realidad tan evidente. Yo había previsto, por la evolución de la enfermedad, que podría durar algo más de tiempo, pero erré en mis cálculos. Eso sólo lo decide Dios, no yo. Ya habéis observado que tras la primera exploración no ha habido ningún gesto que nos hiciese pensar que por lo menos siguiese conservando algún resquicio de vista. Después de marcharos le he realizado otras pruebas con idéntico resultado. A partir de este momento tendrá que ir asimilando que no volverá a ver de nuevo, y tú tendrás que ayudarle a superar ese trauma.

Aquella sentencia sepultó toda esperanza, si es que aún quedaba algo de ella. Fabio Andreattini tenía fama de ser uno de los mejores doctores de Cremona y sus diagnósticos iban a misa. No escatimaba tiempo y esfuerzo en atender a cualquier persona que lo necesitase, incluso a aquellos que no se podían permitir sus servicios. Para él, las clases sociales quedaban relegadas a un segundo plano, lo cual le había causado no pocos problemas con ciertos sectores pudientes de la ciudad. Los que realmente le conocían sabían que aumentaba las costas de sus consultas a quien se lo podía permitir, para compensar el tiempo que dedicaba a los más infortunados.

–¿Hay algo que podamos hacer? –preguntó Marcos.

–Lamentablemente, no –respondió con sinceridad–. Ahora lo que más necesita es vuestro apoyo, que estéis a su lado. Yo trataré de acercarme durante los siguientes días para ayudaros en todo lo que pueda.

Estaba aguantando las lágrimas en mis ojos, pero finalmente éstas se desbordaron. Avergonzado, bajé la cabeza. Don Fabio se acercó, y con su dedo índice me aupó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

–Germán, arriba ese ánimo –escuché por segunda vez esa noche–. Danilo no puede percibirnos abatidos. Tiene que sentir que continúa la normalidad en este taller. Que lo que ha pasado, aunque grave, no supone una carga imposible de superar para la continuidad de vuestro legado. Es importante que le restéis peso al hecho de que haya perdido la vista y que perciba normalidad en el día a día. Poco a poco se irá acostumbrando a su nueva vida si comprueba que todo a su alrededor sigue igual. No digo que sea fácil. Por el contrario, sé que es una tarea complicada, pero tenéis que hacer ese esfuerzo. Es crucial para que Danilo acepte su ceguera.

Asentí ante las inteligentes palabras de don Fabio, quien me restregó de nuevo las lágrimas con un pañuelo y me dio un par de palmadas cariñosas en la mejilla.

–¿Qué tal se encuentra ahora?

–Bueno, he estado hablando con él, y tan sólo le he conseguido arrancar algunas palabras. Está bastante absorto. Es normal, tiene que asimilar que se ha quedado sin uno de los sentidos más fundamentales que tenemos, y más para él. Parece que se ha quedado más tranquilo, pero es por la acción de un tranquilizante que le he dado para que descanse y sobre todo para que se relaje.

–¿Cómo debemos actuar entonces? –insistí.

–Con naturalidad, ya te lo he dicho.

–Claro, perdone.

–Tranquilo. Actúad como si no hubiese pasado nada y ni siquiera habléis de su ceguera. Cuanto menos toquéis el tema, antes lo asimilará y todo volverá a asentarse, hasta que consigáis llegar a una normalidad relativa.

Procuramos grabarnos las palabras de Fabio en nuestra mente, con la intención de aplicarlas a partir del día siguiente.

–¿Tenéis alguna duda más?

Ambos negamos con la cabeza y le agradecemos su visita y, sobre todo, sus sabios consejos. Fabio Andreattini se levantó, cogió su maletín y, tras despedirse amablemente, enfiló calle abajo con la intención de dormir un par de horas y emprender con garantías una nueva mañana de consultas.

–¿Vienes arriba? –preguntó Marcos atravesando el umbral de la puerta.

–Ahora voy.

–De acuerdo.

Los primeros rayos de luz rebotaron sobre el deteriorado cartel de la luthería. Sostuve la mirada unos cuantos minutos sobre aquella tabla que se mantenía a duras penas sobre la cristalera inundada de polvo, anunciando el taller de Danilo Pavesi. Inspiré fuerte y solté el aire de modo suave, intentando desligar el nudo de nervios que aprisionaba mi estómago.

Di media vuelta y me quedé contemplando el amanecer y la variación de colores que el cielo estaba tallando. Entonces pensé en los amaneceres de Salamanca, en aquel color que Danilo fue a buscar y que se trajo en su ahora inútil retina para barnizar el ansiado violín que nunca lograría ver.

*Quiero que la mejor de mis obras tenga ese color, el del amanecer de Salamanca. Cuando estos días me he levantado, mirando hacia el este podía observar un tono amarillo, pero en cuestión de minutos se volvía cada vez más intenso, casi anaranjado. En ese preciso momento era cuando cerraba los ojos e intentaba grabar esa tonalidad, esa transición de colores pajizos y bergamota. Apenas dura eso, unos minutos, y el color va cambiando después a un azul claro que va ganando terreno al añil. Quiero conseguir ese color para un barniz con el que teñiremos un violín que me vas a ayudar a realizar.*

Un par de horas de sueño fueron suficientes para poder levantarme con un mínimo de dignidad con la que afrontar el complicado día que se me ponía por delante. Todavía tumbado, repasé mentalmente todo lo acontecido durante la noche, sobre todo los consejos de Fabio Andreattini. De un impulso salté de la cama y miré en la habitación de Danilo para cerciorarme de que aún dormía. Al ver que la medicación todavía estaba haciendo efecto y que roncaba plácidamente, bajé al taller. Apenas tenía hambre, de modo que me salté el desayuno.

Recogí un poco, barrí todo el suelo y me senté en la mesa de trabajo.

Esperaba que allí, en aquel mismo lugar en el que Danilo había tenido tantos buenos momentos, y también algunos malos, me viniera la divina inspiración, o al menos una leve orientación respecto de hacia dónde dirigir mis ideas.

Hice un rápido repaso a toda la información que había recopilado en todo este tiempo en Cremona: la historia de los famosos luthieres, la construcción del controvertido violín que fue presentado en el conservatorio, las ganas de Danilo por construir conmigo un nuevo instrumento... Ordené en mi mente la cantidad de personajes que había conocido: Renato Pisani, Lea, Gioconda di Luca, Remedio Muncher, Andrea Visconti, Fabio Andreattini, y muchos otros de los que recordaba sus caras pero no sus nombres. Hasta ahora yo había permanecido en una cómoda posición, absorbiendo información desde todos los frentes pero manteniéndome al margen de tomar decisiones e incluso de querer tomarlas. Pero todo había dado un giro. Ahora yo debería



convertirme en los ojos de Danilo Pavesi y, en cierta manera, y claro está con su permiso, en heredero de aquel taller y de aquel obligado compromiso. Plantearía a Danilo la idea de concluir su ambicionado violín.

En ello estaba cuando oí ruidos en el piso superior. Inspiré fuertemente y tiré hacia arriba.

*¡Vamos allá!*

Danilo Pavesi estaba intentando encontrar la puerta para salir de la habitación. Corrí hacia él y le agarré del codo.

–Por aquí –le dije en tono cariñoso–. ¿Tienes hambre?

–Un poco –soltó con un hilo de voz.

Avanzamos a paso lento hasta la cocina. Yo delante y Danilo detrás, agarrándome con su mano derecha para no perder la orientación, y le ayudé a sentarse frente a la mesa.

Tenía la cara desencajada y los ojos abiertos, aunque le costaba mantener la cabeza en una dirección. Buscaba desesperadamente un punto de referencia. A pesar de ver a un Danilo que nada tenía que ver con el del día anterior, encontré un atisbo de aceptación ante su tragedia. Era temprano para asimilarlo del todo, pero lo cierto es que no pensaba ni por asomo encontrármelo con esa relativa serenidad la mañana siguiente a perder la vista.

–¿Leche?

–Sí, gracias.

Serví un par de vasos y le acerqué uno de ellos hasta su mano derecha.

Danilo se llevó la leche a la boca, pero no acertó a la primera. Hizo un segundo intento, que también erró, y no fue hasta el tercero cuando logró beber algo de leche, aunque derramando unas cuantas gotas sobre su barbilla.

–Ya sabes, ensayo y error –me dijo para mi sorpresa.

Sonreí para que me oyese, contento por haber escuchado aquellas palabras de su boca. Le tendí una servilleta para que se limpiase.

–¿Qué tal te encuentras?

–Me duele la cabeza.

–Será del calmante que te ha dado el doctor.

–De eso y de otras cosas.

Viendo acercarse un momento de lamentación, di un giro a la conversación.

–He estado pensando un poco –inicié–. Supongo que es un poco precipitado, pero quería saber cómo tenías planteado que siguiésemos con el taller.

Danilo pareció reflexionar un poco.

–Como podrás entender, lo tenía decidido desde hacía tiempo, desde la primera consulta que tuve con Fabio, justo antes de marchar a buscarte a Salamanca.

–¿Me estás diciendo que sabías lo de tu enfermedad antes de ir a buscarme?

–En efecto, esa fue la razón principal de que fuese.

Aquella respuesta me sorprendió, aunque sólo a medias.

–Creía que habías ido porque te habías enterado de la enfermedad de mi tío –le recliné sin subir el tono de mi voz.

–Bueno, sí. Las cosas se precipitaron ante esa noticia, pero yo tenía el viaje programado antes. Apenas tuve que adelantarlo unos días, aunque cuando llegué ya era demasiado tarde... Lo cierto es que aproveché aquel momento para ocultar mi problema, por si acaso decidieras no venir conmigo.

–Creo que me has ocultado bastantes cosas, y que aún lo haces...

–Es cierto.

–¡Vaya! Pues empieza a contarlas todas, porque me estoy empezando a hartar de enterarme de todo a cuentagotas –añadí no sin cierto resquemor.

–Ahora no es el momento.

Me levanté de la mesa enfadado. Él me oyó y giró la cabeza hacia la dirección donde yo me encontraba.

–¿Y cuándo narices va a ser el momento? –le grité realmente enfadado.

Danilo hizo notar su superioridad con una frase tan rotunda que no me dio posibilidad de rebatirla.

–Será hoy mismo, cuando venga Lea.

–¿Lea? ¿Qué tiene que ver Lea en todo esto?

–Esta tarde, cuando venga, te lo explicaremos todo. Es justo que sepas toda la verdad.

Aquello me había descolocado.

–Y ahora, por favor, ayúdame a cambiarme. A partir de hoy tendrás que ser mis ojos –concluyó dejándome con la palabra en la boca.

No quise incidir, dado que Danilo había dado por concluida la conversación de forma tajante. Si algo había aprendido durante aquellos años era a estarme callado cuando la situación lo requería. Danilo no aceptaba una palabra después de que él hubiese zanjado una conversación. Era una manía suya que me crispaba.

Ambos dedicamos la mañana a asimilar el nuevo escenario. Marcos me ayudó a retirar objetos que pudiesen ser peligrosos para Danilo, e incluso colocamos una especie de barandilla en la bajada de la escalera para que no cayese rodando por ellas. En esencia, reacondicionamos la casa para la nueva situación. Danilo tuvo que aprender a orientarse sin sus ojos entre las habitaciones del piso superior, aunque tampoco supuso algo realmente

complicado, pues nunca le había gustado tener demasiados armarios ni trastos que molestaran.

Me pareció admirable cómo Danilo comenzó ese mismo día a dar solución, a través de su instinto y su ingenio, a situaciones tan cotidianas como atarse los cordones, colocarse los pantalones o incluso abotonarse una camisa. Del Danilo que habíamos visto la noche anterior no quedaba ni un atisbo, cosa que nos sorprendió enormemente.

Salí a por un poco de comida al mercado y regresé en el mismo momento en el que Lea llegaba al taller.

–No he podido venir antes –introdujo con voz presurosa.

–No te preocupes, nos hemos arreglado bien –la tranquilicé–. Anoche tuvimos un momento bastante malo, pero el doctor le dio un tranquilizante y pudo pasar bien la noche.

–¿Qué tal está ahora?

–Pues la verdad es que bastante bien, incluso animado. Pasa, se alegrará de verte –le dije sin pensar–. Vaya, todavía se me escapan estas expresiones.

Lea tenía una cara de sobresalto que no podía con ella. Sopesé en decirle que cambiase el rictus que marcaba su cara para que Danilo no lo percibiera, pero comprendí que era una tontería.

–Entremos –le indiqué mientras le cedía el paso.

Ambos llegamos al piso de arriba.

–Se encuentra en su habitación.

Lea se asomó con cautela a través del umbral de la puerta, evitando hacer ruido.

Danilo Pavesi estaba tumbado encima de la cama, con la mirada fija en dirección al techo. Mostraba una posición de relativa calma, aumentada por la posición de sus manos, las cuales descansaban entrelazadas sobre su vientre.

Si no fuese porque estaba totalmente seguro de que respiraba, me hubiese tirado hacia él para tomarle el pulso.

–¡No os quedéis ahí mirando! Pasad, tenemos que hablar durante un largo rato. Germán, por favor, trae de la cocina un par de sillas.

Lea y yo no abrimos la boca. A pesar de su mutilación, seguía manteniendo la dote de mando que siempre le seguía como una fiel dama de compañía.

Dos minutos después estábamos sentados al lado izquierdo del camastro. Lea había cambiado el gesto de la cara. Ahora estaba aún más desencajado que al llegar. Sin duda alguna, Danilo había abierto la boca una segunda vez cuando fui a por las sillas.

Un temblor me recorrió todo el cuerpo. El corazón me comenzó a galopar desbocado y la frente se me perló de sudor. Supe que por fin había llegado el momento de saber toda la verdad. Si Danilo había afirmado que me lo iba a contar todo, salvo que hubiese un terremoto que se lo impidiese aquella tarde yo saldría de aquella habitación sabiendo quién era realmente, qué es lo que quería Danilo de mí y cuál era el misterioso motivo para que Lea fuese invitada a aquella conversación.

–Germán, sabes que soy hombre de pocas palabras, pero con todo lo que tenemos que contarte ten seguro que este diálogo será largo. No dudes en interrumpirme para preguntar, pues habrá temas que quizá te cueste entender. Pero no te preocupes, tenemos toda la tarde para hacerlo. He mandado al pobre Marcos a por un cuarterón de garbanzos que le costará encontrar, por lo que en unas horas no nos interrumpirá –inició retrepándose sobre el cabecero de la cama.

–Tengo ganas de escucharte –asentí en tono conciliador.

Danilo dirigió su cabeza orientado por mi voz. Una vez que determinó el objetivo de su perorata, comenzó disculpándose.

–Quizá cuando terminemos de contarte todo no te guste lo que hayas oído, pero es lo que hay. Debemos hacerte saber quién eres realmente, te guste

o no –inició solícito–. Para comenzar, quiero pedirte disculpas por no haber sido del todo sincero contigo, Germán. Es más, me ha sorprendido que hayas aguantado tanto tiempo sin preguntar más dudas que las estrictamente necesarias.

Mal empezábamos. Aquellas palabras de Danilo eran sin duda el prelude de algo importante que podría cambiar de nuevo mi futuro.

–Pues bien, ha llegado el momento. Comenzaré justificando la presencia de Lea en esta habitación antes de remontarme unos años atrás. Creo que por peso y por dedicación, se lo debo.

Mi corazón continuaba bombeando sangre de modo descontrolado. Se me hizo un nudo en la garganta.

–Por si no te has dado cuenta, no ha habido día en el que Lea no haya aparecido por este taller. Esta dedicación sólo está justificada por una razón, y no es precisamente para que dominases el italiano, las matemáticas y las lecciones de vida que os ha impartido a Marcos y a ti.

Danilo Pavesi apenas me dio pie a profundizar en el significado de aquellas palabras.

–Durante todos estos años, conscientemente, te hemos ocultado la verdad –continuó decidido–. No quiero ni justificarme ni rogar que me perdones, puesto que si lo hemos hecho así ha sido por tu bien.

–¿Has dicho hemos?

–Así es, todos hemos sido cómplices: Froilán, doña Lucía, Lea, Renato..., y yo mismo, claro está.

Sentí como si me hubiesen colocado una locomotora encima de mi cabeza. Giré la cabeza en dirección a Lea y ésta la bajó avergonzada.

–¿Y Marcos?

–No, por Dios. Él no sabe nada.

Aunque sutilmente, aquello me reconfortó. Conociendo a Danilo, disipé toda decisión de enfadarme, pues no valdría la pena y entorpecería el resto de la conversación. Me quedé como un gato de escayola esperando que vertiesen sobre mí más cantaros de agua fría. No pude ni quise preguntar nada por el momento.

–Te hemos contado parte de la historia, pero no la historia completa. Atiende a lo que te voy a contar ahora porque es muy importante. Esta parte la haré todo de seguido y prefiero que no me interrumpas. Llevo largo tiempo construyendo esta conversación y no quiero dejarme nada en el tintero. Después, lo que quieras.

Asentí con la cabeza.

–¿Entendido?

–Sí–contesté para que me oyese.

–Yo no soy tu padre –volcó sobre mí con voz helada provocando un largo silencio en la habitación–. Tu madre, eso sí lo sabes, era Cecilia Etura, una maravillosa y bella mujer de Salamanca, con unos grandes ojos negros como los tuyos. Pero tu verdadero padre se llamaba Giacomo Viani. Era italiano, originario de una región cercana a Milán, un hombre leal y con una capacidad innata para sacar de los demás lo mejor que tuviesen, como hizo conmigo. Giacomo fue uno de los mejores violinistas que ha conocido Milán, llegando a ser primer violín de la Scala durante un tiempo. Lo conocí allí y nuestras vidas profesionales quedaron unidas para siempre a partir de aquel momento. Pero, al margen de los violines, también empezamos a compartir nuestros momentos de ocio. Giacomo conoció a tu madre en Madrid, durante el viaje que realizamos junto a Lea en busca del Guarnerius. Él fue la tercera persona que nos acompañó. Ella trabajaba como ama de llaves en la casa del dueño del Guarnerius. Fue un amor a primera vista, aunque breve. Fuiste engendrado en aquellos días que estuvimos en Madrid. Giacomo se volvió con nosotros, y Cecilia, al morir de sífilis el comerciante para el que trabajaba, se tuvo que volver a Salamanca. Allí naciste tú, en un barrio en el que la esperanza de vida era escasa y pasar de los diez años un milagro. Tu madre no tardó en enfermar. Tuvo un parto complicado que la dejó exhausta, lo que,

unido a las escasas medidas de salubridad, provocó que una infección se instalase en su cuerpo, enfermase y muriese cuando tú apenas habías cumplido el medio año de vida.

Danilo Pavesi paró para tomar aire. Lea se levantó de la silla y salió de la habitación. Regresó portando unos ojos rojos como brasas y un par de sobres amarilleados por el tiempo que me tendió con mano temblorosa.

—A través de una de esas cartas Giacomo se enteró de tu existencia. Prefiero que no la abras ahora, sino cuando estés preparado para leerla. A solas. Es algo muy personal. La otra es una carta dirigida a ti, que prometí entregarte de parte de Giacomo si él moría. La escribió un par de meses antes de morir.

Miré las dos cartas y me eché a llorar. No sabía por qué lo hacía, pues estaba más confuso que triste, pero fue la única reacción que acerté a tener. Lea me imitó de modo más sutil.

—Desahógate todo lo que quieras —me susurró Danilo—. Cuando creas que estés listo para que prosiga, me lo haces saber.

Danilo tenía muchas cualidades, pero no le adornaba la noble virtud de la compasión. Se mantuvo estático. Lea me tendió un pañuelo con el cual secarme las lágrimas y permanecí absorto unos cuantos minutos. Cuando me recobré se lo hice saber.

—¿Y Ricardo, el sastre al que fuimos a ver en la calle de la Rúa?

—Un gran actor —apuntó sin despeinarse—. Me pasé por su sastrería el día anterior a darle una generosa propina, pero incluso a mí me sorprendió su actuación. Creo que en ese momento te convencí del todo de que yo era tu padre. Tienes que entender que era la única manera de convencerte para que te vinieras conmigo. ¿Alguna duda más?

—Ninguna —dije sin apenas poder creer lo que oía.

—De acuerdo, prosigo entonces —extendió Danilo—. Tu tío Froilán y tu tía Elisa no podían hacerse cargo de una boca más que alimentar, por lo que te



entregaron en el hospicio bajo la tutela de Agustín, un buen conocido de la familia. Él te mantendría en aquel lugar hasta que tus tíos pudieran hacerse cargo de ti. La enfermedad de Agustín aceleró aquel momento. Por suerte, tu tío Froilán acababa de encontrar trabajo como empleado municipal y pudo mantenerte, mientras que tu tía Elisa se encargaba de las faenas de la casa y de tu cuidado. Por desgracia, no había pasado ni un año y medio de tu llegada cuando Elisa enfermó de cólera y apenas tardó un par de meses en fallecer. A partir de entonces, Froilán, harto de tantas calamidades, resolvió que te sacaría de aquel agujero. Empleando todas sus fuerzas y sus escasos medios económicos, consiguió que pudieses asistir a las clases de don Mateo para que empezases tus estudios.

Mucho antes de todo eso, y gracias a un conocido del ayuntamiento que trabajaba en Correos, tu tío pudo contactar con Giacomo. Tú aún eras pequeño y estabas en el hospicio. Froilán le envió dos cartas juntas. Una se la había dictado tu madre poco antes de morir. En la otra le exponía que no podía hacerse cargo de ti por las precarias condiciones en las que se encontraba, y le hacía saber que además aquel barrio no era sitio para ti. Así se enteró tu padre, y todos nosotros, de tu existencia. Como te puedes imaginar, para Giacomo tuvo un sabor agridulce. Por un lado quedó tremendamente ilusionado por saber que tenía un hijo, pero la muerte de Cecilia le provocó una enorme tristeza.

Danilo Pavesi hablaba fijando sus ojos por encima de mi frente, mirando a la nada, con unos ojos que apenas expresaban lo que me estaba contando. Tuvo cuidado en vestir su diálogo con tono conciliador, de manera que la terrible noticia de la muerte de mis padres quedase diluida en el ambiente de aquella habitación. Era innegable que aquello sabía hacerlo muy bien.

—¿Me sigues?

—Sí —contesté sofocando un gemido—. Continúa, por favor.

—Giacomo no había tenido nunca mucha suerte en el terreno amoroso, y la única persona de la que realmente se había enamorado era de tu madre, de la que jamás se había olvidado. Después de conocerla sus ganas de vivir y de

trabajar se multiplicaron. Cuando intentó encontrarla, ella ya se había ido de Madrid y no hubo manera de conocer su paradero. Entonces..., bueno, digamos que se trastornó. La noticia de que tenía un hijo con ella le ilusionó enormemente. Una vez superado el desconsuelo por el fallecimiento de Cecilia, su carácter volvió a cambiar de la noche a la mañana y a todas horas llevaba una radiante sonrisa labrada en su cara. De hecho, empezó a organizar con toda la ilusión del mundo el viaje que realizaría a Salamanca en tu busca. Esa vitalidad también se reflejó en el terreno laboral, y durante unos meses ejecutó sus obras con una maestría renovada. Esa energía nos la contagió a todos los que vivíamos a su alrededor. ¿Verdad, Lea?

Lea había seguido el discurso de Danilo como si nunca lo hubiese escuchado. Cuando alguien oye hablar bien de un familiar o amigo cercano, uno lo corrobora con una involuntaria sonrisa en la comisura de los labios, y cuando giré la cabeza en dirección a Lea ese era el gesto que estaba marcado en su cara.

–Así es, Germán –inició Lea–. Danilo no lo podría haber definido mejor. Giacomo nos contagió esa alegría. Comenzó a enumerar todo lo que haríais juntos: te mostraría Italia, desde el estrecho de Messina hasta Trento, y sobre todo te enseñaría a tocar el violín como el mismísimo Paganini.

–Pero todos esos sueños se esfumaron con su enfermedad –sentenció Danilo provocando un nuevo rictus de tristeza en la cara de Lea.

Danilo hizo lo propio, por crear un desacertado clima de misterio, volviéndose a acomodar sobre el cabecero de la cama.

–Una mañana de febrero, poco antes del concierto, yo había quedado con Romedio Muncher y con Giacomo para terminar de afinar el violín que con tantas penurias y esfuerzos habíamos logrado construir y habíamos enseñado al mundo. Cada vez que tu padre le arrancaba unas notas nos hacía retroceder hasta la edad dorada en la que Antonio Stradivari fabricaba sus violines. Pero aquella mañana no asomó por el taller. Le esperamos impacientes y preocupados, porque sabíamos que no se encontraba bien, pero no apareció.

Danilo mantuvo un silencio.

–Poco después supimos que Giacomo se había ido de Italia.

Abrí los ojos de par en par.

–¿Adónde?

–A Salamanca –repuso Danilo alzando la mano de modo apaciguador.

–¿En mi busca?

–Así es.

–Pero no me encontró.

–No, no llegó a encontrarte. Según me indicó tu tío Froilán en otra carta en la que me relataba el avance de su tuberculosis, Giacomo no había dado contigo.

Me quedé meditando un breve instante. Tenía sentimientos dispares. Lógicamente, estaba triste por toda la penosa historia que acababa de escuchar. Por otro lado, me había hecho ilusión saber que mi verdadero padre fue en mi busca. Finalmente, me sentía culpable por no sentir una pena mayor por su muerte, aunque lo cierto es que es difícil llorar a una persona a la que nunca has conocido.

–No creo que muriese feliz sin conseguirlo –añadió Lea con el semblante apenado.

–¿Sabéis si consiguió llegar a Salamanca?

Danilo Pavesi se relajó.

–Por supuesto que lo consiguió. Germán, ¿te acuerdas que en uno de nuestros paseos por Salamanca te hablé de un mendigo que tocaba el violín en la Plaza del Liceo? Era Giacomo.



Aunque se hacía tarde, decidí caminar un rato. Necesitaba algo de oxígeno. Lea se ofreció a atender durante un par de horas a Danilo, por lo que me despreocupé durante ese rato de su cuidado y aproveché para reflexionar sobre la conversación acaecida minutos antes, de la cual, por cierto, todavía estaba tremendamente aturdido. Salí en el preciso momento en el que Marcos llegaba al taller.

–¿Dónde vas con tanta prisa? –me preguntó cuando pasé a su lado.

–A caminar un rato –le contesté sin apenas mirarlo–. Nos vemos en un par de horas.

Salí de Cremona sin un rumbo fijo que marcara mis pasos ni mi destino. Caminé porque mis pies así lo hacían, y cuando me quise dar cuenta la ciudad se rendía a mi espalda, apaciguada ante un atardecer de cuento.

*¿Quién era yo realmente?*

Recapitulando, era hijo de un malogrado violinista y de una desdichada sirvienta que había muerto en el peor de los barrios de Salamanca. Ése era yo realmente, y a decir verdad no es que me importase. Lo que realmente rasgaba mis entrañas era el tener que haberlo sabido de aquella manera y después de tanto tiempo. Ni mi tío Froilán, ni doña Lucía, ni Lea... Nadie me lo había dicho hasta ahora. Aunque me dolía, tampoco les culpaba. Al fin y al cabo, todos habían cuidado de mí, no sé muy bien por qué.

Continué arrastrando mis pies sin ninguna gana hasta apostarme debajo

de un árbol junto a un camino poblado de hojarasca, entre plantas marchitas, aunque alguna aún mantenía algo de vida gracias al riego compasivo del rocío. Los edificios de la ciudad se recortaban con tiralíneas ante un cielo ámbar desdibujado de nubes, y el tañido amortiguado de las campanas del Duomo susurraba en mis oídos acompañado del cantar de las cigarras. Cerré los ojos, aspiré una amplia bocanada de aire y la solté suavemente en un intento de calmarme. No lo logré. Deduje que quedaría una media hora hasta que anocheciera, por lo que me apresuré en abrir la primera carta.

El sobre gimió al rasgar uno de sus laterales. Dentro, un par de hojas manuscritas decían así:

*Salamanca, 6 de febrero de 1890.*

*Querido Giacomo:*

*Nunca he escrito nada antes, porque, entre otras razones, no sé hacerlo. Esta es mi primera y seguramente última carta. Durante toda mi vida, la responsabilidad de alimentar bocas suplió toda educación, por lo cual son las manos de mi hermano Froilán las que suscriben lo que sale de mi boca.*

*A veces pienso que un año es demasiado tiempo para decidirme a contarte lo que vas a leer en estas líneas. Doce meses durante los cuales no hemos tenido noticias el uno del otro. En este tiempo han ocurrido muchas cosas que quiero que sepas, unas buenas y otras malas.*

*En el terreno positivo quiero contarte, porque creo que tienes derecho a saberlo, que fruto de nuestro bonito encuentro en Madrid me traje una parte de ti en mi vientre. Sí, has leído bien, Giacomo. Tienes un hijo al que quizá quieras conocer. No quiero reclamarte nada, tan sólo pretendo que conozcas su existencia y que juzgues tú lo que quieres hacer. Se llama Germán, tiene tres meses y es un niño fuerte y sano, por lo menos hasta la fecha. En apariencia se parece a mí; pero hay algo en él que me recuerda tremendamente a ti, quizá esa expresividad tan italiana que tiene al batir los*

*brazos mientras pide comida.*

*Como contrapartida, tengo que decirte que yo no gozo de tan buena salud. Poco después de que os marcharais a Italia, el señor Lafuente murió de sífilis. No era de extrañar, dado que los violines y las meretrices le gustaban a partes iguales. Entonces me quedé sin trabajo, embarazada y sola en Madrid. Con este panorama, junto a la fuerte depresión que arrastra este país, no tuve otra opción que regresar a Salamanca, mi hogar de toda la vida. Pero este suburbio en el que vivo ha acabado conmigo. Las condiciones de salubridad son precarias, y raro es el mes en el que no fallece alguien.*

*Dios ha querido que tocase mí hora, Giacomo. Una infección se ha apropiado de mí y me está ganando la partida. Por sí esto no fuera bastante, en mi casa no podemos alimentar una boca más. Sin mis ingresos no podemos mantener de forma digna a Germán, por lo que nos vemos en la obligación de llevarlo a un hospicio por medio de un amigo de la familia llamado Agustín. Supongo, y confié en ello, que allí tenga más posibilidades de sobrevivir que en este maldito arrabal. Lo hago con una pena tremenda, pero no veo mejor futuro para él.*

*Para cuando recibas esta carta yo habré fallecido. Es duro decirlo, pero así es la vida. No queda irme sin que supieses de la existencia de Germán. Creo que él se merece una oportunidad, y ese regalo, hoy por hoy, únicamente se lo puede dar su padre.*

*Me despido para siempre de ti: Giacomo. Nuestra historia fue tan breve como bonita y, como puedes ver, fructífera. En el reverso de la carta te mando la dirección del hospicio y la persona que se encargará de dar alimento y cariño a Germán a partir de ahora.*

*Espero de todo corazón que quieras y puedas conocer a tu hijo, y sobre todo que lo mimes como a uno de tus violines.*

*Te quiere, Cecilia.*

*Ciao.*

Cuando terminé de leer la carta aún me temblaban las manos. Intenté componerme, pero no pude. Me desmoroné, ahogando mi impotencia en unos gemidos de angustia. Me resultaba increíble cómo aquellas palabras de alguien a quien no había conocido me llegasen tan dentro y despertasen en mí intensos sentimientos de pena, nostalgia y desolación.

Dejé la carta de mi madre a un lado y continué con la de Giacomo. Estaba cerrada, y mi nombre estaba escrito en el sobre con una caligrafía intachable. Rasqué su parte superior y extraje una hoja manuscrita y una partitura cuyos contornos el tiempo había amarilleado.

La carta estaba escrita en italiano. Decía lo siguiente:

*En Cremona, en el día del señor de 21 de septiembre de 1895.*

*Hola, Germán, mio figlio.*

*Me resulta extraño compartir sentimientos y emociones con alguien al que quiero aun sin conocerle, pero he de reconocer que esta carta que ahora lees está dictada con la esperanza de que algún día llegue a ti, y así pueda compartir estos sentimientos contigo.*

*Tras leer esta pequeña presentación te preguntarás qué es lo que quiero de ti o por qué me dirijo a ti tan a destiempo. Empezaré contestándote lo último, pues es más fácil de exponer: me hubiera gustado haber recibido la carta de tu madre mucho tiempo atrás, pero lamentablemente llegó a mis manos hace apenas seis meses. Si haces un rápido cálculo mental te habrás dado cuenta que desde la fecha en la que Cecilia escribió la carta hasta que la he recibido han pasado muchos años. Sin duda, un tiempo perdido en el que ambos desconocíamos nuestra mutua existencia.*

*Podría describirte con miles de palabras cada minuto que estuve con ella en Madrid. Fue tan intenso que casi ni recuerdo la razón de mi viaje. Apenas estuvimos juntos una semana, pero a mí me pareció un lustro. Te explico todo esto para que no pienses que fue un romance de una noche del que no quedó ningún recuerdo.*



*Germán, tu madre me hizo enloquecer. Sacó lo mejor que yo tenía dentro, no sólo como persona, sino también profesionalmente. Avivó una llama que no sabía que poseía en mí interior. Tras conocerla, mis giras comenzaron a llenar los auditorios hasta los pasillos. Cada vez recibía más peticiones para realizar nuevos conciertos, y en cada uno entregaba todo de mí, hasta la extenuación, y el público me lo agradecía con interminables aplausos. Todo eran elogios, aunque con tanto viaje apenas sí me quedaba tiempo para centrarme. Tardé mucho tiempo en darme cuenta que necesitaba parar y agradecer a Cecilia todo ese éxito.*

*Debido a la muerte de Bernardo Lafuente, el comerciante de Madrid para el que tu madre trabajaba, me resultó imposible localizarla. Me volví loco sólo de pensar que nunca volvería a verla, y hacer la mejor de las composiciones para ella se convirtió en mi obsesión. Me encerré durante meses en mi casa de Cremona, la cual por cierto, quedará en tus manos. Las noches se convirtieron en el decorado de mi estudio; componía hasta el alba, hasta caerme rendido encima de la mesa. Dormía por el día, y aunque Lea se ocupaba de traerme comida, apenas la probaba.*

*Las semanas pasaban y yo no conseguía avanzar al ritmo que quería. Mis fuerzas empezaron a flaquear de manera notoria, hasta que un día Lea me encontró tirado en el suelo. El doctor Andreattini me aconsejó que descansase, pues de lo contrario enfermaría. Sin embargo, yo sabía que ya estaba infectado por la mejor de las enfermedades: el amor. Apenas atendía los consejos del doctor, por lo que en pocos días caí enfermo. Mi cuerpo se había quedado sin defensas, y una noche de invierno, mientras componía, el frío puso su brazo en mis hombros y ya no me soltó nunca. Un resfriado dio paso a un catarro, y éste se transformó en una neumonía. Ya no hay marcha atrás. El doctor no sabe cuánto aguantaré, aunque intentaré que sea mucho para poder disfrutar de ti.*

*Si lees esta carta querrá decir que no logré mi propósito, que no es otro que ir a Salamanca en tu busca y encontrarte. Hubiese deseado de todo corazón haberte contado todo esto directamente a ti ¿Quién sabe? Ojalá lo consiga.*

*Si hay algo que me duele es pensar que puedo partir de este mundo sin haberte conocido, Germán. Sin embargo, si así sucede, me iré con la certeza de saber que Danilo y Lea cuidarán de ti y te entregarán a su debido momento este sobre, junto con la partitura que compuse para tu madre. Se titula Cecilia, en honor a ella, y es la mejor herencia que te puedo dar. Esta partitura sólo se ha interpretado una única vez y fue aquí en Cremona. Provocó la mayor ovación que he oído jamás. No fui yo quien la interpretó, sino Lea.*

*Mi buen amigo Danilo me ha prometido que se empleará a fondo contigo. Te enseñará su oficio, el de luthier, para que realices el mejor de los violines y puedas algún día interpretar este homenaje a tu madre en forma de partitura.*

*Quiero que llegues a donde nadie ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta partitura, queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.*

*Me despido con un hasta siempre, aunque deseando que sea un hasta pronto.*

*Un abrazo de tu padre, Giacomo.*

Las emociones se amontonaron nuevamente en mi interior, atándome de pies y manos hasta dejarme inmóvil. Permanecí llorando hasta que se hizo de noche. Esta carta era el nexo de unión que necesitaba para comprenderlo todo. Las últimas piezas del puzle de mi vida estaban en aquella carta. Era una misiva sincera y desgarradora, que exponía una cruel ironía, y es que el amor hacia mi madre había acabado con la vida de mi padre, le había envenenado y había sacado lo mejor de él antes de mandarlo a su lado, allá en el cielo. Cogí la partitura, el motivo por el cual Giacomo dejó todo a un lado para darle a Cecilia la ofrenda de amor más bonita que se pueda dar. La apreté contra mi pecho y dirigí mi mirada hacia el cielo, esperando que alguna de las estrellas que comenzaban a brillar en el firmamento me mostrase algún guiño de

complicidad por parte de alguno de mis padres. Finalmente, tras sosegarme bajo el oscuro telón de la noche, regresé a casa con el firme convencimiento de hacer cumplir la última voluntad de mi verdadero padre.

El día siguiente transcurrió tranquilo. Danilo se encontraba muy cansado, por lo que delegó en mí el inicio de la organización del taller. Terminé de pegar un par de mástiles que tenía pendientes y empecé a poner en orden y a mi gusto el obrador, reorganizando las herramientas sobre un tablero y despejando la zona de trabajo para que la luz incidiese más directamente. Lea vino por la tarde, como todos los días, a darnos la clase de italiano y algo de historia, pero yo preferí invitarla a dar un paseo por la plaza del Duomo.

Ambos caminábamos sin dirigirnos la palabra, como si estuviésemos preparando mentalmente la conversación que inevitablemente iba a surgir.

—¿Te apetece un vaso de leche? Hace fresco, así que será mejor que nos metamos en el Café Portici Del Comune.

—Por mí perfecto —asentí.

El local estaba casi vacío, pues apenas una docena de personas se repartían en mesas dispersas. Cerca del mostrador dos parroquianos deliberaban sobre política, apuntalados sobre dos vasos de vino ya vacíos, mientras el camarero zarandeaba aburrido la bayeta por la barra de roble.

Nos sentamos en uno de los veladores con vistas a la plaza y pedimos nuestra consumición. Una vez que el empleado se atrincheró de nuevo tras la barra iniciamos nuestra tertulia.

—Debió ser una persona maravillosa, ¿no?

Lea comprobó que iba directo al grano, sin rodeos.

—Lo fue. Tanto en el terreno personal como profesional, Giacomo era único.

Miramos a través de la ventana, mientras unos chiquillos algo más

pequeños que yo corrían por la plaza empujando una rueda de bicicleta.

–Creo que te debemos una disculpa.

–Siéntete perdonada. Únicamente puedo sentir agradecimiento hacia vosotros.

–Gracias, Germán.

Un calmado silencio se volvió a aposentar entre nosotros, roto tan sólo por el alboroto de los dos hombres que dialogaban distendidamente sobre el mostrador, a los cuales el acicate del vino les engrasaba la lengua.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Aprender para poder acabar lo que iniciaron Danilo y Giacomo.

Lea arqueó ligeramente las cejas. Entendí con ello que no sería fácil llevar a buen término la idea que acababa de pronunciar.

–Te va a resultar muy difícil, Germán. Hacen falta muchos años para lograr ser un buen luthier.

–Bueno, tú ya dirigiste un taller. Podrás ayudarme –dije mirándola a los ojos.

Lea dio un delicado sorbo a su café con leche.

–Todo lo que necesitas lo tienes en el taller de Danilo.

–No todo –objeté.

–¿Qué más te hace falta?

–Experiencia –maticé rotundo–. Me lo acabas de decir tú hace un momento.

–Te la dará el tiempo.

–Sabes que no es cierto, Lea. Necesito un nuevo maestro, y tú conoces

lo suficiente el oficio como para aconsejarme respecto hacia dónde tengo que dirigirme. Lea se quedó pensativa, removiendo lentamente la cucharilla en su taza, creando un ahogado tintineo.

–No es a mí a quien necesitas. Creo que...

–Es a Romedio, ¿verdad? –me adelanté.

Lea asintió sin dejar de mover la cuchara.

–Sí, Germán. Él es el único que puede ayudarte. Recuerda que ya construyó una vez ese violín.

–Aquella noche triunfaste, ¿no es cierto?

Lea puso cara de sorpresa, y yo aproveché para sacar del bolsillo interior de mi chaqueta la partitura que Giacomo me había dejado en herencia. La extendí sobre la mesa para que Lea la viese. La miró fijamente unos segundos y después comenzó a llorar desconsolada/ acariciando con su índice una de las esquinas del pentagrama.

El llanto de Lea fue subiendo de tono hasta hacer callar a los dos hombres de la barra. Uno de ellos se acercó hasta nuestra mesa.

–Disculpe, señorita. ¿La está molestando este joven?

Lea sacó un pañuelo de su chaqueta y empapó sus lágrimas sobre él.

–No, no, para nada. Gracias de todos modos por su interés.

El hombre nos miró con desconcierto y reuló nuevamente hasta la barra.

Tras unos segundos en los que procuró recuperarse, contestó:

–Sí, querido Germán. Aquella noche triunfé.

–Debió ser maravilloso.

–Mucho –asintió consiguiendo esbozar una ligera sonrisa–. Cuando

terminé de interpretar esta partitura, durante los primeros segundos nadie se movió, y un silencio tan pesado como el plomo me hizo creer que había fracasado, que todo aquello no había servido para nada, ni la construcción del violín, ni las horas que Giacomo había dedicado a componer, ni mis ensayos... De pronto empezaron a surgir tímidos aplausos de diversos asientos, que poco a poco fueron aumentando hasta que todo el auditorio se puso en pie para aplaudir. Tenías que haberlo visto, Germán. Los vítores se escucharon durante casi veinte minutos. Fue realmente increíble. Nunca había visto nada semejante. Aquella noche triunfamos todos: Remedio, Renato, Danilo, Cecilia desde el cielo..., y también yo.

–Todos menos Andrea Visconti –contesté atando cabos.

–Eres muy listo para tener sólo catorce años. Quizá te he subestimado –alegó soltando la cucharilla sobre la taza–. Pues sí, todos menos Andrea Visconti.

–Cuéntame qué pasó después.

Lea asintió.

–Los rotativos del día siguiente llenaron sus portadas con noticias sobre la presentación del violín. Todo eran elogios y buenas palabras. No sólo se hizo eco de ello la provincia, sino toda Italia y parte de Europa, ya que entre el público se encontraban numerosos periodistas, reputados musicólogos e importantes críticos musicales llegados incluso desde España. No sólo alabaron el sonido tan exquisito del violín, sino que tampoco escatimaron en elogios hacia la partitura que Giacomo había compuesto, *Cecilia*. Algunos la compararon con obras maestras de compositores del siglo XVIII, situándola en el mismo escalón. Por otro lado, sobre Andrea Visconti cayeron feroces críticas, tachándole de no estar a la altura del concierto y de ser uno de los peores directores que el Teatro Della Comune había tenido.

Solté un silbido al aire.

–La popularidad de Visconti se derrumbó como un castillo de naipes. Las críticas enterraron su figura, y al cabo de un mes exacto fue relegado del

cargo. Como te puedes imaginar, esto le enfureció muchísimo, ya que hasta la hecha había sido intocable. Sabía perfectamente que este golpe lo había herido de muerte.

Me mantuve expectante a la espera de que Lea continuase con la exposición. Ésta llamó de nuevo al camarero, el cual se acercó rápidamente, atusándose el pelo de manera mecánica.

–Otro café con leche, por favor. ¿Quieres algo más, Germán?

No, gracias.

Tras un par de minutos, durante los cuales nos mantuvimos contemplando la partitura que teníamos delante, llegó el café.

–Sigue, por favor –pedí a Lea después de que se hubiese echado tres cucharadas de azúcar.

–Lo que pasó a continuación sólo son suposiciones, pues nunca se logró confirmar nada. Al día siguiente de que tu padre saliese de Cremona en tu busca, Andrea Visconti también se evaporó, igual que el preciado violín del taller de Romedio. Quizá fuera coincidencia, aunque los serios indicios que relacionaban a Andrea Visconti con el robo hicieron sospechar al inspector Contini, quien realizó una exhaustiva investigación; sin embargo, nunca pudo probar nada.

–¿Me estás diciendo que el hombre que entró hace unos días al taller es el mismo que robó el violín que Danilo y Romedio fabricaron?

–No te precipites, Germán. Te repito que nunca se probó nada. Todo son rumores que circulan entre nosotros. Eso sí, esos rumores tienen un fundamento, pues después de que la prensa machacara a Andrea Visconti, éste hizo unas declaraciones en público alegando que trituraría aquel violín que había acabado con su carrera.

–Pues parece que lo consiguió –añadí–. Cuando fuimos al taller de Romedio, uno de sus aprendices trajo el violín desmenuzado, alegando que momentos antes Andrea Visconti lo había dejado en la puerta del taller.

Lea puso cara de difunto.

No quise perder más tiempo, y al día siguiente conversé largamente con Danilo respecto a mi decisión de continuar su labor, contando con la ayuda de Romedio.

–Déjame que hable con él –se señaló pausado y un poco incómodo–. En unos días te contesto. Tal y como me había prometido, la respuesta no tardó en llegar.

–En principio no ha puesto objeción alguna. Eso sí, como Romedio no tiene espacio físico en su taller para que trabajes allí, y dado que ya no eres ningún principiante, sino que tienes la suficiente experiencia como para fabricar un violín, trabajarás en nuestro taller y él supervisará tu trabajo cuando lo finalices o siempre que te surjan dudas. ¿Has pensado ya cuándo vas a empezar a construirlo?

–Bueno, antes quiero construir un par de violines para dar rienda suelta a mi instinto. Luego comenzaré con él.

Danilo arqueó las cejas.

–¿Has dicho instinto?

Sonreí en alto, para que me oyese.

–Sí. Danilo. Mi corazón está ahora tranquilo, después de saber toda la verdad. Con esta paz interior, creo que ya no tengo ningún obstáculo que me impida desarrollar todo mi potencial. Se lo debo a mis padres..., y a ti.

La cara de Danilo mostró relajación y cierto beneplácito ante mis palabras. Quizá ese había sido el punto de inflexión que tanto tiempo habíamos estado esperando para que verdaderamente pudiera empezar a construir violines desde el corazón, no desde las manos.

–Sí, Germán. Ahora creo que estás listo para construir uno de los mejores violines que se hayan creado en Cremona –declaró tendiéndome su mano.



Otros dos años pasaron raudos. Nada se volvió a saber de Andrea Visconti. Se había evaporado como un fantasma, y salvo el ayudante de Romedio y yo mismo, nadie lo había visto. Sin embargo, Renato Pisani no estaba nada tranquilo al respecto, y en ocasiones así me lo indicaba.

—Andrea Visconti está tramando algo. Estoy seguro de ello.

Marcos había entrado de aprendiz en el taller de un reputado ebanista de la Piazza San Domenico, la misma en la que Stradivarius había instalado su taller. Apenas si nos veíamos unos minutos durante la cena, aunque sí me comentó que había comenzado a salir con la muchacha del mercado que tiempo atrás me había declarado que le robaba el corazón.

Danilo Pavesi continuaba dando vueltas por casa, La sensación de vergüenza todavía pesaba sobre sus estrechos hombros, y por ello, aunque había asumido plenamente su condición de oscuridad, en raras ocasiones salía a la calle, y casi siempre acompañado por Lea. Durante las sobremesas, Lea le recitaba las crónicas de los periódicos acerca de la marcha de la política en la revuelta Italia. Lea y Renato se acercaban casi todos los días al taller, a veces para acompañarme y raras veces para dificultar mi labor, pues ambos sabían lo importante que era mi concentración y solían mantenerse al margen para que yo desplegara toda mi experiencia en un mismo punto: la construcción de aquel sueño.

El discurrir de los días era un incesante trajín entre el taller de Danilo y el de Romedio. Sus sabios consejos se convirtieron en órdenes para mí. Diversas piezas ya concluidas terminaron en la estufa consumidas por el fuego, pero esta vez arrojadas por mí mismo. Me afané en realizar cada pieza como si me fuese la vida en ello. Terminé el primero de los dos violines que me iban a servir de muestra en un corto espacio de tiempo, e hice decenas de pruebas de barniz hasta conseguir el tono ámbar de los amaneceres de Salamanca que Danilo había traído grabado en la retina y que se había esforzado tanto en transmitirme. Apliqué este barniz, en un proceso que duró semanas, en el segundo de los violines, que también fabriqué raudos. Danilo, lógicamente, no pudo ver los matices de ese barniz, pero cuando Lea y Renato

se lo describieron, confirmó entre lágrimas que estaba orgulloso de mí.

Tras afinar ese último violín se lo mostré a Romedio. Lo cogió por la voluta y le dio varias vueltas, observándolo bajo todos los ángulos y posturas. A continuación entró en su pequeña oficina y sacó un arco anticuado y usado mil veces. Se metió el violín bajo el mentón y comenzó a arrancarle notas. Sus ojos se cerraban y abrían al compás, quizá para absorber de modo más natural todos aquellos sonidos.

Tras unos minutos, alzó el violín a contraluz y comenzó a escudriñar cada recodo, tamborileando con los dedos en varias zonas de la tapa y el fondo. Deslizó la yema de los dedos sobre el barniz en busca de imperfecciones y, finalmente, con un ritual que exasperó mi paciencia, soltó:

—¿Cuánto tiempo llevas ejerciendo el oficio de luthier?

Hice un rápido cálculo mental mientras me devolvía el violín con sumo cuidado.

—Seis años, más o menos.

La expresión de su cara denotó admiración, aunque no supe valorar si eso era positivo o negativo. A continuación me preguntó:

—¿Has comenzado ya la realización del violín definitivo?

—No, señor. Estaba esperando a que me usted me diese su opinión sobre éste que acaba de ver.

Romedio Muncher se dejó caer mansamente sobre un taburete situado frente a su mesa de trabajo. Una nube de polvo lo abrazó. Yo estaba esperando un profundo análisis al respecto, que incluyera indicaciones y una amplia lista de defectos a mejorar. No en vano, aquel viejo luthier era un hombre sagaz con las palabras, y no vacilaba en usarlas. En cambio, aquel día fue más escueto que nunca. Con una voz profunda, aquietada pero firme, pronunció unas palabras que jamás olvidaría:

—Germán. No tengo nada más que enseñarte. A partir de ahora puedes

volar solo.

En el amanecer del 19 de febrero de 1910 concluí el violín. Habían pasado exactamente tres años, cuatro meses y doce días desde que Remedio Muncher me dijera aquellas palabras.

En este lapso de tiempo habían ocurrido muchas cosas dentro de la casa. Danilo Pavesi se había sometido con resignación a su impuesta negrura, si bien su humor iba transformándose a medida que los días avanzaban. Si bien nunca fue excesivamente hablador, sí que era firme y resuelto en la exposición de sus peroratas, pero ahora había dado un giro de ciento ochenta grados, mostrándose ausente. Pasaba largos períodos de tiempo callado y deambulaba por la casa a medio camino entre las sillas de la cocina y su cama. Comía lo justo y apenas bajaba al taller, lo cual, egoístamente, no me desagradaba, pues así me permitía mantener a raya mi concentración. Al principio me costó aceptar aquel declive en su talante, pero poco a poco fui asumiéndolo como algo normal, especialmente en su caso. Sus ojos habían sido el pilar fundamental de su trabajo, y privarle de ese sentido debía haber sido para él peor que la propia muerte.

Marcos continuaba trabajando como ebanista y había consumado su relación con Sofía, la chica que había conocido en el mercado del Fiume. Había alquilado una habitación en una ruinoso pensión a las afueras de la ciudad y poco a poco nos habíamos distanciado debido a nuestros deberes. De hecho, durante los últimos meses nos habíamos visto espaciadamente, y porque habíamos coincidido en la calle. La última vez fue cerca de la Piazza Roma. Iba acompañado por Sofía, y mantuvimos un corto pero vivo diálogo.

–Nos casamos –me soltó de sopetón.

Su novia se ruborizó de modo inocente. Compartía muchos rasgos físicos con Elena Greiner: ojos negros como el azabache, redondos y vivaces, una cara redonda y salpicada de pecas sobre una tez tostada al aire libre, y unos tirabuzones que colgaban de forma graciosa a ambos lados de las orejas. Estaba claro que el estereotipo de mujer que Marcos buscaba era el del amor de su niñez.

–¡Enhorabuena! –exclamé sincero aunque sorprendido–. Me alegro por vosotros. No sabía nada.

Marcos se desvivió en descripciones de cómo sería la boda. Resumiendo sus palabras, se celebraría en un par de meses en la Iglesia de Santo Omobono. Aunque no contaban con mucho dinero, la imaginación pondría el resto. Tras darse el sí quiero en una ceremonia íntima, el convite se haría en el terreno de un familiar de Sofía a las afueras de la ciudad, que engalanarían con coloridas flores y donde montarían cuatro tablas. Por supuesto, Lea, Danilo, Renato y yo estábamos invitados.

–¿Podrías convencer a Renato para que nos amenizase él la comida? Andamos un poco justos de dinero para contratar a algún músico –expuso casi con vergüenza.

–Eso está hecho. No hay nada que más le guste a Renato que hacer feliz a la gente mediante sus melodías. Además, no podrías elegir mejor músico.

La mañana del día de la boda de Marcos y Sofía volvía a llover a mares, como si casi todos los momentos importantes de nuestra vida estuvieran marcados por ese fenómeno atmosférico. Corría el mes de abril, y tras varios días primaverales que hacían presagiar un agradable fin de semana, el viernes por la noche unos oscuros nubarrones cercaron la ciudad y no la abandonaron hasta el lunes. Había muy pocos invitados: doce por parte de la novia y menos aún por parte de Marcos; Danilo, Lea, Renato y yo mismo, aparte de su maestro ebanista y un compañero de taller.

Debido a la incesante lluvia, los novios tuvieron que cambiar de planes, y en vez de celebrar la boda en la finca familiar decidieron hacerla bajo techo, en un local cercano a la iglesia que hasta el momento se había usado como almacén. El sábado por la mañana, antes de que comenzara el evento, Lea y yo fuimos a echar una mano a los novios, para vaciar el cobertizo y acomodar la estancia para que estuviese digna para la celebración de ese día. Marcos estaba echo un ovillo de nervios. Había alquilado un modesto traje en una sastrería de la Via Solferino y se había cortado el pelo, rasurado la barba de semana y media que siempre llevaba dibujada en su cara y olía a colonia que tumbaba.

—Empezamos bien, ¡mira qué tiempo de perros! —se lamentó mientras acomodábamos un par de tableros que harían de asiento.

—Todo saldrá bien, tontorrón. Ya verás.

Marcos tornó los ojos un poco crispado.

—Al menos, no creo que salga peor que la última vez que regalaste flores a una chica... —le lancé riéndome a carcajadas—. ¿Recuerdas cómo ibas disfrazado? Contagié la risa a mi amigo, y soltamos unas carcajadas al unísono.

—¡Elena Greiner!

—La misma.

—¡Fui un imbécil! —expresó jubiloso.

En ese momento di un fuerte abrazo a Marcos. Quizá porque intuí que lo necesitaba, aunque seguramente yo más aún. En cualquier caso, nos sirvió a ambos para encontrarnos de nuevo después de tanto tiempo.

—Me alegra mucho que hayas encontrado a tu media naranja, Marcos. En serio, estoy feliz por ti.

Marcos me miró como pidiendo perdón, y en su mirada deduje que había cierta preocupación por el hecho de que yo no supiese aún qué era el

amor. Antes de que dijese nada, me adelanté a decir:

–No te preocupes por mí. Yo también he encontrado a mi media naranja. Te la presentaré más tarde, después de la comida –sentencié ante su asombro.

Marcos arqueó la cejas y quiso hablar, pero le dejé con la miel en los labios y desaparecí hacia el taller. La iglesia de Santo Omobono quedaba en una pequeña plaza adoquinada que llevaba su mismo nombre y que había servido de fosa común durante la peste de 1630. Dicho santo era el patrono de la ciudad, y se le considera protector de los mercaderes y de los sastres. Fue canonizado en 1199, sólo dos años después de su muerte, casualmente gracias al obispo Sicardo de Cremona. Ambos estaban esculpidos en mármol rojo a ambos lados de la puerta.

–¿Ese Sicardo tiene algo que ver con la calle del taller? –pregunté inocentemente a Lea señalando una de las esculturas.

–¿Tú que crees? –me preguntó entornando los ojos.

Fue una ceremonia breve. Marcos y Sofía estaban radiantes bajo la cúpula pintada al fresco con la Gloria de Santo Omobono. Una vez concluida la ceremonia enfilamos bajo un tupido aguacero hasta el improvisado almacén.

La comida fue abundante. Sencilla, pero suficiente en calidad como para satisfacer cualquier paladar. Tras cortar la tarta llegó el momento del baile. Marcos y Sofía habían arrinconado el mal humor debido al tiempo y estaban disfrutando inmensamente de su gran día. Todos sin excepción nos desvivimos para que aquella boda fuese inolvidable. Llegados a este punto, busqué con la mirada a Renato y le guiñé un ojo. Éste se deshizo de su cigarrillo y se levantó de su asiento, aupándose a una improvisada tarima realizada con cajas de madera.

La melodía comenzó a inundar el cobertizo, planeando suavemente por todos los rincones. Como una melodía hipnótica, fue adhiriéndose a cada uno de nosotros, provocando que todos se detuviesen a escuchar semejante obra.

Marcos y Sofía, que estaban bailando, se quedaron paralizados ante la belleza de la composición. No era para menos. Renato sabía arrancar de aquellas cuerdas el mejor sonido. Pero sin duda alguna, de las personas que allí nos encontrábamos la única que supo en verdad apreciar aquel sonido fue Danilo Pavesi.

Inicialmente se mantuvo pensativo, dirigiendo la cabeza hacia el origen del sonido, ligeramente escamado. A continuación se levantó para captar mejor aquellos acordes. Tras escuchar un largo rato con detenimiento la actuación de Renato, rompió a llorar, y cuando la obra hubo cesado se dejó caer como un saco roto sobre su asiento y se llevó las manos a su cara.

–¡Germán! –exclamó con un sonido ahogado–. ¡Germán!

Me acerqué y posé mi mano sobre su espalda.

–¡Lo has conseguido! –afirmó levantando la cabeza.

Una nueva luz había iluminado su cara a pesar de la llorera.

–¡Has conseguido acabarlo! –repitió emocionado.

–Sí, Danilo. Ha costado, pero lo he concluido. Ahí está, tocando *Cecilia* para ti.

–Si tu padre lo oyese... Ten por seguro que estaría orgulloso de ti.

Me emocioné y arranqué a llorar al igual que él.

–Seguro que lo está oyendo –oímos a nuestra espalda–.

Gracias, Germán. Esta maravillosa obra bendecirá nuestra boda. Gracias de corazón.

–De nada, Marcos –le contesté enseñándole mi violín–. Te presento a mi media naranja.



Una soleada tarde, meses después de aquella boda, decidí dejar mis quehaceres para dar un agradable paseo. Cuando regresaba hacia la ciudad, por el mismo camino vecinal que varias veces recorrí con Marcos, me fijé en una columna de humo que ascendía lentamente, perdiéndose en el cielo. Afloraba entre los tejados de Cremona, al tiempo que las campanas repiqueteaban veloces en señal de alarma. *Otro incendio*, pensé. No era extraño que se produjesen accidentes en aquellos días de noviembre. El inicio del uso de las chimeneas en el interior de las casas era un riesgo en estas fechas. De hecho, en lo que llevábamos de ese otoño al menos dos viviendas habían ya ardido como piras.

Según me iba acercando fui ubicando el origen del incendio, haciendo un rápido cálculo mental que me produjo un nudo en el estómago.

Empecé a correr como nunca había corrido antes.

El resplandor anaranjado cubría el barrio, rebotando contra las paredes de las casas. Cuando torcí y me introduje en la Vía Sicardo una bofetada de calor me golpeó en plena cara. El humo se hacía cada vez más molesto según me iba acercando. Varios vecinos habían hecho una hilera humana para llevar cubos de agua hacia el incendio, pero vista su dimensión deduje que tardarían horas en sofocarlo. Lenguas de fuego salían por las ventanas del piso superior, de la cocina concretamente. En cambio, el piso inferior estaba a salvo de las llamas, al menos por el momento.

Miré a izquierda y derecha, pero no vi ni a Danilo ni a Lea. Me quité la

chaqueta, hice jirones con ella y empapé un trozo en uno de los cubos que me tendió un parroquiano. No me lo pensé dos veces y enfilé hacia las escaleras ante los gritos de los presentes.

Una bocanada de un denso y ardiente aire me atenazó la garganta. Me puse el trapo empapado sobre la boca, pero ni con esas conseguí librarme de la sensación de ahogo. Hacía mucho calor. Abrí la puerta del taller y me embriagó una sensación de alivio; el fuego aún no se había adueñado de él.

Entre una semioscuridad llena de humo conseguí llegar hasta el piso superior, gateando sobre los escalones. La temperatura era inhumana y una negra y tupida humareda envolvía todo. Me tumbé en el suelo y me fui arrastrando como una serpiente. Por la hora, supuse que era probable que alguien estuviese en la cocina. Llegué hasta la puerta y miré en derredor. En medio de aquel dantesco escenario logré ver un bulto en el suelo.

Lea estaba tumbada al lado de la mesa. Sangraba de una ceja y no se movía. Me acerqué a ella. Puse mi oreja al lado de su nariz, notando un leve aliento de esperanza. Probablemente se había mareado a causa del humo. Comencé a menearla con delicadeza, pero no respondió. Ausculté su cuerpo en busca de alguna otra herida que no hubiese visto, pero no encontré nada más grave que el golpe en la ceja. La meneé de nuevo más violentamente hasta que sus párpados reaccionaron. Lea abrió sutilmente sus ojos y me pareció ver una mueca en sus labios.

–¡Germán! –soltó con un hilo de voz ahogado en unos violentos tosidos.

–Estás a salvo, Lea. ¡Vámonos enseguida de aquí!

–Danilo está al otro lado de la cocina –dijo con lágrimas en los ojos.

Miré en la dirección que me señalaba con su dedo índice, pero en el lado izquierdo de la cocina sólo pude ver el propio infierno. Algunas vigas del techo se habían caído y el fuego las estaba consumiendo.

–Volveré a por él. Debemos irnos.

–Pero será demasiado tarde.

–Volveré, no te preocupes.

No había tiempo que perder. Cogí por las axilas a Lea, y con un esfuerzo titánico tiré de ella hacia las escaleras. Por suerte, el fuego no había llegado aún a ellas, permitiéndome bajar por las escaleras sin peligro alguno. En cambio, el humo era cada vez más espeso. Bajé con cuidado de no caer hasta que llegué abajo. Cuando salí a la calle, un par de vecinos me ayudaron a coger a Lea y la recostamos contra la pared de un edificio lindante.

–Toma, dale agua –dijo un hombre a mi espalda.

Me giré en busca del vaso y vi al doctor Andreattini ofreciéndome el líquido.

–Tengo que subir a por Danilo –aseguré mirando al doctor directamente a los ojos.

–Haz lo que debas, Germán, pero no corras ningún peligro innecesario. Recuerda que tú tienes una vida por delante –objetó agachándose para auscultarla–. Yo me encargo de Lea.

–Gracias, doctor.

–Si empiezas a arder, gira sobre ti mismo. Es lo único que te salvará –remarcó el doctor–. Suerte.

Aquella advertencia me produjo una punzada de inquietud, pero aun así no me lo pensé dos veces. Danilo me había salvado de mi miseria, ofreciéndome un futuro más que digno, y se lo debía.

Cada vez había más gente intentando extinguir aquel fuego, y ya eran dos las filas que llevaban en volandas cubos de agua hacia la casa. Volví a empapar el retal de chaqueta en un cubo de agua y me adentré de nuevo en aquel abismo de llamas.

Sentí terror dentro de mí. El fuego había avanzado por el pasillo, consiguiendo llegar hasta los peldaños superiores de las escaleras, desde donde descendía lentamente. Brinqué de dos en dos los escalones y de un salto

crucé la línea de llamas que me hacía de barrera. Me tiré al suelo y giré dos veces sobre mí. Gateé como lo había hecho antes par a llegar de nuevo hasta la cocina, con la diferencia de notar en mi estómago los incipientes crujidos del suelo. Pensé horrorizado que aunque el fuego no llegara a alcanzar el taller, las vigas no aguantarían y todo el segundo piso caería sobre él.

Pero lo que más me importaba era salvar a Danilo, y apenas quedaba tiempo. Llegué hasta el punto en el que había encontrado tumbada a Lea y miré en dirección a donde me había dicho que se encontraba Danilo. Pasé por debajo de la mesa, lo que me dio cierta seguridad, y por así decirlo cierta tregua, al protegerme del brutal calor que desprendía el techo, y que se metía hasta el último rincón de los pulmones. En un momento dado creí desvanecerme, pero me recompuse tras unos segundos. Puse el trapo sobre mi boca, pero el agua ya se había evaporado por completo, así que lo eché al fuego y desapareció en un suspiro. Era casi imposible ver algo en aquellas condiciones. Miré desesperado hacia un lado y a otro, pero no conseguía distinguir nada. Ni rastro de Danilo. Cuando ya había perdido toda esperanza de encontrarlo vivo, vislumbré una mano que se movía entre un par de vigas caídas del techo.

—¡Danilo! —grite afónico.

Movido por la agitación, y dejando toda coherencia a un lado, salí de debajo de la mesa y logré llegar hasta donde se encontraba. Allí el aire era irrespirable. Un gran agujero negro se abría en el techo. Las llamas danzaban furiosas, rodeando casi por completo a Danilo. Agarré su mano. Estaba caliente como una tea. Me agarró la mano y miré sus ojos. Eran ojos aterrados, víctimas del miedo más inhumano. Estaba tumbado sobre uno de sus costados, casi de espaldas, y sus piernas estaban atrapadas por una de las vigas caídas, aunque por suerte el fuego aún no acariciaba sus ropas.

—¡Te sacaré de aquí!

Busqué algún objeto con el que hacer palanca para retirar la viga, pero lo único que pude encontrar que me sirviese para tal misión fue uno de los utensilios de hierro que utilizábamos para avivar el fuego de la chimenea. Involuntariamente lo cogí con mi mano derecha, notando un inmenso dolor

que nunca había sentido hasta entonces. Parecía como si el calor reinante se hubiese concentrado en aquel metal y me hubiese derretido la palma de la mano cual mantequilla. Al instante lo solté instintivamente, mirando la tremenda quemadura en la palma de mis manos. Bloqueado, sin saber ya qué hacer, saqué unas escasas fuerzas de flaqueza y tiré de Danilo. No se movió ni un centímetro. Hice varios intentos más, pero el resultado fue el mismo.

De repente un estruendo sonó encima de nosotros. Varias vigas más cedieron, y otra gran parte del techo cayó a nuestro lado, con la mala fortuna de hacerlo encima de la espalda de Danilo. Me apretó fuertemente las manos y me miró. No logré saber cómo sabía dónde estaban mis ojos, pero su mirada horrorizada se clavó en mis retinas.

–Es el fin, Germán.

–No, Danilo, saldremos de aquí –le grité volviendo a tirar de su mano.

Danilo había perdido toda esperanza de salvarse. Su cuerpo estaba empezando a arder.

–No, Germán. Tú solo no puedes sacarme de aquí, y lo sabes –logró articular entre quejidos de horror.

Eché a llorar mientras seguía tirando para separarlo de aquellas garras del infierno.

–Prométeme una cosa –gimió mientras se ahogaba.

Asentí con la cabeza.

–Prométeme que acabarás lo que prometí a tu padre.

*Quiero que llegues a donde nadie ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta partitura, queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.*

Mis ojos se anegaron de lágrimas de impotencia al oír un último grito desgarrador. Continué tirando del cuerpo inmóvil de Danilo hasta que me di cuenta que era inútil. Sin darme cuenta, el fuego había llegado prácticamente hasta mis dedos, consumiendo su cuerpo con avidez y convirtiéndolo en una masa negra envuelta en llamas. El olor a piel achicharrada inundó la cocina.

Danilo había muerto.

El suelo volvió a crujir bajo mis pies. Era cuestión de segundos que cediera y se precipitase al vacío. Después de la terrible escena que acababa de contemplar me quedé paralizado, mirando absorto el vaivén hipnótico de las llamas, hasta que un nuevo crujido me despertó de mi delirio. Reculé hasta colocarme debajo de la mesa. Cogí un poco de aire y atravesé el pasillo hasta llegar al inicio de las escaleras, dejando a Danilo consumiéndose para la eternidad.

Grandes llamaradas se habían adueñado del tramo de las escaleras, retándome con rápidos movimientos. Era mi única salida. Calculé que para llegar a la zona a la que aún no había llegado el fuego tendría que dar un gran salto. Cogí una de las mantas de la habitación de Danilo y me la eché a los hombros para protegerme. Sin pensármelo más, cogí carrerilla y me lancé al vacío, hacia el hueco de las escaleras, sin tener ninguna certeza de si saldría indemne.

El golpe fue brutal.

Tras un tiempo en el aire, que se me hizo eterno, caí sobre los últimos peldaños, chocando con mi hombro izquierdo contra la puerta del taller. Un chasquido seco sonó dentro de mí. Aturdido por el leñazo, me sacudí un pequeño conato de incendio que comenzaba a prender en la manta.

Me levanté como pude, y entré raudo en el taller.

A través de las maderas del techo comenzaba a filtrarse un humo oscuro como el betún. La madera se ennegrecía por el infierno instalado en el piso superior, siendo cuestión de segundos que se cayera y me sepultase. Corrí

como alma que lleva el diablo hasta el rincón donde tiempo atrás Danilo decidió realizar la más bella de sus obras. Cuando llegué, un nuevo crujido me hizo alzar la mirada hacia las vigas superiores. Una viga de un tamaño considerable comenzó a desprenderse lentamente, como si se fundiera, mientras llovían pedazos de madera humeantes. Intenté esquivarlos, pero sin éxito. Uno de esos trozos de madera atravesó mi camisa a la altura del hombro derecho, incrustándose en mi piel. Solté un grito desgarrador. El dolor era insoportable. A pesar de ello, conseguí dirigirme al armario donde Danilo guardaba sus preciados bocetos. Abrí las puertas y cogí todo lo que mis fuerzas consiguieron reunir; un par de carpetas y unos cuantos papeles enrollados, amén del violín que yo había conseguido finalizar.

El techo ya no resistiría más. Corrí todo lo humanamente posible hasta que llegué de nuevo a la puerta que daba a las escaleras. Entonces oí un rugido ensordecedor a mi espalda. La cocina y el techo del edificio se desplomaron sobre el taller. Me había salvado por los pelos. Aquella sensación de alivio se transformó pronto en pánico al pensar que entre aquella maraña de fuego, madera y destrucción se encontraba el cuerpo carbonizado de Danilo Pavesi.

Unos brazos enérgicos me agarraron por los hombros y me sacaron fuera de la casa. Sentí un dolor brutal en mi hombro. En volandas llegué hasta donde minutos antes había dejado a Lea y me sentaron. Noté que un buen chorro de agua caía sobre mi frente, pero ya no aguanté más y me desmayé allí mismo.

Cuando recuperé el sentido estaba exhausto, pero ello no me impidió reconocer entre brumas la cara de Marcos. Volví a recobrar la consciencia después de recibir numerosos porrazos en la cara y varios meneos de cuerpo. Me dolía todo, en especial mi hombro derecho, la espalda y la palma de mi mano. En mis retinas se reflejaban los últimos resquicios de lo que había sido el taller de Danilo Pavesi. Creí estar en una pesadilla, pero unos nuevos chasquidos, que hicieron derribar casi todo el edificio, borraron de un plumazo toda posibilidad de que aquello que había sucedido fuera mentira. Las lágrimas arrastraron el hollín, creando dos arroyos de color carne sobre mis mejillas.

Numerosos vecinos continuaban afanándose en sofocar los restos de la quema con cubos.

Vi que Lea se acercaba a mi lado y me envolvía con sus brazos. El dolor en el hombro era insoportable, pero no me aparté.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunté aturdido. Tras esperar unos eternos segundos a que Lea se serenase, contestó:

—Íbamos a cenar. Estaba haciendo un risotto cuando oímos que tocaban en la puerta. Bajé las escaleras y abrí, pero no vi a nadie. Cuando estaba subiendo de nuevo hacia la cocina escuché el ruido de unos cristales rotos. Todo fue muy rápido. Cuando llegué vi la ventana rota y fuego en el suelo. Corrí hacia Danilo para protegerle, pero éste se asustó y cuando me quise dar cuenta se había levantado y había tirado la lámpara de petróleo al suelo —dijo entre lágrimas de dolor—. Fue horrible. Intenté apagar los dos fuegos con agua que tenía en una jofaina, pero fue todavía peor. El combustible se extendió por todo el suelo de la cocina.

Lea emitió un sonoro gemido y me apretó aún más fuerte. Marcos la miraba atento.

—Lo impregnó todo. Las llamas se fueron propagando y la cocina se llenó de fuego. Los armarios, la mesa, las sillas, todo. De repente Danilo quedó acorralado y empezó a correr sin dirección hasta golpearse. Intenté ayudarlo, pero la barrera de fuego no me permitía llegar hasta él. Le grité que corriese hasta donde estaba yo, que siguiese el sonido de mi voz. Si había suerte, atravesaría las llamas y yo le sacaría a través de las escaleras. Pero la fortuna decidió en contra nuestra, y cuando Danilo avanzaba despavorido una de las vigas cayó entre nosotros, y yo noté un fuerte golpe en la cabeza. Lo siguiente que recuerdo es ver a Danilo tumbado, y después a ti salvándome la vida.

Lea rompió a llorar y me miró intentando ver en mis ojos una compasión que sin duda le estaba ofreciendo.

—Está muerto, Germán —aulló desconsolada—. Danilo está muerto.



Dejé que agotase las exiguas fuerzas que aún le quedaban, ante la triste mirada de Marcos y del doctor Andreattini.

Marcos agarró a Lea y la tapó con una manta, a la vez que el doctor Andreattini se acuclillaba sobre mí inspeccionando mi hombro.

–Tienes el hombro roto –me susurró sin mirarme, afanado en su tarea–. Esto te va a doler un poco.

Me agarró el brazo y tiró de la astilla que tenía incrustada en mi omoplato. Noté un tremendo dolor que me desgarró la columna. Rápidamente me empapó la zona con alcohol, que no hizo sino acrecentar aquel dolor inhumano.

–Germán “El valiente” –soltó una vez acabado–. Has conseguido salvar a Lea. Estoy muy orgulloso de ti, cabezota.

Aquellas palabras me recordaron a Agustín, concretamente a aquel día nevado de enero en el que me despedí de él y de Pelusa frente a la casa de mis tíos. Noté que se me nublaba la vista y sentí que de nuevo me desvanecía en un reconfortante sueño. Sin embargo, un nuevo estruendo provocó que todos mirásemos en aquella dirección. Lo poco que quedaba de fachada se descomponía víctima del intenso calor. El cartel de madera con forma de violín en el que rezaba *Danilo Pavesi Liutaio* colgaba a duras penas de una inconsistente esquina. El fuego se había apropiado de él. Al momento, se desprendió de la pared y cayó al suelo descomponiéndose en mil pedazos.

Aquella imagen fue la última que vi antes de desmayarme de dolor, y sobre todo de pena por no haber podido salvar a Danilo Pavesi.

La despedida final de Danilo se produjo el 14 de noviembre de 1910. Fue muy emotiva a la vez que doliente. Él siempre había querido que sus cenizas fuesen esparcidas por la ciudad que lo vio nacer, crecer y por desgracia morir, por lo que accedimos a cumplir su última voluntad. Incineramos los exiguos restos que habían quedado tras el incendio, y Renato, Remedio, Lea, Marcos y yo, pidiendo un permiso especial, subimos hasta lo alto del Torrazzo, el campanile de la Piazza del Duerno. Una vez allí pudimos comprobar que poseía siete campanas, fundidas en 1744 según decían sus decrépitos grabados. Cada una de ellas estaba dedicada a un santo, incluyendo a San Omobono, el protector de la ciudad.

–Sus toques forman un concierto en La bemol –dijo Renato intentando romper el silencio en el que nos habíamos sumido.

–A Danilo le gustará, seguro. Esas campanas nacieron a la vez que sus idolatrados violines Guarnerius –añadió Remedio.

Fue una ceremonia muy especial. Renato interpretó por segunda vez en pocos meses la última obra que compuso Giacomo utilizando mi violín. Los habitantes de Cremona pudieron escuchar aquel conmovedor concierto al aire libre en honor de Danilo Pavesi, sin duda una de las personas más populares que había poseído la ciudad y quizá, junto con Romedio Muncher, uno de los mejores artesanos del violín tras la muerte en 1747 del prestigioso luthier Carlo Bergonzi.

Allí arriba la impresión de libertad era total. Una sensación que no me

era ajena, dado que ya había sentido lo mismo aquella primera vez que había subido con don Nemesio a la torre de las campanas de la Catedral de Salamanca.

Las notas planeaban por los tejados, anunciando el último viaje de Danilo. Parecía que la ciudad se había detenido para darle el último adiós, una despedida sin duda muy dura para los que estábamos allí. Lea sacó el fúnebre receptáculo donde transportábamos las cenizas y, pidiendo consenso, las lanzó al vacío. Los restos de Danilo se esparcieron por todos lados, ayudados por un viento sur que los empujó, adhiriéndose a las notas que continuaba arrancando un compungido Renato de modo exaltado.

En cierta manera, pensé, Danilo se había fundido con la música de aquel violín en el más puro sentido de la palabra. Después de esto, Renato concluyó la obra y un silencio marcial se aposentó entre los presentes. Sin decir nada, fuimos bajando escaleras abajo habiendo cumplido la última voluntad de Danilo Pavesi. El concierto en La bemol de las campanas del Torrazzo quiso entonces también despedirse de nuestro incondicional campanero.

*Hasta siempre, amigo.*

Convalecí durante días. El doctor Andreattini me había entablillado la clavícula y me refirió que el tiempo y el reposo harían el resto. En cuanto a las quemaduras, diariamente debía aplicarme un ungüento realizado a base de aceite esencial de lavanda, que se encargaría de erradicar una posible infección, y de aceite de germen de trigo, por su alto contenido en vitamina E y propiedades cicatrizantes y regeneradoras. Después de haberme quedado sin hogar, Lea me había ofrecido su casa, porque allí me podría atender mejor y me mantendría caliente mientras acomodábamos la casa que me había dejado en herencia mi padre, Giacomo.

Los días pasaban lentos. Lea aprovechaba su tiempo embutida en libros y subsistiendo gracias a los rendimientos que le proporcionaban algunos locales que le habían caído en herencia. En cambio yo, debido a la rotura de la clavícula, no podía realizar labor alguna en el taller, por lo que el aburrimiento

daba paso a interminables desazones durante el día. En ocasiones, generalmente durante las noches, venían a mi mente las terribles imágenes de Danilo ardiendo en aquel infierno, desvelándome por completo.

Pensé mucho en Danilo y en su trágica muerte. A decir verdad, todos pensábamos en él, aunque una especie de cuidadosa discreción reinaba entre nosotros por respeto a su persona y por no torturarnos.

Cierto día, hastiado de dar vueltas en casa de Lea, fui paseando a paso lento a través de la Vía Sicardo. Con los nervios atenazándome la columna y serias dudas, me detuve frente a los restos del desafortunado incendio. Había transcurrido un mes, durante el cual no me había atrevido a acercarme de nuevo por aquel lugar. Un fuerte olor a quemado se mantenía aún en el ambiente. Me aproximé y cogí los restos de madera chamuscada de lo que fuera el cartel que anunciaba que allí existió un taller de luthería. Lloré de nuevo y miré al cielo. Un atardecer de plomo se asentaba sobre la ciudad y unas tímidas gotas comenzaron a golpear mi cara. Me mantuve en esa posición, sin cerrar los ojos, quizá buscando en el firmamento las miradas cómplices de Giacomo, Cecilia y el recién llegado Danilo. En aquel lugar y en aquel momento decidí que ya nada me ataba a aquella ciudad y que mi estancia en Cremona tenía una exigua caducidad. La añoranza todavía pesaba sobre mis hombros.

Habían transcurrido nada más y nada menos que diez años largos desde que había llegado allí, engañado, en busca de un futuro incierto pero a buen seguro mejor que el que ofrecía mi vida en Salamanca. Casi once años en los que me había formado como luthier y había conocido a personas importantes de la capital lombarda. En mi mochila me llevaba miles de agradables recuerdos, y algunos no tan buenos, un prometedor futuro, uno de los mejores violines realizados en Cremona durante las últimas décadas, la partitura *Cecilia* y los restos de un cartel carbonizado. Atrás dejaría a Marcos, mi gran amigo de la niñez. Aunque había tenido que pagar un precio muy alto para escapar de su padrastro, al menos estaba vivo, tenía una buena mujer y un trabajo. Había recobrado el brillo en su cara, y ciertamente era un hombre

dichoso.

–¿Cómo que te vas? –preguntó Marcos entre sorprendido y enfadado.

–Sí, Marcos, así es. Ya no me queda nada aquí. Echo de menos Salamanca. Es una decisión que me ha costado tomar y que no tiene retorno. Parto en dos semanas.

Vi en la cara de Marcos cierto recelo. Le rogué que regresara conmigo, acompañado por su esposa, claro está, pero se negó rotundamente, alegando que su vida estaba ya en Cremona.

–Tranquilo –le dije posando mi brazo en su hombro–. Me tendrás contigo para siempre.

Metí mi mano en el bolsillo de la chaqueta y extraje la libreta que en su día nos regalase Salvador de Andrés. Estaba ligeramente sobada, sobre todo las tapas, y faltaban varias hojas. A Marcos se le iluminaron los ojos al contemplarla. La cogió con suavidad y fue pasando las hojas de una en una, deteniéndose en varias de ellas. Aquella libreta contenía los momentos más importantes de nuestra estancia en Italia, empezando por triviales anotaciones en el tren que nos había llevado y llegando hasta los últimos días antes del fallecimiento de Danilo Pavesi. Tras el amargo acontecimiento no me había sentido con fuerzas para continuar anotando nada.

De la libreta cayeron un par de hojas pulcramente dobladas. Marcos las cogió con delicadeza.

–¿Y esto?

–Esto es mi regalo de despedida. Es la partitura que compuso mi padre para mi madre. Se llama *Cecilia*, y fue la que interpretó Renato en tu boda y en el último adiós a Danilo. Bueno, se trata de una copia que me ha realizado Lea, claro. Yo tengo la original.

Con la obligatoriedad de recurrir a un abrazo, nos fundimos en uno muy intenso. La tristeza de Marcos se disipó con aquel apretón que duró minutos.

–Gracias –agradeció con serena resignación–. Te echaré mucho de menos.

–Yo también, Marcos.

Asesorado por la nada despreciable intuición de Lea, y aprovechando la honorable reputación de Giacomo, me había deshecho de la vivienda que me había dejado en herencia mi padre por un buen puñado de liras, gracias a las cuales podría establecerme en Salamanca y abrir mi propio taller de luthería.

Unos cirros descansaban en el horizonte, impalpables y distantes, como el porvenir que me aguardaba. Sin darme cuenta, me encontré de nuevo en medio de una despedida, con el firme convencimiento de que allí empezaba una nueva etapa de mi vida.

–¡Pasajeros a Génova! –dijo el cochero con un ensordecedor grito.

Renato, Lea y Marcos se habían acercado a despedirme a la estación de diligencias. Ninguno de los tres se mostraba alegre, y yo tuve que tomar el control para que aquello no derivase en otra monumental llorera.

–Vamos, no pongáis esa cara de limón. Tan sólo me voy a mi hogar. Ya no tendréis que aguantarme más.

El primero que se acercó fue Renato. Me dio un apretón de manos que me llegó al corazón, y me miró con aquellos ojos bondadosos que siempre llevaba en la recámara.

–¡Cuídate! –me dijo.

–Así lo haré.

Se retiró pensativo, pero antes de alejarse me dispensó un último consejo.

–No te he insistido demasiado durante todo este tiempo para no preocuparte, pero creo que es necesario que permanezcas alerta. Estoy

convencido de que Andrea Visconti está al acecho. Ahora tiene una deuda pendiente contigo.

–Gracias, Renato. Así lo haré.

–¡Suerte!

Recordaría el olor a tabaco de aquel buen hombre durante el resto de mis días.

Mi gran amigo Marcos fue el siguiente en acercarse. Sus párpados no pudieron contener las lágrimas, y al llegar a mi altura se desbordaron como dos torrentes.

–Da recuerdos a don Nemesio, a don Mateo y a doña Lucía. Y no te olvides de Salvador de Andrés.

–De tu parte –remarqué fundiéndome con mi amigo en otro emotivo abrazo–. Y tú cuida de tu mujer.

–Y de mi hijo...

Abrí los ojos como platos.

–¿Sofía y tú...?

–Sí, Germán, esperamos un bebé para el final del verano o principios del otoño.

–¡Enhorabuena! –celebré exaltado–. Me alegro muchísimo por ti.

–¡Último minuto para los viajeros a Génova! –se oyó como un graznido.

Lea se apresuró y se me colgó del cuello.

–Muchas gracias, Lea. Por todo.

–No tienes por qué dárme las. Han sido unos años maravillosos. Gracias a ti he rejuvenecido una década. Me recuerdas tanto a Giacomo...

Nos miramos a los ojos. Ella me cogió de nuevo la mano, tal y como lo hizo once años atrás. Sin embargo, en esta ocasión no la retiré, disfrutando de aquella caricia que tanto necesitaba, al igual que ella.

Antes de irme no reprimí una pregunta que llevaba mucho tiempo rondando en mi cabeza.

—Lea —articulé nervioso—. ¿Tú y Danilo...?

Ella sonrió.

—Siempre preguntas a destiempo, Germán —me dijo con suavidad mientras me acomodaba las solapas de la camisa—. Debes irte o perderás la diligencia. Y con un sedoso beso en los labios dio por zanjada mi desafortunada pregunta. El carruaje dio un fuerte empujón y comenzó a rodar. Atrás quedaron las tres personas más cercanas, sin contar con Danilo, claro está, que me habían acompañado durante todo este tiempo, y que, para bien o para mal, siempre habían estado a mi lado. Saqué medio cuerpo de la diligencia, y antes de que se diesen la vuelta les grité:

—¡Acabaré la promesa de Giacomo!

El trío sonrió mientras el carruaje desaparecía entre una densa polvareda camino de Génova.

Mi tiempo en Cremona se había consumido definitivamente.



## **TERCERA PARTE**

### **L'ARIA**

*Carte in tavola*

Salamanca, 6 de marzo de 1916

26

Era lunes de carnaval y una fina lluvia cubría la ciudad. Los tañidos de don Nemesio sonaban amortiguados, mientras el murmullo matinal comenzaba su labor diaria entre máscaras y disfraces.

Hacía justo cinco años que Salamanca me había recibido con los brazos abiertos en su célebre carnaval, igual que me había despedido. Llegué a la estación de ferrocarriles una gélida y brumosa tarde de febrero, sin avisar y con la incertidumbre de saber si encontraría con vida a las personas que había dejado allí once años atrás. Un zagal de apenas quince años me había llevado en ómnibus hasta la entrada del barrio de los Milagros. Durante el trayecto, pude comprobar cómo la ciudad que yo había dejado había ido cambiando, al menos en ciertos matices; el enchinarrado de numerosas calles había dado paso al asfalto, y poco a poco una amplia red de alcantarillado perforaba el subsuelo. Sin embargo, cuando me bajé de la berlina pude observar el panorama desolador que aún humillaba a aquel mísero barrio de viviendas insalubres, húmedas y sin ventilación alguna. Me pregunté cómo había sido capaz de sobrevivir allí de pequeño, rodeado de porquería y enfermedades de triste final.

Cogí aire y me introduje en la calle Empedrada hasta que llegué a una puerta de sobra conocida. Unos cambios de luz que se colaban por las rendijas de las jambas me indicaron que estaba habitada. Me entraron serias dudas de

si la persona que yo quería visitar continuaba viviendo en su domicilio de toda la vida, el que yo dejé once años atrás y en el que tristemente había fallecido mi tío Froilán.

Toqué la puerta con cierta duda, y enseguida oí unos pasos arrastrarse hasta la puerta.

–¡Te has convertido en un hombre! –me dijo nada más verme.

Los muchos años que yo había pasado en Italia no habían hecho mella en su físico. Tampoco en su carácter.

–Pasa para dentro. Te daré un vaso de leche –añadió como si me hubiera visto el día antes.

Tras unos cuantos fuertes abrazos me acomodé en la mesa de la cocina para deleitarme con una humilde cena, tras la cual estuvimos conversando hasta cerca de la madrugada. Dialogamos sobre mi estancia en tierras cremonesas, sobre mi experiencia como artesano y reparador de violines, y sobre todo de mi amigo Marcos, derivando después en temas de actualidad, como la tensa situación en Europa o el dilatado enfrentamiento que España tenía con Marruecos a raíz de la Guerra del Rif, y que había desembocado en crisis y huelgas tan sonadas como la Semana Trágica acontecida en 1909.

La noticia que más me apenó escuchar de su boca había sucedido en tierras mucho más cercanas: el fallecimiento de don Mateo. Nuestro incorregible maestro había muerto de tuberculosis dos años atrás, una víctima más.

–¿Cómo está el barrio, doña Lucía? –le había preguntado tras reponerme de la terrible noticia.

–Los analfabetos, los alcohólicos y los jugadores son muchos y viven diseminados por todas partes, Germán. Son las mujeres y los niños los que tienen que salir a la calle a robar comida para sobrevivir. Las clases trabajadoras continúan malviviendo, sin perspectivas claras de futuro, y encima el paro se ha cebado con este barrio, que cada vez es más inseguro y peligroso.

–Entonces, no hay más que hablar –le contesté sin tiempo para réplica–. Nos iremos de aquí tan pronto como podamos.

Tras recorrerme varios distritos de la ciudad en busca de un local en el cual ubicar mi taller de luthería, lo encontré por pura casualidad en el callejón de la Bola, junto a la salida de la Plaza Mayor por la calle de Toro. Sería ideal, por ser trasera del Café Novelty y porque, a pesar de estar en pleno centro, no dejaba de ser una callejuela sin casi circulación que pudiera restarme concentración.

Su fachada, de piedra basta y cierta cantería sencilla, no excedería de los diez metros de anchura. El interior se repartía en dos alturas. La primera quedaba a ras de suelo y consistía en un local amplio destinado a un antiguo almacén. La superior era una sencilla vivienda con dos habitaciones y una cocina con buena distribución y bien ventilada. El tejado había sido remozado dos años atrás.

Dos meses más tarde doña Lucía y yo nos mudamos al piso superior. Fueron semanas de duro trabajo. Tras instalarnos nos pusimos manos a la obra con el local. Localicé varios muebles que me servirían para apilar las maderas, y con la ayuda de doña Lucía conseguí una robusta mesa de roble que utilizaría como sitio principal de trabajo. El 10 de julio, día de San Cristóbal, inauguré el primer taller de luthería de Salamanca, al cual bauticé como:

### *Taller de luthería Germán & Danilo*

El arte de la luthería era un oficio aún incipiente en nuestro país, limitándose a unos pocos establecimientos en las capitales más importantes del país, siendo Casa Parramon, fundada en 1897 en Barcelona, el taller de luthería más antiguo de España. Se dedicaba a la venta y restauración de violines, violas, violoncelos y contrabajos, al igual que todos. Su dueño, Ramón Parramon, era un viejo conocido de los músicos y concertinos que con

cierta timidez comenzaron a traspasar la puerta de mi establecimiento. El boca a boca hizo prosperar poco a poco el negocio durante esos primeros años.

Bajé al taller moviendo el cuello en un intento de desentumecer mis articulaciones, después de que la noche se dilatase más de la cuenta aquel primer día de carnaval. Después de asistir al paseo de coches y carrozas por las calles de Toro y Zamora, entre batallas de confeti, serpentinas y bebidas con bastante alcohol, me enrolé en una de las comparsas que amenizaban la tarde, perdiendo la noción del tiempo y la vista hasta altas horas de la noche. Lo cierto es que no era algo habitual en mí, y quizá por eso me encontraba tan aturdido.

Doña Lucía había salido en busca de viandas a la plaza del Corriño y no regresaría en buen rato. Abrí los postigos de la ventana que daba al taller en el preciso instante en el que Fernando Coco, Juan Crespo, Javier Serrano y Felicísimo Merino llegaban hasta la puerta. Entraron sin llamar, como si estuvieran en su casa. No en vano, algo les pertenecía de todo aquello. Se acomodaron junto al almacén, desprendiéndose de paraguas, abrigos y sombreros, y se sentaron con la intención de quedarse un buen rato, cosa que yo resolvería pasados unos minutos, dado que ese día quería comenzar a reparar un mástil agrietado que don Marcial me había traído del Colegio de los Niños del Coro, junto con otros dos violines a los que había que poner un nuevo cordaje. Me coloqué el mandil de cuero, mientras ellos comenzaron a dialogar de modo distendido sobre la colorida tarde anterior.

Yo escuchaba sin hablar, observando el estropicio de aquel violín. Por suerte, así lo pensé, tenía fácil arreglo. Comencé a retirar las cuerdas mientras les daba la espalda, escuchando una conversación banal sobre la climatología. Mis amigos apenas si notaban mi silencio. El taller era su lugar favorito de reunión. Entre aquella atmósfera de barnices y serrín se sentían a sus anchas. Al fin y al cabo estaban en su ambiente, pues todos eran reputados músicos.

—Germán —dijo en un momento dado Juan Crespo—. Creo que estarás de acuerdo conmigo. No lo digo porque yo lo toque y tú lo construyas, pero afirmo que el instrumento más difícil es el violín.

–¿Para tocarlo o para construirlo?

–Para tocarlo, tocarlo –matizó.

–¡Discrepo! –exclamo Javier–. ¡Estás equivocado totalmente, amigo! ¡El piano es el más difícil, y con diferencia! ¡Son muchas las horas requeridas para vislumbrar algo de luz, para tomar el tino a las notas, para adquirir el matiz justo! ¡Demasiadas quizá!

–¡Bah, bah! –repuso Crespo–. Todo eso es un cuento. Hay niños que con cinco años pueden manejar el teclado de ese armario con relativa soltura.

–¡Si tú lo dices!

–¡Escucha! –continuó pacientemente Crespo–. Piensa solamente en esto: ante un piano te mantienes sentado cómodamente en tu taburete, totalmente relajado, mientras que con el violín..., solamente para aprender a sujetarlo se requieren cinco años. Es como si en el piano necesitases cinco años para aprender a sentarte.

–Pues yo creo que Javier tiene razón –dijo suavemente Felicísimo, el chelista–. También con el violonchelo nos pasa a nosotros algo de eso, aunque sin embargo nosotros estamos cómodamente sentados en un taburete.

–¡Me hacéis gracia! –replicó Javier Serrano–. ¿Creéis que con el piano no se pasan malos ratos? ¡Si supierais lo que se siente al estar separado de la música! Ustedes tienen su instrumento cerca del corazón, notan cada compás en su interior, cada vibración. En cambio un pianista...

–¿Pero qué dices?

Felicísimo había roto a reír.

–Pues te aconsejo –le dijo– que pruebes con el violonchelo. Es como trabajar como mozo de carga de manera distinguida.

De pronto, el joven compositor prodigio Fernando Coco, que tocaba todos los instrumentos a pesar de tener apenas veintitrés años, empezó a hablar.

–Sí –dijo, como hablando consigo mismo–. Lo cierto es que el violín, el violonchelo, el piano..., cada uno de ellos tiene su pega, ¿verdad, Germán?

Miró a todos sonriendo y me señaló con su índice. Estaban tan enfrascados en su conversación que ni siquiera habían reparado en que apenas había abierto la boca.

–¡Germán!

Con un lento gesto pasé revista a todos los instrumentos que tenía en el taller, musicales o no: violines rojos y dorados, algún violonchelo en reparación arrinconado, limas, gubias..., todo lleno serrín esparcido por doquier.

–Los violines no son mi trabajo. Para mí es una forma de vida. Es el lugar donde vivo –dije con voz soñadora.

–Bien dicho, Germán –claudicó Coco–. Ahora yo os voy a decir cuál es el instrumento más peliagudo de tocar.

Todos esperaron la respuesta, incluido yo.

–El octabajo.

–¿El octabajo? –preguntó asombrado Juan Crespo, persona erudita donde las hubiese en el conocimiento de todo tipo de instrumentos. Incluso a mí me resultó chocante que Fernando Coco conociese tan ilógico y enorme instrumento, creado por Jean Baptiste Vuillaume allá por 1849.

En aquel preciso instante crujió la puerta y entró una señora delgada, abrigada con un chaquetón que dejaba entrever por debajo un vestido elegante pero desgastado en varias zonas debido a su uso. En la cabeza lucía una gran pabela pasada de moda. Sus ojos delataban cansancio, aunque se movían de izquierda a derecha escrutando el taller de modo huidizo. Tenía pinta de ser una mujer tan importante como extraña.

Los músicos, educadamente, se hicieron a un lado para dejar paso a la parroquiiana, quien les lanzó una mirada de vago encuentro.

–¡Buenos días! –saludó fijando la mirada en mi mandil.

–Buenas, señora. ¿Qué se le ofrece?

Venía con un bulto bajo el brazo, envuelto en una colcha parda salpicada de manchas oscuras.

–Bueno, venía... Verá... ¿Podemos hablar a solas?

–Por supuesto –asentí brindándole el paso e indicándole que pasase a la trastienda. Hice un ademán para que los demás se quedasen donde estaban, pero no fue suficiente.

–¡Me refiero a completamente a solas! –reiteró dirigiendo una mirada gélida hacia los músicos.

Los rostros de cuantos llenaban el taller mostraron un rictus de asombro ante aquella orden. Aquella misteriosa señora había conseguido que parasen su diálogo o enfrentamiento musical de cuajo, aunque seguían sin moverse. Les dirigí una mirada, acompañada de una leve inclinación de la cabeza.

–Por supuesto, Germán –se levantó Fernando Coco asiendo su sombrero e indicando a los demás que lo imitasen–. Ya nos íbamos. En otro momento seguiremos con nuestro agradable coloquio.

El cuarteto salió del taller con cara de desagrado.

La mujer sólo volvió a girar la cabeza hacia mí tras oír la puerta cerrarse. Su cara me resultaba familiar. Rondaría el medio siglo, aunque se la veía bastante demacrada. Sus ojos claros y de mirada franca aún resultaban enigmáticos; sin embargo, era obvio que habían conocido tiempos más felices. Había algo en ella que delataba cierta inquietud. Supuse que descubriría de qué se trataba en cuanto comenzase la conversación.

–¿Estamos completamente solos? –inquirió echando un rápido vistazo al taller.

–Así es, señora...



–Mi nombre no importa –adujo en un tono neutro.

Me abstuve de continuar por un camino que no me llevaría a ningún lado, así que opté por enmudecer y esperar a saber cuál era la razón que la había llevado hasta mi establecimiento.

–Verá, ha llegado a mis oídos que la única persona en esta ciudad capaz de arreglar instrumentos de música es usted.

–Gracias por el halago, pero si me permite la corrección hay varios. Yo sólo arreglo instrumentos de cuerda frotada –maticé.

–Sí, sí, a eso me refería. Precisamente es un violín del siglo XVIII el que quiero que recupere.

–Usted dirá.

Lentamente sacó de debajo de su axila el bulto que traía cubierto con la colcha y lo dejó encima de la mesa, con la intención de que yo hiciese un rápida valoración de los daños que tenía. Se apartó un par de pasos hacia atrás, dejándome espacio para que emitiese mi juicio de valor.

Me acerqué a la mesa y observé la pieza. Sin duda alguna estaba bastante deteriorado: el barniz de la tapa superior mostraba muchas imperfecciones, en especial donde apoyaba el puente, el cual faltaba, y además el clavijero estaba despegado y bastante magullado. Todo el violín estaba salpicado por unas gotas oscuras que no supe identificar a primera vista y tenía polvo acumulado por años de desuso. Probablemente una caída de punta había despegado el taco interno que une los aros, abriéndose la tapa y el fondo. Si algo me llamó la atención de aquel instrumento fue sin duda su voluta y su extraña talla. Se trataba de la cara de una mujer joven, con unas trenzas anudadas en la parte trasera de la cabeza.

–Necesita una buena cura –repuse mientras lo giraba en busca de más desperfectos–. ¿La persona tallada en la voluta es usted?

La mujer no dijo nada, aunque me pareció percibir cierto temblor en su cuerpo, especialmente en sus manos.

–Veremos qué puedo hacer con él –continué algo contrariado por su silencio.

–¿Podrá arreglarlo?

–Creo que sí, aunque me llevará algo de tiempo.

–¿Cuánto?

–No lo sé a ciencia cierta. Se trata de un trabajo laborioso. Dos o tres meses calculo yo. La mujer arqueó las cejas.

–No puedo esperar tanto. Debe hacerlo antes.

–Con todos mis respetos, señora, si tiene tanta prisa puede usted llevarlo a otro luthier. Mi labor es la de un artesano, no la de vendedor de zambombas.

Supongo que no esperaba una respuesta de aquel calibre. Sin embargo, aquella mujer no parecía ser de las que aceptaba pretextos de nadie.

–Tengo dinero –argumentó en un intento de arreglar aquella nimiedad–. Doblaré el precio que me pida.

–Me parece que no me ha entendido, y aunque no lo crea me está ofendiendo –dejé claro–. El tema que nos compete va más allá. El precio es el que es. No le hará falta ni una peseta más para acelerar su reparación, dado que como ya le he comentado hace un momento el arreglo tiene un precio exacto, el cual le remitiré, si usted está de acuerdo, en un par de días.

Aunque con gesto de disconformidad, y tras unos segundos interminables midiéndonos con la mirada, terminó por ceder.

–Entonces, supongo que estoy en sus manos.

Se abotonó el abrigo, se encajó la pámela y salió con la misma discreción con la que había entrado.

–Volveré en dos meses.

–¿No quiere saber el importe?

–Veo que usted tampoco me ha entendido a mí –adujo.

–Entonces, aquí lo tendrá reparado para tal fecha –asentí sin quitarle la vista de los ojos.

–Eso espero. Hasta entonces –concluyó cerrando la puerta con sigilo.

La observé mientras se adentraba decidida en la estela de gotas que aún se mantenía en la calle. Con la agilidad que aportan las prisas, abrió el paraguas y comenzó a sortear los charcos. Al acabar la calleja miró a ambos lados antes de continuar su marcha, como si tuviese miedo de encontrarse con alguien. Aquella misteriosa mujer que no me había querido revelar su nombre resultaba todo un enigma que creía necesario descubrir. Pero para conseguirlo tenía una única prueba: aquel violín ruinoso.

Lo primero que me extrañó al regresar de nuevo sobre la mesa de trabajo y observar con detenimiento el instrumento fue que era un violín de lo más normal. No pertenecía a ningún luthier italiano de renombre. A primera vista diría que su origen era alemán. Para mí era casi como un juego determinar a la primera el país de procedencia y la edad del violín. Con el tiempo había adquirido gran pericia para fijar dichos factores, habilidad que en ocasiones sorprendía a sus propios dueños.

La parte superior del instrumento estaba totalmente desgastada, sin brillo alguno, mientras que la posterior se mantenía mucho mejor conservada. Busqué dentro de la caja el nombre del fabricante, pero el papel había desaparecido. Tan sólo quedaba un rectángulo algo más claro y difuso donde con certeza había estado pegado el nombre de su creador. Sin duda alguna, aquel instrumento mostraba indicios de haber sido tocado en unas condiciones hostiles, quizá bajo la lluvia o la nieve, que habían provocado el deterioro del barniz de la parte superior. El alma tampoco estaba en su lugar.

Estaba claro que había que devolverle su vida musical. Quizá también su dueña, si es que era de ella, tenía el corazón desalmado, y quería recuperarlo escuchando de nuevo las melodías que antaño debieron salir de aquella caja armónica.

Dejé aquel violín y me puse manos a la obra con el que me había traído don Marcial. Tenía una grieta que demandaba cambiar todo el mástil, dado que aunque se remediase no aguantaría la tensión y el uso al que iba destinado. Con pulcra medida, comencé a desprender la junta que unía el mástil a la caja de armónica; por suerte, se soltó de una pieza, de lo cual me alegré, dado que gracias a ello apenas tendría que raspar la cola reseca para encajar un nuevo mástil.

En eso estaba cuando apareció doña Lucía por la puerta. Venía empapada y le faltaban manos para transportar todo cuanto traía. Dejó las viandas encima de una silla, y deshaciéndose el nudo del pañuelo que le cubría la cabeza comenzó a sacudirse los ropajes, se quitó los botines embarrados y resopló un escalofrío.

–Menuda mañanita, dan ganas de no salir de casa –dijo mientras asía de nuevo las cestas.

–Eso parece. La verdad es que no me he fijado mucho –le contesté concentrado en la limpieza del encaje.

–Le he comprado a unas vendedoras de la Alberca unas lentejas que parecen alubias. Voy a ponerlas a remojo. Cuando comenzaba a subir escaleras arriba se detuvo y giró reflexiva. Sabía que me estaba mirando.

–¿Sí? –le pregunte sin quitar la vista del violín.

–Ummm... ¡Parece que huele a perfume de mujer! ¿Te ha visitado alguna dama esta mañana?

Sonreí sofocando un tosido

–Veo que no se le escapa una.

–Sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Sabía que de contarle algo a doña Lucía no saldría de su boca, por lo que opté por referirle lo sucedido.

–Una mujer ha venido para que le arregle un viejo violín –le indiqué

mostrándoselo—. Nunca la había visto antes.

Doña Lucía hundió sus retinas en el instrumento, entrecerró un poco los ojos y se quedó reflexiva. Sin embargo, no dijo nada. Concentrada, se fue escaleras arriba y desapareció.

Ocupé mi tiempo desbastando un nuevo mástil hasta la hora de comer, sin apenas descanso. A ratos, distraído por el ruido de la lluvia arañando los cristales de la ventana, mi mente seguía dándole vueltas a la visita de aquella misteriosa señora y a su desvencijado violín. Me fijé en él, lo cogí de nuevo y quise preguntarle qué extraño secreto escondía en su interior. Me acordé del Guarnerius de Danilo, reflexionando cómo un instrumento, a pesar de no ser el de mejor calidad, sí puede ser el más especial. Le di un par de vueltas, admiré el maravilloso trabajo de su voluta y opté por subir a comer. Ya seguiría por la tarde con mi labor.

Apenas había llegado hasta la cocina cuando doña Lucía ya tenía a punto la comida. Coloqué platos y cubiertos sobre la mesa y nos sentamos.

—Germán, ¿quién te ha traído ese violín?

La pregunta me pilló metiéndome el primer bocado.

—Yale he dicho que una señora que no conocía. Tenía unos modales educados, aunque también me ha resultado bastante fría y huidiza, incluso misteriosa. No quiso decirme su nombre.

Doña Lucía sorbió una cucharada mirando su plato.

—¿Pasa algo?

Levantó la cabeza, haciendo de aquel movimiento un acto de extraña turbación.

—No lo sé, quizá sí.

—¿Podría ser usted más concreta?

—Ese violín me suena, me resulta familiar. Juraría que lo he visto en

algún otro sitio. La cara de esa mujer tallada...

–Hay muchos violines parecidos –le dije equivocadamente–. Luego, si quiere, se lo enseño con calma. No es una gran pieza y está hecho polvo, aunque desde luego esa señora no quería escatimar con el arreglo.

Tras un momento en silencio, un recuerdo fugaz pasó por su mente.

–Estoy pensando... Si no me equivoco, ese violín... No estoy segura, pero creo que pertenecía a un vagabundo.

–¿Un vagabundo?

–En apariencia sí, pero era algo más que eso.

El estado de aquel violín bien podía corresponderse con ese dato, pues el deterioro de la tapa superior bien podría haber sido producido por la lluvia. Estaba seguro de que doña Lucía me contaría un cuento, una leyenda o una invención de la ciudad. Una de tantas, que tanto me gustaba oír de sus labios. Encima, ésta era de violines.

–Explíquese, por favor.

–La historia de ese violinista no está clara. Nadie sabe de dónde vino ni adónde se dirigía. Sólo se sabe que dormía bajo un carro y que todas las mañanas tocaba para un público sin asiento. Me acuerdo de su innegable estilo. Tu tío Froilán me aseguró que aquel hombre era un virtuoso, que rozaba la perfección. Blancas, negras, corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas parecían volar a su alrededor. Sus largos y mágicos dedos recorrían las cuerdas a una velocidad endiablada. Incluso alguna vez le oí tocar el Capricho de Paganini como nadie en esta ciudad lo ha hecho. Apenas recuerdo ya su cara. Un día desapareció y jamás fue visto de nuevo.

–Bueno, hay mucha gente errante.

–Ya te digo que es sólo una quimera.

–¿Y ya está? ¿Así acaba la historia? Se las he oído mejores.

–Calla y escucha. Pasadas unas semanas, se encontró en la carretera de Valladolid, apoyado sobre el tronco de un olivo, el cuerpo de un hombre sin documentación. Presentaba tal descomposición que los gusanos, aliados incondicionales de aquella muerte, habían consumido parte del cuerpo y borrado las huellas de la causa del fallecimiento. Si no me equivoco, tu amigo Salvador de Andrés cubrió la noticia en *La Gaceta Regional*.

–No es por repetirme, pero... ¿ha dicho sentado bajo un olivo? ¡Qué extraño!

–Sí –mantuvo doña Lucía–. Muchos afirmaron que el virtuoso vagabundo y el infortunado putrefacto eran la misma persona. Incluso hubo voces que mantuvieron que había sido asesinado, más que nada por la forma en la que estaba sentado sobre aquel árbol y por la ausencia de signos de violencia. No tenía ningún balazo ni nada por el estilo, y su cartera aún se encontraba en el interior de su chaqueta, aunque sin documentación.

Ante mi mutismo, doña Lucía continuó:

–Ya te digo que es una historia que circuló brumosa hace tiempo. Según se dijo, entre los papeles que se habían encontrado en sus bolsillos había unas partituras, y a escasos diez metros su vieja funda de violín. Después de analizar los hechos y atar cabos de esquina en esquina, la policía, a falta de más pruebas, dedujo que la codicia habría quitado la vida al sufrido e infortunado músico. Incluso hubo quien afirmó en su día que en esas partituras estaba escrita en música la razón de su fallecimiento.

–Parece todo muy ilusorio –mantuve–. Demasiadas conjeturas. No me creo esa extraña historia sobre la causa de su muerte.

Doña Lucía se encogió de hombros.

Me quedé pensativo durante el resto de la comida. Muchos recuerdos del pasado se iban agolpando poco a poco en mi cabeza, aunque no quería sacar ninguna conclusión apresurada. Tras recoger la mesa, doña Lucía preparó un par de cafés. Al cabo de unos minutos pensé en voz alta.

–Un robo... Quizá se murió de pena cuando le robaron el violín...

–Puede ser –afirmó doña Lucía entre dudas–. Es posible que todo eso de que lo encontraron en el olivo y la desaparición del violín sean invenciones de algún excitado ensayista. En todo caso, todo lo que yo sé te lo he contado. Ya te digo que es una vieja noticia, como muchas otras. Lo que sí te garantizo es que aquel hombre tocaba como nadie en esta ciudad, y que lo hacía con ese violín que tienes ahí abajo esperando a que lo repares.

–¿Cuánto hace que pasó eso?

–A ver..., deja que piense..., antes de final de siglo, creo yo.

–Y ese vagabundo..., ¿solía tocar en algún lugar en concreto?

–Sí, en la plaza del Liceo.

Un escalofrío helado me recorrió la columna vertebral partiéndola en dos. Las tímidas sospechas iniciales se convirtieron en certeza en apenas un instante.

Traté de descansar un rato. Entre dormido y despierto, mis neuronas no podían apartarse de aquel descubrimiento ni del desdichado violín. Intentaba palpar algo entre las sábanas, en busca de nada. Exhausto y perturbado, sin hacer ruido para no despertar a doña Lucía de su siesta, bajé las escaleras hasta el taller y me dispuse a pegar el nuevo mástil que ya había concluido antes de comer. Con cuidado, lo dejé encolado y amarrado con unas sargentas. Cambié las viejas cuerdas de los otros dos violines de don Marcial, las afiné y me enfundé el abrigo y la bufanda.

Cuando emergí a la calle, unos claros empujaban con fuerza, procurando hacerse un pequeño hueco entre las nubes, aunque opté por entrar de nuevo y coger un paraguas por si acaso. La temperatura era agradable para ser principios de marzo, lo cual agradecí. La brisa intentaba colarse por huecos y orificios de mi atuendo, trayendo a su vez algunos restos de papel picado de la tarde anterior. Respiré hondo y comencé a andar. Rondarían las cuatro y media cuando remonté el inicio de la calle San Pablo. En dos minutos escasos estaría en el Colegio de los Niños del Coro.

Su coexistencia con la actividad musical era toda una institución en la



ciudad. Orgullosa y tenaz, sus nobles orígenes databan de finales del siglo XVII, siendo, tras la desaparición de la enseñanza musical en la Universidad y antes del comienzo de las clases de música en la Escuela de San Eloy, el único centro de enseñanza musical de toda Salamanca. Sus alumnos, todos varones, además de nutrir el coro catedralicio encaminaban sus estudios al Magisterio en la Escuela Normal o a la carrera eclesiástica en el Seminario de San Carlos.

El edificio, que se alzaba dos pisos, marcaba la esquina con el Arroyo de Santo Domingo, frente a la antigua parroquia de San Polo. Su construcción, igual de austera que sus valores, estaba desposeída de adornos y filigranas. Nada parecido al estilo plateresco que inundaba la ciudad. Ocho ventanas asomaban hacia la calle San Pablo, aunque la entrada se hacía desde Santo Domingo, donde dos ventanas sin orden componían toda la decoración de la fachada.

A veces, cuando llegaba a aquel colegio, Agustín se metía en mis emociones y hacía que se erizasen los pelos de mis brazos. A medida que pasaban los años más me costaba recordar su cara, pero lo que inequívocamente no se me olvidaban eran las atenciones, mimos y cuidados que me procuró en mis primeros años de vida. Seguramente gracias a aquella buena persona yo estaba ahora arreglando viejos instrumentos y ganándome la vida de una manera honrada, y, lo que es aún mejor, como más me gustaba.

La caminata me había sentado fenomenal, pero mis intenciones iban más allá de entregarle los dos violines terminados a don Marcial. Estaba casi seguro de que de aquel colegio saldría con algún dato más sobre el enigmático violinista.

Aporreé la puerta con más cautela que firmeza. No era plan de inquietar la paz de tan noble casa, y menos si don Marcial estaba consumando su siesta. Volví a tocar. Viendo que nadie abría me dispuse a dar media vuelta, pero justo en ese momento la puerta se separó lentamente.

—¿Quién ronda por ahí? —se oyó.

—Soy yo, Germán Etura.

Era Don Dámaso Ledesma, sacerdote y organista de la catedral. Un hombre metódico, recto y respetado en todo Salamanca. Desde comienzos de siglo, se desvivía en la búsqueda, transcripción y catalogación de los cantos populares más significativos del folklore charro, buscando su conservación y posterior análisis. Era toda una institución.

Peinaba su flequillo hacia la derecha, y unas orejas picudas en su parte superior apenas sujetaban unas gafas sin montura.

–¡Cuánto bueno por aquí! ¡Pasa, pasa para adentro!

Traspasé la puerta, aguantando una lluvia de palmadas.

–¡Caray, muchacho! Hacía mucho que no te veíamos por esta casa. Se ve que tratamos bien el material –exclamó sonriendo y moviendo la cabeza como un resorte.

–Ya ve, don Dámaso. Enterrado en trabajo ando.

–No es mala noticia viendo los tiempos que corren. ¡Qué ilusión volverte a ver de nuevo! ¿Qué te trae por aquí?

–Venía a traerle estos dos violines a don Marcial, que me los llevó para cambiarles las cuerdas y entonados un poco.

–Falta les hacía, querido Germán. A veces estos chicos no saben qué tienen entre manos. Menos mal que estamos nosotros para enseñarles la luz.

Aquellos violines los habrían tocado miles de manos y habrían interpretado miles de partituras, pensé. Para el trato al que estaban destinados, en bastante buena forma se mantenían. No obstante, la precariedad del lugar y las circunstancias personales de aquellos chavales condicionaban de una manera extrema el resultado técnico y artístico de sus ejercicios.

–Marcial vendrá en diez minutos. Ha ido a la catedral en busca de material para hacer el examen a un par de zagales. En septiembre quedaron vacantes un par de plazas, y debemos cubrirlas.

El ingreso en el Colegio de los Niños del Coro estaba bastante

solicitado, ya que las condiciones tanto personales como higiénicas superaban por mucho a las de la Casa de Beneficencia. La adquisición de plazas se hacía mediante un examen de ingreso realmente duro que los niños debían franquear, y que se componía de ejercicios de nivel medio–alto de solfeo, con lectura y entonación a primera vista, así como ejercicios a cuatro voces y participaciones instrumentales, normalmente al piano. Esto representaba un listón demasiado alto para la mayoría de aquellos niños, de unos ocho años, pertenecientes a un contexto social desfavorecido y con poca o nula formación previa. Por ello, cada año quedaban algunas plazas sin cubrir.

Don Dámaso Ledesma supervisaba siempre los exámenes y pruebas de admisión.

–Cada vez nos cuesta más encontrar jóvenes talentos. Los jóvenes pianistas de hoy en día no cantan, sino que machacan el piano.

–Claro –afirmé vagamente sin estar en absoluto de acuerdo con él.

*¿Cómo puede un alumno sentirse a gusto intentando cantar con un instrumento que no canta, sino que percute?*, pensé. El piano es de naturaleza percusiva, y lo cierto es que el único compositor que yo conocía que pretendía cantar con el piano era Chopin. Cuando se pierde esta particularidad, no hay nada que hacer con ese instrumento. Estaba convencido de que ese el problema, tanto de Chopin como de don Dámaso Ledesma. Pero estaba claro que esa era una opinión totalmente personal que no le pensaba dar a conocer.

–Esperaré entonces a don Marcial –aduje dejando los dos instrumentos encima de una alacena que franqueaba la puerta.

–No tardará, como te he dicho. Bueno, pues te dejo –completó después de mirar el reloj que se encontraba encima de la alacena–. Tengo clase a las cinco. Nos vemos luego.

–Hasta luego.

Cruzó las manos en los riñones y se fue escaleras arriba.

–Por cierto –dijo casi desde arriba–. ¿Qué tal doña Lucía?

–¡Bien, bien! Con sus achaques, pero bien. Tiene la cabeza bien amueblada, y entre comidas y recados apura su tiempo. Ya no cose, su vista se ha cansado.

–Todos nos cansaremos algún día. Dale recuerdos –alegó desapareciendo definitivamente.

–Así lo haré.

Un murmullo que se oía lejano cesó al cerrarse una puerta.

Recorrí con la mirada aquella casa que rezumaba historia y armonía por todos los rincones. Allí realizaban tanto las labores asistenciales de los niños como las formativas, existiendo varias horas al día de trabajo académico, no sólo en el ámbito musical. A aquella hora era un remanso de paz. De diferentes partes de la casa llegaban sonidos de piano, violines y algún que otro clarinete. Una de las piezas que me pareció distinguir era el *Concierto IV en A mayor, BWV 1055* para piano de Bach. Lo cierto es que me extrañó que impartiesen esa pieza en el colegio, dada su complejidad.

Instintivamente me acordé de Renato Pisani y de su actuación estelar con el violín.

–¡Qué sorpresa! –oí a mi espalda.

Me giré y vi a don Marcial.

–¡Hola!

–Veo que te has animado a salir de tu cueva de serrín y me has traído tú mismo los violines –sostuvo girando uno de ellos para comprobar el trabajo.

–Falta el violín del mástil agrietado. Está secando bien. Estará para final de semana.

–Tranquilo, así descansará un poco sin que lo maltraten estos muchachos –matizó riendo–. Es el más antiguo de todos los que tenemos. Ya lleva la friolera de ciento veinte años de servicio en este centro.

Nunca hubiese tasado en más de medio siglo su auxilio al centro, pero estaba claro que todavía daría mucha guerra, pues su estado, al margen del mástil, era más que aceptable. Y no precisamente gracias a mí.

–Vamos a mi despacho. Allí haremos cuentas.

El cuarto al que don Marcial había llamado despacho no mediría más de cinco metros cuadrados, en los cuales convivían un armario repleto de infinidad de biografías y manuales, una mesa con un par de tinteros e innumerables marcas sobre su cara superior, y un par de sillas de madera medio desvencijadas. El suelo lo componían unos baldosines a dos colores, en su mayoría levantados, y las grietas ocupaban dos tercios de las paredes. Junto a la mesa, se apilaban en el suelo una docena de archivadores, iluminados por un aliento de luz que provenía de una de las dos ventanas que daban a la Bajada de Santo Domingo.

–Espera un momento –me espetó entrando él primero.

Apartó con el pie derecho los archivadores y dispuso una de las sillas frente a la mesa.

–Ya puedes pasar –me indicó tendiéndome el asiento–. Algún día tendré que ordenar todo esto.

Obedecí y me senté, mientras don Marcial observaba de cerca los violines y tentaba todas las cuerdas.

–¡Están como nuevos!

–Me alimento de ello –aduje con los hombros sin darle la mínima importancia.

–Claro, claro, es tu trabajo, pero es admirable cómo comprendes a quién

va dedicado el instrumento y cuáles son sus gustos. Eso se nota.

Me guardé el cumplido en el interior de mi chaqueta para cuando necesitase echar mano de él. Don Marcial dejó los dos violines sobre la mesa.

–Bueno, ya me dirás qué te debemos. Pero no tires por lo alto, que ya ves que no nos sobra el dinero por aquí. No sé si llegaremos a julio con las puertas abiertas –suspiró mirando al techo.

–No se debe nada, don Marcial. Es un regalo.

Se me quedó mirando unos largos segundos. Su mirada estaba llena de sabiduría, inteligencia y sobre todo pericia, de la cual no tuvo reparo en hacer gala.

–Mi querido Germán, hoy por hoy nadie regala nada. ¿Qué es lo que buscas en esta casa de Dios? –preguntó mientras se levantaba y cogía un libro del estante.

–Necesito su ayuda en un tema, don Marcial, si es que me la puede brindar.

–Tú dirás en qué te puede ayudar un viejo maestro como yo.

–Usted lo ha dicho, lo que necesito es viejo maestro –repetí– que recuerde algo sobre una historia que circuló por la ciudad. Su protagonista es un errático violinista que solía tocar en la plaza del Liceo.

Se quedó pensativo y abrió el libro por el medio, alzándolo para evitar que no pudiese ver qué contenían sus hojas. *Vida y obra de Tomás Luis de Victoria*, rezaba el título. No conocía mucho a aquel compositor renacentista, pero sabía que era abulense como él. Don Marcial me había contado más de una vez que había nacido en un pequeño pueblo llamado El Arenal, en la caída Sur de Gredos.

–Un vagabundo que solía tocar cerca del Liceo... –repitió pensativo.

No sé si estaba buscando mis consultas en aquel libro o si se le había ocurrido algo en ese momento, como a todo buen profesor, y para no dejarlo

escapar lo estaba escudriñando. El caso es que ya me tenía intrigado con sus movimientos, cuando, de repente, del interior del libro sacó una bolsa y un librito y se puso a liar un cigarrillo de picadura.

–En momentos de gran pesimismo como éste es cuando agradezco tirar de don Tomás Luis de Victoria. ¡Es uno de mis pecadillos terrenales!  
–completó sonriente mientras ejecutaba aspavientos para apartar el humo cuando lo hubo encendido.

Lo único que pude mostrar fue una trivial risa.

–Lo cierto es que esa historia no me suena de nada –contestó deleitándose entre las volutas de humo–. En cualquier caso, podría consultarlo entre los hermanos para ver si alguno sabe algo.

–Tampoco le dé la mayor importancia. Se trata únicamente de simple curiosidad.

Don Marcial se levantó de su asiento, zarandeándose la sotana para quitarse las hebras de tabaco que se habían quedado adheridas a ella. Caminó hasta la ventana y la abrió de par en par para orear la habitación.

–Un hombre sabio siempre piensa lo que dice y nunca dice lo que piensa –le escuché decir a mi espalda–. Y querido Germán, yo a ti te tengo por un hombre más bien instruido.

Aquella frase no me dejaba salida.

–Verá, esta mañana vino una señora a traerme un violín para que se lo reparase –inicié ante la emboscada–. Está bastante deteriorado y requiere un trabajo realmente laborioso para su reconstrucción. Esa mujer incidió en que la reparación fuese lo la más rápida posible, costara el dinero que costara.

Don Marcial me escuchaba apurando caladas al cigarro.

–Había algo en aquella mujer que me hizo dudar de la procedencia de aquel violín, pero fue doña Lucía la que avivó más la llama. Me contó la historia de un viejo músico que tenía por costumbre tocar en la plaza del Liceo



y que, según algunas voces, había aparecido muerto apoyado sobre un olivo en el camino a Valladolid. El violín que llevaba nunca apareció.

–Curiosa historia, pero ya te digo nunca la había oído –resolvió mientras dejaba de nuevo el libro en la estantería.

–Doña Lucía, que sí escuchó alguna vez al violinista, perjura que el instrumento que tocaba era el mismo que esta mañana recibí de esa señora. Pero de verdad, no se preocupe. Probablemente no sea más que una leyenda, y tampoco me gustaría que llegase a oídos de mi cliente que ando por ahí investigando. ¿Lo comprende, verdad?

–Entiendo, entiendo.

El sacerdote cerró la ventana al comprobar que el humo, a la par que el calor, se habían esfumado del despacho.

–Por si te interesa –abordó de nuevo–, abajo se encuentra Elena Greiner, una de las mejores pianistas que tenemos en la península. Probablemente ella no tendrá ni idea de esa historia, pero su padre a buen seguro que la conoce.

Me quedé estupefacto.

–¿Elena Greiner ha dicho?

–Sí, ¿ocurre algo?

–Nada, nada –mentí.

–Hoy ha venido de invitada para ofrecer a los chicos que este año acaban sus estudios un recital sobre Bach. A ver si un día el Señor, en su infinita sabiduría, da el raciocinio necesario a algunos de estos jóvenes desdichados para que sepan discernir entre Bach y Monteverdi.

–*Concierto IV en A mayor, BWV 1055.*

–Ya me imaginaba yo que lo habrías reconocido.

Sonreí ante el cumplido.

–Te digo esto porque sus padres, al menos hasta que la madre desapareció, estuvieron viviendo frente al Liceo, así que, seguramente, si como doña Lucía afirma aquel violinista existió en verdad, escucharían sus recitales en más de una ocasión. Ahora que lo pienso, creo que siguen viviendo en la misma casa.

–¿Conoce usted a Lorenzo Greiner?

–Bueno, he oído mucho sobre él. Sé que antes de llegar a Salamanca había sido un precoz y extraordinario pianista. Con sólo diecisiete años se graduó en el Conservatorio Nacional de Barcelona con medalla de oro en interpretación, y durante los años siguientes consiguió bastante éxito como intérprete, dando conciertos en los principales teatros y salas de ciudades españolas. Conseguido este laurel comenzó a profundizar en la composición, que acabó convirtiéndose en su actividad principal. Hasta los veinticinco años se mantuvo muy dinámico profesionalmente. Pero su popularidad le gustaba demasiado, y a pesar de su aptitud melódica e instrumental se dio cuenta de que la rentabilidad que sacaba a su talento era muy inferior a la que podría obtener gracias a su fama y a algunas influencias cercanas a él. Animado por un manufacturero de Manresa, comenzó a invertir todos sus ingresos en la industria textil, y a principios de siglo vino a Salamanca por temas personales, creando poco a poco una gran empresa.

–¿Elena todavía está abajo?

–El recital acaba a las cinco y media.

Miré el reloj. Aún quedaban diez minutos para alcanzar dicha hora.

–Me gustaría hablar un momento con ella.

–¡Vamos! Te acompaño.

Según descendíamos por las desvencijadas escaleras oímos los últimos acordes de la obra de Bach.

–Está en esa sala –indicó don Marcial–. Si quieres, me espero hasta que salga y te presento.

–No hace falta padre, usted siga si tiene faena.

–Bueno, entonces me quedo a la espera del tercer violín. El viernes por la tarde me paso por el taller.

–Allí lo tendré listo.

–Ya me dirás algo sobre ese virtuoso de la plaza del Liceo, si es que averiguas algo. Yo por mi parte iniciaré mis pesquisas por aquí, pero con discreción, tranquilo.

Asentí mientras don Marcial se introducía en otra de las salas. Yo me quedé en el mismo rellano donde un rato antes había estado hablando con don Dámaso Ledesma, el cual servía de epicentro de todas las salas y adonde llegaban los más variados sonidos. Mientras continuaba con la espera pensé en el tiempo que había transcurrido desde la última vez que había visto a Elena Greiner.

La puerta de la sala se abrió, deslizándose a través de ella las últimas palmadas de una enaltecida felicitación. Dialogando distendidamente salieron el hermano Daniel y Elena Greiner, y tras un par de frases más el presbítero estrechó la mano de la pianista, cediéndole el paso hasta la puerta de salida.

Elena apenas reparó en mi presencia. Su mirada resbaló sobre la mía y saludó educadamente con un ligero saludo de cuello, al cual correspondí. El hermano Daniel se despidió de ella y cerró la puerta antes de darme tiempo a reaccionar.

–Hola, Germán –saludó por compromiso–. No te había visto.

–Ya me iba. Acabo de estar con don Dámaso y con el hermano Marcial.

–¿Va todo bien?

–Sí, sí, todo perfecto.

–Me alegro –dijo sin pena ni gloria–. Bueno, pues me voy, que estos potrillos los tengo hoy desbocados. No sé si los aplausos se debían al recital o a la belleza de la intérprete. Lo que estoy seguro es que algo habrá tenido que influir la alterada testosterona de estos muchachos.

El hermano Daniel volvió a meterse en la sala de la cual había salido y yo corrí sin dilación hacia la puerta. Miré a izquierda y derecha para ver por dónde había tirado Elena, pero ya había desaparecido.

Tiré por inercia por el Arroyo de Santo Domingo, y casi al final de la calle divisé el contorno femenino de una mujer que avanzaba a buen paso, con largas zancadas. Me apresuré hasta casi alcanzarla junto al Convento de las Dueñas. Sin embargo, decidí mantenerme a una distancia prudencial, pensando en cómo iba a abordarla después de tanto tiempo y de qué manera iniciaría la conversación. Siguió hacia la calle del Consuelo, en el instante en el que unas gotas empezaban a caer del cielo. Elena Greiner apretó el paso y yo vi el momento de actuar.

–¿Quiere que la resguarde? –pregunté ofreciéndole mi paraguas.

Elena me miró con ese brillo que tienen las mujeres en la mirada y que hace a uno perder la cabeza. Apenas había cambiado en los años en los que no nos habíamos visto. Intentó buscar en su cabeza el recuerdo de mi cara.

–¿Le conozco? –me preguntó cambiando el gesto de la cara y retirándose levemente.

–¿No me recuerdas, verdad? –pregunté.

–No estoy segura. El caso es que algo me quiere sonar.

Usted es el señor...

–Germán, Germán Etura –asentí con un hilo de voz–. Cuando éramos niños acompañé a mi amigo Marcos a regalarte flores.

–¡Germán! –exclamó con alegría–. ¡Qué sorpresa! Ni me he dado cuenta que eras tú cuanto he pasado a tu lado.

Dibujé una risita probablemente mal disimulada.

–Te he visto en el Colegio de los Niños del Coro, y me ha hecho ilusión saludarte.

–Perfecto. Aunque ya iniciada la conversación, en este punto me había quedado en blanco, sin palabras. Menos mal que ella se dio cuenta y procuró hacer cómoda la situación.

–¡Dime! ¿Qué ha sido de vuestra vida en todos estos años? No os volví a ver.

–Ha sido una larga historia, Elena. De hecho, no hemos estado en Salamanca –dejé en el aire para crear un clima de forzoso misterio.

–Ah, ¿de veras? –Así es. La mayor parte de este tiempo lo hemos pasado en Cremona.

A Elena Greiner se le abrieron los ojos de par en par, supongo que teorizando a toda velocidad alguna historia novelesca. Supe que había logrado mi propósito de conseguir llamar su atención.

Unas nubes colmadas de agua se acercaban a la ciudad, acompañadas de un frío viento que transportaba el olor a retama y leña fresca chamuscada que salía de muchas de las chimeneas.

–¿Te apetece ir a charlar a algún lugar más cómodo? –ofrecí.

–Estupendo, hoy tengo la tarde libre.

–¿Al Café Suizo?

–Muy apropiado –matizó.

Iniciamos de nuevo la marcha con la intención de instalarnos en uno de los veladores del café. En el trayecto permanecemos bajo el paraguas a resguardo del inoportuno chaparrón, y apenas hablamos. Daba la sensación de que cada uno pensaba en las preguntas o respuestas que surgirían una vez instalados en el café. No en vano eran muchos los años transcurridos.

Atravesamos por la calle Prior y nos adentramos en el empedrado de Espoz y Mina con el permiso de la Casa de doña María la Brava y de la Iglesia del Carmen. Nos sacudimos los atuendos mientras entrábamos en el local, echando un rápido vistazo a los parroquianos que dominaban el establecimiento, y ocupamos una de las mesas.

El Café Suizo era como la segunda casa de las numerosas tunas y rondallas de la ciudad. De hecho, su reservado era habitualmente habilitado para que las agrupaciones de temporada realizasen allí sus ensayos. Aquella misma tarde, sobre las siete, estaba previsto que empezasen los ensayos de la tuna escolar que conducía Don Emiliano de Miguel.

–Serán dos cafés solos –indiqué al camarero que nos había escoltado hasta nuestros asientos.

Nos miramos y sonreímos sin decirnos nada.

–¿Cuánto tiempo, verdad? –inició ella vertiendo dos cucharadas de azúcar en el café–. Doce o trece años, ¿no?

–Dieciséis, para ser más exactos.

Nos quedamos mirando nuestros cafés como dos lelos, no queriendo iniciar una conversación que sin duda tenía que llegar.

–Por cierto, muy buena la interpretación de la pieza de Bach.

–Gracias, es una de mis preferidas. La debo haber tocado miles de veces. A mi madre le encantaba. Fue una gran pianista, y con ella di mis primeros pasos.

–Vamos, que es herencia familiar –afirmé sorbiendo el café.

–Así es. Con cinco años ya tocaba muchos temas a cuatro manos acompañada por ella: la *Sonatina de Diabelli*, la marcha militar de Schubert... Mi padre nos componía canciones, e incluso su hermana cantaba, de manera que te puedes imaginar cuál era el tema principal de conversación en cada reunión familiar: música, música y más música.

–Por lo menos te ha servido de provecho. Mírate ahora, tengo entendido que eres la mejor intérprete de la ciudad.

–Humo –dijo tornando los ojos–. Para triunfar en esto de la música hay que salir fuera, y no me refiero precisamente a Madrid.

Elena tenía razón. Los grandes compositores e instrumentistas de toda la península debían emigrar forzosamente a países como Alemania o Francia, y especialmente a París, ciudad siempre invadida por jóvenes valores en alza, muchos de ellos españoles, proyectándose hacia la gloria desde ese trampolín galo.

–Es difícil dejarlo todo y salir fuera. Yo nunca me he atrevido a dar ese paso, y a veces me siento culpable por ello. No tuve el valor suficiente. Dicen que cruzar la frontera aporta perspectivas diferentes y abre horizontes, pero en fin, seguramente también se puede interpretar un buen repertorio sin moverse de casa.

–Yo lo hice –afirmé levemente hinchado–. Me fui a Italia.

Elena Greiner puso toda su atención en escuchar todo lo que tenía que contarle, que no era poco. A mí me valdría para dilatar la conversación, apuntalar una amistad con la pianista y poder llegar hasta Lorenzo Greiner.

–Regresé a Salamanca hace cuatro años, y aquí he abierto un taller donde fabrico y también arreglo viejos instrumentos de cuerda.

–¿El taller de luthería es tuyo?

–Sí, ¿lo conoces?

–Bueno... Hace poco que he oído hablar de él, pero claro, no tenía ni idea de que lo hubieses abierto tú.

–Bueno, poco a poco se va corriendo la voz y cada vez son más los instrumentos que pasan por mis manos. La verdad es que sólo con el Colegio de los Niños del Coro y con San Eloy tengo trabajo asegurado –concluí riendo.

–Trabajo sí. Otra cosa será que veas algún céntimo.

Los dos reímos.

–¿Y lo de Italia?

–Es una larga historia –inicié clavando mis codos sobre la mesa de mármol–. A la muerte de mi tío Froilán, otro familiar se hizo cargo de mí. Decidió afianzar mi futuro dándome la posibilidad de instruirme en un oficio que aquí era imposible de aprender: el de la luthería.

–Arriesgada opción la que elegiste –aseguró tintineando con la cucharilla.

–En aquella época no me quedó otra. Ha sido muy enriquecedor, pero decidí volver. No es un oficio muy usual, y por eso vi una oportunidad de negocio en ello. El inicio no fue fácil, pero, como te digo, el boca a boca se va extendiendo en la provincia y poco a poco voy cogiendo encargos de mayor relevancia.

–Me alegro, no debe ser fácil meterse en este mundillo tan hermético.

–Personalmente soy de los que creo que si las cosas se hacen bien, tarde o temprano ese esfuerzo será reconocido, y no me refiero al tema económico. Al menos en mi caso, como negocio incipiente que aún es, debo ajustar bastante los precios, y eso que no tengo competencia en toda la ciudad.

–Se dice que par a ser un buen luthier se necesita saber de química, física y matemáticas, además de tener alma de artesano.

–Yo no lo habría descrito de una manera mejor –exclamé sorprendido–. Si acaso añadiría que debe tener un alto grado de pasión y un profundo sentimiento de amor hacia lo que está haciendo.

Un alborozo nos sacó de nuestra conversación. Dos muchachos integrantes de una tuna entraron a grito pelado, arrollando clientes, mesas, sillas, pero sobre todo nuestra conversación. Sus ojos vidriosos, y los restos de lo que se suponía había sido un disfraz de soldado afrancesado, indicaban que



estaban aprovechando cada minuto de la fiesta carnavalesca. Uno de los camareros les indicó educadamente que aquellas voces estaban fuera de tono, y amablemente los acompañó hasta la puerta de salida entre los vítores de sus compañeros de chanza, que esperaban fuera.

–La fiesta se ha convertido en un hervidero de alcohólicos –declaró Elena entre el barullo.

–Ten en cuenta que es una tradición muy antigua y que cada uno hace uso de lo que más le conviene tomar de ella –contesté excusando a los tunos.

–¡La pasada noche no pegué ojo! –protestó frotándose la frente.

Reí sin disimulo. Si algo destacaba de los carnavales era la frenética actividad nocturna de estudiantinas y rondallas. Una vez que la ciudad se había adormecido y que el frío se había apoderado de sus callejuelas, dichas agrupaciones musicales recorrían el adoquinado de sus calles con su afable música en busca de mocitas que se deleitasen con aquel cortejo. Al margen de pararse bajo ventanas y balcones para recibir algún donativo, no eran pocos los que aprovechaban la situación para declarar el apego que proferían hacia su amada. Normalmente el recibimiento solía ser cordial, pero en algunos casos, como por ejemplo el de Elena Greiner, suponía durante días un desvelo que llegaba hasta el amanecer.

–¿Fuiste al baile del Kanaklub?

–Ni pensarlo –contestó–. ¿Se nota que no me gustan mucho los carnavales, verdad?

–Sólo un poco –maticé con sorna.

El baile del Kanaklub llevaba el nombre de un antiguo café y salón de baile en el que se celebraban bailes de temporada, siendo el de carnaval el más popular de dichos bailes. Esta tradición exclusivamente salmantina estaba bastante arraigada, de modo que tras la desaparición del establecimiento los dueños del café continuaron con la tradición en los diversos locales que fueron después adquiriendo, como por ejemplo el Salón artístico y el Café del Siglo.

–Cambiamos de tema entonces. ¿Qué ha sido de Marcos? –endosó pillándome descolocado.

Torcí el gesto y la miré a los ojos mientras me acordaba de Marcos.

–Me acompañó a Italia –le respondí–. Allí pasamos el final de nuestra niñez y parte de nuestra adolescencia. A día de hoy trabaja como ebanista en Cremona, se casó con una muchacha preciosa llamada Sofía y tiene ya tres criaturas. No tuvo ganas de volver. Lo intenté, pero no quiso.

–¿No tendría yo la culpa? –inquirió Elena riendo de modo divertido.

–A saber... –reí yo contagiándome de su risa–. Algo le harías... Reímos a dúo hasta quedarnos mirándonos a los ojos como dos bobos. Una punzada de nerviosismo atravesó mi espinazo y me obligó a apartar la vista.

Elena Greiner no había cambiado nada. Si cabe, los años habían matizado a escoplo sus rasgos, pasando de ser la chiquilla hermosa que había conocido a convertirse en una atractiva mujer. Aparté de mi pensamiento dicha quimera y fui pragmático en la siguiente cuestión.

–¿Sigues viviendo en la plaza del Liceo?

–Así es –contestó un poco desconcertada.

–Te pregunto esto porque ahora no tengo mucho tiempo, pues he de irme a trabajar, pero me gustaría que nos viésemos de nuevo.

Comprobé que esa frase había sido demasiado directa, provocando que su cara se tensara como un arco.

–No me malinterpretes –aclaré un poco ruborizado al darme cuenta–. Es que me he dado cuenta que me gustaría hacerte unas preguntas acerca de un violinista. Bueno, más que a ti a tu padre. Nada importante, pero lo cierto es que me urge. Quizá puedas ayudarme.

La relajación suavizó el gesto de su frente y un manso suspiro lo confirmó.

–Como quieras. ¿Te viene bien mañana sobre esta misma hora?  
Podemos dar un paseo.

–Será perfecto. Te iré a buscar sobre las siete –dejé sentenciado sin  
pensar verdaderamente en su respuesta.

Lloviznaba cuando llegué a la altura del portal donde vivía Elena, y por la llobreguez que se aposentaba sobre el horizonte no era de prever una mejoría en las siguientes horas. Llamé a la puerta y, tras unos segundos, una doncella repulida abrió y me preguntó el nombre. Con toda seguridad informada por Elena, me cedió el paso y me guió hasta una sala de exquisita decoración presidida principalmente por un elegante piano de cola.

–Espere aquí un momento –me indicó la chica–. La señorita Elena no tardará en llegar.

Giró sobre sus talones y salió de la estancia de modo resuelto.

Resolví matar el tiempo curioseando la sala. Sin duda, era un lugar perfecto para sumergirse en la intimidad de los pentagramas y pasar largas horas tocando el piano. La luz entraba a raudales por los emplomados ventanales, llenando de una metálica claridad la habitación. La decoración, en tonos pasteles, ayudaba a que así fuese. No estaba recargada en exceso, pues las piezas que contenía se podían contar con los dedos de una mano. En un anaquel, encerado como el mejor de mis violines, se agolpaban libros sobre música, carpetas con partituras manuscritas y diversa bibliografía sobre reputados intérpretes. Seguí con el dedo la dirección de los libros hasta llegar a uno que me sorprendió por su penoso estado de conservación. Ladeé ligeramente la cabeza para poder leer su título.

–¿Te interesa?

Di un respingo que casi provocó que se me saliera el corazón por la

boca. Elena se había acercado sigilosamente, y en el intento de dejar el libro en su lugar pareció cobrar vida y saltó de mis manos cayendo en el suelo. Debido al deterioro se soltaron algunas hojas y de su interior brotaron un par de páginas de color diferente. Elena, lejos de enfadarse, se inclinó y, con sutileza, recogió el estrago que mi ineptitud había provocado. Tras recomponer el libro me lo puso en las manos.

–¿Te gusta la lectura?

–En ocasiones –respondí abochornado.

–Nunca he leído este libro, es de mi padre. Como puedes ver por su aspecto, lo debe haber leído en innumerables ocasiones –matizó mientras se dejaba caer sobre el banquillo que estaba frente al piano.

Elena estaba radiante. Llevaba un encorsetado vestido color verde con mangas almidonadas sobre una falda tipo tutú con encaje y diseño de flores negras. Tapaba su cuello con un foulard en color violeta. Paseó sus nudillos por las teclas del piano mientras me lanzaba la esperada pregunta.

–Y entonces, ¿qué es lo que te ronda la cabeza y que no puede esperar?

–Es pura curiosidad. Estoy intentando reunir información sobre un vagabundo que tocaba el violín en esta misma plaza hace años, cuando éramos pequeños. Tampoco tengo muchos datos al respecto, y aprovechando tu confianza he pensado que quizá tu padre y tú podáis aportarme alguno.

Me miró ausente, buscando en su mente algún dato. Elena se encogió de hombros en un ademán sugestivo.

–No me suena de nada –concluyó tras reflexionar–. ¿Siempre tocaba aquí?

–Eso creo. Y por cierto muy bien, por lo que me han podido informar.

–Si es así, con toda certeza mi padre sabrá algo. Seguro que él puede ayudarte. Espérame aquí, voy en su busca.

Elena Greiner desapareció por la puerta a paso corto pero veloz,

dejando en la sala un suave olor a jazmín y rosas.

Un relámpago, seguido de un atronador sonido, resonó con fuerza desde el exterior de la casa. En menos de un minuto la llovizna se había convertido en una fuerte tormenta que a buen seguro inundaría numerosas calles de Salamanca. Me acerqué a la ventana para otear el horizonte. Los húmedos tejados reflejaban los bramidos del cielo y las gotas arañaban los cristales de la ventana pidiendo permiso para entrar. Embobado en mis pensamientos estaba cuando oí unos pasos a mi espalda.

–Este es Germán Etura, la persona que regenta el taller de luthería que te comenté ayer –expuso de modo esquemático Elena.

Dudé cómo iba a conducir la tertulia, pero aquel temor se esfumó como una espiral de humo al ver al padre de Elena delante de mí. Lorenzo Greiner me saludó estrechándome enérgicamente la mano, a lo que respondí de igual manera. Su porte era recto, de ese tipo de personas a las que no le incomodan las situaciones más desfavorables. Su mirada así lo confirmaba. Sus ojos, azul acero, confirmaban que Elena era, sin duda alguna, su hija. Llevaba el pelo ni largo ni corto, pegado por encima de las orejas con fijador, adornando una cara amplia y cordial.

–O sea que usted es así como un médico de violines –inició tomando asiento y cruzando las piernas de un modo elegante.

–Así es –afirmé–. Bueno, no sólo los arreglo, sino que también los fabrico. De hecho, personalmente prefiero dar vida a un nuevo instrumento.

–Debe ser fascinante revivir una madera muerta. Tengo entendido que para conseguirlo es preciso tener muchos factores en cuenta. ¿No es así?

–Infinitos. Una persona que trabaja la madera debe tener conocimientos amplios y variados. La química es fundamental para un luthier, pues no en vano trabaja con sustancias preservantes, que fortalecen o suavizan la madera –me recreé delante del pianista y comerciante–. También la física, la botánica, la metalurgia, el dibujo e incluso la historia del arte son importantes. Se trabaja con maderas muy valiosas, y el mínimo fallo echa todo a perder, sin

posibilidad de vuelta atrás.

La persona que tenía delante de mí no me desagradó en absoluto. Es más, el concepto más bien negativo que tenía de él desapareció al ver en su cara algo más que mera curiosidad.

–¿Cuánto tiempo viene usted tardando en realizar un violín?

Elena Greiner tornó los ojos hacia atrás. Con toda seguridad, había asistido a decenas de conversaciones en las que los contertulios acababan asaeteados a preguntas por su padre.

–Normalmente, realizar un instrumento me lleva un poco más de un año, algunos incluso el doble. Ese es el tiempo mínimo de armado, debiendo añadirle otros tres o cuatro meses, necesarios para el barnizado.

Lorenzo Greiner se quedó pensativo, moviendo levemente la cabeza de arriba abajo sopesando mi explicación.

–Para no dilatarme y borrar el gesto de hastío de mi bella hija, le voy a realizar mi última consulta. Siempre me he realizado dicha pregunta. ¿Es usted músico?

–¡Oh, no! –negué–. No lo soy. Un luthier no tiene por qué serlo obligatoriamente. Por supuesto, es preciso tener un conocimiento relativamente amplio sobre música y saber al menos cómo se maneja un violín. La razón es muy sencilla: si no sé probar un violín, es imposible que pueda comprobar si está bien o mal. Es cierto que también hay luthiers que tocan muy bien, aunque en mi opinión es improbable que un gran músico pueda llegar a ser un buen constructor, más que nada porque es imposible que disponga del tiempo necesario para ejercer ambas profesiones.

–Efectivamente, el tiempo es un bien escaso. La vida nos arrolla antes de que nos demos cuenta –dispuso cruzando de nuevo las piernas.

–Bueno, papá. No desvíes la conversación. Vas a aburrir a nuestro invitado –cortó Elena sin morderse la lengua.

–Tienes razón, hija –dijo Lorenzo Greiner levantándose y sirviéndose un vaso de brandy–. No voy a importunar a Germán con mi teología existencial. En fin, ¿en qué puedo ayudarte? Bueno, disculpa, antes de nada, ¿te puedo ofrecer antes un brandy?

Aunque estaba a gusto dialogando sobre mi trabajo, había llegado la hora de tratar el tema que me rondaba la cabeza.

–No, gracias.

–Haces bien. ¿En qué puedo ayudarte entonces si no se te ofrece nada material?

Lorenzo Greiner se dejó caer sobre la butaca. Sus pantalones se acortaron con el movimiento hasta la altura de las espinillas, dejando al descubierto dos piernas más blancas que la cal. Se inclinó hacia delante incitándome a interrogarle.

–Pues verá, señor Greiner. Según tengo entendido, hace bastantes años, creo que en 1896, rondó por esta plaza un vagabundo que tocaba el violín. Quizá para muchos se tratara de un vulgar buscavidas al encuentro de unas perras para malvivir, pero según algunos entendidos las obras que interpretaba rozaban lo extraordinario. Vamos, que no era un simple nómada. Aquel hombre sabía tocar muy bien el violín. Un virtuoso tal vez.

Fuera, el temporal había empeorado y los rayos iluminaban durante décimas de segundo nuestras caras, maquillando con más misterio si cabe nuestra sugestiva conversación. El músico se removió un poco en su butaca, incómodo.

–Aquel hombre era tremendamente bueno con el violín –dijo tras unos instantes–. Como tú dices, muchos no se pararían a escucharle de verdad, creyendo imposible que una persona de tan baja posición social pudiese tocar de aquella manera. Sin embargo, para mí era muy difícil escapar a su virtuosismo. Ejecutaba perfectamente cada obra, en especial a Paganini.

Doña Lucía tenía razón, pensé.



–¿Cuánto tiempo estuvo tocando en esta plaza?

–No sabría decirte. Como poco tres meses –indicó sorbiendo un largo trago de brandy.

–¿Y luego?

Llegada a esta pregunta Lorenzo Greiner se atusó el pelo y cambió su rictus.

–Se esfumó –decretó escueto.

–¿Cómo que se esfumó? –interrogué esperando que aquel liquido surtiese efecto en su lengua.

Elena nos miraba mientras paseaba frente a la ventana, intentando adivinar dónde caería el siguiente rayo.

–De la noche a la mañana desapareció. Supongo que buscaría otro lugar donde buscarse la vida.

Fue hora de utilizar toda mi artillería para intentar sacar a relucir algún dato más sobre el tema.

–¿Y qué me dice de la persona que apareció apoyada sobre un olivo a las afueras de la ciudad, en el camino de Valladolid?

Lorenzo Greiner no cambió el semblante. Deslizó las muñequeras de su chaqueta de lana y se levantó con agilidad. Dio un par de vueltas alrededor de la butaca y enfiló hacia la puerta agarrando el pomo.

*Fin de la conversación, pensé. Se acabó.*

–Elena, por favor, ¿puedes disculparnos?

Me sorprendí ante aquella invitación, aunque no tanto como Elena. Ésta miró a su padre a los ojos, y tras un par de segundos obedeció como un perrito faldero, saliendo de la estancia sin apenas despedirse. Estaba claro que aquello no le había gustado ni un pelo.

El señor Greiner retomó su asiento y me dijo que me acercase.

–¿Sabe? No sé muy bien por qué le voy a contar lo que ahora va a escuchar. El caso es que percibo en usted una curiosidad que va más allá que la simple indiscreción. ¿No es así?

–Así es –contesté sin reparos.

Sin duda, si quería descubrir algo sobre aquel enigmático violín debía pasar el beneplácito de Lorenzo Greiner.

–Hable entonces –ordenó sin reparo. Hice una puntualizada síntesis de lo acontecido con aquella misteriosa señora que había entrado en mi taller y también le expuse todo lo que doña Lucía me había referido sobre el malogrado violinista. El señor Greiner, tras escucharme sin perder detalle, comenzó su alocución.

–Como ya te he comentado antes, aquel violinista sabía muy bien lo que hacía. Sinceramente no creo que se tratara de un cualquiera, o al menos no lo había sido en el pasado. Poseía gestos y ademanes que denotaban clase y estilo. Yo diría que era un músico disfrazado de vagabundo. Todas las tardes solía dar un concierto al aire libre para el que estuviese dispuesto a escucharlo. A decir verdad, tampoco eran demasiadas las personas que se paraban. Sin embargo, yo, desde esa privilegiada ventana, lo escuchaba todos los días. No podía dejar de hacerlo. Incluso provocó que dejase de tocar el piano durante una semana, al sentirme impotente e inútil ante tan bellas melodías. Cierta día mandé venir a un amigo, músico concertino en la Orquesta Filarmónica de Madrid. Lo situé en esa misma ventana en la que tú estabas hace un momento para que lo escuchase y me diera su inestimable opinión. Su ponencia fue demoledora, y aún la tengo en la mente. Me aseguró que aquel buscavidas podría sustituirle como concertino con los ojos cerrados, e incluso podría tocar en la Scala de Milán. A partir de entonces mi curiosidad fue más allá, hasta que un día me planté delante de él. A día de hoy no sé por qué lo hice, si por curiosidad o por envidia. El caso es que necesitaba saber cómo una persona con semejante talento estaba tocando en la calle. Le tiré unas monedas, a las cuales renunció. Continué escuchándolo, y eso fue todo. No pedía dinero. Simplemente disfrutaba tocando.

Lorenzo Greiner se levantó y miró por la ventana. La lluvia arreciaba y golpeaba con fiereza los ventanales.

—Unos días después me volví a plantar delante de él. Hacía mucho calor y apenas había nadie más a nuestro alrededor —prosiguió sin quitar la vista de la ventana—. Cuando acabó de interpretar una obra que nunca había oído y que me pareció sumamente bella, se quedó mirándome. Fui yo el que pronunció las primeras palabras y él respondió con leves movimientos de cabeza. No me había entendido.

—¿No? —logré articular.

—Era italiano.

—Vaya—dije confirmando de nuevo mis sospechas.

—Comenzamos a mantener cada tarde unas breves conversaciones. Él hablando en su lengua y yo en castellano. Tras la cuarta tertulia ya éramos capaces de entendernos. La verdad es que su forma de gesticular ayudaba bastante. Sólo hablábamos de música, y aunque en un principio la curiosidad me inducía a preguntarle el motivo de por qué había acabado en la calle, nunca me atreví a hacerlo. Aún sigo pensando que quizá un amor perdido lo había traído hasta esta plaza.

—¿Dónde dormía?

—Lo hacía allí mismo, bajo un carro que llevaba meses allí aparcado. En innumerables ocasiones tuve la tentación de ofrecerle una cama bajo techo, pero tampoco me atreví. Tras hablar con él, concluí que aquel hombre era feliz haciendo lo que quería y que no necesitaba nada más.

El músico volvió sobre sus pasos hasta el mueble y rellenó de nuevo el vaso de brandy. Paladeó un buen sorbo y continuó.

—Poco después desapareció. Aquellos conciertos que nos daba al aire libre se acabaron para siempre, sin previo aviso. En su momento supuse que se había cansado de tocar en la plaza y que había buscado otro emplazamiento en el que deleitar a quien supiese valorar sus ejecuciones. Lo busqué por toda la

ciudad durante un par de días, pero fue inútil. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Incluso en una ciudad como ésta, en la que nada pasa desapercibido, no conseguí averiguar nada. Nadie vio de nuevo a aquel violinista.

Me pareció bastante extraño que aquel vagabundo causara tanta curiosidad en un hombre como Lorenzo Greiner, a quien musicalmente hablando poco o nada podría sorprenderle. Aprovechando la cobertura que me daba su disposición a hablar, volví a exponer sin miedo la pregunta por la que un momento antes había echado a su hija de aquella sala.

—Según tengo entendido, semanas después se halló el cuerpo sin vida de una persona a la salida de Salamanca, sentada bajo un olivo. A su lado se encontraron los restos de una funda de violín, por lo que muchos juraron que aquel cadáver en avanzado estado de descomposición y el vagabundo que había estado tocando en esta plaza eran la misma persona.

Lorenzo no pareció incómodo con la pregunta. Es más, percibí cierta relajación al llegar a ella.

—En su día no presté atención a aquellos rumores, pero según iban avanzando los rumores no pude más que interesarme por la cuestión. Tras remover unos hilos que omitiré, llegué hasta el campesino que lo encontró. Se llamaba Juan Carlos, si mal no recuerdo, y era vecino de Pedrosillo el Ralo. Decidí emplear una tarde y hacerle una visita. Era una persona humilde y afable, dedicada de pleno a la labor del campo y por cierto muy dada a ofrecer todo cuanto tenía, por lo que no dudé de su palabra. Su relato no difería mucho de la versión oficial. Ahí acabaron mis pesquisas.

Lorenzo se levantó y se encaminó hacia el mueble donde se apilaba aquel repertorio musical. Rebuscó entre unos volúmenes de cuero con litografías en oro en el canto, que brillaban a contraluz, y extrajo uno de ellos. Lo abrió, propagándose una nube de polvo ante sus ojos. Acarició con mimo sus hojas y extrajo unos papeles que depositó sobre la mesa. Sopló el volumen y volvió a depositarlo en su hueco.

—Esto que te voy a enseñar ahora lo desconoce incluso Elena, al menos

de momento –señaló misterioso–. Por esa razón he decidido que no estuviese presente.

–¿Y por qué me lo muestra a mí?

–Porque, salvo yo mismo, nadie más se había preocupado por saber la historia de aquel desgraciado.

–Puede que no sea la única aparte de usted –señalé pensando en la misteriosa señora del violín.

–Lo dudo mucho –aseguró rotundo–. Presta atención. Esta partitura la he compuesto yo, basándome en la melodía que más le gustaba interpretar a aquel violinista. Es la misma, con la salvedad de que está escrita para piano en vez de para violín. Aún le faltan algunos detalles, pero estoy convencido de que te harás una idea de su calidad.

El músico se alzó y se sentó en el banco que estaba delante del piano. Con serenada parsimonia, colocó la partitura delante de sus ojos y comenzó a convertir lo que allí estaba escrito en notas que se difuminaron por aquella sala.

Hacía varios años que no había oído aquella composición, y de repente todos mis sentimientos quisieron salir fuera, desbordarse ante la que me parecía la mejor de las obras que jamás se habían compuesto.

Lorenzo Greiner continuaba haciendo volar sus dedos por aquellas teclas de marfil a una velocidad endiablada. Sus muñecas dibujaban en el aire movimientos rápidos y estudiados hasta la extenuación, mientras iba pasando las hojas de la partitura colocada sobre el atril. Concluyó la melodía de un modo extraño, cerrando los ojos y girándose hacia mí a la espera de una reacción por mi parte. Fui cauto a la hora de mostrar mis sentimientos, aunque ciertamente me costó controlar mi emoción.

–Es preciosa –decreté un poco desabrido.

–Es mucho más que eso. Esta obra es sublime, casi perfecta.

El señor Greiner se mostraba solícito a la hora de abrir su corazón. Era evidente que aquella melodía había dejado en él unos posos muy profundos.

–Conozco a la persona que ha escrito dicha obra –le indiqué envalentonado señalando los papeles sobre el atril.

Su cara fue fiel reflejo de la contrariedad.

–Eso es imposible –fue lo único que dijo volviendo al sofá.

Otro rayo iluminó nuestras caras. La tormenta sería testigo de nuestras siguientes palabras.

–Antes de decirle nada, necesito saber sus intenciones.

Lorenzo Greiner bajó la cabeza haciendo tiempo.

–Supongo que sabes qué es el Concierto de Otoño, ¿verdad?

Encogí los hombros, mintiendo. Había oído hablar en innumerables ocasiones sobre él a mi amigo Fernando Coco.

–Este año será especial. El gran compositor Tomás Bretón presentará su poema sinfónico *Salamanca*, compuesto en honor a la ciudad que lo vio nacer. Se trata de un regalo al ayuntamiento como agradecimiento por nombrarle hijo predilecto. La Orquesta Filarmónica de Madrid será la encargada de acompañarle y Elena participará como concertina. Será la primera vez que lo haga y quiero que sea una sorpresa. Interpretará la composición que acabas de escuchar.

Eché mis pensamientos a andar. La idea no me parecía mal, con la salvedad de que la obra no era ni de ella ni de Lorenzo, sino de mi padre.

–¿Y si eso llegase a oídos de su creador?

La pregunta le cayó como un jarro de agua fría.

–Eso es algo que dudo. Ese hombre está muerto, ya te he comentado que hice mis pesquisas.

–¿Y si llegase a oídos de alguno de sus descendientes? –continué agregando una sonrisa.

Los ojos de Lorenzo Greiner brillaron ante un nuevo relámpago que emanó del exterior.

El día siguiente a mi charla con Lorenzo Greiner decidí aparcar mis violines e indagar sobre la vida de aquel violinista que, según evidenciaban todas las hipótesis, parecía ser mi padre, Giacomo Viani. Impulsivamente, lo primero que se me pasó por la cabeza fue ir a la comandancia de la Guardia Civil por si allí me podían informar del asunto, aunque viendo cómo estaba el tema político resolví cambiar mi rumbo y dirigir mis pasos hacia la casa de un viejo amigo de la infancia al cual había llamado por teléfono la noche anterior.

El día estaba encapotado, aunque en aquellos momentos no llovía. De hecho, algunos claros que avanzaban por el sur hacían presagiar una mejoría para la tarde. Aproveché para atravesar la ciudad y adentrarme en el Paseo de San Vicente en busca de una conversación de la que sacar algo de jugo para continuar con mis pesquisas.

La persona a la que iba a visitar no era otra que Salvador de Andrés Vicente, mi otro amigo de la infancia. Según me había comentado doña Lucía, se había convertido en una especie de hombre del renacimiento. Unas innegables dotes en las falanges y una oratoria cuidada le habían abierto un hueco en *La Gaceta Regional* como chico para todo, llegando en menos de dos años a convertirse en reportero.

El camino para llegar allí no había resultado en absoluto fácil. Salvador había nacido en la calle Empedrada, como yo, al parecer. Tras pasar por diversos trabajos, cada cual más dispar, consiguió salir del fango y alcanzar la que sin duda era su gran vocación: el periodismo. Querido por muchos y envidiado por otros, mantenía un pulso con Salamanca y sus anónimas gentes,



haciéndoles partícipes en sus reportajes en numerosas ocasiones. Apenas dormía, resultando incansable, voraz y amigo de quien estuviese dispuesto a fumarse un pitillo con él. Se trataba de una persona con una sensibilidad especial, adquirida con el tiempo, que le permitía ver en cada momento la oportunidad de conseguir una buena noticia e inmortalizarla con su pulido juego de palabras.

Salvador de Andrés me recibió en calzones largos, al igual que sus oscuras ojeras. Aunque ya habíamos coincidido brevemente meses atrás, nos saludamos como si llevásemos sin vernos décadas. Como quien guarda la vergüenza en el interior de los bolsillos, me invitó a entrar y me hizo sentar en una butaca de cuero desgastada por horas de lectura mientras se adecentaba un poco. Tras un cuarto de hora apareció vestido de traje y corbata, con la cara rasurada, el pelo atusado hacia atrás y el eterno pitillo de picadura colgando de su labio inferior.

—¿Tienes tiempo? —preguntó al tiempo que cogía la gabardina.

—Supongo. Me he tomado el día libre.

—Tengo que ir a la catedral a hacer una entrevista a don Nemesio, ¿me acompañas? Podemos ir hablando por el camino.

—Perfecto —asentí alegrándome—. Así saludaré a don Nemesio, porque hace meses que no le veo. La verdad es que el paso del tiempo me atropella sin apenas darme cuenta —le dije casi repitiendo las palabras de Lorenzo Greiner.

—Pues yo llevo días tras él, porque necesito un artículo que desvíe la atención de nuestras miserias y estoy seguro de que el campanero me lo va a dar. He quedado en menos de cinco minutos con mi compañero Buxaderas en la plaza de Anaya. Ya vamos tarde.

Rondarían las diez cuando salimos a paso rápido a nuestro encuentro con el fotógrafo, mientras el sol se abría paso tímidamente a través de las nubes.

—Bueno, Germán. Entonces, por lo poco que me contaste ayer por

teléfono, estás buscando fantasmas –me espetó mientras se encendía el segundo pitillo del día.

–¿Fantasmas?

–Es broma. Luego te lo explico matizó sarcástico.

–¿Qué sabes de aquel violinista?

–Mucho y nada.

Le miré con cara de circunstancias, esperando a que hablase.

–Es una historia escabrosa, llena de tropiezos.

–¿Y olvidada?

–Supongo que sí, aunque no para mí, te lo aseguro.

Aquello me alegró. Tenía en alta estima a Salvador de Andrés, pues su cabeza era como un armario sin fondo lleno de referencias útiles.

–Salva, necesito saberlo absolutamente todo. Es muy importante para mí.

–Te ayudaré en lo que pueda, no lo dudes –declaró mirándome a los ojos–, pero entonces va a ser una conversación larga. Creo que debemos dejarla para después de la entrevista con don Nemesio. ¿Estás de acuerdo?

–Sí, claro. Ya te he dicho que tengo todo el día.

Un par de modistillas sin tiempo que perder se cruzaron en nuestro camino o al torcer la esquina hacia la calle Libreros, al tiempo que un canónigo se lanzaba a la carrera al oír la señal para entrar a coro.

Si Salvador de Andrés era el oído de *La Gaceta Regional*, la cámara de Ramón Buxaderas representaba los ojos del diario. Allí donde estaba el reportero, éste le seguía para inmortalizar sus crónicas con una imagen. No exento de experiencia, lograba transmitir el realismo y el sentimiento de la escena, sabiendo elegir el momento perfecto de retratarla. Veía la oportunidad

de inmortalizar todo lo que pasaba desapercibido para los demás y que en el rotativo de la mañana siguiente sería historia. De su cámara salían las fotos más bellas y más tristes de la Salamanca de aquellos años. Para muchos, aquello era simplemente magia. Entre los dos lograban inmortalizar la vida cotidiana de una ciudad que no lo era tanto en su esencia.

Minutos después habíamos recogido al fotógrafo en la plaza de Anaya y estábamos subiendo un sinfín de escaleras en busca de Don Nemesio el campanero. Éste les recibió con su cordial sonrisa y se sorprendió al verme.

–Debe ser muy importante esta entrevista para tal honor –se jactó mientras me daba un abrazo demoledor y me sacudía la espalda con fuertes palmotadas–. ¡Cuánto bueno por aquí!

–Yo también me alegro de verle, don Nemesio. Si salgo indemne de este abrazo, prometo volver a visitarle pronto –respondí zafándome de él.

Salvador fue el siguiente en intervenir.

–¡Vamos al tajo, Ramón! El tiempo apremia y los rodillos de impresión no paran. Quiero que esta entrevista salga mañana mismo.

–Las campanas no se escaparán. Te aseguro que llevan siglos aquí ancladas –respondió templado don Nemesio, al tiempo que nos invitaba a subir a lo alto del campanario.

Salvador de Andrés y Ramón Buxaderas, trípode en mano, comenzaron el ascenso a lo alto del campanario seguidos de cerca por mí. Llegamos arriba jadeando mientras el campanero sonreía al descubrir nuestra pésima forma física. Tras recobrar el aliento y el ánimo, el periodista dio rienda suelta a lo que mejor sabía hacer, mientras Buxaderas iba inmortalizando aquella escena para el resto de los días. Yo, en cambio, me coloqué donde no pudiera molestar y me limité a observar la magnífica vista que me aportaba aquel promontorio de aguerridas piedras.

Me invadieron ciertos sentimientos de nostalgia. Recordé a Marcos. Sin él jamás hubiese conocido a don Nemesio ni hubiese subido a lo alto del campanario, así que era justo echarle en falta en aquel remanso de recuerdos.

Deseé que estuviera conmigo allí mismo, mirando a su nostálgica Salamanca mientras nos contábamos las novedades acaecidas en los años en los que habíamos estado separados. Según su última carta, recibida un par de meses atrás, había sido padre por tercera vez, esta vez de una niña, y había abierto su propia carpintería con los ahorros acumulados durante años. Me alegré por él y por ver que todo le estaba saliendo bien.

La entrevista a don Nemesio se dilató por espacio de un par de horas, tiempo más que suficiente para reflexionar sobre mi vida. Recordé la famosa frase que en su día mi tío Froilán grabase a fuego en mi mente y luego leyese en la carta de mi padre.

*Quiero que llegues a donde nadie ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que durante tantos años ha estado escondido dentro de esta partitura, queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.*

Ahora y allí, aquellas palabras que en su día apenas tenían significado comenzaban a cobrar más sentido que nunca. La melodía que mi padre había compuesto para mi madre estaba aún por descubrirse a esta ciudad, y esa delicada responsabilidad pesaba sobre mis hombros. Sin embargo, había un problema: Lorenzo Greiner. A buen seguro que el acaudalado pianista iba a tratar de conseguir por todos los medios que Elena estrenase dicha obra en el concierto que se realizaría en octubre en homenaje a Tomás Bretón. Había un importante detalle que ninguno de los dos comentamos: la obra que él había tocado estaba inacabada. El original completo de aquella obra suprema estaba guardado a buen recaudo en mi casa y jamás se lo daría. Evidentemente, debía ser yo quien mostrase a las gentes de Salamanca tal maravilla.

Allí, frente a la ciudad que me vio nacer, y en aquel momento, me juré que cumpliría el último deseo de mi padre.

Cuando terminaba de hacerme aquella complicada promesa el periodista

ultimó su entrevista y Buxaderas comenzó a recoger su cámara de fotos tras inmortalizar los últimos coletazos de aquella mañana. Me hubiese gustado quedarme a dialogar con don Nemesio, pero necesitaba hablar con Salvador de Andrés, por lo que apremié nuestro regreso.

–Se nos hace tarde.

–Sí, vamos. Acompáñame a la redacción y luego solucionamos lo tuyo.

Nos despedimos del campanero en la puerta de la Catedral Vieja, llevándome conmigo unos nuevos azotes en la espalda. Buxaderas enfiló hacia su casa, que también lo servía de improvisado estudio para revelar sus instantáneas. Antes de que partiese, De Andrés le lanzó una voz.

–Ramón, un momento –gritó mientras se acercaba a él.

Tras una breve conversación a la que apenas presté atención y que Buxaderas solventó con monosílabos, nos encaminamos hacia la redacción de *La Gaceta Regional*, situada en el Caño Mamarón, por lo que llegaríamos a ella en apenas un cuarto de hora.

El sol jugueteaba con los claroscuros y el mediodía se había vuelto brillante y lleno de luz. Durante el cuarto de hora de paseo hasta llegar a *La Gaceta* conseguí relajarme algo. El último tramo era un pasadizo de tierra suelta, sin apenas asfaltar y con vegetación silvestre a ambos lados. Diversos solares estaban a la espera de ser edificados, mientras que otros estaban ya en plena construcción.

El redactor entró resuelto en el edificio, se encaminó hacia su despacho y me hizo sentar frente a él sobre una silla afelpada.

–Espera aquí, que voy un momento a la hemeroteca.

Tras cinco minutos en los que me limité a curiosear a través de la ventana, Salvador reapareció con una caja de cartón llena de polvo que depositó sobre su mesa de trabajo.

–Aquí está todo –anunció dejándose caer sobre su butaca.

Comenzó a sacar de la caja varias carpetas, que dispuso como una baraja de cartas sobre la mesa.

–¿Sabes algo sobre la existencia de la Peña del Brujo?

–No –contesté sincero y ciertamente despistado por la pregunta.

–Mal empezamos –apuntilló mientras lanzaba unas nuevas volutas de humo al aire.

–Con la consabida privacidad que nos da este despacho, quiero que estés de acuerdo con nuestro contrato de confidencialidad. Lo que te voy a contar a continuación es información que no debe salir de aquí. ¿Estás de acuerdo?

–Así será.

–En fin –inició remangándose las muñecas y dejando el pitillo en el cenicero–. La Peña del Brujo era una especie de asociación, o pandilla, o como puñetas quieras llamarlo, formada por cuatro destacados personajillos de la ciudad. Entre los cuatro tenían entre manos ciertos negocios nada claros, y hacían y deshacían a su antojo bajo el bien untado beneplácito de las autoridades. A sus innumerables chanchullos profesionales se unían unas contagiosas ganas de pasárselo bien, especialmente con mujeres de vida alegre. Que yo tenga conocimiento, una vez al mes bajaban al *barrio*, cerraban a cal y canto una de las casas de alterne y amanecían llenos de amor al día siguiente. ¿Quién sabe si entre ellos incluso se daban por donde la espalda pierde su nombre? Esta práctica, como alcanzarás a entender, era ley del hielo para algunos, por lo que el mutismo era total. Bien por miedo o bien por conveniencia., el caso es que nadie hablaba sobre sus correrías. Estas prácticas eran ignoradas por toda Salamanca y quedaban a buen recaudo bajo otro generoso talón que recibía la Manola, la dueña de la zahúrda., el último martes de cada mes.

–¿La de la casa de citas de la calle de la Esgrima?

–Hombre, Germán, por Dios, ¿casa de citas? Pues no habrá nombres para llamarlo de un modo más claro: mancebía, quilombo, putiferio, burdel,

lupanar... Vamos a llamar a las cosas por su nombre, que somos del *barrio*.

–Está bien, está bien...

Salvador de Andrés cogió de nuevo el cigarrillo y aspiró una bocanada de humo. Desvió su mirada hacia una de las carpetas y me mostró un artículo.

–Este es el artículo que cubrí el día que apareció el cadáver de aquel desdichado.

La noticia ocupaba media cuartilla de página. Todo era texto y no había ninguna foto. El periodista revolvió un par de carpetas, y cuando dio con lo que buscaba lo plantó a la par de la noticia.

–Las autoridades nos obligaron a sacar estas instantáneas del muerto para su informe pericial, aunque obstaculizaron cualquier intento de publicarlas. Si las miras es incluso comprensible, pues el cadáver estaba en avanzado estado de descomposición. Te aseguro que fue una de las noticias más desagradables que he cubierto en esta ciudad, y ya son unas pocas. De hecho, Buxaderas vomitó después de tomar estas instantáneas y otra vez tras revelarlas.

El corazón me empezó a doler con un pinchazo agudo. La foto mostraba un cuerpo descoyuntado, sin vida, apoyado sobre el tronco de un árbol. Los cuervos habían empezado ya su festín, empezando por los ojos, que ya se habían convertido en dos cuencas oscuras, dando un aspecto fantasmal al cadáver. Estaba vestido con unos ropajes muy estropeados y a su lado descansaba lo que sin duda parecía ser la funda de un violín.

Me mantuve en silencio un par de minutos, atónito ante las imágenes. El periodista puso a funcionar su maquinaria mental y su intuición de sabueso.

–Algo me dice que esa persona te es conocida.

–No lo tengo claro, pero según mis hipótesis eso parece.

Salvador cogió la libreta y me miró a los ojos.

–No puedo ayudarte teniendo esta libreta vacía...

Cogida la indirecta, a lo largo de la siguiente hora relaté mi azarosa vida, mientras el redactor anotaba, preguntaba y escuchaba de modo atento. Danilo, Lea, Marcos, Andrea Visconti y Remedio Muncher fueron los personajes principales del diálogo, aunque también Lorenzo Greiner y lo que éste me había contado sobre el malogrado violinista. Me cuidé muy mucho de revelar el nombre de mi padre. Llegados a este punto, el ceño de Salvador de Andrés se tornó arrebujado. Tras acabar con la descripción de la misteriosa mujer que había entrado en el taller, el periodista dejó de anotar y guardó su agenda.

–Desde luego, con esto podría escribirse una novela.

–Y seguro que sería un éxito –añadí sin mucho convencimiento.

Mi amigo compuso la postura sobre su butaca, escudriñando las palabras adecuadas para su siguiente discurso. En cambio, yo seguía dándole vueltas en la cabeza a aquello de la Peña del Brujo.

–Lorenzo Greiner es uno de los integrantes de esa peña, ¿verdad? –le pregunté a bocajarro.

–Afirmativo –contestó solícito–. Es uno de ellos.

–¿Y quiénes son los demás?

–Dos ya han fallecido. Sólo quedan vivos Lorenzo Greiner y otra persona, a la cual no conozco.

Apelé a su profesionalidad y no quise preguntar más.

–Viendo tu introducción al iniciar esta conversación, supongo que sí me podrás contar algo sobre la relación de la peña del Brujo con el malogrado violinista.

–Supones bien, pero necesito meter algo en el estómago para que mi lengua continúe trabajando. Te invito a comer unas rabas en el Americano.

–¡De acuerdo! Excelente idea.



Desandamos el camino que habíamos recorrido antes y nos introdujimos por la escalera de Pinto en busca de un plato caliente y una no menos interesante conversación.

Nos metimos en el Bar Americano, situado en los alrededores de la Plaza Mayor. No había vuelto allí desde que era pequeño, cuando muerto de miedo fui a buscar a don Atilano para que ayudara a mi tío Froilán. La taberna seguía prácticamente igual, con las paredes abarrotadas de escenas taurinas y fotos de toreros. Nos colamos entre los parroquianos que se congregaban allí, rodeados de voces y risas desmedidas, mientras el periodista iba saludando a unos y otros. Conseguimos sentarnos en una de las mesas del fondo y una solícita camarera nos atendió con una prontitud y una amabilidad sorprendentes en medio de la algarabía. Pedimos dos raciones de calamares y dos vasos de vino que no tardaron en llegar.

Tras dar buena cuenta de la comida, regada por el vino y una insustancial conversación sobre temas de actualidad, de Andrés se lió otro pitillo de caldo de gallina. Recordé que aquel tabaco, recio y basto, que se adquiría a la vez que un librito de papel bambú, era el mismo que fumaba don Atilano. El liarlo era todo un ritual que no tenía secretos para el periodista, el cual realizó la maniobra casi sin mirar. Tras prenderlo, retomamos el motivo que nos había llevado hasta allí.

–Te contaré lo que pude averiguar –inició llamando de nuevo a la camarera–. Bueno, más bien lo que me dejaron husmear, porque las autoridades zanjaron el tema rápidamente, más concretamente Gumersindo Camiñas, el inspector que llevó el caso. Los motivos que le llevaron a cerrar el caso sin detener al culpable nunca los supe, pero mis sospechas recalaban en la Peña del Brujo y más concretamente en Lorenzo Greiner, aunque esto, claro está, no pude ni puedo probarlo.

La camarera se acercó a nuestra mesa y tomó nota de los cafés.

–En su día intenté, movido más bien por un interés particular más que profesional, seguir recabando información sobre los motivos de la muerte de aquella persona. Pero fue en vano. Absolutamente todas las puertas se me cerraron, incluidas las de *La Gaceta*.

–Pero supongo que algo más me podrás contar sobre esa extraña muerte –añadí mientras nos servían–. No es normal que alguien aparezca debajo de un olivo, apoyado en el tronco sin más.

–Normal no es, desde luego –afirmó Salvador de Andrés atusándose el pelo hacia atrás e iniciando el relato–. En un principio, cubrí la noticia como una muerte más. Buxaderas y yo fuimos hasta donde habían encontrado al supuesto músico para reunir los detalles que luego compondrían la noticia y tomamos varias fotos. El cuerpo estaba como lo has visto en las instantáneas, apoyado sobre el tronco del árbol, ya con signos de descomposición y con la caja del violín vacía a su lado derecho. El inspector Camiñas todavía merodeaba en el lugar del suceso cuando llegamos. A decir verdad, no le gustó nada nuestra presencia, pero su profesionalidad se superpuso y nos dejó hacer nuestro trabajo. Estaba interrogando a la persona que había encontrado el cuerpo. Era un vecino de Pedrosillo el Ralo. Una persona analfabeta, humilde, de campo. Parecía bastante afectado y muy nervioso, ya que en su pesada rutina no era normal encontrarse muertos en los caminos. Lo había descubierto al alba, apenas clareado el día, y él todavía iba medio dormido a labrar el campo. ¡Imagínate la escena! Según su testimonio, aquel cadáver no estaba allí el día anterior, pues aseguró recorrer ese camino dos veces al día y se hubiese dado cuenta de que había un fiambre allí apoyado. Oído este testimonio, la hipótesis inicial dejaba al menos algo en claro: que la persona llevaba muerta cerca de una semana, pero que alguien, Dios sabe con qué propósito, lo había colocado en aquella posición y bajo aquel árbol de manera premeditada. Una vez que Gumersindo Camiñas se hubo largado, procedí a interrogar al labriego por cuenta y riesgo. Le tendí una bolsa de tabaco y un librillo y comenzó a escupir. Se repitió en su declaración, con la salvedad de incurrir en una contrariedad que alertó mis sentidos: él hablaba todo el rato de un músico e incluso de un violinista. Esto, al parecer obvio al encontrarse la caja del violín, quizá pasaría desapercibido para otro interlocutor, pero no para mí. Estoy convencido de que aquel labriego no diferenciaría una caja de violín de una caja de Habanos, y puedo asegurar que el inspector en ningún momento le dijo que ese cadáver que allí yacía correspondía a un músico violinista.

La conversación iba avivándose por momentos, al igual que el alboroto del bar. Salamanca no andaba muy tranquila los últimos meses. Los argumentos que alimentaban la tensión eran numerosos: el paro, el hambre, la cada vez más acusada separación entre las clases sociales, la gran cantidad de jóvenes llamados a filas para luchar en la guerra de África... Las calles estaban atestadas de panfletos políticos, las huelgas y protestas se sucedían y la crispación ahogaba cada vez más el ambiente. Las peleas eran cada vez más numerosas, y más de uno de los que intervenía acababa en la casa de socorro e incluso en los calabozos de alguna comisaría. Aunque lo cierto es que a mí apenas me había interesado nunca la política, aquello era un polvorín que no pasaba desapercibido.

–La cosa está que arde –añadí mientras observaba a un par de hombres de campo que jaleaban a otros tres mejor vestidos y sin duda mejor alimentados.

–Será cosa de meses que esto se desborde –matizó Salvador de Andrés mientras le daba una furiosa calada a su cigarrillo–. ¿Estás al corriente de la situación?

–Si te soy sincero, no demasiado. Todo lo que sé es porque me lo cuenta doña Lucía.

–Eso que llevas por delante. Tú céntrate en tus violines, que saldrás ganando en salud, aunque tampoco olvides esto: el país está al borde del abismo, Germán. A la violencia generalizada se le unen las pocas ganas de solucionarlo por la vía de la negociación. Estamos en caída libre y estoy convencido de que tarde o temprano esto finalizará en una masacre entre hermanos. Si no, al tiempo.

–¿Será para tanto?

–Pues ojalá que no. Quizá esté exagerando, pero no andaré muy lejos. Bueno, volvamos a nuestra conversación.

–Me estabas diciendo que la persona que había encontrado el cuerpo puede que supiera algo más que no desveló.

–Así es. El caso es que nunca lo llegué a saber, porque aquel campesino murió apenas una semana después.

Abrí los ojos de par en par.

–¿Asesinado?

–¡No, por Dios! –negó el periodista con una sonrisa pícaro–. Esto no es Barcelona con sus pistoleros. Murió de muerte natural. Nunca supe el motivo exacto, pero tampoco me dio que pensar.

En cierta manera, aquello me relajó.

Nos mantuvimos un par de minutos mirando el alboroto del bar, que parecía ir en aumento, mientras la denodada camarera intentaba apaciguar los ánimos invitando a una ronda. De Andrés volvió a mirarme, negando con la cabeza, y clavó sus ojos en los míos. Algo importante estaba a punto de decirme.

–¿Sabes qué es la Garduña? –me preguntó con cara rígida.

–Te diría que un bicho del campo, pero como supongo que esto no es una pregunta sobre zoología..., mi respuesta es no.

–Supones bien. Esto que te voy a contar ahora no está contrastado. Son velos de una realidad que quizá no existió, pues no hay nada escrito. Es el fruto de una labor de investigación que llevé a cabo en su día y que no está ratificada, aunque siempre la he tenido en mente. Tu llamada de ayer me hizo confirmar mis sospechas, las cuales quiero compartir contigo. Quizá te ayuden.

Pedimos un par de rositas con sifón y el reportero volvió a la carga.

–Hubo un tiempo, hacia mediados del siglo XV, en el que no era raro que el populacho perteneciese a cofradías, hermandades o sociedades para buscar en ellas algo de protección o incluso servicios sanitarios. Esa seguridad que proporcionaban estas asociaciones provocó que se propagaran por todo el país. La advocación al Santísimo, a la Virgen y a dudosos símbolos eran sus

principales reclamos, aunque también existieron otras sociedades más siniestras. Al parecer, una en concreto poseía unos propósitos no tan honorables, pues se dedicaba al crimen, al pillaje y a la extorsión. Esta peligrosa organización estaría perfectamente organizada y estructurada, y su nombre parece ser *La Garduña* —expuso solícito haciendo un parón para humedecer su gaznate con el licor—. Se cuenta que nació en Toledo, pero que pronto se extendió por todas las ciudades del país e incluso por sus colonias. En un principio trabajó para la Santa Inquisición, colaborando en la limpieza de judíos y moriscos bajo el amparo de ésta. Realizaba asesinatos y falsos testimonios en los juicios contra herejes, asaltaba diligencias y extorsionaba a cualquiera que pudiese entorpecer su trabajo. Si en algo destacaba esta hermandad, aparte de por su bien estructurada organización, era por una excelente administración económica. No era precisamente barato acceder a sus servicios, pero a cambio era extremadamente diligente a la hora de llevar a cabo los compromisos encomendados. No admitía errores, y cualquier descuido era pagado con la muerte.

Su estructura era piramidal. En la cúpula estaba un *Hermano Mayor*, que manejaba los hilos en las sombras y al que todos respetaban con asombrosa devoción. Debajo de éste se encontraban los *capataces*, que eran los encargados de dirigir un territorio y que generalmente estaban organizados por ciudades. Bajo éstos se hallaban ya las personas que realizaban el trabajo en el fango: los *punteadores*, los *floreadores*, los *fuelles*, los *chivatos*, los *muñidores* y las *sirenas*, que no eran otra cosa que prostitutas utilizadas para sacar información de alcoba y para el posterior chantaje de nobles y clérigos. Incluso algunos mendigos eran reclutados y ejercían un importante trabajo de campo. Por si fuera poco, numerosas autoridades estaban compradas. Entre sus colaboradores hubo alguaciles, gobernadores, jueces, alcaldes y hasta regentes de cárceles.

Poseía también sus propios códigos de conducta, que incluían ritos de admisión, palabras de paso, símbolos esotéricos y gestos de reconocimiento, propios de las sociedades secretas de la época. Para que veas el poder que tuvo en su día dicha organización, los orígenes de la Camorra italiana y de la Mafia se encuentran en esta hermandad.

Tras la explicación me quedé con los ojos secos, al igual que la garganta. Sorbí un trago de rosita y continué preguntando:

–¿Era entonces un brazo armado de la Iglesia?

–No sería de extrañar. Alrededor de la Iglesia nunca ha habido trigo limpio. Si no, recuerda las hogueras de Torquemada, las galeras de Lepanto o los tercios de los Habsburgo, sin contar las décadas en las que operaron las legiones de Constantino y las espadas de los cruzados. Parece que siempre ha creído necesario poner a raya al rebaño, sea como sea.

–¿Y me estás diciendo que originó la famosa Camorra italiana?

–Exacto –afirmó rotundo–. No olvides que Nápoles y Sicilia eran colonias que pertenecían a la Corona Española. Según algunos indicios, las diferentes organizaciones secretas de Italia fueron creadas por tres caballeros de la Garduña huidos de Toledo tras vengar la muerte de una hermana: Osso, que difundió sus conocimientos en Sicilia originando la Cosa Nostra; Mastrosso, que las dio a conocer en Calabria, y Carcagnosso, que hizo lo propio en Campania creando la Camorra.

–¿Y se supone que hoy día todavía existe la Garduña?

–No creo, aunque nunca se sabe. Como te he dicho, no hay nada documentado, pero según parece todo aquello ha quedado sepultado en las brumas de la historia. En teoría, se extinguió el 25 de noviembre de 1822 en la plaza de San Francisco de Sevilla –adujo encendiendo un nuevo cigarrillo–. El *Hermano Mayor* en aquel entonces, Francisco Cortina, dieciséis *capataces* y otros notables garduñistas fueron ejecutados públicamente tras encontrarse un libro llamado *El Libro Mayor*. Fue la única documentación que se encontró sobre la organización, aunque la Inquisición, en uno de sus últimos actos en España, se encargó de que desapareciera. Por ese motivo no ha sobrevivido nada manuscrito sobre esta sanguinaria sociedad. Como puedes ver, se trata de un engranaje complicado, pero muy bien engrasado.

Salvador de Andrés se levantó para ir al aseo, y yo aproveché esa pausa para poner en orden mis ideas. Cuando regresó quise seguir indagando sobre

este tema, que, la verdad, no tenía desperdicio.

–¿Y tú crees que la Peña del Brujo y la *Garduña* tienen algo en común?

–Bueno, no es que lo crea o lo deje de creer. Eso corre por tu cuenta. Todo esto te lo he contado para que calibres tú mismo la gravedad del asunto.

Me quedé sin palabras y silbé por lo bajo.

–Si no me lo niegas, tendré entonces que suponer que la Peña del Brujo debe poseer algún poso de la *Garduña*. Eso aclararía que no te dejasen indagar más sobre el violinista.

Salvador de Andrés movió la cabeza de arriba abajo sin decir nada y miró su reloj. Estaba convencido de que me ocultaba algo.

–Lamento decirte que tengo que inmortalizar la entrevista de don Nemesio, por lo que muy a mi pesar tengo que dejarte. Espero que esta información no te haya dejado mal cuerpo.

–Sinceramente, me alegro de que me hayas contado todo esto.

Antes de que se fuese quise hacerle unas últimas preguntas.

–Salva, voy a seguir investigando por mi cuenta. ¿Puedo contar contigo?

El periodista miró en derredor y fijó unos instantes sus retinas en mis ojos.

–Puedes hacer lo que te plazca. Yo sólo te he puesto sobre aviso de con quién te juegas los cuartos. Toda información que pueda proporcionarte te la daré, pero de momento no tengo mucho más. Todo lo que sé te lo acabo de contar –acertó a decir con voz tajante–. Eso sí, ten especial cuidado con el inspector Gumersindo Camiñas. No le gusta que nadie meta el hocico en sus asuntos.

Tendida la advertencia, Salvador de Andrés se levantó de la silla y me tendió la mano. Una vez estrechada, se metió las suyas en los bolsillos de la

chaqueta y dijo:

–Pregunta en el Cabaret de la Manola por la Charo. Ya no ejerce y quizá puedas sacar algo de información de allí. Pero no la atosigues mucho con preguntas, porque no le gusta la benemérita, y si cree que eres uno de ellos no conseguirás nada.

–Gracias –le agradecí sentándome de nuevo–. Preguntaré por esos fantasmas.

El periodista sonrió, giró sobre sus talones y atravesó la bulliciosa concurrencia del bar, esfumándose por la calle Pozo Amarillo.

Eché mi memoria hacia atrás, intentando recordar mi entrevista con Lorenzo Greiner e intentando concluir por qué me había contado todo aquello sobre el violinista en vez de desentenderse de mi incómoda visita. De repente, una imagen golpeó mi memoria, la del libro que accidentalmente se me cayó al suelo mientras esperaba a Elena en aquel salón. ¿Podría ser el *Libro Mayor*?

Se me heló la sangre sólo de pensarlo.



Eran las cuatro de la mañana cuando decidí saltar de la cama. Ayudado por un café aguado hecho desde el día anterior, bajé al taller para seguir arreglando el violín que aquella extraña mujer me había traído un mes atrás. Apuré las horas antes de que amaneciese para realizar trabajos que no requiriesen de la luz natural, e intenté desembarazarme de la pesadumbre que se había apoderado de mí después de haber tenido aquella conversación con Salvador de Andrés.

El violín ya estaba montado, por lo que únicamente me faltaba barnizarlo. En cuanto tuve la luz necesaria apliqué con suavidad y esmero la primera capa de mordiente, realizada con huevo, de las muchas que recibiría aquel violín tan especial. Necesitaría varias capas para igualar los tonos. Lo dejé colgado para que se secase y cogí el tercero de los tres violines que debía entregar a don Marcial.

Barría las calles un ligero viento, que arremolinaba las hojas contra las esquinas de las casas. Una extraña claridad rebotaba sobre ellas. Todavía no habían dado las nueve de la mañana, pero ya eran muchos los viandantes que llenaban travesías y plazuelas. Ya en la calle Toro, y aterido de frío, me introduje en una cafetería, de la cual salía un agradable olor a café reciente y rosquillas recién hechas. Desayuné de nuevo, esta vez acompañado de la crónica que había redactado Salvador de Andrés sobre el campanero para *La Gaceta Regional*, y ojeé sin ganas las últimas noticias sobre política que con grandes signos de exclamación destacaban sus titulares. Una vez que hube dado cuenta del almuerzo proseguí mi camino hasta el Colegio de los Niños del Coro.

Don Marcial acababa de salir a realizar un recado urgente, pero me dijeron que no tardaría en volver. Decidí esperar en la puerta de la calle. Al poco rato llegó sudoroso y jadeante.

–¡Malditos rapaces! –injurió al verme en la puerta–. Mira cómo agradecen estos desgraciados todo lo que hacemos por ellos.

El presbítero, como si fuese un cazador de malvices, llevaba asidos a dos críos que aullaban de dolor, pues les tenía amarrados de las orejas y a casi un palmo del suelo.

–¿Sabes de dónde vengo con estos dos herejes?

–Me lo imagino –respondí con una amplia sonrisa al ver la dirección de la que provenían.

–Pues de allí mismo, del *Eden Concert*, de pillarles mirando por una puerta entreabierta a las muchachas de vida alegre –protestó mientras daba un nuevo tirón de orejas hacia arriba–. Anda, pasad para dentro, que vais a rezar el Rosario hasta que las ranas críen pelo.

Don Marcial tiró para dentro refunfuñando, mientras los dos chiquillos trastabillaban y chillaban con cada tirón de orejas.

–En un momento estoy contigo, Germán, cuando finiquite el castigo divino para estos dos.

Aún sonrío cuando recuerdo mi niñez en el *barrio*, cuando Marcos y yo hacíamos exactamente lo mismo que aquellos dos chiquillos en la calle de la Esgrima. Si por algo se caracterizaba el barrio de Los Milagros era por tener veinticinco edificios dedicados al culto y otros tantos, no tan honorables, dedicados a festejar la noche. Era una pugna desigual por reunir a la clientela más nutrida, saliendo vencedora sin duda la actividad nocturna. La nutrida población universitaria, los prósperos comerciantes de la ciudad y los hombres de campo de los pueblos de la provincia eran los clientes habituales de los cabarets y bares de copas esparcidos sin orden ni concierto. Era costumbre recalar en la Plazuela, tomarse la primera copa de la noche y luego perderse entre las callejuelas oscuras para dejarse querer por las habitantes de la noche,

previo pago de unas perras.

En esto estaba cuando apareció don Marcial.

–Vayamos a mi despacho, que necesito un calmante. Ya sabes...

Una vez instalados, don Marcial fue directo hasta la estantería donde guarecía *Vida y obra de Tomás Luis de Victoria*, y del interior del libro sacó la bolsa, el librito y se puso a liar un nuevo cigarrillo de picadura. Con ansias de aspirar su humo, fue directo a la ventana, abrió los postigos y lo prendió. Tras darle una desesperada calada, se serenó un poco y dijo:

–Siento la escena, Germán. Hay cosas que me sacan de quicio, y que se escapen del Colegio no lo tolero. Y menos aún que me hagan entrar en las mismísimas calderas de Pedro Botero. En fin. Ese es el tercer violín que faltaba, ¿no es así?

–Así es, don Marcial, listo para resistir el trato de esta escuela.

El cura observó el instrumento, hizo vibrar un par de cuerdas y lo dejó sobre la mesa atestada de apuntes.

–Las cuerdas son nuevas –expliqué–. Para que el sonido mejore, debemos darles tiempo, para que se ajusten y no se desafinen tan rápidamente.

–Lo cierto es que algunos violines se nos desafinan más rápidamente que otros. ¿Quieres que te los lleve al taller?

–No hace falta. Poned un poco de resina en los agujeros de las clavijas de esos violines, ya que éstas saltan y las cuerdas tienden a desafinarse constantemente. La resina es muy pegajosa, y consigue evitarlo en gran medida.

–Así lo haré. Por cierto, ahora sí que tenemos que hacer cuentas, Germán.

–No se deben.

–¡Y una puñeta! Tú no eres cura, sino un artesano. El consejo de la

resina lo tomaré de forma gratuita, pero tu trabajo debes cobrarlo.

Tras dar otra caprichosa calada, dejó el pitillo en la repisa de la ventana y retiró un par de libros tras los cuales había una caja de caudales roñosa. La abrió y le tendió una suma de dinero que apenas llegaba para el arreglo de un solo violín.

–¿Así está bien?

–Perfecto. Gracias, don Marcial –mentí introduciendo las monedas en mi bolsillo–.

–A ti –agradeció sonriendo.

Para terminar de implantar su sosiego chupó otro par de veces el pitillo, lo destripó contra la jamba de la ventana y lo tiró a la calle. Tras cerrar los postigos, cogió una silla y la plantó frente a mí.

–He estado averiguando algo sobre lo que me preguntaste en tu anterior visita. No es mucho, pero quizá te interese. El hermano Venancio tuvo en su día algún tipo de relación musical, no sé muy bien cuál, con Lorenzo Greiner, y también te interesará saber que un día vio brevemente al violinista que me comentaste. Espera aquí un momento que voy en su busca.

Dejándome con la palabra en la boca y nervioso como un lechuguino, don Marcial se esfumó por la puerta. Apenas transcurridos un par de minutos apareció con otra persona a su lado. Era un hermano del colegio al que apenas habría visto un par de veces. Era achaparrado y estrecho, de frente barrida de pelo y de edad indefinible, como la mayoría de los curas. La piel de su semblante estaba más bronceada que la de sus otros hermanos, lo que me indicó que pasaba más horas que los demás fuera de aquellas cuatro paredes. Sus ojos eran pequeños, asustadizos y rehuían mi mirada. Don Marcial lo invitó a pasar con un cariñoso empujón y cerró la puerta.

–Te presento al padre Venancio. Quizá no lo conozcas, porque por aquí para poco, ya que se encarga de nuestra huerta y hace de improvisado bibliotecario. Pero no te aburro con más detalles sobre sus quehaceres.

Me levanté de la silla y le tendí la mano. Éste me la estrechó dibujando una trivial sonrisa.

–Encantado.

–Y éste es Germán Etura, un reputado luthier de Salamanca –dijo don Marcial dirigiéndose a su compañero.

–Es un honor –manifestó el padre Venancio, omitiendo preguntar nada sobre el cometido de mi trabajo.

Don Marcial hizo una leve introducción para que yo entrase en materia.

–En realidad, no es Lorenzo Greiner el que me interesa, sino el violinista que estuvo tocando en la plaza del Liceo hace unos años. Quizá usted lo recuerde o pudo haberlo visto tocar.

Venancio tardó en reaccionar, quizá intimidado por la pregunta. Miró de soslayo a don Marcial como pidiendo permiso. Éste le puso la mano en el hombro, con mimo.

–El hermano Venancio tiene que contarte algo sobre lo que estuvimos hablando hace unos días. Es un poco tímido, pero sacarás algo en claro. Yo tengo unos asuntos que arreglar, así que os dejo solos –apuntó tras abrir la puerta–. No olvides saludar a doña Lucía de mi parte.

–Así lo haré.

Una vez solos en el despacho de don Marcial, el padre Venancio y yo nos estudiamos con la mirada. Fue él el que puso el primer cimiento de una conversación que, a la postre, resultaría vital para solucionar el oscuro misterio que envolvía la muerte del violinista.

Al parecer, no era raro que algún tipo, tras haberse despachado a gusto durante toda la noche en alguno de los burdeles del barrio de los Milagros, tocase con encontrada equivocación la puerta de Colegio esperando encontrar en él la última copa de la noche. El hermano Venancio era el encargado de expedir a los confundidos y volverse a la cama. Siempre lo hacía sin poner

una mala cara, como si fuese un compromiso más de aquel colegio. Pero cierta noche algo llamó su atención. Rondarían las tres de la mañana cuando unos nudillos aporrearon la puerta del orfanato. El cura se levantó para facturar a un nuevo extraviado, pero en ese caso no se trataba de algo habitual. Caído sobre la puerta se encontraba un hombre que rondaría la cuarentena. Llevaba una especie de maletín, un sombrero de ala ancha y se quejaba de una fuerte molestia en el estómago, en la parte inferior, alrededor de los intestinos. El padre intentó ayudarlo a levantarse pero no pudo. El hombre se quejaba del intenso dolor y, de seguido, comenzó a vomitar. Según recordaba el hermano Venancio, aquella noche había luna llena, por lo que pudo percibir el color de aquel vómito. Éste presentaba rastros de sangre y algunas vetas de color verde amarillento. Esto, unido al intenso dolor del estómago y al tono áspero de su voz, alertó el sexto sentido del fraile. Se trataba de unos claros síntomas de envenenamiento por arsénico, que ya había progresado más allá de las primeras etapas. Hizo un nuevo intento para levantar al desdichado, pero resultó de nuevo inútil. Fue en busca de agua a la cocina y volvió junto a él. Por el breve tiempo que pudo estar y las breves frases que pudo compartir con aquella persona, dándole no pocos ánimos, pudo deducir que era italiano. Al tiempo, como dos espectros, llegaron un par de tipos que no parecían ir en absoluto bebidos. Saludaron a don Venancio con una sonrisa correosa y se limitaron a preguntar si el infortunado le había contado algo interesante. El hermano negó rotundamente, y acto seguido aquellos dos hombres cogieron el maletín y el sombrero de ala del italiano y se lo llevaron en volandas, introduciéndolo de nuevo en el laberinto de Los Milagros. Sólo cuando se hubieron ido don Venancio reparó en la forma de aquel maletín: se trataba de una funda para guardar un violín.

Nos quedamos mirando unos segundos tras la exposición. Me levanté y miré por la ventana.

–Usted, padre Venancio, ¿cree que aquella persona era el violinista de la plaza del Liceo?

–Apostaría mis hábitos a que sí –aventuró sin inmutarse–. Sus ropajes, el habla, incluso el maletín... Es cierto que esta es una ciudad por la que rota mucha gente, pero puede usted estar seguro que el individuo que se presentó

aquella noche era el vagabundo que tocaba cerca del Liceo.

–¿Está completamente seguro?

–Viviendo en este colegio dedicado a la música, ese tipo de detalles no se nos escapan. Sin duda alguna, estoy seguro.

–Quizá sea algo embarazosa para usted la siguiente consulta, pero para mí es necesario. ¿Puedo realizarla?

–Adelante.

–¿Conocía usted a los dos individuos que se llevaron al violinista?

–No –negó sin pensarlo–. Bueno, tampoco podría saberlo. Iban embutidos en dos capas y dos gorros que los tapaba por completo, y apenas fueron unos segundos los que estuvieron en la puerta.

Aquello eliminó toda posibilidad de seguir aquel camino. Suspiré y el padre Venancio notó mi desasosiego.

–Siento no poder ayudarle más. Ese fue todo mi encuentro con él –expuso con los brazos colgando de sus costados–. Todos los detalles se los he contado ya.

–Gracias, gracias –correspondí–. Se lo agradezco de corazón. Es una vía por la cual seguir investigando.

–Si tiene cualquier otra cuestión, no dude en indicármela. Estaré a su entera disposición para lo que necesite.

Salimos del despacho de don Marcial y el padre Venancio me acompañó escaleras abajo. Se despidió de mí en la puerta del colegio, aunque antes de cerrar la puerta me dijo:

–Estoy pensando en que hay un detalle que he obviado. Cuando estuve atendiendo al violinista, observé que en la palma de su mano derecha tenía tatuados tres puntos que parecían delimitar un triángulo. No sé, me pareció extraño. Se lo expongo por si le sirve de algo.

–Ahora mismo no me dice nada –aseguré vacilante–. De todos modos, gracias por la apreciación.

–A usted.

Salí a la calle con la certeza de tener en mi poder una pieza más del puzle, probablemente una importante.

Bien entrada la tarde, y tras haber terminado un encargo para un famoso violinista madrileño, telefoneé de nuevo a Salvador de Andrés a la redacción del periódico. Andaba ocupado, por lo que no pudo ponerse al teléfono. Al cabo de media hora me devolvió la llamada.

–¿Tres puntos tatuados en la mano?

–Así es.

–Ni idea, pero si quieres lo consulto por aquí.

–Gracias.

–No se deben. ¿Y la fuente?

–Lo siento, no puedo facilitártela.

–Entiendo, entiendo. Llámame mañana sobre esta hora para ver si tengo algo.

–Está bien.

Había caído la noche sin apenas darme cuenta. En la cena, doña Lucía había preparado unas sopas de ajo que devoré con fruición, callado y más bien ausente. No fue hasta después de recoger la mesa cuando la buena mujer se sentó frente a mí y preguntó el motivo de mi angustia.

–¿Qué te inquieta ahora, Germán? –disparó a bocajarro–. Esta mañana te has levantado demasiado temprano, y mira qué cara te gastas. ¿Es por ese maldito violín que te trajo aquella señora?



–Así es. He estado hablando con Salvador de Andrés. Él cubrió la noticia cuando encontraron el cuerpo de aquel hombre bajo el olivo.

–¿Y era el violinista?

–Parece que sí. Todo parece ir en la misma dirección.

Había sido precavido en no contarle nada sobre mi encuentro con Lorenzo Greiner y la partitura que había escuchado. Por ahora quería guardarme mis sospechas y evitar inquietarla.

–¿Hasta dónde quieres llegar? ¿Por qué es tan importante para ti el descubrir quién era aquel muerto?

Me levanté de la mesa.

–¿No se da cuenta, doña Lucía? El violín que tengo secando abajo podría haberle pertenecido. Podría ser la causa de su muerte. Usted misma me dijo que la codicia podría haberse llevado por delante a ese infeliz.

Ya me estaba arrepintiendo nada más acabar la frase. El tono no había sido el más amable.

–Podría, o quizá no –contestó con sabia serenidad–. ¿Qué más da? Da parte a las autoridades y ya está. Olvídate de él.

–No puedo, doña Lucía.

Se quedó pensativa. Me conocía demasiado bien como para obviar mi turbación. Quizá su actitud ante mis respuestas me estaba poniendo a prueba.

–Todo esto tiene algo que ver con Lorenzo Greiner, ¿verdad?

Me mantuve callado. Me había dejado demasiado sorprendido, y lo cierto es que en ese momento no me apetecía seguir hablando del tema, así que zanjé la conversación.

–Podría, o quizá no –afirmé repitiendo sus palabras.

Doña Lucía enmudeció sabiamente y comenzó a recoger la cocina. Sólo

cuando yo empezaba a bajar las escaleras hacia el taller, oí su voz.

–Abrígate, esta noche hará frío.

Tras un breve titubeo, que no pasó inadvertido para doña Lucía, continué mi descenso con la incertidumbre de no saber adónde me dirigía. Necesitaba tomar aire y así lo hice, aunque antes eché un rápido vistazo al violín para ver si todo estaba en orden, aunque sólo fuera para cerciorarme de que aún continuaba allí. Me abrigué bien el cuello y me introduje en la noche más oscura de Salamanca.

Me introduje en el *barrio* por la calle Cervantes. En la intersección con la calle de la Esgrima se situaba el bar de Gong, en el que reinaba un gran alboroto, pues era el principal garito al que solían arribar los primeros moradores de la noche, antes de consagrarse a cuestiones de mayor envergadura. Siguiendo la calle, tan sólo cinco puertas más hacia delante, me paré frente a un edificio de dos plantas. Curiosamente, fuera no había ni un alma, aunque de dentro provenía una embaucadora algazara que invitaba a entrar. Se accedía al prostíbulo por una puerta de doble hoja iluminada con un pesado farol. A su lado, y en una corroída chapa atornillada, estaba anunciado el nombre del establecimiento en irónicas letras de oro: *Cabaret de la Manola*.

Estaba lleno hasta la bandera, lo cual no me extrañó. Entre la espesura del humo se distinguía un establecimiento que distaba mucho de tener el atractivo de los reputados cafés de la Plaza Mayor, aunque de un rápido vistazo alcancé a ver que hacía acopio de una clientela similar. La forma de la estancia era rectangular, con un mostrador en forma de ele al lado derecho, que dejaba espacio en su zona central a una especie de tarima en la que una desgarramantas ligera de ropa zapateaba una coplilla de moda, junto a un calvo descamisado que hacía sangrar sus manos como palmero. Alrededor, varios babosos seguían con la mirada a la pobre muchacha mientras aullaban alentados por sus sensuales movimientos.

A codazos, me abrí un hueco hasta la barra y abordé a la camarera.

—Perdone.

La muchacha se movía rápidamente, quitando las chapas a las cervezas con habilidad innata.

–Quería hablar un momento con la Charo, me han dicho que trabaja por aquí. Debió de verme una cara de pazguato que hizo que le brotase una cínica sonrisa.

–¡Otro nostálgico, eh! –vociferó mientras tomó un sorbo de una cerveza que me ofreció.

Delicadamente relamió sus labios, un movimiento que no pasó desapercibido por prácticamente todos los varones apuntalados en la barra. Varios rompieron a reír.

–Se equivoca –contesté rojo como una brasa–. Sólo deseo tener una conversación con ella.

–Sí, sí, claro, como todos –exclamó un mameluco a mi lado–. Si no se la va a beber...,le ofrezco mi ayuda.

–Tome, bébasela, yo no la quiero –le ofrecí tendiéndole el botellín.

La camarera se puso en jarras mirando con saña al personaje que nos había interrumpido.

–Bueno, Faustino. Ya tienes la cerveza, ahora aire.

La empleada se apoyó de codos. Sus enormes pechos descansaron sobre la barra, desbordándose del escote y tendiendo una emboscada para mis inocentes ojos.

–Dime, príncipe, ¿y no te valgo yo?

A duras penas le sostuve la mirada un par de segundos.

–No quisiera ofenderla, no sería mi intención ni mucho menos –dije evitando mirar de nuevo aquel generoso escote.

La camarera resopló, y viendo que no tenía nada que rascar pegó un

chillido de cabrera para llamar a otra chica que deambulaba entre el público.

–Aquí el señor requiere los servicios de la Charo –sostuvo contrayendo un ojo. La chica me echó un rápido vistazo. No tendría más allá de veinte años y tenía unos preciosos ojos verdes en los que aún se adivinaba cierta inocencia. No iba tan ligera de ropa como el resto de las muchachas. En comparación con ellas, casi podría decirse que iba recatada.

–Sígueme –autorizó con una amplia sonrisa–. Está arriba, en el saloncito.

La figura de aquella muchacha, esbelta y pálida como un adorno de porcelana y aparentemente frágil, parecía deslizarse entre el público como si estuviera flotando un par de centímetros por encima del suelo. Subimos unas escaleras de madera hasta el segundo piso, concretamente hasta un gran salón precariamente iluminado. Por lo que pude ver, aquel salón, alfombrado de rojo y empapelado con vistosos listones dorados y verdes, era lo más hermoso de aquel prostíbulo. El mueble principal era un piano de cola en mal estado, y a su alrededor varias sillas tapizadas también de rojo se ubicaban desordenadas. Para completar la decoración, una llamativa oleografía colgaba de una de las paredes laterales, mientras que en las contiguas varios cuadros con motivos diversos llenaban el espacio: una escena de caza típicamente inglesa, una foto de la Plaza Mayor y un paisaje que no supe ubicar. Al observar el piano, no pude por menos de reflexionar sobre cómo la música llegaba a encajar en todo tipo de ambientes, desde los más selectos hasta los más viciados, como aquel donde me encontraba.

–Puede sentarse en una de esas butacas. Iré en su busca.

Me dejé caer en una de las poltronas y vi desaparecer a la chiquilla por el pasillo. Mientras trataba de entender el nexo de unión entre aquellas litografías entraron en el salón dos caballeros decentemente vestidos, que ocuparon dos butacas contiguas a la mía sin apenas prestarme atención. Un par de chicas aparecieron al rato con movimientos aletargados, ligeras de ropa y con una sonrisa de manual en su cara. Ambas se sentaron en las rodillas de los caballeros y comenzaron a pasar los índices de sus manos por sus perillas, como si ellos cuatro fuesen los únicos moradores de aquel aposento de vicios

inenarrables. De seguido apareció la chiquilla de los ojos verdes con otra mujer que rondaría la cincuentena, vestida con aún mayor recato y peinada con un moño victoriano. La chica joven hizo las presentaciones pertinentes y, tras un oportuno guiño, desanduvo sus pasos y bajó escaleras abajo. La mujer del moño, que supuse que era la Charo, comenzó a cosechar billetes de los dos caballeros, se los metió en el canalillo y con desparpajo dijo:

–Venga, que estáis calentando demasiado las butacas. A remar a la alcoba.

Entre risas, los cuatro salieron del salón, dejándonos solos.

Me sentí morir delante de aquella hembra.

–Aquí no comemos, monada. Si acaso, y bajo pago, hacemos otras cosas que evitaré explicarte porque supongo conoces. Aunque viendo tu semblante empiezo a dudarlo... Yo ya no despliego mis artes, por lo que puedes quitar esa cara de ganso que se te ha quedado. En fin...–dijo tras echarme un rápido vistazo y advertir mi bloqueo emocional–, me han dicho que andas buscándome. No te conozco.

–Me llamo Germán, Germán Etura –conseguí articular con vocecilla asustada.

La Charo se envolvió en un chal que llevaba en la mano y encendió un cigarrillo. Se sentó en una de las butacas y cruzó las piernas de un modo magistral.

–Pues tú dirás.

–Bueno, es una larga historia, pero básicamente vengo par a hacerte unas preguntas. La prostituta me sostuvo la mirada unos instantes.

–No tienes pinta de madero.

–Ohh, no, no lo soy. No se preocupe.

–¿Preocuparme? Si suelen ser mis mejores clientes, fieles como ellos solos, aunque a menudo se llevan también su parte del pastel... –mantuvo

lanzando una voluta de humo—. En fin muchacho, tengo poco tiempo, por lo que te agradecería que fueras al grano.

Aunque en el camino había repasado mentalmente mis preguntas, mis ideas se habían evaporado ante la imponente figura y personalidad de la Charo.

—Tengo entendido que la Peña del Brujo suele frecuentar este establecimiento —solté a bocajarro.

La Charo pareció palidecer durante una décima de segundo, un tiempo mínimo que disimuló como sólo lo saben hacer las profesionales de su ramo. Con garbo, apagó el cigarrillo en un cenicero que descansaba sobre el piano y se acercó. Pude percibir un agradable olor a canela y un cosquilleo nervioso en mi oreja.

—Germán, creo que es mejor que no sigas por ahí —me advirtió dándome un beso en la mejilla—. Llamaré a Violeta para que te acompañe hasta la puerta.

La Charo se incorporó, se adecentó el chal, libró de arrugas su vestido y enfiló hacia la puerta por la que había llegado.

—Señora, por favor, ¡necesito que me ayude! —grité al ver que se evaporaba toda posibilidad de conseguir información—. Si es por dinero, puedo pagarle por su información. Usted llegó a conocer a mi padre. Era italiano.

La prostituta se detuvo en seco, pero no se dio la vuelta.

—Si es el que creo, sí que lo conocí. Hace un buen puñado de años estuvo en este establecimiento. Giró lentamente y me hizo una seña para que llegase a su altura.

—¿El violinista? —me preguntó susurrando.

Asentí con la cabeza.

—Hablaremos mejor en otro sitio. Hazme el favor de seguirme.

Aliviado, aunque con los mismos o incluso más nervios, fui tras ella.

Recorrimos un pasadizo en penumbra atestado de puertas de las que provenían toda clase de jadeos. La mayoría estaban abiertas, por lo que pude comprobar que en cada habitación había tres o cuatro camas, todas ellas ocupadas por cuerpos desnudos entregados al desenfreno y separadas unas de otras por cortinas prendidas sobre cordeles. Llegamos a una puerta cerrada al fondo del pasillo. La Charo la abrió con llave y me hizo pasar.

–Ponte cómodo –me indicó quitándose con un elegante movimiento el chal que la envolvía.

La habitación era sencilla pero confortable. Disponía de una cama y de un par de mesillas pegadas a la pared, bajo un espejo estratégicamente colocado en el techo. En un lateral descansaba un tocador y un palanganero, iluminados por una bombilla amarillenta que sobresalía de su parte superior. Sobre la repisa del mueble se veían cajitas cuadradas de polvos de talco, un lote completo de cremas realizadas en alguna botica y multitud de frasquitos de colonias a medio empezar. La Charo se sentó frente al mueble, se dio un par de pinceladas de maquillaje en la cara y sacó la recaudación de su canalillo, depositándola en una caja fuerte.

Al no encontrar otra silla, me limité a sentarme en un lateral de la cama. La Charo se levantó, colocó su silla frente a mí y dijo:

–Como comprenderás, esta casa tiene más secretos que el mismísimo Vaticano, por lo cual creo que no será necesario aclararte que omitiré información que sea perjudicial para el negocio. El sexo es rentable, pero muy cáustico.

–Lo entiendo, lo entiendo. Sólo quiero saber algún detalle que me permita comprender la muerte de mi padre.

–¿Quién te ha mandado hasta mí?

–Salvador de Andrés, el periodista. Me dio referencias tuyas.

La meretriz cambió el tono de su lenguaje a partir de aquella frase,



aplicando desde entonces una voz suave y modulada y escogiendo con cuidado las palabras, como quien selecciona pepitas de oro, sin utilizar una sola expresión malsonante.

–¿Vives en la ciudad?

–Así es.

–No me suena tu cara.

–Pues a decir verdad, creo que nací a escasos trescientos metros de aquí, aunque ahora vivo en el centro. Lo que ocurre es que he estado muchos años viviendo en Italia.

–Yo nunca he salido de este barrio. Nací en esta casa y creo que me enterrarán en ella, como le ha sucedido a muchas como yo –dijo con cierta melancolía–. Claro que esas están criando malvas hace tiempo, llevadas por las enfermedades. En ese sentido yo voy teniendo suerte.

No supe qué contestar ante tan desdichada verdad.

–Por lo menos has dejado de ejercer y continúas sana –completé sin decisión.

–Así es, cariño, pero entrar en este infierno nunca es gratuito. Si consigues salir, lo haces achicharrada –sentenció con pena.

La Charo tenía que haber sido una mujer muy atractiva en sus años jóvenes. A pesar de la infelicidad que debía suponer su profesión, aún poseía un leve brillo en sus ojos que a buen seguro empleaba en ocasiones para cautivar a cualquier hombre que se pusiese por delante. Ahora, a sus aproximadamente cincuenta años, la dureza de su vida y algo escondido en los profundos pliegues de sus ojos habían deteriorado su cara, acartonándola, aunque ella pretendiese ocultarla delante de aquel tocador con mil potingues.

–Poco te pareces a tu padre.

–Supongo que saldría a mi madre.

–¿Supones?

–Nunca los llegué a conocer. Ambos murieron.

–O sea, que buscas un pasado.

–Por así decirlo, sí.

La Charo giró la conversación.

–¿Qué quieres saber exactamente?

–Todo lo que puedas contarme sobre él. Prometo no preguntarte por la Peña del Brujo si tú no quieres. La prostituta sonrió, dejando a la vista un pequeño hueco en su dentadura inferior.

–Le recuerdo perfectamente. Lo cierto es que no es muy corriente que un músico italiano se arrime por estos barrios. Vino varias veces, hasta que una noche dejó de presentarse. Esa última noche apenas podía moverse y se quejaba constantemente de un fuerte dolor de estómago.

Aquello corroboraba la versión que me había dado don Venancio, de lo cual me alegré.

–La primera vez que se acercó por aquí se presentó solo –continuó hundiendo sus dedos en el cabello–. Aporreó la puerta hasta que la Manola y yo tuvimos que bajar a abrir. Como supongo ya te habrá dicho Salvador de Andrés, cuando la Peña del Brujo nos lo pedía cerrábamos el local exclusivamente para ellos durante toda la noche, remitiendo a los demás clientes a cualquiera de los otros veinte burdeles del *barrio*. Aquella era de una de esas noches. El músico nos insistía en que tenía que tocar para unas personas aquí mismo. Hablaba muy bien el castellano, por lo que al principio creímos que era gallego o de las vascongadas. La Manola y yo nos encogimos de hombros y le dejamos entrar, pensando que la orgía de aquella noche sería amenizada por aquel violinista. Cosas más raras he visto.

–¿Tocó delante de vosotros mientras...?

La Charo lanzó una carcajada.

–Ni te figuras hasta donde llega la pervertida imaginación de los hombres –exclamó levantándose de la silla y cogiendo una cajetilla de tabaco–. Pero no, no tocó mientras cohabitábamos. Lo hizo en el saloncito en el que has estado antes, para dos de los integrantes de la Peña del Brujo. Ninguna de nosotras estuvo presente.

–¿Cuántas veces tocó para esos hombres aquí?

–Una sola vez, esa noche. El resto de las veces venía directamente con ellos, aunque él siempre se quedaba en la barra tomando algo. En ocasiones, cuando bajábamos, ya estaba dormido. Es todo cuanto te puedo contar sobre él. No tengo más datos. Entenderás que con toda la panda de desgraciados que pasa habitualmente por el negocio, no tenga memoria suficiente para acordarme de todo.

–Entiendo.

La prostituta sacó un chisquero y prendió el cigarrillo con elegancia. Se retiró unos pelos de la cara y soltó sutilmente el humo.

–Todo esto te parece rarísimo, ¿verdad?

–Francamente..., sí. No entiendo por qué venía a pasar la noche aquí si no quería nada de vosotras. Y que la Peña del Brujo le hiciera venir a tocar precisamente a este local... No le encuentro ningún sentido. Unas personas pudientes como aquellas, que incluso se podían permitir el lujo de cerrar un local como éste toda una noche, podían citar a un violinista en algún otro lugar, seguramente más apropiado. A no ser que no quisieran que se les relacionara con él...

La Charo se quedó mirándome pensativa. Tuve la premonición de que quería contarme algo más, pero que no se atrevía.

–Quizá venía porque no tenía otro sitio donde dormir –argumentó sin convencimiento, como lanzando una cortina de humo.

–Creo que tiene que haber algún otro motivo.

La prostituta se encogió de hombros y volvió a dar una calada al cigarrillo.

—¿Siguen viniendo una vez al mes?

—¡Ohh, no, chiquillo! Aquello se acabó. Hace ya años que no cerramos el negocio para ellos. No es que me queje de trabajo, claro está, pero ahora para ganarse un sueldo hay que tumbarse muchas veces por cuatro perras. Los universitarios y los pueblerinos nos sacan las castañas del fuego.

Dicho esto, se aupó de la silla y la colocó de nuevo frente al tocador. Se sentó y comenzó otra vez aquel monótono ritual con el talco y las cremas frente al espejo que la veía envejecer. Sin pudor, comenzó a quitarse la blusa y el sostén, quedando la mitad superior de su cuerpo desnuda. Se deshizo el moño victoriano y sacudió un par de veces su cabellera, la cual se aposentó con gracia sobre sus hombros. Hice por mirar hacia otro lado, aunque no pude evitar lanzar una mezquina mirada a aquel cuerpo que sin duda habría sido contemplado y manoseado por media Salamanca.

—Nunca has visto el cuerpo de una mujer, ¿verdad? Aquella profesional parecía tener el arte de conocer a los hombres, y mucho.

—Tiene usted razón, nunca he estado con ninguna —asentí bajando levemente la cabeza, humillado—. Desde antes de tener edad para ello me he dedicado en exclusiva a mi trabajo.

Lejos de reírse, la Charo se dio la vuelta y se enfundó de nuevo la blusa tras asearse las axilas sobre el palanganero. Se acercó y se inclinó frente a mí.

—Cualquier otro en tu lugar me hubiese tirado ya a la cama al verme desnuda. Miré a aquellos ojos cansados. Su profunda negrura no me ofreció pista alguna sobre sus intenciones.

—Eres un buen hombre, Germán. Todos los que se acercan por aquí piensan únicamente en aliviarse, pagar, si es que no intentan escaquearse, y volver de nuevo a disimular junto a sus esposas.

En el fondo, pensé que lo del desnudo había sido una prueba por parte

de la Charo para conocer mis verdaderas intenciones. Por su reacción, supuse que había salido airoso.

De repente, un par de fuertes golpes en la puerta me asustaron.

–¡Estoy en cinco minutos! –exclamó la Charo volviendo su mirada de nuevo hacia mí–. Como ves, el negocio nunca cierra.

Cogida la indirecta me levanté de la cama. La prostituta me imitó y se puso frente a mí, a escasos cinco centímetros. Me sentí incómodo, arrinconado. Ella se acercó y sensualmente me dio un beso en la mejilla. No era un beso de despedida, sino algo más. Un bulto en mi entrepierna comenzó a tomar vida. Avergonzado, me retiré un poco.

–Tengo que irme.

Ella asintió con el cuello sin apartarse ni un ápice.

–Violeta te está esperando fuera. Ella te guiará hasta la calle –dijo al fin–. Por favor, cierra la puerta.

Cuando ya salía de la habitación, giré de nuevo la cabeza y pude ver cómo la Charo se apoyaba sobre el tocador, se cubría la cara con las manos y comenzaba a llorar delante del espejo.

La chica que me estaba esperando en el pasillo, Violeta, no era otra que la de los ojos verdes.

–¿Todo bien? ¿No se le olvida nada?

–¡Oh, no, por Dios! No ha pasado nada entre...

–Lo sé.

La chica entornó una sonrisa, y agarrándome de la mano me fue dirigiendo hasta la calle sin hacer ninguna otra pregunta. Fuera caía un fuerte aguacero, y las calles eran barridas por una corriente de agua que arrastraba todo a su paso. A duras penas nos resguardamos bajo el alero del edificio.

Una vez allí me sonsacó mi nombre.

–Germán. Me llamo Germán.

–Yo soy Violeta –dijo besándome en las mejillas.

Un fuerte escalofrío recorrió mi espinazo.

Bajo la luz de aquel pesado farol, y en aquella miserable calle anegada de fango, Violeta me pareció la más linda de las mujeres. Su belleza era a la vez natural e impresionante, una pesadilla en movimiento para cualquier hombre. Su piel pálida, casi impecable, parecía brillar en la penumbra, y sus ojos eran pozos de deseo. Quedarse mirando aquellos zafiros era tambalearse al borde de un abismo, y pensé que su magnetismo era irresistible como el del mejor de los Stradivarius. Su pelo, negro y brillante como las alas de un cuervo, caía en cascada sobre su espalda, llegando casi hasta la cintura.

No supe qué decir. Mis labios se agarrotaron.

–Encantado –conseguí articular.

Lo único que se me pasó por la cabeza en aquellos momentos fue invitarla a dar un paseo, cosa imposible viendo el temporal y sobre todo conociendo su trabajo.

–Bueno, creo que tengo que irme –agregué como un bobo.

–Sí, a mí me espera faena dentro –asumió con una alegre sonrisa.

Pasó por mi cabeza la posibilidad de pagar por uno de sus servicios, y desaprovechado en pos de gozar únicamente de su compañía, pero lo desestimé al instante.

–Ya nos veremos.

–Sí, hasta otro día –se despidió entrando de nuevo en aquella cueva de testosterona.

Me subí el cuello del abrigo, di un par de vueltas a mi bufanda y miré

hacia arriba. La lluvia atravesaba como saetas la luz de aquel viejo farol. Enfilé hacia arriba aquella calle, que parecía un auténtico patatal, sorteando los socavones e intentando que el agua y el barro, al menos, no me llegasen por encima de los tobillos.

Aunque aquella visita no me había aclarado demasiado qué había sucedido aquella fatídica noche años atrás, sí que había servido para conocer a una de las mujeres más bellas que había visto nunca. Sabía que algún día tenía que llegar aquel momento, pues desde aquel remoto e infantil sentimiento por Gioconda di Luca en la lejana estación de Génova no había vuelto a abrigar nada parecido hasta esta noche. Todavía con la imagen de su angelical cara y su no menos maravillosa sonrisa dibujada en mi mente, me maldije por mi mala estrella de dejarme enamorar por una prostituta. Lo cierto es que a lo largo de los siglos todo hombre ha encontrado ese sibilino morbo por este tipo de mujeres, y parece ser que yo no iba a ser la excepción que deshiciese la regla. Era evidente que una relación con este tipo de muchachas acabaría en vía muerta, amén de estar en boca de toda Salamanca, por lo que procuré que cada paso que daba para salir del *barrio* fuese un paso que me alejase de tan peligroso pensamiento.

En esto estaba cuando tropecé con un grupo de personas que se arremolinaban en derredor de otra tendida en el suelo. Pude observar que también entre el grupo había dos serenos. *Un borracho*, pensé.

—¡A éste lo han matau por un lío de fardas, seguru! —opinó un individuo vecino del *barrio*.

Involuntariamente di un paso atrás.

La víctima estaba boca abajo, con la cabeza ladeada hacia la derecha, y a pesar de la oscuridad y la lluvia se distinguía un tremendo agujero de bala justo detrás de su oreja. Tenía toda la cara ensangrentada. Sin duda, a juzgar por las heridas, había muerto al instante.

—¡Ahí vienen las autoridades! —advirtió uno de los que allí se congregaban.

A buen paso llegaron hasta nuestra altura cuatro personas. Uno de ellos, el que parecía que llevaba la voz cantante, se arrodilló en un charco y observó detenidamente al cadáver, mientras otro le daba cobertura con un generoso paraguas. Tras un breve análisis se santiguó y dijo:

–Pérez, avisa al Juzgado de Instrucción y al médico de guardia de la Casa de Socorro. Este tipo está frito. ¡Me cagüen mi vida, menuda nochecita nos espera!

–A sus órdenes, inspector.

El tal Pérez echó a correr como alma que llevaba el diablo.

El inspector, tras observar con detenimiento el cadáver y tomar algún apunte en una libreta de cuero cuarteada, se incorporó y, dando un rápido vistazo a nuestras caras, preguntó al que tenía más cerca.

–¿Quién lo ha encontrado? Un individuo que rondaría mi edad, escaso de pelo y achaparrado, señaló con el dedo al tipo que tenía a su derecha.

Éste se asustó intimidado por la autoridad del inspector.

–Veníamos del Gong cuando vimos un cuerpo en el suelo. Al principio creímos que era un borracho. El inspector hizo una mueca a otro de los lacayos que tenía detrás y dijo con voz helada:

–Ortiz, toma nota. A todos éstos nos los llevamos a comisaría para que canten. Aquí, con este temporal, no podemos hacer nada. Ayúdame de Madrazo.

Dicho esto, Ortiz y Madrazo nos pusieron a caminar en fila india cual presidiarios hasta la Comandancia, bajo la incesante lluvia y en un silencio absoluto. Una vez allí entramos al vestíbulo, cruzamos un par de puertas y nos sentaron en una sala de espera triste y desangelada.

–Enseguida os pasamos declaración a todos –dijo Pérez.

Éramos cuatro y todos teníamos algo en común: miedo. Esto nos atenazó la lengua, por lo que permanecimos mudos durante nuestra espera,



que se prolongó durante horas. Después nos fueron conduciendo, uno por uno, a través de un largo pasillo hacia el sótano del edificio, en cuyo fondo se hallaban, tras una mesa, el inspector y su ayudante Pérez. La habitación era cuadrada, presidida por la mesa y con tres sillas en el centro; una escupidera, una papelerera de latón y una lámpara abollada completaban el decorado. Sobre la mesa se amontonaban numerosos informes.

Flotaba en el ambiente un picante olor a tabaco. Tanto el inspector como Pérez tenían los ojos vidriosos por la humareda que habitaba sobre sus cabezas, y sus gestos delataban un permanente hastío. No en vano, yo era el último al que tenían que tomar declaración y rondaban ya las siete de la mañana.

El inspector tomó su cajetilla de tabaco e hizo ademán de sacar un cigarrillo, golpeándolo sobre su peludo nudillo. Al observar que estaba vacía se maldijo, estrujó el paquete con saña y lo tiró a la papelerera de latón.

—¡Pérez, por favor, vaya a por tabaco y café!

Éste se levantó y enfiló hacia la puerta por la que habíamos entrado.

El inspector era un tipo de marcadas facciones, pues tenía una mandíbula cuadrada y pómulos prominentes. Sus ojos eran azul oscuro y peinaba hacia atrás un cabello negro como el azabache. Iba bien arreglado, a pesar de las horas que eran. Repasó brevemente un informe, levantó la vista haciéndose un masaje en las sienas, me dio un rápido repaso y dijo:

—Tome asiento.

Una vez ubicado frente a él, comenzó el interrogatorio.

—Supongo que sabrá las razones de su presencia en esta sala.

—Me imagino.

—Bien, le tomaré declaración, y si no vemos indicios de nada sospechoso podrá usted marcharse por esa misma puerta enseguida.

Bajó de nuevo la cabeza y siguió leyendo.

–Según leo aquí, usted se llama Germán Etura Martín, natural de esta misma ciudad, veintiséis años, de estado civil soltero, con domicilio en el callejón de la Bola y de profesión violinista. ¿Todo correcto?

–Así es, salvo la profesión. No soy violinista, sino luthier.

Anotó algo y subió de nuevo la cabeza inquisitivo. Al observar su desconcierto fui más explícito.

–Fabrico y arreglo violines.

–Luthier entonces –dijo garabateando nuevamente.

–Luthier, no luthier –resolví sin acritud.

El inspector levantó de nuevo la cabeza adoptando un gesto hostil. Estaba claro que la matización no le había gustado ni un pelo.

–Déjelo. Ponga carpintero.

Me lanzó una sonrisa burlona, la cual desapareció al instante.

–Después de la aclaración, comencemos. Usted no está acusado de nada, al menos por ahora... Se le encontró en la escena del crimen y, como comprenderá, necesitamos tomar declaración a todos los testigos. ¿Me sigue? Parece usted ausente.

–Estoy bien, no se preocupe. Es por la falta de sueño.

–Comprendo. Como le decía, si todo está en orden la declaración no nos llevará más de una hora –matizó en tono cordial–. Antes de continuar, perdone mi educación. Aún no me he presentado, soy el inspector segundo de vigilancia Gumersindo Camiñas, para servirle.

El destino había querido que Gumersindo Camiñas y yo nos encontrásemos frente a frente en aquel sótano, cosa que agradecí, pues difícilmente hubiera podido tener tan preciada oportunidad de otra manera.

–Bien, por lo que me ha dicho hace un momento, usted tiraba ya para casa cuando vio arremolinarse a varias personas delante del cuerpo y se paró por curiosidad...

–Así es.

–¿De dónde venía?

–Del Cabaret de la Manola.

Camiñas expiró una socarrona sonrisa.

–Debe tener usted en baja estima su cuerpo.

–No le entiendo.

–No es de mi incumbencia dónde se alivia usted, pero le aseguro que hay zahúrdas de mayor entidad en ese *barrio* –objetó mientras anotaba algo—. Es un simple consejo, tómelo como tal, se lo regalo.

–Gracias, pero no fui allí a lo que usted piensa, sino a hablar con la Charo. No hice nada más.

Pareció que el nombre de la Charo actuó de resorte. Había triunfado.

–¿Ha vuelto esa vieja fulana por sus fueros?

–Ya le he dicho que no hice nada con ella. Tan sólo hablamos.

El inspector se me quedó mirando como si le hubiese hablado sobre el sexo de los ángeles.

–Ya...

–Bueno, ni usted se lo va a creer ni yo necesito convencer a nadie.

–¿Y después?

–Ya se lo he comentado. A la puerta, me despidió Violeta, otra de las personas que trabajan allí, y cuando enfilé hacia casa me encontré con el muerto.

En ese momento Pérez interrumpió nuestra conversación. Traía un par de cajetillas de tabaco y un vaso de café que aún humeaba. Los depositó sobre la mesa y se sentó en la tercera silla que quedaba libre.

–Está bien Pérez, espere fuera. Enseguida termino.

Sin protestar, el oficial se levantó y cerró tras de sí la puerta.

Gumersindo Camiñas abrió uno de los paquetes de tabaco, hizo el ritual de golpearlo contra su nudillo y lo prendió. Tras darle una intensa calada, continuó:

–Me decía usted que le despidió Violeta, la hija de la Charo, a la puerta del cabaret.

–En efecto –afirmé sorprendido por aquella revelación.

El inspector fumaba y anotaba. Estiró sus muñecas y retomó la palabra.

–No sé, hay algo extraño en todo esto. Como entenderá, no es muy común que alguien baje al barrio y entre en un burdel de mala muerte tan sólo para hablar con una vieja puta.

A juzgar por el tono empleado, creí necesario no repetirme, ya que el inspector no aceptaría la misma contestación por respuesta. Aun así, Camiñas esperó más detalles tamborileando con sus dedos la mesa.

–Necesitaba información sobre una persona que ella conoció. Eso es todo. Mantuvimos una conversación y me fui de allí. Punto y final. Violeta y ella, y otra camarera, pueden ratificar mi versión. No hablé con nadie más.

–¿Sobre qué persona dialogaron?

–¿Es necesario que se lo diga? –inquirí para hacerle morder más el anzuelo.

El inspector machacó la colilla sobre el cenicero, se masajó los ojos y dio un sonoro puñetazo a la mesa.

–Usted está aquí para contestar a lo que yo le pregunte, ¿estamos? No me venga con tonterías y no me haga perder el tiempo, porque si me sale de los cojones le meto un par de hostias y no sale de aquí hasta que las ranas críen pelo. ¿Me ha entendido?

–Alto y claro.

–Bien, así está mejor. Veo que hablando se entiende la gente –soltó cínicamente–. ¿Por quién coños preguntaba usted en ese tugurio?

–Por Giacomo Viani.

Había subestimado a Gumersindo Camiñas. En un lapsus de dos segundos había conseguido relacionarlo todo, aunque ni un solo gesto le delató. Ni siquiera pestañeó. Eso sí, supongo que para ordenar un poco sus ideas se levantó de la silla, dio un par de vueltas alrededor mío y se volvió a sentar.

–¿En Salamanca?

–Así es.

Me hice el despistado, al igual que él, con la salvedad de omitir mis

conocimientos sobre el caso y sobre el responsable de haberlo investigado. Sin embargo, tuve la presunción que un fantasma del pasado había vuelto a la conciencia de aquel policía.

–Bien, creo que con esto hemos acabado.

–¿No va a haber más preguntas? –pregunté sorprendido y un poco decepcionado.

–No, es suficiente. Ya veo que usted no es un asesino en potencia. Se encontró por casualidad delante de un desgraciado al que han mandado al otro barrio y se acabó. Es todo lo que tengo que preguntarle.

Deseaba entrar en materia acerca de Giacomo, pero no eran horas. Camiñas estaba hastiado, y juzgué que sería mal momento para ello.

–¿Puedo retirarme entonces?

–Así es. Seguramente dentro de poco lo mandaré llamar, por puro trámite, por lo que no salga de la ciudad. En caso de que por temas urgentes tenga que hacerlo, póngase en contacto conmigo.

–Perfecto –contesté levantándome de la silla.

–El cabo Pérez le acompañará hasta la salida. Que tenga un buen día.

–Adiós.

Pérez me estaba esperando a la salida de aquella habitación. Recorrimos el mismo trayecto de antes, pero de forma inversa, y llegamos a la salida.

–Hasta otra –se despidió cortésmente.

Había amanecido ya y la lluvia se había marchado. Una claridad metálica inundaba las calles, provocándome una gran molestia en los ojos. Una vez que éstos se acostumbraron al albor, comencé a caminar hacia casa con la ansiada intención de dormir un poco.

No habían pasado tres horas desde que me había acostado cuando alguien me sacó de mi letargo. Era doña Lucía.

–Vaya, ¿qué? ¡Noche movidita por el *barrio chino*!, ¿verdad?

Con una voz de ultratumba, y derrengado totalmente, tan sólo pude contestarle:

–Si yo le contase, doña Lucía...

–Prefiero no saberlo, Germán. Los líos de faldas no me interesan.

–¿Se puede saber por qué me despierta usted a estas horas? Me acabo de acostar –objeté sin entrar en materia.

–Son las doce de la mañana, y Salvador, el periodista, está abajo esperándote. Quiere hablar contigo. Me ha obligado a despertarte.

–Cosa que usted le habrá agradecido...

–No miento al decirte que sí.

–¡Puñetera!

–¡Anda, levántate! Yo ventilo todo esto –dijo con el morro arrugado tirando de sábanas y mantas.

Me adcenté lo que pude, me rocié la cara con agua y enfilé hacia abajo después de darle un beso en la frente a doña Lucía.

–Es usted un tesoro.

Salvador de Andrés estaba en el taller. Su estilizado perfil se recortaba al trasluz de los ventanales como una estatua. Mientras apuraba un pitillo con gesto desenfadado, dirigía su cultivada mirada por todos los rincones del taller. Al verme, apagó la colilla en el tacón de su zapato y la tiró en la estufa.

–¿No será perjudicial para el barnizado? –preguntó señalando los violines que colgaban de un cordel.

–Tranquilo, no pasa nada. Así tendrán más pedigrí.

–Siento despertarte a deshoras. Sé que has estado liado esta noche, y que has visto a Camiñas.

–¿Y se puede saber cómo lo sabes? –pregunté sorprendido.

–Porque vi cómo te llevaban. Llegué justo en ese momento, para cubrir la noticia, a la par que el juez de paz.

–¿Quién era el cadáver?

–Tomás Guerra, de cuarenta y un años, peón de albañil, casado y con dos hijos, uno de ellos imposibilitado, por cierto. Vivía en la Empedrada, aunque dudo que te acuerdes de él. Un pobre desgraciado que debería haber estado metido en casa con su familia en vez de salir de jarana. Por lo que he podido indagar, tras tomarse unos tragos con su asesino en la taberna del Lolo y después en la de Cabanillas de la calle Serranos, tan amigablemente, se enzarzaron en una discusión de faldas que acabó con el labio de Benito, el homicida, partido por un botellazo. Los separaron y sacaron a Benito de la taberna. Tomás Guerra lo hizo tras diez minutos, pero Benito le estaba esperando con un revólver en la mano. Sin mediar palabra, le disparó certeramente. Unas mujeres encontraron el cadáver e informaron al cabo de serenos, el señor Rincón, que estaba en la Plaza Mayor. El resto ya lo conoces.

Me quedé un breve momento meditando lo poco que valía una vida en aquel barrio. El reportero me sacó de mis pensamientos.

–Bueno, bueno, entonces es aquí donde construyes tus violines  
–volviendo a echar un vistazo rápido al taller.

–En efecto –contesté con un ligero tono de arrogancia.

El periodista puso las manos en los riñones y comenzó a husmear más a fondo el taller. Primero donde se amontonaban los trozos de madera cortados, después en la zona donde tallaba las maderas y, finalmente, ayudado por su infalible instinto, se clavó frente a un violín, que se estaba secando un poco más apartado.



–¿Es éste?

Asentí con la cabeza.

–Es muy bonito... Aunque a decir verdad, me parece igual que los demás, excepto por la cara tallada.

Me acerqué hasta la altura donde colgaba el violín y lo descolgué, tendiéndoselo. Salvador de Andrés lo cogió como si fuese una granada de mano y dijo:

–¡Qué poco pesa!

–Es lógico, al fin y al cabo son huecos... –contesté riéndome.

El periodista cogió la indirecta y continuó volteando el violín frente a sus ojos, aunque mudo.

–Esa es una de las primeras sensaciones que tiene uno al coger por primera vez un violín.

–¡Vaya...! –soltó sin convencimiento—. ¿Tú sabes tocarlo?

–Lo suficiente como para afinarlos, o sea que no mucho. ¿Te gusta la música?

–Debo admitir que me pirran las coplillas. En cuanto a la música clásica soy un cero a la izquierda. Cierto es que cuando hay un acontecimiento importante en el Bretón o en el Liceo intento no perdérmelo, pero por trabajo más que otra cosa. No me saques de Beethoven o Brahms. Por cierto, no sé si sabes que en otoño Tomas Bretón presentará su poema sinfónico *Salamanca* aquí, en su teatro. Será un regalo para el ayuntamiento. La interpretará la Sinfónica de Madrid.

–¿En serio? me hice el despistado.

–Vendrán los más ilustres personajes de la escena musical española. No en vano, el hijo predilecto por fin volverá a la ciudad que lo vio nacer.

–Ahí tendrás un notición...

–Desde luego, mejor que el de anoche. Bueno, dejémonos de cháchara. Tengo hambre, ¿vamos hacia el centro?

Arribamos a la taberna de Figón de Urbano Turiel, situada en plena plaza del Corriollo, y ocupamos una mesa tras una cristalera que daba a la calle. Tras pedir una ración de boquerones grasientos a un camarero que mataba moscas con el rabo, iniciamos la conversación:

–Antes de contarte lo que he podido averiguar sobre los tatuajes, dime qué tal te fue la noche.

–Si he deserte sincero, estoy algo confuso. De hecho, aún no he podido ordenar mis ideas. Claro, que tampoco me has dado tiempo.

–¿Estuviste con la Charo?

–Así es –afirmé mientras retiraba el plato de boquerones–. Estuve hablando con ella a solas, cerca de media hora.

De Andrés se atusó el pelo por encima de la oreja, peinó su bigotillo con un ensayado ademán y posó sus codos sobre la mesa.

–Apenas me contó nada. Se limitó a decirme que aquel violinista iba con dos personas de la Peña del Brujo y que en cierta ocasión tocó para ellos allí mismo. El último día que lo vio en el local sufría un fuerte dolor de estómago. Esto ratifica la versión que me contó Venancio.

El periodista arqueó los ojos.

–¿Venancio?

–Vaya, perdona, que eso no te lo dije por teléfono –me disculpé–. Venancio es el cura del Colegio de los Niños del Coro que me contó lo de los tres puntos tatuados en la mano. Fue él el que auxilió al vagabundo el día que se supone que murió. Según su versión, fue envenenado con arsénico.

–¡Vaya! Esto se pone interesante.

–Parece que sí. Me da la impresión de estar removiendo algo que no se quiere que salga a la luz. Por la forma de comportarse la Charo, intuí que ocultaba algo. Vi miedo en sus ojos, incluso pena.

–Tampoco te fíes. La Charo nunca fue trigo limpio. De hecho, tuvo serios problemas con Camiñas.

–¿Por temas del burdel?

–Sí –contestó mientras prendía un cigarrillo y soltaba el humo–. Digamos que se excedió en sus funciones, en especial con la Peña del Brujo. Se pasó de lista.

–Soy todo oídos.

–La Charo vio un filón en todas aquellas personas adineradas que pasaban por el local. A través del boca a boca su nombre comenzó a ser un icono sexual entre la clientela que lograba acercarse al Cabaret de la Manola. Empleó su mejor arte para que cualquier hombre que pasase por su cama se sintiese único, especial. Le era fácil seducirlos, pues la Charo siempre fue una mujer muy bella y poseía un cuerpo exuberante, amén de mucha sabiduría para engatusar. Hace veinte años, según decían, tenía la piel tibia y suave de una adolescente. Olía a canela y los hombres se rendían incondicionalmente ante ella. Poco a poco se hizo tan popular que pudo comenzar a elegir su propia clientela, dedicándose en exclusiva a la atención de aquellos clientes que disfrutaban de una amplia solvencia económica y de una situación personal y social comprometida. Hecho esto, ideó un plan para salir del *barrio*.

Salvador de Andrés llamó al camarero con un ensordecedor silbido. Éste vino renqueando hasta nuestra altura.

–Una copita de coñac, por favor. ¿Quieres algo?

–No, voy servido.

El camarero, una vez tomada la nota, se alejó de nuestra mesa.

–Como te comentaba, la Charo siempre quiso dejar esa vida, pero para salir de allí sólo hay dos opciones: o con los pies por delante o con dinero. Ella se decidió por esto último, pero de una manera poco limpia. Su plan era sencillo: antes de acostarse con ellos, los enredaba en un juego de palabras y, junto con una irresistible sonrisa, les ofrecía una copa en la que previamente había echado un potente somnífero. Los clientes no tardaban en caer en su cama tras beber la copa y, sin darse cuenta, se quedaban dormidos. Era entonces cuando la Charo revolvía entre sus ropajes en busca del botín. Al principio fue cuidadosa a la hora de sustraer el dinero a sus clientes, quitándoles como mucho la mitad de lo que llevaban, de manera que no fuese tan evidente esa falta en sus carteras. Una vez obtenido su trofeo, los desnudaba y los tapaba con la sábana, embadurnándolos con su colonia. Cuando despertaban de su forzoso letargo, sin ropa y envueltos por aquel agradable olor, los clientes creían únicamente lo que querían creer. Todavía medio mareados, muchos accedían incluso a pagar más de lo normal por unos servicios que ni siquiera habían recibido. La Charo los despedía como si fuesen los mejores clientes que nunca hubiese tenido y todos retornaban a su respetable cotidianidad con aquel olor tan especial que sólo la Charo podía dejar. Muchos tardaron tiempo en darse cuenta de lo sucedido, y como las cantidades sustraídas no eran excesivas, las víctimas casi siempre optaban por guardar un silencio prudente, algunos por no estar totalmente seguros de lo que había pasado, y otros muchos por el qué dirán y por resguardar su pecaminosa reputación.

–Pero supongo que algo le salió mal...

–Pues sí. Da la casualidad que un integrante de la Peña del Brujo la denunció ante Gumersindo Camiñas. Habrás de entender que la respetabilidad hacia estas personas era tal que no fue una denuncia propiamente dicha, sino algo informal, de tú a tú. Por tanto, la investigación que pudo llevar el inspector fue por cuenta y riesgo propia, aceptando una generosa cantidad de dinero por dicho encargo si conseguía encerrar a la prostituta, amén de poder conseguir un cómodo asiento dentro la Gobernación. El inspector la acosó hasta la extenuación, dejándole un irreparable recuerdo en su dentadura. Sin embargo, no sacó nada en claro. La Charo sabía demasiados secretos de gente

influyente, que le sirvieron para alejar por un tiempo a Camiñas. Digamos que ambos se encontraban en una encrucijada que acabó en tablas. Los integrantes de la Peña del Brujo, conocedores de las amenazas de la prostituta acerca de revelar secretos inconfesables, terminaron pidiendo al inspector que dejara en paz a la Charo, así que éste finalmente depuso sus machistas armas. A cambio, la prostituta dejó de robar a dichas personas. Su relación con tan importantes personajes de la ciudad fue decayendo, al igual que su belleza y su autoestima. Para colmo, en aquellos mismos meses se quedó preñada, lo que terminó por arruinar su meteórica carrera como la mejor meretriz del *barrio*. Después de tener familia, dejó el oficio y se dedicó a regentado a la muerte de la Manola. De los secretos que guardaron unos y otros nunca se ha sabido. Ahora que han pasado los años, parece que los viejos fantasmas han vuelto.

—¿Crees que aquel vagabundo tuvo algo que ver?

—Antes no lo relacioné, pero ahora me has abierto los ojos. Creo que aquel violinista tuvo algo que ver con todo aquello. Lo que no acabo de entender es que si querían ocultar aquel asesinato, llamasen a las autoridades a entrar en aquel juego. Es algo ilógico. Sinceramente creo que algo se les fue de las manos.

Me quedé pensativo ordenando toda aquella información, sin lograr descifrar por el momento el motivo o la causa de todo aquel galimatías. Estaba claro que la Charo, Gumersindo Camiñas y Lorenzo Greiner habían reaccionado de maneras análogas al oír hablar sobre aquella persona que tocaba en la plaza del Liceo, como si los viejos recuerdos volviesen contra ellos para ajustar cuentas.

—¿Violeta es la hija de la Charo?

De Andrés sorbió un largo trago de coñac, dejó el vaso sobre la mesa y se remangó las mangas de la americana.

—En efecto, y aunque no te lo creas, esa joven nunca ha ejercido en esa zahúrda de mala muerte.

—¿De veras? —pregunté son una amplia sonrisa.

–Nunca –asintió sin ningún género de duda–. Y no será porque no tenga pretendientes, pues la muchacha está de buen ver. La Charo se juró a sí misma que ningún hombre que únicamente la quisiera por sus servicios se la llevaría a la cama. Aún lo lleva a rajatabla, y eso que no debe ser fácil conseguirlo viviendo donde viven. Por cierto, ¿y esa sonrisa?

–¿Qué sonrisa? –inquirí con desaire.

El periodista, extremadamente habilidoso con el lenguaje gestual, se había dado perfecta cuenta de mi enamoramiento, pero se cuidó de no decir nada. Evité hablar de ello y le expuse mi conversación de media hora con aquel icono sexual decaído dos décadas atrás. Tras exponerle con pelos y señales todo el diálogo, se reclinó sobre el respaldo de la silla y dijo:

–Creo que tiene miedo.

–¿Miedo de qué?

–Más bien de quién. De Camiñas y de Greiner. Ella sabe la verdad de lo que le sucedió a aquel vagabundo. Creo que teme por su hija.

–¿De veras crees eso?

–Nunca hay una verdad absoluta, pero intuyo que para ninguno de los tres esta situación es cómoda. Veremos quién da el siguiente paso.

–Tal vez debería darlo yo.

–¿Qué estás pensando, Germán?

–¿Te acuerdas de la mujer que me trajo el violín para arreglarlo?

–Sí, claro. Si no me equivoco, tú crees que se trata del mismo violín que tocaba el vagabundo.

–Así es. Pues sólo quedan dos semanas para que pase por el taller a recogerlo. En ese momento intentaré indagar más sobre el instrumento. Si realmente hay una relación entre Lorenzo Greiner, Camiñas y la mujer misteriosa, trataré de averiguarlo. Te mantendré informado.

–Me parece perfecto, pero recuerda mi advertencia sobre Camiñas.  
¿Qué tal con él anoche?

–Pues..., intenté sonsacarle algo. De hecho, le conté que había estado con la Charo hablando sobre el violinista.

–¿Que hiciste qué? ¿Estás loco? Amigo mío, creo que te has metido en un buen lío.

–No creo que sea para tanto –le dije quitando hierro al asunto, aunque lo cierto es que algo incómodo porque comprendí que podía tener razón.

–Por si acaso, vigila bien tus espaldas.

Asentí con la mandíbula.

–Bueno, ¿y qué me ibas a explicar sobre los tatuajes?

–Agárrate, que no te vas a creer lo que te voy a contar.

Aquello me puso aún más nervioso, así que, en un acto de valentía, pedí otro vaso de coñac para De Andrés y otro para mí. Sin dar tiempo al camarero a irse, me lo bebí de un trago y le pedí que lo rellenase.

–Tranquilo, Germán, que quiero que estés lúcido para escucharme...  
–rió el periodista prendiendo otro nuevo cigarrillo.

–Ya estás tardando –alegué contraviniendo su consejo y dándole otro lingotazo al líquido.

–Revolviendo en la hemeroteca, he dado con algo que nos puede servir. En cuanto a tatuajes, sabes que aquí en Salamanca apenas hay gente que los lleve grabados, salvo los soldados que han estado en ultramar. Sin embargo, indagando por aquí y por allá una llamada me hizo recordar a un viejo amigo que estuvo en Filipinas. Supuse que él sabría qué significaban dichos puntos sobre la palma de la mano. ¿Recuerdas que te dije que la Garduña había sido la precursora de la Camorra Italiana?

–Sí –contesté nervioso–. Lo recuerdo.

–Pues una de las señas de identidad de esa sociedad criminal no era otra que dichos tatuajes en la mano.

Si me hubiesen arreado con un tablón en la cabeza no hubiese reaccionado de mejor manera. No me lo podía creer, pero estaba seguro de que si Salvador de Andrés no hubiese revalidado dicha afirmación no la habría expuesto en bandeja de plata sobre aquella mesa.

–¿Quieres decir que Giacomo pertenecía a la Garduña o a la Camorra italiana?

–¿Y quién es Giacomo? –preguntó Salvador con gran sorpresa.

–Mi padre –contesté enérgico aguantando una lágrima–. Creo que él era aquel violinista que murió hace tiempo y al que ahora quieren volver a enterrar.

Salvador de Andrés pestañeó lentamente, puso una mano sobre mi hombro y sonrió con infinita tristeza.

–Lo haremos resucitar –me dijo a los ojos con franqueza.



Durante los siguientes días no volví a coincidir ni con Lorenzo Greiner ni con Gumersindo Camiñas, y ni tan siquiera con mi amigo De Andrés, por lo que aproveché para poner en orden mis ideas. Según me había referido el periodista, la Peña del Brujo la componían en un principio cuatro personas, de las cuales quedaban con vida dos. Una era Lorenzo Greiner, pero la segunda era una incógnita que debía resolver sin la ayuda del periodista.

Parecía evidente la finalidad de aquellas personas para eliminar a mi padre: apropiarse de su magnífica partitura y también de su instrumento. Debieron ver en Giacomo un botín muy preciado que repartirse a partes iguales. Lorenzo imaginaría poder alcanzar con esa partitura la fama, que estaba decayendo, y la perfección, pues tras oír al violinista había comprobado que no la poseía. En cuanto al violín, suponía que debió quedárselo algún otro integrante de la Peña del Brujo. El cómo llegó a las manos de aquella misteriosa mujer era otro de los numerosos enigmas. A pesar del tiempo transcurrido, aquel violín no había podido ser utilizado de nuevo, debido al mal estado en el que se encontraba. Sólo mi llegada a la ciudad había abierto las puertas para que ese violín volviese a sonar de nuevo.

Pocas fueron las noches de esas dos semanas en las que pude dormir de un tirón. Esperaba ansioso la llegada de aquella mujer y poder así continuar mis pesquisas para averiguar lo sucedido años atrás. Entre tanto, apuraba mis horas en el taller, continuando con el barnizado de aquel violín y empezando a construir uno nuevo de reciente encargo. Tras descolgarlo de nuevo, ya con la penúltima capa de barniz aplicada, lo sostuve a contraluz con las dos manos. Si hubiese sido una persona le hubiese preguntado por Giacomo, por sus

últimos días de vida y, sobre todo, por la razón que lo llevó allí a tocar todos los días en aquella plaza con tan mala suerte de toparse de frente con la muerte.

Preparé un nuevo barniz. Separé midiendo con exquisita precisión resina, sandáraca, goma de amoníaco, benjuí y clara de huevo seca. No en vano, tal y como me enseñó Danilo, todo debía tener su justa medida. Junté estas sustancias con alcohol de vino ya colorado y lo sumergí al baño maría. Tras dos días, estaría listo para mezclarlo con esencia de trementina, aceite de espliego y alcanfor. Esta vez, la vieja receta del maestro Stradivarius quedaría relegada por una fórmula más convencional.

En esto estaba cuando alguien tocó a la puerta de la entrada. Dejé el recipiente sobre la mesa de trabajo y enfilé hacia la puerta. Era el joven compositor Fernando Coco.

–Dichosos los ojos –exclamó con gran júbilo al verme.

Sonreí y le di un abrazo.

–Pasa, no te quedes frío ahí fuera.

El compositor franqueó la puerta, desanudándose la bufanda y colgándola en el perchero con sumo cuidado. Hizo lo mismo con su gabardina.

–He venido varias veces. ¿Dónde narices has estado?

–No lo sé ni yo –bromeé evitando hablar de lo ocurrido–. ¿Un café?

–No, gracias, ya sabes que me pone muy nervioso.

–¿Qué te trae tan solitario por estos lares?

–Pues tan sólo venía en busca de un poco de conversación, compañía y sosiego. Estoy terminando una partitura y necesito algo de distracción.

–Pues entonces estamos igual...

–Es lo que tiene la música, Germán. Es como una soga que aprieta y a

la vez envenena. Anduvo unos metros por el taller y se plantó frente al violín.

—¿Esto es lo que te trajo aquella señora que vino cuando estábamos aquí todos, verdad?

Asentí sin darle la menor importancia.

—¿Puedo?

—Sí, está seco, dentro de un par de días tengo que darle la última mano de barniz.

Fernando Coco conocía lo justo sobre la fabricación de violines, pero a raíz de nuestros frecuentes encuentros en el taller su conocimiento había ido a más. A cambio, yo había recibido de él una atrayente instrucción en cuanto a composiciones, autores y óperas primas.

Fernando Coco era segoviano de nacimiento, pero gracias a una beca había venido hasta la capital charra, ingresando como seminarista en el grado de Teología y Derecho Canónico bajo la tutela de los Padres Jesuitas. Desde muy joven había mostrado unas inmejorables cualidades como tenor agudo y, sobre todo, como excelente compositor, asombrando incluso a sus formadores con la creación de diferentes himnos. Con el transcurso de los años aumentaron las ganas de aquel muchacho por obtener la preciada plaza de maestro de capilla de la Catedral, la cual logró obtener con tan sólo veintidós años recién cumplidos. También se dedicó a perfeccionar su técnica con el violín, logrando dar varios recitales aún hoy recordados. Dos años después, habiendo completado sus estudios eclesiásticos pero renunciando por completo al magisterio canónico de la Capilla catedralicia, presentó candidatura a la plaza de profesor de piano en la escuela de San Eloy, la cual alcanzó de noble manera, haciéndole asentar definitivamente en Salamanca. Desde entonces participa plena y activamente en el ambiente musical local, alternando su trabajo con la impartición de clases particulares y con la participación como director en diferentes agrupaciones musicales, como el Orfeón del Círculo de Obreros, la Tuna Escolar y especialmente en el coro de niñas de la propia Escuela. Casualmente, Elena Greiner estaba entre sus alumnas, y por ende conocía de primer a mano la trayectoria musical de su

padre, Lorenzo Greiner.

Fernando sostuvo el violín y lo volteó, haciendo reflejar en él la luz que entraba por los ventanales.

–Un trabajo perfecto –mantuvo mientras seguía girando el instrumento–. ¿Estaba muy mal?

–Ni te imaginas.

–Creo que eres un resucitador, ¿sabes?

–Gracias –agradecí de buen grado–. Le falta la última capa, colocarle las cuerdas y afinarlo.

–Siempre me han gustado tus afinaciones.

–Pues no son nada del otro mundo.

–¿Nada? –soltó elocuente–. Se podrían escribir ríos de tinta sobre ese tema. La música tiene gran parecido a una pintura. Se puede obtener una gran variedad de significados dependiendo de quién la analice. ¿Sabes que las afinaciones que utilizamos no pueden ser exactas? Utilizamos doce notas, pero por acústica hay ciertos intervalos que son más armónicos; éstos responden a las divisiones más simples en frecuencias, de modo que 2:1 es una octava, 3:2 es una quinta justa, 4:3 es una cuarta justa, 5:4 tercera mayor... Echando un par de números, te darás cuenta de que no cuadra. Por eso se inventaron los temperamentos.

–Lo siento, Fernando, pero yo soy más pragmático que todo eso. Es como si fabricase los pinceles con los que pintaba Rembrandt. No tengo mérito alguno.

Desoyéndome por completo, continuó.

–No está mal que sepas de dónde vienen, para que los conozcas y no te pillen en calzones –explicó sin dar pie a que lo interrumpiese–. El primer temperamento conocido es el de Pitágoras y va por quintas justas, quedando un resto que se llama 'coma', que se distribuye entre todos los intervalos, con

lo que en cada intervalo hay un error que se llama 'chisme'... Algo así como temperamento igualado... En fin, se puede hablar durante horas de todo esto. Sé que es un poco técnico, pero entra en la esencia de la acústica musical y tiene muchas curiosidades.

–Eres una fuente de información inagotable, pero te aseguro que yo sólo me guio de mi sentido, tal y como me enseñaron. Empiezo con la cuerda del La y continúo con las demás, y cuando acabo vuelvo a reajustar todas.

–Pues yo te puedo asegurar que el que te lo enseñó conocía todo lo que te he expuesto.

–No lo dudo –afirmé recordando a Danilo Pavesi.

Aprovechando sus conocimientos musicales, quise preguntarle por el concierto que se celebraría en apenas un mes.

–Supongo que sabrás quién viene a tocar a Salamanca en otoño.

–¿Cómo no lo voy a saber? Será el gran acontecimiento del año. Toda la escena musical salmantina está deseando oír a Bretón, e incluso están haciendo un pequeño lavado de cara al teatro que lleva su nombre. Ya es hora de que su director, Pedro Fuentes, se dé cuenta de para qué sirve realmente ese escenario, y deje de dar sesiones de cine, mítines, veladas benéficas infumables e incluso bailes públicos que desacreditan su solera.

Queriendo entrar más en materia, aunque no descubriendo aún mis cartas, le pregunté acerca del programa para ese día.

–Por lo que tengo entendido, aún está por definir. Lo que parece seguro es que primeramente se interprete *Scheherazade*, la suite sinfónica basada en *Las mil y una noches* de RimskyKorsakov; le seguiría la *Octava Sinfonía en Fa Opus 93* de Beethoven y después el poema sinfónico *Salamanca* del maestro Bretón. Para finalizar, creo recordar que querían tocar algo de Wagner o Borodin, pero no estoy seguro.

La respuesta había sido considerada, pero no era lo que yo iba persiguiendo. Quería confirmar lo que tenía planeado Lorenzo Greiner para

dicha ocasión y certificarlo con Fernando Coco. Si Elena Greiner tenía que interpretar alguna obra delante de tan distinguido público, sin duda alguna Fernando debería de saberlo, pues era su profesor particular.

–¿Habrá alguna sorpresa en dicho acto? –le pregunté a bocajarro.

Fernando me lanzó una pícaro sonrisa.

–No sé a qué te refieres.

–Yo creo que sí.

–¿Cómo ha llegado a tus oídos?

Arqueeé las cejas y me mantuve mudo, impenetrable.

–Vale, vale –asintió al ver mi gesto–. No preguntaré. Una persona interpretará una obra no conocida. Es algo que se mantiene en secreto y que se hará público el mismo día de la actuación.

Si Fernando pensaba que yo me iba a quedar satisfecho con aquella respuesta estaba listo.

–¿Y?

–No puedo decirte más, Germán. He dado mi palabra. Tendrás que conformarte con lo que te he contado.

–Me temo que no. Me levanté del banco y enfilé hacia un pequeño recodo al fondo del taller en el que guardaba, en un ambiente de polvo y olvido, todo lo relativo a la documentación, planos y demás papeles que generaba el taller. Rebusqué en una pequeña caja de caudales y extraje un par de sobres amarilleados. Volví de nuevo a mi encuentro con Fernando Coco. Ante él, abrí uno de ellos y extraje un par de folios, los dispuse sobre la mesa de trabajo y me retiré.

–Échales un vistazo, por favor.

Con cierta confusión en su rostro, Fernando empezó a ojearlos. Su

gesto, en un inicio relajado, se fue torciendo a medida que iba leyendo. De vez en cuando me lanzaba una corta mirada de estupefacción y volvía de nuevo sobre la lectura. Al terminar, sin darle tiempo a decir nada, puse sobre sus manos el otro sobre.

–¡Ábrelo!

Así lo hizo, y durante diez minutos interminables leyó y releyó ambas misivas.

Fernando Coco nunca había sido una persona dada a mostrar sus verdaderos sentimientos; había que conocerlo muy bien para poder percibirlos. Sin embargo, en aquella ocasión no tuvo reparos en mostrármelos.

El compositor soltó un bufido y a continuación sonrió. A pesar de ello parecía algo desconcertado.

–No puede ser –soltó entre dientes–. ¿Sabes qué significa esto?

–Realmente no –le dije sincero–. Por eso te lo he enseñado. Apelo a tu sabio juicio.

–¿El gran Giacomo Viani era tu padre?

Afirmé con el cuello.

–Pero nunca le conocí.

–Fue un icono, un gran compositor, un violinista de primera, pero algo le sucedió –dijo excitado–. El tiempo acostumbra a ser cruel con los artistas, y únicamente una exquisita minoría sobrevive a la dictadura del olvido. En ocasiones, son los propios creadores los que entierran su nombre, alérgicos al reconocimiento público. Quién sabe lo que le sobrevino a Viani, aunque por lo que puedo intuir tras la lectura de estas cartas fue tu madre el origen de su desvanecimiento de la escena musical.

–Bueno, lo que le sucedió es algo que estoy intentando averiguar. Ya hablaremos sobre ello. ¿Qué me dices de esa partitura?

Fernando Coco la volvió a repasar de nuevo, marcando con su índice en diversos sitios del pentagrama.

–¿De dónde la has sacado?

–Eso es evidente, Fernando. Me la dio mi padre. Como has podido leer, es mi herencia.

–Ciertamente, no sabes lo que tienes entre las manos.

–Dímelo tú, ahora que lo has valorado.

–Es una obra sublime, sólo comparable a la décima sinfonía de Beethoven, la cual no existe.

–¿En serio crees que esta obra tiene tal calidad?

–Así es, Germán. No dudes que la tiene, y mucha.

Me tendió la partitura, y yo volví a meterla en el sobre bajo su anémica mirada.

–Como seguro sabes, es la obra incompleta que Lorenzo Greiner pretende concluir para que Elena la interprete en el concierto que dará Tomás Bretón –continué.

El compositor se quedó abstraído, dando tiempo a su cabeza a generar la justa respuesta.

–Puede que sí. Lo que no tengo claro es de dónde la ha sacado él. Calibré la posibilidad de meterle en el embrollo, pero la desestimé.

–No tengo ni la menor idea.

Fernando Coco comenzó a deambular por el taller, encadenando sus muñecas en los riñones con gesto reflexivo. A intervalos masajeaba sus sienas, imponiéndoles un esfuerzo extra para generar una nueva réplica. Dejándole con sus pensamientos, me limité a establecer un poco de orden en el banco de trabajo y a colocar un cazo con agua sobre la estufa con la intención de hacer



un poco de café.

Tras unos minutos, y con dos tazas humeando delante de nuestras narices, Fernando comenzó a hablar.

–Puedo intuir cómo ha podido lograr dicha obra, Germán. Por lo que yo conozco, Giacomo Viani compuso una obra magistral que fue interpretada una única vez. Fue en Cremona, exactamente en el Teatro della Concordia. Creo recordar que fue durante la presentación de uno de los mejores violines fabricados en la época actual. Todos los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia, no sólo por el magnífico trabajo de los maestros que realizaron el violín, sino por la calidad de la obra interpretada. Por lo que deduzco, esa genialidad es la partitura que me acabas de enseñar. Su compositor, tu padre en este caso, desapareció del mapa tras ello, y la partitura de la obra tuvo idéntico destino –dijo sentando cátedra–. Tal y como te he comentado antes, las causas no las sé. Y esa obra es la que quiere adjudicarse Lorenzo Greiner. Ahora lo tengo claro. Sólo unos pocos elegidos pudieron escucharla en aquel auditorio de Cremona, y puedo presuponer que Lorenzo Greiner estuvo allí. No en vano siempre han sido frecuentes sus viajes a Italia por temas laborales. Su última visita, sin ir más lejos, fue hace dos semanas escasas.

Una especie de hormigueo se apoderó de mi estómago.

Preferí seguir aguantando y no decirle nada sobre el violinista de la plaza del Liceo. Cogí el azúcar y se lo tendí, tras ofrecerle el vaso con café reciente.

–Gracias, te acepto el café con gusto.

–¿Crees que si Elena Greiner lleva a cabo la interpretación de esa obra la hará suya?

Fernando torció el morro.

–Dudo mucho que Elena conozca el origen de esa obra.

Probablemente crea que es una composición realizada por su padre. Es

difícil de predecir. Lo cierto es que si no existiese la partitura que tú tienes lo tendría muy fácil. Fue una obra compuesta hace veintitantos años y pocas personas se acuerdan ya de aquello. Pero ese papel lo cambia todo, Germán. Esa obra pertenece a Giacomo Viani, y tú eres su heredero.

–¿Qué puedo hacer?

–Ante todo, Elena no puede interpretar esa obra. Si todo un auditorio la escucha como suya, será muy difícil demostrar su origen.

–Tendrás que ayudarme, Fernando. Solo tú puedes evitarlo, hablando con Lorenzo y con Elena.

Aquello que le estaba pidiendo podría dismantelar su prestigiosa carrera. Lorenzo Greiner podría poner en marcha sus corrompidos tentáculos por toda la ciudad y aplastarnos a los dos sin apenas inmutarse.

–Te ayudaré, pero dame tiempo –argumentó con cara apenada–. Tengo que pensar cómo hacerlo.

–Fernando, ten cuidado, por favor –le advertí muy serio–. Sé cómo se las gasta el padre de Elena.

–No creo que lo sepas bien –soltó con voz helada.

Una vez se hubo ido Fernando decidí dar un paseo para airearme un poco y desentumecerme. Estaba empezando a anochecer. Apuré los últimos minutos de luz paseando por la Rúa, giré por la calle Compañía y retrocedí nuevamente recalando en el Palacio de Anaya. Allí, viendo descender el sol bajo los imponentes monumentos de la ciudad, esperé la noche meditando sobre violines y sobre su evolución durante siglos, y en especial sobre cómo el maestro Stradivari había logrado obras tan magnificas que aún hoy día siguen siendo un misterio, al que no le faltan notas de leyenda y esfuerzos por conseguir sus secretos. Recordé también una de las múltiples enseñanzas de Danilo Pavesi: *El primer mandamiento para un luthier que se precie es amar la música por encima de todas las cosas*. Era la única manera de que pudiera

pasar un año entero trabajando en las noventa piezas que componen un instrumento, o se enfrascara durante días e incluso semanas en la elaboración de su propio barniz a partir de resinas realizadas con componentes de nombres difíciles de pronunciar.

Tras la conversación con Fernando Coco me quedé más tranquilo. Una relativa calma, teniendo en cuenta todo lo acontecido y lo que aún faltaba por acontecer.

Las voces de un par de sombras llamaron mi atención y deshicieron mis pensamientos como volutas de humo. Dos individuos, con sendas botellas de anís encadenadas en sus manos, se dirigían irresolutos entre carcajadas hacia el barrio en busca de un muslo caliente. Esto me hizo recordar a Violeta. Casi sin saberlo, un nerviosismo recorrió mi espinazo, poniendo en alerta mis varoniles sentidos, y de un salto me incorporé a la vía y seguí de cerca a aquellos dos tipos alegres en busca de una loca aventura.

La calle de la Esgrima estaba atestada de borrachos y desgraciados que no se tenían en pie. En una pared, un par de chicas vestidas para la ocasión se apoyaban fumando con desenvoltura mientras espantaban con insultos a los babosos que se les abrazaban atestados de alcohol. Numerosos individuos estaban enfrascados en una conversación que pronto llegaría a las manos, y alguno que otro ya estaba vomitando la noche en un oscuro recodo de la vía. No era una bella estampa. Curiosamente, no recordaba haber visto de pequeño tan deplorable espectáculo, o quizá sí pero lo banalizaba percibiéndolo como algo natural. Ahora, visto desde la perspectiva del supuesto héroe en busca de su chica, no dejaba de ser el más penoso y doliente ambiente al que Salamanca daba la espalda.

Apartando a un par de sujetos anclados delante del Cabaret de la Manola, me introduje en el local sin querer pensar en el verdadero motivo. Quizá tan sólo necesitaba ver por segunda vez a Violeta, salir de aquel local y volver a mi casa por donde había llegado. Me convencí a mí mismo de que eso sería lo más sensato por esa noche.

Al entrar, estudié la concurrencia y busqué con la mirada la frágil figura de Violeta, pero no la encontré. La misma camarera que me había atendido la

vez pasada servía cervezas a la velocidad de un rayo mientras impartía insultos a derecha e izquierda con la misma desenvoltura. Apliqué un poco de fuerza bruta y conseguí un pequeño hueco en el que estirar el pescuezo y abordar a la empleada. Ella, al verme, se puso frente a mí con los brazos en jarras.

–¡Hombre, de nuevo por aquí el caballero! –soltó mientras ponía entre nosotros una pinta de cerveza–. ¿Otra vez de cháchara?

Esta vez estaba preparado y mi cara no se iluminó como una bombilla.

–A ver, príncipe azul, ¿a quién vienes a buscar esta vez?

–A Violeta.

La camarera esta vez no sonrió. Levantó la mano, y cuando estuvo segura de que alguien la había visto hacer el gesto la bajó y dijo:

–En un momento estará aquí –adujo sin inmutarse–. Pero si algo te faltase, ya sabes dónde encontrarme, guapo. Por unas cuantas perras podría hacer realidad tus sueños...

Con desparpajo, como si no hubiese dicho nada, continuó con su tediosa labor.

Al rato vi hacerse paso a Violeta y acercarse hasta mí. Traía una sonrisa postrada en su cara que aspiraba disimular su fatiga. Con sencillez, se acodó en la barra y me miró a los ojos, provocando que mi corazón se desbocase. Ella lo supo, y para calmar esta tensión rompió el hielo de manera natural.

–Me alegra verte de nuevo.

Tragué saliva.

–A mí también –dije sin más.

–Llamaré a Charo, te recibirá en unos minutos.

Sorprendido, contesté rápidamente.

–No, no... No he venido a hablar con Charo, sino contigo.

La respuesta, tan considerada como directa, me hizo merecedor de una mirada acreditativa por su parte. Me regaló otra sonrisa.

–Pues otra vez me alegro. Yo también tenía ganas de verte de nuevo, pero como puedes entender, este no es un buen lugar. ¿Damos un paseo? Necesito un poco de aire.

Un hormigueo de exaltación me recorrió desde los talones hasta la nuca. Aquella pregunta tan breve y sencilla que yo debería haber realizado, la había pronunciado ella sin el menor de los disimulos. Me hizo un gesto con su cabeza y seguí sus pasos como un gorrioncillo hasta la salida del prostíbulo. Emergimos a la calle, donde, tal y como había profetizado antes de entrar, tres individuos se estaban atizando de lo lindo mientras una de las fulanas los intentaba separar sin resultado alguno.

Gumersindo Camiñas tendría de nuevo faena aquella noche...

Rondarían las dos de la mañana. Anduvimos un buen rato entre la penumbra de las callejuelas del *barrio* hasta que salimos a la calle de la Rúa. La noche era lóbrega y apenas circulaba nadie por su empedrado. Los tacones de Violeta repiqueteaban en los adoquines, a intervalos muy cortos y con cierta armonía. Se movía con gracia pero sin arrogancia, de manera natural y, si cabe, con unos más que correctos modales. Mantenía la barbilla a noventa grados, lo que le hacía poseedora de una gran autoestima, no como las mujeres corrientes del *barrio*, que en cuanto pasaban de la calle Compañía bajaban la cabeza en señal de impuesta culpabilidad.

Se me hizo extraño pasear con una mujer. Aparte de doña Lucía, de Lea y de aquel par de ocasiones con Elena Greiner, apenas había tratado a solas con dicho sexo, y eso pasaba factura.

No llevaba ensayado ningún guión. ¿De qué iba a hablar con ella? Supuse que para Violeta esa situación no sería ni mucho desconocida. Ejerciera o no, habría tenido en multitud de ocasiones hombres rendidos a sus pies implorando unos minutos en un lecho de amor. No en vano, trabajaba en

un prostíbulo, y para más inri en el Cabaret de la Manola, hoy día uno de los peores tugurios del barrio.

–¿Paseamos por la Plaza Mayor? –preguntó cuando estábamos en la plaza del Corriño–. Quizá no sepas que es algo que tienen prohibido las prostitutas.

Aquello me asustó, y unos sentimientos cruzados contrajeron mis movimientos. Me encantaba su compañía, pero el hecho de que nos vieses juntos en pleno corazón de Salamanca solapaba toda emoción. Ella percibió en mí dicho desconcierto.

–Sé cómo te sientes. No quieres que te vean conmigo en público. Lo entiendo, pero no te asustes. Yo no soy como ellas.

Arqueé las cejas y me paré en el acto. Ella me imitó.

–No te entiendo –dije mintiendo.

Una mueca de complicidad resbaló por su cara.

–Digo que no soy una prostituta. No ejerzo, y nunca lo he hecho. Simplemente ayudo en el local. Eso es todo.

Sus palabras sonaban sinceras. Aunque Salvador me lo había dicho, aquella confirmación en primera persona consiguió desligar el manojito de nervios que me tenía atenazado y que no me dejaba actuar de manera cómoda.

–¿De verdad?

Ella asintió con la cabeza, y me tendió la mano en busca de mi índice. Al hacer contacto, se me erizaron como alambres todos los pelos del cuerpo.

Seguimos caminando unos instantes sin decirnos nada y entramos en la Plaza Mayor.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Dispara.

–¿Eres hija de Charo, verdad?

–Así es –afirmó.

Mantuvimos una breve mirada, que acabó por estrellarse en el suelo. Al momento ella habló de nuevo:

–Te agradezco que hayas salido a pasear conmigo aun ignorando que no ejerzo. Todos los que se acercan por allí quieren lo mismo, pero tú pareces diferente.

–Bueno –dije con voz aflautada–. No creo que todos los hombres seamos iguales. Supongo que pasé la prueba que me impuso tu madre.

Violeta se ruborizó.

–Es algo que hace a todos los que dicen que van con buenas intenciones. Ninguno la ha pasado excepto tú. Bueno, y un italiano... Pero eso fue antes de que yo naciera. Dice que eres un buen hombre. O eso..., o que tú...

–No, por Dios. Soy un hombre hecho y derecho. Vamos, eso creo... Violeta se rió mostrando una dentadura perfecta. Me pareció la sonrisa más bella del mundo.

Querría asaltarla a preguntas sobre su vida, sus gustos y aficiones, dialogar hasta el amanecer y, por qué no, despertarme en su cama cuando los primeros rayos de sol asomasen por la ventana. Me sentía a gusto con Violeta, y al parecer ella también conmigo. Sin embargo, aquel momento mágico en los soportales de la Plaza Mayor se esfumó de raíz al acercarse una sombra tras ella.

Era una mujer de mediana estatura, enlutada en un pañuelo de flores que le bordeaba la cabeza y enfundada en una chaqueta de lana con varios remiendos. Unos zapatos con las punteras desgastadas y de generoso tacón sobre unas piernas desnudas desvelaban su inconfesable oficio.

Se acercó hasta nuestra altura, jadeando y con la frente perlada de

sudor. Violeta la reconoció al instante y se acercó. La mujer le susurró algo al oído y el gesto de Violeta se constriñó violentamente. Se giró hacia a mí, y con voz helada dijo:

–Tengo que irme. Es algo urgente.

–¿Pasa algo?

–No, nada. Lo de todos los días, bronca en el local.

Dejándome con la palabra en la boca, me dio un beso en la mejilla y comenzó a correr bajo los soportales de la Plaza Mayor tras la mujer que había osado romper nuestro mágico encuentro. Sin saber qué hacer ni cómo actuar, lo único que se me ocurrió fue gritar al aire al verla marchar.

–¿Te volveré a ver?

Desde la penumbra y ya en el inicio de la Rúa, un susurro de voz llegó hasta mis oídos.

–Sólo si no tienes dudas...



Tardé dos noches en volver al Cabaret de la Manola. No sabría decir si era más o menos tiempo del correcto.

A partir de esa noche volví todas. Entre Violeta y yo comenzó a surgir algo que todavía necesitaba experimentar más a fondo. Los primeros encuentros fueron fríos pero emocionantes, parcos en palabras pero repletos de emocionantes silencios durante nuestros paseos nocturnos. Por el momento dichos encuentros se mantenían lejanos de los puntos concurridos de la ciudad. Violeta y yo hablábamos principalmente de nuestros trabajos, de los cotilleos de la ciudad y de nuestros sueños. A ella siempre le había gustado cantar coplillas, e incluso pude apreciar unos atributos nada desdeñables en sus improvisadas actuaciones. Pero su gran sueño, obligado diría yo, siempre había sido salir de aquel despreciable barrio. No sé si por necesidad o por amor, quise que recayese en mí dicha utopía, aunque por el momento me abstuve de expresársela. Entretanto, mi compañía le servía de vía de escape hasta que llegase aquel ansiado momento.

–Estoy harta de tanto hombretón de pacotilla que por dos perras se creen con el derecho de hacer de las mujeres lo que quieran –decía continuamente.

Deseaba tanto estar con ella que el día pasaba lento, y según caía la tarde más nervioso me ponía ante la cercanía de una nueva cita.

La primavera ya había llegado, iluminando con una nueva luz los amaneceres de Salamanca, y también a mí. Mi atracción por Violeta suponía

una nueva experiencia que me provocaba una sensación de paz que hacía tiempo no experimentaba. Esto se traducía en mi trabajo. Lo que hacía una semana parecía monótono e insufrible, ahora resultaba sumamente atractivo. Mis creaciones parecían hablar por mí mismo y mis clientes así me lo confirmaban.

En aquel estado pensé en Giacomo, y en los momentos en los que, embriagado por la viva emoción de estar enamorado, compuso la partitura para mi madre. Comprendí por un momento todas y cada una de las fases en las que se encontró sumido.

Todo este despliegue de emociones no pasaba inadvertido ante los ojos de doña Lucía, que con gran conocimiento de mis altibajos anímicos decidió averiguar el origen mientras paseábamos una agradable tarde de domingo por el parque de la Alamedilla. Estábamos sentados en uno de sus bancos de hierro cuando un pareja que rondaría la veintena pasó frente a nosotros unida de la mano y procurándose miradas de deseo.

—¡Quién pudiese tener esa edad! —soltó al aire.

—Sí —contesté sin más.

—¿No te dan envidia, Germán?

—¿Envidia? Para nada. ¿En qué sentido?

—Bueno, pues eso... Esa pareja..., así, de la mano... Esas miradas...

Viéndola venir de frente decidí ponérselo fácil. La miré a los ojos y sonreí ampliamente.

—¡Lo sabía! —acertó a decir.

—A ver, ¿qué es lo que sabe?

—Pues que alguna mujer te ronda por la cabeza. Los hombres sois muy predecibles.

—¿Tanto se me nota?

Doña Lucía me miró de hito en hito.

–¿Cuándo te has cambiado tú dos veces de camisa en una semana?

Ante aquella humillante evidencia, poca escapatoria tenía.

–Pues sí, tiene razón –claudiqué sin más–. Ando viéndome con una chica.

La pícara sonrisa que mostró doña Lucía fue impagable. Se apoyó contra el respaldo del banco para ponerse cómoda, dispuesta a escuchar.

–Llevarnos saliendo apenas unos días.

–Muy a deshoras, ¿no?

–Ya veo que lo sabe todo. ¿Por qué no me va preguntando usted sus dudas? Será más productivo y acabaremos antes.

–No lo tomes a mal, pero no es muy común ver pasear a una pareja tan de noche. A esas horas, las únicas mujeres que se ven por ahí son las...

–¿Las qué? –le pregunté irguiéndome.

Doña Lucía quiso suavizarlo.

–Cálmate, fiero. No pretendo decir nada que te ofendiese, pero entiende que no es muy corriente.

–Ella no es como las otras. No ejerce –dije levantándome del banco.

Doña Lucía sopesó la siguiente pregunta.

–Mira, Germán. Yo no soy quién para juzgar con quién sales. Es más, ni siquiera soy un buen ejemplo. Sabes mi historia y no se la deseo ni a peor enemigo, así que imagínate a ti. Tan sólo pretendo darte algún consejo –aclaró con tono conciliador–. Claro, que si no lo quieres, zanjamos aquí esta conversación y hablamos de otra cosa, y tan amigos.

Me agarró de la mano y tiró hacia ella obligándome a sentarme de

nuevo en el escaño.

El parque estaba lleno de vida. Varias sirvientas paseaban a los hijos de los industriales acaudalados mientras charlaban alegremente, y de vez en cuando miraban hacia alguno de los grupos de soldados que reían sin parar. Un par de chiquillos pasaron corriendo a nuestro lado buscando un escondite, levantando una intensa polvareda. Otros tantos se entretenían con juegos como la rayuela, el matatenas o los mármoles.

Con la construcción del parque, las autoridades locales habían pretendido sacar el arraigado cotilleo de la Plaza Mayor y airearlo entre la nueva arboleda de la Alamedilla. Incluso se había construido un instalache de hierro parecido al de la Plaza Mayor con el que los músicos animaban las tardes. Se habían plantado gran cantidad de árboles, introducido nueva iluminación, realizado un estanque e incluso construido una cascada artificial. Pero para algunos, aquello no era suficiente motivo para sacar sus chascarrillos de debajo de los soportales de la Plaza Mayor.

—Quiero advertirte sobre ese tipo de mujeres, Germán. Es fácil que un hombre caiga en sus redes. Sólo buscan un pretexto para salir de ese barrio, y una vez que limpian su triste pasado, abandonan a su marido y le dejan si una perra. Hazme caso, y piénsatelo no dos veces, sino cuatro o mejor seis antes de continuar.

—Violeta no es una prostituta, doña Lucía. Trabaja en un prostíbulo, pero nunca ha ejercido, lo sé de buena tinta.

—¿Has manchado ya sus sábanas?

—¡Doña Lucía, por Dios!

—Perdona... Ya sé que a veces soy un poco burra, pero es que me preocupo por ti.

—Y yo se lo agradezco, de verdad —respondí—. Pero estoy aburrido de que todo el mundo elija por mí. Usted sabe mejor que nadie que desde pequeño todas las decisiones importantes de mi vida no las elegí yo.

–Lo entiendo, Germán, de verdad. Quizá me esté entrometiendo demasiado –expresó bajando la cabeza.

La miré con cara de lástima. No me gustaba entristecer a aquella mujer, que siempre me había cuidado y querido como a su propio hijo.

–Doña Lucía. Gracias por preocuparse por mí. Quizá no se lo diga todos los días, pero sabe perfectamente lo que usted supone en mi vida. Sólo le pido que confíe un poco. Estoy dando pasos muy cortos. Llevo un par de semanas con ella y ni nos hemos tocado. Aún nos estamos conociendo.

–De todos modos, no olvides lo que te acabo de decir.

Posé mi mano sobre el dorso de la suya y la apreté.

–Escuche. Ella no ha venido a por mí, sino que yo fui en su busca –le dije muy serio mirándola a los ojos–. Permítame experimentar esta nueva sensación. Es algo que necesito para encontrar mi sitio.

Ella asintió condescendiente.

–¿Cuándo me la presentarás?

–¡Doña Lucía...! Está bien, será pronto. Claro que sí.

Por fin el día señalado había llegado. El violín, finalizado ya, se mantenía sobre el banco de trabajo. Los rayos de luz incidían en su tapa, mostrando los detalles de una de las mejores restauraciones que yo había realizado. Me hubiese gustado escuchar la precisa valoración de Danilo o de Remedio sobre aquel encargo, para que vieses lo que había podido conseguir desde la nada y, sobre todo, para que se sintiesen orgullosos de lo que habían conseguido con un mocoso del barrio de los Milagros. Día tras día, la imagen de ellos dos me perseguía por el taller, como si fuesen mis dos ángeles de la guarda. Fernando Coco y doña Lucía habían sido las únicas personas que lo habían visto acabado, e incluso el compositor, tras insistirme innumerables veces, le había arrancado varias notas, haciendo correr una sonrisa por sus

cuatro cuerdas al finalizar.

–Sublime –había dicho sin querer deshacerse de él.

Rozaban las diez de la mañana, aunque llevaba casi cinco horas en pie. La última de ellas postrado delante del violín y cavilando la manera de entrar en materia con aquella enigmática mujer tan poco dada a la plática ocasional. Sumido en mis pensamientos, apenas escuché el golpear de unos nudillos sobre la madera de la puerta.

Nervioso, me incorporé de mi banco de trabajo, sacudí mi mandil de cuero y enfilé hacia la entrada con la mejor de mis sonrisas tallada en mi cara.

Al abrir, el hueco de la puerta recortó la silueta de un chiquillo cuyos años podrían contarse con los dedos de las dos manos.

–Buenos días, ¿es usted el señor Etura?

–El mismo –otorgué un poco defraudado al no ver a quien yo esperaba.

–Me han encomendado darle esta nota –dijo levantando su brazo derecho y tendiéndome un sobre apergaminado.

Aún estaba observándolo cuando el zagal inició su marcha a toda velocidad.

–Que tenga un buen día –soltó iniciando la carrera.

Cuando quise tenderle una propina ya era demasiado tarde.

Desconcertado, cerré la puerta tras de mí y abrí el sobre. Dentro había una nota manuscrita:

*Señor Etura:*

*Por problemas ajenos a mi persona, no ha sido posible acercarme hasta su taller para la recogida de mi restaurado instrumento. Le ruego sírvase acudir hoy a las once de la mañana a mi domicilio, situado en la*

*avenida Canals número ocho, para entregarlo en mano. Obviaré comunicarle que dichos servicios le serán debidamente pagados.*

*De mi consideración más distinguida,*

*L.B.*

Una especie de terror se apoderó de mí.

Guardé la nota en el sobre y la metí en el bolsillo, con la obligada curiosidad de rebuscar en mi memoria dichas iniciales. Muerto de impaciencia, me deshice del mandil, cogí el violín, lo envolví en un paño de terciopelo y salí a la calle en dirección a la avenida Canals.

Mi sorpresa fue mayúscula al observar que la dirección de entrega que me habían proporcionado era la misma que la casa de las hiedras, aquella mansión que en mi niñez frecuentaba de modo inocente, hechizado por la música que de ella provenía, hasta que partí hacia Italia. Multitud de recuerdos vinieron a mi mente y me crearon cierta desazón.

Me pregunté si la misteriosa mujer era la misma con la que en su día entablé un par de conversaciones tras ser sorprendido colándome en la casa. Hice memoria, pero no conseguí recordar su nombre.

El patio, que en mi infancia languidecía de modo irremediable, ahora se mantenía verde y frondoso. Innumerables y coloridas plantas franqueaban el camino hacia la puerta de la mansión. La fuente, así como su estatua de dios griego, se habían desecho de la capa de musgo y suciedad que los envolvían tiempo atrás.

Jadeante, miré el reloj y consulté la hora: las once menos cinco. Traspasé la verja recién pintada con cierto miedo. No en vano, una vez tuve que salir por piernas perseguido por un fiero mastín. Recorrí el camino de gravilla y me planté frente a la puerta de la entrada del renovado palacete. Acomodé los cuellos de mi camisa, estiré los puños y golpeé la voluminosa aldaba de bronce. Esperé un tiempo prudente para volver a la carga y hacer

resonar de nuevo la argolla, pero nadie respondió. Di un paso hacia el exterior y miré hacia los pisos superiores en busca de algún indicio de existencia humana dentro de la casa. Nada. Opté por intentarlo de nuevo por tercera vez con idéntico resultado. Una ligera sensación de rabia me inundó.

Estaba a punto de salir de aquella casa cuando me percaté de que la puerta estaba ligeramente forzada. Tenía algunas marcas en la pintura de la jamba, a la altura de la cerradura. Con un leve movimiento empujé la puerta y ésta cedió, abriéndose medio palmo.

—¡Hola! —exclamé sin entrar.

Mi saludo se perdió en un eco al fondo del pasillo.

—Soy Germán Etura. ¿Hay alguien? Vengo a entregar un violín.

Armado de valor, empujé la puerta y ésta se abrió del todo.

Sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero la impaciencia por saber si esa mujer de la que sólo conocía sus iniciales era la misma que la que tanto me impresionó durante mi niñez superaba toda buena educación.

Di el primer paso hacia el interior de la estancia y me introduje en el hall. Si el exterior de la casa había sido remozado con sumo gusto, el interior no le iba a la zaga. Las paredes se habían empapelado de nuevo con desconocidos motivos florales y todos los suelos se habían encerado. La decoración había sufrido un profundo cambio con la restauración de varias piezas del salón y con otras de reciente adquisición.

Di un par de pasos más gritando al aire. Recordé que en mis anteriores visitas había llegado hasta la habitación del piso superior, donde descansaba un piano de cola. Decidí hacer lo mismo en esta ocasión. Las escaleras también estaban restauradas. No había sonido alguno. La mansión parecía estar deshabitada, aunque las marcas en la puerta indicaban todo lo contrario. No llegué hasta la habitación del piano. En el primer piso, una puerta abierta permitía observar una estancia decorada en tonos pasteles, con una cama de grandes dimensiones, aunque deshecha. Las telas de las cortinas conjuntaban con el edredón. En un sinfonier situado en la pared de la derecha se hallaba



una maleta abierta, con varias prendas pulcramente dobladas en su interior. Sin embargo, los cajones de la cómoda estaban tirados, con todo su contenido esparcido por el suelo. Varios cojines estaban caídos al lado izquierdo de la cama, como testigos mudos de alguna pelea. Con paso vacilante, avancé gradualmente hasta colocarme frente a la cama, con un ojo en la nuca por si las moscas. Parecía que allí había entrado algún ladrón en busca de su botín.

Pegué otro grito, aunque no sé si para que me oyese alguien y acudiese en mi auxilio o para advertir al ladrón de mi presencia y espantarlo. El caso es que no sucedió ni una cosa ni otra. En una esquina del edredón de la cama observé unas manchas que me horrorizaron. Eran manchas de sangre. Me incliné sobre ese lado de la cama y me alarmé al ver el cuerpo de una mujer tendido en el suelo. Estaba con la cabeza ladeada, y tenía un fuerte golpe en la sien. Un hilo de sangre corría desde su oído. Apenas estaba cubierta por los restos de un camisón. A escasos centímetros se hallaban las babuchas, desparramadas de cualquier manera. A pesar del abultamiento de la cara, pude llegar a la inevitable conclusión de que aquel cuerpo tendido allí no era otro que el de la enigmática mujer que había entrado dos meses atrás en mi taller.

En un acto innato, dejé el violín apoyado sobre la cama y acudí a socorrerla. Me agaché hasta su altura, la cogí y la apoyé sobre uno de los cojines. Aún respiraba, aunque le costaba horrores. Unos terribles moratones circundaban su cuello. Al percibir que alguien la movía, entreabrió un poco sus ojos. Al reconocermé quiso expresarme algo, pero de su boca únicamente brotó un desfallecido gorjeo. Tosió un hilo de sangre y constriñó su frente. Con un esfuerzo titánico levantó su mano derecha, dirigiéndola hacia mi nuca. Me arrastró el cuello hasta que mi oreja quedó a escasos milímetros de su boca. Entonces, cuando se supo segura de que su último esfuerzo no sería en balde, pronunció un nombre: *Visconti*

Turbado y desorientado ante aquella revelación le susurré que repitiese lo que había dicho, pero fue en vano. Un nuevo esputo sanguinolento salpicó mi cara. La mujer cerró los ojos y las facciones de su perfil quedaron inmóviles. Le puse mi índice sobre la yugular para ver si aún respiraba, pero mis sospechas se hicieron ciertas al comprobar la ausencia de ritmo cardíaco. Me retiré como un resorte, como si aquella persona quemase, y me puse en pie

contra la pared. No sabía qué hacer en ese momento. Me retiré los restos de saliva de mi cara y me miré las manos. Las tenía manchadas de sangre. Inmovilizado por el aturdimiento, mantuve aquella posición durante varios minutos.

El silencio sólo quedaba roto por unos ladridos lejanos que provenían de la parte posterior de la casa. Encaré la situación, armándome de valor, y salí de la habitación en busca de ayuda. Recorrí el pasillo a grandes zancadas y bajé los escalones de las escaleras de dos en dos, sin medir el peligro. Ya en el hall, me detuve en seco y puse delante de mi cara las manos ensangrentadas. ¿Dónde iba a ir con aquellas manos? Cualquiera que me viese pensaría rápidamente que yo era el culpable de aquella muerte. Es más, había entrado en aquella casa sin permiso, y eso, ya de por sí, era un delito. Mi corazón comenzó a desbocarse, velando mi capacidad de reacción como si estuviese entre brumas. Busqué la mejor de las escapatorias. Saldría por la puerta trasera, sin hacer ruido, y desaparecería sin ser visto de aquella pesadilla, aunque ello implicase enfrentarse al intratable mastín que ladraba cada vez con más fiereza.

Sin embargo, antes de reaccionar oí unos pasos que se acercaban a la puerta de la entrada. Muerto de miedo me lancé tras un sofá, dándome un batacazo de aúpa en la caída. Al momento, y sin asustarse en demasía por encontrarse la puerta abierta, entraron en la mansión dos hombres que no alcancé a ver y cerraron la puerta tras de sí.

–¿Todo preparado? –dijo uno de ellos.

–Así es.

–¿A quién mandaste con la nota?

–No te preocupes por eso. Es un chiquillo de confianza, no sabe nada.

–No te he preguntado si es de confianza o no, sino que quién es.

Parecía que uno de los hombres llevaba claramente la voz cantante. Tenía una voz grave y modulada que se me hizo conocida.

–He mandado a un rapaz que conozco de hace años, y que trabaja como ayudante en la relojería Winzer. Simplemente le he dado la nota y ya está. Estaba lacrada, claro. Ha recibido una generosa limosna por el servicio, así que tranquilo, que se mantendrá callado.

–Eso espero –atajó el otro con voz helada–. Vamos arriba, que quiero que todo esté perfecto para cuando llegue a las once y media.

–¿Cómo que a las once y media? En la nota puse a las once.

–¿Cómo? –dijo alterado–. Imbécil, te dije a las once y media.

Se mantuvo un incómodo silencio, y ambos comenzaron a correr como almas que se lleva el diablo hacia la planta superior.

Aprovechando la preciosa ocasión que se me brindaba, salí de mi improvisado escondite. Con la máxima agilidad y sigilo que me fue posible, de puntillas para no hacer ruido alguno, llegué hasta la cocina de servicio. El corazón me latía tan fuerte que realmente pensé que aquellos hombres lo podrían escuchar. Miré hacia atrás, pero nadie me seguía. Llegué hasta la puerta que daba a la parte trasera de la mansión y giré el pomo. Aunque con un leve crujido, la puerta cedió. Al menos no tendría que romper el cristal. Abrí lentamente la puerta hasta dejar el sitio justo para pasar de lado. Una vez fuera me encontré frente a la bestia, que ladraba sin descanso. Por suerte, estaba atado. Pegué mi espalda contra la pared, asegurándome de que no me alcanzase, y me fui arrastrando sobre ella hasta estar fuera de sus dominios. Corrí hacia la verja que daba a la parte posterior y salí a la calle Don Bosco, la vía lateral que bordeaba el palacete.

Eché a correr como jamás lo había hecho, en dirección a las vías, las cuales atravesé sin siquiera comprobar si algún tren se acercaba. Atravesé el camino de la Cruz de San Antón, intentándome limpiar en plena carrera las manchas de sangre incrustadas en mis manos. Varios transeúntes giraron las cabezas al verme. Cuando estuve en la intersección con la Calzada de Toro giré la cabeza para asegurarme que nadie me seguía. Pensé en tirar hacia el cuartel, pero lo desestimé rápidamente. Me mezclé con la gente que rondaba por el apeadero de Sánchez Ruano y tiré hacia la calle del Doctor Pulido. En

un mugriento callejón sin salida pude recuperarme de mi lamentable estado físico. Tras un par de minutos de jadeos, al fin me tranquilicé y pude pensar con algo de claridad. Tras analizar los hechos, me di cuenta que era imposible que aquellos dos hombres que habían entrado en la casa me pudieran ubicar en aquel escenario.

Sin embargo, un segundo después un repentino escalofrío húmedo traspasó mi columna. *No podía ser*, me maldije. Moví mi cuello en busca de algo que sabía que no podía encontrar. *Mierda, mierda y mierda*, me repetí. Un puñetazo de rabia a la pared provocó un crujido y un agudo dolor que me atravesó mi muñeca derecha. Caí derrotado, más afectado por la pérdida de aquel objeto que por el intenso dolor, quedándome sentado contra la pared agarrando mi muñeca, la cual comenzaba ya a abultarse de manera notoria.

En la cama de aquella habitación, junto a aquel cadáver tirado en el suelo, había quedado el violín de mi padre, ahora restaurado, aunque aquella mujer jamás podría comprobarlo.

Me mantuve escondido en aquel callejón sin salida al menos durante media hora, poniendo en orden mi cabeza e intentando dar una respuesta a todo aquello. La conclusión más clara es aquellos tipos habían utilizado a la misteriosa mujer, de iniciales L.B., con la intención de dejarme fuera de juego. Era indudable que no lo habían conseguido, pero sí que habían logrado obtener el violín que deseaban restaurar. Mi torpeza había sido la causante de que lo lograsen, aunque tampoco me culpaba por ello. Ver un cadáver asesinado no es algo que ocurriese todos los días. Para un artesano como yo, con una vida tranquila y monótona a más no poder, aquello era como situarse en una película muda de esas que a veces ponían en el Bretón.

Lo primero y lo más primordial era ir a un lugar seguro, donde aquellos dos hombres no pudiesen encontrarme. Al taller no podía acercarme ni en broma. A casa de Salvador de Andrés, tampoco, y al Cabaret de la Manola menos todavía. Si, como sospechaba, el inspector Camiñas andaba detrás de todo aquello, tendrían vigilados todos esos sitios. Sólo me quedaba un lugar donde me recibirían con los brazos abiertos y donde nunca me encontrarían.

Antes de nada saqué un pañuelo de mi bolsillo, lo empaqué en un charco

que tenía a mi lado y me limpié las manchas de sangre de mi cara. Con toda la naturalidad que pude mantener, salí de mi improvisado escondite, me levanté las solapas de la chaqueta y me calé la gorra hasta las orejas. Viré en dirección a la calle Zamora, aunque fui dando rodeos por las callejuelas circundantes para llamar menos la atención. Tras varios minutos de caminatas en círculo para confundir a cualquier persona que pudiera estar buscándome, llegué a mi destino.

Cerca de la plaza de Anaya, varios estudiantes del Colegio de los Irlandeses desfilaban concentrados en sus tediosas oraciones. Pasé a su lado y alcancé la fachada de la catedral. Apostadas frente a la puerta, un par de modistillas hablaban entre risas. Esperé un momento, y cuando iniciaron la marcha las saludé con cortesía y golpeé la puerta. Ésta tardó en abrirse.

Don Nemesio me recibió como siempre, con un par de pescozones en el cuello y otras tantas palmadas en la espalda.

—¡Hombre, Germán! Pasa, anda. Menuda cara traes, parece que has visto un difunto.

*Si usted supiera..., pensé.*

Subimos hasta su cuarto. Al entrar, un agradable olor a estofado me golpeó de frente. En la chimenea, y sobre la lumbre, burbujeaba una olla de garbanzos bien surtida de chorizo y tocino.

—Si te esperas un poco, te invito a comer. Hoy tengo un buen menú.

—Gracias, don Nemesio. Se lo agradezco.

El campanero removió un par de veces más la olla, introdujo una cuchara de palo y probó su contenido.

—Perfecto, la salsa está espesa, como a mí me gusta —valoró—. Siéntate a la mesa.

Tras servir sendos platos de garbanzos y dos vasos de vino se quedó

mirando mis manos.

–Dudo mucho que puedas coger la cuchara con la derecha.

Resbaló una forzada sonrisa por mi cara.

–Necesito ayuda, don Nemesio. Estoy metido en un serio problema.

–Sabes que me tienes para lo que quieras. ¿Con quién te has peleado?  
Tienes sangre seca en las manos y restos en el cuello.

–¡Oh! No, no me he peleado con nadie.

–¿Y esa sangre?

Calibré mentirle, pero lo desestimé. Realmente necesitaba ayuda, y quizá tuviese que pasar algún tiempo escondido entre aquellas cuatro paredes. No era lícito meter en aquel embolado a don Nemesio sin que el pobre supiese de qué iba todo aquello.

Durante la siguiente hora y media le relaté todo lo acontecido y mucho más. Le hablé de la historia de Danilo, de Leal de Renato, de Visconti, de mi encuentro con Lorenzo Greiner, de la visita de L.B. a mi taller, de la peña del Brujo... En definitiva, de todo. Cuando finalmente le relaté con pelos y señales lo que me había sucedido un par horas antes en el palacete de la avenida Canals, don Nemesio se quedó pétreo. Dejé que se aposentasen todos esos datos en su cabeza y dije:

–Como comprenderá, necesito quedarme aquí al menos un par de días.

–Lo que necesites, Germán.

–Gracias, don Nemesio.

–¿Y por qué no acudes a la comandancia?

–Porque algo me dice que Gumersindo Camiñas está en el ajo.

A don Nemesio se le tensaron las facciones.

El campanero se incorporó de su silla y se levantó la chaqueta, dejando a la vista una gran quemadura en la zona de los riñones.

–¿Y eso? –le pregunté alarmado.

–Esto es un recuerdo de Camiñas. Nunca se perdonó por no encontrar al culpable de la extraña muerte del padre de Marcos y pagó conmigo su fracaso. Supongo que hay detalles de los que únicamente se dan cuenta los borrachos y que al pobre don Mateo, que en paz descanse, se le escaparon al simular su caída.

–No lo sabía.

–No tenías por qué saberlo, estabas en Italia. Además, eso sucedió hace ya muchos años y es agua pasada. Te lo muestro para que tengas cuidado con el inspector. Es un tipo sin escrúpulos. Hablemos de lo tuyo.

–Pues básicamente, don Nemesio, necesito un lugar seguro hasta que ordene mis ideas.

–Te prepararé un jergón donde puedas dormir en el piso de arriba. Ahí estarás seguro y los capellanes no se darán cuenta.

–Gracias, don Nemesio, se lo agradezco en el alma.

–Tú dirás qué más necesitas.

–De momento, avisar a doña Lucía de mi paradero. Supongo que ya estará preocupada al no verme llegar a comer. Dile que no venga por aquí durante la tarde. Ya veremos cuándo podemos vernos.

–Eso está hecho –asintió poniéndose en marcha.

Antes de que cerrase la puerta y fuese en busca de doña Lucía, se metió la mano en el bolsillo y me lanzó una llave que cogí al vuelo.

–Sube al campanario. Ya sabes que allí las ideas se ordenan solas.

Una vez que se hubo ido ordené su cocina, barrí la estancia y limpié de

cenizas la chimenea. Con la llave en mi bolsillo subí al campanario con la intención de pensar con un poco de tranquilidad. El esfuerzo por remontar las escaleras me resultó agónico, y mis piernas temblaron una vez alcanzada la cima. Antes de poner en funcionamiento mi cerebro, aspiré todo el aire que pude y lo solté en un vano intento por tranquilizarme. Repetí varias veces la operación y apoyé los codos mirando en dirección a la Rúa.

El día estaba revuelto. Con no poco esfuerzo, el sol conseguía colarse entre los huecos que dejaban las nubes, iluminando por franjas toda la ciudad. Una leve brisa rodeaba la torre transportando un agradable calor. Tuve la misma sensación de libertad que la primera vez que subí allí arriba. Mirando a través de aquella privilegiada posición daba la sensación de que los problemas se diluían, aunque los pelos de la nuca se me erizaron al venir a mi mente de nuevo la imagen de aquella misteriosa mujer tendida sin vida. Todo aquello escapaba a mi control. Deseé encontrarme en una oscura pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. Necesitaba pensar, pero sobre todo reaccionar adecuadamente. Dar un paso en falso supondría ser descubierto, lo cual seguramente obstaculizaría mi propósito de impedir la avariciosa empresa de Lorenzo Greiner.

Aquellos dos tipos sabrían que yo había estado en la mansión de la avenida Canals, pues el violín me delataba, y con toda probabilidad estarían buscándome por toda la ciudad. ¿Quiénes serían? Sólo tenía dos vías para averiguarlo: rebuscar en mi cabeza aquella voz familiar de uno de ellos, e interrogar al chiquillo que me trajo la nota y que, por lo que pude oírles, trabajaba en la relojería Winzer. Era evidente que también necesitaba saber la verdadera identidad de la mujer asesinada, y sólo una persona podía ayudarme en esa labor: Salvador de Andrés.

Intenté recordar las facciones de la mujer que conocí dieciséis años atrás en aquel palacete, pero las encontré difusas, al igual que su nombre. El tiempo me había velado su rostro, sus ademanes e incluso aquel par de conversaciones que mantuvimos. Quizá la misma persona que me recibió en aquella casa era la que ahora yacía inerte. Me asusté sólo de pensarlo.

La tarde caía perezosa sobre Salamanca. Un manto de oscuridad se



aposentaba ya y el alumbrado comenzaba a bruñir las vías principales de la ciudad con pequeños brillos. Tras dos horas de pensamientos infructuosos decidí bajar de nuevo al cuarto de don Nemesio, justo en el momento en el que éste regresaba, acompañado de doña Lucía. Ésta traía una expresión preocupada pero absorta, por lo que deduje que don Nemesio no le habría contado demasiados detalles.

–Germán, te prometo que he intentado convencerla de que no viniera, pero me ha resultado imposible. Ya la conoces.

–Me hago cargo, don Nemesio. ¿Les ha seguido alguien?

–Creo que no.

–Supongo que todo esto le resultará extraño, doña Lucía, pero todo tiene una explicación.

La buena mujer no abrió la boca, cosa que me sorprendió gratamente.

–Por favor, don Nemesio. ¿Le importaría dejarnos un momento a solas?

–Por supuesto. Iré arriba, tengo labor.

–Gracias.

Una vez hubo desaparecido de la sala comencé mi exposición.

–Doña Lucía, tiene que confiar en mí. Sólo de esa manera podrá ayudarme. Le contaré por qué estoy aquí escondido. No le relataré más detalles de los necesarios, pero créame que lo hago para salvaguardar su seguridad. Antes de que diga nada, por favor preste atención.

Doña Lucía torció el gesto pero obedeció.

–Bien –comencé nervioso–, sabe que últimamente he estado investigando a ese vagabundo que tocaba hace años en la plaza del Liceo. Pues bien, tengo bastantes indicios para asegurar que se trataba de mi padre. He realizado algunas averiguaciones sobre su extraña muerte y parece que he molestado a gente importante de la ciudad.

Doña Lucía tuvo ganas de intervenir, pero se mordió la lengua.

–Resulta que hay personas a las que no les gusta que se desentierren temas del pasado. Ya sabe, todos tenemos algún muerto en nuestro armario. El caso es que me buscan y necesitaba esconderme en un lugar seguro. Le he pedido a don Nemesio que me aloje aquí unos días y ha accedido. No sé por cuanto tiempo será. Quizá un par de días, una semana... No lo sé.

Doña Lucía se dejó caer en una silla. Antes de que yo continuase alzó una mano para pararme.

–Espero que no tenga nada que ver con esa chica con la que te ves.

–¡No, por Dios! –exclamé–. Violeta está al margen de todo esto.

–Por lo menos veo que tiene un nombre bonito –alegó relajando la conversación.

Sonreí, más bien por eliminar la expresión de tensión de mi cara que porque realmente me apeteciese.

–Sí, realmente es muy bonito, al igual que ella –afirmé–. Pero no estamos aquí para hablar de ella, sino para conseguir arreglar este embrollo en el que me he metido. Necesito su ayuda.

–Sabes que siempre la has tenido.

–Lo sé, y se lo agradezco de corazón. Ahora necesito que avise a mi amigo Salvador de Andrés. Dígale, por favor, que se pase por aquí a media noche, que es un asunto urgente y que he encontrado fantasmas.

–¿Que has encontrado qué?

–Fantasmas –ratifiqué–. No se preocupe, él lo entenderá.

–Vale, así lo haré. ¿Algo más?

–Sí. En mi taller, en el recodo del fondo, ya sabe de cuál le hablo, hay una pequeña caja fuerte. Necesito que me la traiga, y también el violín que

hice en Italia.

Doña Lucía me miró con extraña contrariedad.

–No se preocupe. Ya sé que es intocable, pero aquí nadie lo conoce.

Tal y como había pedido a doña Lucía, Salvador de Andrés se presentó en la catedral pasados diez minutos después de medianoche. Don Nemesio le abrió la puerta y ambos subimos al campanario. La noche era el medio en el que mejor se manejaba el periodista.

–Te he buscado por toda Salamanca. Me alegro de saber que estás en buenas manos –adujo sin pestañear–. Estás metido en un buen lío.

En aquel momento el cúmulo de nervios me desbordó y comencé a llorar como un crío chico delante del periodista. Avergonzado, bajé la cabeza. Salvador tomó mi barbilla y la colocó a su altura.

–A ver, Germán. Tenemos que arreglar todo esto, y sabes que estoy aquí para ayudarte.

Mirándole a los ojos pude comprender que lo decía de corazón.

–¿Qué es lo que sabes? –pregunté sofocando un tosido.

–Dímelo tú. Toda Salamanca te anda buscando. Han dado una orden de busca y captura contra ti en la que se te acusa de haber matado a esa mujer de la avenida Canals.

El periodista sacó del bolsillo de su chaqueta el librito de Rey de Espadas y el saco de tabaco. Concluida su tediosa labor, lo prendió y soltó el humo por encima de mi cabeza, escupiendo unas hebras de tabaco adheridas a su labio inferior.

–Yo no la he matado. Me la encontré moribunda y luego tuve que salir asustado por la puerta de atrás sin que nadie me viese.

–Tranquilo, Germán. Sé de sobra que no has sido tú –afirmó apretándome el hombro–. No obstante, esta mañana he tenido que cubrir la

noticia, y siento decirte que hay muchas pruebas que apuntan hacia ti.

Extrañado, arrugué la frente y me levanté.

–Había una nota citándote con ella, y tirado junto a su cadáver estaba el violín que le restauraste, totalmente manchado de sangre.

–Eso es imposible –sostuve comenzando a andar en círculos. Salvador de Andrés me seguía con la mirada, dando efusivas caladas al cigarrillo.

–Así es como me lo he encontrado yo después de recibir una llamada anónima en la redacción.

–Vaya, ¿qué casualidad, no? Una llamada anónima.

–Cuanto menos extraño.

–Un chiquillo me acercó esta mañana al taller una nota en la que me indicaba que acudiese a esa casa a hacer la entrega del violín. Cuando llegué, la puerta estaba forzada y entré. Sí, ya sé que no fue lo correcto, ¿pero cómo iba a pensar que me iba a encontrar un cadáver? El caso es que entré y encontré a la mujer tirada a un lado de la cama. Tenía un fuerte golpe en la cabeza y un hilo de sangre brotaba de su oído. Todavía estaba viva. Dejé el violín en la cama e intenté socorrerla sin éxito. Murió en mis manos.

Salvador había cogido su libreta de notas y registraba a gran velocidad todo lo que yo iba diciendo. Buen conocedor del oficio, preguntó:

–¿Había alguien más en la casa?

–Que yo sepa, cuando llegué no.

–Bien. ¿Y la mujer te dijo algo antes de morir?

–Sí.

El periodista arqueó las cejas.

–Visconti.

–¿Visconti? ¿Te suena de algo?

–Por supuesto.

–Dispara.

–¿Te acuerdas cuando te conté que mi padre había presentado en sociedad una partitura inédita, interpretada por un violín excepcional, en un célebre concierto en Cremona?

El reportero movió rápidamente unas hojas de su libreta hacia atrás y rebuscó.

–Así es, aquí lo tengo.

–Pues bien, el director del Teatro della Comune quedó muy mal parado de todo aquello. Su carrera fue a menos y acabó en la ruina. Cometió el error de jurar venganza delante de los medios. Su nombre: Andrea Visconti.

–Uffff –resopló De Andrés.

Ambos permanecemos envueltos por el silencio de la noche.

–¿Quieres decir que ese tal Andrea Visconti está ahora en Salamanca?

–Pues eso parece. Y fíjate qué casualidad que Lorenzo Greiner ha estado hace poco en Italia. Me lo ha dicho mi amigo Fernando Coco.

–¿Lo has visto alguna vez?

–¿A Visconti? Pues tan sólo tuve un breve encuentro con él una mañana hace años, pero del primer vistazo me pareció un hombre siniestro.

–Siniestro y vengativo, a juzgar por los hechos –matizó el reportero–. Se supone que quiere vengarse de tu padre a través de ti, pero no alcanzo a entender qué es lo que pretende exactamente.

–Yo tampoco.

–Salvador, hemos obviado algo importante que tienes que decirme.

¿Quién era la extraña señora que han asesinado? Según la nota, sus siglas son L.B.

—¿L.B.?

El periodista se alzó y se sacudió los pantalones de ceniza. Se acercó a mí, me cogió de los hombros con ambas manos y dijo con voz congelada:

—Esa mujer tenía la cara destrozada a causa de los golpes realizados con el violín. Sus facciones han quedado totalmente desfiguradas y llenas de astillas clavadas. Aún no se sabe de quién se trata, aunque tengo mis sospechas a juzgar por esas iniciales que me acabas de decir.

Me siguió mirando a los ojos, de manera que pudiese notar el horror de aquella imagen en sus retinas.

—¿Quién?—insistí ansioso.

—Lourdes Bellido, la que fuera mujer de Lorenzo Greiner.

De repente vino a mí la imagen de la moradora del palacete de la avenida Canals. De Andrés tenía razón, la dama que allí conocí se llamaba así: Lourdes.

Salvador de Andrés y yo estuvimos dialogando hasta las tres de la madrugada, haciendo conjeturas sobre lo acaecido y definiendo con cautela los siguientes pasos a dar. Le conté lo de los dos tipos que realmente me habían citado allí y que seguramente fueran los verdaderos asesinos de aquella pobre señora, o al menos sus secuaces. Era imprescindible conocer sus identidades. Si mi instinto no me engañaba, uno de ellos era Andrea Visconti. Era evidente que, acusándome de aquel asesinato, me tendrían fuera de juego al menos hasta el concierto de otoño. Aquel ensañamiento con el cadáver demostraba que pretendían ocultar la verdadera identidad de la mujer y también algo que me helaba la sangre, y es que seguramente hubieran acabado conmigo de un balazo si hubiese llegado unos minutos después.

Me dio en la nariz que la persona encargada de seguir el caso no era otra que Gumersindo Camiñas.

–Así es. Él es el encargado de seguir el caso –afirmó rotundo De Andrés.

–No esperaba otra respuesta. ¿Crees que Lorenzo, Andrea Visconti y Camiñas están confabulados?

–No tengo la mínima duda, Germán. Sólo sé que estás en peligro.

–¿Y qué pinta Lourdes Bellido en todo esto?

Según me relató el periodista, Lourdes Bellido y Lorenzo Greiner se habían conocido en el Palau de la Música de Barcelona. Ella era una de las mejores pianistas de la ciudad, aunque él no se quedaba atrás, y por ello coincidían a menudo. Sentían un mutuo respeto profesional, que finalmente desembocó en una relación amorosa. Formaron la pareja del momento en los círculos musicales. Viajaban a menudo, casi siempre juntos. Daban conciertos en París, Viena, Roma, e incluso hicieron un par de escapadas a Latinoamérica, donde, por cierto, siempre los recibían con los brazos abiertos. Eran años de laureles y ovaciones. La prensa especializada no escatimaba tinta para elogiar sus actuaciones y las taquillas de cualquier lugar donde actuasen cerraban a las pocas horas de abrirse con el cartel de *localidades agotadas*.

Todo iba rodado hasta que Lourdes comenzó a cometer algunos errores en sus interpretaciones. En un principio le echaron la culpa a la asfixiante agenda que tenían. Regresaron a Barcelona y estuvieron tres meses sin tocar, para así reponer fuerzas. Sin embargo, la cosa no mejoró. Comenzaron a recorrer las consultas de los mejores especialistas en busca del origen de sus errores, pero nadie les ofrecía una respuesta clara. Paralelamente Lourdes empezó a tener problemas respiratorios, así que le aconsejaron un clima más seco que el catalán. Los contratistas comenzaron a rescindir sus contratos mientras su peregrinaje de médicos seguía sin dar con el origen de su pesadilla. Aprovechando uno de sus últimos conciertos en Europa, viajaron a Milán. La Scala fue el último escenario en el que se les pudo ver tocando juntos. Resultó un verdadero desastre, hasta el punto que tuvieron que salir por

la puerta de atrás de aquel teatro. Aprovechando su estancia en Milán visitaron a otro doctor más, que al fin ofreció a Lourdes información sobre sus dolencias al diagnosticarla *espondiloartrosis*. Se trata de una enfermedad degenerativa que ataca a los cartílagos articulares, afectando con mayor frecuencia a la columna vertebral, sobre todo a los segmentos cervicales y lumbares. Dictaminó que no había solución alguna, salvo el reposo. A la par de aquella aterradora noticia hubo otra más esperanzadora. Lourdes estaba en estado de buena esperanza.

–Y fue entonces cuando se vinieron a Salamanca –intervine.

–Exacto –repuso–. El clima de aquí era más beneficioso para ella. Apenas tres meses después de su llegada dio a luz a una niña: Elena. Pero esta ciudad no era ni mucho menos como su Barcelona natal. Aquí el montante de sus actuaciones no daba para los costosos tratamientos que precisaba Lourdes, y mucho menos para las excéntricas ostentaciones a las que estaba acostumbrado Lorenzo, por lo que éste, sagaz como él sólo, se rodeó de influyentes personas de la ciudad y se introdujo en el mundo empresarial.

–Derivando en la Peña del Brujo.

–Exacto. Y con ello a esas noches de lujuria que ya conoces.

Según continuó contándome, entre juguetonas volutas de humo, al margen de disfrutar de aquellas libidinosas veladas con la Peña del Brujo Lorenzo Greiner comenzó a frecuentar a menudo el *barrio*, motivo por el cual fue dejando de lado a su mujer. Primero físicamente, al privarla de su compañía, y después económicamente, pues el dinero necesario para sus cuidados iba a parar en el escote de alguna meretriz. La salud de Lourdes Bellido fue decayendo de manera irremisible, hasta tal punto que en más de una ocasión perdió la orientación, saliendo de su casa y comenzando a vagar sin dirección alguna. Fue entonces cuando Lorenzo Greiner conoció a Gumersindo Camiñas. Cada vez que Lourdes desaparecía del piso de la plaza del Liceo, Camiñas organizaba un rastreo por las calles de la ciudad. Al principio sucedió en contadas ocasiones, pero a medida que iban pasando los meses se hizo más habitual. Cierta día no apareció más.



Después de la exposición el periodista se quedó desinflado. Aquellas reveladoras noticias comenzaban a cimentar la verdad.

—¿Desapareció sin más?

—Sí —afirmó apagando un cigarrillo sobre su tacón—. Lorenzo pasaba muchas horas fuera de casa, entretenido en sus negocios y sus vicios, así que cuando quiso darse cuenta de que su mujer había desaparecido y presentó la denuncia, Lourdes Bellido llevaba cerca de dos días sin dar señales de vida. Peinaron la ciudad, pero no hubo ningún resultado.

—¿Puede ser que permaneciese en la ciudad sin ser vista?

Salvador de Andrés arqueó las cejas.

—Puede ser, pero veo muy complicado que una mujer enferma pasase desapercibida en una ciudad como ésta, que es como un pueblo grande en el que todo el mundo se conoce y se chismorrea sobre la vida de todos, del más rico al más pobre. Sinceramente, lo veo improbable.

—¿Y si tuviese ayuda de alguien?

—Quizá —respondió sin convencimiento—. Pero hubiera necesitado mucho dinero y dedicación, sin obviar el problema de salud.

Arrojé un rayo de luz sobre aquella hipótesis.

—¿Qué me quieres decir? —volvió.

Detuve mi deambular por el campanario y fije mi vista en los tejados de Salamanca.

—Tengo una presunción.

El reportero se acercó hasta mi altura.

—Te escucho.

—Creo que Lourdes Bellido nunca se fue de la ciudad. Estoy firmemente convencido de que durante todos estos años ha permanecido en la mansión de

la avenida Canals esperando su oportunidad. Intuyo que fue ayudada por alguien durante este periodo.

–¿En qué te basas para afirmar eso?

Señalé con mi dedo en dirección a la avenida Canals.

–Porque yo mismo la conocí en aquel palacete cuando tenía diez años, aunque no sabía quién era, claro. Era como una sombra en vida. Recuerdo perfectamente cómo me gustaban sus interpretaciones al piano. Salvador, fue ella misma la que me dijo que se llamaba Lourdes y que tenía problemas en las articulaciones.

Salvador de Andrés no dijo nada. Se limitó a encajar lo que le había dicho y siguió la vista en dirección a mi dedo.

–Esto se va complicando por momentos –afirmó resuelto.

–Así lo pienso, pero sinceramente creo que cada vez estamos más cerca de la verdad.

Continuamos mirando aquel maravilloso velo estrellado que cubría Salamanca, sintiéndome un rey en medio de aquel forzoso confinamiento.

–Bueno, muchacho, he de irme.

Le estreché la mano y le di un abrazo.

–Gracias.

–De nada, amigo. Y cuídate esa mano, que no tiene buen color.

Comenzó a descender escaleras abajo, pero antes de que desapareciese por el agujero de las escaleras lo llamé de nuevo.

–La prostituta que frecuentaba Lorenzo Greiner no era otra que la Charo, ¿no es así?

El corresponsal sacó su décimo cigarrillo y lo prendió con ensayado ademán. La tímida llama del chisquero iluminó una sonrisa cómplice que

corroboraba mi pregunta.

–Procura no salir esta noche, que te conozco –me avisó entre las sombras–. Sé de buena tinta que están al corriente de tu relación con Violeta, por lo que tienen vigilado el Cabaret de la Manola.

Salvador de Andrés desapareció del campanario desapareciendo en la oscuridad de la catedral. Cuando quise darme cuenta, era un tímido punto de luz incandescente que descendía hacia la cruel realidad de nuestra Salamanca.

–Hace ya mucho de aquello, pero aún lo recuerdo como si fuese ayer –me explicó con cierta nostalgia en sus palabras–. Solía caminar encorvado, con el estuche de su violín bajo la axila, como si acarrease una losa. Como ya te dije, la primera vez que apareció por el *barrio* fue una oscura en la que el burdel estaba reservado para la Peña del Brujo. Llamó a la puerta y se empeñó en que tenía que tocar el violín para ellos. La Manola le dejó subir, a pesar de que no tenía reparos en barrer de su negocio a todo el que no le entrase por su ojo derecho.

La Charo hablaba sin nada que le impidiese mostrar sus verdaderos sentimientos, desde el interior y cogiendo oxígeno cada dos frases seguidas. Violeta estaba sentada a su lado izquierdo, expectante.

–También te dije que vino más veces acompañando a la Peña, aunque se limitó a quedarse abajo. Lo que no te conté es que una noche vino al barrio solo. Abrió su estuche en plena calle y tocó su maravilloso violín. Era una melodía triste, solitaria. Tan sólo oírla a una se le arrugaba el corazón. Pensarás que tipejas como nosotras estamos cubiertas de una corteza que nos hace insensibles, pero no es así, y en el fondo tenemos nuestro pequeño corazoncito –agregó llevándose la mano al pecho.

–Nunca he pensado lo contrario –respondí mirando a Violeta.

–Perdona, no debería haber dicho eso. Sé que tú no eres como los demás.

–No pasa nada.

–Aquella noche nos cautivó a todos –siguió–. Logró que saliéramos del local y que el tiempo se detuviese a nuestro alrededor. Durante unos minutos todas las prostitutas que estábamos por allí nos preguntásemos por la razón que nos ataba a aquel barrio.

Una amarga lágrima corrió por la mejilla de la Charo. Violeta le tendió un pañuelo para que se secase y un arrumaco para que continuase.

–Todos los que circulaban por allí, borrachos o no y personajes de dudosa calaña se congregaron a su alrededor, más por curiosidad que por vocación musical. Sin embargo, no hacía falta saber mucho de música para entender que aquella melodía estaba interpretada desde el interior de aquella persona. Cuando terminó, la calle de la Esgrima se llenó de ovaciones.

A fuerza de escuchar ya tantas veces las descripciones de sus conciertos deseé poder volver al pasado sólo para llegar a comprender aquellas palabras tan emocionadas de todos los que lo habían oído interpretar su violín.

–A partir de entonces, aquel violinista se convirtió en un asiduo de la noche más oculta de Salamanca, deleitando con sus interpretaciones a borrachos y prostitutas que lo escuchaban embobados. Siempre me pregunté por qué habría elegido ese mugriento callejón del *barrio* para ofrecer sus conciertos, y no cualquier otro cobijo más apropiado.

En una ocasión le pregunté la razón que le llevaba a tocar ahí hasta altas horas de la noche, pero nunca obtuve respuesta. Incluso una vez le ofrecí mi ayuda, pero me la denegó cortésmente. Era un caballero. Todas las noches hacía lo mismo cuando terminaba: saludaba a quien quedase frente a él, sin importarle su condición social, guardaba su violín en el estuche, sacaba una manoseada fotografía de uno de los bolsillos de su chaqueta y la besaba. Tras esto, enfilaba hacia el centro de la ciudad con su deambular giboso y cansino. Nunca supe dónde pasaba el resto del día.

–En la plaza del Liceo –respondí.

–Es curioso que me entere ahora.

–Eso sí, allí también tocaba para el que quisiese escucharlo.

–Me parece increíble. Desde luego, aquí entre nosotros, los del *barrio*, terminó por ganarse el respeto. Asentí complacido.

–Charo, necesito saber todos los detalles de la noche en la que desapareció –le demandé inclinándome hacia delante–. Es de vital importancia para poder demostrar mi inocencia.

A pesar de la advertencia de Salvador de Andrés, tras despedirme de él en el campanario de la catedral había decidido tomar la iniciativa y comenzar a investigar de manera más decidida la razón que había llevado a mi padre a viajar hasta Salamanca. Las únicas personas despiertas a esas intempestivas horas no eran otras que la fauna del *barrio*, y confiando en que la espesura de la noche me ofrecería cierta cobertura así lo hice, siempre vigilando antes de doblar cada esquina y tras de mí. Violeta primero, y la Charo después, se habían sobresaltado al verme en el Cabaret de la Manola, pero lejos de entregarme a las autoridades me habían llevado en volandas hasta la habitación de la Charo, que era donde ahora nos encontrábamos.

Una etérea luz nos dispensaba la claridad suficiente.

–Esto que te voy a contar a continuación no me va a traer más que problemas –afirmó convencida–. Pero ya estoy harta de mirar siempre la punta de mis zapatos y de tener continuamente el aliento de Camiñas sobre mi nuca.

No pretendía ni mucho menos implicarlas, pero lo cierto es que necesitaba a toda costa esclarecer la verdad, y la Charo había vivido en primera persona aquellos hechos que yo demandaba.

–Gracias–fue lo único que salió de mi boca.

–Hubo un tiempo en el que mi cuerpo no era el que es ahora. Aunque esté feo decirlo, los hombres se rendían a mis pies, deseosos de pasar una velada conmigo. Para un oficio como éste, en el que apenas puedes elegir quién se tumba encima tuyo, eso suponía una ligera ventaja que supe

aprovechar. Trabajo no me faltaba, y poco a poco personalidades importantes de la ciudad comenzaron a interesarse por mí. Yo era ambiciosa y quería progresar. Durante uno de mis viajes en agosto a Madrid para elegir chicas nuevas para el burdel y poder así saciar los bajos instintos de la multitud de clientes que abarrotarían el local durante las ferias de septiembre, pude contactar con una prostituta de altos vuelos que trabajaba en la céntrica calle de Carretas de la capital. Aquella muchacha tendría tan sólo un par de años más que yo, pero atesoraba una amplia experiencia en el trato con hombres de posibles. Me aseguró que con mi cuerpo, y educando mi lenguaje y sobre todo mis modales, podría tener a cualquier hombre que yo quisiera bajo mis sábanas. Resulté ser una alumna excelente, pues un par de lecciones fueron suficientes para comprobar que aquello daba resultado. Recuerdo sus palabras exactas: *Nada de parecer una mojigata. Preséntate como una mujer segura de ti misma. Ellos lo sabrán apreciar, pues les cautivaré que estés a su altura.* Cuando volví a Salamanca y llegaron las ferias quise comprobar sus experimentados consejos, primero con personajes situados en una escala social media pero influyente, y luego con altas personalidades. Sin duda alguna, aquello funcionó a las mil maravillas. En seis meses yo era quien elegía mis compañías, y no al contrario. Durante el siguiente año asenté definitivamente mi privilegiada situación.

Comprobé, por la expresión de la Charo, que en aquella época pudo encontrarse a sí misma dentro de su pequeño infierno. Todo lo que iba contando coincidía con lo que me había relatado Salvador de Andrés, y eso me gustaba, pues me demostraba que era sincera y tampoco tendría por qué engañarme con lo de mi padre.

—De esa manera conocí a Lorenzo Greiner. Se presentó una noche en mi alcoba dispuesto a olvidar por un rato sus problemas conyugales. Desde luego, Lorenzo no escatimaba en pagar generosamente por mis servicios. Tras un par de meses de efusivos encuentros, me relató la enfermedad de su mujer y su intención de abandonarla. Pensé que se estaba enamorando de mí, lo cual no me interesaba en absoluto. Sin embargo, le supe mantener únicamente como cliente, a él y a sus amigotes. Durante una noche cada mes elegíamos a las mejores chicas y cerrábamos el local para ellos, organizando una exclusiva

orgía hasta el amanecer. Pagaban muy generosamente y el negocio iba cogiendo fama y relativa reputación. Los hombres no saben guardar ciertos secretos, ni siquiera aunque no les interese contarlos... En fin, poco tiempo después la Manola falleció. Tenía ya ahorrado bastante dinero y lo cierto es que quería dejar el oficio, así que me puse al timón del negocio y dejé de prostituirme. Bueno, casi, pues el único hombre con el me acostaba era Lorenzo, y más por interés que por otra cosa, pues el dineral que seguía dejando aquí la Peña del Brujo era brutal.

La Charo cogió aire, se levantó y abrió ligeramente la ventana de la estancia. Una ligera brisa refrescó el ambiente.

—Cierta noche, poco antes de morir la Manola, Lorenzo se presentó más contento que nunca, cargado de copas y demasiado efusivo. No venía con sus amigos de la Peña del Brujo, sino con otro caballero al cual no había visto nunca. El violinista llamó más tarde a la puerta, tal y como te conté en nuestra primera conversación. Lorenzo le había citado para que tocara para él y para aquel caballero. La Manola le dejó pasar. A mí no me parecía buena idea, pero Lorenzo me obligó a dejarle subir, y de hecho nos echó del salón de malas maneras. A pesar de ello, yo me quedé escuchando desde el pasillo. Recuerdo que interpretó una famosa obra, pero si he de serte sincera no sé ni cómo se llama ni quién es el compositor. Cuando terminó, el violinista se bajó a la barra mientras Lorenzo y su acompañante gozaban de placeres más carnales.

—¿Qué crees que querían exactamente del violinista?

—No tengo la menor idea. Lo que sí puedo decirte es que el músico parecía estar un poco en babia, como si estuviera sedado.

—¿Cuántas veces más vino por aquí?

—Aquí al local no muchas. Quizá tres o cuatro noches, siempre acompañado de Lorenzo y de ese otro caballero. Pero siempre se quedaba abajo, cabizbajo. Cuando venía a tocar al callejón tenía un aspecto mucho más relajado.

—¿Recuerdas la última noche que viste al violinista?



–Claro que la recuerdo –admitió sin ninguna duda–. Es imposible olvidarla. Aquella noche todo fue bastante diferente. Lo trajeron dos tipos cogido por las axilas y lo dejaron tumbado en un sofá de abajo. El violinista olía a vómito y se agarraba fuertemente el estómago. Parecía enfermo. Los dos hombres desaparecieron y Lorenzo Greiner nos mandó subir al piso de arriba. Estaba tremendamente enfadado y me trató como una cualquiera, lo cual no admití. Le pedí que se fuera, pero él se negó. Se enfureció aún más y me golpeó en la cara, llenándome de insultos y humillándome como a una perra. Me llevó a mi habitación a rastras, me ató a esta misma cama y me penetró durante horas sin importarle mi sufrimiento lo más mínimo.

La Charo no pudo continuar. Violeta la abrazó y le tendió un vaso de agua.

–Si no deseas continuar no tienes por qué hacerlo, de verdad. Tranquila –ofrecí levantándome de la silla. La meretriz me miró a los ojos, se limpió las lágrimas y dijo con tono severo:

–No saldrás de esta habitación sin saber quién es el verdadero Lorenzo Greiner y qué es lo que hizo.

–Como quieras... –asentí.

–Rozaría el alba cuando desperté aturdida y dolorida. Lorenzo estaba dormido como un niño a mi lado, desnudo. Antes de que me diera tiempo a moverme, la puerta se abrió con gran estrépito. El violinista entró tambaleándose, con el violín agarrado con ambas manos. Lorenzo se despertó y con gran agilidad se levantó de la cama. Ambos se enzarzaron en una desigual pelea. Al violinista se le veía muy débil, aunque aun así consiguió endosarle un gran batacazo en la espalda con su instrumento, el cual se rompió. Lorenzo contraatacó y le atizó un severo puñetazo que provocó que el músico se desequilibrara y cayera hacia atrás, con tan mala suerte de golpearse en la cabeza con la mesilla que ves ahí mismo –dijo señalando el mueble–. Murió en el acto.

Mi corazón comenzó a desbocarse. No puse en duda ninguna de las palabras de Charo, pues era evidente que los desperfectos que había

encontrado en el violín bien podían haber sido causados por aquella pelea.

–Haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener el pánico y la rabia, me hice la dormida. Fue lo único que se me ocurrió. Si Lorenzo Greiner sospechaba que yo había sido testigo de aquel incidente, me mataría allí mismo. Lo cierto es que no creía que fuese a colar, después del tremendo jaleo que habían montado. Noté su aliento cerca de mi boca, supongo que para comprobar si yo también estaba muerta o sólo desfallecida a causa de las muchas horas de golpes y vejaciones. Con los ojos siempre cerrados, sentí cómo Lorenzo se vestía, comprobaba mis ataduras y salía de la habitación. Casi una hora después escuché pasos y me hice de nuevo la dormida, adoptando la misma posición en la que estaba cuando se marchó. Entreabriendo ligeramente los ojos, pude comprobar que había regresado con los mismos tipos que habían traído en volandas al violinista. Envolvieron a éste en una de las alfombras y se lo llevaron. Lorenzo los siguió tras comprobar otra vez que yo continuaba inconsciente. Fue la última vez que sentí su asqueroso aliento junto a mí. Sin embargo, a partir de aquel día mi vida se convirtió en un infierno.

–Eso ratifica muchas dudas que tenía.

–Al mes siguiente me enteré de la noticia del hallazgo del cuerpo del violinista en el camino a Valladolid. Me moría de rabia, aunque no hice nada, no sé si por miedo o quizá por falta de fuerzas. Sin embargo, ahí no acabó todo. Supongo que Lorenzo Greiner no se acababa de fiar de mí y mandó a Camiñas para realizar el trabajo sucio. Durante semanas fui acosada, maltratada e injuriada de un modo bestial –aseguró señalando el hueco en la dentadura–. Espoleado por Lorenzo, Camiñas no me dejaba respirar y lapidó mi futuro haciendo correr el bulo de que yo administraba sedantes a mis clientes y luego les robaba el dinero de sus carteras. Harta de ello, un día me presenté en casa de Lorenzo Greiner. Él no estaba en casa y me abrió su mujer, quien al verme actuó de manera cuanto menos sorprendente.

–¿En qué sentido?

–Pues me examinó de arriba abajo y me soltó a bocajarro que si yo era la amante de Lorenzo. Le contesté que no. Lejos de amilanarse, ella volvió a

sonreírme y retomó la pregunta mirándome a los ojos. No observé rencor en sus ojos. Le dije la verdad.

–¿Toda?

–Con pelos y señales. Pero lo que me extrañó más de su comportamiento fue que no se enfadó por todo lo que le iba contando; por el contrario, parecía irse alegrando, como si cada revelación fuese una liberación para ella. Al término de nuestra conversación, que duró cerca de una hora, la mujer de Lorenzo Greiner se mostró cansada, pero no por el contenido de nuestra tertulia, sino a causa de su enfermedad, según me dio a entender. Cuando salí de nuevo a la calle aún iba recordando sus últimas palabras: *Lorenzo no volverá a molestarte de nuevo. Te lo aseguro.*

–¿Y fue así?

–En efecto. Ni Lorenzo ni Camiñas volvieron a tocarme.

–Por lo menos, algo conseguiste.

Se encogió de hombros, con una ligera mueca de escepticismo.

–¿Hay algo más que deba saber?

La Charo se quedó pensativa durante unos instantes.

–No sé.... Hay algo, que pasó exactamente dos semanas después, que me hizo reflexionar.

–¿El qué?

–Esta misma habitación apareció un día desmantelada. Lo habían revuelto todo, tirado los cajones, abierto los armarios... Por miedo a poner una denuncia y tener que ver de nuevo a Camiñas, no informé a las autoridades. Nunca supe quién lo hizo y por qué. Después de eso todo fue tranquilidad.

–¿Echaste algo en falta?

–En aquel momento no, aunque dos días después me di cuenta de que

faltaba el violín. Yo lo había guardado a buen recaudo para que no implicasen a tu padre. La verdad es que quería salvaguardar su maltrecha dignidad.

Aquella revelación me sorprendió enormemente. Salvador estaba muy equivocado al creer que la Charo no era de fiar.

–Quizá fueron unos vulgares ladrones.

–Quizá –admitió sin más.

Dejando unos segundos de silencio, dijo a continuación:

–Creo que será mejor que te vayas. Está a punto de amanecer y la luz no es buena para ocultarse. Dentro de poco los más ociosos volverán a sus casas, así que mézclate entre ellos.

–Tienes razón –concedí.

Me levanté y le di un par de besos a Violeta y un fuerte abrazo a la Charo. Enfilé hacia la puerta cuando oí a mis espaldas:

–Ten cuidado.

Me giré y advertí dos lágrimas corriendo por las mejillas de Violeta. Aquello me enterneció.

–Gracias, así lo haré. Volveré pronto. No te preocupes, ya verás cómo todo saldrá bien.

–Y mucho ojo con Camiñas –añadió la Charo–.

–Tomo nota.

Asumida la advertencia, bajé las escaleras hasta el piso inferior. Apenas quedaban dos desgraciados apuntalados en la barra. La camarera, con gesto lánguido, blandía sin fuerzas un trapo mugriento por encima de la barra. Me saludó guiñando su cansado ojo derecho.

Todavía no había amanecido, aunque hacia el este un ligero color anaranjado comenzaba a desdibujar la oscuridad de la noche. Un par de

borrachos sin rumbo zigzagueaban calle arriba, trastabillando entre ellos. Decidí caminar deprisa, colocarme a su altura y ocultarme de la claridad. Estaba cansado, tanto física como mentalmente. Había sido un día realmente intenso y extraño.

Cuando torcí hacia la calle Cervantes observé, sin pararme demasiado, a un individuo que marcaba la esquina fumando de modo templado. Las solapas le cubrían el rostro hasta media oreja y un sombrero de ala ancha ocultaba el resto de la cara. Apenas distinguí sus facciones cuando el rescoldo de su cigarrillo aumentó en intensidad. Pasé a su lado acompañado de un escalofrío. Noté su mirada clavada en mí. Cuando hube corrido una docena de metros se desprendió de la colilla de modo maquinal y comenzó a andar tras de mí. Nervioso, aceleré el paso. Él me imitó, aguantando esos metros de precavida holgura entre nosotros. Nos mantuvimos en esta situación a lo largo de toda la calle. Cuando yo aceleraba, él lo hacía, y cuando yo frenaba él me imitaba. Mi corazón estaba en un puño. Decidido a no descubrir mi escondite catedralicio, viré hacia la plaza de San Isidro con la intención de meterme de nuevo en el *barrio* por la calle Compañía y allí, entre la telaraña de calles, poder darle esquinazo. Estaba en mi terreno.

Sin embargo, aquel tiparraco comenzó a acelerar su paso, lo que me obligó a dejar toda diplomacia y emprender una carrera en toda regla. Aterrorizado, al menos mis pies respondían a mis órdenes. Corrimos por la calle Cervantes hasta llegar a la calle Cañizal, que terminaba junto a la Iglesia de San Benito. Sus pasos y los míos eran los únicos sonidos que yo escuchaba en la vía, únicamente acompañados de mi agitada respiración. Pensé ilusamente que aquella persona, viendo su pernicioso vicio de fumar, no aguantaría un minuto más el ritmo de carrera, pero lo cierto es que mi condición física era pésima, simplemente deplorable. El no haber descansado durante la noche pesaba sobre mis extremidades, las cuales imploraban detenerse de forma urgente, avisando con punzantes calambres. Aguanté como pude, y en un tramo en el que le cogí algo de ventaja giré en una callejuela llamada Juan del Rey en la que se amontonaban diversos aperos de labranza, un par de barriles y ropa tendida. Me lancé tras los barriles, tiré de un par de sábanas y me cubrí el cuerpo, quedando encogido. Olía a rayos.

Oí unos pasos que se alejaban, lo cual me tranquilizó ligeramente. Me obligué a no realizar ningún tipo de movimiento o ruido durante los siguientes quince minutos, durante los cuales mi corazón comenzó a reducir su número de pulsaciones. Las piernas me temblaban por el esfuerzo. Una vez que me hube tranquilizado puse en marcha mi cerebro. Estaba cercado. Si salía del callejón en aquel momento descubriría mi improvisado escondite, pero si me quedaba me arriesgaba a que la dueña de aquellas sábanas se pusiera a gritar como una posesa. Necesitaba pensar con claridad. No quería ir al campanario, para no implicar más a don Nemesio, y menos al Cabaret de la Manola. A estas alturas el prostíbulo estaría vigilado y seguramente en su interior tendrían acosadas a preguntas a la Charo y a Violeta. Sólo pensar en aquella situación hizo que los pelos se me erizaran. Sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo.

Me mantuve cerca de una hora más en aquella fatigosa posición, dándole vueltas a la cabeza mientras la luz del alba me negaba una teórica ventaja para ocultarme. Con decisión, me deshice de las sábanas que me cubrían y emergí de mi escondite. De otro de los tenderetes obtuve un demacrado gorro de lana y me lo calé hasta las orejas. Pegado a la pared, me acerqué a la esquina y miré hacia ambos lados. Apenas circulaban por la vía un par de mujeres con ropa sucia bajo sus brazos en dirección al Tormes.

Me escabullí por calles menos concurridas. Las campanas de la Catedral marcaban las ocho de la mañana cuando llegué frente a la puerta de mi amigo Salvador de Andrés.

Aporree insistentemente la puerta. Tras unos segundos que se me hicieron eternos, oí unos pasos que se arrastraban hasta ella.

—¿Qué demonios haces en la calle? ¿Y ese gorro tan ridículo? Anda, pasa.

Me colé dentro de la estancia.

—Deberías estar en el campanario.

—No, debería estar en mi taller bien tranquilito —dije levantando la voz—,

y no corriendo por toda Salamanca como un proscrito.

–Tranquilo, amigo –intentó serenarme al verme irritado–. ¿Qué te ha pasado ahora?

–Como supusiste ayer, no he podido por menos de ir al Cabaret de la Manola –solté mientras percibía una ligera mueca de desaprobación en su cara–. He estado hablando con la Charo y he averiguado cosas importantes.

–¿Tienes hambre? –me preguntó como si no hubiese escuchado lo que le acababa de decir.

–¿Me has escuchado?

–Claro que te he escuchado. Pero a ambos nos sentará bien un café reciente y unas magdalenas. Me temo que será una conversación larga.

Dando cuenta del desayuno, le relaté con pelos y señales todo lo que me había relatado la Charo horas antes. Salvador de Andrés no dejó de apuntar en ningún momento cada detalle, haciendo continuas muecas de asentimiento, confusión o emitiendo incluso alguna que otra carcajada. Al término cerró la libreta. Yo me mantenía con la taza sobre mi mano, aunque hacía minutos que estaba vacía.

–¿Cómo pudo llegar el violín a las manos de Lourdes Bellido?

–No lo sé. Tal y como te he contado, a la Charo se lo sustrajeron dos semanas después.

–Ese debe ser nuestro siguiente paso. Dudo que esa pobre señora lo robara. Quizá fuera Lorenzo directamente. ¿Quién mejor que él conocía esa habitación y estaba más interesado en hacerlo desaparecer?

–Tienes razón. Por cierto, ¿has averiguado algo sobre el chico de la relojería Winzer?

–¿Germán, has visto las horas que son?

Miré de reojo un reloj de pared que campeaba sobre un butacón. No

marcaba ni las nueve.

–Han pasado seis horas desde que te dejé en el campanario. Ese tiempo lo he dedicado a dormir, aunque ya veo que otros no.

–Perdona, para es que para mí han sido unas horas muy intensas.

–Bien, ahora debes ir de nuevo al campanario. Allí estarás más seguro que aquí. Además, yo tengo faena.

–No puedo irme.

–¿Cómo que no puedes?

–Me siguieron en el *barrio*.

–¿Qué te siguieron? ¿Quién? –gritó.

–No lo sé, un tipo al que no pude ver la cara. Empezó a acosarme al poco de salir del Cabaret de la Manola. Estaba en la esquina de Sierpes con la calle Cervantes.

La cara de preocupación del periodista era impagable.

–Tranquilo, le di esquinazo. Estuve en un callejón escondido más de una hora antes de volver a salir. Nadie me ha seguido hasta aquí. O eso creo...

Le narré todo lo que el miedo me dejó observar de aquel extraño personaje que me había seguido por todo el barrio. La descripción no era todo lo precisa que debiese, pero no había más.

–Supongo que sería uno de los hombres de Camiñas –repuso pellizcándose la barbilla–. Quizá Pérez.

Recordaba a Pérez. Era el policía que acompañaba a Camiñas el día que me mandaron a la comandancia para interrogarme. Por la sumisión que había mostrado en aquel momento no me pegaba que fuese la misma persona que, de forma chulesca, me había estado esperando esta noche.

–¿Pérez es fumador?



–Pues no lo sé... Ahora que lo dices, he coincidido varias veces con él, en diversos casos, y siempre que le he ofrecido un cigarrillo me lo ha rechazado. Quizá por acato profesional, no lo sé. Así que supongo que no es fumador.

–¿Entonces, quién podrá ser?

–No lo sé, Germán. Es algo que debemos averiguar. Tú desde tu escondite y yo pateándome las calles. Déjalo de mi mano. Resoplé con la resignación que me tocaba asumir.

–¿Algún consejo para poder llegar a la Catedral sin ser visto?

Salvador de Andrés se encogió de hombros.

–Cualquier cosa menos salir en horas en las que haya gente, y menos con ese gorro tan horrible. Yo me tengo que ir ahora. No me importa que estés en mi casa el tiempo que necesites, pero ten claro que en cuanto Camiñas ate algunos cabos sueltos no dudará en tocar esa puerta –dijo mirando hacia la entrada.

–¿Puedo usar tu vestuario?

El periodista sonrió sin disimulo.

–Haz lo que quieras. La verdad es que no hay gran cosa, pero siempre será mejor que lo que llevas. Hueles a sardina vieja.

Olfateé mis mangas. De Andrés tenía razón, olía a cloaca.

–La verdad es que había pensado en cambiarme para que no reconociesen mis ropas, no por higiene, pero realmente me vendría bien una ducha.

–Ya te digo. Aséate y ponte lo que quieras, pero por favor anda con pies de plomo. Camiñas disfruta el puesto que tiene por méritos propios, no lo olvides.

–Tranquilo, y gracias.

Mi amigo enfiló hacia su habitación y regresó al cabo de cinco minutos listo para el combate. Olía a colonia de litro que tumbaba.

–Se me ha olvidado preguntarte –inició dando el último toque de gracia a su americana–. ¿Qué tal tu muñeca?

Me retiré la manga y dejé al descubierto un enorme bulto amoratado. El reportero me la examinó y me la giró. Al volteada, crují de dolor.

–Ya me has respondido –dijo con recochineo–. Nos vemos.

Tras cerrar la puerta de la entrada me dirigí a su habitación. Era una estancia diáfana, con los muebles básicos para dormir, una palangana donde desquitarse las legañas por la mañana y una silla repleta de ropa tirada de cualquier manera. Completaba el mobiliario un discreto escritorio, donde supuse que Salvador de Andrés liquidaba la faena que no lograba terminar en la redacción. Varias carpetas repletas de folios así lo atestiguaban. Me dirigí hacia el armario ropero con la intención de encontrar algo limpio y evitar ponerme alguna prenda de las que se acumulaban en aquella silla. De un par de perchas colgaban dos pantalones en tonos oscuros. Pesqué uno de ellos junto con la única camisa que había, por cierto tremendamente arrugada. Me aseé en la palangana y guardé mi ropa en una bolsa. Me senté sobre la cama, y antes de que me pudiese dar cuenta me quedé dormido de puro agotamiento.

Desperté seis horas después hecho unos zorros. Aun habiendo dormido incluso más que en días anteriores, no había descansado en condiciones. Mi muñeca también se estaba despertando, implorando algún tipo de remedio que rebajase la inflamación. Me la masajeeé sin ningún resultado.

La luz entraba por una de las ventanas con timidez. Me levanté algo mareado y me asomé a la ventana. Unos nubarrones tan oscuros como mi futuro inmediato cercaban la ciudad. Aquella relativa oscuridad y la lluvia que se avecinaba me servirían al menos para ocultarme tras un paraguas y poder llegar hasta el campanario con mayores garantías de no ser visto. Esperando a que comenzasen a caer las primeras gotas, di un par de paseos por la casa en busca de algo que llevarme a la boca. Apenas si encontré por la cocina un pedazo de queso pasado, que engullí con avidez, y un trago de vino. Después

me tumbé de nuevo en la cama.

Los minutos corrían en mi contra y eso Lorenzo Greiner lo sabía. Había obrado con inteligencia implicándome en la extraña muerte de su mujer, pues así me tendría atado de pies y manos. Sabía que cualquier movimiento que realizase estaría bajo la atenta mirada de Camiñas, y el mero hecho de pensar en pasar una sola noche en alguno de los calabozos de su comandancia me ponía los pelos de punta.

Las campanas de la catedral anunciaron las seis de la tarde. Miré de nuevo por la ventana, pero aún no había caído ni una sola gota. Me estaba comenzando a poner nervioso. Supongo que Fernando Coco y De Andrés estarían haciendo lo posible para poder arreglar el entuerto en el que me hallaba inmerso, pero el no tener noticias de ellos me resultaba descorazonador. Tras media hora, harto de esperar, cogí un paraguas y me lancé a la calle.

No hay mejor disimulo que actuar con naturalidad, y eso fue lo que hice. Además la suerte estuvo de mi lado, y nada más pisar la calle comenzó a caer una tremenda tormenta. Gracias al paraguas me deslicé por las calles con la mayor de las desenvolturas. Así andando pensaba en que, al fin y al cabo, no debía esconderme de nadie, era inocente..., aunque muy a mi pesar únicamente lo sabían media docena de personas.

Enfilé hacia el centro de la ciudad, acercándome por las inmediaciones del taller para ver si observaba algo extraño. Efectivamente, un par de guardias escoltaban la entrada de la casa. Estaban sentados sobre un banco de piedra, resguardándose de la lluvia y fumando con hastío. Deduje que llevarían allí desde que se dio la orden de busca y captura contra mi persona. Arropado bajo el paraguas pude observar que dentro de la vivienda no se percibía luz, por lo cual opté por poner pies en polvorosa y salir de allí a toda mecha. Estaba corriendo demasiado riesgo a lo tonto.

Sólo me quedaba un sitio donde poder esconderme sin levantar sospechas. Enfilé por la calle Zamora y torcí por la calle de Sol Oriente. El cielo cada vez arreciaba más agua y los relámpagos iluminaban las fachadas con rápidos resplandores. Brinqué un par de charcos y me planté frente a la

puerta de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy.

Golpeé con mis nudillos sobre la espesa puerta que lo cerraba. Tras más de un minuto escuché el eco de unos pasos. Un tipo de hombros caídos y expresión tirante me abrió la puerta.

–¿Sí? –dijo como si le debiese dinero.

–Busco a don Fernando Coco. ¿Se encuentra dando clases?

El tipejo me miró con descrédito, valorando mi mirada. De los diez segundos que dedicó a observarme, le sobraron nueve para juzgarme. Yo le dispensé la mejor de mis sonrisas.

–Ahora lo mando llamar –dijo tras unos segundos.

Giró sobre sus talones y enfiló encorvado hacia el interior de la escuela. Tras diez interminables minutos alguien me tocó el hombro. Me sobresalté.

–¡Germán!

Distinguí la voz de Fernando.

–Hola, Fernando. ¿Te interrumpo?

–No, por Dios, no digas tonterías. Tú siempre eres bienvenido. Anda pasa, que se nos va a caer el cielo encima –expresó mirando hacia la tormenta.

Pasamos delante del personaje que me había recibido y le dediqué la misma sonrisa que minutos antes. Él se mantuvo impassible, manteniendo su veredicto.

–No le tomes en cuenta –dijo Fernando haciéndole una extraña mueca con la cabeza–. Sufre de hemorroides.

Atravesamos un par de corredores oscuros, subimos al primer piso y desembocamos en un despacho.

–Siéntate –ordenó cariñosamente cerrando la puerta del despacho y acercándose a una silla.

La estancia no tenía ventana, por lo que resultaba bastante tétrica. Una estantería salvaguardaba mi espalda cubierta de libros ordenados por altura y colores. Sobre la mesa del despacho se amontonaban partituras, un par de libros abiertos y un diapasón. El compositor se sentó bajo un cuadro que enmarcaba una foto suya bastante reciente. De fondo se veía una orquesta, y en primer plano a Fernando Coco batuta en mano dirigiendo aquel tinglado. Identifiqué aquel escenario: el Teatro Bretón.

–¿La hizo Buxaderas?

–El mismo –asintió dejándose caer sobre su butaca–. Ese hombre tiene un talento especial para captar la realidad.

–Por cruel que sea –completé.

–Sí, en ocasiones le toca bailar con la más fea –correspondió hincando los codos sobre la mesa–. Estaba preocupado por ti. ¿Dónde has andado? Hoy he ido un par de veces en tu busca pero no te he encontrado en el taller. Estaba cerrado. Ni siquiera estaba doña Lucía.

Un escalofrío me recorrió la columna al pensar dónde podría estar doña Lucía. Por el comentario deduje que Fernando no se había enterado de mi delicada situación.

–¿No te has enterado?

–¿Enterado?..., ¿de qué?

–De la muerte de esa mujer en un palacete de la avenida Canals.

–Claro que me he enterado, pero... ¿Qué tiene que ver la muerte de esa vagabunda contigo?

–¿Vagabunda?

–Así es. Bueno, al menos eso es lo que pone en los periódicos.

Fernando Coco se agachó y recogió algo de la papelera. Era un ejemplar de *El Adelanto* de la edición de la tarde. Me lo tendió sobre la mesa. En la

portada venía anunciado en letras grandes:

*Hallan el cadáver de una vagabunda en el interior de una mansión de la avenida Canals.*

Seguía con la siguiente descripción:

*Una vagabunda fue encontrada muerta al filo de las dos del mediodía de hoy lunes en un palacete situado en el número 9 de la avenida Canals con numerosas lesiones en la parte superior del cuerpo, según informó ayer un portavoz de la Comandancia Superior de Policía. El cuerpo estaba en medio de un charco de sangre procedente de terribles heridas en cara y cabeza, debidas supuestamente a fuertes golpes.*

*El cadáver fue encontrado por un hombre que estaba paseando y se asustó al ver a un perro que salía de dicha casa con el hocico manchado de sangre. Alertado, avisó a la policía. Miembros de las autoridades se desplazaron al lugar de los hechos y comprobaron que la mujer estaba muerta desde hacía varias horas.*

*En un primer momento no se pudo determinar la causa de la muerte, aunque finalmente, tras personarse hasta allí personal médico, se llegó a la conclusión de que había sido golpeada con ensañamiento con un objeto contundente, lo que le produjo festones irreversibles que le provocaron la muerte.*

*Sobre la identidad de la víctima no se tienen noticias hasta el cierre de esta edición, ya que la mujer no llevaba ningún tipo de identificación que ayudase a ello.*

*Don Gumersindo Caminas se ha hecho cargo de las investigaciones para esclarecer las causas de la muerte y detener a los presuntos*

*responsables de la agresión.*

Una vez leído el artículo, arranqué la hoja, la doblé y me la metí en el bolsillo de la camisa. Lejos de dar algún tipo de precipitada respuesta a las numerosas incongruencias que transmitía aquella noticia, intenté serenarme.

–¿No te importa, verdad? Al fin y al cabo, ya estaba en la basura.

–Adelante, llévate todo el diario si quieres.

–No es necesario, gracias.

Fernando Coco me examinó con detenimiento.

–¿Quieres explicarme de una vez qué es lo que pasa?

Cogí aire, me apoyé sobre la silla y, sin quitarme de la cabeza todas las mentiras que contaba aquella noticia, con toda la calma que pude le dije:

–Adivina quién es esa vagabunda que ha aparecido muerta.

El compositor me miró con cara de circunstancias.

–Vamos, Fernando... ¿A que no lo adivinas?

–Lo siento, no caigo –dijo sincero.

–Era la dueña del violín que estaba terminando de arreglar.

Fernando arqueó las cejas y desenchajó los codos de la mesa, colocándose las manos tras la nuca. Se retrepó sobre el respaldo de su butaca.

–¿Me estás diciendo que la misteriosa mujer que vimos hace dos meses en tu taller es la misma que ha muerto en esa mansión de la avenida Canals?

–Así es –revalidé con convicción.

Quizá Fernando pensase que yo estaba loco, pero hubo algo en su mirada que delató su curiosidad.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Nadie, lo he visto yo con mis propios ojos. Estuve con ella antes de que muriese.

El asombro se dibujó en la cara del músico.

–Me mandaron que llevase el violín arreglado hasta su casa. Una vez allí, entré en la mansión y la encontré en su habitación tendida en el suelo. Tenía un fuerte golpe en la cara. Aún respiraba cuando la intenté auxiliar, pero fue en vano.

Todas las emociones se desataron dentro de mí, provocando de nuevo un desvalido lamento.

–Te aseguro que yo no la he matado. Me fui de allí cuando llegaron unos hombres. Creo que querían acabar conmigo.

Fernando Coco se levantó, se colocó a mi altura y puso sus manos sobre mis omóplatos.

–Yo te creo –me dijo mirando mis anegadas retinas–. Nadie ha dicho que hayas sido tú.

–La policía me busca por toda la ciudad. No sé dónde esconderme. Necesito ayuda, Fernando.

–Tranquilo, piensa con calma. ¿Cómo sabes que te buscan?

–Salvador de Andrés me lo ha dicho. Estuvo cubriendo la noticia. A la mujer la habían golpeado con el violín que yo mismo restauré.

La cara de asombro de Fernando Coco era impagable. A medida que le iba relatando los hechos su gesto iba cambiando sensiblemente. Se mantuvo en silencio unos segundos, y luego dijo:

–Entonces, según me estas contando, ¿aquellos hombres de los que hablas fueron los que prepararon todo para incriminarte?



–Eso intuyo.

–¿Los conocías?

–Cuando llegaron me escondí tras un sofá. Ellos no me vieron a mí ni yo a ellos, pero sí pude escuchar sus voces. Una de ellas me resultó levemente familiar, pero aún no sé a quién pertenece.

–¿Ninguna descripción sobre su físico?

–Ninguna. Ya te digo que no les vi.

–¿De qué hablaron?

–Al parecer, uno de ellos había escrito la nota que me hicieron llegar citándome. Según la nota, la hora concertada era a las once, pero hubo una confusión. El que parecía mandar pretendía estar esperándome a las once y media, por lo que yo acudí antes que ellos y descubrí el pastel. Tras recriminar su error al otro, ambos enfilaron hacia arriba y yo escapé de allí. Eso fue todo.

De repente, la puerta del despacho se abrió con un fuerte estruendo golpeando la pared. Sin tiempo ni para levantarme, entraron en la estancia un par de tipos vestidos de negro que me agarraron de forma violenta, me arrastraron junto con la silla hasta la pared y me obligaron a levantarme. Uno de ellos, el que estaba a mi derecha, me retorció mi maltrecha muñeca con una fuerza sobrehumana. Grité de dolor. Sin duda, aquel animal sabía lo que hacía. Conocía mi dolencia y, lo que era aún peor, conocía el modo brutal de girarla para hacerme retorcer de dolor. Fernando Coco observaba la escena sobrecogido y mudo. Sabiendo los dos hombres que físicamente yo no suponía ningún potencial peligro para ellos, se relajaron un poco y me colocaron frente a la puerta.

El tipo que entró a continuación en aquella sala venía con un cigarrillo colgado de su labio inferior y con un sombrero de alas negro calado en su cabeza. Lo distinguí al instante. Era el extraño sujeto que me había seguido por todo el *barrio* al salir del Cabaret de la Manola.

*El cazador había conseguido su presa, pensé.*

El sujeto recorrió la habitación con teatrales movimientos, con el humo de su cigarrillo escondiéndose tras su nuca como fiel escudero. Sus ademanes delataban su experiencia en el manejo de aquella delicada situación al mando de los dos secuaces que me tenían trincado. Una vez que se hubo dejado ver y que los demás habíamos asumido quién llevaba el control, se sentó encima de la mesa y se quitó el sombrero. Sus facciones eran agresivas, hasta tal punto de parecer un chacal, y sus ojos vivaces y tan oscuros como el mismo carbón. Algo en su cara me llamó la atención, una mancha rosácea exenta de barba que se extendía desde la mandíbula izquierda y llegaba hasta el inicio del ojo, y que le imprimía un aspecto aún más temible. Poseía una delgadez extrema, casi enfermiza.

Aquel personaje apuró de una prolongada calada el cigarrillo y lo tiró al suelo. Me miró con aquellos ojos penetrantes durante un par de minutos, al acecho, como un halcón que sabe que su presa no se puede escapar. Nadie en la habitación dijo nada, ni tan siquiera Fernando Coco, que se mantenía impávido a su espalda, lo cual me sorprendió.

–Sabes esconderte –dijo con voz helada.

Caí inmediatamente. Aquella inconfundible voz era la misma que había escuchado en la mansión de la avenida Canals. El tono autoritario se mantenía, aunque ligeramente más calmado.

–Veo que no lo suficiente –contesté envalentonado.

El hombre soltó una sonrisa sibilina. Saltó de la mesa y se acercó hasta quedarse a escasos centímetros de mi cara. Noté el agrio olor del tabaco proveniente de su aliento.

–Por favor, Fernando, ya puedes irte –soltó sin mirarle–. Buen trabajo.

Abrí los ojos de par en par.

–¿Tú? –le grité.

–Lo siento, Germán –gimió apenado.

Y sin dar tiempo a que le pudiese recriminar nada más, salió del despacho.

–¿Sorprendido?

No podía ser. Fernando no. Si tuviese que haber puesto la mano en el fuego por dos personas en toda la ciudad, sin duda una de ellas sería el compositor. No entendía qué le podía haber llevado a actuar de aquella cobarde manera.

–¿Por qué he de sorprenderme? –pregunté para disimular en parte mi desconsuelo.

–Por la traición de tu amigo.

–Para nada.

Por el rostro del hombre resbaló una sibilina sonrisa.

–Todos tenemos un precio, querido Germán. Tu amigo se ha conformado con poca cosa –expuso lentamente–. Eso, claro está, es mérito mío.

–¿Igual que implicarme en el asesinato de la mujer de la avenida Canals?

Mi interrogador arqueó las cejas.

Quizá mi pregunta había sido equivocada. Debería haberme guardado ese as en la manga para cuando pudiese utilizarlo. La ira me estaba carcomiendo, y eso indicaba que aquel personaje me estaba ganando la batalla psicológica. Cambié de estrategia.

–Según los diarios tenía fuertes golpes en la cabeza –añadí para relajar la conversación.

Su gesto se suavizó.

–Accidentes domésticos ocurren a diario. Es algo imprevisible.

–Claro, que a uno le destrocen la cara con un violín es lo más normal del mundo.

–Eso parece, Germán.

No dije una palabra más. Ya que se habían tomado la molestia de corromper a Fernando y venir en mi busca, dejé que siguiesen con lo que habían venido a buscar.

–Supongo que sabrás quién soy.

–La cara de una sabandija como tú no se olvida nunca.

Andrea Visconti soltó una carcajada malévola.

–Tampoco mantuvimos una conversación tan profunda.

–Lo suficientemente larga como para grabarme a fuego tus facciones. El resto lo cuenta la historia.

–Entenderás que esa historia la escriben los vencedores, y en este caso –afirmó señalando a sus dos esbirros– es evidente quién se alza con ella, ¿no es así?

Asumí mi teórica derrota bajando la cabeza, aunque más por terminar con aquella conversación que por sentirme verdaderamente rematado. Él pensó lo mismo.

–Vamos, llevémoslo a fuera de aquí. No tenemos tiempo que perder.

Alzó su mano derecha y me subió la barbilla.

–Seguiremos esta conversación en otro momento.

Observé odio en la espesura negra de sus retinas. Al bajar la mano pude observar que también tenía el mismo tipo de mancha rosácea que en la cara, mancha que no tenía la primera vez que lo vi en Cremona. Difuminado por esa mancha de la mano creí distinguir un dibujo que me produjo terror, incluso

más que aquel rostro del infierno, y eran tres puntos tatuados sobre ella.

Andrea Visconti miró a uno de sus gorilas y le hizo una señal con la mandíbula. Éste, sin vacilar un momento, me asestó un puñetazo en la boca del estómago que provocó que me doblase de dolor. Creí morirme.

–Espero que no provoques ningún numerito cuando salgamos de aquí. Tu querida señora Lucía podría tener algún accidente doméstico. Como hemos dicho, últimamente están a la orden del día...

Sus dos sicarios me cogieron con una fuerza descomunal y me sacaron del despacho entre tosidos. Recorrimos un amplio pasillo por el que se oían diversas melodías de las clases que se estaban impartiendo y bajamos al piso inferior en dirección a la puerta de la salida. No vi a Fernando por ningún lado. Seguramente estaría recibiendo la recompensa por su vil actuación. Apreté los puños indignado.

Mi interlocutor llevaba la marcha mientras sus dos secuaces me transportaban sin apenas tocar el suelo. Al pasar por una de las estancias en las que se estaban impartiendo clases, nos topamos de frente con alguien que no me esperaba encontrar: Elena Greiner.

–¡Germán! –soltó jubilosa.

Antes de que pudiese articular palabra, Andrea Visconti se interpuso entre nosotros dos.

–Hola, Elena –saludó–. Nos llevamos a Germán a que lo mire el médico, pues parece que se encuentra indispuerto. Algo le habrá sentado mal.

Casi al mismo tiempo, noté que uno de mis compañeros me cogía la muñeca y me la retorció. El dolor era penetrante y agudo, casi inhumano.

–¿Verdad, Germán? –me preguntó.

Al ver la compañía que llevaba adosada a mi lado, Elena arrugó un poco la frente, extrañada, pero con la indiferencia con la que actúa un ignorante exclamó:

–¡Vaya, Germán, realmente tienes mala cara!

–No se encuentra nada bien –repitió Andrea Visconti.

Desoyendo aquello, Elena volvió a la carga.

–Si quieres, le pedimos a Fernando que nos prepare un anís. Eso te reconfortará.

Elena me miró a los ojos y quise que percibiese en mi mirada que no estaba con aquellos caballeros por gusto propio.

Todavía pesaba en mi mente la amenaza vertida sobre doña Lucía, por lo que decidí no jugar con fuego.

–Estoy bien, gracias, estos caballeros me llevarán hasta casa. Han sido muy amables. Pero si puedes avisa a Marcos y dile que se pase por mi taller. Según me ha dicho, hoy iba a estar con don Nemesio. Búscales allí –le solté improvisando y confiando en que aquello funcionase.

Elena Greiner se quedó de piedra, pensativa, pero no dijo nada. Siempre me había parecido una persona muy inteligente y perspicaz, y en aquella ocasión lo demostró.

La presión sobre mi muñeca no disminuía, y pensé que en cualquier momento me iba a provocar un desmayo.

–Está bien –claudicó Elena–. Yo le aviso. Que te mejores.

–Andando entonces –dijo Andrea Visconti más relajado.

Dejamos a Elena y nos encaminamos hacia la salida. Franqueaba la puerta el tipo que me había recibido. Mostraba una burlona sonrisa de oreja a oreja. Sólo entonces caí en la cuenta de que aquella extraña mueca que le había hecho Fernando Coco le había indicado que fuese a buscar a los hombres que ahora me llevaban preso. Al colocarme a su altura, provoqué un húmedo estornudo que fue directo a su ladina cara.

–Perdón –le dije a media sonrisa.

El sujeto, que no se lo esperaba, se quedó de piedra, intentando zafarse de mis efluvios y con una mirada de rencor impagable.

No quise mirar hacia atrás, pero estaba convencido de que Elena nos estaría observando a través de alguna ventana cuando salimos de la Escuela de Nobles de San Eloy, y que, con toda seguridad, se había dado cuenta de que habíamos tirado en dirección contraria a mi casa.

Contra todo pronóstico, arribé a la comandancia. Allí, fumando y con cara de pocos amigos, me esperaba Gumersindo Camiñas. Me hicieron descender un par de pisos y llegamos a una puerta enrejada que daba entrada a los calabozos. El cabo Pérez, el ayudante de Camiñas, nos abrió la puerta y accedimos a un pasillo iluminado por una ridícula bombilla. No había nadie en las celdas y nuestros pasos eran los únicos sonidos que circulaban por aquellos tétricos corredores. Desde luego, aquella galería subterránea era un lugar perfecto para torturar a alguien con la seguridad de que sus gritos no se escucharan. Solo tener aquel pensamiento me aterró.

Pérez tomó el control, y los dos asalariados de Andrea Visconti desaparecieron. Me condujo hasta la última celda, y con cierto respeto me indicó que entrase. Así lo hice. Pérez cerró la puerta e hizo girar la cerradura.

Era una celda de dimensiones reducidas, con un ventanuco excavado en el techo que dejaba entrar algo de luz natural y con paredes encaladas salpicadas de monumentales manchas de humedad. El mobiliario lo componía un camastro de metal con un colchón de paja, un cubo que servía de escupidera y retrete, una triste bombilla y un silencio sepulcral. No existía más comunicación con las plantas exteriores que la estrecha escalera por donde habíamos bajado.

Me senté sobre la cama, pero antes de que pudiese poner en orden en mi cabeza todos los acontecimientos la puerta se abrió de nuevo. Gumersindo Camiñas traspasó la puerta y se puso frente a mí. Se me quedó mirando de hito en hito durante un breve espacio de tiempo. Después fijó su vista hacia la desvalida bombilla que colgaba del techo, como buscando en el aire la primera de las muchas frases que me haría.

–¡Nos ha costado más de la cuenta dar contigo!

–¿En serio? –contesté sin fanfarronería; conociendo su historial más valía no cabrearle.

El comisario sonrió sin abrir la boca. Dio un par de pasos frente a mí.

–¿Sabes por qué estás aquí?

–La verdad es que no. No he hecho nada.

–Bueno, eso no es lo que muestran las pruebas que encontramos al lado de cuerpo de la vagabunda que hallamos en la mansión de la avenida Canals. Gumersindo Camiñas esperó mi respuesta, seguramente con la siguiente pregunta colocada en su recámara.

–Porque..., estarás de acuerdo conmigo en que el violín que apareció destrozado se lo acababas de llevar tú, ¿no es así?

–Así es –afirmé–. Pero usted sabe perfectamente que alguien lo usó para incriminarme.

–Yo de eso no sé nada, me remito a las pruebas y punto. Eso son conjeturas tuyas y, por cierto, palabras muy serias. Deberías estar muy seguro para pronunciarlas, y más delante de mí.

–Estoy tan seguro porque son ciertas –maticé tajante sin amilanarme.

El comisario cinceló una sonrisa en su cara y, mirando mi muñeca, dijo:

–¿Y ese golpe?

–Un accidente doméstico.

El inspector asintió lentamente con la cabeza.

–Pues ándate con cuidado. Pueden ser muy peligrosos.

Todavía resonaba en mi cabeza la amenaza vertida por Andrea Visconti. Era evidente que Gumersindo Camiñas había cogido al vuelo mi indirecta y



que la había sabido aprovechar de la manera más hábil.

Su primera toma de contacto conmigo terminó de aquella superficial manera. El inspector, después de permanecer un par de minutos estudiando mis reacciones, hizo llamar a Pérez. Salió de la celda con una frase a modo de despedida que me hizo recapacitar y asumir que mi estancia en ese cuarto sería amplia y que no estaba allí precisamente por una acusación de asesinato.

—Cualquier cosa que desees, pídesela al cabo Pérez. Espero que tu estancia aquí sea lo más confortable posible.

Dicho esto, cerró la puerta tras de sí y se oyó por segunda vez el cerrojo.

¿A qué venía esa especie de trato de favor? Si fuese un asesino ya estaría cantando después de la somanta de palos que habría recibido.

Me tumbé en el camastro de paja y cerré los ojos. Era indudable que encerrarme allí era una medida bastante efectiva para tenerme controlado hasta el concierto. Así me tendrían vigilado, de manera que no pudiese intervenir y sabotear el espectáculo que se interpretaría en el Teatro Bretón. Si de alguna manera alguien preguntase por mí, disponían de la coartada perfecta para esgrimir una acusación de asesinato que nadie podría rebatir. Para ello estaba el inspector Gumersindo Camiñas, tan versado en el arte del engaño.

Descansé lo que pude, colocando mi mente en blanco para poder relajarme. En mi cabeza todavía retumbaba la traición de Fernando Coco. No entendía qué le podría haber llevado a corromper su intachable honorabilidad. Lo conocía desde que había llegado a la ciudad. De hecho, él fue mi primer cliente. Se presentó en el taller para que le reparara su valioso instrumento, un magnífico violín alemán de Mathias Albani hijo. Conectamos perfectamente, y desde entonces apenas nos habíamos dejado de ver dos días seguidos. Era un asiduo del taller, casi como una herramienta más de aquel espacio al que tantas horas había dedicado. Al margen de su compañía y de sus incuestionables consejos y matizaciones, el compositor ya era parte de mi íntimo círculo de amigos. Podría asegurar, incluso, que Fernando Coco había tomado el relevo emocional que había dejado la ausencia de Marcos. Era por

ello que aquella puñalada por la espalda me había resultado inesperada y me estaba provocando un padecimiento en el corazón que jamás había sentido.

Un dolor de cabeza que me estaba taladrando el cerebro me hizo cerrar los ojos. Entonces vino a mi cabeza la conversación con la Charo. Una punzada de inquietud me recorrió el cuerpo al comenzar a relacionar hechos y fechas.

Habrían pasado un par de horas desde que Gumersindo Camiñas había salido de la celda cuando oí de nuevo el crujir de la cerradura a mi espalda. Pérez traía en las manos una bandeja con un plato de agua amarillenta en el que flotaban unos exiguos trozos de carne, un mendrugo de pan pasado y un vaso de agua. Con cierto estremecimiento, lo dejó en una de las esquinas más alejadas de la habitación.

–No tengas miedo –le susurré cuando la hubo dejado–. No soy un homicida.

El cabo me miró, pero no dijo absolutamente nada. En sus ojos pude observar que no estaba realizando aquel trabajo de buena gana. Tras unos segundos, salió y cerró la puerta.

Me lancé a por la sopa como un miserable. Llevaba varias horas sin comer y mi estómago demandaba a gritos algo de comida. La engullí sin usar la cuchara, de un trago, embrutecido como un animal. Al fin y al cabo, en el fondo eso es lo que somos. Los instintos más básicos no distinguen entre hombres y perros, y el hambre, o más bien la gula, es sin duda uno de ellos. Después me retiré al camastro. El sueño pudo más que mis preocupaciones y que la dureza de aquel jergón, y en apenas unos segundos me quedé dormido.

Al día siguiente, bien temprano a juzgar por la oblicua luz que se colaba por el tragaluz, Pérez volvió a entrar en la celda despertándome. Esta vez traía consigo un vaso de café cuartelario y un par de rosquillas de anís. Recogió la bandeja con los restos de la noche y dejó en su lugar el desayuno.

Su impasible cara era la misma que la noche anterior. Aun así decidí dedicarle algunas palabras. Tenía que pensar rápido, y la única manera de

sacar información entre aquellas cuatro paredes era sin duda alguna hablar con el suboficial.

–La cena de la noche sabía a rayos –le solté para pincharle un poco y ver si así reaccionaba.

El funcionario apenas alteró el gesto.

–Espero que el café no lleve matarratas –proseguí al no tener resultado alguno–. ¿Lo ha hecho Camiñas?

Pérez se volvió.

–Si quieres, lo mando llamar, le transmitimos tu reclamación y que te traiga el menú.

Por fin había logrado lo que buscaba.

–No, por Dios, tampoco es eso. Simplemente quería saber si estabas dispuesto a tener algo de conversación. Esto es muy aburrido.

–Lo siento, no me está permitido hablar contigo –recitó mientras iniciaba la marcha hacia la puerta de entrada.

–¿Órdenes de Camiñas o de Andrea Visconti?

Lo que a continuación reflejó su mirada no fue indiferencia, sino algo que no supe descifrar. El cabo Pérez cerró la puerta de manera diferente a las anteriores. Esta vez dio un fuerte portazo.

Al cabo de un par de semanas encerrado en aquel cubículo empecé a reflexionar seriamente sobre mi estado. En primer lugar debía buscar la manera de adaptarme, a ser posible con alguna ventaja, a las condiciones que me habían sido impuestas. Escapar de allí era una utopía. Sólo había dos salidas físicas: la puerta, que era de grueso metal sin ningún tipo de fisura, y el ventanuco del techo, que era pequeño par a que entrase un cuerpo y que además estaba a tres metros y medio del suelo. Viendo el lamentable estado en

el que se encontraba mi muñeca, tampoco podría pensar en excavar un túnel o emplear la fuerza contra mi carcelero. De ese modo, por lógica eliminación, la única salida factible de aquel recinto era usar mi inteligencia, y ésta me decía que debía encontrar el modo de engatusar al cabo Pérez.

Las siguientes veces que Pérez entró fueron simplemente de control. Entraba, se daba un par de paseos por la celda, miraba debajo del camastro y volvía a salir de allí. Sin hablar ni una palabra. A pesar de haberle tentado en alguna ocasión, hizo caso omiso y desoyó mis preguntas.

Los días pasaban lentos. Aquella celda me estaba ahogando. El aire estaba enrarecido, por la falta de ventilación, y la humedad se calaba hasta los huesos, por lo que no era nada aconsejable estar quieto un segundo. Por ello cada poco tiempo paseaba por la habitación para desentumecer mis músculos y hacía algunos estiramientos. Después volvía a tumbarme sobre el camastro.

¿Qué otra cosa podía hacer? Aquella rutina se repetía de modo incansable. En uno de mis momentos sobre el camastro hice un rápido balance de la situación. Si Elena Greiner había cogido mi indirecta, ahora mismo tanto don Nemesio como Lucía y De Andrés sabrían de mi paradero, o al menos intuirían dónde me encontraba. Era una esperanza que me mantenía con algo de confianza. La única salida de allí parecía ser esperar a recibir ayuda desde el exterior, aunque yo no desistía en la idea de ablandar a Pérez.

En una de las breves siestas que me echaba tras el rancho tuve el agradable sueño de abrazar a Violeta. Le contaba que me encontraba bien y que estuviese tranquila, que todo había sido un error y que pronto, muy pronto, podríamos estar paseando de nuevo a deshoras por las desiertas y oscuras calles de Salamanca. En aquel sueño también le decía que ya estaba harto de esconderme y que quería presentarla en sociedad, para poder caminar bajo los soportales de la Plaza Mayor como un buen salmantino, sin mirar atrás y con la barbilla en posición erguida.

Pero aquellos minutos de alegría se difuminaron pronto con una nueva entrada en la celda. Esta vez era la última persona que creía podría visitarme.

Entró acompañado de Gumersindo Camiñas, o mejor dicho detrás de él, como si yo fuese una fiera que pudiese morderle. Y no era para menos...

–¡Levántate! –ordenó Camiñas con autoridad.

Obedecí y me planté frente a la cama sacudiendo mis ropas.

–Supongo que me ahorraré el discurso de presentación, dado que, por lo que tengo entendido, ambos os conocéis.

Me mantuve erguido sin mirar a Gumersindo Camiñas. Su voz entraba en mis oídos sin apenas pararse para escuchar sus frases.

–Este caballero ha venido para ayudarte –explicó con tono aplacado–. Sin meterme en si es de tu agrado o no, te aconsejaría que al menos le escuchases, dado que no tienes muchos más recursos en la ciudad para salir del agujero en el que te has metido.

Observando Camiñas que aquel consejo se había volatilizado antes de llegar a mis oídos, reuló hasta la entrada.

–Os deajo solos..., y espero que no hagas ninguna tontería –me advirtió tras el portón–. Estaremos vigilando.

Lorenzo Greiner y yo nos medimos con la mirada. Su aspecto amable se mantenía igual que la última vez que conversé con él en su casa de la plaza del Liceo. Estando al corriente de lo acontecido, y no queriendo echar a perder la conversación, introdujo una frase cordial en aquel armisticio de silencio para cortar la tensión.

–Vengo en son de paz y no tengo el menor interés en salir por esa puerta sin antes exponerte la situación en la que nos encontramos. Quizá algunas cosas no las llegues a entender, pero si me concedes unos minutos podré explicártelas.

El músico no se movió de su posición. Yo tampoco. Tras un minuto inmóviles, volvió a la carga.

–Te estoy ofreciendo la posibilidad de salir airoso de esto. Está en tu

mano hacerlo o no. Tú decides, pero si salgo por esa puerta sin ningún resultado no volveré a entrar. Por ello, te agradecería que me escuchases.

Aquello era una encerrona. Si Lorenzo se había dignado a llegar hasta la comandancia era porque no lo tenía todo atado. Nadie en su sano juicio se mete en una sala con una persona acusada de asesinato si no es para obtener algo o para lavar su miserable conciencia.

–Está bien –dije con un hilo de voz.

El pianista sacó a relucir una sonrisa de satisfacción.

–Me alegro. Siéntate, por favor.

Le obedecí y me dejé caer sobre el camastro. El pianista dio unos pasos en círculo y cruzó las manos en los riñones. Tras acabar con este ritual, se plantó frente a mí con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta.

–Todo esto no debería haber sucedido –inició–. Pero llegados a este punto, me veo en la obligación de hacerte partícipe de mis intenciones. Hasta el día después de que me hicieras la visita no supe qué te relacionaba con Giacomo Viani. He de admitir que saberlo me produjo sentimientos encontrados. En nuestra conversación te hice partícipe de mi relación con el violinista que tocó en la plaza del Liceo e interpreté para ti su preciosa obra. Si hubiese sabido tu relación familiar con el difunto y que esa melodía era tu herencia, créeme que nuestro encuentro no habría existido.

Lorenzo Greiner se atusó el pelo y se desató los botones de las bocamangas de su camisa.

–Sabes perfectamente que esa obra no es tuya. Un compositor que ame la música nunca haría eso –le solté a bocajarro.

–Bueno, en esta vida no todo es blanco o negro. Hay más factores que determinan la balanza.

–No creo que Elena sea capaz de interpretar una obra robada.

Llegado a este punto, el músico relajó el gesto.

–Yo tampoco –admitió soez–. Está claro que no tiene por qué saberlo. Elena confía plenamente en mí, y como yo me atribuiré dicha obra, ella la interpretará feliz. De hecho, ya la ha comenzado a ensayar.

Tensé los músculos de mi cara.

–Eso es muy rastrero.

Lorenzo Greiner soltó una carcajada.

–Según como se mire.

Mi enfado iba en aumento y así se lo hice saber.

–Si has venido a explicarme los detalles de esa actuación, puedes ahorrar saliva –le dije con tono grave paseando mi vista por las cuatro paredes–. Como ves, va ser muy difícil que pueda acudir a tan honorable evento para impedir que se lleve a cabo. Visconti, Camiñas y tú habéis realizado muy bien el trabajo.

–Tu intromisión nos ha obligado a ello. Créeme que no estaba previsto.

Un silencio se posó entre nosotros.

–Si has terminado..., me gustaría dormir un poco.

–No –soltó rotundo–. No he terminado.

Intuí que había llegado el momento de conocer la razón de su visita.

–¿Qué es lo que quieres exactamente de mí? –le pregunté a bocajarro.

–Es evidente. Por si aún no lo has deducido, necesito la partitura original. No pueden quedar flecos en todo esto.

–Nunca la tendrás. De eso puedes estar seguro –le escupí a la cara.

Vi el perfil del músico tensarse por momentos. Era evidente que no le gustaba que nadie le llevase la contraria.

–No creo que estés en condiciones de negarte.

–Pues yo creo que sí –afirmé levantándome de la cama y colocándome frente a él.

Lorenzo Greiner echó un paso hacia atrás. Por primera vez en toda la conversación, se sintió vencido.

–Todo el mundo tiene un muerto en su armario. ¿No es verdad?

Aquello lo descolocó.

–No pienso seguir oyendo sandeces. La conversación ha terminado. ¡Pérez! ¡Pérez! –gritó.

Lorenzo Greiner, con los ojos encendidos y los labios rígidos, avanzó hacia la puerta de salida.

–Tampoco creo que fuese prudente que la ciudad tenga conocimiento de una hija tuya con La Charo tras una violación –le solté decidido–. Eso sería, como se dice, ¿un claro ejemplo de vaga decencia?

En ese desacertado momento Pérez abrió la puerta de la celda. Lorenzo Greiner dudó un segundo entre salir del calabozo o quedarse. Se dio media vuelta. Tenía la cara desencajada y sus ojos echaban llamaradas. Apretó los nudillos de sus manos, los cuales empezaron a tornarse blancos por la presión. Si Pérez no hubiese abierto el portón me habría destripado allí mismo.

–Cierra la puerta, Pérez, aún no he acabado –dijo con una forzada sonrisa.

El cabo obedeció sin preguntar y un sonido de cerradura se oyó de nuevo tras el músico.

–Esa zorra no sabe lo que dice –me gritó abalanzándose sobre mí y agarrándome de la pechera.

Sin amilanarme, agarré sus muñecas y las apreté todo lo que pude. Mi dolorida muñeca gemía más que nunca, pero no era momento de mostrar



debilidad, ni física ni mental. Mantuvimos el pulso durante unos segundos hasta que Lorenzo Greiner cedió. Yo asentí y dio un paso hacia atrás.

–Ella no me ha dicho nada. Tan sólo era una suposición, pero ahora tú te has delatado –le solté sin amedrentarme.

El compositor se encontraba en un callejón sin salida. Si aquella hija bastarda salía a la luz, su renombre caería como un castillo de arena llevado por las olas. Un escándalo de aquel calibre tendría repercusiones negativas tanto sociales como profesionales. Una cosa era visitar el *barrio* y otra muy diferente era admitir que una de sus moradoras era hija suya.

Para terminar de asustarlo, me lancé un farol.

–Preveía que me pasaría algo de esto, por lo que me he curado en salud. Si algo me sucediese todo esto saldrá a la luz. Por tanto, piensa bien lo que haces, tú decides.

De ejercer el papel de cazador, el músico había pasado a ser el cazado, o eso pensaba yo. Sin embargo, el músico actuó rápido.

–¿Qué quieres? –me soltó.

–Un trato.

–Escupe.

–Es evidente que no quiero que la obra que me ha legado mi padre sea interpretada sin mi consentimiento y menos aún que su autoría sea robada. A partir de ahí, tiéndeme tú la oferta. El músico se me quedó mirando de hito en hito, rumiando mis frases.

–No puedo hacerlo. Todo está preparado para el concierto, ya no hay marcha atrás –dijo sereno–. Entenderás que todo este tiempo de preparativos implica un no retorno. Hay personas muy importantes invitadas al evento y todo esto supondría un estrepitoso fracaso.

–Entonces estamos en tablas.

–¿Eso crees de verdad? –preguntó mientras daba un paso atrás–.  
¡Mírate! Estás encerrado, no tienes salida. Podrías pasar diez años aquí sin que nadie supiese de tu paradero. Estás acabado. Como farol, ha sido algo realmente ingenioso, pero no te ha valido para nada. Si antes de entrar por esa puerta tenía el firme convencimiento de llegar contigo a un acuerdo económico por la explotación de la obra, ahora se ha desvanecido. Has llegado demasiado lejos, Germán Etura. Desgraciadamente, tu futuro está aquí, en esta celda, acusado del asesinato de esa vagabunda.

Dicho esto, volvió a llamar de nuevo a Pérez. La puerta se abrió y Lorenzo Greiner salió de la celda con la cabeza alta, como si aquella conversación nunca hubiese existido. Antes de salir, no me contuve.

–¿Vagabunda? Creo que tú sabes muy bien de quien se trataba. La conocías perfectamente.

Encolerizado, se puso frente a Pérez. Éste le miró lívido.

–¡Cierre ya esa puñetera puerta!

Un fuerte golpe se oyó en toda la estancia, dejándome sumido de nuevo en mi soledad.

Durante el resto del día de mi conversación con Lorenzo Greiner nadie apareció por la celda. Con toda probabilidad, Camiñas, Greiner y Visconti estarían solventando mi destino en alguna sala de aquel edificio. Quizá durante la conversación con el músico yo había mostrado demasiado mis cartas, y eso, para bien o para mal, no iba en mi beneficio. Ahora que ellos estaban al corriente, su estrategia debería ser otra, o eso creía yo.

Cuando de nuevo el pesimismo parecía adueñarse de mis pensamientos se oyó el cerrojo de la puerta. Sin darme tiempo a levantarme del camastro entraron tres hombres encapuchados. Uno extremadamente delgado, otro fornido y alto y un tercero de complexión media. Dos de ellos se abalanzaron sobre mí y me pusieron contra la pared. Sin mediar palabra, el más delgado, que era a su vez el que llevaba la voz cantante, me dio un bofetón mientras los otros dos me sujetaban de mis extremidades. Viendo sus intenciones, intenté sin éxito cubrirme la cabeza con manos y brazos mientras el indeseable que tenía enfrente seguía golpeándome son saña.

De seguido, y cuando se hubo aburrido, entre los tres me calzaron unos grilletes.

—¡Fuera con él! —gritó el escuálido.

Me sacaron a rastras de la celda y me llevaron a través de unas escaleras a un piso inferior que desconocía que existía. Llegamos al fondo de un pasillo oscuro como la boca de un lobo donde me echaron al suelo.

—¡Quítatela ropa!

Obedecí después de que me hubiesen quitado los grilletes. Me quité todo menos los calzones. En ese momento, el tipo flaco me dio otro guantazo y sacó su porra. Advirtiéndome su propósito, no me quedó otra que protegerme con mis dos brazos. Empecé a recibir numerosos golpes sobre mi cuerpo. Mi dolorida muñeca fue la que más sufrió las embestidas, mientras mis riñones y costillas aguantaban como podían las cargas. Un segundo hombre, el más fornido, intervino y ayudó al flaco. El tercer hombre se mantuvo a la expectativa, distante. Entre los dos primeros me sacudieron y me apalearon hasta que, desfallecido, me desplomé sobre el frío suelo. Una vez allí, me hice un ovillo mientras continuaban dándome patadas en la cabeza y porrazos por todo el cuerpo. Pasaban los minutos y no cesaban en sus dolorosos leñazos, sin bajar ni el ímpetu ni la rabia. Tras un espacio de tiempo, que a mí me pareció una eternidad, uno de ellos me separó con violencia los brazos de la cabeza mientras el otro me endiñó un certero puñetazo en la mandíbula. Vi las estrellas mientras mi boca empezaba a notar el sabor dulzón de la sangre. Instintivamente me logré soltar del que me tenía enganchadas las manos y me volví a tapar. Viendo mi desesperada maniobra, el delgado, encolerizado, me suministró un cobarde pisotón en la cabeza. Tras este golpe empecé a perder el conocimiento, notando cómo mi cuerpo se iba debilitando mientras se convulsionaba con cada golpe recibido. Quizá fuera lo mejor.

Cuando recobré el conocimiento no tenía conciencia del tiempo transcurrido. Podían haber sido segundos, horas o incluso días. Tras un momento de aturdimiento, comprobé que no debía haber sido mucho. Me encontraba esposado a la espalda y los dos carceleros tiraban de mis axilas de nuevo a través del pasillo; sentía que se me iban a desencajar los brazos. Subimos las escaleras y me condujeron a la misma celda de donde me habían sacado. El camastro sucio de paja había sido retirado y en su lugar habían colocado otro que disponía de correas.

—¡Tumbadlo ahí! —ordenó el tipo chupado.

Los otros dos obedecieron y me obligaron a tumbarme sobre el nuevo lecho. Me ataron de pies, manos y cintura. En ese momento noté un inconcebible placer al estar tumbado, aunque se desvaneció en un instante. Empecé a vomitar, y el tipo fornido me tiró del pelo para sacarme la cabeza de

la cama. Vi que únicamente era capaz de escupir babas mezcladas con sangre y un trozo de diente.

—¡Mirad!, la nenaza ha vomitado —se jactó el sujeto delgado—. ¡Que no manche la cama!

De improviso, los otros dos encapuchados dieron la vuelta a la cama y la dejaron ladeada, de manera que quedé colgando de mis extremidades. El dolor en las articulaciones era intenso, pues soportaban el peso de mi cuerpo amén de haber sido apretadas a conciencia, provocándome nuevos moratones. En un momento de benevolencia, o quizá por puro asco y egoísmo, abrieron el ventanuco superior para que entrase algo de aire. Ello me alivió un poco.

Al rato, el tipo delgado salió de la habitación seguido por el fornido. A pesar de las capuchas, supe a ciencia cierta que detrás de aquellas capuchas se encontraban la pareja formada por los sicarios de Andrea Visconti.

—¡Cuando te hayas meado encima, entraremos a desatarte! —me indicaron entre risas.

El tercer carcelero, que era el que menos había intervenido en la pelea, esperó un momento antes de salir. Una vez que se hubo cerciorado de que los otros dos estaban fuera, se agachó frente a mí. Asustado, cerré los ojos esperando un nuevo puñetazo. Sin embargo, sorprendido, observé cómo prendió la correa que atenazaba mi muñeca izquierda y la soltó. Acto seguido me metió algo metálico en el bolsillo y se largó sin perder un segundo.

Poco a poco me fui desvaneciendo de nuevo hasta que perdí de nuevo la conciencia. Estuve atado en esta posición unas tres horas, con la ventana abierta y medio desnudo. El aire frío, que al principio aliviaba mi maltrecho cuerpo, ahora martirizaba mis músculos, haciéndome temblar de frío y de dolor. Durante ese tiempo perdí el conocimiento al menos un par de veces más. Era el único descanso que encontraba.

Cada media hora entraba un encapuchado. A veces el tipo delgado, en ocasiones el fornido, pero ambos con la misma cantinela en su boca.

—¿Qué, todavía estás seco, hijo de puta?

Ambos me tiraban del pelo, me daban algún manotazo y se iban.

Fueron ampliando los plazos de entrada, y a medida que iba oscureciendo se fueron reduciendo. En un momento de semiinconsciencia entraron los dos a la vez y oí cómo mis torturadores se despedían entre ellos. Deduje que habían concluido su tarea diaria y que, al menos por esa noche, no volverían a entrar.

El frío nocturno terminó deshinchando un poco mis muñecas y tobillos, y así, con un esfuerzo titánico, pude desembarazarme de las correas, aprovechando la libertad que me daba la que tenía suelta. Sin aguantarme más, pude girarme para orinar fuera del colchón, en el suelo.

Rondando las once de la noche entró el tercero de los encapuchados, el de complejión media. Aún tenía puesta la capucha. Aterrorizado al ser descubierto, lo único que hice fue ponerme en posición fetal y cubrirme el rostro con manos y brazos, esperando nuevos golpes. El sujeto se agachó y se acercó a mí hasta que nuestras caras no distaban más de un palmo. No me atreví a mirarle a los oscuros ojos que asomaban por los agujeros de su capucha. Levantó la mano, supuse que para darme un nuevo leñazo, pero lo que hizo fue quitarse la capucha que cubría su rostro. Era el cabo Pérez.

No dijo nada. Me miraba con ese tipo de miradas que dan lástima, como sintiendo y pidiendo perdón por todos los golpes recibidos.

—¡Lo siento! —se disculpó con los ojos humedecidos.

De seguido, terminó por desatarme la última de las correas que me unían a la cama y me ayudó a levantarme. Me dolían todos los huesos. Después me tendió un cuenco de sopa.

—Te sentará bien. Dudo que puedas masticar algo más duro que esto. Me llevé la sopa a la boca. Llevaba horas sin comer y estaba hambriento.

—Dentro del bolsillo tienes la llave de esta celda. A medianoche haremos el cambio de guardia, y tendrás quince minutos para poder escaparte. Yo entretendré a los otros dos. Aún no se han ido.

Apenas me mantenía la mirada, por lo que pude intuir que no estaba cómodo en la labor que le habían encomendado, más bien todo lo contrario.

–Todo el rato sabía que eras tú uno de los encapuchados –le solté con voz flemática–. Tus golpes apenas me acariciaron. El cabo Pérez apenas torció el gesto. Me palmeó el hombro, se levantó como un resorte y se dirigió a la salida con el cuenco de sopa vacío.

–Suerte –me soltó antes de cerrar la puerta.

Antes de que cerrase, me dio tiempo a lanzarle la última pregunta.

–¿Por qué lo haces?

El cabo Pérez apenas caviló la respuesta.

–¿Y por qué no hacerlo? –respondió con voz de plomo–. Eres inocente y llevas aquí metido más de dos meses.

Y dicho esto, cerró la puerta.

Miré el reloj. Disponía de media hora para planear mi huida. Di un par de vueltas alrededor de la celda para comprobar mi estado físico. Aunque con unos tremendos dolores, conseguí mantener el equilibrio y completar las vueltas. Apenas veía por mi ojo derecho. Lo debía tener completamente deformado, al igual que mi labio inferior, en el cual notaba cada latido de mi corazón. Tenía hematomas por todo el cuerpo y los riñones se resentían sin piedad. Pero más que los golpes me dolía la cobarde manera en la que habían resuelto el problema Lorenzo Greiner y su amigo Andrea Visconti, bajo el beneplácito, claro estaba, de Gumersindo Camiñas.

Alentado por la rabia, me conseguí cubrir el torso con los ropajes desgarrados que me habían dejado en una de las orillas de la celda, haciendo el menor ruido posible y aguantando los tremendos malestares de la forzada posición. Me acerqué a la puerta y observé a través de su abertura superior. No había nadie. Volví a mirar el reloj. Marcaba las doce menos cinco.

A las doce en punto saqué la llave del bolsillo y la introduje en la cerradura de la puerta. Me costó horrores hacerla girar, pero finalmente lo conseguí. Se quejó con un ruido grave, metálico, de libertad. Abrí muy despacio para que los goznes no me delatasen y salí de puntillas. El pasillo estaba oscuro, aunque al fondo se recortaban las escaleras, iluminadas por una mortecina luz indirecta que se desplomaba desde el piso superior. Pegado a la pared, me fui arrastrando como una sombra hasta que llegué al primer peldaño. Con el máximo cuidado para no hacer ruido, llevando los zapatos en mi mano, remonté cada peldaño como si debajo hubiera minas a punto de estallar. No podía dar un paso en falso. Si era descubierto, la paliza sería mortal y desaparecería toda esperanza de volver a tener otra oportunidad como aquella.

Alcancé el piso superior. Asomé la cabeza y observé que al fondo del corredor había una habitación con luz de la cual se escapaban voces que mantenían una acalorada conversación. Dudé si avanzar en ese instante o no. En mitad del pasillo estaba la puerta de salida directa hacia mi libertad, pero la iluminación era suficiente como para delatarme si avanzaba. Envalentonado, corrí todo lo que mis dolores me permitieron. Las voces se oían cada vez más claras según iba recortando distancia. A escasos diez metros del despacho del que provenía la algarabía salieron dos sujetos que reconocí en cuanto los tuve de frente. Eran el tipo delgado y el fornido que me habían dado la paliza horas antes. Embobados, se miraron entre ellos, aunque en un segundo se abalanzaron hacia mí a la carrera. La distancia corría en mi favor. La puerta de la entrada me quedaba más cercana, y si lograba salir antes que ellos quizá tuviese alguna posibilidad de escapar airoso de aquella complicada situación.

Eché a correr como nunca lo había hecho. Los centímetros se convirtieron en metros. Ellos me imitaron. De la habitación de la que provenían emergió como un rayo un tercer hombre, el cabo Pérez. Sólo faltaba un par de metros para que llegase a la entrada cuando observé atónito que uno de mis perseguidores caía al suelo, dándose de bruces con la cabeza sobre el duro granito y quedando inmóvil. El otro, el que quedaba en pie, asombrado, se giró para ver qué había pasado y recibió un porrazo en la mandíbula izquierda que lo propulsó hacia atrás, cayendo sobre la pared del pasillo y



quedando sentado en una posición imposible.

Detuve mi carrera frente a Pérez. Éste, con las facciones tensas por el percance, dijo:

–Ahora eres libre. Cuenta a toda Salamanca qué tipo de personas son los tipos que te han hecho esto.

Clavé la retina que me quedaba abierta sobre él mientras conseguía recobrar el aliento.

–¿Por qué lo haces realmente? –le volví a preguntar–. Si te cogen no saldrás vivo de ésta.

–Ya estaba muerto antes de conocerte a ti –me respondió desarmándome por completo–. Lourdes no se merecía un final así. Y ahora, ¡lárgate! Me tengo que ocupar de estos dos. No durarán mucho en este estado.

–¡Gracias! –le agradecí tendiéndole mi mano.

–No se deben –respondió con un enérgico apretón.

Era noche cerrada, de lobos. Tras salir de la comisaría, cerca de la Torre del Clavero y alejado de una farola, me calcé los zapatos sin apenas atarme los cordones y comencé mi andadura hacia un lugar seguro donde esconderme.

Fue un grito angustioso, impresionante, el que me hizo girar de nuevo la cabeza hacia la comisaría.

Sin pérdida de tiempo inicié mi huida con el permiso de mi sufrimiento. Mis movimientos no eran tan rápidos como hubiese querido, pero el temor a ser alcanzado imprimía fuerzas donde no existían.

El único lugar seguro que me quedaba era la torre de la Catedral, por lo que hacia allí se dirigieron mis pasos. Tras veinte minutos callejeando entre las sombras y esquivando serenos, llegué exhausto, en un estado lamentable y al borde de la inconsciencia. Llamé con un fuerte golpe a la puerta pero nadie

contestó a mis llamadas. Repetí la operación pero con el mismo resultado. Hice un tercer intento, pero mi cuerpo dijo basta. Tremendamente extenuado, mis extremidades comenzaron a relajarse. Me apuntalé sobre la piedra de la pared y me fui resbalando hasta quedar sentado como un muñeco de trapo. Antes de que me pudiese dar cuenta mi ojo se cerró por completo, pasando de la exaltación de las horas anteriores al desconsuelo sin apenas darme cuenta.

Cuando desperté, distinguí entre brumas que alguien me aplicaba paños fríos sobre la frente. Sin despegar el párpado que se había librado de los golpes, tuve conciencia de que estaba tumbado sobre una cama. Estaba roto. Evalué rápidamente los daños causados por la paliza con leves movimientos en mis extremidades. Por suerte, no parecía tener ninguna fractura, aunque los hematomas me producían dolorosos pinchazos difícilmente soportables. Mi labio seguía hinchado, igual que uno de mis ojos.

Un nuevo paño en mi frente alivió en gran medida mi sofoco. Poco a poco fui desentumeciéndome, mientras las imágenes borrosas daban paso a una imagen nítida del lugar donde me encontraba. Lo identifiqué enseguida, y más si cabe cuando a mi lado izquierdo escuché a don Nemesio.

–¡Últimamente parece que tienes muchos amigos en la ciudad!

Quise esbozar una sonrisa, pero mis músculos no respondieron.

–¿Ha sido Camiñas, verdad?

Negué con un leve movimiento de cuello. Don Nemesio se extrañó.

–Lorenzo Grei... –conseguí articular sofocando un tosido.

–¡El muy cabrón...! –contestó con saña–. Seguro que ha mandado a alguien a realizar el trabajo sucio. No creo que él te haya puesto la mano encima.

–Fueron dos tipos que no conocía mandados por él.

–¡Cobarde! –refunfuñó entre dientes mientras me plantaba con furia otro paño húmedo sobre mi frente.

Transcurridos unos segundos de silencio, volvió a hablar.

–Nos has tenido preocupados. ¿Dónde te han retenido estas semanas?

–En la Comisaría de Policía..., en un calabozo.

Don Nemesio dio un puñetazo de rabia sobre la mesita que descansaba a nuestro lado. Era un milagro que la pobre aún se mantuviese en pie después de la investida.

–Doña Lucía fue allí en tu busca. Le dijeron que no sabían nada y que tomarían nota por si aparecías.

–Eso confirma una duda que tengo. ¿Estuvo por aquí Elena Greiner?

–Así es. Cuando vino, casualmente acabada de llegar De Andrés. Él le explico todo lo ocurrido los últimos días.

–¿Todo?

–Con pelos y señales.

Me quedé reflexivo e hice por incorporarme sobre el camastro. Parecía que tenía chinchetas en el interior de mis músculos. Don Nemesio me ayudó, aunque quedé apostado de manera antinatural sobre el cabecero de la cama.

–Tienes que comer algo..., si es que aún te quedan dientes –soltó cáustico.

A los pocos minutos trajo un puré de verduras caliente en un cuenco. Lo devoré con fruición. Una vez reconfortado, continuamos con la conversación.

–He hecho llamar a doña Lucía y a De Andrés. Ambos vendrán en una hora, después de comer.

–Creo que no es buena idea que aparezcan por aquí. Ahora mismo me estarán buscando por toda la ciudad y tendrán vigilados a ambos. ¿En qué fecha estamos? –pregunté notando cierto calor en mi cuerpo.

–Catorce de agosto.

–¡Ufff! He pasado mucho tiempo fuera de juego...

–¿Qué hacemos entonces?

–Esperaremos a que se haga de noche. La oscuridad nos dará una buena cobertura. Hágales llegar la noticia rápido, por favor.

–Bien –espetó.

La tarde pasó lenta. Comencé a levantarme a ratos, con cuidado. Según don Nemesio había dormido doce horas seguidas, y eso, y sus atentos cuidados, había servido para que recobrase algo de fuerzas con las que poder afrontar la delicada situación que se me ponía por delante. Recordé con nostalgia mi viaje en tren por tierras galas. Había pasado tanto tiempo ya de aquello que apenas era una bruma entre mis recuerdos. Continué recordando mi llegada a Italia, la dificultad para encarar un nuevo idioma, el aprendizaje de la luthería... Recordé nuestra libreta, aquella en la que Marcos y yo anotábamos todo. Estaba llena de garabatos, ilustraciones, trazos a medio hacer; un sinfín de acotaciones que ahora me daba cuenta que me habían servido para entender por qué aquel largo viaje a Italia había merecido la pena. Había una frase que se repetía a lo largo de las páginas como una glosa estampada allí donde era importante: *La proporción perfecta. Su justa medida*. Sin duda, Danilo Pavesi había calado muy hondo dentro de mí, hasta tal punto de no reconocer ya a aquel chiquillo desarrapado que era yo antes de que apareciese por primera vez en mi vida. Ahora más que nunca tenía presentes sus sabios consejos.

Rondando las nueve de la noche, el sonido de unos nudillos golpeando la puerta de la habitación me sacaron de mis pensamientos. Asustado, me coloqué tras la puerta y contuve el aliento.

–¡Soy yo, Lucía! –se oyó tras la puerta.

Solté el aire de mis pulmones, quité la silla que trababa la puerta y la abrí.

Doña Lucía y yo nos fundimos en un abrazo que me hubiese gustado que fuese menos efusivo, por los dolores que me provocó, pero que aguanté

apretando los dientes al ver su entusiasmo. No dijo nada al separarse y comprobar mi lamentable estado. Sus ojos hablaron por ella.

–Me alegro que estés entero.

–¿Realmente me ve así? –le pregunté arrastrando una sonrisa–. Tendría que ver cómo les he dejado los nudillos con mi cara.

Doña Lucía me contempló con aquella mirada que siempre me había encandilado; con una media sonrisa, los ojos achinados y dos hoyuelos escarbados en su fina piel.

–Me tenías tan preocupada... Ha pasado mucho tiempo –dijo suave cogiéndome mi dolorida muñeca y acariciándola con ternura.

–Lo sé, doña Lucía, lo sé. Si hubiese podido dar aviso lo hubiese hecho. Créame.

–Te creo, te creo, no hay más que verte. ¿Qué le has hecho a Camiñas?

Me pensé la respuesta.

–A Camiñas nada, más bien a Lorenzo Greiner. Creo que no le ha gustado nada que me haya metido en sus asuntos. Pero no te voy a preocupar con ello. De momento, prefiero que te mantengas al margen. Cuando acabe todo, seré yo quien te lo cuente al dedillo.

Asumió mi decisión.

–¿En qué puedo ayudarte?

–¿Trajiste el violín que te encargué y los sobres?

–Así es. Don Nemesio lo tendrá todo guardado en algún lugar seguro.

–Bien, con eso me basta. No quiero exponerte a más peligros de los necesarios. De momento, debe mantenerse escondida. Vaya a casa de su prima la de Aldeadávila. Bajo ningún concepto debe aparecer por casa. Me están buscando, y estoy convencido de que se van a pasar por allí y que le pueden

hacer daño. No son trigo limpio y la conocen. De hecho, ya me han amenazado con ello. Nunca me perdonaría que a usted le pasase algo por mi culpa.

Doña Lucía continuó acariciando mi muñeca.

–¿Sabes una cosa?

–Dígame–contesté colocando mi mano sobre la suya.

–Sé que resolverás esto de la mejor manera posible. La verdad siempre gana, aunque la intenten ocultar a base de palos. Eso es algo que he aprendido durante años. Me siento orgullosa de ti, Germán. Si tú deseas que te ayude de alguna otra manera no tienes más que pedírmelo.

–Gracias, doña Lucía. Se lo agradezco.

Ambos nos fundimos en un nuevo abrazo.

–Es hora de que se vaya –le indiqué muy a mi pesar–. Cuando todo haya pasado se lo haré saber.

–Sí –afirmó arrastrando una lágrima de su mejilla derecha.

Doña Lucía comenzó a caminar hacia la puerta. Antes de llegar, se acomodó su colorido pañuelo sobre la cabeza y giró sobre sus talones.

–Por cierto –introdujo con tono suave, apenas inaudible–. Violeta es una chica preciosa, un encanto. Creo que merece una oportunidad. Siento haber estado tan equivocada.

Esboqué una sonrisa.

–Se la daré, doña Lucía, se la daré –afirmé hinchado.

–Me he tomado la libertad de avisarla. No sabe de tu paradero, pero le he dicho que esta noche irías a buscarla.

Después de cenar junto a don Nemesio subí a lo alto de la torre para que me diese el aire. El campanero, hombre de costumbres donde los haya, se había acostado hacía rato.

—De Andrés tiene llave de la puerta. No hace falta que yo le espere despierto —me dijo antes de irse a la cama.

Las nubes cubrían la espesura lóbrega de la noche y un silencio marcial inundaba el campanario. El aire venía fresco para ser agosto, lo cual aliviaba las hinchazones de mi cara que poco a poco iban menguando. Asimismo, los moratones iban pasando del color violáceo a un tono amarronado. Desde luego, aquella no era la mejor cara a mostrar a Violeta.

Rondaría la media noche cuando apareció Salvador de Andrés. Portaba en su cara una expresión que no supe interpretar a primera vista. Su gesto mostraba cansancio, se había deshecho de la corbata y sus pelos danzaban sobre su cabeza, libres de fijador. Dejó unas prendas de abrigo en una esquina, y al colocarse a mi altura me tendió un apretón que agradecí. Fue al distanciarnos cuando reparó en mi demacrada cara.

—¡Ufff! Estás para que Buxaderas clave su objetivo en tu cara.

—¿Tan mal estoy?

—Los he visto peores, pero estaban muertos —soltó jocoso—. ¿Qué tal te encuentras?

—Ya ves, recuperándome.

—Nemesio me lo ha contado todo. Siento no haber podido venir antes, pero han puesto a toda la comisaría a buscarte y no quería descubrir tu escondite. Esta tarde me han seguido un par de tipos, pero cuando volví a casa al anochecer se fueron.

—Siento meterte en esto.

—No lo sientas, es mi trabajo —aseveró—. Además, tengo una deuda pendiente con ellos desde hace años. Ya sabes, pretensiones de periodista.

–Como tú veas...

–¿Cómo has podido escapar? Cuéntame los detalles.

–Me ayudó el cabo Pérez. Me entregó una llave de la celda y se enfrentó a los dos sicarios autores de la paliza.

Salvador de Andrés negó con el cuello.

–¿Y no crees que eso es un poco sospechoso?

–No lo creo, sus palabras sonaron sinceras. Durante estos meses en ningún momento ha disfrutado con mi encarcelamiento. Es más, incluso creo que no lo aprobaba.

El periodista miró su reloj y sacó la bolsa de tabaco y el librito que siempre le acompañaban. Comenzó su ensayado ritual sin apenas luz y prendió el cigarrillo. La brasa alumbró una tez extenuada.

–Hay más datos que debes saber –introduje tras unos segundos.

Maquinalmente, sacó la libreta de su chaqueta.

–Dispara antes de que me quede dormido. La verdad es que hoy he tenido un día de perros. A lo largo de la siguiente hora, envueltos en el silencio que nos brindaba la noche, le conté todo lo acaecido durante mi encierro. El periodista se sorprendió al escuchar el nombre de Andrea Visconti, por lo que revolvió en las hojas de su libreta y, apuntando con su índice en una línea, dijo:

–Vaya, parece que este caso está traspasando fronteras...

–Así es –afirmé–. ¿Qué crees que puede llevar a una persona a recorrer tantos kilómetros para buscar una venganza después de tantos años?

–No lo sé, Germán, quizá fama, amor, odio... Hay mil posibilidades. Quizá sea un demente.

–¿Y desde tu punto de vista?



El periodista se quedó pensativo.

–Prestigio. Creo que Andrea Visconti se sintió tan desprestigiado por lo que le hicieron que aún no ha conseguido recobrarlo –afirmó con contundencia–. Eso, y que seguramente pertenece a la extinguida Garduña, y contra aquella sociedad sólo un inconsciente sería capaz de entrometerse.

–¿Aún sigues pensando en que existe?

Antes de oír su respuesta busqué en mi cabeza el momento en el que había visto la mano quemada de Andrea Visconti en el despacho de Fernando Coco. Busqué en aquella imagen borrosa los tres puntos tatuados, pero ya no estaba tan seguro. Durante estos meses esa imagen se había desdibujado en mi memoria lo suficiente como para poder asegurar que en aquella mano vi claramente tres puntos.

–¡Quién sabe...! –suspiró mientras lanzaba una voluta de humo al aire–. En fin, dejémonos de cháchara. Debemos planear cómo salir de esto con garantías de éxito. Estamos obligados a detener la interpretación de esa obra y, sobre todo, demostrar tu inocencia. Por ti y por la pobre Lourdes, que en paz descansa. Aún quedan dos meses para el concierto. Debemos quitarnos de encima la presión de Gumersindo Camiñas y sus indeseables amigos. Es necesario que no nos sigan.

–Pero por ahora eso es imposible. Tienen a todos sus efectivos peinando la ciudad. Estoy acusado de asesinato y encima me he escapado de la cárcel.

Salvador de Andrés me miró inquisitivo.

–Se me acaba de ocurrir una idea.

–¿Cuál?

El reportero apagó la colilla contra la suela de su zapato y la lanzó contra una esquina.

–No buscarán a alguien que esté muerto.

–¿Muerto?

–Así es –afirmó ufano–. Simularemos tu muerte.

Mi amigo me detalló su plan al amparo de la noche. A ambos se nos estaban cayendo los párpados, por lo que arrastró sus palabras de modo expeditivo por aquella torre. Yo le escuchaba con la firme convicción de ver en aquella idea la única posibilidad de salir airoso de todo ese embrollo.

–Creo que no tenemos otra posibilidad –terminó concluyendo su exposición.

–Confío en que salga bien.

–Eso espero, Germán, porque de lo contrario estamos jodidos.

De seguido, el periodista se levantó sacudiéndose el traje y se atusó el pelo que le caía por encima de las orejas.

–Mañana nos vemos entonces.

–Gracias –le agradecí dándole un fuerte abrazo.

–No se deben.

Y prendiéndose un nuevo pitillo, se cubrió con una especie de capa por la espalda y se caló una gorra. Al verle, me empecé a reír.

–Me lo ha prestado un amigo. Así, vestido de sereno, paso más desapercibido –manifestó–. Te dejo una capa aquí, ya sabes, quizá tengas ganas de salir a dar un paseo por el *barrio*, aunque no deberías.

Y guiñando un ojo, comenzó a descender los desgastados escalones que daban hasta aquel remanso de paz, que empezaba a ser como una especie de oasis de tranquilidad para mí.

Cuando torcí la esquina de la calle Oviedo para atravesar la de los Milagros, en dirección al Cabaret de la Manola, percibí un insólito silencio en la vía. Apenas transitaban la calle dos sombras agarradas de los hombros

mientras compartían una botella de vino y sorteaban el enchinarrado en un intento de salir de la vía sin partirse la crisma. Pasé a su lado con la cabeza hundida en mi pecho hasta llegar frente al establecimiento.

El farol que siempre iluminaba la entrada estaba apagado, al igual que todas las luces del interior. Eché un vistazo a las ventanas superiores y vi que tenían el mismo aspecto. Tras el cristal de la puerta de la entrada no se veía ningún movimiento. A pesar de ello, golpeé la puerta con mis nudillos. Nadie contestó a mis llamadas.

No insistí más y decidí volver a la torre de la Catedral. Me había expuesto demasiado y podría tener serios problemas si me llegasen a descubrir.

Comencé a andar en dirección al Paseo de San Vicente, dando así un rodeo por si acaso, mientras daba vueltas a mi cabeza preguntándome la razón por la cual el Cabaret de la Manola estaría cerrado de tal manera. En el resto de las calles del *barrio* el ambiente era el de siempre; chicas de la noche apuntaladas sobre las paredes, mientras varios sujetos babeaban delante de ellas, un nutrido grupo de tunos coreando una canción delante de una chica que se moría de la vergüenza y varios pelagatos descansando sus espaldas sobre los tabiques de la vía mientras dialogaban trivialmente al amparo de sus cigarrillos.

Había decidido no ponerme la capa de sereno para ir al *barrio*. Un sereno en aquel ambiente no pasaba precisamente desapercibido. Er a un blanco perfecto al cual lanzar insultos de todo tipo, debido a los excesos con el alcohol y seguramente también para que no pudieran ver cosas que era mejor guardar en secreto. No en vano, estos postergados guardianes de la noche preferían evitar dichas calles, por el bien de su integridad física.

Observé la concurrencia, en busca de alguien apropiado para preguntarle la razón por la cual el Cabaret de la Manola estaba misteriosamente cerrado. En la calle de la Paz había un sujeto que fumaba al amparo de la agotada luz de una farola mientras clavaba su mirada en el suelo. Parecía no estar lo suficientemente borracho como para no entenderme ni lo suficientemente espabilado como para reconocerme. Me aproximé de modo

amigable, con paso lento. Cuando mi sombra asaltó su campo de visión levantó la cabeza. Tenía los párpados a medio caer.

Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que aquel hombre no era otro que Faustino, el tipo que estaba en la barra del Cabaret de la Manola la primera vez que entré allí y al cual cedí mi cerveza.

–Buenas –saludé de modo amigable.

El tipo movió la cabeza asintiendo y lanzó su colilla con un ensayado movimiento.

–¿Fumando el último de la noche? –entré sin más. Me miró de hito en hito. Luego sonrió.

–Así es. De aquí para la cama, que seguro estará caliente, y si se tercia y aún se me levanta, igual corto dos orejas y remato la faena con la parienta.

Contravine su gallardo comentario y me lancé a porta gayola.

–Me han comentado que la Charo ha ido a la capital a por novedades disponibles para el local –le dije apoyándome en la pared y tendiéndole otro cigarrillo que le había pedido a Salvador de Andrés.

El tipo lo atrapó sin miramientos y lo prendió con un rápido meneo. El fuego destelló su perfil equino.

–Pues muchas golfas de las buenas tienen que entrar en ese local para que pueda abrirlo de nuevo –apuntó con sorna.

La respuesta he de admitir que me sorprendió. Arquee las cejas para que viese mi asombro.

–¿No te has enterado, verdad?

–No.

–Esta misma tarde lo han cerrado por orden judicial. Dicen que el burdel no cumple con los requisitos mínimos en temas de higiene. ¡Menuda

ironía! Ni que alguno de ellos lo cumpliera.

—¡Vaya!

—Seguro que alguna fulana se ha ido de la lengua. Ya sabes, rivalidades entre burdeles. La argentina, la Inés, ¿qué sé yo? Pues sucedió lo típico, que aparece Camiñas con su espada de cruzado, clausura algún local y listo. Una generosa multa que nunca se llega a saldar si no es en especie, una palmadita en la espalda y vuelta a empezar. Las arcas llenas, Camiñas inflado, o desinflado, según se mire, y los clientes más ilusos con el convencimiento pleno de creer que en ese antro no contraerán ninguna enfermedad delatora de su promiscuidad. Al menda, ni a toda Salamanca, le conviene que estos establecimientos cierren. Esas paredes esconden muchos secretos. Además, ¿dónde nos iríamos a aliviar? ¿No cree usted eso?

—Así es, así es.

Para no crear sospechas, dejé que el tipo se explayara cómodamente, y después me despedí de él enfilando de nuevo hacia la calle Oviedo.

—Tenga cuidado —oía mi espalda.

Me detuve en seco y giré mi cuello. Iba a contestarle, pero las palabras murieron en mis labios al escucharle de nuevo.

—La descripción de su físico está por toda Salamanca y cualquiera puede delatarle. No sé en qué jaleos se ha metido, ni quiero saberlos, pero si todo esto lo hace por Violeta me rindo a sus pies. Usted es la única persona que ha sabido llevarla a la cama. Yo mismo lo he intentado miles de veces sin conseguirlo. Si le sirve de algo, le puedo decir que ambas, la Charo y la Violeta, están recluidas en la Cárcel de la Lonja. Suerte.

Y dicho esto, lanzó por segunda vez la colilla, se alzó el cuello de la chaqueta y echó a andar. Yo hice lo propio y regresé a casa de don Nemesio, escondiéndome como un vulgar delincuente.

Llegué a la catedral prácticamente al amanecer, arrastrando un cansancio descomunal por las enchinarradas calles del *barrio*. Encontré a don

Nemesio levantado, tomando un café con leche y unas magdalenas que por su aspecto debían estar más duras que las piedras que componían su hogar.

–¡Benditos los ojos que te ven! –me saltó a la yugular–. Pero tú... ¿es que no escarmientas? ¿Qué quieres? ¿Que te metan otra somanta de hostias?

Reí por no llorar. A decir verdad, había sido una temeridad salir de allí.

–Ya ve, don Nemesio, soy un culo inquieto –claudiqué mientras me dejaba caer sobre un taburete.

–Un culo inquieto no, un idiota redomado –dijo aplastando la magdalena petrificada–. Esa paliza no te la ha dado Camiñas. Si no, te aseguro que no estarías tan alegre paseándote por toda Salamanca.

–Tiene usted razón, don Nemesio. Lo cierto es que ha sido una insensatez.

–No creo que lo sientas. Pero en fin, allá tú. Cada uno se pone la soga al cuello de un modo distinto.

Opté por batirme en retirada. Estaba cansado, y aunque sus sabios consejos eran siempre de agradecer, lo que menos me apetecía en ese momento era un sermón al alba.

Dormí lo que mis dolores me dejaron, y sobre las once de la mañana ya estaba en pie de nuevo. La hinchazón del ojo había desaparecido bastante.

Una sacudida escaló mi espalda. Las opciones estaban claras. Yo disponía de la partitura que ellos necesitaban y ellos tenían en su poder a Violeta y a la Charo. Con estas cartas sobre la mesa, sólo quedaba una opción plausible: negociar.

–No creo que accedan –replicó Salvador de Andrés, que acababa de llegar.

–Es fácil –insistí–. Yo les doy la partitura a cambio de que suelten a Violeta.

El periodista se masajeó las sienes.

–Contéstame a una pregunta –soltó clavándome una mirada que nunca había visto en él.

–¿Cuál?

–¿De verdad te importa tanto esa chiquilla como para renunciar a tu herencia?

La pregunta me sorprendió. A don Nemesio, que zarandeaba un vaso con un paño, por lo visto también, porque se quedó inmóvil escuchando.

–Nunca he sentido nada igual por una chica –dije un poco ruborizado–. Violeta se lo merece. Tengo que sacarla de donde vive.

Lejos de reírse, el periodista mantuvo su gesto inquebrantable.

–Bien –asintió Salvador–. Hay otra manera.

En noviembre del año anterior se habían realizado unas importantes reformas en la céntrica Casa de la Lonja, lugar que servía de cárcel y al cual iban a parar borrachos, ladronzuelos y alborotadores de tres al cuarto. Sin ningún tipo de pudor, se había anunciado a bombo y platillo que contaba con los últimos avances en temas de seguridad, importados ni más ni menos que de las cárceles estadounidenses. Así lo vendió el ayuntamiento, como una construcción segura, bien planificada por dentro y con capacidad para unos treinta reclusos. Aquel inmueble había quitado muchas noches de sueño al actual director general de prisiones, Víctor Escribano.

Acompañado por el presidente de la diputación, Rafael Sánchez, el inspector general, Carlos Díaz Pedroso, y por el rector de la universidad, el ilustrísimo Miguel de Unamuno, visitó las instalaciones para mostrar con orgullo su gran obra. Toda la prensa escrita estaba allí para hacerse eco de la novedad que esa jornada había revolucionado la tranquila vida de los salmantinos. Tras acabar la visita, el señor Escribano se mostró orgulloso por las buenas críticas recibidas. Su sorpresa fue mayúscula al leer la crónica del día siguiente:

*Nos permitimos rogar al director general de prisiones, Víctor Escribano, que antes del traslado definitivo de los presos procure solucionar el conflicto que se planteada, dada la escasez de empleados destinados a la vigilancia, ya que la remodelada cárcel, por los recovecos que tiene y por la ínfima altura de sus ventanas, permite no ya la salida del recinto, sino el fácil*



*acceso y comunicación desde el exterior. Prueba de ello es que este humilde reportero logró penetrar a la prisión saltando una de ellas sin problema alguno.*

Abrí los ojos de par en par. No pude evitar reírme.

–Por supuesto, fuiste tú el que saltó por esa ventana, ¿verdad?

El brillo de sus ojos mostró satisfacción, casi orgullo.

–Así es. Pero es que ciertamente estaba muy baja. No tenía ningún mérito.

–No me lo puedo creer.

Don Nemesio rió a carcajadas.

–Y luego te ríes de mí por subir a lo alto del cimborrio.

–¡Vaya dos! –exclamé.

–El caso es que si yo lo hice una vez, tal vez podamos intentarlo una segunda. Conozco bien la prisión por dentro. He realizado algunos reportajes más desde que fue remozada.

Abrí por segunda vez los ojos.

–¿Estás insinuando que entremos en la Casa de la Lonja para sacar de allí a Violeta y a la Charo?

–Eso mismo –asintió.

–¿Y después? ¿Qué hacemos con ellas? ¿Las escondemos también aquí hasta que nos hagamos viejos?

Salvador de Andrés torció el gesto y don Nemesio puso los ojos en blanco y se santiguó solo de pensar que la Charo traspasase la puerta de su cuarto.

–No, sólo hasta que demos que eres inocente –replicó rotundo–. Así tus queridos amigos no tendrán moneda de cambio.

–Lo siento –repuse nervioso–. Mi intención no era dinamitar tu idea. Sé que lo haces de corazón y que estás poniendo en riesgo tu integridad física y tu trabajo. No mereces lo que te he dicho.

–No pasa nada, te entiendo. No podemos hacer otra cosa que intentar lo que te he comentado –dijo mirando a don Nemesio–. Si se hacen con la partitura eres hombre muerto, créeme. Están nerviosos, cada vez queda menos para el concierto y lo que creían que iba a ser un paseo entre flores se ha convertido en un tortuoso camino de zarzales. Incluso el cabo Pérez se ha vuelto contra ellos. Si han cogido a Violeta y a la Charo es porque quieren hacer un intercambio. Pero vamos a estropear sus planes.

–Bien –asentí sin mucha convicción–. ¿Y cuándo entraremos?

–Hoy mismo, nada más anochecer. Sobre las nueve y media hacen el cambio de guardia –señaló como si recitase un misal–. Ponte ropa oscura.

Consentí y tragué saliva.

De Andrés y yo habíamos quedado en el Parque de San Francisco. Una espesa capa de lluvia se aposentaba sobre la ciudad, barnizando las calles. Apenas transitaba nadie por la vía, lo cual me relajó un poco mientras esperaba resguardado bajo un alero solitario. En aquel momento hice un rápido repaso a mi vida durante los últimos meses. Aún no daba crédito a todo lo que estaba pasando. Mi existencia había transcurrido plácida y monótona desde mi regreso de Italia, entre el polvo y los barnices de mis violines, pero ahora había dado un vuelco tremendo al tener que hacer frente a todos estos imprevistos. Lo cierto es que no podía por menos de augurar un futuro sombrío, incluso aunque todo saliese bien, De Andrés tenía razón: aquellos indeseables ya habían matado y no dudarían en volverlo a hacer si fuera necesario. Aquello me preocupaba de veras y un nudo me atenazó los intestinos. No ya por mí, sino por doña Lucía, por Violeta y por su madre, y

por todos a los que había metido en este embrollo.

El periodista llegó puntual a su encuentro, amparado por su fiel cigarrillo bajo un generoso paraguas.

–¿Has traído el violín?

–Así es –le dije.

–Bien. Estamos de suerte. Esta lluvia nos facilitará el trabajo.  
¿Nervioso?

–Como un pavo escuchando una pandereta –dije tartamudeando.

–Esto no es nada. Te aseguro que estarías más nervioso si estuvieses dentro de la prisión con Camiñas –dijo para animarme.

Llegamos hasta el presidio y bordeamos el edificio por la cara norte. Era noche cerrada y aquella zona apenas estaba iluminada, por lo que nuestros cuerpos se fundían a la perfección con la oscuridad reinante. De Andrés había cerrado hace rato el paraguas y avanzaba inclinado a paso rápido a través de la arteria. Yo le seguía a escasos metros, haciendo el menor ruido posible mientras mi corazón se agitaba desbocado. A escasos veinte metros del muro, el periodista se agazapó y me llamó entre susurros.

–¡Acércate!

Una vez hube llegado a su altura, observé que sacaba una botella de vino del interior de su chaqueta. La abrió y lanzó parte de su contenido sobre mi pecho.

–Toma, bebe un poco.

–¡Qué narices...! ¿Se puede saber qué celebramos?

–Hazme caso –ordenó con una mirada que no ofrecía ningún género de duda. Tiene que parecer que estás como una cuba. El plan es el siguiente: seguramente aquí no estén ni Camiñas, ni Lorenzo ni el tal Andrea Visconti. Nadie que pueda reconocerte. En este presidio sólo están los funcionarios de

turno matando moscas con el rabo. Es una cárcel tranquila, sin muchos sobresaltos que alteren su rutina diaria, aunque ahora con las huelgas tienen algo más de faena. Vamos a hacer lo siguiente, ya verás que es muy fácil. Vas a dar la vuelta y te vas a colocar frente a la puerta principal. Vas a coger el violín y a tocar lo que te salga de las narices, como si es una polca mientras te rascas la rabadilla. Esto atraerá la atención de los funcionarios que estén de guardia. Probablemente en un principio no te harán ni caso. Están hartos de ver borrachos. Como tenemos que ganar tiempo para que yo pueda entrar, debes tirar la botella de vino contra la puerta. Esto sí que les hará ponerse en alerta. Bajarán a por ti, pero cuando se den cuenta de que estás ebrio, si tienes suerte te abroncarán, te darán un cachete y te mandarán a casa a dormir la mona. Para entonces, yo ya estaré fuera con Violeta y con la Charo. Nos encontraremos otra vez en el parque. ¿Me sigues? Pareces cansado.

Me quedé pálido.

—¿Y si en vez de darme un cachete me pegan un tiro?

Salvador de Andrés rió.

—Pues entonces, esquivas la bala —repuso encogiéndose de hombros.

La respuesta me hizo tan poca gracia que no moví ni un músculo de mi cara. Después de lo sucedido sería humillante morir de un tiro mientras tocaba cualquier coplilla imitando a *La Salcedito*.

—No te preocupes, Germán —añadió poniéndome una mano sobre mi hombro—. Tienen órdenes de no disparar salvo fuerza mayor. El tema político está un poco revuelto y las autoridades no quieren ningún altercado más. Simplemente te convencerán, a su manera, eso sí, para que te vayas. Ellos no pueden detenerte, sólo son funcionarios. Tendrían que llamar a la Guardia Municipal, y para entonces tú simularás haber entrado en razón, les pedirás perdón y te irás por donde has venido. ¿Entendido?

Afirmé con un tímido gesto de cabeza, más por acatamiento que por convicción.

—¿Preparado?

–No.

–Pues vamos allá –desgranó omitiendo mi respuesta y dándome un efusivo empujón en dirección a la puerta principal.

El chapoteo del agua sonaba bajo mis zapatos mientras avanzaba hasta la puerta principal. Eché un rápido vistazo a derecha e izquierda. No había ni un alma. Me armé de valor y saqué el violín de debajo mi chaqueta, me lo acoplé bajo el mentón y así el arco. Los nervios me provocaban incontrollables espasmos, pero la esperanza de sacar a Violeta de allí me armó del coraje suficiente para imitar al mayor de los borrachos de toda Salamanca.

Salté a la calle zigzagueando y trastabillando todo lo que pude mientras las crines del arco rozaban las cuerdas del violín. Por si fuera poco, la rabia me consumía por dentro al pensar en lo humillante que era que aquel instrumento, tan perfecto como importante para mí, tuviera que tocar en esas circunstancias. Cuando llegué a la altura de la puerta principal había dejado de llover. Apostado en una garita que languidecía al lado derecho de la entrada había un guardia, y por sus incesantes cabezadas entendí que estaba a punto de desplomarse de sueño. Al llegar a su altura y oír la melodía pareció resurgir de su modorra, golpeándose contra la pared de la caseta. Enfadado, tal vez por el golpe o por ver interrumpido su placentero sopor, salió de la caseta fusil en mano.

–¿Quién va? –dijo llegando hasta mi altura.

–Un rruiseñor –solté gangoseando y realizando una maniobra de equilibrio imposible–. ¡Vengo a tocarle a mi amada!

El guardia, al ver en el bolsillo de mi chaqueta la botella, y sobre todo al oler el fétido hedor a vinacho que emitía, echó mano de mi hombrera y me empujó por donde había venido.

–¡Anda, largo de aquí, cantamañanas!

Del empujón caí al suelo en medio de un charco, clavando mis codos en el terreno y protegiendo con mi cuerpo el violín para que no se dañase. Cuando me quise incorporar observé que varios guardias se habían dirigido

hasta la entrada de la prisión al escuchar el alboroto. Calculé el tiempo transcurrido y decidí seguir con la quimera para que Salvador de Andrés tuviese más garantías de éxito.

Con un nuevo vaivén, llegué hasta la altura del guardia que me había recibido y, aparte de echarle el aliento en plena cara, le ofrecí la botella. Me puse de nuevo a tocar, esta vez con un ritmo más resuelto.

–¿Dónde estás, querida? –grité moviendo los ojos en todas direcciones–. Este hombretón se interpone entre nosotros.

Sus compañeros rieron, lo cual no agradó nada al guardia, a juzgar por su forzada sonrisa. Humillado, enfiló hacia mí como un novillo. Viéndole llegar, giré sobre mis talones y me aparté como un buen torero. El funcionario pasó a escasos milímetros de mí, resbalando en el barnizado de la calle y desplomándose de bruces sobre el barro.

Las risas fueron a más, lo cual causó mayor enfado al guardia. Se incorporó de nuevo, calándose la gorra y sacudiéndose el traje. Sus ojos escupían odio.

–¡Vas a ver quién baila ahora, maricón de mierda! –exclamó sacando la porra.

Valoré la posibilidad de dejarle en evidencia una segunda vez, pero lo desestimé ante la posibilidad de que llamase a la Guardia Municipal. Sabiendo que me iba a caer una somanta de palos, aguanté el chaparrón de golpes en beneficio de unos minutos de oro para que de Andrés pudiera terminar su parte de la faena.

–¡Basta ya! –dijo una voz intimidatoria–. ¡Vuelvan todos a sus puestos!

La media docena de guardias se apartó sumisamente al escuchar la orden, y el que me estaba sacudiendo paró al instante su resarcimiento personal, lo cual agradecí.

Era un hombre de gran envergadura, que rondaría la cuarentena, con unos rasgos cuadrados que enmarcaban unos ojos vivaces pero cordiales. Se

acercó mirando con desagrado al guardia y me ayudó a levantarme.

–¡Vuelva a la garita, Fernández!

Éste obedeció, y escupiéndome una última mirada enfiló hacia su puesto. El hombre que había hablado me sacudió la chaqueta, me caló la gorra y me devolvió el violín.

–Vuelva por donde ha venido, por favor. No son horas de estar tocando ese instrumento y menos molestando a mis hombres. La siguiente vez quizá le tengamos que ofrecer una cómoda habitación dentro de la prisión para que nos dé un recital de las hermanas Cheray –ofreció con tono sereno–. Que tenga usted un buen regreso a casa, y fíjese bien por dónde camina, no sea que se lastime.

Tal y como había pronosticado Salvador de Andrés, no quisieron tener problemas y me dejaron ir. Cesé mi disimulo y acepté su consejo de buen grado asintiendo con la cabeza. Me llevé la mano a mi gorra a modo de saludo y salí de allí como alma que llevaba el diablo, no sin antes tropezar intencionadamente un par de veces más para rematar mi lamentable actuación.

–¡Qué coño están mirando, vuelvan a sus puestos! –oí a mi espalda.

Al irme acercando al parque de San Francisco vi tres siluetas en las sombras. Según llegaba hasta su altura pude distinguir que eran las de dos mujeres y un hombre. La visión me produjo un escalofrío en la espalda, sobre todo cuando al fin comprobé que una de ellas era la de Violeta.

Cuando apenas restaban un par de metros, Violeta se abalanzó sobre mí de modo incontrolado, fruto de la emoción. Nos fundimos en un abrazo, seguido de un beso que me pareció eterno. Me agarró las mejillas con las palmas de sus manos y me miró con aquellas dos esmeraldas que llevaba por ojos. Nos volvimos a licuar en un nuevo arrumaco. En aquel momento me di cuenta de todo lo que la había echado de menos y lo mucho que la quería. Los segundos se convirtieron en minutos. Parecía que nadie existía a nuestro alrededor y que toda Salamanca, junto a nuestros problemas, se habían volatilizado en aquel lugar tan insólito.

Una voz a nuestra espalda nos devolvió a la tierra.

–¡Tortolitos, id concluyendo vuestro cortejo! No tardarán en darse cuenta de la fuga y se pondrán a buscarnos. Debemos irnos.

–Tienes razón –dije mientras le daba un nuevo abrazo.

–Será mejor que nos separemos, pues estarán buscando como poco a dos mujeres juntas. La Charo vendrá conmigo y vosotros dos nos seguiréis a prudente distancia. Iremos todos a la catedral, a casa de don Nemesio. No se me ocurre otro lugar más seguro. ¡Andando! Y vosotros dos, estad atentos. No vaya a ser que por tanto arrumaco tengamos un disgusto.

Dicho esto, la Charo y Salvador de Andrés comenzaron a caminar con paso decidido hacia el centro de la ciudad mientras dialogaban. Violeta y yo les seguimos a escasos trescientos metros.

Las siluetas de los edificios de la Salamanca se recortaban con tiralíneas. Las nubes habían desaparecido y la luna llena iluminaba la ciudad con una tímida luz. El paseo hasta la catedral se me antojó relajante en medio de nuestros problemas. Durante el camino apenas hablamos. A mí no me salían las palabras y supongo que a Violeta tampoco. La emoción nos había silenciado, pero a través nuestras miradas nos decíamos todo. Aquel trayecto lo viví de manera especial, sin darme cuenta realmente del verdadero peligro que corríamos por las calles de Salamanca.

Por suerte, De Andrés había colocado unas mantas bajo las sábanas de los catres de la celda, por lo que en la prisión no se dieron cuenta de la fuga hasta bien entrada la mañana.



Rondarían las tres de la mañana cuando alcanzamos la Catedral Vieja.

A nuestra llegada, don Nemesio evitó cruzar cualquier mirada con la Charo y con Violeta. No se sentía a gusto en su compañía, pero asumía que no teníamos otra opción. Hizo de tripas corazón y, con toda la respetabilidad del mundo, las dejó pasar.

–Yo os dejo –dijo el periodista–. Mañana será un día muy complicado y quiero descansar un poco. Salvador de Andrés se despidió de nosotros y enfiló hacia su casa pisándose los párpados de cansancio.

La torre de la catedral era el único lugar fiable donde cobijarnos. A buen seguro que nadie sospecharía que nos ocultábamos allí. Mi amigo el periodista, que parecía estar atento a todo, se había preocupado de llevar la noche anterior víveres como para aguantar una semana entera. El campanero nos condujo a un cuarto recóndito al fondo de un pasillo en penumbras, que había acondicionado un poco con unos jergones de paja.

–No he podido encontrar nada mejor. En este cuarto guardo decenas de herramientas y algunos recambios viejos del reloj. Sólo lo uso yo, por lo que no os preocupéis por vuestra seguridad. Nadie sube por aquí. De hecho, estoy convencido de que muchos sacerdotes ni siquiera conocen su existencia.

–Muchísimas gracias –agradecieron al unísono tanto la Charo como Violeta.

Me pareció ver un viso de compasión en la mirada de don Nemesio.

–Dénselas a Germán y a Salvador –compuso con voz templada desviando la vista hacia un lado del suelo–. Por cierto, ahí tenéis unas mantas para cubriros. Que descanséis.

Y dicho esto, cerró la puerta.

Durante la noche apenas dormimos. Empecé a dar vueltas, con la frente perlada en sudor. Llevaba un buen rato en este estado cuando la tenue luz que entraba por un ventanuco me descubrió la cara de Violeta con los ojos abiertos. Me acerqué sigilosamente hasta ella.

–Ven, te voy a mostrar el lugar más bello del mundo. Con el máximo cuidado de no hacer ruido subimos hasta el campanario.

–¡Ten cuidado con ese escalón!

Una vez arriba, aferré con sutileza su mano derecha y tiré de ella para que pudiese ver la maravillosa estampa de una Salamanca que estaba seguro que apenas conocía y que quería que viese.

La luna llena aún se mantenía en lo alto del firmamento.

Violeta se quedó absorta en medio de aquella imagen irreal. Por suerte, un viento templado había empujado las nubes, dejando al descubierto un manto de estrellas sobre nuestras cabezas. Una ligera brisa empujaba las ondas de su pelo sobre sus mejillas mientras miraba a derecha e izquierda sin perder detalle. Permaneció embelesada un par de minutos, los cuales yo aproveché para coger un alambre que había en el suelo.

Henchida de nuevas emociones, se dio la vuelta y observé un par de lágrimas rodando desde sus ojos.

–No parece Salamanca. La que yo conozco es mucho más tenebrosa.

–Pues sí que lo es, Violeta. Es nuestra ciudad vista desde arriba, sin miserias.

–Sólo por este momento ha merecido la pena haber estado encerrada en esa prisión –expresó mientras me acariciaba la mejilla y me abrazaba.

Me sentí morir.

–No era mi intención montar todo este espectáculo para que estuvieses aquí –le susurré al oído.

Violeta rió de modo angelical, patinando sobre sus preciosas facciones una nueva mirada de regocijo.

–Y menos con mi madre presente...

Ambos reímos de nuevo.

–Violeta –inicié de nuevo tras otro paréntesis de besos–, he de decirte una cosa. No tengo la menor idea de cómo acabará este embrollo, pero pase lo que pase no quiero que vuelvas a trabajar en el Cabaret de la Manola, si es que abre sus puertas de nuevo.

Entristeció al segundo.

–Germán, sabes perfectamente que no puedo dejar a mi madre sola frente al negocio. Nosotras no tenemos otra elección, mal que nos pese. Estamos predestinadas a ello, por mucho que mi madre se empeñe en intentar evitarlo.

–No lo creo así. De momento, quiero que vengas a vivir conmigo –le solté con el pleno convencimiento de saber que estaba haciendo lo correcto.

Violeta abrió los ojos de par en par, en silencio. Se giró para ver de nuevo el horizonte.

–Ya sé que vas a decir..., que no estamos casados.

Movió el cuello en un gesto de asentimiento, sin darse la vuelta.

–Eso mismo es lo que te estoy pidiendo aquí, en el que creo que es el lugar más romántico de toda Salamanca. Quiero que te cases conmigo.

Al oír mi proposición se giró bruscamente. Las facciones de su cara se habían solidificado, y antes de que se descongelasen agarré un dedo de su

mano derecha y le encajé una especie de anillo que había conseguido elaborar con el alambre que había recogido del suelo.

Si tuviese que describir la cara que puso Violeta al ver mi acción, no podría hacerlo. Estaba petrificada, sin quitar su mirada del improvisado anillo mientras le daba vueltas. De pronto comenzó a temblar, nerviosa. Hasta el momento yo había conseguido mantenerme en el limbo de la serenidad, aquietando mis nervios a corta distancia. Sin embargo, su mutismo estaba destrozando mi frágil estoicismo. De pronto, levantando una mirada húmeda, dijo:

–Sí, quiero.

El cielo, con todas sus estrellas, se me cayó encima. Suspiré nervioso y cerré los ojos, aliviado.

Violeta se abalanzó sobre mí y caímos al suelo, rodando y riendo. Me propinó un beso largo, de los que no se olvidan, eterno.

–¡Sí quiero, sí quiero, sí quiero! –volvió a repetir henchida de júbilo sin soltarme.

Por primera vez en mi vida me sentía completamente a gusto conmigo mismo, y creo que ella también. Violeta nunca había tenido una vida fácil, y en mí había encontrado ese hombro que todos necesitamos alguna vez. Durante nuestros largos paseos lo cierto es que me había costado acceder dentro de ella, quitarle esa gruesa coraza que tienen todas las chicas del *barrio* para poder llegar hasta su interior. Pero lo había conseguido, y aquí estaba la prueba. El sí que me había regalado lo justificaba todo.

–Para el futuro no tengo nada pensado, pero tampoco creas que me he precipitado o que se ha debido a un arranque de locura. Llevaba tiempo pensando cómo pedírtelo, y este precioso decorado me ha envalentonado. No creo que exista lugar más bello en Salamanca para pedir tu mano –le expliqué incorporándome y asiéndole las dos manos–. Eso sí, disfruta bien de las vistas, porque quizá nunca más podamos volver a este lugar. Don Nemesio es un hombre de tradiciones, y como se entere que estamos aquí es capaz de

lanzarnos al vacío.

Violeta mostró de nuevo esa amplia sonrisa tan característica.

–Germán, me ha encantado. Acepto por muchos motivos. El primero es que, aparte de mi madre, nunca nadie se ha preocupado por mí si no es para intentar tirarme sobre una cama. Eres un hombre bueno.

–Gracias.

–Gracias a ti –me refirió quitándome una lágrima–. ¿Pero sabes qué es lo que más me gusta de ti?

–¿Mi capacidad para estar siempre en el lugar equivocado?

–No, bobo –negó sonriendo–. Es la capacidad que tienes para echar a volar tu imaginación y tu entusiasmo. Eso es lo que más me ha encandilado, tu habilidad para soñar.

–¿En serio?

–Te lo aseguro. A tu lado parece que todo es posible, que cualquier cosa está al alcance de la mano. Y no me refiero a lo material. ¿Cómo no voy a desear estar contigo?

–Gracias de nuevo.

–Te quiero, Germán.

Aquellas fueron las últimas palabras que pronunciamos bajo la legendaria campana de María de la O. Después de eso, ambos nos fundimos con la noche.

Los días pasaron y ya sólo faltaba uno para el gran concierto de otoño.

Hasta entonces habíamos permanecido hibernando y subsistiendo, gracias a la inestimable ayuda de don Nemesio y de Salvador de Andrés. Según el periodista, Gumersindo Camiñas continuaba peinando la ciudad en

busca de nosotros tres y Lorenzo Greiner había desaparecido de la vida social. La triste noticia del entierro de Lourdes Bellido nos había llegado al alma. Finalmente, tras tanto tiempo esperando a que los permisos de forenses y jueces lo permitieran, la habían enterrado en una fosa común del cementerio. Absolutamente nadie había aparecido en su funeral, y en su último paseo ni tan siquiera se había realizado la triste ceremonia con hachones, pues nadie los pagó. Me juré a mí mismo que cuando todo se aclarase pasaría por el cementerio a dejarle unas flores, de esas que tanto le gustaban. Me pregunté si Elena Greiner tendría conocimiento de la sombría muerte de su madre. Seguro que no, y lo cierto es que no me imaginé ser yo el que tuviese que detallarle su terrible final.

Por el contrario, y en el lado positivo de la balanza, Violeta y yo disfrutamos durante esas semanas de forzado encierro de numerosos momentos a solas, permitiéndonos conocer más a fondo, lo que no hizo sino acrecentar nuestro deseo de estar juntos para siempre. Hablábamos permanentemente sobre nuestro futuro, sin divagar sobre imposibles y teniendo los pies en el suelo. Durante la segunda semana de encierro habíamos conseguido el beneplácito de don Nemesio para poder subir a lo alto del campanario, lo cual me sorprendió enormemente.

–Pero sólo a partir de la medianoche –nos había dicho el campanero arrastrando sus palabras–. Don Gonzalo anda con la mosca detrás de la oreja.

La Charo estaba cada vez más intranquila al ver que el Cabaret de la Manola continuaba clausurado y que no podía hacer nada por solucionarlo. Su relación con don Nemesio había mejorado algo. Al menos habían pasado de tener unas pocas y huidizas miradas a intercambiar un par de frases cordiales cada vez que se cruzaban.

–Ten paciencia, Charo –le repetía yo–. Hasta el día del concierto no podemos hacer nada. Todo se arreglará, ya lo verás.

Aquella noche Salvador de Andrés apareció por la catedral con gesto serio.

–Tú de momento tienes que mantenerte al margen –me dijo tajantemente.

–¿Pero qué dices? Eso es imposible. Necesito ir al concierto y detener a Greiner. De lo contrario se adjudicará la obra de mi padre.

El periodista suspiró.

–Germán, nadie te puede ver.

–Eso ya lo sé, Salvador.

–Recuerda que estás muerto, y no es de recibo que los muertos anden por ahí presenciando un concierto –dijo de modo sarcástico. Saqué del bolsillo de mi pantalón un periódico doblado por la mitad del mes de agosto. Don Nemesio miró de soslayo.

## HOMBRE AHOGADO

*Como ocurre todos los años, en estos meses de verano, la benemérita del Puente del Congosto comunica que en el río Tormes, a su paso por el término municipal de Bercimuelle, concretamente en el paraje conocido como el Charco de Santa María, ha perecido ahogado un hombre vecino de Salamanca. Fueron los jóvenes Celedonio Martín y Luis Gaspar los que encontraron sin vida a un hombre de cerca de treinta años en avanzado estado de descomposición.*

*Sobre las ocho de la tarde llegaron al lugar del suceso el señor Pascual juez de instrucción, el señor Blanco, escribano, y el señor Jiménez, médico. Cuando llegaron, estaban custodiando el cadáver el inspector Conde y una pareja de seguridad. Se dio aviso a su vez al inspector segundo Gumersindo Camiñas de la capital. Al cierre de esta edición no se tiene conocimiento exacto de la identidad del muerto, aunque todo indica que podría tratarse de*

*un vecino de la ciudad con las iniciales G. E. Instruidas las primeras diligencias, el cadáver fue trasladado al depósito, donde se le realizará la autopsia.*

–Recuerda que yo mismo certifiqué tu muerte.

–Sabes perfectamente que Camiñas nunca se ha tragado esa bola.

–Lo crea o no, tú estás muerto y punto. Llevas aquí cerca de un mes muy tranquilito por si acaso, y no pretenderás fastidiarla el último día. Violeta y la Charo también deben quedarse aquí, por su propia seguridad, al menos hasta que acabe el concierto.

El plan de Salvador de Andrés era sencillo y a la vez complicado. Aunque aún no sabía muy bien cómo hacerlo, debía detener la interpretación de la obra y, sobre todo, demostrar mi inocencia. Quitarme de encima la muerte de Lourdes Bellido era vital para que a partir de aquel día todos pudiésemos disfrutar de la rutina que llevábamos hasta hacía apenas unos meses, aunque algo me decía que eso ya sería imposible, para bien o para mal.

Los caminos que había tomado Salvador para esclarecer la verdad habían sido tres durante las últimas semanas: el cabo Pérez, el chico de la relojería Winzer que me había entregado la nota y, cómo no, Elena Greiner. Respecto al cabo Pérez, por más que de Andrés había indagado sobre su paradero no había podido conseguir ningún dato fiable. Parecía que se lo había tragado la tierra, o seguramente que alguien había hecho que se lo tragara la tierra. Todavía resonaba en mi cabeza el grito desgarrador tras mi huida de la comisaría. Lo que su olfato de sabueso sí había conseguido era poder interrogar durante diez minutos al chiquillo de la relojería Winzer; valiéndose de una generosa chocolatina y de sus dotes para entablar cualquier conversación, había logrado descubrir que la nota le había sido entregada por un hombre con ciertas zonas de su cara quemadas por el fuego a cambio de unas monedas, por lo que había sido fácil deducir que se trataba de Andrea Visconti. El resto de esa historia ya la conocíamos.



Las razones y el modo en el que Lourdes Bellido había conseguido vivir en aquella mansión pasando totalmente desapercibida durante años aún suponían un enigma por descubrir.

Por poco tiempo.

## **CUARTA PARTE**

### **IL RESULTATO**

*Ogni uomo al suo posto*

*Salamanca, 14 de octubre de 1916*

**39**

El gran y ansiado día había llegado definitivamente. Por supuesto, todos los diarios se habían hecho eco del acontecimiento musical, contagiando a la ciudad una alegría desbordante. A pesar de quedar varias horas hasta la hora del acontecimiento, Salamanca hervía de emoción desde bien temprano. Las entradas del Teatro Bretón se habían agotado en apenas unas horas, y eran varios los reventas que deambulaban por las calles para conseguir dividendos de manera cómoda.

Rondaban las doce y media del mediodía cuando Elena Greiner se presentó en la habitación de don Nemesio. Avisada por Salvador de Andrés, aún mantenía una respiración agitada tras la rápida caminata.

–No tengo mucho tiempo –matizó nada más entrar–. Si mi padre se entera que estoy aquí, me hará picadillo, y a ti ni te cuento, Germán.

Digerida la amenaza fui directo al grano.

–Elena, no puedes tocar esa obra.

Elena Greiner se retiró una onda de pelo que le caía sobre su lado derecho, y soltando un suspiro explicó:

–Eso ya no está en mi mano, Germán. Ha habido un cambio de planes y dicha partitura será interpretada por Fernando Coco.

–¿Fernando?

–Así es. Me temo que mi padre ha sospechado algo y teme que yo no logre interpretarla. Esta última semana hemos discutido hasta la extenuación.

–¿Y qué hay de ese regalo que tenía preparado para ti?

–Mi padre tiene un ego que no puede con él –alegó bajando la cabeza–. Parece que ya no importa que sea yo la que toque esa melodía. Hace no demasiados días me soltó que la partitura sólo pasaría a la historia si la interpretaba alguien con buenas dotes con el violín, y que así su nombre quedaría grabado en el olimpo de los grandes músicos.

–¿Aunque fuera pasando por encima de ti?

–Y por encima de mi madre –sentenció con los ojos humedecidos.

Expresarle a Elena Greiner mis suposiciones, o más bien afirmaciones, relativas a la verdadera identidad de la mujer que había sido asesinada en la avenida Canals me resultaba tremendamente violento, aunque tras las palabras que me había vertido tuve la ligera sospecha de que algo sabía.

–¿Tu madre? Pero si desapareció hace muchos años –se me ocurrió preguntarle para ver por dónde salía.

Elena me miró de forma indescriptible.

–Vamos a ser francos, Germán –señaló clavándome sus retinas–. La persona que murió en la avenida Canals era mi madre. Ambos lo sabemos más que de sobra. De hecho, tú la viste morir.

Mantuvimos un denso silencio. Las siguientes palabras que yo pretendía pronunciar murieron en la punta de la lengua.

–No tuve nada que ver con su muerte –rompí tras unos segundos interminables.

–Lo sé. No creas que te estoy acusando de nada.

Toda la entereza que Elena había mantenido hasta ese momento se desmoronó como un castillo de naipes y rompió a llorar.

–Lo siento –fue lo único que conseguí articular.

Elena se apoyó en mi omoplato y sus lágrimas comenzaron a humedecer mi hombrera. Tras un buen rato, consiguió sosegar.

–Ni tan siquiera pude ir a su entierro, Germán. No pude llorarla.

Me quedé mirando sus ojos llenos de lágrimas, pero no dije nada. Por primera vez me pude fijar detenidamente en las líneas de su cara, en sus gestos y sobre todo en el bello color de sus ojos. Aquellas gemas sólo eran comparables a las de otra mujer: Violeta. En el aquel momento no tuve ninguna duda de que eran hermanas por parte de padre.

–La razón por la cual mi madre acudió a tu taller fue para que el recuerdo de aquel viejo violinista no se desvaneciese en las brumas del olvido –prosiguió tras serenarse durante un largo rato–. Aquel hombre, indirectamente, le abrió los ojos. Descubrió el infierno en el que hasta entonces estaba viviendo e hizo tambalear por primera vez los falsos cimientos sobre los que se sustentaba la honorable fama de mi padre. El violín había permanecido con ella todos estos años, a la espera de que alguien pudiese arreglarlo. Cuando nos enteramos, algo tarde, de que habían abierto un taller de luthería, tu taller, pudimos hacerlo.

–De poco sirvió –solté desafortunadamente al recordar la brutal muerte de su madre.

–¿De poco? –dijo enojada–. Los dos meses que estuviste arreglando el instrumento fueron los más felices de su vida, al menos desde que yo tengo uso de razón. A pesar de su enfermedad, percibí una notable mejoría en ella en todos los sentidos. Estaba alegre y rebosaba felicidad por todos sus poros. Supongo que, tras tantos años recluida en aquella mansión, aquello le infundía ánimos y le servía como vía de escape. El día que fue a tu establecimiento fue el primero en muchos años en el que se decidió a salir de su encierro.

–¿Sabes una cosa, Elena? Yo conocí a tu madre cuando era pequeño. Entré en aquella residencia abandonada cuando apenas tenía diez años.

Elena Greiner hizo un rápido cálculo mental.

–Para entonces llevaba allí unos cinco años, aunque a intervalos. ¿Sabes cómo supe que se encontraba allí?

–Sorpréndeme.

–Por el cabo Pérez.

–¿Cómo? –inquirí sin poder creer lo que oía.

–Lo que has oído –sentenció a media sonrisa.

–¿Pero de qué conoces tú al cabo Pérez? ¿Por tu padre?

La pianista se ruborizó.

–No, por mi padre no. Bueno, realmente sí. Es que..., es un amigo.

–¿Amigo?

–Lo cierto es que mantenemos una relación.

Aquella respuesta me pilló totalmente desprevenido. Elena y ese buen hombre distarían en edad al menos unos quince años. Antes de que pudiese preguntarle algo más, ella continuó.

–Como seguro sabrás, mi madre sufría una enfermedad degenerativa. En numerosas ocasiones se fugaba de casa y desaparecía perdiéndose por las calles de Salamanca, aunque esa es sólo una verdad a medias. Lo cierto es que mi padre apenas si la dejaba salir de casa, por lo que ella tuvo que inventarse dichos episodios para poder escaparse de aquellas cuatro paredes que la estaban matando más que su propia enfermedad. Mi madre vivía atormentada bajo la influencia de un cacique que no la dejaba alejarse más allá de sus dominios. Cada vez que desaparecía, mi padre ponía a toda la policía a buscarla por la ciudad y sus alrededores, aunque quienes realmente se encargaban del caso eran el inspector segundo Gumersindo Camiñas y un jovencísimo ayudante que, como puedes suponer, se apellidaba Pérez. Ambos visitaban a menudo mi casa. Mientras Camiñas se metía en el despacho de mi padre para dialogar acaloradamente por lo infructuoso de las búsquedas, Pérez y yo nos fuimos conociendo y nos caímos bien. Las escapadas de mi madre

duraban cada vez más, aunque siempre acababa regresando por su propio pie, lo que tenía a mi padre tremendamente escamado. Una de esas veces no regresó. Mientras Camiñas y mi padre se enfrascaron en una nueva discusión, esta vez más fuerte, Pérez me confesó que conocía muy bien a mi madre. Ella le había confiado sus secretos y él por lo visto le había cogido cariño, y por ello llevaba tiempo ayudándola durante sus escapadas.

Yo la escuchaba hipnotizado, tratando de recomponer rápidamente una de las últimas piezas de aquel complicado puzle.

—Pérez me aseguró que esa vez la escapada era definitiva, y que mi madre no pensaba regresar jamás a aquella casa donde se sentía prisionera y no querida. Él sabía perfectamente dónde encontrarla, y mi propia madre había querido que yo lo supiera. Algo en sus ojos me llevó a confiar en aquel joven policía, y dos días después, cuando mi padre no estaba en casa, me llevó hasta la mansión de la avenida Canals. Mi madre se encontraba allí. Aquel día me explicó que las fugas que llevaban repitiéndose durante dos años eran simuladas y el motivo que le había obligado a ello. Hacía tiempo que había encontrado refugio en esa mansión abandonada y durante algunas de sus escapadas anteriores incluso dormía allí. Pérez lo sabía y la ayudaba. Cuando ya no le quedaba dinero para subsistir y tirar más para adelante, el propio Pérez era el encargado de llevarla discretamente de vuelta hasta la puerta de nuestra casa en la plaza del Liceo.

En ese momento vino a mi mente el recuerdo de las dos siluetas que vi en aquella ventana la primera vez que entré en aquella mansión: eran Lourdes Bellido y el cabo Pérez.

—A raíz de aquello Pérez y yo comenzamos a vernos más, llevando en secreto el paradero de mi madre. Nos hicimos íntimos amigos y aquello acabó desembocando en la relación que mantenemos hasta la fecha.

—Por eso me ayudó a escapar de la comisaría —resolví atando cabos—. Tú lo sabías todo.

Elena Greiner asintió mientras seguían deslizándose lágrimas por sus mejillas.

–Bueno, todo no –negó arrastrando sus lágrimas con el dorso de la mano–. Todavía no sé el verdadero motivo que llevó a mi madre a irse definitivamente de casa.

Aquella frase fue como una puñalada por la espalda. A punto estuve de decirle que la razón tenía curvas de mujer, y que esa mujer estaba en el piso de arriba, pero algo me dijo que todavía no era el momento.

–Y luego está la visita de Andrea Visconti. Parece como si mi padre lo conociese de toda la vida. Desde que llegó a la ciudad no se separa de él.

–Eso es algo que debemos averiguar. Creo que pronto lo sabremos.

Elena Greiner miró su reloj y suspiró.

–Debo irme, Germán. No quiero que mi padre me eche en falta. Es necesario que actúe de modo completamente normal.

Me dio un beso en la mejilla y comenzó su camino hacia la puerta.

–¡Elena, espera! –exclamé–. Cuando hui de la comisaría oí un grito desgarrador a mi espalda. Desde entonces he creído que algo terrible le había pasado al cabo Pérez.

Elena sonrió.

–No, Germán. Simplemente terminó de saldar cuentas con aquellos dos matones italianos. Ahora está a salvo, escondido, esperando a que todo esto acabe.

–Dale las gracias al cabo Pérez si te comunicas con él.

–Se llama Sebastián. Así lo haré –concluyó–. Quizás muy pronto puedas dárselas tú mismo.

Y abriendo la puerta, desapareció escaleras abajo con la delicadeza de un ángel. Fui corriendo hasta el hueco de las escaleras y grité:

–Tu padre no sabe quién ayudó a su mujer, ¿verdad?



Elena se giró de nuevo.

–Aún no lo ha descubierto, pero me temo que no tardará en hacerlo  
–susurró entre la penumbra.

Violeta y su madre, siguiendo los consejos de Salvador de Andrés, se quedaron en el cuarto prestado por don Nemesio. Toda precaución era poca en las siguientes horas.

Yo, en cambio, desoí todos los consejos y súplicas. Tras un cruce de opiniones contrarias durante la noche anterior, de Andrés había accedido a que yo acudiese al Bretón. Le hice entender que no podía quedarme de brazos cruzados en la catedral esperando a que él intentase parar el espectáculo, y que para mí era algo no necesario, sino vital. Eso sí, le había tenido que prometer a cambio que me sentaría entre el público y me mantendría al margen salvo que él necesitara mi ayuda.

Como tenía que pasar desapercibido, ideamos un aspecto acorde para ello. Salvador me prestó uno de sus mejores trajes, trayéndolo a primera hora, y Violeta me rasuró el cabello, peinándome con la raya a un lado y fijándolo con zumo de limón. Con los pelos cortados habíamos elaborado un falso bigote, que me había endosado bajo la nariz gracias a un pegajoso mejunje que había elaborado don Nemesio.

–Pareces un banquero –añadió Violeta mientras me estiraba el cuello de la camisa.

–No sé lo que parezco, pero sí que estoy muy nervioso.

–Tranquilo, todo saldrá bien.

–Eso espero –asentí con serias dudas.

Agarré dos cartas que llevaba en el bolsillo y se las tendí.

–Una es la partitura que compuso mi padre, y la otra una carta dirigida a mí en la que indica que me corresponden todos los derechos. Guárdala en un lugar seguro por si a mí me pasase algo. En esta Catedral hay numerosos

recovecos donde hacerlo.

Violeta me miró extrañada.

–Es una larga historia, Violeta. Cuando todo finalice te la contaré hasta el más mínimo detalle. Si no lo he hecho antes ha sido para protegerte.

El día estaba templado. A pesar de que octubre solía ser un mes cálido, el termómetro no había subido aún de los quince grados. El cielo, salpicado de unos desafiantes nubarrones, no presagiaba ninguna mejoría, al menos ese día.

No faltaban ni dos horas para el evento.

Bajo aquel aparente disfraz, decidí que el mejor camuflaje era la naturalidad, por lo que en vez de aproximarme hasta el Teatro Bretón por callejuelas, escondiéndome, resolví ir dando un tranquilo paseo por donde iría cualquier honorable caballero salmantino. Así, avancé por la Rúa, y antes de llegar a la concurrida plaza del Corriño giré a la derecha para bajar por San Justo hacia la plaza Bretón. En cierto modo, disfruté del paseo.

Necesitaba sentir el aire fresco de la calle después de tantos días de encierro. Los nervios se fueron disipando a medida que avanzaba, y cuando al fin arribé a la plaza expulsé una gran bocanada de aire.

Numerosos corrillos de gente se arremolinaban frente a la fachada del Teatro Bretón, fumando y platicando de modo informal. Las personalidades más influyentes de la ciudad se concentraban cercanas a la puerta, haciendo gala de los nuevos logros conseguidos tras las puertas de sus despachos o consultas. Las localidades de abono, agotadas enseguida, se habían despachado en el comercio de la Plaza Mayor *El Precio Fijo*, de los señores Sebastián Rodríguez y Compañía. Según los diarios, el lleno era absoluto y eran decenas las personas que se habían quedado sin localidad para disfrutar del espectáculo. Sin duda alguna, la empresa organizadora del evento había logrado contagiar esa devoción por la música a toda la ciudad, ofreciendo incluso un *lunch* en la Escuela de San Eloy a las seis de la tarde. La “invitación” para asistir a dicho almuerzo se adquiría por separado, en las librerías de Núñez, de Calón y en la propia Escuela de San Eloy, y costaba la

friolera de cinco pesetas cada tarjeta.

Deambulé entre los corrillos, escuchando con disimulo fragmentos de los diálogos de los parroquianos. Tampoco es que fuera una labor muy complicada en este país donde todo se habla a grito pelado. La mayoría de las conversaciones versaban sobre la agitada actualidad, como la fiesta de la raza celebrada el día anterior, día de la Virgen del Pilar, las innumerables huelgas que se sucedían en la ciudad o el desarme de los griegos por parte de los aliados en un nuevo episodio bélico de la Gran Guerra que se libraba en Europa.

En esto estaba cuando percibí que la multitud comenzó a mirar en dirección a la calle San Justo. A lo lejos, a la par de la plazuela del mismo nombre, un corrillo de no menos dieciocho o veinte personas se acercaba en dirección a la Plaza Bretón. Por los aplausos que resonaron a continuación deduje que el epicentro de aquella marabunta de gente no era otro que el compositor y violinista Tomás Bretón, protagonista de la jornada. El gentío que lo envolvía me impedía distinguir las caras de sus acompañantes, por lo que me subí al resquicio de una ventana para tener una mejor visión. Tomás Bretón transitaba alegre, departiendo sonrisas y saludos a derecha e izquierda, mientras varios muchachos intentaban sin apenas éxito ir apartando a sus fervientes admiradores. Cuando se acercaron más pude reconocer a algunos de los hombres que marchaban a su lado: su hijo Abelardo, su pariente el industrial Julián Maldonado y Bartolomé Pérez Casas, director de la Orquesta Filarmónica de Madrid. Todos ellos caminaban sonrientes, contagiados por el optimismo del momento. También distinguí al alcalde accidental en aquel momento, don Manuel Mirat, que circulaba acoplado a una nutrida comisión de concejales que departían jubilosamente con el presidente de la Diputación provincial. El resto de la corte lo formaban comisiones de la Escuela de San Eloy, representantes de la sociedad de dependientes de la Cámara de Comercio, agentes de Salamanca, y un largo etcétera de alimañas de despacho.

Eché la vista más hacia atrás cuando me topé con dos caras de sobra conocidas: Lorenzo Greiner y Andrea Visconti.

El italiano iba vestido completamente de negro, como un cuervo, y no

perdía de vista a cuantos se acercaban al grupo. Algo en su mirada me hizo presuponer que la quimera de Salvador de Andrés al fingir mi muerte no había cuajado. Su mirada era desconfiada, aunque quisiese disimularla bajo un amplio sombrero de ala ancha. Lorenzo Greiner transitaba a su izquierda con gesto serio; ojos clavados al frente, andar seguro, cuello erguido y una carpeta en su brazo derecho.

*“Ahí está la partitura, mi partitura”*, pensé.

Tras unos segundos interminables, y tras detenerse no pocas veces el maestro Bretón para saludar a conocidos y admiradores, consiguieron introducirse en el Teatro. El gentío se colocó tras ellos y comenzó a entrar desfilando hacia sus asientos. Una vez que todos lo hicieron se cerraron las puertas del Teatro y un silencio sepulcral inundó la vía.

Un trueno rasgó aquel momento. Miré hacia arriba y observé un cielo sombrío, casi tenebroso. Instintivamente me santigué y enfilé hacia la parte trasera del teatro con la firme convicción de entrar en aquel edificio y salvaguardar el honor de mi desdichado padre y sobre todo el de Danilo Pavesi.

Era la segunda vez que entraba en un teatro sobornando a alguien. La primera vez había sido en Cremona, con Danilo Pavesi, en el Teatro della Comune. En esta ocasión me resultó igual de fácil. Ciertamente, el dinero es un pasaporte universal.

Me deslicé por un pasadizo ahogado en sombras en el que el polvo era el dueño. Giré a la izquierda, con cuidado de no mancharme el traje, y atravesé un par de galerías por las que ya comenzaban a filtrarse los sonidos que provenían del anfiteatro. A medida que iba avanzando más claras llegaban a mis oídos las ovaciones. Tiempo atrás había recorrido aquellos pasadizos en una visita guiada al Bretón, de modo que no eran desconocidos para mí. Tras otro par de giros alcancé un pasillo enmoquetado.

Mi próximo paso sería buscar alguna butaca libre y sentarme tranquilo, como le había prometido a de Andrés, aunque no sería tarea fácil a juzgar por el éxito de taquilla.

Llegué a un punto de no retorno. Justo a la izquierda se abrían un par de puertas que daban al anfiteatro. Respiré hondo, contuve el aliento y esperé a la siguiente ovación para avanzar. Justo entonces, cuando iba a entrar, alguien tocó mi hombro.

–¡Perdone!

Mi corazón estuvo a punto de salir por la boca. Cuando me giré reparé en un chico que rondaría la treintena. Iba vestido con una chaqueta roja ametrallada de botones dorados y un pantalón de tela negro. Su sonrisa me hizo entender que se dirigía hacia mí más en tono de auxilio que de reproche.

–El concierto está a punto de empezar. Si fuera tan amable de ocupar su lugar... –indicó con tono educado extendiendo su brazo derecho.

–Bien... Lo cierto es que he extraviado la entrada con el tumulto en la puerta, y ahora no sé cuál es mi localidad.

–No se preocupe, sígame. Yo le indico.

Desestimando la opción de montar un espectáculo para desembarazarme del joven, decidí seguir sus indicaciones. En vez de atravesar la puerta que teníamos enfrente continuamos por el pasillo y accedimos dos puertas más allá, subiendo unas pocas escaleras.

–Ahí tiene su localidad, señor Etura, que disfrute del espectáculo. En aquel instante se me heló la sangre.

*Maldita sea, me han descubierto.*

La puerta daba acceso a un palco lateral. El anfiteatro caía a la derecha y desde aquellas localidades se disfrutaba de una visión perfecta de todo el Teatro Bretón. Disponía de seis asientos, ocupados por cinco personas que miraban hacia el escenario y que no se giraron a mi llegada. Oí que la puerta se cerraba a mi espalda.

–Siéntate, Germán –dijo uno de ellos manteniendo la vista al frente y señalando la única plaza disponible.

Barajé la posibilidad de correr como alma que lleva el diablo, pero algo me dijo que no tenía más opción que hacer caso. Algo no me cuadraba. Si deseaban atraparme de nuevo lo hubiesen hecho en el pasillo, sin testigos. Aquel palco estaba expuesto a decenas de miradas. Además, aquella voz, aquel acento tan musical..., me resultaba extrañamente familiar.

Estaba bastante oscuro. Con paso corto, obedecí y me senté a la derecha del hombre que había hablado. El individuo se giró lentamente y me sonrió con naturalidad.

–Ha pasado mucho tiempo, Germán, pero sigues igual. No has cambiado, a pesar de llevar ese ridículo bigote postizo.

Me sentí hundido ante la evidencia.

–¿No me vas a saludar? –preguntó sonriendo mientras me daba un caluroso abrazo. Lo reconocí al instante.

–¡Renato! Eres tú. No te imaginas cómo me alegro de verte. Jamás hubiese pensado que pudiese reencontrarme contigo en Salamanca. Estoy gratamente sorprendido –articulé tratando de recomponerme tras el susto que me había llevado momentos antes.

No habían pasado los años por su físico. El tiempo apenas había erosionado su cara y apenas mostraba arrugas, manteniendo las canas a raya sobre un cabello frondoso y ensortijado no común para su edad. Su vestimenta, sin tildar de ostentosa, continuaba manteniéndose en tonos oscuros. A su lado descansaba su inseparable sombrero italiano de fieltro marrón.

*Scheherazade*, la obra compuesta por Rimsky–Korsakov, comenzó a inundar el teatro. Era una música diferente a todo lo que había oído durante mi estancia en Italia. Era música para soñar, enigmática, como una bocanada de aire fresco. Aún recordaba las palabras de Fernando Coco refiriéndose a ella: *La obra de Korsakov destaca por su extraordinario colando, por su ritmo y por el fabuloso uso de melodías de doble carácter para combinar dos culturas y dos temperamentos, el occidental y el oriental.*

–Llevo un mes escaso en la ciudad –me dijo haciendo regresar mi consciencia–. Muy bonita, por cierto. Me recuerda algo a Florencia, salvando las distancias, claro está.

–Si llego a saber de tu llegada te hubiese ido a recoger a la estación –le mentí–. ¿Dónde te hospedas?

–En el Hotel del Comercio, cerca de la Plaza Mayor, que por cierto tiene las mejores truchas y el mejor jamón que he probado nunca. Eso sí, el vino no está ni mucho menos a la altura.

–He oído hablar de él –le contesté quedándome embobado como si estuviese hablando con un fantasma.

El italiano se percató de mi embobamiento.

–Te resulta extraña mi presencia, ¿verdad? –inquirió en tono pausado colocándome una mano en mi hombro.

Después de lo acontecido durante los últimos meses, pocas cosas me podían ya sorprender. Aunque su presencia no dejaba de ser insólita, era evidente que el violinista estaba allí por un motivo concreto que no tardaría en transmitirme.

–Últimamente nada me parece extraño, Renato. No estoy pasando por un buen momento.

Renato desgranó una sonrisa.

–Estoy aquí por tu padre –continuó apoyándose contra la balaustrada–. Así que creo que tú y yo compartimos las mismas inquietudes. Llevo mucho, muchísimo tiempo siguiendo los pasos de Andrea Visconti y conozco sus intenciones. Estaba convencido de que esta noche ibas a acudir al concierto, aunque también me olía que tendrías dificultades para hacerlo. Por si acaso me necesitabas he reservado dos butacas. Pura intuición. Tienes suerte de que aún goce de buena vista y te haya localizado en esa puerta de ahí hace un rato. Enseguida llamé al mozo para que te condujera hasta aquí, antes de que otros te descubrieran.

*Scheherazade* concluyó con una oleada de aplausos. El público estaba disfrutando del inicio de la velada. El director de la filarmónica había dominado el ritmo de un modo magistral.

–Entonces, ¿estás al tanto de todo?

–Eso creo.

¿Por qué crees entonces que Visconti y Greiner quieren robar la autoría de la obra a mi padre?

–Eso es algo evidente, Germán. Primero por venganza, segundo porque es sublime, prácticamente perfecta, y tercero porque es fácil apropiarse de ella, pues no fue protegida como debió haberse hecho.

–Eso es porque se la robaron, Renato. Mi padre acabó sus días en Salamanca como un mendigo. Fue asesinado por culpa de esa partitura. Los cobardes que lo hicieron dejaron su cuerpo apoyado contra un árbol a las afueras de esta ciudad, pudriéndose –levanté la voz mientras apretaba los puños de rabia.

Varios espectadores me increparon de forma educada.

–Lo sé, Germán. Conozco también toda esa historia. Danilo me la contó.

Arqueé las cejas completamente sorprendido.

–¿Me estás diciendo que Danilo y tú estabais al corriente de todo esto durante mi estancia en Italia y no me dijisteis nada?

Renato Pisani asintió con convicción.

–Eras muy joven, no necesitabas saber más. Bastantes preocupaciones tenías ya. Tu concentración debía ser plena para aprender el arte de la luthería.

Si algo había aprendido en todos estos años era a saber templar mis nervios, especialmente en todo lo referente al verdadero motivo de mi viaje a Italia. La respuesta de Renato no hacía sino aumentar la extraña impresión de



que aquella etapa, y en general toda mi vida, estaba llena de secretos que todo el mundo conocía menos yo mismo. El violinista se giró de nuevo y hundió sus ojos en mis retinas. Con la seguridad que le aportaba su saber estar, resolvió parte de mis dudas.

–Germán, no debería de ser yo quien te contase todo esto, pero las circunstancias así lo han querido. Danilo, que en paz descanse, hizo todo lo que estuvo en su mano para que tu estancia en Italia fuese lo más provechosa posible. Quizá erró en algunas ocasiones, pero de lo que no hay duda es que consiguió infundirte su amor por los violines, aunque fuera engañándote para llevarte hasta allí. Al final, a pesar de las muchas dificultades, logró formarte en la profesión que ahora desempeñas. Lea también contribuyó a que te sintieses cómodo en un país lejano y te enseñó el idioma y la cultura. Quizá fui yo el que menos te ayudó en esos años, y por ese motivo estoy aquí. Tengo una deuda pendiente con tu padre y con Danilo.

–No acabo de entender los motivos.

–Presta atención. Lo entenderás enseguida, Germán –señaló posando de nuevo su mano sobre mi hombro–. Conoces de sobra la historia del famoso concierto que dimos Lea y yo en Cremona. Pues bien, Andrea Visconti nunca se recuperó de aquello. A partir de aquel momento se obcecó con tu padre hasta tal punto de vivir exclusivamente para hundirle en la miseria. Robó y destruyó el violín que habían construido Danilo y Remedio Muncher, aunque nadie pudo demostrarlo. No contento con ello, quiso apropiarse de la prodigiosa partitura de tu padre. Andrea Visconti tiene muchos amigos influyentes en toda Italia. Es un hombre tan poderoso como malvado. Lea, Danilo y yo supimos que no podríamos detenerlo, por lo que, cuando tu padre conoció la muerte de Cecilia y tu existencia, le aconsejamos que viajase hasta Salamanca en tu busca, en parte para desaparecer de Cremona y en parte para conocerte.

–Y fue el lugar donde encontré la muerte... –asentí apesadumbrado.

–Desgraciadamente sí –afirmó el violinista volviendo su cabeza hacia el escenario–. Y donde le robaron la partitura.

La *Octava Sinfonía* de Beethoven era una de las melodías más bonitas que yo había escuchado nunca. Incluso en alguna ocasión, con la ayuda de Fernando Coco, me había aventurado a tocarla con uno de mis violines, con un resultado aceptable. Era una obra con fraseo fresco y vitalista, muy dinámica. En ese momento, ejecutada de forma precisa por el maestro Bartolomé Pérez Casas, no dejaba de sorprenderme por esa mezcla de exactitud con imperfección que le daba un aliento particular. Una verdadera maravilla.

—Ahora lo entiendo todo —dije con serenidad—. El verdadero motivo por el que Danilo me llevó a Cremona fue para que Andrea Visconti supiese que esa partitura tenía un futuro conmigo, que era mi herencia y que, aun robándola, no podría interpretarla en ningún lugar del mundo.

Renato Pisani dejó caer un silencio de plomo.

—Así es en cierto modo, pero también lo hizo para sacarte de la miseria donde vivías —afirmó con temple—. No lo olvides nunca.

Me quedé sopesando su respuesta.

—¿Y dónde encaja en todo esto Lorenzo Greiner?

—Lorenzo y Andrea eran viejos conocidos y armonizaron en aquel concierto que dimos en Cremona. Ya sabes, como dice el refrán, Dios los crea y el diablo los junta.

—Aun así, hay algo que no logro entender —continué mirando al frente—. ¿Por qué ahora? Podían haber expuesto la obra al mundo tiempo atrás. Al fin y al cabo, la robaron hace mil años.

—Pues supongo que las circunstancias así lo han propiciado. Lo cierto es que a mí también me ha costado ponerme al día respecto a toda esta complicada trama, pero creo que lo he conseguido. Escucha. Lorenzo Greiner descubrió después de muchos años que su mujer aún vivía. El hecho de que Lourdes Bellido hubiese conocido a tu padre, tuviese conocimiento del hurto de la partitura y odiase a Lorenzo Greiner provocó toda esta serie de desgraciados acontecimientos. Esa mujer no debería haber muerto golpeada

por un violín. Sin duda alguna, ello tiene la firma de Andrea Visconti.

–¿Sabes con qué violín la golpearon?

–No tengo la certeza, pero es fácil adivinarlo. Era el violín de Giacomo, ¿verdad?

–Así es, Renato.

Renato Pisani volvió su apenado rostro hacia el anfiteatro y se mantuvo unos segundos en esa posición, no sé si para observar el concierto o para evitar emocionarse. Después volvió a girar la cabeza suavemente y me miró de frente.

–Germán –soltó con firmeza–. Estás metido en algo muy serio, tan serio como peligroso. Y eso me da miedo. Este disfraz te ha servido hasta ahora, pero dudo mucho que puedas aguantar mucho tiempo con esta quimera. Tienen a varias personas vigilando el recinto. No sé si tienes algún plan para desbaratar este concierto, pero debes actuar con sumo cuidado. ¿Te está ayudando alguien?

–Un viejo conocido –respondí–, periodista de *La Gaceta Regional*

–¿Y tenéis algún plan en concreto?

–Pues no puedo estar seguro. Muy a mi pesar, he tenido que dejar todo de su mano. Me ha hecho prometer que me voy a mantener al margen salvo que sea completamente necesario.

A Renato Pisani la respuesta no le dejó indiferente.

–Pero algo sabrás de lo que tiene pensado tu amigo.

–Nada. Sólo sé que pretende interrumpir el concierto en algún momento –repetí seguro–.

–Pues no se me ocurre qué puede tener en mente, pero no encuentro nada factible. Creo que será mejor que salgas de aquí ahora mismo –sugirió señalando con disimulo justo al frente.

Me costó localizarlo, pero justo en el palco de enfrente pude distinguir a un hombre corpulento, ligeramente agazapado, mirando por unos prismáticos a derecha e izquierda. Por suerte, parecía centrarse más en la parte baja que en los palcos. No hicieron falta más de dos segundos para que pudiese distinguir aquella silueta.

—¡Camiñas!

En un acto innato, me levanté como un resorte dispuesto a salir corriendo por la puerta que daba acceso al palco. Renato Pisani me agarró de la muñeca y tiró hacia abajo con fuerza. Se oyeron algunos abucheos a mi espalda.

—¡Siéntate! Aún no te han descubierto, pero como sigas así lo vas a conseguir. Tranquilízate y espera un poco.

El programa continuaba con el *Jardín encantado de Klingsor*, de Wagner, y con un público plenamente entregado. La Sinfónica de Madrid se había metido tan a fondo en aquel cometido operístico que consiguió ponerme también a mí la piel de gallina con su impresionante dramatismo.

—No paro de dar vueltas a las posibles intenciones de tu amigo, pero como no se dé prisa la obra de tu padre sonará en este teatro en breve sin que podamos hacer nada por evitarlo.

—¿Qué opciones tenemos?

Renato Pisani miró en derredor buscando en el aire alguna respuesta.

—¿Quién la va a interpretar?

—Según me ha dicho Elena Greiner, la hija de Lorenzo, lo hará Fernando Coco. Es un violinista de aquí, muy bueno por cierto. Lo conozco personalmente —dije muy a mi pesar—. Era mi amigo.

Renato Pisani escupió un gruñido de impotencia. Según pude apreciar en sus ojos, aquélla no era la respuesta que esperaba. Se apoyó de nuevo en la balconada y se masajeó las sienes mirando al público. Algo llamó su atención.

–Debemos irnos de aquí –instó al tiempo que se levantaba–. Creo que he visto a alguien conocido. Yo saldré primero, y tú hazlo dentro de cinco minutos con mucha tranquilidad. Te espero ahí fuera.

Dicho esto desapareció como un rayo tras los cortinones que adornaban el palco.

Con gesto claro y seguro, el maestro Bartolomé Pérez Casas continuaba dirigiendo a los solistas con su genial batuta, mientras el teatro entero quedaba hipnotizado ante la evidencia. La calidad tanto del director como de la orquesta era innegable.

Emergí al pasillo pidiendo disculpas a los cuatro espectadores que se quedaban en el palco. Allí estaba esperándome Renato Pisani, apoyado sobre la pared de manera informal.

–Hemos de encontrar a tu amigo el periodista –introdujo a mi llegada–. Se me ha ocurrido algo.

–Lo malo es que no tengo ni idea de dónde puede estar. Quizá esté en la zona donde se sientan los cronistas.

–¿Eso es abajo?

–Así es.

–Pues busquemos entonces.

Decidimos ir juntos. Renato Pisani era un desconocido en la ciudad, aunque no para los melómanos. Los más avezados conocían su trayectoria e incluso algunos afortunados habían conseguido asistir a varios de sus conciertos en ciudades europeas. Aunque había dejado los escenarios hacía media docena de años, sus rasgos no pasarían desapercibidos para alguno de sus seguidores. Aun así, si de alguien tenía que ocultarse Renato Pisani en aquel teatro de manera explícita, sin duda era de Andrea Visconti.

Generalmente, los reporteros de los diarios y de la radio se solían ubicar en una zona determinada del patio de butacas que quedaba cerca del escenario,

para así no perder de vista ningún detalle. Muy a nuestro pesar, dichas localidades quedaban justo por debajo del palco donde Gumersindo Camiñas vigilaba de modo expectante.

Bordeamos todo el teatro por los desiertos pasillos hacia aquella dirección sin que nadie nos viese.

–Esta es la entrada más directa –dije al llegar a la altura de una puerta.

Con sumo sigilo, entreabrí la portezuela y miré hacia el interior en busca de Salvador de Andrés. Lo vi sentado, anotando datos en su libreta, como siempre, mientras observaba la actuación de modo solícito. A su lado, reporteros de otros medios ejecutaban idéntica labor.

–Déjame echar un vistazo, por favor –dijo Renato a mi espalda.

–La persona que me está ayudando se llama Salvador de Andrés. Es el que lleva el traje gris y la corbata en tonos ocres –le expliqué apartándome.

Renato me imitó y lanzó una mirada en aquella dirección. Tras unos largos segundos se volvió y cerró la puerta. Sus ojos se habían iluminado.

–Escucha –introdujo en tono bajo–. Quizá estemos de suerte. ¿Te acuerdas que te he dicho que había creído reconocer a alguien? Pues lo acabo de comprobar. Casualmente, está dos filas más atrás que tu amigo. Se trata del crítico musical Adolfo Salazar. Es un hombre impermeable, sin ningún tipo de fisuras y con muy buen criterio. Vamos..., de los que no se pueden corromper. Actualmente es codirector de la *Revista Musical Hispano–Americana*. Ama la música por encima de todo, e incluso hace sus pinitos en la composición ayudado por el maestro Bartolomé Pérez Casas. Tuve varios encontronazos con él tiempo atrás, durante mi única actuación en Madrid. En el caso de que no podamos detener la ejecución de *Cecilia*, estoy convencido de que si le cuento a Salazar la intención de esos canallas me hará un favor, aunque no sea su amigo del alma. Su crítica de mañana será un bombazo que no dejará indiferente a nadie. Debemos cubrirnos las espaldas por si fracasamos hoy.

–¿Y cómo llegamos hasta él? Camiñas está situado justo encima, mirando continuamente. Probablemente esté vigilando a mi amigo Salvador,

esperando a que yo me acerque hasta él.

–Es evidente que debemos alejarnos de sus miradas –refutó Renato–. Escucha, en todos los conciertos hay descansos. Utilizaremos ese momento para acercarnos hasta él.

–Perfecto.

El descanso no tardó en llegar. Nos alejamos de la puerta y observamos cómo el público salía raudo para estirar las piernas, disertar un rato y fumarse un pitillo de pie. Por los comentarios que llegaban hasta nuestros oídos, y por lo poco que habíamos podido comprobar, los dos primeros actos habían sido un éxito rotundo. Teniendo al público en la palma de la mano iba a ser aún más difícil poder sabotear dicha actuación.

Un sujeto de cara redonda y ojos vivaces pasó a escasos centímetros. Cuando Renato Pisani lo tuvo a su altura lo prendió del hombro. El tipo se giró sorprendido, se quitó sus enormes gafas y frunció el ceño.

–¿Pisani? –preguntó al rato.

Renato le sonrió en señal de asentimiento, interpretándolo como un buen comienzo.

–Estás muy lejos de Italia –continuó mientras le estrechaba la mano.

–En efecto... Siempre he mantenido que el talento de este país es innegable, aunque le queda mucho camino por recorrer.

El crítico musical forzó una sonrisa.

–Por desgracia tienes razón, aunque me incomode decirlo. ¿Qué haces aquí? El italiano cambió el gesto de su cara.

–Me encuentro en la ciudad por un asunto muy importante –alegó Renato–. Tengo que hablar contigo a solas.

Salazar arqueó las cejas.

–¿Y ese asunto no puede esperar?

–Me temo que no –dijo Renato con voz grave.

Renato Pisani y Adolfo Salazar se evaporaron por los pasillos hacia un lugar más seguro en el cual dialogar. Con disimulo, pedí a un empleado del teatro que se dirigiese hasta Salvador de Andrés, que no se había levantado de su butaca, y lo llamase. El periodista vino hasta mí con cara de pocos amigos. Una vez llegado a mi altura, me agarró del brazo y me llevó a los urinarios.

–¿Pero es que te has vuelto loco? ¿No has visto a quién tengo en el palco de arriba?

–Claro que me he dado cuenta –respondí desembarazándome del agarrón–. Tengo algo que contarte.

De Andrés escuchó de modo atento mi encuentro con Renato Pisani y Adolfo Salazar.

–Sí, he visto al crítico. La verdad es que es una eminencia, y lo que mañana escriba irá a misa. Eso es bueno para nosotros. ¿Nos podemos fiar de Renato Pisani?

–Pondría la mano en el fuego. Es un gran amigo mío y lo era de mi padre.

Salvador de Andrés pareció relajarse.

–Y tú, ¿qué tienes pensado hacer?

El tercer aviso para que continuase el concierto no se hizo esperar. La multitud comenzó a entrar para ir ocupando sus asientos.

–Después de lo que me has contado, quizá nada. Creo que es mejor que la verdad salga a la luz de la pluma de Salazar.

–¿En serio? ¿Vamos a dejar que Fernando Coco interprete la obra?



–Intuyo que va a ser lo mejor –aseguró–. Es que hacer algo es un suicidio sabiendo que mañana se publicará la verdad. De hecho, si esa obra es interpretada todo el mundo la conocerá, y después de la crítica de Adolfo Salazar nadie osará atribuirse su autoría salvo tú. Si la obra no se ejecuta ante este público corremos el riesgo de que se interprete en algún otro lugar del mundo, donde seguro no estaremos para poder impedirlo.

Salvador tenía razón. Aunque me fastidiase tremendamente admitirlo, nos encontrábamos en un callejón sin salida. Ahora estábamos en manos de un crítico musical al que apenas conocíamos.

–¿Cómo demostraremos mi inocencia?

–De momento haz lo que te dije, esconderte y dejarme actuar.

–No me iré del teatro sin escuchar al menos la obra de mi padre. El periodista sabía que no me convencería de lo contrario.

–Está bien. Germán. Pero hazte invisible. Si te cogen, será el final –sostuvo muy serio–. Por cierto, estás irresistible con ese bigotito.

–No fastidies...

Renato Pisani se había sentado junto a Adolfo Salazar. Parecía que, fuese lo que fuese lo que hubiesen hablado, no había dejado indiferente al crítico musical. Ahora se mostraba pensativo y no dejaba de anotar observaciones en su libreta. Salvador de Andrés había vuelto a ocupar su céntrica localidad, y remangándose los puños de la camisa había sacado su roñosa libreta.

Después del descanso y de que los más tranquilos hubiesen terminado de ocupar sus asientos, eché un rápido vistazo a la sala en busca de alguna localidad que hubiese quedado libre. Era evidente que el momento álgido de la obra había llegado y nadie quería perdérsela. Todo estaba completo, por lo que subí al gallinero y me fundí con la gente que allí se apilaba esperando ver a su hijo natal: Tomás Bretón.

En el programa no aparecía anunciada la actuación de Fernando Coco, aunque supuse que sería para jugar con el efecto sorpresa. Viendo lo que restaba de concierto, mucho me temía que el siguiente en actuar sería mi cobarde amigo.

La orquesta estaba terminando de afinar sus instrumentos cuando salió a escena de nuevo el director Bartolomé Pérez Casas. Las ovaciones no se hicieron esperar y llenaron de entusiasmo a todo el Teatro con aplausos interminables. El maestro se subió al podio y miró al público.

–Y ahora, con todos ustedes, el protagonista de la noche: Tomás Bretón.

El público prorrumpió en una ardiente ovación a su queridísimo compositor. El músico emergió sonriente por el lado derecho del escenario, portando un extraordinario violín en su mano derecha. Deduje, desde la distancia, que podría ser un Bergonzi, por las formas y por el acabado de su barniz. Bartolomé Pérez Casas hizo ponerse en pie a toda la orquesta, y girándose de nuevo hacia el auditorio esperó la llegada del compositor y violinista Tomás Bretón. Éste se colocó ante el atril, pero al ver que los aplausos no cesaban se inclinó varias veces en señal de agradecimiento.

Me quedé extrañado. No había rastro de Fernando Coco, Lorenzo Greiner ni Andrea Visconti. Parecía que se los había tragado la tierra. Miré en todas direcciones sin encontrar ni rastro de ellos.

Se hizo un silencio absoluto y comenzó de nuevo la música.

Nada más oír los inicios de la melodía el alma se me cayó al suelo. No podía creer lo que estaba escuchando, pero a medida que iba avanzando la melodía más seguro estaba de ello. El maestro Bartolomé Pérez Casas tutelaba la interpretación de Tomás Bretón con mano segura, mientras éste hacía volar el arco sobre su violín de forma maravillosa. El momento álgido llegó cuando Tomás Bretón se marcó una *cadenza* que dejó estupefactos a todos los que allí estábamos sentados, en especial a mí, ya que todas mis dudas se disiparon de un plumazo.

Miré hacia abajo. Todo el público asistía con admiración a los *vibrati* y

a los *pizzicato* que estremecían la sala. Todos salvo Renato Pisani y Adolfo Salazar, que manteniéndose en silencio se miraban estupefactos. Yo lo estaba aún más.

El ilustre Tomás Bretón, autor de *La Verbena de la Paloma* o de la ópera *Los amantes de Teruel* –basada en el famoso drama de Hartzbusch, y actualmente director del prestigioso Conservatorio de Madrid, estaba interpretando la obra de mi padre sin ningún pudor.

La actuación se hizo interminable. Cada segundo que transcurría sin que nadie lo detuviese más se me arrugaba el corazón. Sentir aquella obra en el Teatro Bretón en manos de alguien al que no pertenecía y sabiendo que había sido arrebatada de manera violenta a su dueño original me estaba produciendo una inmensa desazón, hasta tal punto de asomarse en mis párpados varias lágrimas incontroladas.

El público, por supuesto ajeno a todo lo que a mí se me pasaba por la cabeza, continuaba disfrutando de su hijo predilecto y de la estelar batuta del maestro Bartolomé Pérez Casas. Una vez acabada la obra hubo unos segundos de silencio espectral, y tras esto todo el teatro comenzó a aplaudir la excelente interpretación de Tomás Bretón. El compositor, henchido de orgullo, agradeció con gestos calmados los elogios que le mandaban desde todos los rincones. Bartolomé Pérez Casas le imitaba de igual manera, aunque manteniéndose en un segundo plano. El ruido en la sala era atronador. Los furiosos aplausos no cesaban.

Un nudo atenazó mi estómago y miré hacia arriba, queriendo encontrar allí a mi padre para que al menos escuchase desde el cielo la merecida respuesta del público. Todos y cada uno de aquellos aplausos eran de su propiedad.

Bajé la vista hacia el escenario. Salvador de Andrés apenas se había inmutado, pues no tenía ni idea de que la obra que se había interpretado era la de mi padre. Aunque hubiese querido hacer algo no hubiera podido. Con toda seguridad estaba esperando a que apareciese Fernando Coco. En cambio, Renato Pisani y Adolfo Salazar no dejaban de dialogar entre ellos. A quienes sí vi en un lateral de la sala, en pie, fue a Andrea Visconti y Lorenzo Greiner,

que con cara de pocos amigos discutían acaloradamente. Busqué al tercero en discordia pero no lo encontré. Gumersindo Camiñas había abandonado su palco y debía estar buscándome como un chacal.

La sala se levantó en vítores y el desenfreno apenas disminuía tras el transcurso de diez minutos. Tomás Bretón correspondió con varios gestos más de agradecimiento y alzó las palmas de las manos para que la gente fuese cesando sus aplausos. Tras otro par de minutos, cuando la sala se hubo calmado, quiso hablar. Era extraño que un compositor se dirigiese de esa manera a su público, pero aquel evento no dejaba de ser una ofrenda del ilustre maestro a la ciudad que lo vio nacer, y esa familiaridad rompía cualquier protocolo.

–Querido público. Muchas gracias –dijo alzando la voz para que lo oyesen–. Les agradezco sus ovaciones de todo corazón. Estoy convencido de que ustedes son el mejor público que he podido elegir para interpretar esta obra.

Antes de que Tomás Bretón acabara la frase la multitud le aclamó de nuevo. Tras otro par de minutos de sonoros palmeos, pudo proseguir.

–Antes de continuar con el poema sinfónico *Salamanca*, la obra que tengo guardada para vosotros y verdadero motivo de que yo esté aquí, he de desvelaros el autor de la obra que acabo de interpretar. Su maravillosa composición, muy a mi pesar, no ha sido de mi cosecha.

Abrí los ojos de par en par. No podía creer lo que estaba escuchando. Maquinalmente, miré hacia abajo. Renato Pisani y Adolfo Salazar, que no habían parado de dialogar, se detuvieron en seco cuando escucharon esas palabras del músico. Salvador de Andrés preparó su lapicero, mosqueado y dispuesto a anotar con pelos y señales las palabras que saldrían por la boca de Bretón, y Lorenzo Greiner y Andrea Visconti poco a poco iban reculando hacia una de las salidas, supuse que para dirigirse al escenario a recibir los honores debidos.

Se acabó todo, es el fin, pensé. En cuanto oyese el nombre de Lorenzo Greiner todo caería como un castillo de naipes.

–La obra que acabo de interpretar corresponde a un compositor italiano llamado Giacomo Viani, cuyo hijo nos honra con su presencia en esta sala. A él y a su malogrado padre deben ir dirigidos todos los aplausos y ovaciones que me acaban de ofrecer.

Sin darme cuenta, las lágrimas se desbordaron por mis mejillas. El aplauso fue aún más desprendido que el anterior y todo el público se había levantado después de las palabras de Tomás Bretón, tanto para aplaudir como en busca del hijo de aquel italiano que el maestro Bretón acababa de nombrar. Innumerables vítores y salvas surcaban el teatro. Era evidente que aquel músico estaba acostumbrado a llenar salas y arrancar los aplausos más sonoros. Quizá nadie mejor que Bretón, el mejor músico de Salamanca, para interpretar la maravillosa obra de Giacomo Viani, y encima acompañado del mejor director de orquesta de toda la península. Cecilia Etura, mi madre, a quien iba dirigida dicha obra, estaría en el cielo disfrutando de la maravillosa ofrenda que le había escrito su marido.

Henchido de alegría, me dejé caer sobre la butaca sintiendo cómo un plácido cansancio se apoderaba de mí. Los nervios habían desaparecido y una extraña paz interior me iba envolviendo. El dulce sabor de la victoria me fue embriagando a paso lento, invisible. Me sentí ligero, sin cargas, como cuando era pequeño. Sin saber muy bien por qué me miré las manos en busca del hollín que de niño siempre me acompañaba. Ahora estaban limpias, incluso pulcras, aunque ajadas por tantas horas de trabajo con la madera, haciéndome reflexionar cuánto había cambiado durante todos estos años. Una extraña mezcla de sentimientos me embargaba, desde la felicidad hasta la amargura, desde el amor por la música por encima de todo hasta una pesada soledad. El caso es que allí, en medio de decenas de personas, me sentí el hombre más dichoso del mundo pero a la vez el más huérfano.

Elevé de nuevo los ojos y recordé las palabras de mi padre que habían guiado mi vida, sonriendo para mis adentros. Al fin tenían pleno sentido.

*Quiero que llegues a donde nadie en esta ciudad ha llegado, a lo alto de la escala de la sociedad musical. A que, con tus manos, interpretes lo que*

*durante tantos años ha estado escondido dentro de esta carpeta queriendo salir y flotar en el aire. Tiene tu nombre.*

¿Qué había pasado? ¿Por qué había sido finalmente Tomás Bretón, y no Fernando Coco, como estaba programado, el que había interpretado la obra de Giacomo? ¿Qué es lo que había frustrado los planes de aquella panda de indeseables? Todas estas y otras preguntas rondaban por mi cabeza en el momento en el que Tomás Bretón, ahora sí, comenzaba su poema sinfónico *Salamanca* ante el entusiasmo de su agradecido público.

Aunque el concierto seguía su curso, sin embargo para mí ya había concluido.

Salí del gallinero de puntillas, sin hacer ruido para no incomodar a los que aún disfrutaban de la música. Bajé las escaleras de tres en tres, volando en busca de Lorenzo Greiner y de Andrea Visconti, sin tener un plan establecido ni pensar en las consecuencias. Algo se me ocurriría por el camino.

Una vez abajo, cerca de una de las entradas al patio de butacas, me topé de bruces con Salvador de Andrés. Nos mirarnos y sonreímos.

–Por allí –dijo señalando hacia la puerta de entrada y compartiendo mis pensamientos.

Ambos salimos a la calle atropelladamente. La noche había caído sobre la ciudad y poca gente deambulaba por la zona, pues todos estaban aún disfrutando del concierto. Echamos un largo vistazo a ambos lados, y a lo lejos, bajo la cobriza luz de una farola, vimos a dos individuos doblar la calle Consuelo. Nos apresuramos a seguirles, aunque escondiéndonos en cada recodo para evitar ser descubiertos.

–Creo que se dirigen hacia la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy –advirtió de Andrés–. Separémonos. Yo voy a buscar ayuda. Tú vete directamente hacia San Eloy por otras calles. Si por casualidad te encuentras con ellos de frente, corre todo lo que puedas y vuelve de nuevo al Bretón. Allí no te harán nada.

–¿A quién vas a buscar? –le pregunté intrigado.

–Aún no le sé.

–Salvador, ¿tienes algún plan?

–No, improvisaremos.

–¿Improvvisaremos?

–Así es. Confía en mí...

–Sabes que siempre confío en ti, pero es que todavía está por ver la ocasión en que tengamos un plan medianamente bien definido.

El periodista se encogió de hombros y sonrió.

–Bueno, tampoco nos ha ido mal del todo así, ¿o no es cierto? –me dijo golpeando levemente mi hombro derecho con uno de sus puños.

Salvador de Andrés se deshizo el nudo de la corbata mientras comenzaba a andar. Yo me quedé mirándolo, y a continuación salí como alma que lleva el diablo hacia la calle Correhuela. Me llevaban una ventaja considerable. Corriendo todo lo que mis piernas daban subí la cuesta hasta llegar hasta Pozo Amarillo. En la plaza de Santa Eulalia tropecé con un organillero, cayendo al suelo y rodando por el suelo colmado de polvo, chinás y hojarasca. Me incorporé rápidamente, sacudiéndome como pude, y reanudé la marcha ante la atónita mirada de numerosos viandantes. Cuando llegué y torcí hacia la plaza San Boal por la calle del Sol pude observar que Lorenzo Greiner y Andrea Visconti ya se introducían en el interior de la Escuela de San Eloy. Debían tener prisa, a juzgar por la celeridad con la que habían llegado.



Me escondí rápidamente tras unos barriles de cerveza apilados, confiando en la rápida aparición de Salvador de Andrés. La plaza permaneció prácticamente desierta durante el largo cuarto de hora que estuve esperando en aquella posición. Apenas si pasaron un par de monjas con paso resuelto y algún estudiante despistado buscando quizás una taberna o a alguna moza.

Oí unos pasos y me agazapé de nuevo, con la esperanza de ver a alguien de mi agrado.

*¡Maldita sea! Me dije.*

De la callejuela de San Boal, la que comunicaba la plaza con la calle Zamora, pude observar a media luz la inconfundible silueta de Gumersindo Camiñas. Su porte altanero destacaba sobre la persona que llevaba en volandas, con las muñecas atadas y con signos de haber sido golpeada. La escasa luz de aquellas farolas me impedía identificar aquella figura, aunque algo en mi cerebro se puso alerta. Cuando restaban diez metros escasos mis ojos echaron chispas al corroborar aquella suposición.

Era Violeta. Una rabia incontrolable se desató dentro de mí. A punto estuve de saltar de mi escondrijo y estamparle un puñetazo en la cara a aquel mal nacido. Sólo una pizca de sentido común me contuvo. Vi con decepción cómo ambos pasaban a escasos centímetros de mí en dirección a la puerta de la escuela, asomándome imprudentemente de mi escondite.

Justo antes de entrar, Violeta miró hacia donde yo estaba de soslayo, con la cabeza baja, y a pesar del labio amoratado que ya poseía me lanzó una media sonrisa que no supe descifrar. Por suerte Gumersindo Camiñas no me vio. La zarandeó de nuevo, y de un rabioso empujón la introdujo en la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy. Un portazo seco retumbó en toda la plaza.

Me quedé meditando las opciones. Entrar solo allí era una locura, pues entre aquellos tres desalmados me harían picadillo sin ni siquiera despeinarse. Avisar a la policía tampoco estaba entre mis planes, pues la máxima autoridad de la ciudad era precisamente Camiñas. Otra posibilidad era esperar a Salvador, pero ni siquiera sabía dónde podía estar. Incluso tuve miedo de que

le pudiera haber ocurrido algo.

En todo caso, lo que no podía hacer bajo ningún concepto era quedarme con los brazos cruzados mientras dentro podían estar torturando a Violeta, por lo que sin pensármelo más empujé la puerta de la Escuela. Ésta cedió sin ninguna resistencia.

Me adentré en la penumbra de un pasillo ajedrezado, donde unas luces oblicuas jugaban con una gran lámpara colgada del techo. El olor a madera lustrada otorgaba a aquel lugar cierto tinte de misterio. Con pasos sigilosos intenté escrutar algún sonido que me indicase el lugar concreto hacia el que dirigirme.

En algunos de los salones aún quedaban restos sin recoger del *lunch* que por la tarde se había organizado en honor a Tomás Bretón. Tras avanzar una docena de metros pude oír voces lejanas que caían pausadas del piso superior. Arrastré mi rabadilla contra la pared que quedaba enfrente y avancé una docena de metros. Respiré hondo, en un intento de poder atar en corto los grandes nervios que me atenazaban.

Las voces llegaban más nítidas. Comencé el ascenso hacia el piso superior por unas pulidas escaleras de alabastro, intentando no pensar en las terribles consecuencias si era descubierto. Poco a poco, con el sigilo de un gato y amparado en la cómoda oscuridad del hueco de la escalera, pude llegar hasta arriba. Me arrimé a una pared que quedaba en perpendicular al pasillo y agudicé el oído para localizar el origen de las voces. Al fondo, de una puerta que quedaba a la derecha, salían sombras oscilantes a través de una ranura de un palmo de ancha. Me acerqué hasta ella y pegué mi oído a la pared.

–¡Tú y tus ganas de venganza! –recriminó uno de ellos en tono agresivo.

–Todo hubiese salido a la perfección si no hubiera sido por ese imbécil de Coco. Tú le metiste en esto, Lorenzo. ¡Recuérdalo! No debiste darle lo que tenías de partitura. ¡Mira lo que ha hecho con ella!

–Bretón no entraba en nuestros planes. Jamás pensé que nos traicionaría

de esa manera, aunque supongo que para los trabajos sucios ya estás tú.

–No me vengas con gilipolleces. En el mismo momento que metiste a Fernando Coco en nuestro círculo supe que nos daría problemas.

–¡Callaros de una vez los dos! –matizó una tercera voz que sin duda alguna era de Gumersindo Camiñas–. Lo de adjudicaros la partitura esa ya es pasado. Habéis fracasado y punto. Las palabras de Bretón os han hundido. ¿Alguno de vosotros sabe dónde se encuentra Fernando Coco en estos momentos?

–No. La última vez que lo vimos fue momentos antes de actuar Tomás Bretón. Después se esfumó.

–Tenemos demasiados frentes abiertos. Además, Lorenzo, debemos terminar de liquidar el tema de tu mujer. Aún existe un testigo que sabe que fuimos nosotros los que matamos a Lourdes. Convenimos hacer desaparecer ese problema. Germán Etura no nos ha dado más que quebraderos de cabeza.

–Hace semanas que no sabemos de él. Según las noticias se ahogó en el Tormes –dijo Lorenzo Greiner.

Una carcajada resonó en la sala.

–Está claro que el chupatintas de De Andrés está en el ajo, pero de momento tenemos asuntos más importantes que resolver. Ya me encargaré de ese periodista del demonio más adelante, no lo dudéis. Hace tiempo que le tengo ganas. Ahora quiero enseñaros un as que tenía guardado en la manga, algo que estoy convencido conseguirá que nuestro querido Etura venga él solito hasta nosotros.

De un salto me retiré de la pared y me lancé a la carrera por el pasillo, aunque de puntillas, llegando nuevamente a las escaleras.

Una gran cantidad de luz iluminó el entarimado del pasillo al abrirse la puerta. Gumersindo Camiñas salió de la estancia, miró en mi dirección, y tras asegurarse de que no había nadie más abrió con llave la sala que tenía enfrente. Tras un minuto interminable vi que salía de ella con otra persona

atada de manos y ahora amordazada, Violeta. Entró de nuevo en la habitación en la que se encontraban Lorenzo Greiner y Andrea Visconti y cerró la puerta briosamente.

Un escalofrío me partió la columna. El mero hecho de pensar que pudiesen hacerle daño me rompía el corazón.

¿Cómo la habría localizado? ¿Dónde estaba la Charo? ¿Y don Nemesio? La rápida sucesión de ideas me perforaba la cabeza. Avancé de nuevo y volví a apostar tras el tabique que daba a la sala para saber qué ocurría dentro. La flojera que atacaba mis piernas era un claro síntoma de que los nervios me estaban consumiendo vivo.

–¿Quién es esta chica? ¿Qué quieres conseguir?–continué escuchando.

–Ya os lo he dicho, atraer hasta nosotros al constructor de violines. Esta es la ramera con la que se acuesta. Aunque supongo que tú ya la conoces de sobra, ¿no es verdad, Lorenzo?

Se hizo otro interminable silencio.

–No me siento con ganas de seguir con todo esto –replicó Lorenzo Greiner con voz ahogada–. Hay ya demasiados muertos.

No olvides, Andrea, que hasta tus sicarios están bajo tierra.

–No te preocupes por ellos –añadió Andrea Visconti–. Nadie los reclamará. Gorilas sin cerebro como esos puedo conseguirlos a patadas.

–Está claro que yo no tengo tu sangre fría, Andrea. Me he dejado arrastrar por ti, pero no consigo acostumbrarme a esta forma de actuar.

–Claro, claro. Ahora va a resultar que tú eres la reverenda madre del convento de las Carmelitas. ¡Venga ya! –dijo el italiano.

–De todos modos, ya es tarde, querido Lorenzo. No hay posibilidad de marcha atrás –intervino Gumersindo Camiñas–. Recuerda que hay otro cadáver más importante, tu cadáver. Alguien tiene que pagar por la muerte de Lourdes, y será cuestión de días que todo salga a la luz. Eso sí, recordad que

todo esto no fue idea mía, sino únicamente vuestra.

–Quizá no fuera idea tuya, cierto, pero..., ¿acaso no te quieres llevar tu tajada? En tu vida has hecho nada gratis, Camiñas.

Otro espeso silencio inundó la sala.

–¿Cómo la has encontrado?

–Pues me ha costado más de lo que creí en un principio –adujo soez el inspector–. Pero cuando las ratas tienen hambre siempre van al queso. Ofrecí una generosa propina a una de sus empleadas del burdel y la dejé seguir trabajando en ese *barrio* de mala muerte. Eso, o al calabozo rodeada de hombres. Por supuesto, no tardó mucho en cantar dónde se habían escondido las putas de sus jefas. No os lo podéis ni imaginar.

–¿Dónde?

–En la mismísima Catedral. En la torre de las campanas. Una vez allí, digamos que un viejo amigo mío accedió a entregarme gustosamente a esta hembra, y a la zorra de su madre también, si me apetecía –explicó asquerosamente el inspector de policía.

Apreté mis nudillos de rabia. Sólo de pensar en que Gumersindo Camiñas había podido hacer algo a don Nemesio y a la Charo me helaba la sangre.

–Don Nemesio, ¿verdad? ¿Qué has hecho con él y con la Charo? –quiso saber Lorenzo Greiner. No te los habrás cargado. Me pegué aún más a la pared para no perder detalle. Estaban en un punto de inflexión.

–No, hombre. Al menos de momento. Están amordazados en lo alto de la torre.

–¡Definitivamente estáis enfermos! –soltó el pianista–. Lo siento, pero yo lo dejo. No puedo seguir con esto. Me retiro.

–Me temo que esa no es una opción, ya te lo he dicho hace un momento –intervino de nuevo Camiñas con voz helada.

De repente se oyó un fuerte puñetazo que me hizo retirar asustado de la pared. Un chasquido quebró el silencio, como si se hubiese roto una rama seca, acompañado de un golpe amortiguado en el suelo. Al cabo de unos instantes se sintieron nuevos golpes, y fuertes ruidos probablemente de sillas rotas y objetos caídos de alguna estantería. Deduje que Lorenzo Greiner estaba recibiendo una generosa paliza. No puedo decir que lo sintiera en demasía. Unos gritos ahogados comenzaron a escucharse, aunque tras un par de minutos cesaron. Algo cayó a plomo sobre el suelo.

El edificio se quedó en silencio. A pesar de todo, confiando en que de momento no saliese nadie de la sala, fijé de nuevo el oído en el tabique. Unos gemidos amortajados se oían al fondo. Provenían de una voz de mujer: Violeta.

—¿Qué coño has hecho, Visconti? ¡Lo has matado! —soltó en voz baja Gumersindo Camiñas.

—Bah. Era un hombre débil —argumentó el italiano sin temblarle la voz ni un ápice—. Nos hubiese delatado sin la menor compasión. Además me ha traicionado entregando la partitura sin consultármelo al inepto de Fernando Coco. Anda que tardó mucho el pelota ese en ir corriendo a buscar a Tomás Bretón para ganarse puntos. Greiner ha estropeado mis planes para enterrar de una vez a Giacomo Viani, y eso no lo puedo perdonar. Menos mal que aún me quedan cartas.

Me acerqué con sigilo, arrastrando los pies, hasta la puerta. Por suerte estaba bastante mal ajustada, de modo que una irregular rendija cercana a una de las bisagras me permitió observar lo que allí dentro ocurría.

Gumersindo Camiñas mantenía aún el dedo índice en la carótida de Lorenzo Greiner, quien, con el cuello girado de manera imposible, descansaba sobre el suelo. Los labios del pianista estaban amoratados y sus párpados estaban a medio cerrar. Sus vidriosas retinas aún mostraban el pánico ante la cólera de Andrea Visconti, y unas inconsistentes lágrimas colgaban de sus mejillas.

—¿Qué es lo que puede provocar en un hombre sentir tanta rabia y un

odio tan brutal? Explícamelo, Visconti, porque te juro que no alcanzo a entenderlo –escuché sorprendido de los labios de Gumersindo Camiñas, quien no quitaba la vista del pianista.

Andrea Visconti no trató de rehuir la pregunta.

–Lo mismo que te ha llevado a ti durante tantos años a ser el perro de Lorenzo –contestó con desprecio.

Y dicho esto, se acercó hasta la altura de Violeta, que seguramente permanecía agazapada y muerta de miedo en alguna zona que quedaba fuera de mi visión. Con la furia de un animal vi a Visconti acercarse a Camiñas con Violeta agarrada del cuello a un palmo del suelo. Cuando yo estaba a punto de entrar, el italiano cambió el gesto y soltó a Violeta bruscamente en el entarimado. No comprendí qué ocurría hasta que me fijé en que Gumersindo Camiñas le apuntaba con su pistola.

–¡Suéltala ahora mismo!

Andrea Visconti obedeció sin pestañear al notar el frío acero del cañón de aquella arma en su sien.

–¡No me irás a decir ahora que te has cambiado al bando de los buenos!

Violeta se había hecho un ovillo en el suelo mientras tosía de modo flemático. Omitiendo a la persona que le tenía encañonado, Visconti se acercó de nuevo a Violeta y, de un enérgico agarrón, le quitó la camisa, dejando a la vista su torso desnudo. Abrí los ojos de par en par. Atados a su vientre, con un cordel de estraza, había un par de folios doblados. El italiano sonrió con un mohín de reptil y con una fulminante maniobra se los sustrajo. Violeta comenzó a llorar.

–¡Esto es lo que me mueve, señor inspector! –exclamó poniéndole la partitura de *Cecilia* sobre la cara.

Gumersindo Camiñas se quedó embobado, y antes de que pudiese darse cuenta Andrea Visconti ya le había asestado un rechazazo en la boca del estómago. La enorme silueta de aquel corrupto policía se desplomó de

rodillas, agarrándose el vientre y tosiendo de modo convulsivo. Sin darle tiempo para recobrase Visconti había cogido el revólver y le apuntaba a la cabeza.

–Ni tú ni nadie va a conseguir que finalmente logre vengarme. Durante todos estos años he vivido por y para esto –soltó alzando la partitura–. Es mi momento de gloria.

–Estás loco, eres un paranoico –logró articular Gumersindo Camiñas en medio de un tosido.

Andrea Visconti lanzó una carcajada al aire.

–No tienes ni idea, Camiñas. Aún no sabes de lo que soy capaz. Quizá no te lo creas, pero lo sé todo. Todo sobre ti y sobre Bretón.

–¿De qué cojones hablas ahora?

–¿Realmente crees que ignoro quién es de verdad Tomás Bretón? Quizá el que ignore hasta dónde alcanza su poder eres tú. Y eso que le has visto mil veces. ¿No creerás que ha interpretado la obra para el disfrute del público? No, amigo, no. La ha tocado porque no soportaba a Greiner. Y porque sabía que la partitura de Viani era mil veces mejor que su poema sinfónico *Salamanca*. Si Fernando Coco hubiera llegado a interpretar *Cecilia*, su actuación de hoy hubiera quedado relegada al olvido, sepultada por las brumas del tiempo. De esta manera se ha ganado al público dos veces en una noche, o mejor dicho tres, al ser tan “generoso” de citar al verdadero compositor de una obra que seguramente casi nadie sería capaz de reconocer.

Gumersindo Camiñas continuaba retorciéndose de dolor mientras era encañonado con su propia arma.

–Bretón sabía desde hacía muchos años de la existencia de la famosa obra de Giacomo Viani. Hace veinte años Lorenzo Greiner hizo venir hasta Salamanca a un concertino de la Filarmónica de Madrid, amigo suyo, para que le diera su opinión sobre una obra que un curioso vagabundo tocaba a diario bajo su balcón en la plaza del Liceo. Aquel concertino quedó realmente impresionado por la composición, y a su llegada a Madrid, y conociendo el



origen salmantino de Bretón, se lo contó emocionado y sin maldad alguna. El resto de la historia la conoces perfectamente. Bretón empezó a dejarse caer a menudo por la ciudad y se hizo amigo, interesadamente, de Greiner. De hecho, se hicieron íntimos e incluso formaron una buena pandilla, ¿verdad? Anda que no les lamiste el culo, Camiñas. ¿Cómo se llamaban? Déjame recordar... ¡Ah, sí! La Peña del Brujo. Sé que Bretón era el cuarto hombre. Y aunque no te lo creas, el de menos escrúpulos.

Aquella revelación pasó como un destello por delante de mí, atropellándome sin aviso previo.

—¿Os tiene cogidos por los huevos, eh? Ay, Camiñas, Camiñas. ¿No te das cuenta que no eres más que una marioneta del sistema?

Gumersindo Camiñas apenas reaccionaba. Pude ver en sus ojos la derrota de un gigante.

—¡Mírate! —le gritaba el italiano con desprecio mientras continuaba dándole golpes con el cañón del revólver en la frente—. No creas que has sido mejor que yo. Al menos a mí me mueve el odio, no el dinero como a ti.

Andrea Visconti, sin dejar de apuntar al inspector, se dirigió hacia donde se encontraba Violeta. La agarró de los pelos y tiró de ella hasta ponerla junto a Gumersindo Camiñas.

—Lo siento por ti, Camiñas, pero eres prescindible. Fin del concierto.

El italiano dio un paso hacia atrás en medio de una carcajada grasienta y apuntó al pecho del policía. Al estirar la muñeca que sujetaba el arma pude identificar claramente tres puntos tatuados. Sentí pavor al verlos.

Aquello había llegado demasiado lejos. De un fuerte empujón abrí la puerta, apagué la luz y me abalancé como un toro contra la cintura de Andrea Visconti.

Todo sucedió muy rápido. En la penumbra reinante sonó un fuerte disparo, seguido de un ahogado lamento. La habitación resplandeció unas décimas de segundo, iluminando los ojos llenos de odio de Andrea Visconti.

Ambos caímos al suelo y dimos varias vueltas. Me aferré a la muñeca que portaba el arma para evitar que pudiera disparar de nuevo. La fuerza de Visconti era descomunal, alentada por su ira, y se revolvía de modo salvaje intentando zafarse de mis manos. Durante un momento pude tener su cara a escasos centímetros de la mía. Sus ojos escupían rencor, y un olor agrio me golpeó en plena cara. Ese debía ser el olor del odio.

Violeta gritaba y lloraba al fondo de la habitación, encogida contra una pared.

–¡Vete, Violeta! –le grité al tiempo que mantenía mi pulso con el italiano–. Huye de aquí, tienes que salvarte.

La habitación apenas se adivinaba entre las pocas sombras azuladas que se colaban por la ventana que daba a la plaza de San Boal. Camiñas estaba apoyado contra otra de las paredes de la habitación, con la cabeza colgando hacia la izquierda y una enorme mancha de sangre en su pecho. Estaba muerto.

En medio de aquel caos pude percibir cómo Violeta se incorporaba con dificultad y comenzaba a caminar, casi gatear, hacia la puerta. Trastabilló en varias ocasiones, y antes de desaparecer por el pasillo me lanzó una última mirada.

–¡Lárgate! –le grité de nuevo–. Tienes que huir.

Violeta obedeció entre gemidos y desapareció por el pasillo.

Andrea Visconti y yo continuamos forcejeando en aquel caos. Mis fuerzas estaban mermando y era cuestión de segundos que el cañón de aquella arma tuviese como objetivo mi cabeza.

–Por fin estamos solos, sin testigos –apuntó el italiano con voz helada–. Tenía ganas de tenerte frente a mí para ahogarte con mis propias manos. No te puedes hacer una idea de cuánto te odio.

En un acto que me dejó atónito, Andrea Visconti soltó el arma, que cayó al suelo. De una patada la lanzó hacia uno de los laterales de la estancia,

perdiéndose en la oscuridad de un rincón. Ahora era el italiano el que me tenía agarrado por las muñecas. Nos quedamos frente a frente, estudiándonos con la mirada. Un tímido halo de luz marcaba sus quemaduras faciales y sus angulosas facciones de animal salvaje. Sus pelos caían alborotados encima de sus orejas, matizando su expresión de odio. Su mirada impenetrable se clavó en mis retinas, y antes de que pudiese darme cuenta un fuerte golpe me tumbó de espaldas. Estaba aturdido y sentado en el suelo. Noté un agudo dolor en la nariz, y al palparme la cara pude percibir una humedad caliente sobre mi rostro. Andrea Visconti me había dado un cabezazo y me había roto la nariz. Antes de que me pudiese recobrar vi avanzar aquella locomotora furiosa contra mí. Con una fuerza descomunal me levantó por las solapas y me lanzó varios metros por los aires, cayendo encima de varias mesas. El golpe fue tremendo y, sobre todo, doloroso. Aquella mala bestia me estaba machacando sin contemplación.

Sin perder tiempo, volvió a la carga. Nuevamente me trincó y me levantó varios centímetros por encima del suelo, llevándome en volandas hasta una pared desnuda. La sangre caía a borbotones por encima de mi camisa.

—He soñado con este momento durante décadas —gritó con resentimiento—. Eres el último miembro del linaje de los Viani. Tu padre y sus amigos acabaron con mi carrera, y ahora yo voy a hacer lo mismo con tu vida.

Con la mano izquierda me endosó un puñetazo en las costillas. Algo en mi interior se quebró y un dolor insoportable comenzó a trepar por mi costado. Un fuerte mareo me hizo suponer que era cuestión de tiempo que me desvaneciese por completo. Aquel sería mi final.

—No te caigas aún, escoria. Quiero que sufras, que me mires a los ojos y me implores clemencia. Deseo que te reúnas con tu padre y con Danilo en los infiernos. Yo los mandé allí. A uno envenenado y a otro quemado. Fueron dos muertes horribles, deshonrosas pero efectivas. Cómo las disfruté. De la noche en la que murió Danilo aún tengo secuelas —gritó mostrándome las quemaduras de su cuello y de su mano—, pero no me importa, porque me permite recordar constantemente lo mucho que debió sufrir ese cerdo al

achicharrarse. Ahora ya tengo todo lo que quiero, las partituras originales y a ti en mi poder. ¡Mírate ahora! ¡No eres nada! Disfruta de tus últimos minutos.

Andrea Visconti hablaba a toda velocidad, enloquecido y guiado por un odio exagerado. Un nuevo puñetazo impactó en mis costillas. Caí al suelo hecho un ovillo, muerto de dolor y tosiendo de manera incontrolada. ¿Cómo no me podía haber dado cuenta antes? Aquel malnacido había matado a mi padre y a Danilo. Sus quemaduras confirmaban aquella verdad tan dolorosa.

A pesar de la rabia, del miedo y del dolor, esa revelación me ofreció nuevas fuerzas para concentrarme en buscar alguna forma de no acabar como ellos dos. Lo único que se me ocurrió fue que tenía que ganar tiempo de alguna forma. Seguro que alguien tenía que venir a por mí: Violeta, Salvador, Renato, Marcos, Lea, doña Lucía, don Nemesio, Giacomo, Cecilia, Froilán..., incluso Fernando Coco. Yo que sé. Mi cerebro estaba delirando, agolpando de forma confusa y sin tregua las imágenes de todas las personas a las que había querido. Cuando entendí que aquella bestia venía a asestarme el golpe definitivo reaccioné. Esquivé la embestida, me incorporé y le comencé a hablar, arrastrando de forma lenta mis palabras.

–Nunca fuiste mejor que Danilo y que Giacomo –inicié arrastrando lentamente mis palabras–. Tú siempre has estado a la sombra de la Garduña. Decías de Camiñas, pero tú también eres una mera herramienta más.

Debí acertar de pleno en la diana, pues Andrea Visconti se paró en seco, completamente sorprendido por mis palabras.

–Por eso odiabas tanto a mi padre, ¿verdad? –continué antes de que se recompusiera–. Porque se salió del círculo. ¿Qué te crees, que no lo sé todo? Esa partitura desenmascaraba todo vuestro entramado. Era su supuesto seguro de vida, hasta que se la arrebataron. En ella dejaba constancia escrita, aunque en clave musical, de todos vuestros secretos, guardados celosamente durante siglos. Si alguien consiguiera descifrar esa partitura, muchas, muchísimas personas influyentes de multitud de grupos masónicos caerán. ¿No es así?

Por primera vez atisbé vacilación en los ojos de Andrea Visconti.

–No es a mí a quien tienes miedo –continué escupiendo un borbotón de sangre–. Es a ellos. Te encomendaron esa labor y aún no la has cumplido. Pero ten por seguro que ha sido mucho mejor para ti. ¿Acaso no sabes que no vas a llegar muy lejos? En cuanto cumplas tu labor te eliminarán, y más ahora que has matado a Lorenzo Greiner. En cuanto salgas por esa puerta serás hombre muerto. Tú mismo has firmado tu sentencia de muerte.

–Estás delirando –fue lo único que se le ocurrió decir ante mis palabras.

–Sabes perfectamente que no, tú mismo te has delatado. Lo acabas de hacer.

–Bueno, ya está bien de escuchar bobadas. Reza, si es que sabes. Germán Etura, o Germán Viani, como prefieras, tu tiempo se ha acabado. Has llegado demasiado lejos.

Andrea Visconti sacó de su bolsillo un cuchillo. El filo del arma resplandeció en lo alto. Con total impotencia, comprendí que aquella sala en penumbras me vería morir atravesado por aquel filo. Su mano izquierda me tenía atrapado contra la pared, sin escapatoria alguna. Mi última mirada observó el descenso del letal metal. Cerré los ojos como si con ello consiguiera evitar el dolor.

Unos pasos atropellados resonaron acercándose al cuarto velozmente. Abrí los ojos de nuevo y miré hacia la puerta, sorprendido. Andrea Visconti, como un animal herido, me soltó y buscó con una agilidad sorprendente refugio en la oscuridad. Toda la tensión acumulada salió de golpe y mi visión se hizo borrosa. El dolor en el lateral se acentuó, dificultándome la respiración. Los pasos cada vez sonaban más cercanos, acosadores. Los músculos de mi cuerpo se relajaron y mis párpados cayeron, y yo con ellos. Una tenebrosa oscuridad se apoderó de mí, transportándome a un estado de semiinconsciencia. Escuché voces, gritos y después varios disparos lejanos. Realizando un esfuerzo titánico obligué a mi ser a volver de nuevo a aquella sala de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy. Conseguí levantar mis párpados lo justo como para ver dos siluetas delante de mí. Eran mi amigo Salvador de Andrés y Renato Pisani.

Ambos me incorporaron y me apoyaron contra la pared.

–Ya está, Germán. Todo ha pasado. Se acabó –inició Salvador retirándome la sangre de mi cara. Renato se mantuvo mudo, negando con el cuello. Había una gran tristeza en su cara.

–Fue él, Renato –conseguí articular–. Visconti fue el que envenenó a Giacomo y el que provocó el incendio que mató a Danilo.

El violinista giró su cabeza en dirección al cadáver de Andrea Visconti. Reprimió unas lágrimas y continuó mudo.

Logré distinguir en la penumbra que otro par de figuras se acercaba. Una de ellas, vestido con un frac de generosa factura, se adelantó lentamente y se arrodilló frente a mí. Saludó con cortesía a Renato Pisani. Su perfil era estrecho, con unos ojos hundidos y cabello ensortijado sobre sus orejas. Bajo su nariz nacía un generoso bigote prusiano. Su cara era inconfundible. Se trataba de Tomás Bretón.

–Buen trabajo, chico –otorgó escueto palmeándome el hombro.

Ambos nos medimos con la mirada. Procuré abrir más los párpados y mirarle fijamente, intentando demostrarle con aquello que lo sabía todo, pero él esquivó mi maniobra y me acarició tiernamente, como un solícito padre. Cambié mi estrategia y fui en busca de sus manos en busca de los tatuajes. Fue inútil. Tomás Bretón llevaba sus manos ocultas bajo unos elegantes guantes de seda negra.

Sin más palabras, se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ésta giró sobre sus talones y miró los tres cuerpos sin vida de Andrea Visconti, Lorenzo Greiner y Gumersindo Camiñas. Negó con el cuello, y metiéndose las manos en los bolsillos de modo ensayado dijo:

–¡Pérez, limpie esta sala! Parece que tiene bastante suciedad.

El compositor salió de la estancia y se fundió como un fantasma con la oscuridad. Esa fue la última imagen que mis retinas retuvieron. Después caí en un profundo y reconfortante sueño, acompañado de una imagen que no se me

olvidaría hasta el día de mi muerte: la de Giacomo Viani interpretando *Cecilia* en la Torre de las Campanas de Salamanca. Con esa dulce imagen el dolor me sumergió de nuevo en un hermético sueño.

## EPÍLOGO

### *La Gaceta de Salamanca*

*Salamanca, 16 de enero de 1947*

*Hoy mismo se ha tenido noticia de que investigadores al servicio de nuestro caudillo han descubierto una partitura musical al parecer inédita hasta la fecha. Dicho libreto, incompleto pero aún en condiciones legibles, ha aparecido en los sótanos de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, situada en la plaza San Boal, según confirmó hoy el Ayuntamiento de la ciudad.*

*Dicho trabajo manuscrito es de escaso tamaño y se divide en dos partes bien diferenciadas. La primera consta de una docena de páginas y está dividida en dos piezas. En una de ellas aparecen una veintena de compases de cuatro tiempos en re menor, que constituyen un credo, es decir, un episodio religioso. La segunda pieza, que es la más interesante probablemente forme parte de una obra musical con ciertos toques italianos, según explicó al periódico*

*La Gaceta Regional la célebre pianista salmantina, Elena Greiner, que ha tenido acceso a la partitura. Elena aseguró también, tras haber interpretado las notas al piano, que posee una escritura y unos ritmos que no se utilizan actualmente. “Un mestizaje de notas”, fueron sus palabras.*

*La segunda parte de los documentos descubiertos es “mucho más difícil de descifrar”, porque hay “anotaciones y tachones por todas partes, como si se tratase de un borrador”, siendo ilegible en un primer golpe de vista. La*



*pianista afirmó que es posible que se trate de un borrador de la misma obra, aunque reconoció que muchas notas están suprimidas, lo que obliga a adivinarlas, “como si estuvieran escritas en una servilleta”. De lo que no cabe duda es de que el autor no pudo concluir su obra.*

*Según ha podido comunicarnos la ilustre pianista, podría tratarse de una obra perdida del enigmático violinista y compositor italiano Giacomo Viani: Habrá que esperar a nuevos análisis para llegar a tal conclusión. Lo que es innegable es la calidad de la obra.*

*Hasta el momento se desconoce cómo llegó este tesoro musical a los fondos de la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy, perteneciente al Palacio de Arias Corvelle.*

Treinta años eran demasiados, para mí y para cualquiera. En todo este tiempo habíamos visto pasar delante de nuestros ojos la desaparición de una monarquía, el advenimiento de una joven república y la llegada atropellada de una sangrienta guerra que había asolado todo el país. Ahora, sumidos en una opresora dictadura, vivíamos al día, acatando una raquítica lista de productos adquiridos con cartillas de racionamiento. Las lentejas, el arroz y sobre todo el pan negro componían nuestro menú semanal. No era extraño tener que buscar en la prolífica economía sumergida, donde las sanguijuelas campaban a sus anchas, otros productos como muelas, arvejas y almortas con las que alterar aquellas monótonas comidas.

Cumpliendo con la promesa que le hice en la Torre de las Campanas aquella noche de septiembre de hacía ya treinta años, Violeta y yo nos habíamos casado en la Iglesia de San Benito, en una ceremonia sencilla a la que apenas habían acudido la Charo, doña Lucía, Salvador de Andrés y don Nemesio. Por desgracia, no habíamos sido tocados por la varita mágica de la fertilidad y nuestro matrimonio había quedado desnivelado por aquel hueco que siempre dejan los que no están. También era huérfano de hijos.

Doña Lucía había perecido de muerte natural unos meses después de acabar la Guerra Civil, cansada de ver tanto rencor y llevándose a la tumba su

sabiduría y un mal recuerdo de su querida ciudad. La enterramos con una sencilla ceremonia en el Cementerio de los altos de San Bernardo, después de conseguir de manera poco digna una minúscula parcela. La última tierra con la que la cubrimos su féretro fue la arena de la playa de la Marina de Ribadesella que con tanto cariño había guardado toda la vida. Aunque siempre estuve tentado de hacerlo, nunca le pregunté por aquella conversación inconclusa sobre su pasado, por aquel hombre que conoció en Asturias llamado Alfonso Muñiz. Quizá aquel bote de arena simbolizaba para ella aquel tierno amor de adolescencia, que no pudo ver renovado junto al miserable de su marido Paulina.

Salvador de Andrés continuó en *La Gaceta Regional* hasta 1942. La guerra civil había partido su trayectoria periodística, pues durante esos años fue destinado a Segovia, de donde volvió trayendo consigo una enfermedad nerviosa, causada por los horrores que le había tocado presenciar, y que aún lo perturbaba. Se había casado, al finalizar la contienda, con Consuelo Senovilla, hija de un prestigioso cantero de Villamayor, y un año después había nacido su hijo José Ángel. Actualmente residía en Madrid, trabajando para un diario de tirada nacional que compaginaba con pequeñas labores en la radio y el teatro, sus otras grandes aficiones.

Renato Pisani encontró la muerte en su país a principios de los años treinta al enfrentarse a las terribles hordas de Mussolini a su llegada a Cremona.

Lea había corrido la misma suerte política que Renato, con la salvedad de poder refugiarse en un pequeño pueblo cercano al Lago di Garda, donde pudo acabar sus días empezando de cero aunque sin someterse a la cruel mano dura del fascismo. Todo el dinero que pudo reunir en su huida fue a parar a manos de un joven músico de la localidad que, según me contó en una de sus últimas cartas, le recordaba mucho a mí, con la salvedad de que aquel joven nunca se había atrevido a preguntar nada.

Marcos continuaba viviendo en Cremona con su inseparable Sofía. Había participado en la Gran Guerra, quedando lisiado en una de las numerosas batallas del Isonzo para conseguir la captura de Gorizia. Debido a

esto se había librado de la nueva guerra que había vuelto a asolar Europa durante seis largos años. La gripe española le había arrebatado a su primogénito, y ahora aguantaba a duras penas con su negocio la difícil postguerra.

La vida de don Nemesio continuó relativamente tranquila, teniendo en cuenta las situaciones vividas. Se había casado con Elisa Martín Pedraz, con la que, al igual que yo, no había podido cumplir su deseo de tener descendencia. Continuaba con su labor como campanero, aunque ahora ayudado por un sobrino para continuar la tradición de los mariqueros, y desde hace años reunía al coro infantil de San Benito a la sombra de la Torre del Gallo, en el Patio Chico de la Catedral Vieja, para ensayar infinidad de cantos charros y luego prodigarlos en las veladas teatrales y fiestas del Colegio. De vez en cuando Violeta y yo seguíamos subiendo a la Torre de las Campanas, para deleitarnos con sus conciertos de campanas al aire libre.

En cuanto a la Charo, se empeñó en mantener su negocio hasta 1925, año en el que una neumonía segó su vida. Nosotros procuramos una y mil veces que lo dejara y se fuera a vivir a nuestra casa, pero ella, terca como una mula, nunca quiso depender de nosotros. Siempre decía que su sueño de salir del *barrio* sólo se cumpliría si conocía a un hombre tan bueno como yo, lo cual no sucedió. Aun así, falleció con una sonrisa labrada en su rostro sabiendo que Violeta jamás había tenido que pasar por aquel infierno.

Lo cierto es que la vida no había sido fácil para nadie, o al menos para ninguno de mis seres queridos. Casi podía asegurar que yo había sido el mejor parado en esa lista de desgracias. Me sentía afortunado, a pesar de todo, pues gozaba de buena salud, de una esposa maravillosa y de un negocio que me gustaba y que nos suministraba al menos lo suficiente para subsistir de manera digna.

Era lunes por la mañana, más bien temprano. Como de costumbre en aquellas fechas, en la calle hacía un frío de piedra, seco y tajante. La llamada

de Elena el día anterior me había hecho caminar por un sendero de nervios durante toda la noche. Por fin, después de tantos años esperando, mi herencia espiritual había reaparecido.

Hundido en mi sofá había perdido la cuenta de las veces que había releído aquella noticia. *La Rapsodia Almogávar* de Isaac Albéniz llegaba hasta mis oídos desde mi viejo gramófono al son del crepitar de la lumbre, mientras, ansioso por la espera, distraía la mirada por el ventanal hacia el plumizo velo blanco que se cernía sobre la vía. Un dedo vacilante hizo sonar el timbre de la puerta. Por fin. Me estremecí y apagué el gramófono. El mensajero era un chico de apenas diez años. Me recordó a mí de niño. Tenía una cara angelical, pero el hollín que llevaba adherido bajo los ojos y las uñas delataba que vivía arrastrándose por los peores barrios de la ciudad. Llevaba calada una gorra de medio pelo, y sus ropas, desgastadas y a buen seguro prestadas por algún hermano mayor, colgaban de unos hombros estrechos. Estaba muy delgado y tiritaba de frío.

—¿Es usted el señor Germán Etura? —articuló vacilante.

—Sí, soy yo.

En sus ojos pude observar la disculpa por su impuntualidad.

—No pasa nada, muchacho. Con este frío tampoco iba a moverme de casa. Pasa dentro. ¿Cómo te llamas? El joven bajó la cabeza, avanzó y se quitó la gorra.

—Alejandro, Alejandro Macías —repitió tartamudeando.

—¿De qué conoces a Elena, Alejandro?

—Mi hermano Álvaro trabaja para la señorita. Cuida su jardín. ¿Sabe?, tiene un jardín precioso. Algún día me gustaría tener uno igual —contestó con inocencia colocando un brillo especial en sus ojos—. Sus alhelíes son los mejores de la avenida Canals.

—Realmente es precioso, sí. Al menos así lo recuerdo yo —asentí sonriendo intentando acordarme de aquel patio—. Ponte la gorra, que te vas a

quedar helado. Si quieres te hago un chocolate para que entres en calor, ¿quieres?

—¡Oh, no! Gracias, señor, pero debo volver a casa. Me están esperando para ir a acarrear agua. Tan sólo venía a traerle este paquete que me ha dado la señorita Elena.

Su mano derecha me ofreció un bulto de considerable tamaño. Sus ennegrecidas uñas trajeron de nuevo viejos recuerdos a mi mente.

En el momento en el que aquel muchacho de la gorra raída me entregó el paquete, con más entusiasmo que diligencia, imaginé cuál era su contenido. Dudo del tiempo que estuve mirando el paquete entre mis manos. El caso es que cuando quise dar las gracias a aquel muchacho, éste ya era una diminuta sombra que se adentraba en la niebla que barnizaba la calle.

Cerré la puerta.

Violeta hacía rato que se había marchado en busca de viandas, de modo que en la casa, ahora que el gramófono estaba apagado, únicamente el inquebrantable sonido de un viejo reloj de cuco marcaba los segundos al compás de mis latidos. Pensé que aquel pobre reloj no era más que una vieja reliquia que necesitaba de mis auxilios y afectos para seguir apuntándome que, cada día que pasaba, más cerca estaba de hacerle compañía en algún cementerio para cacharros viejos.

Cogí aquel paquete y caminé arrastrando mis pies hasta que me llevaron al taller. La luz hizo que mis sentidos avanzasen más que mis petrificadas manos.

Antes de comenzar a abrirlo eché un lento vistazo por el taller. Numerosos violines permanecían colgados, ya reparados, a la espera de que sus dueños viniesen a recogerlos. Muchos llevaban años esperando ese momento. Las herramientas colgaban en perfecto orden de tamaño, y el bote de barniz descansaba con numerosas gotas enceradas adheridas a él. Inspiré hondo para llenarme de aquel lugar por el que tanto había luchado y aún seguía haciéndolo.

*Germán & Danilo Luthería* había aguantado el envite de la gripe española, de la guerra civil y muchos otros problemas de solvencia. Se mantenía indisoluble en el centro de una ruinoso ciudad, devastada por la guerra, en la que los viejos violines descompuestos tenían allí su lugar de encuentro. Eran malos tiempos para realizar nuevos instrumentos.

El embalaje, rugoso y áspero, envolvía una carpeta de cartón ajada por el sol. Habían pasado muchos años, cuarenta para ser exactos, desde que comenzó a usarse. Había echado mucho de menos su contenido, hasta tal punto de haber llegado a desearlo tanto como a Violeta. Bueno, miento. No eran amores comparables. Violeta siempre había sido mi sostén, la viga maestra que sujetaba toda mi existencia y que nunca podría sustituirse por ninguna otra. De hacerlo, todo mi ser se vendría abajo como un castillo de naipes.

Me empecé a poner nervioso. Aquel momento comenzaba a superarme. Apoyé la carpeta sobre la mesa de trabajo y me acerqué tembloroso. Una luz oblicua iluminaba el paquete. Tiré de un extremo de la lazada que lo abrazaba. De seguido, aparté el papel maché que hacía de cubierta, dejando a la vista la portada.

El reloj de cuco de casa marcó las diez de la mañana. Sin demora cogí los folios y los alcé hacia la ventana por la cual entraba gran cantidad de luz. Estaban intactos. Emocionado, dejé la partitura *Cecilia* apoyada sobre la mesa de trabajo. Al doblarla, pude observar un par de frases en las que antes no había reparado. Su caligrafía era clara, con trazos largos y seguros. Decía lo siguiente:

*Quizá, cuando pasen los años, nos daremos cuenta del verdadero sentido de nuestro cometido. Hasta entonces, descansa, querido Germán.*

Releí la frase una docena de veces, pero no le encontré ningún sentido. Miré de nuevo el reloj. Marcaban las diez y media. Tan sólo disponía de un

par de horas para prepararme para visitar a Elena Greiner.

Enrollé mi bufanda alrededor del cuello y salí por la calle Toro hacia la antigua avenida Canals, rebautizada tras el alzamiento como avenida General Mola. Cruzada la Alamedilla comprobé cómo aquella avenida había cambiado sustancialmente durante estos treinta años. Nuevas casonas salpicaban sus laterales. Recordé con nostalgia las innumerables ocasiones en las que Marcos y yo habíamos transitado aquella arteria hacia la estación de trenes en busca de carbonilla. Tras diez minutos de tranquila caminata, me postré delante de la casa de las hiedras.

Su decoración apenas había variado. Dentro del espacioso patio que se extendía alrededor de la casa, la fuente presidida por la figura de mármol que sujetaba un cántaro intentando imitar a un dios griego se mantenía libre de musgo y con una gran cantidad de agua a sus pies. Un gran jardín de hortensias y arbustos de diferentes tonalidades y dimensiones franqueaba el camino de gravilla que llevaba hasta la puerta de la entrada. Entre los arbustos, un sujeto resuelto deambulaba afanoso con un rastrillo recogiendo las hojas secas. Supuse que era el hermano del chiquillo que me había dado el paquete.

Toqué el timbre de la entrada. El jardinero alzó su ceja derecha y siguió con su cometido. Tras un par de minutos, Elena Greiner apareció por la puerta de la mansión. Atravesó el camino de gravilla y me abrió la puerta del patio.

–¡Cuánto tiempo! –exclamó dándome un par de besos.

–Demasiado –respondí.

–Pasa, Germán. Tomemos un café y hablemos.

La pianista me cedió el paso y caminamos hacia la vivienda. Nos acomodamos en una sala del piso inferior, decorada con numerosos lienzos y presidida por un piano que se me hizo conocido. La luz entraba directa y rebotaba sobre unas paredes de papel pintado estampado con trazos indefinidos. La chimenea estaba encendida y emitía un agradable calor. Una vez sentados, una joven sirvienta colocó un par de tazas de café delante de

nosotros.

Elena Greiner no había cambiado un ápice, y su belleza se mantenía inalterable. Después del accidentado día del estreno del poema sinfónico Salamanca por parte de Bretón apenas nos habríamos visto una decena de veces. Ella había regresado a su Barcelona natal. Allí había vivido la mayor parte de este tiempo, intentando olvidar las trágicas muertes de sus padres. Su llegada a Salamanca hacía un par de años había reanudado nuestros encuentros.

Ambos nos miramos con el brillo de la nostalgia. Reparando en aquellos ojos verdes se me volvió a hacer evidente su indiscutible parecido con Violeta. No en vano eran hermanastras. Elena y ella nunca habían tratado el espinoso asunto y todo indicaba que jamás lo harían. Sabedoras sobradamente de su parentesco, en las pocas ocasiones en las que habíamos coincidido los tres la actitud de ambas siempre había sido cordial y sobre todo correcta.

–¿Más leche?

–No, lo prefiero solo.

–Ya puedes irte, Inés. Gracias.

Nos quedamos pensativos delante de los cafés humeantes.

–Al fin los tienes –inició moviendo lentamente la cucharilla.

–Demasiado tarde para mi gusto –articulé yo quizá demasiado directo.

–Sabes que no los tenía en mi poder. De haberlos tenido, te los hubiese entregado mucho antes.

Asentí con la cabeza, cogí la taza y sorbí parte de su contenido. Elena Greiner me imitó.

–¿Te puedo preguntar cómo los has conseguido?

Elena se tomó su tiempo.



–Pues no te lo vas a creer, pero los encontré entre las pertenencias de mi marido –dijo sin aportar más datos.

Elena Greiner se había casado con el cabo Pérez poco después de la muerte de su padre. Enseguida tuvieron su primer retoño, y los tres se trasladaron a Barcelona. Allí había nacido su segundo hijo. Aunque la pianista se había entregado con devoción a su labor de madre y esposa, tampoco dejó de lado su trabajo, e impartía clases de piano en una prestigiosa academia que ella misma había montado. Su marido había trabajado como investigador privado para un estado corrupto y lacerante en aquella ciudad repleta de pistoleros. Apenas hacía cuatro años, una misteriosa y atormentada dolencia había acabado con la vida del cabo Pérez.

–Yo misma dejé los papeles en la Escuela de Nobles y Bellas artes de San Eloy para que el mundo descubriese la partitura. Es mi tributo hacia ti. Te lo mereces.

A raíz de los incidentes de 1916 en la Escuela de San Eloy fueron muchas las incógnitas que surgieron. Del cuerpo de Andrea Visconti jamás se supo nada. Sin embargo, el de Gumersindo Camiñas apareció en su despacho varios días después. Un médico de dudosa honorabilidad certificó que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco, obviando sin reparos el balazo que tenía incrustado en pleno tórax. El último cuerpo, el de Lorenzo Greiner, fue el más difícil de ocultar, al ser un personaje popular de la ciudad. Pérez, con buen criterio y con el consentimiento de Elena, lo había arrojado al Tormes un día de fuerte tormenta. Las aguas lo arrastraron río abajo hasta que un pescador de Valverdón lo encontró una semana después a diez kilómetros de Salamanca. En su biblioteca había quedado una carta en la que relataba que él había sido el asesino de su mujer y que se iba de este mundo por dicho motivo. Siempre supuse que la había escrito Elena imitando la caligrafía de su padre, pero nunca me atreví a preguntárselo.

De la existencia de la Garduña o de cualquier sociedad secreta relacionada con Tomás Bretón no se llegó a demostrar nada. El compositor murió a finales de 1923 y todos sus secretos se fueron con él, y eso que

durante años indagué sobre ello. Lo único que pude corroborar de la versión de Andrea Visconti sobre Bretón y Greiner fue gracias a una conversación accidental con un buen cliente del taller, bastante versado en música operística.

Me contó que muchas personas cercanas al mundo musical estaban al corriente de la dualidad entre Tomás Bretón y Lorenzo Greiner. Su rivalidad estaba dentro del ámbito de trabajo, aunque luego se trasladó al terreno personal. Ambos componían sinfonías y eran buenos intérpretes. El primero se enmarcaba dentro de la línea clásica, realizando composiciones sobrias y elegantes, defendiendo por encima de todo la ópera nacional, pero no sólo en el plano teórico, sino componiendo una serie de óperas en las que exponía de manera práctica sus ideas. En cambio, Lorenzo Greiner se expresaba mediante temas muy dilatados, pero a su vez bajo líneas muy potentes y sofisticadas. Eran totalmente opuestos, al igual que sus personalidades. Era de esperar que las dos figuras se encontrasen de frente tarde o temprano y que Tomás Bretón, en la cima de la fama, acusara a Lorenzo, cuya popularidad decaía, de apropiarse de la obra de Giacomo Viani.

Pero cuando, animado por esa información y por la euforia de llegar a saber la verdad de una vez por todas, le pregunté a ese cliente sobre la pertenencia de Bretón a la Logia masónica de la Fraternidad Ibérica de Madrid y si realmente había llegado a ser miembro adjunto del Consejo de Administración y Disciplina del Gran Oriente Nacional, él me miró a los ojos y me contestó:

*Germán, tu trabajo es envidiable, logras que una madera muerta suene como si estuviese viva. No quieras hacer lo mismo con los fantasmas del pasado. Te aseguro que es mucho mejor que no te hagas esas preguntas, entiérralas.*

Fernando Coco, el prodigioso compositor y supuesto amigo mío, al día siguiente del concierto se montó en el tren junto con Tomás Bretón directo hacia Madrid. Allí logró importantes éxitos, junto a su mentor, exhibiendo su cuidada ejecución por los mejores teatros de Europa. El alzamiento militar del

36 le sorprendió en Madrid y murió en uno de los numerosos bombardeos de los nacionales. Jamás me pidió una disculpa por lo ocurrido. Tampoco se la pedí.

Aquella tarde trágica de 1916 fue sepultada por las mejores plumas de los diarios, incluida la de Salvador de Andrés, que persuadido de modo forzado no pudo mecanografiar ni una sola línea de lo que allí pasó. En las críticas musicales de Adolfo Salazar ni de ningún otro crítico de prestigio como Luis Maldonado tampoco apareció durante los días posteriores mención alguna a la obra *Cecilia* de Giacomo Viani que había interpretado el maestro Bretón. En cambio, el poema sinfónico *Salamanca* fue acogido por los críticos y por los lectores como una de las mejores obras escritas en la historia de nuestro país.

La partitura *Cecilia* desapareció, junto con la carta que me había escrito mi padre, aquella tarde de horror de octubre de 1916. Siempre sospeché que el propio Bretón la había cogido.

Ahora me enteraba que, curiosamente, había sido Pérez. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Por qué lo mantendría oculto incluso de su esposa toda su vida? Quizá pensara que demasiado sufrimiento había causado ya, y tuvo miedo de que lo siguiera causando. Ya daba igual. Nunca lo podríamos saber.

Sorprendentemente, el poema sinfónico *Salamanca* también desapareció de los archivos del Ayuntamiento años después.

—¿Qué es lo que crees que debo hacer con la partitura?

Elena me miró detenidamente, con semblante serio.

—Guárdala. Es lo único que tienes de tu pasado, pues todo lo demás te lo arrebataron. Yo me encargaré de que el nombre de Giacomo Viani vuelva a brillar con luz propia. No te preocupes.

–¿Yeso?

–Ya lo verás...

Elena Greiner apuró su café con exquisito refinamiento, se levantó y dio varios pasos de derecha a izquierda. Se aproximó hasta el piano, levantó la tapa e hizo sonar el piano Streicher tocando la partitura *Cecilia* con dedos sedosos.

–Es un buen piano, Germán–. Incluso Brahms tenía uno de esta marca –soltó en voz baja sin dejar de tocar–. Aunque mi ilusión sería poder tocar alguna vez un Érard.

En alguna ocasión había oído hablar de aquellos pianos. Sébastien Érard, un diseñador de pianos francés, había patentado un arriesgado mecanismo de simple repetición y mostró el agrafe que permitía permanecer a las cuerdas en su posición exacta después del golpe de martillo. Después de esto, su mente inquieta diseñó el mecanismo de pedales tal como lo conocemos a día de hoy. Finalmente, introdujo un mecanismo de doble repetición que permitía una gran velocidad de repetición entre las teclas. Cada uno de sus pianos era un tesoro, y como tal valía. Sólo los millonarios podían permitírselo.

Me quedé escuchando la melodía y recordando todas las veces que lo había hecho. No eran tantas. Hice un nuevo intento por interpretar su verdadero sentido, y me vino a la cabeza el libro que por azar cogí de la librería del padre de Elena aquel lejano día que fui a visitarle a su casa. ¿Estarían realmente allí todos los secretos ocultos de La Garduña? ¿Sería aquel el famoso Libro Mayor, donde se inventariaban desde las diversas fechorías ejecutadas hasta un listado de miembros y de poderes locales sobornados? ¿Lo sabía mi padre? ¿Por qué eligió Giacomo justo aquel lugar para tocar su violín? ¿Sería porque era la puerta del Liceo o porque estaba justo enfrente de la casa de Lorenzo Greiner? ¿Le estaría provocando?

Todas estas preguntas martilleaban mi cabeza desde hacía años, aunque

había algo evidente; cuando me tiré aquel farol con Andrea Visconti al parecer di en el clavo. Quién sabe si fue una intuición acertada... Desde luego, mi frase hizo reaccionar a Andrea Visconti de manera instintiva y con no poco desconcierto mientras estuvimos forcejeando. Seguramente eso me salvó la vida.

Quizá Giacomo había utilizado la misma práctica que Alfonso Cortina, el último Gran Maestro de la Garduña, para destruirlos rompiendo la principal regla no escrito de aquella sociedad, la de no elaborar ningún documento para no ser descubiertos, aunque esta vez en clave musical, de modo que sólo un puñado de personas avezadas pudiera descifrarla.

O quizá todo aquello era una invención mía influido por toda la información que me había proporcionado Salvador de Andrés, y la Garduña realmente había desaparecido con la ejecución de sus cabecillas en aquella plaza de Sevilla y había sido relegada al olvido, o quizá emigró, o mutó en algo menos exitoso dados los nuevos tiempos.

Siempre preferí pensar que la verdadera razón del viaje de Giacomo fui yo y no dichas conjeturas, pero, por desgracia, aquel día de octubre de 1916 demasiadas preguntas quedaron sin respuesta y demasiados cabos sueltos por atar.

–En serio, Elena, ¿cómo lo vas a hacer? –le pregunté intrigado.

Ella sonrió sin contestar.

–Has escrito tú la frase tras la partitura, ¿verdad?

Continuó sonriendo.

–¿Nunca te han dicho que haces demasiadas preguntas?

–Alguna vez que otra –le contesté recordando mi despedida con Lea.

Elena Greiner continuó coqueteando con su preciado piano, haciendo volar los dedos sobre las teclas y mirándome con retrimiento de vez en

cuando. Tras varios minutos, concluyó.

Necesitaba un sitio de recogimiento.

Llegué al cementerio, bastante cansado, y giré a la derecha, introduciéndome en aquel bosque de mármol. Unos colosales cipreses, alimentados con la savia de los difuntos, marcaban los estrechos senderos que separaban las tumbas de aquel horrible cementerio. Avancé entre espartanas lápidas mohosas, vigilado por las miradas en sepia de sus desdichados moradores. Multitud de flores deshojadas y secas permanecían al abrigo de esas lápidas pidiendo ser reemplazadas, mientras una densa suciedad las abrazaba sin remedio. Fui leyendo la lúgubre palabrería de los epitafios en las planchas de mármol y me acordé del cómico juicio que en su día hiciese Guy de Maupassant sobre el Cementerio de Montmartre de París.

El ruido de la capital desaparecía en aquella ciudad de tumbas que parecía no tener fin. Al menos, o eso quise pensar, todos los que allí descansaban habían tenido una noble despedida, no como muchos infelices que durante la guerra civil fueron arrojados en cualquier cuneta de los alrededores de la ciudad.

Torcí frente a unos tejos y caminé a paso lento por un camino de pequeños guijarros, buscando nombres conocidos entre lápidas aún sin concluir. La tumba de doña Lucía descansaba al lado de otras de análogo presupuesto. Al menos la suya tenía nombre, no como la del pobre de mi tío Froilán.

Un soplo de aire frío acarició mi cara, aliviando momentáneamente el cansancio de la caminata. Me acerqué con pasos cortos hasta la base, posando sobre el granito una nube de pensamientos. Rememoré de nuevo las palabras que en su día me escribió Giacomo Viani, queriendo hallar entre sus líneas el verdadero sentido de sus indicaciones. Los segundos pasaron silenciosos y vacíos en aquel camposanto, sigilosos y serenos. Lo que se suponía iba a ser un encuentro de reflexiones y un juicio moral delante de la fosa de doña Lucía se había quedado en una ausencia total de sentimientos. Quizá mejor así.

Del bolsillo de mi chaqueta saqué una vieja caja de latón. La observé con detenimiento y la abrí haciendo girar su tapa. Esparcí su contenido por toda la tumba hasta que no quedó nada en su interior.

–Es de Génova, doña Lucía –expuse viendo la arena de playa expandirse y cubrir el granito–. La cogí en mi regreso hacia Salamanca. Usted no ha sido la única que guardaba pequeños tesoros.

Di varias vueltas hasta encontrar el sepulcro de Lourdes Bellido. Elena Greiner había conseguido desenterrarla y conseguir un buen nicho cercano al de Miguel de Unamuno. Sobre el nicho de éste pude leer las palabras elegidas por su hijo Fernando:

*Méteme, Padre Eterno, en tu pecho, misterioso hogar; dormiré allí, pues vengo deshecho del duro bregar.*

La pared que cubría el sepulcro de Lourdes Bellido estaba pintada de un blanco casi inmaculado, en el que resaltaban en oro su nombre y apellidos sobre la fecha de su muerte. Me mantuve un par de minutos delante de él, meditando. Después me santigué y regresé a la entrada del cementerio, pasando antes por la fosa común donde estaba mi tío.

Un atardecer raso marcaba las siluetas de la ciudad al llegar a la salida del camposanto. Hasta él se acercaba una hilera de hachones encendidos portando un nuevo habitante para aquella ciudad de mármol. Yo seguí mi camino de vuelta a casa.

Al abrir la puerta me embriagó el olor a boniatos puestos a la lumbre. Efectivamente, Violeta estaba sentada frente al fuego. La envolví con mis brazos por detrás y la apreté, sintiendo su calor.

–¿Qué tal? –me preguntó dándome un beso en la mejilla y depositando las peladuras sobre un plato.

–Un día extraño pero interesante –aduje mirándola fijamente, sintiéndome plenamente convencido de que pasaría el resto de mis días con

aquella mujer.

Tras mantener una breve y agradable conversación con Violeta enfilé hacia el taller. Cogí aire y miré hacia el fondo. Media docena de violines ya acabados colgaban de un cordel. Haciendo un rápido cálculo mental, cifré en bastantes pesetas las deudas pendientes de varios músicos de la ciudad, los cuales Dios sabe si algún día atravesarían la puerta para buscarlos. Borré de mi mente cualquier factor que me provocase desazón, y del fondo de una vieja estantería rescaté el violín que me traje de Cremona. Llevaba muchos meses sin sacarlo. Lo desempolvé un poco, lo afiné y me dispuse a tocar el *Canon de Pachelbel*, la misma obra que escuché de manos de Renato Pisani en la lejana Italia.

Si bien la construcción de aquellos instrumentos ya no tenía secretos para mí, siempre había anhelado aprender a tocarlos decentemente, y no únicamente para afinarlos. Desde hacía aproximadamente un año, y con el apoyo de otro buen cliente, había comenzado a arrancar notas más que aceptables a un viejo violín. Eso sí, concluir por completo alguna obra era, al menos de momento, una labor imposible.

Sin embargo, había algo que me había frenado hasta ahora a la hora de tocar aquel violín que tanto esfuerzo y lágrimas había realizado en mi juventud. Quizá me trajese malos recuerdos o quizá entendía que aquella obra de arte sólo estaba reservada para unas manos más virtuosas que las mías. Lo miré fijamente, con cariño, y lo así con delicadeza. Mis dedos, traicioneros, en vez de comenzar a tocar el Canon interpretaron los primeros acordes de *Cecilia*. Fue algo breve pero intenso, apenas unos segundos. Sin saber muy bien cómo, algo se despertó dentro de mí en ese momento. Intenté recordar más notas, pero me resultó imposible. Realicé otro par de intentos fallidos. Quise continuar pero no pude, y de repente arranqué a llorar, pero no de pena, sino de alegría.

—Cariño, se me olvidaba. Han traído un paquete para ti —oí tras la puerta del taller.



–Sí, ya lo recogí esta mañana –contesté enjugándome las lágrimas y llegando hasta la cocina.

–No lo creo –dijo sorprendida–. Lo he cogido yo por la tarde. Está ahí mismo. Un fardo alargado y envuelto con tela de saco descansaba sobre una apolillada alacena que habíamos conseguido de segunda mano. Me acerqué y lo sostuve, calibrando su peso.

–Cariño, ¿quién lo ha traído?

–Un chiquillo muy guapo y educado –me contestó–. Dijo que se lo había dado Elena.

Tremendamente intrigado, aparté la tela de saco despacio, apareciendo ante mí una caja de madera basta y de baja calidad. Desclavé la tapa superior y saqué los restos de un violín totalmente destrozado. En su voluta llevaba tallada la cabeza de una mujer. Una nota quedó en el fondo de la caja. Con intriga, la desplegué y la leí en voz alta:

*Quizá no sepas aún quién es la enigmática mujer tallada en la voluta del violín. Realiza tu labor de luthier como sabes hacerlo, por segunda vez con este instrumento, y yo me encargaré de que la partitura Cecilia sea interpretada cuando termines tu trabajo. Si algún violín debe conseguir que esa magistral melodía quede para la eternidad, debe ser éste. Para ello se fabricó. La melodía lleva su nombre..., y el violín su talla.*

*De mi consideración más distinguida:*

*Elena Greiner*

Nuevas lágrimas de felicidad anegaron mi rostro, aún con más fuerza que hacía un momento. Me pregunté si las manos de mi querido Danilo habrían sido las que tallaran el rostro de mi madre en ese violín que volvía a

tener frente a mí. Seguro que sí.

Tampoco importaba.

Al puzzle de mi vida quizá le faltasen algunas piezas, pero eso ya no me afectaría más. Por primera había conseguido dejar de sentirme huérfano. Sólo me había costado cincuenta y seis años.

Hay una serie de licencias que todo autor se concede a la hora de escribir una novela. El luthier de Salamanca no es una excepción. En ella aparecen personajes y decorados tanto ficticios como reales. Tomás Bretón, Nemesio (el campanero), Buxaderas, Remedio Munchen, Dámaso Ledesma fueron personas que existieron en dicha época, al igual que un periodista salmantino, José de Juanes, al cual he tomado como referencia para modelar a Salvador de Andrés. Germán, doña Lucía, Danilo, Lea, Marcos y muchos otros, son fruto de mi imaginación.

Los escenarios donde se desarrolla la novela tanto en Salamanca como en Cremona son nombrados tal y como aparecían en sus fachadas a principios de siglo. La Gaceta Regional de Salamanca no vio la luz hasta 1920. La casa de las hiedras de la avenida Canals hoy día a duras penas, todavía se mantiene en pie.

